

BX2177
C7
1847
V.11
c.1

26

1080042258

E#2-CA33

DONADOR JOSE ANGEL PENAVIDES.

NOVISIMO
AÑO CRISTIANO.

NOVIEMBRE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Editores se reservan la propiedad de las Vidas de los Santos nuevamente añadidas, y demás noticias, adiciones y variaciones con que se ha enriquecido la presente edicion.

BARCELONA.—IMPRENTA DE PONS Y C.ª

NOVISIMO
AÑO CRISTIANO,

O EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET
de la Compañía de Jesus,

y traducido al castellano

POR EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía:

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS
Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA,
Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,
DE LA ÓRDEN DE S. AGUSTIN.

Ultima y completa Edicion.

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO**, ÍNTEGRO,
LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC. ETC.

NOVIEMBRE

CON LICENCIA

LIBRERIA CATOLICA DE PONS Y C.ª

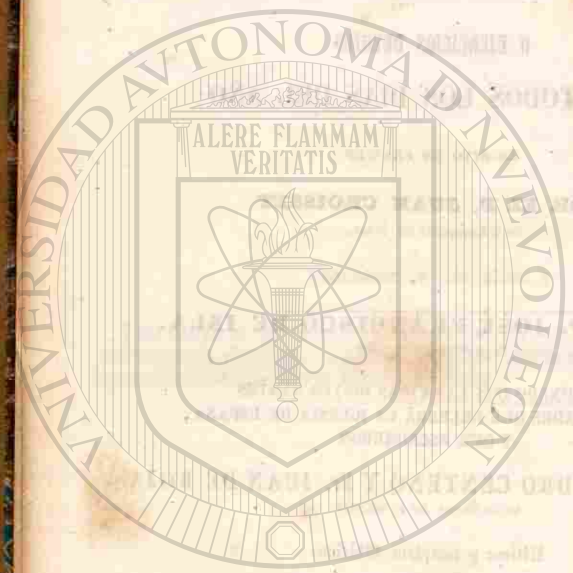
MADRID.
Calle de la Paz, número 6.

BARCELONA.
Calle de Copons, núm. 7.

1847.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Consulta
Universitaria
53552

BX2177
C7
1847





INDULGENCIAS

CONCEDIDAS

AL NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO

por los Illmos. y Rmos. SS. Obispos de Gerona y de Puerto-Rico, y por el Escmo. é Illmo. Sr. Obispo de Barcelona.

NOS EL D.R D. FLORENCIO LORENTE Y MONTON,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Gerona, del Consejo de S. M., etc. etc.

Habiéndosenos rogado por los Editores de la *Novísima impresion del Año Cristiano* en Barcelona, el que tomásemos bajo nuestros auspicios la espresada obra; no hemos dudado en acoger los deseos de los Editores, y ofrecer nuestra débil proteccion, recomendando una obra que consideramos de la mas ventajosa utilidad para todo el pueblo cristiano: no podemos menos de alabar el trabajo de los que se ocupan en el dia en contraponer á las obras de impiedad y desmoralizacion que tanto cunden en estos tristes tiempos en que la prensa infiel, burlando la vigilancia de los Prelados y Autoridades, vomita un sin número de producciones anti-religiosas, y anti-sociales; se ocupan, repetimos, en contraponer otras obras de piedad sólida, de erudicion sagrada, y de la mas preciosa lectura. Tal es en nuestro juicio el Año Cristiano que compuso en idioma francés el sabio Jesuita P. Juan Croisset, no menos pia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doso que crítico prudente. En todos tiempos la lectura de libros edificantes ha producido maravillosos frutos de conversion y de piedad en el Cristianismo. En los primeros siglos de la Iglesia se leian todos los dias las Actas de los Mártires que entre los mas atroces y crueles tormentos daban el testimonio mas ilustre de la verdad de nuestra Religion, la cual multiplicaba prodigiosamente sus hijos á proporcion de la sangre pura é inocente de los que la derramaban confesándola valerosamente delante de los tiranos y á presencia de las hogueras, de las horribles máquinas de suplicio y de los leones que rugian. Con la lectura de aquellos ejemplos tan vivos, se alentaban los fieles y preparaban á sostener con la misma constancia la confesion de la fe de Jesucristo y á sufrir todo género de tribulaciones y hasta la misma muerte.

Aquí pues, en esta obra clásica en su género, y traducida con un esmero que la embellece, encontrará todo cristiano de la clase que sea, materia muy útil y ventajosa para ocupar el tiempo con provecho de sus almas y para fortificar su espíritu cuando fuere necesario, disponiéndolo á toda clase de pruebas para confesar y defender aquella mísma fe que confesaron entre los tormentos, los cristianos de los primeros siglos, y al mismo tiempo se nutrirán con los ejemplos edificantes de piedad y vida cristiana que han dado en todos los siglos innumerables hijos de la Iglesia, dignos modelos de santidad. ¿Y en que lectura podrá un cristiano emplear todos los dias un rato con mas provecho de su alma enriqueciendo al propio tiempo su entendimiento

con los mas bellos rasgos de fortaleza cristiana, de abnegacion la mas completa, y de un celo infatigable por la Religion, que en las actas continuadas por diez y nueve siglos que nos presenta nuestra Religion en esta obra apreciable? Por tanto, recomendamos con toda la intension de nuestra voluntad á todos nuestros diocesanos que puedan hacerse con la espresada novísima edicion del Año Cristiano, la consideren como obra de lectura diaria propia de un cristiano; y les rogamos con el mayor interés por el bien espiritual de sus almas, ocupen todos los dias un rato en la lectura de obra tan interesante.

Y á fin de promoverla cuanto está de nuestra parte, concedemos **CUARENTA** dias de indulgencia á todos los fieles que leyeren una página de la misma con deseos de su aprovechamiento espiritual.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Gerona á 23 de setiembre de 1848.—Florencio, Obispo de Gerona.—Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor. *B.r Gregorio de Navas*, secretario.—Lugar ✠ del sello.

Barcelona 26 de octubre de 1848.

Concedemos **CUARENTA** dias de indulgencia á todos los fieles de uno y otro sexo que leyeren, ú oyeren leer, cada una de las páginas que contiene el Novísimo Año Cristiano, en los mismos términos en que se conceden en el decreto que antecede.—Gil, Obispo de Puerto-Rico.—Así lo decretó y firmó S. S. I. el Obispo mi Señor, y certifico.—*Nicolás Castelló*, vice-secretario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barcelona 26 de octubre de 1848.

Concedemos **CUARENTA** dias de indulgencia á todos los fieles de uno y otro sexo que leyeren, ú oyeren leer, cada una de las páginas que contiene el Novísimo Año Cristiano, en los mismos términos en que se conceden en el decreto que antecede.—Pedro, obispo de Barcelona.—Así lo decretó y firmó S. E. I. el Obispo mi Señor, de que certifico.—*Lic.do D. José Graciós*, presbítero secretario.



NOVISIMO AÑO CRISTIANO,

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

NOVIEMBRE.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, la cual el papa Bonifacio IV, despues de haber consagrado el templo llamado Panteon, ordenó que se celebrase en Roma todos los años solemne y universalmente en honor de la beatísima Virgen María Madre de Dios y de los santos Mártires; y Gregorio IV despues determinó que esta misma fiesta, que ya se celebraba aunque con variedad en diferentes Iglesias, fuese solemne y perpetua en toda la Iglesia católica en honor de todos los Santos. (*Véase su historia en las de hoy.*)

El tránsito de san Cesareo ó Cesario, diácono, en Terracina de Campaña; el cual despues de haber sido mortificado por muchos dias en la cárcel, fué metido en un saco juntamente con san Julian, presbitero, y luego precipitado en el mar. (Habia en Terracina en Italia la impía y bárbara costumbre de ofrecerse voluntariamente un jóven en ciertas festividades por sacrificio á Apolo, deidad tutelar de aquella ciudad. Este despues de haber sido obsequiado, adornado con ricas vestiduras ofrecia á Apolo sacrificio, y luego se arrojaba desde una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

elevada roca al mar, y quedaba sumergido en sus ondas. Cesario, santo diácono que habia ido allí desde Africa, se halló presente una vez á esta trágica escena, y no pudiendo contener su celo, condenó públicamente una supersticion tan abominable. El sacerdote del ídolo mandó que lo prendiesen y lo entregasen al gobernador, por cuya sentencia el diácono Cesario juntamente con un presbítero llamado Julian, ó Luciano segun algunos, fué puesto en un saco y arrojado al mar en el año de 300, imperando Diocleciano. S. Gregorio el Magno hace mencion de una iglesia de S. Cesario en Roma, la cual reedificó el papa Clemente VIII, creando cardenal diácono de ella á su sobrino Aldobrandini. *Butler.*)

San Benigno, presbítero, en Dijon de Francia; el cual siendo enviado por S. Policarpo á la Galia á predicar el Evangelio, en tiempo del emperador Marco Aurelio despues de haber sido atormentado cruelmente por mandato del juez Terencio le quebrantaron el cuello con una barra de hierro, y le atravesaron el cuerpo con una lanza. (Entre los santos misioneros romanos que predicaron la fe en la Galia, en el siglo III, S. Benigno puso los primeros cimientos y fundó la Iglesia de Borgoña, de la cual es considerado el apóstol. Recibió la corona del martirio cerca de Dijon, probablemente en el reinado de Aureliano, por los años de 272. S. Gregorio de Tours cuenta varios milagros obrados en la tumba de S. Benigno. Sus reliquias parece que despues fueron trasladadas á Alemania. *Butler.*)

Santa María la esclava, en el mismo dia; la cual siendo acusada de que era cristiana, en tiempo de Adriano fué azotada cruelmente, estendida en el potro, despedazada con uñas de hierro, y así alcanzó la palma del martirio. (Era esclava de Tertullo, senador romano. Oraba mucho y ayunaba frecuentemente, cuya devocion desagradó á su supersticiosa ama; pero su fidelidad y diligencia la hacian apreciable de su señora. La persecucion de Diocleciano aterrorizaba entonces todo el imperio. Tertullo, temeroso de perderla, no pudiendo vencer su constancia con promesas, la hizo azotar cruelmente y luego la hizo encerrar en un aposento oscuro, donde permaneció treinta dias sin mas alimento que pan y agua. Pero habiendo llegado á noticia del juez esta ocurrencia, llamó á María ante su tribunal. Al oir el populacho la confesion de la Santa pidió que la quemasen viva. El juez mandó que la atormentasen, cuya órden fué con tal crueldad ejecutada, que el inconstante vulgo clamó á grandes voces que la libertasen. El juez para apaciguarle mandó quitar la mártir del potro y la entregó á la custodia de un soldado. La vírgen mas alarmada por el peligro de su pureza que por los tormentos, buscó y encontró modo de escapar, y se huyó á los montes. Acabó pues su carrera con una muerte dichosa, aunque no al cuchillo: y es titulada mártir en el Martirologio Romano y en otros, porque se daba comunmente por S. Cipriano y otros escritores aquel título á todos los que habian sufrido con constancia algunos tormentos por perseverar en la fe de Cristo. *Butler.*)

El martirio de los santos Cesareo ó Cesario, Dacio y otros cinco, en Damasco.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
35190



LA FESTIVIDAD
DE TODOS LOS SANTOS.

Los santos mártires Juan, obispo, y Santiago, presbítero, en Persia en tiempo del rey Sapor.

Las santas Cirenia y Juliana, en Tarso, en tiempo del emperador Maximiano. (Cirenia fué presa por mandato del prefecto de Cilicia. No queriendo renunciar á la religion de Cristo, le rasuraron la cabeza, la montaron en un asno y la pasearon por toda la ciudad. Luego desnudándola en medio de la plaza, se puso ella en oracion, y el Señor cubrió milagrosamente su desnudez. Despues la echaron en un horno encendido en compañía de Juliana, piadosa y santa mujer de la misma ciudad; y ambas consiguieron en la hoguera la gloriosa palma del martirio.)

San Astremonio, en Clermont, primer obispo de esta ciudad.

San Marcelo, obispo, en Paris. (Nació en esta ciudad, no de padres de alta jerarquía, pero en quienes resaltaba el honor de la virtud. La pureza, la modestia, la dulzura, la caridad y la mortificacion fueron las principales partes que caracterizaron á S. Marcelo, de manera que aun siendo muy jóven mereció ser elevado al sacerdocio; y desde entonces principió ya el Santo á dar pruebas de haberle dotado el cielo con el don de milagros. Por muerte de Prudencio fué unánimemente elegido obispo de París, cuyo cargo le hizo mas humilde y vigilante en su desempeño. Entre otros milagros suyos se cuenta el de haber libertado á su patria de una horrible serpiente que habitaba en el sepulcro de una adúltera. Murió á principios del siglo v en 1.° de noviembre, y su cuerpo fué enterrado en un lugar pequeño, que ahora está unido á la ciudad y se llama arrabal de Saint Marceau. *Butler.*)

San Vigor, obispo, en Bayeux, en tiempo de Childeberto rey de Francia.

San Severino, monge, en Tívoli.

San Maturino, confesor, en una aldea del Gastinois en Francia.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

La Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, siempre zelosa por la gloria de los bienaventurados, y atenta siempre á todo aquello que puede contribuir á la salvacion de todos los fieles; no contenta con proponer cada dia en particular alguno ó algunos de aquellos dichosos moradores de la celestial Jerusalen como objeto digno de su veneracion, protectores y guias de sus aciertos, junta hoy todos aquellos héroes cristianos, presentándoselos unidos por materia de su culto, para que en atencion á tantos y tan poderosos intercesores, que son á un mismo tiempo abogados y modelos, derrame Dios sobre nosotros con mayor abundancia los tesoros de su misericordia, y todas las gracias que son menester para imitarlos. Considerámoslos nosotros como hermanos nuestros, miembros todos de un mismo cuerpo místico bajo una misma cabeza, y por consiguiente nos reputamos igual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente acreedores á la misma herencia que ellos, mientras por nuestra culpa no perdamos el derecho que legítimamente nos pertenece por el bautismo. Ellos fueron lo que nosotros somos, y algun dia podemos ser nosotros lo que son ellos. Gimieron como nosotros en este valle de lágrimas, lugar de afliccion y de destierro; estuvieron igualmente que nosotros espuestos á las mismas flaquezas, sujetos á las mismas tentaciones: corrieron los mismos peligros, encontraron las mismas dificultades, les salieron al camino los mismos estorbos. Pues de la misma manera que ellos y por los propios medios debemos nosotros superar los embarazos, con igual valor resistir á los mismos enemigos, y con la misma fidelidad corresponder á la gracia. La gloria que gozan, y la bienaventuranza que poseen, merecen nuestro culto, y son objeto digno de nuestra noble ambicion. Sus méritos tan gloriosamente premiados exigen nuestra veneracion, y lo mucho que pueden con Dios es motivo justo para alentar nuestra confianza. Este es en suma el fin que se propone la Iglesia en el general y solemne culto que tributa hoy á los bienaventurados, y este es todo el objeto de la presente festividad.

En el discurso del año nos los hace presentes, poniéndonos á la vista cada uno en particular, para que sosteniendo nuestra fe, y elevando hácia el cielo nuestra esperanza con la consideracion á tan gloriosos objetos, nos acordemos de lo que fueron y de lo que son, advirtiendo lo que nosotros debemos ser para aumentar su número, agregándonos á ellos. Pero reconociendo que no son suficientes todos los dias del año para tributar cultos en particular, aun á aquellos solos de que ella tiene noticia, y por otra parte son innumerables los otros, cuyos nombres solo están escritos en el libro de la vida, los cuales no obstante que no los conozcamos, no por eso son menos dignos de nuestro respeto y de nuestra veneracion; escogió la Iglesia un dia para honrarlos á todos, obligándolos con este culto especial á que todos se interesen mas particularmente en la salvacion de aquellos que no dejan de ser hermanos suyos aunque giman todavía en este lugar de destierro. Este dia tan célebre y tan solemne es el primero de noviembre, en que juntando todas sus fiestas en una, á todos los empeña en interceder por nosotros al Señor.

Mucho tiempo antes que se fijase á este dia la presente fiesta general, se solemnizaba dentro del tiempo pascual; es decir, entre pascua de Resurreccion y Pentecostes, la fiesta de los Santos en comun con cierta especie de conmemoracion universal; pero no comprendia mas que á la santísima Vírgen, reina de todos los santos, á los apóstoles y á los mártires, cuyo glorioso triunfo se

celebraba en aquel tiempo de alegría y regocijo. Estaba destinado el primer dia de mayo para la fiesta de los apóstoles, y otro dia del mismo mes para la de los mártires, á cuya frente se colocaba siempre la santísima Vírgen; pero todavia no se celebraba fiesta particular en honor de todos los Santos, á la cual dió ocasion en cierta manera el famoso Panteon, templo de todos los dioses.

Era el edificio mas suntuoso que se admiraba en Roma, reputado por maravilla del arte, y por el último esmero de la arquitectura: muy capaz, muy elevado, y de figura rotunda, en significacion de que representaba al mundo: obra erigida por Agripa algunos años antes del nacimiento de Cristo en memoria de la victoria que consiguió Augusto en la famosa jornada de Accio contra Antonio y contra Cleopatra; dándosela el nombre de *Panteon*, para denotar que en él se tributaba adoracion á todos los dioses, no obstante que Agripa solo le habia consagrado á Júpiter vengador. Empeñados los emperadores cristianos en abolir el culto de los ídolos, echaron por tierra todos sus templos para sepultar entre sus ruinas las reliquias de las supersticiones paganas, siendo quizá el Panteon el único monumento del gentilismo que se perdonó. Habíanse destruido los famosos templos de Júpiter Capitolino en Roma, de Júpiter Celeste en Cartago, de Apolo en Delfos, de Diana en Efeso, de Sérapis en Alejandría; y subsistia un edicto del emperador Teodosio, en que se mandaba fuesen arrasados todos aquellos lugares de abominacion, y se colocasen cruces sobre los despojos de sus ruinas; providencia necesaria en los primeros tiempos de la Iglesia para abolir la memoria del gentilismo, que habia introducido el error en todos sus monumentos, cuyo ejemplo imitó S. Gregorio el Grande hácia el fin del sexto siglo, ejecutando lo mismo con los templos de Inglaterra en los principios de la dichosa conversion de los ingleses; pero cuando ya no habia que temer á la idolatría, le pareció mas acertado purificar los templos antiguos que arruinarlos para levantar otros nuevos. Con esta misma consideracion purificó y consagró Bonifacio IV el famoso Panteon, conservado hasta su tiempo para ilustre monumento de la victoria que la Iglesia habia conseguido de la ciega gentilidad, dedicándole á la santísima Vírgen María y á todos los santos mártires, para que en adelante fuesen honrados todos los verdaderos santos en el mismo templo donde habian recibido sacrílegas adoraciones todos los dioses falsos; cuya famosa dedicacion se solemnizó el dia 12 de mayo del año 609; asegurando el cardenal Baronio haber leido en un documento muy antiguo, que el referido papa Bonifacio

habia trasladado al Panteon veinte y ocho carros cargados de huesos de santos mártires, sacándolos de las catacumbas de los contornos de Roma. Sin embargo, no se debe decir que la fiesta ó la dedicacion de aquel magnífico templo, llamado al principio *de nuestra Señora de los Mártires*, y hoy *santa María la Rotunda*, fuese en rigor la fiesta de todos los Santos. La época de esta festividad se debe colocar en el pontificado de Gregorio III, que por los años 732 hizo erigir una capilla en la iglesia de S. Pedro en honra del Salvador, de la santísima Vírgen, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, y de todos los justos que reinan con Cristo en la celestial Jerusalen: fiesta que al principio se celebró solo en Roma; pero muy en breve se estendió á todo el mundo cristiano, y fué colocada entre las festividades de mayor solemnidad.

Habiendo pasado á Francia el papa Gregorio IV el año de 835, mandó que se celebrase solemnemente la fiesta de todos los Santos en la Iglesia universal, con cuya ocasion espidió un edicto el emperador Ludovico Pio, y se fijó al primer dia de noviembre, en que uniendo la Iglesia como en un solo cuerpo todas aquellas almas bienaventuradas, congrega, como se ha dicho, todas las fiestas en una, honrándolos á todos con religioso culto en una sola festividad. Como los gentiles celebraban este mismo dia una fiesta en honor de todos los dioses, acompañándola con todo género de disoluciones, es muy probable que esto mismo determinó á la Iglesia para fijar esta fiesta en el propio dia, que antes era de ayuno, el que desde entonces se anticipó á la vigilia; por lo que esta festividad ocupa lugar entre las mas solemnes, siendo todavía de precepto en el reino de Inglaterra, aun despues que el cisma y la herejía desterraron casi todas las demás. El papa Sixto IV mandó que se celebrase con octava, quedando de esta manera constituida entre las mas solemnes de toda la Iglesia universal.

Es sin duda grande el número de los santos, cuya memoria celebra cada dia; pero es mucho mayor el de aquellos, cuyos nombres, virtudes y merecimientos se ocultan á su noticia. ¡Cuantos santos hay de todas edades, de todas condiciones, de todos estados, en todas las naciones, y en todos los pueblos! ¡cuantas virtudes heróicas, cuyo resplandor se sepulta en el retiro de la soledad! ¡cuantos héroes cristianos enterrados en esos desiertos! ¡cuantos siervos de Dios escondidos en la oscuridad de una vida pobre, humilde, mortificada, ignorados del mundo, y únicamente conocidos de aquel Señor á quien sirven! ¡cuantas grandes almas en empleos bajos, abatidos y viles! ¡cuantas eminentes virtudes roban á nuestra noticia las paredes de los claustros! ¡cuantos santos se fabrican en el taller de las adversidades, y en el ejercicio de la mortificacion y de la penitencia! Conocióslos Dios, recompensólos abundantemente, y los hará gloriosos á los ojos de los hombres en el gran dia de los premios y de los castigos; pero era muy puesto en razon que la Iglesia rindiese honores en la tierra á los que Dios ha glorificado ya en el cielo. No hay alguno de estos bienaventurados que no se interese en nuestra salvacion: solicitamos su proteccion, imploramos su asistencia, tenemos necesidad de sus oraciones, y merecen nuestro culto. Este es el que hoy los tributamos.

Cuando la Iglesia en la festividad de todos los Santos nos presenta á todos estos privados del Altísimo, no se contenta con proponerlos á nuestra veneracion para el culto; intenta tambien hacerlos presentes á nuestra imitacion para el ejemplo. Dícenos á todos en este dia, que aquellos cuya celestial sabiduría es objeto de nuestra admiracion, cuya virtud lo es de nuestro respeto, cuya gloria lo es de nuestro gozo, cuyos merecimientos celebramos, cuyo triunfo aplaudimos, y cuya dicha envidiamos, son unos escogidos de Dios, que fueron de nuestra misma edad, de nuestro mismo sexo, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado, de nuestro mismo empleo, y de nuestro mismo nacimiento. Entre aquella multitud innumerable de bienaventurados tributamos hoy adoraciones al pobre oficial, al humilde labrador, al lacayo, al ínfimo criado que en la oscuridad de su clase, en la mediocridad de su fortuna, y en los penosos ejercicios de su abatido ministerio supieron ser santos, haciendo una vida inocente, devota y verdaderamente cristiana. Honramos á los príncipes y á los reyes que en la elevacion del trono y entre el esplendor de la corte conservaron unas costumbres irreprensibles y puras, cultivaron la santidad, y no conocieron otra política, ni otras reglas para gobernar sus acciones que las máximas del Evangelio. Veneramos aquellos hombres acomodados, aquellos ricos del mundo, mas prudentes, mas discretos que otros muchos; pues no dejándose deslumbrar del falso oropel de los honores, ni afeminar su corazon con el halagüeño atractivo de las riquezas, usaron de sus bienes para rescatar sus pecados, supieron burlar los lazos que el mundo los armaba, y despreciando toda otra fortuna que la eterna, arreglaron sus costumbres por los principios de la fe, y acertaron á ser santos donde tantos otros se pierden. Adoramos en fin á nuestros mismos hermanos, que dentro del gremio donde nosotros vivimos, siguiendo nuestro mismo instituto, y observando aquellas mismas reglas que

nosotros tenemos, arribaron á una eminente santidad: á nuestros parientes, á nuestros amigos y á nuestros paisanos, que con las mismas pasiones, con las mismas dificultades, con los propios estorbos, y con iguales auxilios, sin otros algunos medios, acertaron á salvarse y llegaron dichosamente al término de su carrera. ¿Qué escusa podemos alegar para no aumentar algun dia el número de aquellas almas felices? Y si nos condenamos, ¡qué justa, pero qué cruel reconvencion no nos harán por toda la eternidad aquellos espíritus bienaventurados!

No por cierto; los santos no llegaron á ser todo lo que fueron precisamente por haberse ejercitado en obras ruidosas y singulares. Sin ellas podian ser santos, y tambien podian no serlo con ellas. ¡Cuántos predestinados no hicieron en la tierra cosa particular que mereciese admiracion! ¡y cuántos réprobos hicieron en el mundo acciones gloriosas que les merecieron los aplausos de los hombres al mismo tiempo que Dios los condenaba! Los santos fueron santos precisamente porque cumplieron con las obligaciones de su estado: porque supieron componer los deberes de este con los de su religion: porque en todas materias prefirieron su conciencia á los intereses humanos, la ley de Dios á sus inclinaciones, y las máximas del Evangelio á las máximas del mundo. S. Luis, S. Eduardo, Sta. Isabel en el trono: S. Isidro labrador en el campo, S. Homo-bono en su taller, y Sta. Blandina en su cocina: tantos santos como vivieron con nosotros dentro de una misma comunidad, tantos santos de una misma familia son argumentos convincentes de que para ninguno es impracticable la virtud, y que en esta no hay cosa tan ardua que no lleve consigo el medio para superarla. Esto mismo nos demuestra hoy palpablemente la Iglesia, poniéndonos á la vista tantos millones de santos que efectivamente fueron en el mundo aquello mismo que nosotros pretendemos ser imposible. Cuando nos hace presentes aquellos religiosos, aquellas tiernas doncellas, aquellos hombres del mundo, aquellos ricos y aquellos pobres que son materia de esta solemnidad, y objeto de nuestro culto, nos dice, como en otro tiempo se decia á sí mismo san Agustin: *Et tu non poteris quod isti, et istæ?* ¿Pues qué, no podrás hacer tú lo que hicieron estos y aquellas? Ciertamente ningun pretesto podemos alegar que no lo destruya el ejemplo de los santos. Ellos tuvieron los mismos cuidados que nosotros, padecieron las mismas tentaciones, lidiaron con las mismas pasiones, se encontraron con los mismos embarazos, y no sirvieron á otro dueño que al que nosotros servimos: todos tenemos una misma ley, y ellos no aspiraron á otra gloria diferente. Muchos

de los que nos precedieron en nuestro estado y en nuestro empleo fueron santos: muchos de los que nos han de suceder lo serán tambien: ¡qué desgracia, qué dolor será el nuestro á la hora de la muerte si no nos aprovechamos de sus ejemplos! Predícanse hoy en los púlpitos las alabanzas de todos los santos: ¿llegará por ventura algun dia en que tambien se prediquen las nuestras? Pero si no llega este dia, ¿cuál será nuestra desdichada suerte?

Ergo agite nunc, fratres (esclama el venerable Beda); *agrediamur iter vitæ.* Aliento, pues, hermanos mios; emprendamos con esfuerzo y con alegría el camino de la vida: *revertamur ad civitatem cœlestem, in qua scripti sumus; et cives decreti.* Pues el cielo es nuestra patria y estamos empadronados en él como ciudadanos suyos, suspiremos por aquella celestial mansion, y llevemos con paciencia las amarguras de este destierro. *Non sumus hospites, sed cives sanctorum et domestici Dei.* En la tierra somos verdaderamente huéspedes: considerémonos en ella como forasteros y como caminantes, puesto que en realidad los santos son nuestros compatriotas, y algun dia hemos de ser conciudadanos suyos. Nunca nos olvidemos de que somos estranjeros y peregrinos por ahora; pero vendrá tiempo en que lo dejemos de ser, pasando á avecindarnos en la ciudad de los santos, á ser moradores de la casa de Dios, sus herederos y coherederos de Jesucristo, con tal que tengamos parte en sus trabajos, si queremos participar de su gloria: *Etiam illius hæredes, cohæredes autem Christi, si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* ¿Cómo es posible que no se dirijan todos nuestros suspiros y todas nuestras ansias hácia aquella dichosa ciudad? *Quid non properamus et currimus, ut patriam nostram videre ut parentes salutare possimus?* En ella nos está esperando (dice S. Cipriano) una multitud de amigos y parientes nuestros: *magnus illic nos charorum numerus expectat.* Pongamos los ojos en aquella numerosa tropa de nuestros hermanos, de nuestros conocidos y de nuestros hijos, que asegurados ya de su dichosa suerte, y solícitos de la nuestra, sin cesar nos están convidando á participar de la misma corona. *Fratrum, filiorum frequens nos, et copiosa turba desiderat jam, de sua immortalitate secura, et adhuc de nostra salute solicita.* ¡Oh cuánta alegría será la suya, y cuánta será la nuestra al vernos todos en una misma dulce compañía! *Quanta et illis, et nobis in commune lætitia est!* Allí reina el glorioso coro de los apóstoles; allí la brillante tropa de los profetas; allí la multitud innumerable de los mártires, distinguidos todos con las resplandecientes insignias de sus ilustres victorias. *Illic apostolorum glo-*

riosus chorus, illic prophetarum exultantium numerus, illic Martyrum innumerabilis populus, ob certaminis, et passionis victoriam coronatus. Allí se ven brillar aquellas vírgenes sin número que triunfaron de todo el infierno junto; aquellas almas caritativas que socorrieron á los necesitados; todos aquellos héroes cristianos, que tanto se distinguieron en el continuo ejercicio de la mortificacion, de la austeridad y de la penitencia. Sean, hermanos mios, todos nuestros suspiros (prosigue el mismo Padre) por la misma dichosa suerte; todos nuestros deseos, toda nuestra ambicion y todo nuestro anhelo por merecer la misma recompensa. *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus et cum his citò esse, ut citò ad Christum venire contingat, optemus.*

Grandes apóstoles, gloriosos mártires, invencibles confesores, santas vírgenes, ilustres anacoretas, caritativos protectores de los hombres, á los que luchamos todavía con las olas en el golfo, y gemimos en el peligro, no nos bastan ni vuestros consejos, ni vuestros ejemplos, y tenemos aun necesidad de vuestra poderosa intercesion. Bien conocida teneis nuestra flaqueza, no ignorais las fuerzas de nuestros enemigos; alcanzadnos del Señor aquellos vigorosos auxilios que sabeis nos son tan necesarios. Conseguidnos la gracia particular de que jamás perdamos de vista lo que vosotros hicisteis por Dios, y lo que Dios está ahora haciendo por vosotros, para que enseñándonos vuestros ejemplos cómo debemos vivir, nos anime vuestra gloria á vivir como debemos.

HIMNO.

Placare, Christe, servulis,
Quibus Patris clementiam
Tuæ ad Tribunal gratiæ
Patrona Virgo postulat.

Et vos beata, per novem
Distincta gyros, Agmina:
Antiqua cum præsentibus,
Futura damna pellite.

Apostoli cum Vatibus,
Apud severum Judicem,
Veris reorum fletibus
Exposcite indulgentiam.

Vos purpurati Martyres,
Vos candidati præmio
Confessionis, exules

Muéstrate compasivo, y ten paciencia
Con tus siervos, oh Cristo, pues tu Madre,
Nuestra Abogada fiel, perdon al Padre
Pide en el tribunal de tu clemencia.

Y vosotros Ejércitos tan puros
En nueve hermosos Coros divididos,
Los males ahuyentad compadecidos,
Pasados, existentes y futuros.

Apóstoles, Profetas de verdades,
Al Juez recto, severo, justo y santo,
Para el reo que yace en triste llanto,
Suplicad el perdon de sus maldades.

Mártires con la sangre rubricados,
Confesores de Cristo esclarecidos
Con los premios, por tales, merecidos,

Vocate nos in patriam.
Chorea casta Virginum,
Et quos eremus incolas
Transmisit astris, Cœlitum
Locate nos in sedibus.

Auferte gentem perfidam
Credentium de finibus;
Ut unus omnes unicum
Ovile nos Pastor regat.

Deo Patri sit gloria,
Natoque Patris unico,
Sancto simul Paraclito,
In sempiterna sæcula.
Amen.

A la Patria llamad los desterrados.
Coros castos de Vírgenes hermosas,
Y los que del destierro los rigores
Enviaron á los Astros moradores,
Sentadnos en sus sillas tan gloriosas.

Desterrad la perfidia y el engaño
Del término y distrito del creyente,
Para que así un Pastor tan solamente
A todos nos gobierne en un rebaño.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo singular de él engendrado,
Y al mas divino Amor nuestro Abogado,
Por los siglos sin fin eternamente.
Amen.

SAN PEDRO DEL BARCO, CONFESOR.

San Pedro, cuyo sobrenombre de Barco tomó de un pueblo llamado así en el obispado de Avila, cerca del cual se ejercitó en las prodigiosas obras que recomendaron su eminente virtud; nació en la villa de Tormillas de la misma diócesi de unas familias humildes, pero ilustres por su singular piedad. Criáronle sus padres segun el espíritu de la ley santa de Dios, enseñándole con sus saludables consejos y con sus ejemplos á que desempeñase el carácter de cristiano; é impresas en su tierno corazon las piadosas máximas de nuestra santa fe, aborreció desde su infancia aquellas vanas solicitudes y aquellas perversas costumbres que por lo regular adoptan los jóvenes, dando en lo mas florido de su edad ejemplo de modestia, de humildad y de piedad á todos los de su patria, y portándose siempre con aquel candor y con aquella santa sinceridad que el Señor inspira en las almas inocentes. Esparcióse la fama de la eminente virtud de Pedro por todos los pueblos de la comarca; pero aun cuando esta se hallaba aprobada por los varones mas prudentes, con todo no faltaron libertinos, que viendo su total distraccion de los concursos del mundo y su devota sencillez, le tuvieron por simple y por mentecato, llegando su temeridad á burlarse públicamente del cándido jóven.

Murieron los padres de Pedro, y como sus deseos no eran otros que separarse de los peligros del siglo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, se retiró á una selva cerca del Barco, pueblo del obispado de Avila, donde labró una humilde casa con ánimo de dedicarse todo á Dios, ocupándose en la oracion y en la contemplacion de las grandezas

riosus chorus, illic prophetarum exultantium numerus, illic Martyrum innumerabilis populus, ob certaminis, et passionis victoriam coronatus. Allí se ven brillar aquellas vírgenes sin número que triunfaron de todo el infierno junto; aquellas almas caritativas que socorrieron á los necesitados; todos aquellos héroes cristianos, que tanto se distinguieron en el continuo ejercicio de la mortificacion, de la austeridad y de la penitencia. Sean, hermanos mios, todos nuestros suspiros (prosigue el mismo Padre) por la misma dichosa suerte; todos nuestros deseos, toda nuestra ambicion y todo nuestro anhelo por merecer la misma recompensa. *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus et cum his citò esse, ut citò ad Christum venire contingat, optemus.*

Grandes apóstoles, gloriosos mártires, invencibles confesores, santas vírgenes, ilustres anacoretas, caritativos protectores de los hombres, á los que luchamos todavía con las olas en el golfo, y gemimos en el peligro, no nos bastan ni vuestros consejos, ni vuestros ejemplos, y tenemos aun necesidad de vuestra poderosa intercesion. Bien conocida teneis nuestra flaqueza, no ignorais las fuerzas de nuestros enemigos; alcanzadnos del Señor aquellos vigorosos auxilios que sabeis nos son tan necesarios. Conseguidnos la gracia particular de que jamás perdamos de vista lo que vosotros hicisteis por Dios, y lo que Dios está ahora haciendo por vosotros, para que enseñándonos vuestros ejemplos cómo debemos vivir, nos anime vuestra gloria á vivir como debemos.

HIMNO.

Placare, Christe, servulis,
Quibus Patris clementiam
Tuæ ad Tribunal gratiæ
Patrona Virgo postulat.

Et vos beata, per novem
Distincta gyros, Agmina:
Antiqua cum præsentibus,
Futura damna pellite.

Apostoli cum Vatibus,
Apud severum Judicem,
Veris reorum fletibus
Exposcite indulgentiam.

Vos purpurati Martyres,
Vos candidati præmio
Confessionis, exules

Muéstrate compasivo, y ten paciencia
Con tus siervos, oh Cristo, pues tu Madre,
Nuestra Abogada fiel, perdon al Padre
Pide en el tribunal de tu clemencia.

Y vosotros Ejércitos tan puros
En nueve hermosos Coros divididos,
Los males ahuyentad compadecidos,
Pasados, existentes y futuros.

Apóstoles, Profetas de verdades,
Al Juez recto, severo, justo y santo,
Para el reo que yace en triste llanto,
Suplicad el perdon de sus maldades.

Mártires con la sangre rubricados,
Confesores de Cristo esclarecidos
Con los premios, por tales, merecidos,

Vocate nos in patriam.
Chorea casta Virginum,
Et quos eremus incolas
Transmisit astris, Cœlitum
Locate nos in sedibus.

Auferte gentem perfidam
Credentium de finibus;
Ut unus omnes unicum
Ovile nos Pastor regat.

Deo Patri sit gloria,
Natoque Patris unico,
Sancto simul Paraclito,
In sempiterna sæcula.
Amen.

A la Patria llamad los desterrados.
Coros castos de Vírgenes hermosas,
Y los que del destierro los rigores
Enviaron á los Astros moradores,
Sentadnos en sus sillas tan gloriosas.

Desterrad la perfidia y el engaño
Del término y distrito del creyente,
Para que así un Pastor tan solamente
A todos nos gobierne en un rebaño.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo singular de él engendrado,
Y al mas divino Amor nuestro Abogado,
Por los siglos sin fin eternamente.
Amen.

SAN PEDRO DEL BARCO, CONFESOR.

San Pedro, cuyo sobrenombre de Barco tomó de un pueblo llamado así en el obispado de Avila, cerca del cual se ejercitó en las prodigiosas obras que recomendaron su eminente virtud; nació en la villa de Tormillas de la misma diócesi de unas familias humildes, pero ilustres por su singular piedad. Criáronle sus padres segun el espíritu de la ley santa de Dios, enseñándole con sus saludables consejos y con sus ejemplos á que desempeñase el carácter de cristiano; é impresas en su tierno corazon las piadosas máximas de nuestra santa fe, aborreció desde su infancia aquellas vanas solicitudes y aquellas perversas costumbres que por lo regular adoptan los jóvenes, dando en lo mas florido de su edad ejemplo de modestia, de humildad y de piedad á todos los de su patria, y portándose siempre con aquel candor y con aquella santa sinceridad que el Señor inspira en las almas inocentes. Esparcióse la fama de la eminente virtud de Pedro por todos los pueblos de la comarca; pero aun cuando esta se hallaba aprobada por los varones mas prudentes, con todo no faltaron libertinos, que viendo su total distraccion de los concursos del mundo y su devota sencillez, le tuvieron por simple y por mentecato, llegando su temeridad á burlarse públicamente del cándido jóven.

Murieron los padres de Pedro, y como sus deseos no eran otros que separarse de los peligros del siglo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, se retiró á una selva cerca del Barco, pueblo del obispado de Avila, donde labró una humilde casa con ánimo de dedicarse todo á Dios, ocupándose en la oracion y en la contemplacion de las grandezas

divinas y de las verdades eternas. Vivió algun tiempo con aquel tenor de vida mas angélica que humana, y habiéndole ocurrido el pensamiento de desmontar una selva llena de robustos árboles y de espesas malezas lo puso en ejecucion, así para evitar el ocio en los ratos de descanso, como para que el terreno fuese útil á los naturales de aquel país. Logró el fin deseado á espensas de infatigables tareas; pero no por eso dejó la práctica de sus santos ejercicios, y con especialidad el de la contemplacion que era el fuerte de todas sus atenciones; disfrutando por su íntima comunicacion con Dios aquellos dulces consuelos que dispensa el Señor á las almas abrasadas en las llamas del amor divino.

Conservaba Pedro en el pueblo de su nacimiento la casa que heredó de sus padres, la que hasta hoy permanece, segun refiere la tradicion de los antiguos, y queriendo Dios conservarla por los méritos de su fidelísimo siervo, lo acreditó con el siguiente prodigio: tenia llena de lino una pieza de la misma casa el inquilino que la habitaba, y habiéndole prendido fuego una criada movida del odio que profesaba á su dueño, aunque comenzó á arder el lino con la mayor actividad, no causó el mas leve daño en aquella materia tan fácil de combustion.

Seguia el siervo de Dios alternando con sus santos ejercicios y con el desmonte de la selva, y encendido como otro Pablo en vivísimos deseos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con el soberano objeto, que era el iman atractivo de todas sus atenciones, pidió al Señor con fervorosas oraciones que le concediese esta dicha; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, le reveló Dios que le sacaria del destierro de esta vida mortal, cuando produjese vino la fuente cristalina que manaba cerca de la casilla que tenia en la selva, con la que regaba los arbolillos nuevos que plantó. Esperaba Pedro el cumplimiento del celestial aviso, y habiendo enviado á un criado, que siempre tuvo en su compañía, á que le trajese agua de la fuente, notó al tiempo de beberla, que era un generoso vino. Conoció el Santo la significacion de este misterio; pero queriendo certificarse mas, vertió el agua del cántaro, y volvió á enviar al criado á la misma fuente, siguiéndolo para ver si con efecto cogia el agua de ella. Viólo así, y probándola segunda vez, esperimentó igual sabor de vino que en la primera. No le quedó duda entonces de que se acercaba la hora de su muerte, segun el anuncio que tuvo en la revelacion, y retirándose al pueblo de Barco para recibir los últimos sacramentos, murió despues de tres dias en el 1.° de noviembre á fines del siglo XI, segun el cómputo mas arreglado.

No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: tocáronse por sí mismas las campanas anunciando al pueblo el feliz tránsito de aquella alma dichosísima, y concurriendo todos los vecinos de Barco á la habitacion donde estaba el difunto, hallaron el venerable cadáver rodeado de un resplandor celestial, logrando con su contacto salud muchos enfermos. Voló la fama de estas maravillas á la ciudad de Avila, y queriendo apropiarse el cuerpo del siervo de Dios, se opusieron los de Barco á que se les despojase de tan precioso tesoro. Conviniéronse todos para imponer fin á la contienda en que se pusiese el cadáver en una yegua ó mula ciega, y que fuese de aquellos adonde le condujese. Ejecutóse así, y dirigiéndose el animal á Avila, entró en la iglesia de S. Vicente mártir, y tocando con la mano en una piedra, dejó impresa la herradura en ella y reventó inmediatamente. Convencidos todos á vista de este prodigio, que era la voluntad de Dios el que allí permaneciese, le dieron sepultura en la misma iglesia, donde se mantuvo por algunos siglos en el primer depósito, hasta que de él le trasladó D. Lorenzo Otahuo á un altar decentísimo que hizo fabricar á sus espensas con una efigie del Santo, en el que hoy se venera por todos los vecinos de Avila y de los pueblos de la comarca; y se acostumbra todos los sábados del año, que los clérigos de la iglesia de S. Vicente despues de vísperas concurren al altar del Santo á cantar su conmemoracion; y para su culto concedió el santo rey D. Fernando en el año 1252 los réditos de algunos pueblos; cuyo privilegio confirmó Alfonso IX y X, y tambien concedió otros Fernando IV en el de 1302.

La misa es en honra de la santísima Virgen y de todos los Santos, y la oracion la que se sigue:

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos concedéis la gracia de que celebremos los merecimientos de todos los Santos bajo de una sola solemnidad; suplicámoste que en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrames con abundancia en nuestros corazones los tesoros de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 7 del Apocalipsi.

En aquellos dias: He aquí que yo Juan ví otro ángel que subia del Oriente, y tenia el sello de Dios vivo: y clamó con una gran voz á cuatro ángeles, á los cuales se les encargó ha-

cer daño á la tierra, y al mar, diciendo: No querais dañar á la tierra, ni al mar, ni á los árboles hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados 144C sellados de todas las tribus de los hijos de Israél. De la tribu de Judá 12C sellados: de la tribu de Ruben 12C sellados: de la tribu de Gad 12C sellados: de la tribu de Asser 12C sellados: de la tribu de Néphthali 12C sellados: de la tribu de Manassés 12C sellados: de la tribu de Simeon 12C sellados: de la tribu de Leví 12C sellados: de la tribu de Isacár 12C sellados: de la tribu de Zabulon 12C sellados: de la tribu de José 12C sellados: de la tribu de Benjamin 12C sellados. Despues de esto ví una turba grande, que ninguno podia contar, de todas las gentes, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban delante del trono, y en presencia del cordero, vestidos con estolas blancas, y con palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo: La salud sea á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban al rededor del trono, y de los ancianos, y de los cuatro animales, y se postraron en presencia del trono boca abajo, y adoraron á Dios, diciendo: Amen. La bendicion, y la gloria, y la sabiduría, y la accion de gracias, el honor, y la virtud, y la fortaleza (sean dadas) á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

Ví despues una gran muchedumbre, que ninguno podia numerar, compuesta de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos, y de todas las lenguas. ¡Cuánto nos debe consolar esta universalidad y esta multitud de santos! No hay incentivo mayor para animar nuestro aliento, para vigorizar nuestra confianza, para merecer nuestra fidelidad. Sin hablar ahora de mas de diez y siete millones de mártires, á quienes les pareció hacian poco ó nada en derramar su sangre, y en dar la vida por salvar sus almas: ¿quién podrá contar el número sin número de santos de todas edades, de todos sexos y de todo género de estados que vivieron perpetuamente entregados á la práctica de todas las virtudes, y á los penosos ejercicios de la mas rígida, de la mas severa penitencia? *Et tu non poteris quod isti et istæ?* Motivo justo para estimular nuestro pundonor á vista de aquellos héroes cristianos, y para decirnos á nosotros mismos llenos de aquella confianza que inspira en los corazones la gracia, ¿por qué no podré yo hacer para merecer el cielo lo mismo que hicieron aquellas personas tan ilustres por su nacimiento, tan distinguidas por su dignidad, tan ocupadas por las obligaciones de su ministerio? ¿Aquellas jóvenes personas de todos sexos y de todas condiciones en la flor de su edad, ó aquellas otras ancianas en lo mas avanzado de su venerable senectud? ¿Acaso tuvieron ellas mayor interés en ser santas que el que tendremos nosotros? ¿Por ventura tendremos nosotros menos razones que tuvieron ellos para no perdernos? Muchos de ellos, corriendo por sus venas la mas ilustre sangre, renunciaron generosamente todas las ventajosas esperanzas de su alto nacimiento: colmados de bienes de fortuna, se redujeron voluntariamente á la mas estremada pobreza; y revestidos de las mas altas dignidades del mundo, se fueron á sepultar vivos en una profunda oscuridad. ¿Cuántas doncellas jóvenes y tiernas, adornadas con todos los atractivos del sexo, antepusieron el claustro á la engañosa libertad del siglo, y prefirieron el velo á las mas ricas coronas del universo? Era el cielo todo el objeto de sus ansias, y consideraban precisas todas estas heróicas acciones aquellas grandes almas; siendo todo su dolor no poder ofrecer á su Dios mayores y mas generosos sacrificios. No fué en ellos esta resolucion ni pusilanimidad, ni error, ni falta de espíritu. Querian ser santos á todo trance; y juzgaron debian pensar y decir con el Apóstol, que todo cuanto se puede hacer por Dios en este mundo, todas las incomodidades del tiempo presente, todos los rigores de la penitencia, todas las adversidades de la vida, no tienen proporcion con aquella gloria que es la herencia de los santos en el cielo, y que algun dia será tambien la nuestra si queremos ser santos como lo fueron ellos. Confesemos, pues, que los santos obraron cuerdamente en hacer lo que hicieron: confesemos que léjos de parecerlos que habian hecho demasiado, ninguno de ellos dejaria de desear en la hora de la muerte haber hecho mucho mas: confesemos, en fin, que solo hicieron lo que debian hacer, y que no haciendo nosotros lo mismo nunca seremos santos.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo: viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, por-

que ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros falsamente todo género de mal por causa mia: alegraos y regocijaos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

De la fiesta de todos los Santos.

Punto primero. — Considera que los Santos fueron lo que nosotros somos; y nosotros podemos ser lo que ellos fueron. No hay ni puede haber suerte mas dichosa que la suya; pues tal puede ser la nuestra. Por grandes que hubiesen sido sus deseos, están abundantemente saciados y satisfechos; gozan todos los bienes que podian desear, pues poseen hasta el mismo manantial de todos los bienes. Su bienaventuranza es perfecta, su felicidad consumada; nada les resta ya que pueda ser objeto de sus deseos. Son verdaderamente bienaventurados, saben que lo serán, y están bien seguros de que nunca lo dejarán de ser. ¿Donde hay felicidad, donde hay alegría mas llena, dicha mas perfecta? ¡Buen Dios, qué gloria mas digna de nuestra ambicion! La corona que ellos merecieron, es la misma que se nos ofrece á nosotros en premio de nuestros trabajos. Al mismo dueño servimos: si aspiramos al mismo premio, imitemos sus ejemplos. Los mismos enemigos tuvieron que nosotros, y nosotros tenemos la ventaja de saber como los vencieron ellos; las armas son las mismas, los auxilios los propios, y la carrera es la misma. Ellos la siguieron con honor; ¿quién nos quita á nosotros poner los pies en las huellas que nos dejaron estampadas? No se hallará un solo hombre que no diga que quiere ser santo; pero ¡ay Dios mio! cuando se considera la estrema desproporcion que se encuentra entre la conducta de los Santos y la nuestra, es preciso decir una de dos: ó que ellos hicieron demasiado, ó que nosotros no hacemos lo bastante para serlo. Si aquellos hombres tan prudentes y tan iluminados erraron el camino, siguiendo una ruta tan diferente de la nuestra, ¿á qué fin hemos de marchar nosotros por un sendero tan estrecho, descubriéndosenos

una calzada mas espaciosa y no menos segura? ¿Será posible que todos ellos hubiesen ignorado el gran arte de hacerse Santos á poca costa? Y si le supieron, ¿no es gran locura declamar tanto contra los que se aprovechan de él? Es cierto que ellos vivieron con hombres que seguian un camino semejante en todo al nuestro, y que censuraban el suyo; ¿pues no fué una temosa estravagancia encapricharse en gritar hasta la muerte, que no podia ser cristiana una vida mundana y regalona; que la vida holgazana, irregular y tibia lleva á la perdicion? Los Santos no fueron de otra religion, ni tuvieron otro Evangelio que el nuestro: no hizo Dios preceptos particulares para ellos, ni esperaron otra recompensa de sus buenas obras. Instruidos nosotros en la misma escuela y aleccionados por un mismo maestro, creemos lo mismo que ellos creyeron, aprendemos la misma doctrina que aprendieron, y aspiramos á la propia corona á que aspiraron; ¿pero es nuestra vida semejante á la suya? ¡Mi Dios! una diferencia tan palpable, tan enorme de conducta y de costumbres ¿nos prometerá igual ó semejante destino?

Punto segundo. — Considera hasta donde llega nuestra imprudencia, ó por mejor decir, nuestra locura. Todos convenimos en que los Santos obraron cuerdamente en vivir como vivieron; y á la verdad, ¿como es posible hacer demasiado para evitar una eterna desdicha, y para asegurar una felicidad eterna? Luego nosotros somos unos insensatos si nos persuadimos que nos salvaremos sin hacer lo que ellos hicieron, y aun haciendo todo lo contrario. Ellos quisieron ser Santos: bien; ¿pero qué queremos ser nosotros, ni qué podemos esperar ser, pareciéndonos tan poco á ellos? Dirás, es menester ser un hombre santo para hacer lo que hicieron los Santos. Arguyes mal; antes has de discurrir al contrario: es menester hacer lo que hicieron los Santos para ser Santo. Vamos de buena fe; cuando se nos ofrece á la consideracion aquella vida arreglada y ejemplar, aquella vida pura y penitente, aquella vida devota y fervorosa que hicieron los Santos en el mismo estado, y muchos de ellos en la misma edad en que nosotros nos hallamos, ¿no nos da gana de preguntar si los Santos fueron de todas las edades y de todos los paises? ¡Cual fué su pureza de costumbres! ¡con cuanto horror miraron el pecado! ¡qué distantes vivieron del espíritu del mundo, de sus máximas, de sus fiestas y de sus diversiones! Vigilantes siempre contra todo lo que podia manchar la limpieza de su corazon; siempre atentos al mas exacto cumplimiento de sus mas mínimas obligaciones: ocupados siem-

pre en el importante negocio de su eterna salvacion: cada dia mas aplicados y mas fervorosos en el ejercicio de una oracion casi continua: rígidos y austeros hasta en las necesidades mas indispensables de la vida: ¡qué guerra no hicieron perpetuamente á sus pasiones y á sus sentidos! ¡qué mortificacion tan constante y tan universal! ¡dejarse ver ellos en los espectáculos profanos! ¡Sí por cierto! les parecia que se equivocaban con los gentiles, y que hacian un insigne agravio al nombre de cristianos! ¡Pero con qué reserva procedian en todo lo que podia alterar la caridad! ¡qué devocion tan tierna era la suya! ¡qué conciencia tan delicada! Todo su gusto era padecer trabajos: ocupábales todo el tiempo el pensamiento de la eternidad, y no acertaban á comprender como el corazon hecho para Dios podia encontrar consuelo ni descanso en las criaturas. Esto es en parte lo que fueron los Santos. Admirámonos de lo que hicieron; ¿pero acaso podian ellos hacer menos para ser Santos? Mas nos debiera admirar que lo hubiesen sido haciendo lo que nosotros hacemos. Y bien; ¿qué concepto formaríamos de la santidad y de nuestra religion, si leyendo las historias de los Santos, y hallando que su vida habia sido tan imperfecta, tan inmortificada, y tan sensual como la nuestra, todavía los considerásemos dignos de nuestra veneracion y de nuestro culto? Confesemos que nosotros mismos somos una estraña paradoja. Una doncella mundana pasa la vida en continuas diversiones, en el juego, en los pasatiempos, no encontrando gusto sino en las galas y en la profanidad. Hace melindres de los platos mas delicados: se dispensa en el ayuno y aun en la abstinencia: la comida de vigilia no la asienta, la causa horror, y está como sumergida en las delicias de la vida; mientras que otra hermana suya mas jóven, mas inocente y mas delicada que ella, encerrada en la soledad que escogió, y sepultada en un claustro, pasa los dias en continuo ayuno, macera su tierna carne con rígidas penitencias, y está dedicada al ejercicio de una perpetua mortificacion. Sin embargo, ambas confian ir al cielo, ambas esperan la misma felicidad; porque al fin no hay medio entre la salvacion y la condenacion eterna.

¡Oh Señor, y qué grandes, qué importantes lecciones nos da esa gloriosa multitud de todos los Santos! ¡qué inescusable y qué poco racional hace nuestra vergonzosa cobardía! ¡qué sangrientas, pero qué justas son todas sus reconvenciones! Mientras yo consulto, mientras yo presto atencion á sus ejemplos, prestad vos benignamente vuestros oidos á las súplicas que ellos os harán por mí. No pueden menos de compadecerse tiernamente de mis

descaminos y de mis miserias, interesándose tanto como se interesan en mi salvacion. Resuelto estoy á imitarlos y á seguirlos mediante vuestra divina gracia, que os pido, poniéndolos á ellos por intercesores mios. Suplicámoste, Señor, que en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrameis con abundancia en nuestros corazones los tesoros de vuestra misericordia: *quæsumus, ut desideratam nobis tuæ propitiationis abundantiam; multiplicatis intercessoribus largiaris.*

JACULATORIAS. — ¡Oh, Señor, qué consuelos, qué dulzuras teneis reservadas para todos los que os temen! (*Psalm.* 30.)

Olvídeme yo de mi misma mano derecha si me olvidáre jamás de tí, ó Jerusalen celestial. (*Psalm.* 136.)

PROPOSITOS.

1 No hay edad, condicion, ni estado; no hay reino, provincia, pueblo ni aun familia donde no haya habido algunos santos. Pon los ojos en aquellos que lo fueron dentro de tu estado, y sírvante de modelos. En esta misteriosa variedad de bienaventurados resplandece la providencia de nuestro Dios, igualmente amable que adorable. Formó santos de todas especies y de todas condiciones, no solo para que ninguno pudiese justamente imputar á su profesion la relajacion de su vida, sino para que no hubiese siquiera uno á quien su misma profesion no presentase un vivo retrato de la virtud y de la santidad que es propia de ella; ¿pues qué escusa podrás alegar para no ser santo? No te contentes con admirar, con aplaudir, ni con honrar á los Santos; resuélvete á imitar sus ejemplos. No dejes de leer ó de hacer que se lea delante de toda la familia la vida del Santo que celebra la Iglesia en aquel dia; pues en todas hallarás asunto á la edificacion, y materia para el ejemplo. Con este espíritu has de leer en sus vidas, en la inteligencia de que el ejemplo es el que hace mas impresion en los corazones. No pares la atencion en lo maravilloso, sino en lo práctico: esto fué lo que á ellos los hizo Santos, y esto es lo que mas contribuye á que tambien lo seamos nosotros.

2 A todos los Santos has de honrar hoy con mayor devocion; pero particularmente y sobre todo á aquellos que son menos conocidos en el mundo, singularmente á los de tu condicion y tu familia, sin perder de vista los amigos domésticos y conocidos tuyos que tienen la dicha de gozar de Dios en el cielo. No se estingue en él la caridad, antes se aviva y se enciende mas, por

lo que te has de encomendar mas particularmente á su intercesion. Aunque tú ignoras su nombre, no olvidaron ellos el tuyo; y si te amaron cuando vivian en la tierra, es mucho mas puro y mas benéfico el amor que te profesan en el cielo. Cuando vivian entre nosotros, se interesaban con empeño en todas tus cosas: ahora conocen mejor tus necesidades, tienen valimiento con Dios, están solícitos de tu salvacion; pues empéñalos mas, mediante tu veneracion y tu culto, mediante tus oraciones y tus buenas obras para que intercedan por tí con el Padre de las misericordias. Siendo el dia de hoy uno de los mas solemnes del año, santifícale con todo género de ejercicios de virtud.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

La conmemoracion de todos los fieles difuntos. (*Véase su historia hoy.*)

El tránsito de san Victorino, obispo, en Poitiers, en el mismo dia; el cual, despues de haber escrito muchas obras, segun el testimonio de S. Jerónimo fué coronado con el martirio durante la persecucion de Diocleciano. (S. Jerónimo llama á este Padre una de las basas ó columnas de la Iglesia, y nos dice que sus obras fueron sublimes en sentido y sustancia, aunque su estilo latino era bajo, porque era griego de nacimiento. Profesó la oratoria en alguna ciudad de Grecia; mas considerando la vanidad del mundo, consagró su ciencia á la religion, y fué hecho obispo de Pettau en la Panonia superior, ahora Stiria; *siendo indudablemente equivocacion del Martirologio señalarle obispo de Poitiers.* Este Padre escribió contra las mas de las herejías de su siglo, y florecia por los años de 290. *Butler.*)

El martirio de san Justo, en Trieste, durante la misma persecucion, siendo presidente Manacio. (Despues de azotado, fué arrojado al mar.)

Los santos mártires Carterio, Estiriaco, Tobias, Eudoxio, Agapito, y sus compañeros, en Sebaste, en tiempo del emperador Licinio. (Servian estos Santos en los ejércitos romanos, y se hallaban en Sebaste cuando por disposicion del presidente Marcelo, fueron presos por ser cristianos, luego azotados, y últimamente puestos en una hoguera, donde recibieron la palma del martirio.)

Los santos mártires Acindino, Pegasio, Astonio ó Aftonio, Elpidéforo y Anempodisto, con otros muchos compañeros, en Persia. (Vivian los dos primeros en Persia, como ermitaños, aunque salian de su retiro para instruir en la fe á los pueblos inmediatos. Fueron presos por órden del rey de Persia, y los azotaron, y los metieron en una caldera de plomo derretido, de la cual salieron ilesos. A vista de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que te has de encomendar mas particularmente á su intercesion. Aunque tú ignoras su nombre, no olvidaron ellos el tuyo; y si te amaron cuando vivian en la tierra, es mucho mas puro y mas benéfico el amor que te profesan en el cielo. Cuando vivian entre nosotros, se interesaban con empeño en todas tus cosas: ahora conocen mejor tus necesidades, tienen valimiento con Dios, están solícitos de tu salvacion; pues empéñalos mas, mediante tu veneracion y tu culto, mediante tus oraciones y tus buenas obras para que intercedan por tí con el Padre de las misericordias. Siendo el dia de hoy uno de los mas solemnes del año, santifícale con todo género de ejercicios de virtud.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

La conmemoracion de todos los fieles difuntos. (*Véase su historia hoy.*)

El tránsito de san Victorino, obispo, en Poitiers, en el mismo dia; el cual, despues de haber escrito muchas obras, segun el testimonio de S. Jerónimo fué coronado con el martirio durante la persecucion de Diocleciano. (S. Jerónimo llama á este Padre una de las basas ó columnas de la Iglesia, y nos dice que sus obras fueron sublimes en sentido y sustancia, aunque su estilo latino era bajo, porque era griego de nacimiento. Profesó la oratoria en alguna ciudad de Grecia; mas considerando la vanidad del mundo, consagró su ciencia á la religion, y fué hecho obispo de Pettau en la Panonia superior, ahora Stiria; *siendo indudablemente equivocacion del Martirologio señalarle obispo de Poitiers.* Este Padre escribió contra las mas de las herejías de su siglo, y florecia por los años de 290. *Butler.*)

El martirio de san Justo, en Trieste, durante la misma persecucion, siendo presidente Manacio. (Despues de azotado, fué arrojado al mar.)

Los santos mártires Carterio, Estiriaco, Tobias, Eudoxio, Agapito, y sus compañeros, en Sebaste, en tiempo del emperador Licinio. (Servian estos Santos en los ejércitos romanos, y se hallaban en Sebaste cuando por disposicion del presidente Marcelo, fueron presos por ser cristianos, luego azotados, y últimamente puestos en una hoguera, donde recibieron la palma del martirio.)

Los santos mártires Acindino, Pegasio, Astonio ó Aftonio, Elpidéforo y Anempodisto, con otros muchos compañeros, en Persia. (Vivian los dos primeros en Persia, como ermitaños, aunque salian de su retiro para instruir en la fe á los pueblos inmediatos. Fueron presos por órden del rey de Persia, y los azotaron, y los metieron en una caldera de plomo derretido, de la cual salieron ilesos. A vista de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONMEMORACION
DE LOS FIELES DIFUNTOS.

este milagro, el soldado Aftonio se convirtió á la fe y allí mismo fué degollado, y los dos santos anacoretas, metidos en sacos de cuero, fueron arrojados al mar. Los soldados que los custodiaban, testigos de su constancia, abrazaron tambien la fe, y habiéndoles cortado las manos, alcanzaron la corona del martirio. Entonces Elpidéforo, del órden senatorio, fué tocado de la gracia de Dios, y confesando de improviso el nombre de Jesucristo, reprendió al rey por su crueldad, y á su ejemplo abrazaron el cristianismo unas siete mil personas, las cuales junto con él murieron al filo de la espada al dia siguiente. Aconteció esta horrible carniceria á mediados del siglo IV.)

El tránsito de los santos mártires Publio, Victor, Hermes y Papias, en Africa (durante la persecucion del emperador Decio, en el siglo III.)

Santa Eustoquia, virgen y mártir, en Tarso de Cilicia; la cual en tiempo del emperador Juliano Apóstata, despues de padecer atroces tormentos, entregó el alma estando en oracion. (Conoció la religion cristiana desde sus primeros años y vivió consagrada á Jesucristo. Queriendo el emperador Juliano Apóstata obligarla á ofrecer incienso á los ídolos, ella se resistió con el valor mas heróico, por cuyo motivo consiguió el triunfo del martirio por los años de 362.)

San Teodoto, obispo, en Laodicea en Siria, esclarecido no solo por su elocuencia, sino tambien por sus acciones y virtudes. (Habiendo sido este Santo designado milagrosamente para ocupar la silla episcopal de Laodicea, le fué dado el nombre de Teodoto, *dado por Dios*, que algunos han confundido despues con el de Teodoro.)

San Jorge, obispo, en Viena de Francia.

San Ambrosio, abad, en el monasterio de S. Mauricio en Valois.

San Marciano, confesor, en Ciro en Siria. (Era de familia patricia y su padre ocupaba puestos elevadísimos en la corte imperial, en la cual se crió el Santo desde niño. Esto no obstante tan luego como conoció la vanidad del mundo se retiró á un desierto en los confines de la Arabia, donde bien pronto la fama de su santidad le adquirió numerosos discípulos, con los cuales se formó un monasterio famoso. Cierto dia fueron á visitarle los principales obispos de Siria, y aunque quisieron ordenarle sacerdote, desistieron de su propósito á vista de la repugnancia que opuso la humildad del santo anacoreta. Diferentes milagros aumentaron aun mas la veneracion en que era tenido el siervo de Dios, que murió en su pequeña celdita por los años de 387.)

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Como la Iglesia considerada en general es la congregacion de los fieles unida en Jesucristo, que forma un mismo cuerpo, cuya visible cabeza es el papa, y la invisible el mismo Jesucristo, comprende en su universalidad á los bienaventurados que gozan de Dios en el cielo, á los justos que padecen en el purgatorio, y á los fieles que viven en el mundo. Es un cuerpo que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compone de muchos miembros: un árbol que tiene muchas ramas, cuales son la iglesia del cielo, la iglesia del purgatorio, y la iglesia de la tierra: la primera se llama *triunfante*, la segunda *paciente*, y la tercera *militante*. Llámase triunfante la del cielo porque es la congregacion de aquellos dichosos fieles que ya están en posesion de la gloria, exentos de las miserias inseparables de los viadores, gozando una perfecta felicidad, y disfrutando el premio tan justamente debido á sus buenas obras y sus gloriosos triunfos. Llámase paciente la del purgatorio por ser la congregacion de aquellos afligidos fieles, que habiéndoles cogido la muerte en estado de gracia, pero no tan purificados que mereciesen entrar desde luego en el cielo, están purificándose en el purgatorio, sufriendo la pena correspondiente á sus culpas, y padeciendo esquisitos tormentos hasta que acaben de satisfacer plenamente á la divina justicia. Llámase militante la de la tierra por ser la congregacion de los fieles, que viviendo todavía en este mundo, deben pelear continuamente contra los enemigos de su salvacion, y con la gracia de Jesucristo merecer por sus buenas obras y por sus trabajos la corona que tiene preparada Dios á su fidelidad y á sus victorias. Formando todos estos miembros un solo cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, á todos los anima un mismo espíritu de caridad, y á todos tres los une este dulcísimo vínculo. Interésanse los santos con ardor en la salvacion de los fieles que viven en la tierra, ofreciéndoles su poderosa intercesion para con Dios: no desean menos la libertad de las almas santas que padecen en el purgatorio; pero como en el cielo no están ya en estado de merecer, tampoco pueden pagar sus deudas ni satisfacer por ellas. Por otra parte, las afligidas almas que están en aquellas penas nada pueden mas que clamar á sus hermanos, pidiendo oraciones y socorros, protestando que ya las llegará el tiempo á ellas de acreditarles su eterno agradecimiento cuando se vean en posesion de la gloria. Solamente los fieles que viven en el mundo se hallan en términos de poder honrar á los unos con su religioso culto, y aliviar á los otros con obras meritorias y satisfactorias. Mediante este piadoso comercio de bienes espirituales, de intercesion, de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de zelo y de caridad, se ayudan recíprocamente todos los miembros de este cuerpo místico bajo una misma cabeza, y unidos con un mismo espíritu. Esta misma sagrada union que reina en todos sus miembros, este mismo Espíritu santo que anima y gobierna todo este cuerpo, es el que habiendo señalado un dia para celebrar en la tierra el glorioso triunfo de los santos que campean en el cielo, dedicó tambien otro dia para la memoria universal y

para el alivio de las almas santas que padecen en el purgatorio. Ayer publicaba la Iglesia militante los méritos y la gloria de los bienaventurados que reinan en la Jerusalen celestial; y hoy se compadece de los tormentos que las almas justas están padeciendo en los calabozos de la divina justicia para espiar sus defectos. Ayer imploraba para si la intercesion y las oraciones de aquellos; hoy ofrece las suyas acompañadas de sus sacrificios por el alivio de estas. Ayer tributaba sus honores á los dichosos predestinados que favorecidos y colmados por Dios de celestiales consuelos, están como nadando en delicias; hoy solicita por todo género de buenas obras el satisfacer á la divina justicia por aquellas almas afligidísimas que están gimiendo en el purgatorio al rigor de los mas dolorosos tormentos.

La conmemoracion que hoy hace la Iglesia de todos aquellos fieles que murieron dentro de su gremio; esto es, en el seno de la fe y de la caridad de Jesucristo, no es de la misma clase que la conmemoracion ó fiesta que solemniza en honor de aquellas almas bienaventuradas que gozan actualmente de una inmutable felicidad en la mansion eterna de la gloria. La naturaleza es distinta, aunque el principio, como se acaba de decir, no es diferente; siendo cierto, que el espíritu ó el objeto del culto es el mismo, aunque no sea una misma la materia. En todos tiempos hizo oracion la Iglesia por aquellos hijos suyos que morian en su comunion; de manera, que sus oraciones eran alabanzas á Dios y accion de gracias por aquellos mártires, cuya santa vida y preciosa muerte habian sido ilustre testimonio de la fe de Jesucristo; pero al mismo tiempo eran tambien súplicas y sufragios por los que tenian necesidad de ellos. Habla Tertuliano de estas dos especies de conmemoraciones, suponiéndolas de tradicion apostólica. Oramos (dice) y ofrecemos el divino sacrificio en el dia del nacimiento de los santos; esto es, en el dia en que triunfaron de la muerte, y nacieron al cielo gloriosamente: *pro natalitiis annuo die facimus;* y lo mismo practicamos en el aniversario de los fieles difuntos, segun la venerable tradicion de los padres: *ex majorum traditione, pro defunctis annua die facimus;* quedando únicamente escluidos los escomulgados de estos sufragios y de estas oraciones. Predicando S. Gregorio Nacianceno la oracion fúnebre ó el panegírico de su hermano S. Cesareo, promete hacerle las honras todos los años en el dia de su muerte: *alia quidem persolvimus, alia verò dabimus anniversarios honores, et commemorationes offerentes.* No habia cosa mas comun en los fieles de la primitiva Iglesia que honrar á los santos, hacer oracion á Dios por los difuntos, y ofrecer el sacrificio de la misa en

reverencia de los unos, y por modo de sufragio para la libertad ó para alivio de los otros. Pero en esta piadosa costumbre de obligacion y de caridad se contentó la Iglesia por largo tiempo con rogar á Dios por los muertos en particular, sin señalar dia para la conmemoracion de todos en comun; determinacion que no tomó hasta despues que se estableció la solemne festividad de todos los Santos, escogiendo el dia inmediato para la memoria de todos los difuntos, y mandando que en él se celebrase el sacrificio de la misa por todas las almas justas que están penando en las cárceles del purgatorio: piadosa obligacion fundada poco mas ó menos en el mismo principio que se tuvo presente para decretar la fiesta de todos los Santos.

Asegurado S. Odilon, abad de Cluni, de lo eficaces y provechosas que eran las oraciones, sacrificios y limosnas que hacia diariamente por los difuntos, instituyó por todos ellos una memoria general en todos los monasterios de su órden, prescribiendo un oficio comun para encomendar á Dios a todos los fieles que habian muerto en gracia suya, pero que se hallaban aun detenidos y padeciendo para purificarse antes de entrar á gozar de la bienaventuranza. Escogió para esta caritativa conmemoracion de todos los difuntos el dia inmediato á la fiesta de todos los Santos, pareciéndole mas conforme á la idea de la Iglesia sobre la comunion ó comunicacion que hay entre los unos y los otros. En el decreto general que espidió S. Odilon para toda la órden el año 998, segun lo refiere S. Pedro Damiano en la vida que escribió del santo abad, se dice, que celebrándose el primer dia de noviembre, por estatuto de la Iglesia universal, la solemnidad de todos los Santos, parecia conveniente solemnizar tambien el dia inmediato la memoria de todos los que descansan en Jesucristo, cantando salmos, haciendo limosnas, y ofreciendo por ellos el sacrificio de la misa. *Venerabilis pater Odilo, per omnia monasteria sua constituit generale decretum, ut sicut primo die mensis novembris, juxta universalis Ecclesiæ regulam, omnium Sanctorum solemnitas agitur; ita sequenti die, in psalmis, et eleemosynis, et præcipuè missarum solemniis, omnium in Christo quiescentium memoria celebretur.*

Nada hizo en esto de nuevo la piadosa y caritativa devocion del santo abad, sino señalar dia fijo para la conmemoracion de todas las ánimas del purgatorio; pues por lo demás mucho tiempo antes de S. Agustin acostumbraba ya la Iglesia ofrecer el sacrificio de la misa por todos los difuntos en comun. Es verdad (dice el Santo) que de nada sirven nuestras oraciones ni nuestras misas á los que murieron en pecado: tambien lo es, que para nada

las han menester los que ya están en la patria celestial; pero como la Iglesia no puede discernir entre unos y otros, ofrece el divino sacrificio, y ruega á Dios en general por aquellos que pueden estar necesitados de sus oraciones y sufragios. El mismo S. Agustin añade la razon de este caritativo oficio de la Iglesia por todos los fieles difuntos en general; para que aquellos (dice) que no tienen padres, parientes ni amigos que se acuerden de ellos, sean socorridos por esta madre comun que á ninguno de sus hijos olvida, y á todos los tiene dentro de su corazon. No se deben omitir las bellas palabras de este Padre (*De cura pro mort. cap. 4.*): Jamás nos olvidemos de rogar á Dios por las almas de nuestros hermanos difuntos, como la Iglesia católica lo acostumbra hacer generalmente por todos los fieles que murieron, aunque no sepa cómo se llamaron: *Non sunt prætermittendæ supplicationes pro spiritibus mortuorum; quas faciendas pro omnibus in christiana et catholica societate defunctis, etiam tacitis nominibus quorumcumque, sub generali commemoratione suscepit Ecclesia;* para que la caridad de nuestra madre comun la santa Iglesia supla la falta de los parientes y de los amigos, proveyendo á las necesidades de las almas abandonadas que no tienen otro socorro: *ut quibus ad ista desunt parentes, aut filii, aut quicumque cognati, vel amici, ab una eis exhibeatur matre communi.* Es, pues, evidente que mucho tiempo antes de S. Agustin estaba ya introducida en la Iglesia la piadosa costumbre de hacer oracion, dar limosnas, y decir misas por los difuntos que habian muerto dentro de su gremio; encontrándose en todas las liturgias ó rituales, particularmente en el romano, despues de haber rogado á Dios por los particulares, una oracion general por todos los que murieron en gracia de Jesucristo: *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus, locum refrigerii, lucis, et pacis, ut indulgeas deprecamur,* etc. Suplicámoste, Señor, te dignes conceder á estos en particular, y á todos aquellos que descansan en Cristo, un lugar de refrigerio, de luz y de paz; por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Así, pues, solo debemos á la piedad de S. Odilon el que se haya establecido esta fiesta particular en este dia, dando ocasion á la Iglesia para instituir en él una fiesta universal y de precepto, á lo menos por lo tocante al oficio; de suerte, que siendo antes particular en la órden cluniacense, se hizo despues general, estendiéndola la Iglesia á todos sus hijos.

Ya estaba instituida esta fiesta en Inglaterra en el principio del siglo XIII, como consta del concilio de Oxfort celebrado el año de 1222, colocándose entre las fiestas de segunda clase.

El concilio de Tréveris, que se celebró el año de 1549, la declaró por media fiesta, esto es, por fiesta hasta mediodia en toda la provincia: solo en el obispado de Tours es fiesta de precepto todo el dia de difuntos. Bien se puede asegurar que hay pocas devociones mas antiguas y mas universales que la de rogar á Dios por los muertos; en cuyo artículo estuvieron siempre de acuerdo la Iglesia griega y latina: autoridad de tanto peso, en dictámen de S. Agustin, que ella sola bastaria para establecerla aun cuando la Escritura no hubiese hablado de ella con tanta espresion y claridad en el libro de los Macabeos. *In Machabæorum libro legimus* (dice este Padre) *oblatum mortuis sacrificium. Sed et si nusquam in Scripturis veteribus legeretur; non parva est Ecclesiæ universæ, quæ in hac consuetudine claret, auctoritas: ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.* Ni quien puede dudar (dice en otra parte) que sean muy provechosas á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios que se ofrecen por ellos. *Neque negandum est defunctorum animas pietate suorum viventium relevari, cum pro illis sacrificium mediationis offertur, vel eleemosynæ in Ecclesia fiunt.*

Es verdad que todos estos testimonios no acreditan que se hubiese establecido en la Iglesia una fiesta particular para rogar á Dios por todos los difuntos; pero convencen (dice el padre Tomasino) las razones que se pudieron tener presentes para establecerla. Si desde el principio de la Iglesia se hizo oracion y se ofreció el sacrificio de la misa por los difuntos en particular; si tambien se ofreció por todos ellos en comun; si en todas las liturgias y en todas las misas del año se ha rogado por los mismos en general; ¿por qué razon no se podria instituir una fiesta particular para desempeñar esta piadosa obligacion, respecto de los difuntos, con especial zelo y con mayor solemnidad? En cierta manera se puede decir, que esta fiesta conviene, no solo con la de todos los Santos, sino tambien con la fiesta de la Trinidad y con la del Sacramento, en que es como suplemento, por decirlo así, de las demás fiestas, de los demás oficios, y de los demás sacrificios de todo el año. En todas las fiestas, en todos los oficios, y en todos los sacrificios de entre año se rinde supremo culto á la santísima Trinidad, se celebra la memoria de la institucion del Sacramento y divino sacrificio de la Eucaristía, en que son comprendidos todos los santos en general. Por consiguiente, las fiestas particulares que se dedican á la Trinidad, al Sacramento y á los santos, son para suplir los defectos que pueden haberse introducido en la diaria conmemoracion que se hace de ellos, y

para reparar, por medio de una especial celebridad, el poco fervor de las conmemoraciones particulares. De la misma manera la conmemoracion de los difuntos, que se hace en este dia con mayor solemnidad, nos advierte que debemos continuar en rogar á Dios por ellos todos los dias, y que esto lo debemos hacer con mayor aplicacion, con mas encendido zelo, con nueva y mas abrasada caridad.

Y á la verdad, no hay cosa mas justa, no la hay mas conforme al espíritu de nuestra religion, ni mas propia de aquella caridad benéfica y compasiva en que deben sobresalir todos los verdaderos fieles, que el eficaz zelo por el alivio de aquellas afligidas almas. Son almas predestinadas, que algun dia se han de ver en la corte del cielo en gran favor. Son unas esposas de Jesucristo, que aunque ahora están padeciendo, con el tiempo han de reinar con él en la gloria, y entonces sabrán muy bien mostrarse agradecidas, correspondiendo con el cien doblado á los beneficios que recibieron. Son nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros cercanos parientes, nuestros amigos, nuestros bienhechores, que nos piden los aliviemos en sus penas, y desde el fondo de aquellos lóbregos calabozos nos están clamando con voz lastimera: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.* Amado padre (esclama aquel querido hijo), tú que tanto lloraste por mí; tú que tanto me quisiste, mira que estoy padeciendo insufribles penas en este lugar de dolores; á muy poca costa me puedes aliviar: una limosna, una misa, una oracion pueden sacarme de estas abrasadoras llamas, pueden ponerme en libertad; ¿serás insensible á mis tormentos? Algun dia te podrás hallar tú en la misma necesidad: si entonces estoy yo en el cielo, empeñaré todo mi valimiento con Dios para libertarte de tus penas. Querido hijo, querida hija (esclama el atormentado padre, la afligida madre, rodeados ambos de llamas), ten misericordia de aquellos á quienes despues de Dios debes todo lo que tienes, la vida que gozas, y los bienes que posees: enternézcante nuestros gemidos, y alivianos en nuestros trabajos; solo te pedimos obras de caridad, solo te pedimos oraciones: para tí trabajas cuando nos haces bien á nosotros. Para escitarnos á estas obligaciones de justicia y de caridad se vale la Iglesia de este fúnebre aparato: para avivar nuestra memoria y nuestra compasion es todo ese lúgubre sonido de las campanas.

Nada se puede comparar con las penas del purgatorio. El mas estraño, el mayor enemigo tuyo te moveria á lástima si le vieras en tan doloroso estado; pero los que arden en aquel horno encendido son tus íntimos amigos, tus hermanos, tus mas cerca-

nos parientes, y acaso están ardiendo precisamente porque te quisieron demasiado, por los escesos que cometieron con el único fin de amontonar bienes y hacienda para tí; ¿será posible que no te haga fuerza lo que están padeciendo? Solicitan tu compasion aquellas afligidas almas por sus suspiros, por el amor que te tuvieron, y por la caridad que tú debes tener con ellas. Ellas solo pueden satisfacer á la divina justicia pagando sus deudas con el último rigor; pero tú puedes satisfacer por ellas á muy poca costa tuya: una oracion, una limosna, una misa, una mortificacion, una buena obra que hagas, que ofrezcas por ellas y para su alivio, puede acaso libertarlas. ¿Quién de nosotros negaria este piadoso oficio á un encarcelado, á un condenado á galeras, a uno que remase en ellas, si supiera que con una súplica, con alguna buena obra podia conseguir su libertad? ¡Y se le negarémos á nuestros amigos y á nuestros parientes! ¿Ignoramos por ventura que trabajamos en nuestro provecho cuando los hacemos este importante servicio? Siéndonos en cierta manera deudoras aquellas santas almas de su felicidad, ¿se olvidarán acaso de eso cuando gocen de ella? No mueren, no se entibian en el cielo la caridad y el reconocimiento; antes allí se encienden y se avivan mas. ¿Pues qué no podrán alcanzar del Señor en beneficio nuestro, si se empeñan, si piden eficazmente por nosotros?

La misa es de los fieles difuntos, y la oracion la que sigue:

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos y de tus siervas la remision de todos sus pecados, para que consigan por las piadosas oraciones de tu Iglesia la indulgencia y el perdon que siempre desearon. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 15 de la primera de S. Pablo á los corintios.

Hermanos: He aquí que os digo un misterio: Todos resucitaremos; pero no todos seremos mudados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, á la última trompeta; porque sonará la trompeta, y los muertos se levantarán incorruptos, y nosotros seremos mudados. Porque es menester que esto (que es) corruptible, se vista de incorrupcion: y esto (que es) mortal, se vista de la inmortalidad. Cuando, pues, esto (que es mortal) se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida por medio de la victoria. ¿En donde está, ó muerte, tu victoria? ¿en donde está, ó muerte, tu puñal? El puñal, pues, de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la ley. Pero gracias á Dios que nos dió victoria por nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Voy á descubriros un misterio; ¡pero misterio terrible! Sé de cierto que mi carne ha de resucitar para no morir jamás; pero no sé si ha de resucitar para la gloria ó para los tormentos. Lo que sé es, que el camino de los trabajos guia con mas seguridad al descanso eterno, y que la conveniencia y abundancia casi siempre son funestos presagios de una desgraciada eternidad. Pues, Señor, tenga yo el consuelo que no me perdoneis en esta vida. Los ministros de la divina justicia harán que todo el universo oiga el sonido fatal de aquella última trompeta, como señal de la guerra que declara Dios á todos los pecadores, y de la victoria que consigue de la muerte. *Levantaos, muertos,* á cuya voz y en el mismo instante los muertos de todos estados y de todas naciones del mundo saldrán de sus sepulturas; ¡pero con qué consternacion! ¡con qué espanto! ¡con qué ojos volverán á ver los grandes del siglo aquella tierra de que fueron dueños! Entonces (dice S. Jerónimo) temblarán delante de su Juez los reyes que hicieron temblar al universo. ¡Oh qué mudanza de ideas! ¡Qué diferente modo de discurrir en los hombres! ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¡oh muerte! ¿donde está tu aguijon? Aun no ha llegado el tiempo de insultar de esta manera á la muerte. Todo lo que ahora podemos hacer es procurar que no nos sea tan temible, disponiéndonos á una buena muerte por medio de una buena vida. No hay otra cosa que sea superior á la fuerza, al aguijon y á los terrores de la muerte sino la santidad y la virtud. Solamente los santos, á vista de la tranquilidad y de la alegría con que mueren, pueden preguntar á la muerte, donde está su victoria y donde está su aguijon. Su punta solo la embota la virtud cristiana; tambien con la mortificacion se crian callos, por decirlo así, para no sentir el aguijon de la muerte; pero al contrario, el regalo y la sensualidad le aguzan mas, haciendo al mismo tiempo al alma mas sensible. El pecado causó la muerte, y el pecado es el que la hace tan temerosa. Si se nos pone delante sin el pecado, se la ve venir sin susto, porque viene, digámoslo así, desarmada. ¡Oh qué afectos tan diversos escita su presencia! Los santos saltan de gozo cuando se va

arrimando á ellos; pero solo su pensamiento, sola su memoria llena de crueles sobresaltos á los disolutos, á los imperfectos y á los mundanos. *La fuerza del pecado es la ley*, dice el Apóstol: muy corrompido debe estar el corazon del hombre cuando la misma ley que prohibe el pecado parece que le comunica nuevos atractivos; y las mismas penas á que se espone el que le comete, le hacen al parecer mas delicioso. Pero habiendo vencido á la muerte Jesucristo nuestro Redentor, solo puede espantar á las almas rebeldes, y los hijos de Dios tendrian poca razon para temer un enemigo vencido y desarmado por el dueño á quien sirven, y por el padre á quien aman. Estando seguros de la victoria ¿qué hay que temer? ¿ni quién nos puede quitar que gocemos con tranquilidad de la gloria y del fruto? Pero no, aunque nuestro enemigo esté vencido, no está aniquilado. Puede cogernos de sorpresa, y puede hacer pedazos en nuestras mismas manos la palma que Jesucristo nos cortó: es necesario, pues, estar siempre alerta contra sus repentinas embestidas, teniendo presente que solo el pecado debe hacernos temer la muerte.

SECUENCIA.

Dies iræ, dies illa,
Solvet sæclum in favilla:
Teste David cum Sibylla.

Quantus tremor est futurus,
Quando Judex est venturus,
Cuncta stricte discussurus!

Tuba, mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante Thronum.

Mors stupebit, et natura,
Cum resurget creatura
Judicanti responsura.

Liber scriptus proferetur
In quo totum continetur,
Unde mundus judicetur.

Judex ergo cum sedebit,
Quidquid latet, apparebit:
Nil inultum remanebit.

La Sibila y David dicen,
Que en aquel dia de ira
La gran máquina del mundo
Se convertirá en ceniza.
¡Cuan grande será el temor
Cuando Cristo, con divisa
De Juez, venga á tomar cuenta
Rigurosa de la vida!
Convocará una trompeta
Terrible, que será oida
En todo el mundo, á los muertos
Para que ante el Trono asistan.
Llena la naturaleza
De espanto, y la muerte misma,
Verán como á ser juzgado
Todo hombre resucita.
Se manifestará un Libro
En que se verán escritas,
Para juzgarlos á todos,
De todo mortal las vidas.
Luego como el Juez se siente
Lo mas oculto, á la vista
Se pondrá, y no habrá culpado
Con quien no se haga justicia.

Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus
Cum vix justus sit securus.

Rex tremendæ majestatis,
Qui salvandos salvas gratis,
Salva me, fons pietatis.

Recordare, Jesu pie,
Quod sum causa tuæ viæ,
Ne me perdas illa die.

Quærens me, sedisti lassus:
Redemisti, crucem passus:
Tantus labor non sit cassus.

Juste Judex ultionis,
Donum fac remissionis
Ante diem rationis.

Ingemisco tamquam reus:
Culpa rubet vultus meus:
Supplicanti parce, Deus.

Qui Mariam absolvisti
Et Latronem exaudisti,
Mihi quoque spem dedisti.

Preces meæ non sunt dignæ.
Sed tu bonus fac benigne,
Ne perenni cremer igne.

Inter oves locum præsta,
Et ab hœdis me sequestra,
Statuens in parte dextra.

Confutatis maledictis,
Flammis acribus addictis,
Voca me cum benedictis.

Oro supplex, et acclinis,
Cor contritum quasi cinis;
Gere curam mei finis.

Lacrymosa dies illa,
Qua resurget ex favilla

¿Qué haré yo, cuitado, entonces?
¿Quién habrá que por mi pida?
¿Cuando en el juicio supremo
El justo apenas respira?
Rey de majestad tremenda,
Vos que dais la eterna vida
Graciosamente, salvadme,
Fuente de piedad divina.
Piadoso Jesus, no olvides
Que por mí fué tu venida
Al mundo; y así, el que yo
Te pierda, no lo permitas.
En buscarme te cansaste:
Padeciste la ignominia
De la Cruz por redimirme:
No se frustren tus fatigas.
Justo Juez de las venganzas,
Remitid las culpas mias
Antes que de vuestro Juicio
Llegue aquel tremendo dia.
Gimo y lloro como reo,
Y me avergüenzo á la vista
De mis pecados: Dios mio,
Perdona al que te suplica.
Vos que oiste al Buen Ladron,
Y perdonaste á María (*),
En ellos me diste á mí
Esperanza firme y fija.
De conseguir el perdon
No son mis plegarias dignas,
Líbrame del fuego eterno
Por tu bondad infinita.
Ponme entre los escogidos
De los precitos me quita,
Colocándome á tu diestra,
Donde todo bien estriba.
Arrojados los malditos
A aquellas llamas continuas,
Llámame con los benditos
De tu Padre, Gloria mia.
Humilde y postrado os ruego
Deshecho como ceniza
El corazon, que mi bien
Y mi último fin consiga.
Lamentable dia aquel,
En que el hombre, que yacia

(*) La Pecadora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Judicandus homo reus.

Huic ergo parce, Deus:
Pie Jesu Domine,
Dona eis requiem.
Amen.

Hecho polvo, resucite
A ser juzgada su vida.
Perdona al hombre, Dios mio,
Piadoso Jesus; consigan
Paz y descanso las almas,
E ir á gozar de tu vista.
Amen.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: De verdad, de verdad os digo que viene la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, de la misma manera dió tambien al Hijo que tuviese vida en sí mismo: y le dió potestad de juzgar porque es Hijo del hombre. No os admireis de esto, porque llegó la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán fuera los que obraron bien, resucitando para vivir; pero los que obraron mal, resucitarán para ser condenados.

MEDITACION.

De la caridad con las almas del purgatorio.

Punto primero.—Considera *que es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los muertos para que sean libres de sus pecados*, como habla la Escritura. Pensamiento santo, porque no hay caridad mas justa; pensamiento saludable, porque no la hay mas útil ni mas provechosa que la que se ejercita con los difuntos. Es justa, porque al fin, ¿qué objeto hay mas digno de nuestra compasion? ¿quién mereció nunca mejor nuestro socorro y nuestra asistencia que aquellas afligidas almas? Son almas predestinadas, que algun dia han de verse en el cielo, y ser contadas entre los moradores de la celestial Jerusalen por toda la eternidad. Son esposas de Jesucristo, detenidas en aquellos dolorosos calabozos hasta que enteramente purificadas, merezcan aumentar la corte del Cordero. No hay siquiera una de aquellas santas almas que no sea amada de Jesucristo, y por consiguiente que no sea acreedora á nuestro respeto y á nuestra veneracion, aunque de presente solo nos pidan nuestras oraciones. Son otros tantos Josés, que ahora gimen aprisionados en una tenebrosa cárcel; pero infaliblemente han de ser estraidas de ella para ser

colocadas en el trono. Ahora nos piden que nos acordemos de ellas, y ellas no dejarán de acordarse de nosotros cuando las llegue su turno, cuando se vean en la gloria, y cuando nosotros nos hallemos en las mayores necesidades. Son nuestros amigos, nuestros parientes y nuestros hermanos que están en estrema necesidad de nuestros socorros. Es aquel padre por quien derramamos tantas lágrimas, aquella madre que nos amó tan tiernamente. Cuando murieron los lloramos sin consuelo; hoy solo nos piden algunas oraciones. Ellos nos dejaron todos sus bienes; ¿será mucho pedir que los socorramos con algunas misas, con algunas obras de misericordia, con algunos sufragios? Trae á la memoria aquel tierno amor, aquellas cariñosas ansias de que te dieron tantas pruebas tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas. ¡Cuantos sustos los diste cuando aquella enfermedad, aquel accidente te puso en algun peligro! ¡con qué desvelo, con qué solicitud no procuraban todo lo que podia interesar tu salud, tus conveniencias, y hasta tus mismos gustos y diversiones! Pues qué ¿será posible que no te mueva á compasion el lastimoso estado en que se hallan aquellos tus amigos, aquellos tus deudos? ¿tendrás valor para negarlos algunos movimientos de ternura y de compasion? ¿los regatearás un socorro que los puedes dar con tanta facilidad? Cuanto mas justo es este reconocimiento, mas escandalosa, mas vergonzosa es tu insensibilidad, tu ingratitud y tu dureza. Es cierto que no ves con los ojos corporales lo que están padeciendo aquellas benditas almas; ¿pero padecerán menos, serán menos dignas de lástima porque tu no las veas? Dime, si supieras que á tu hijo ó á tu padre le habian hecho esclavo en algun país estranjero, ¿no te moverias, no darias muchos pasos para aliviarle, para ponerle en libertad? En este caso están tus amigos y parientes. Es el purgatorio una triste prision, una durísima esclavitud; puedes aliviarlos, puedes sacarlos de ella á muy poca costa tuya. El mismo que los tiene en aquella servidumbre, te solicita para que lo hagas así; y en medio de eso ¿no te resolverás á esta obra de caridad?

Punto segundo.—Considera que no habiendo cosa mas justa que la caridad con las almas del purgatorio, tampoco hay otra en que tú mismo te intereses mas, ni que sea mas ventajosa para tí. Son las almas del purgatorio unos justos y escogidos de Dios, que no habiendo purgado en este mundo la pena correspondiente á sus pecados, la están satisfaciendo en aquel lugar, y tú los puedes ayudar á satisfacerla por ellos. Son todavía deudores á la divina justicia, y tú puedes pagar sus deudas tomán-

Judicandus homo reus.

Huic ergo parce, Deus:
Pie Jesu Domine,
Dona eis requiem.
Amen.

Hecho polvo, resucite
A ser juzgada su vida.
Perdona al hombre, Dios mio,
Piadoso Jesus; consigan
Paz y descanso las almas,
E ir á gozar de tu vista.
Amen.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: De verdad, de verdad os digo que viene la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, de la misma manera dió tambien al Hijo que tuviese vida en sí mismo: y le dió potestad de juzgar porque es Hijo del hombre. No os admireis de esto, porque llegó la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán fuera los que obraron bien, resucitando para vivir; pero los que obraron mal, resucitarán para ser condenados.

MEDITACION.

De la caridad con las almas del purgatorio.

Punto primero.—Considera *que es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los muertos para que sean libres de sus pecados*, como habla la Escritura. Pensamiento santo, porque no hay caridad mas justa; pensamiento saludable, porque no la hay mas útil ni mas provechosa que la que se ejercita con los difuntos. Es justa, porque al fin, ¿qué objeto hay mas digno de nuestra compasion? ¿quién mereció nunca mejor nuestro socorro y nuestra asistencia que aquellas afligidas almas? Son almas predestinadas, que algun dia han de verse en el cielo, y ser contadas entre los moradores de la celestial Jerusalen por toda la eternidad. Son esposas de Jesucristo, detenidas en aquellos dolorosos calabozos hasta que enteramente purificadas, merezcan aumentar la corte del Cordero. No hay siquiera una de aquellas santas almas que no sea amada de Jesucristo, y por consiguiente que no sea acreedora á nuestro respeto y á nuestra veneracion, aunque de presente solo nos pidan nuestras oraciones. Son otros tantos Josés, que ahora gimen aprisionados en una tenebrosa cárcel; pero infaliblemente han de ser estraidas de ella para ser

colocadas en el trono. Ahora nos piden que nos acordemos de ellas, y ellas no dejarán de acordarse de nosotros cuando las llegue su turno, cuando se vean en la gloria, y cuando nosotros nos hallemos en las mayores necesidades. Son nuestros amigos, nuestros parientes y nuestros hermanos que están en estrema necesidad de nuestros socorros. Es aquel padre por quien derramamos tantas lágrimas, aquella madre que nos amó tan tiernamente. Cuando murieron los lloramos sin consuelo; hoy solo nos piden algunas oraciones. Ellos nos dejaron todos sus bienes; ¿será mucho pedir que los socorramos con algunas misas, con algunas obras de misericordia, con algunos sufragios? Trae á la memoria aquel tierno amor, aquellas cariñosas ansias de que te dieron tantas pruebas tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas. ¡Cuantos sustos los diste cuando aquella enfermedad, aquel accidente te puso en algun peligro! ¡con qué desvelo, con qué solicitud no procuraban todo lo que podia interesar tu salud, tus conveniencias, y hasta tus mismos gustos y diversiones! Pues qué ¿será posible que no te mueva á compasion el lastimoso estado en que se hallan aquellos tus amigos, aquellos tus deudos? ¿tendrás valor para negarlos algunos movimientos de ternura y de compasion? ¿los regatearás un socorro que los puedes dar con tanta facilidad? Cuanto mas justo es este reconocimiento, mas escandalosa, mas vergonzosa es tu insensibilidad, tu ingratitud y tu dureza. Es cierto que no ves con los ojos corporales lo que están padeciendo aquellas benditas almas; ¿pero padecerán menos, serán menos dignas de lástima porque tu no las veas? Dime, si supieras que á tu hijo ó á tu padre le habian hecho esclavo en algun país estranjero, ¿no te moverias, no darias muchos pasos para aliviarle, para ponerle en libertad? En este caso están tus amigos y parientes. Es el purgatorio una triste prision, una durísima esclavitud; puedes aliviarlos, puedes sacarlos de ella á muy poca costa tuya. El mismo que los tiene en aquella servidumbre, te solicita para que lo hagas así; y en medio de eso ¿no te resolverás á esta obra de caridad?

Punto segundo.—Considera que no habiendo cosa mas justa que la caridad con las almas del purgatorio, tampoco hay otra en que tú mismo te intereses mas, ni que sea mas ventajosa para tí. Son las almas del purgatorio unos justos y escogidos de Dios, que no habiendo purgado en este mundo la pena correspondiente á sus pecados, la están satisfaciendo en aquel lugar, y tú los puedes ayudar á satisfacerla por ellos. Son todavía deudores á la divina justicia, y tú puedes pagar sus deudas tomán-

dolas de tu cuenta. Los medios establecidos por Dios para esta satisfaccion son las limosnas, las misas, las buenas obras y las oraciones: es verdad que si tú pagas por ellos, ya no deberán cosa alguna á la divina justicia; pero quedarán deudores tuyos, y te deberán á tí las oraciones, las buenas obras, las misas, las limosnas que cubrieron su deuda. Si se les anticipó su eterna dicha, si ya están gozando de Dios, su soberano bien, si tienen valimiento con este Señor, despues del mismo Dios á tí te deben este valimiento, esta gloria, esta fortuna. ¿Y te persuades á que debiéndote tanto, en nada te corresponderán? Están en favor con el Señor; no las puede negar cosa que le pidan; se perfecciona en el cielo la caridad; pues dime, ¿en beneficio de quién emplearán mejor el favor que tu mismo los conseguiste, ó por lo menos se le anticipaste? Conocerán en la esencia de Dios tus peligros, tus tentaciones, tu estado y tus necesidades: ¿te parece posible que falten en el cielo á la caridad y al agradecimiento? ¡Oh, y quién estuviera cierto de haber sacado del purgatorio á una sola alma! ¿Dónde habria motivo de consuelo y de confianza en su proteccion y en su intercesion mejor fundado? ¡Cuántos funestos accidentes en la vida! ¡cuántas violentas tentaciones! ¡cuántos peligros de la salvacion! ¡cuánto hay que temer en la postrera hora! ¿Pero tienes la dicha de haber sacado una alma del purgatorio ó de haberla aliviado por lo menos? Pues está cierto de que tienes con Dios un poderoso intercesor y protector, un amigo fiel, que conociendo tus peligros y tus necesidades, empleará todo su valimiento para sacarte con felicidad de ese mal paso, para asistirte en ese peligro, para alcanzarte todas las gracias, todos los auxilios que hubieres menester en aquellos últimos críticos momentos. Esto movió el zelo de la Iglesia por los difuntos; esto inspiró en los santos tanta caridad con las almas del purgatorio. En esta caridad hallamos nuestra cuenta; por nosotros hacemos cuanto hacemos por ellas, y su provecho se refunde en provecho nuestro. No puede haber mayor injusticia, no puede haber mayor ingratitud; pero tampoco puede haber mayor perjuicio nuestro que no hacer cosa alguna por el alivio de aquellas benditas almas.

Espero, divino Salvador mio, que no permitireis se queden sin efecto todas estas reflexiones. Dadme gracia para que sean eficaces los piadosos impulsos que esperimento, y todos los santos propósitos que hago. Unos y otros los debo á vuestra misericordia. De hoy en adelante será mi primera devocion la caridad con las almas del purgatorio, resuelto seriamente á practicar todos los medios que vos me proponeis y me franqueais para su alivio.

JACULATORIAS.—Dadlas, Señor, el descanso eterno, y alúmbrelas vuestra eterna luz. (*La Iglesia.*)

Vos, Señor, sois la misma bondad; y así disponed que las afligidas almas gocen cuanto antes en compañía de tus santos los eternos resplandores de la gloria. (*La Iglesia,*)

PROPOSITOS.

1 No hay ni hubo jamás en el mundo persona mas digna de compasion que las almas del purgatorio. ¿Quienes mas acreedores á nuestra conmiseracion que aquellos que ni se pueden ayudar á sí mismos, ni les es lícito dejarse ver, ni se les permite pedir socorro? Un pobre encarcelado, metido en un oscuro calabozo, cuyas lágrimas no se pueden ver, cuyos gemidos y clamores no se pueden oir, es bien digno de lástima. Tales son las almas del purgatorio. ¡Cuántas están padeciendo en aquellas tenebrosas mazmorras, que no tienen amigos ni parientes que se acuerden de ellas! ¡cuántas están ardiendo mas de cien años ha en aquellos hornos encendidos! ¡Oh, qué bello objeto de una caridad verdaderamente cristiana! No te contentes con hacer hoy oracion en general por todos los fieles difuntos, segun el espíritu de la Iglesia; ofrece todos los dias algunas oraciones en particular por las ánimas del purgatorio, y alguna mas especialmente por las que tienen menos sufragios y están mas desamparadas. Todas las semanas ó á lo menos todos los meses has de determinar un dia para esta importante devocion. De cuando en cuando da algunas limosnas, haz algunas penitencias, algunas buenas obras, algunas comuniones; celebra, oye ó manda decir algunas misas por las ánimas pobres y desatendidas. Pocas devociones hay que sean mas gratas al Señor y mas provechosas para nosotros.

2 Los medios generales para socorrer á las benditas ánimas, son los ayunos, las oraciones, las limosnas, las penitencias, las mortificaciones, sean de la especie que fueren, y todas las buenas obras, que todas son satisfactorias, porque todas tienen algo de penosas. En todas nuestras acciones podemos hallar motivo para aliviar con ellas á las almas del purgatorio, sin que nos sean mas gravosas, ni nos cuesten mas trabajo. Así como todos los disgustos, todas las molestias, todos los contratiempos que nos suceden, nos pueden servir para satisfacer por nuestras culpas, así tambien los podemos aplicar en satisfaccion de las de nuestros hermanos. Aflicciones, enfermedades, humillaciones, afrentas, injurias, adversidades, todo puede contribuir para pu-

rificarnos de nuestros pecados, y para satisfacer á la divina justicia por aquellas pobres almas. Algunas personas virtuosas juzgaron tan meritoria esta devocion, que renunciaron con obligacion, en forma de voto, toda la satisfaccion de cuantas buenas obras hiciesen en su vida á beneficio de las almas del purgatorio. Ni faltaron otras que estendieron los límites de su caridad mas allá de los límites de su vida, adelantándose á hacer la misma renuncia en cuanto las fuese posible, de todas las oraciones y de todos los sufragios que por cualquiera título las pudiesen pertenecer despues de muertas: acto de caridad reputado por uno de los mas heróicos. Nada se pierde en los escesos de caridad á ejemplo de S. Pablo. Entre los medios de aliviar á las benditas ánimas, son muy escelentes las indulgencias, las misas y las comuniones que se aplican por ellas.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

El glorioso tránsito de san Quarto, discípulo de los Apóstoles. (Pocas noticias han quedado de este Santo, pues se ignora si padeció martirio, como algunos suponen, y el lugar donde acabó sus dias. El apóstol S. Pablo en su epístola á los Romanos, cap. 16, dice estas palabras: «Salúdoos..., Quarto, hermano »)

Los santos mártires Germano, Teofilo, Cesario y Vital, en Cesarea de Capadocia; los cuales en la persecucion de Decio padecieron valerosamente el martirio.

Los innumerables santos mártires, en Zaragoza de España, que con admirable constancia dieron la vida por Jesucristo en tiempo de Daciano, presidente de España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Valentin, presbítero, é Hilario, diácono, en Viterbo; los cuales en la persecucion de Maximiano fueron precipitados en el Tiber con una gran piedra atada al cuello; pero habiéndolos sacado milagrosamente un ángel, fueron despues degollados, recibiendo la corona del martirio.

Santa Wenefrida, vírgen y mártir, en Inglaterra. (Sus padres eran de la primera nobleza del pais y mas distinguidos aun por su piedad. Dirigió su educacion un santo presbítero y monge llamado Beuno, que se dice haber sido su tio materno, quien la enseñó la vida de perfeccion que comenzó consagrando á Dios su virginidad, y tomando despues el velo de religiosa. Vivió primero en un pequeño monasterio que habia hecho edificar su padre en Holy-Well, ó Pozo Santo, y despues se trasladó al de Guterin, del cual fué luego abadesa. Caradoc ó Cradoc, hijo de Alano, príncipe de aquel pais, concibió por ella una pasion tan brutal, que no pudiendo satisfacerla, la persiguió un dia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rificarnos de nuestros pecados, y para satisfacer á la divina justicia por aquellas pobres almas. Algunas personas virtuosas juzgaron tan meritoria esta devocion, que renunciaron con obligacion, en forma de voto, toda la satisfaccion de cuantas buenas obras hiciesen en su vida á beneficio de las almas del purgatorio. Ni faltaron otras que estendieron los límites de su caridad mas allá de los límites de su vida, adelantándose á hacer la misma renuncia en cuanto las fuese posible, de todas las oraciones y de todos los sufragios que por cualquiera título las pudiesen pertenecer despues de muertas: acto de caridad reputado por uno de los mas heróicos. Nada se pierde en los escesos de caridad á ejemplo de S. Pablo. Entre los medios de aliviar á las benditas ánimas, son muy escelentes las indulgencias, las misas y las comuniones que se aplican por ellas.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

El glorioso tránsito de san Quarto, discípulo de los Apóstoles. (Pocas noticias han quedado de este Santo, pues se ignora si padeció martirio, como algunos suponen, y el lugar donde acabó sus dias. El apóstol S. Pablo en su epístola á los Romanos, cap. 16, dice estas palabras: «Salúdoos..., Quarto, hermano »)

Los santos mártires Germano, Teofilo, Cesario y Vital, en Cesarea de Capadocia; los cuales en la persecucion de Decio padecieron valerosamente el martirio.

Los innumerables santos mártires, en Zaragoza de España, que con admirable constancia dieron la vida por Jesucristo en tiempo de Daciano, presidente de España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Valentin, presbítero, é Hilario, diácono, en Viterbo; los cuales en la persecucion de Maximiano fueron precipitados en el Tiber con una gran piedra atada al cuello; pero habiéndolos sacado milagrosamente un ángel, fueron despues degollados, recibiendo la corona del martirio.

Santa Wenefrida, vírgen y mártir, en Inglaterra. (Sus padres eran de la primera nobleza del pais y mas distinguidos aun por su piedad. Dirigió su educacion un santo presbítero y monge llamado Beuno, que se dice haber sido su tio materno, quien la enseñó la vida de perfeccion que comenzó consagrando á Dios su virginidad, y tomando despues el velo de religiosa. Vivió primero en un pequeño monasterio que habia hecho edificar su padre en Holy-Well, ó Pozo Santo, y despues se trasladó al de Guterin, del cual fué luego abadesa. Caradoc ó Cradoc, hijo de Alano, príncipe de aquel pais, concibió por ella una pasion tan brutal, que no pudiendo satisfacerla, la persiguió un dia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS INNUMERABLES
MARTIRES DE ZARAGOZA.

enfurecido, y la cortó la cabeza, yendo ella huyendo de él á tomar asilo en la iglesia de Holy-Well, siendo así Winefrida mártir de su pureza y virtud. Algunos escritores añaden, que á Caradoc se le tragó la tierra en el sitio mismo en donde cayó la cabeza de la Santa, en el cual nació inmediatamente una fuente, que es el admirable pozo que ahora se ve allí, con los guijarros ó piedras que en el fondo se descubren pintadas de betas rojas, y ciertas tobas, ó yerbas dentro del agua que despiden un olor fragante; y que esta santa mártir fué restituida á la vida por las oraciones de S. Beuno, llevando siempre despues la señal de su martirio en un círculo encarnado que le quedó al rededor del cuello. *Butler.*)

San Malaquías, obispo de Cenereth en Hibernia, en el monasterio de Claraval, quien floreció en muchas virtudes: escribió su vida san Bernardo abad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Huberto, obispo de Tongres, en el mismo dia.

San Domno, obispo y confesor, en Viena. (El autor de la vida de este Santo dice que sobresalió principalmente en él la humildad, el amor á los pobres y su celo en redimir cautivos. Parece que murió por los años de 527.)

San Pirmino, obispo de Meaux, item.

San Ermengando (ó Ermengol), obispo, en Urgel en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Santa Silvia, madre de S. Gregorio, papa, en Roma. (Nació en Mesina de Sicilia, de la nobilísima familia Octavia. Fué modelo de vírgenes, de esposas y de madres; y Dios le concedió la dicha de dar á la Iglesia el gran papa S. Gregorio, el cual confiesa haber mamado con la leche de su buena madre los mas raros ejemplos de santidad. Vivió algunos años en Roma, junto á la iglesia de S. Sabas, con pobreza y abstinencia, dedicada enteramente á las prácticas de la caridad y á los fervores de la oracion. Cierto dia se apareció un ángel á S. Gregorio, y le habló de su madre dándole el título de bienaventurada. Murió en Roma el año de 602.)

LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Ennoblecida la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podia tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia que no tuviesen dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma Reina de los Angeles, que segun el leccionario antiquísimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavía vivia en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo, que en aquella ciudad predilecta la compitiese particularmente el glorioso título de Reina de los mártires. A estos pensamientos da lugar el número prodigioso de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos este dia, y cuyo martirio, segun consta de unas actas del siglo VII, es en la forma siguiente.

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos, como en la dominacion del imperio. Persuadidos á que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarles del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes rezelos, dando un golpe que acabase enteramente con los cristianos, y produjese en su pecho la tranquilidad. Espidieron, pues, un decreto, por el cual abolian todas sus iglesias, les prohibian las juntas privadas en cualquiera pueblo sujeto al imperio, imponiendo pena de destierro á los contraventores, y llevando su crueldad impía hasta el estremo de que cualquiera pudiese ser demandante contra un cristiano, y quitarle la vida por sí mismo si persistia en su religion. Para este efecto espidieron ministros por todas las regiones y provincias, dándoles la instruccion de que primeramente llamasen á los cristianos á su tribunal, y probasen con blanduras, halagos y promesas atraerlos á dar incienso á los dioses, dándoles á conocer que en esto obedecerian á los emperadores, y se harian acreedores á sus beneficencias; pero si por el contrario eran pertinaces en permanecer en su religion, contraviniendo á los decretos de los emperadores, esperimentarian el último suplicio por medio de los mas esquisitos tormentos. Salieron por todas partes los crueles ministros acompañados de una turba de satélites conformes en todo á sus intenciones, y los mas oportunos para la ejecucion de los inicuos decretos. Señalóse entre todos Daciano, hombre perverso, de entrañas duras, y de costumbres corrompidas, el cual, habiendo conseguido de los emperadores que le destinasen con esta comision a España, entró en ella como pudiera un sangriento lobo entrar en una manada de inocentes corderos. En cuantas ciudades estuvo, en todas dejó auténticas señales de su ferocidad sacrílega, dejando bañadas en sangre de cristianos las calles y las plazas; pero al mismo tiempo viendo con confusion suya que se arraigaba mas y mas el nombre de Jesucristo, y se multiplicaban sus adoradores.

Llegó finalmente á Zaragoza con el mismo espíritu diabólico que hasta allí le habia agitado, y con la esperanza de que, esterminados los cristianos de aquella ciudad, que era mirada por todas sus circunstancias como el centro del cristianismo, le seria

fácil conseguir otro tanto en toda la península. Con esta persuasion derramó la sangre de S. Vicente, quien no solamente ilustró aquella ciudad con su martirio (*véase su historia en las del dia 22 de enero*), en que se compitieron la astucia y barbaridad de Daciano en inventar tormentos, y la fortaleza de Vicente en superarlos, sino tambien á la ciudad de Valencia, que fué glorioso teatro de su triunfo. A este martirio añadió el de diez y ocho ilustres varones, llamados Quintiliano, Matutino, Urbano, Fausto, Felix, Primitivo, Ceciliano, Fronton, Apodemio, Casiano, Públio, Marcial, Suceso, Januario ó Genaro, Evencio ó Euboto, Optato, Lupercio ó Luperco y Julio ó Julia. (*Véase la noticia de su martirio en las del dia 16 de abril.*) Pareciéndole poco haber ensangrentado las manos en los robustos varones, estendió su crueldad á las delicadas doncellas, martirizando á la sagrada virgen Engracia (*véase su historia en las del mismo dia 16 de abril*); quien con un valor superior á su sexo sufrió que la rompiesen todo su cuerpo con tal inhumanidad, que la cortaron enteramente un pecho, y en los garfios de hierro salió una parte del hígado, la cual guardaron los cristianos por mucho tiempo, y Prudencio asegura haberla visto él mismo.

Todas estas victorias que conseguian los cristianos del inicuo juez, consternaban á éste, y casi le reducian á la desesperacion viendo frustradas sus esperanzas. Por una parte veia que los emperadores no podian quedar servidos, segun lo magnífico de sus promesas, y por otra advertia en los cristianos tal firmeza en su religion, tan fundada solidez en sus principios, y constancia tan invicta para sufrir los mas horrorosos tormentos, que por todas partes le parecia imposible salir con lucimiento en su bárbara comision. Por tanto, viendo que los medios comunes y usados producian débiles efectos, apeló á la astucia y al artificio; y á la mucha que tenia Daciano, juntó toda la suya el espíritu infernal que le animaba. Resuelto á poner por obra un diabólico proyecto que habia meditado, y en que estribaba el último recurso de su ferocidad, llamó á todos sus soldados y ministros, y cuando los tuvo presentes, les habló de esta manera: « Por mas que hemos hecho, ó valerosos soldados de nuestros invictos emperadores, para vencer, destruir y arrancar la supersticion de los cristianos, y borrar, si fuese posible, de todo nuestro imperio tan infame nombre, vemos con dolor que nuestras diligencias, nuestros tormentos, y aun la misma muerte léjos de intimidarlos y hacerlos mudar de parecer, no sirven de otra cosa que de confirmarlos en su supersticion, y de hacer mas visibles nuestra debilidad y su fortaleza. La sangre que derraman parece que

tiene hechizos para multiplicar el número de cristianos y aumentar su constancia. No solamente los varones robustos, sino las tiernas y delicadas doncellas miran con ojos serenos dilacerar sus carnes, y cortar sus cuellos con la espada. Debemos ya estar persuadidos á que son débiles con esta casta de gentes todos los esfuerzos ordinarios. Yo he pensado un medio, por el cual podremos conseguir el universal esterminio de estos enemigos de nuestros dioses, y el completo servicio de nuestros príncipes; pero en este negocio, como en todos los de grande importancia, es el agente principal el secreto, que confio guardareis como devotes de los dioses y como romanos. Vosotros mismos conoceis que en esta ciudad se contiene una multitud innumerable de cristianos, á la cual seria imposible vencer acometiéndolos uno á uno, porque fortalecida su alma con no sé qué lisonjeras ideas de otra vida, desprecian los tormentos, y nos desprecian á nosotros. El honor de nuestros dioses, lo sagrado de sus templos, y lo religioso de sus ceremonias, es para ellos burla y escarnio, y no podemos negar, que el verles perder la vida con tanta serenidad y alegría, nos estremece á nosotros mismos, y nos hace concebir una fuerza superior en sus opiniones. Por tanto, he pensado que todos mueran de una vez, y para que ninguno quede oculto, saldrán pregoneros por la ciudad publicando una sentencia capciosa, que teniendo parte de castigo y parte de condescendencia, llegue finalmente á ser creida. Publicaráse, pues, que á todos los cristianos libres ó esclavos, de cualquiera condicion, sexo ó edad que sean, se concede amplia licencia para que salgan de esta ciudad, y restablezcan su domicilio en donde fuere su voluntad; con condicion, de que en este recinto no haya de quedar ninguno que adore á Jesucristo. Este decreto será recibido por ellos con los brazos abiertos; se les obligará á salir por determinadas puertas, y á determinada hora. Entonces vosotros, ó soldados, estareis bien prevenidos de armas en lugares ocultos, y cuando tengais á vuestra discrecion aquella multitud inerme, saldreis de la celada, y les acometereis con denuedo, matando indistintamente, de manera que no quede uno vivo. Para lograr mejor este fin, luego que se haya verificado la salida de todos, mandaré cerrar las puertas de la ciudad, y de este modo, aquellos miserables que huyesen de vuestros aceros, no encontrarán en ella asilo, sino que serán precisamente víctimas de vuestras espadas. De esta manera quedarán esterminados los cristianos, vengados nuestros dioses, y nuestros emperadores servidos.»

Un discurso semejante no podia menos de ser recibido con aplauso por una gente criminal y bárbara. Todos lisonjearon á

Daciano con la oportunidad y grandeza del proyecto, y todos se ofrecieron á ser sus fieles ejecutores. Repartiéronse inmediatamente por la ciudad pregoneros que publicasen el decreto, el cual fué oido de todos los cristianos con suma complacencia, pensando que cesaba en parte la persecucion, y que en cualquier otro pueblo les seria permitido el libre ejercicio de su religion sacrosanta. Mas cuidadosos de esto, que de recoger los bienes terrenos que poseian, abandonaron sus casas inmediatamente, y salieron de la ciudad por las puertas occidentales, que eran las únicas que estaban abiertas. Causaba lástima ver una tropa innumerable de hombres y mujeres de todas las edades, que llenos de alegría caminaban á su parecer á un destierro, siendo cierto que tenian la muerte tan cercana. Los ancianos se daban priesa á andar, sustentando los trémulos miembros en robustos báculos, temerosos de que pudiesen hacer falta á los cristianos su madurez y sus consejos. Los jóvenes regocijados abandonaban sus casas, teniendo en mas precio conservar la fe que habian recibido de sus mayores, que todos los tesoros del mundo. Las débiles mujeres, fortalecidas por una virtud superior á su sexo, iban con gusto, sin que los lamentos de los tiernos infantes que colgaban de sus pechos fuesen parte para quebrantar su entereza. De todos ellos se formaba una multitud tan innumerable, que no parecia sino que habia salido toda la ciudad de Zaragoza. Pero lo mas admirable es, que aquella santa multitud abandonase sus casas y sus haberes con tanto regocijo y alegría, que entre todos ellos no se oia otra cosa que aquel cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* Al tiempo que iban cantando este dulcísimo himno, anegados todos en un gozo celestial, vieron los gentiles que habian salido todos los cristianos, y cumpliendo con la disposicion de Daciano, cerraron las puertas para que no pudiese refugiarse a ella ningun fugitivo.

Esta era la hora de los perversos, y la potestad de las tinieblas; y asimismo el momento que Dios habia destinado para completar la mayor victoria que vieron jamás los siglos. Iban los cristianos todos juntos complaciéndose mutuamente unos con otros, y dándose mil parabienes porque tenian la dicha de padecer por Jesucristo aquel destierro. Los aires resonaban con himnos dulcísimos de alegría, en que daban á Dios gracias por la libertad que ellos imaginaban de poder libremente emplearse en el ejercicio de su sacrosanta religion. Acechaban entre tanto desde sus escondrijos los sacrílegos ministros de Satanás, y cuando les pareció oportuno, salieron de sus celadas como si fueran

sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazon, y á otros les trunean y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia conseguido una grande victoria, y que habia esterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una esperiencia continuada, que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tirania para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto por repetidas esperiencias, que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producia ciento por uno, y que seria muy posible, que cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raices del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente asidas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cadáveres, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les diesen un culto y veneracion que negaban á sus dioses.

Por esta causa inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazon maligno. Habia usado de todos los ardides que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida: tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro todavía, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que siendo imposible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no esponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impío; pero Dios contra cuyo poder y sabiduría no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por sus delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan estraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcesible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterráneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz de la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterránea, y en ella las colocaron junto con los diez y ocho santos mártires de los cuales hablamos el dia 16 de abril. Hoy dia se conserva esta capilla debajo de la iglesia de Sta. Engracia, como allí mismo en la historia de esta Santa se dijo. Muy de antiguo se llamó esta capilla la iglesia subterránea de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos S. Eugenio y S. Braulio.

Las Actas atribuidas á S. Braulio, y diferentes Martirologios juntamente con el Romano celébran á estos santos Mártires con el título de *Innumerables*, tomando esta palabra en su propia y rigurosa significacion; en cuanto denota una gran muchedumbre que no puede reducirse á número fijo.

En la devastacion de España por los moros quiso la divina Providencia, que entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los Innumerables mártires de Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazon, y á otros les trunean y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia conseguido una grande victoria, y que habia esterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una esperiencia continuada, que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tirania para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto por repetidas esperiencias, que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producia ciento por uno, y que seria muy posible, que cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raices del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente asidas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cadáveres, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les diesen un culto y veneracion que negaban á sus dioses.

Por esta causa inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazon maligno. Habia usado de todos los ardides que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida: tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro todavía, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que siendo imposible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no esponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impío; pero Dios contra cuyo poder y sabiduría no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por sus delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan estraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcesible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterráneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz de la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterránea, y en ella las colocaron junto con los diez y ocho santos mártires de los cuales hablamos el dia 16 de abril. Hoy dia se conserva esta capilla debajo de la iglesia de Sta. Engracia, como allí mismo en la historia de esta Santa se dijo. Muy de antiguo se llamó esta capilla la iglesia subterránea de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos S. Eugenio y S. Braulio.

Las Actas atribuidas á S. Braulio, y diferentes Martirologios juntamente con el Romano celébran á estos santos Mártires con el título de *Innumerables*, tomando esta palabra en su propia y rigurosa significacion; en cuanto denota una gran muchedumbre que no puede reducirse á número fijo.

En la devastacion de España por los moros quiso la divina Providencia, que entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los Innumerables mártires de Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

SAN MALAQUÍAS, OBISPO Y CONFESOR.

San Malaquías, cuya vida escribió S. Bernardo, fué irlandés de orígen, y sus padres muy distinguidos por la nobleza de su sangre, aunque la madre lo era mas por el resplandor de su virtud. Sabiendo muy bien la religiosísima señora lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, aplicó el mayor cuidado á inspirar en la de su hijo las de una sólida piedad desde la misma cuna; y dejando á cargo de los maestros el cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó al suyo el amoldarle el corazon á los principios de la religion, logrando el consuelo de que dócil el tierno niño á uno y otro cultivo correspondieron sus progresos en la virtud y en las letras á los desvelos de sus maestros y á la vigilancia de su madre. Hízole dueño de los corazones de todos la suavidad de su genio, y sin dejar de ser niño, se notaba en él la prudencia y el juicio de un anciano, la pureza de un ángel, y la humildad de los santos; de manera, que en aquella tierna edad amaba la oracion, tomaba gusto al silencio, y el recogimiento era todo su atractivo. Meditaba con gusto en la ley santa del Señor, comia poco, se mortificaba mucho, ocupábale enteramente la presencia de Dios, y concurriendo algunas veces con su maestro á una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos del alma en su soberano Autor. Levantaba sus puras manos al cielo para que subiese hasta él el holocausto de su purísimo amor, y el cielo recibia con gusto un sacrificio tan puro. Aquellos grandes principios prometian grandes fines, y los fines correspondieron á aquellos grandes principios. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien recibiendo de Dios luces mas vivas, las que hicieron tanta impresion en su corazon, que al fin se resolvió á dejar el mundo.

Habia en la ciudad de Ardinaka un hombre, cuya penitente vida se hacia admirar de cuantos tenian noticia de su austeridad y de su virtud. Buscóle Malaquías con el fin de que le enseñase alguna regla para su direccion y gobierno personal. Asombró á todos la resolucion del generoso mancebo. Sentado humildemente á los pies de Imacio (así se llamaba su maestro), le enseñaba á obedecer, y obedecia. Hizo conquistas su obediencia: contentábanse antes todos con admirar la penitente vida de Imacio; pero cuando vieron que el tierno Malaquías profesaba tambien la misma, se esforzaron otros á imitarle; y él, que hasta entonces era el único hijo de su padre espiritual, en breve pasó á ser el primogénito de muchos hermanos; pero sosteniendo siempre el honor y el carácter de la primacía, menos por la anterioridad en la disciplina, que por la superioridad en las virtudes. Movido de esto el obispo, le ordenó de diácono á pesar de su modestia, que le obligaba á reputarse muy indigno del sagrado ministerio. Entró en él por la vocacion de Dios, y le desempeñó con su gracia. Propúsose por modelo á S. Estéban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su zelo y su caridad. Teniendo á su cargo el cuidado de las viudas y de los huérfanos, veló en la conservacion de su vida: hízose agente de los pobres abandonados, y con sus propias manos enterraba á los muertos. Ni al nuevo Tobías le faltó materia en que ejercitar la paciencia. Tenia Malaquías una hermana, que no conociendo el valor de una obra de misericordia tan heróica, consuelo de los hombres y admiracion de los ángeles, la pareció que con ella afrentaba su familia; y un dia le trató de simple, diciéndole colérica, que *debia dejar á los muertos enterrar á los muertos*, abusando de las palabras del Evangelio para fomentar su vanidad; pero el siervo de Dios no hizo caso de ella: dejóla hablar, y prosiguió en sus buenas obras. La dignidad con que Malaquías desempeñaba las obligaciones del diaconato, era el mayor panegírico de su mérito, y como una voz que estaba pidiendo á gritos el sacerdocio. Todos hallaban en él aquella eminente virtud y aquellos grandes talentos que deben caracterizar á los sagrados ministros del altar; solo Malaquías se consideraba indigno del sagrado ministerio, y fué menester toda la autoridad de su obispo, y toda la veneracion que profesaba á los dictámenes de su director el bienaventurado Imar ó Imacio para rendirse á recibir el órden sacerdotal. Fué presbítero á los veinte y cinco años de su edad, dispensándose con él, en atencion al concepto de su eminente virtud y estraordinarios talentos, en la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Luego que Malaquías recibió la imposicion de las manos le encargó el obispo el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador, poderoso en obras y en palabras, hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesi. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecia aspiraban á la prescripcion: corrigió innumerables abusos que presumian ya de legítima costumbre: restituyó la disciplina á su antiguo vigor, y con la pureza de costumbres restauró la fe en todo el obispado. Era elocuente, y predicaba con zelo y con visible mocion; pero lo que mas contribuia á las conversiones eran

sus ejemplos. Veian todos en el altar á un serafin, en la conversacion á un santo, y en el púlpito á un apóstol. Solo por motivo de caridad se dejaba ver en público: por lo demás toda su ocupacion particular era el estudio en la ciencia de los santos. Acompañaban todas sus acciones y palabras la dulzura, la mansedumbre, la mortificacion y la humildad; y cedian todos los estorbos á la opinion de su virtud. Consiguió que en todas las iglesias de la ciudad y del obispado se cantase el oficio divino en las horas canónicas señaladas para eso; ejemplo que imitaron presto todas las ciudades de Irlanda. No solo restituyó en ella el canto del coro, sino tambien el uso de los sacramentos, con otras devociones muy conformes al espíritu de la religion; porque todas estas cosas (dice S. Bernardo) estaban lastimosa y estraordinariamente olvidadas en aquellos pueblos.

Viendo Malaquías las bendiciones que derramaba Dios sobre sus apostólicos trabajos, pero desconfiando siempre de sus propias luces en las saludables reglas que habia dispuesto para la reforma de las costumbres y para la restauracion de la disciplina eclesiástica, determinó hacer un viaje á Lesmor, para vivir algun tiempo á vista de Maleeh, obispo de la misma ciudad, reputado por uno de los mas sabios, mas prudentes y mas virtuosos prelados de su siglo. Con ocasion de su estancia en Lesmor conoció á Cormach, rey de Mamonia, que habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos, solo pensaba en pasar el resto de su vida en el retiro de una soledad, á no haberse visto precisado á volver á ocupar el trono muy contra su inclinacion. Formó desde entonces el piadoso monarca tan elevado concepto de la eminente virtud de nuestro Santo, que no solo le miró toda la vida con particular veneracion, sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor tuvo noticia de la muerte de su hermana, aquella que tanto habia censurado su devocion y su retiro; pero supo tambien que la muerte no se habia anticipado á su conversion. Mostróle Dios en sueños á su hermana, que poco á poco y como por grados iba saliendo de las penas del purgatorio, y avanzándose hácia el eterno descanso á proporcion de las oraciones y sufragios que el santo hermano ofrecia por ella. Pero lo que mas le colmó de gozo fué la conversion de su tio materno, abad comendatario de Benchot, en cuyo monasterio no habian quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tio de la santidad del sobrino, renunció en él la abadía, desamparada totalmente de monges mucho antes de este tiempo; pero dotada de pingües rentas que

habia empleado muy mal. Aceptó el Santo la abadía por consejo de su director el beato Imar: puso en ella monges, cuyo gobierno tomó á su cuidado, y aquel antiguo monasterio que de tiempo inmemorial habia decaido de su primitivo lustre, le recobró bajo la direccion de nuestro Santo, volviendo á ser el monasterio mas ejemplar y mas floreciente de toda Irlanda.

Era el ejemplo del superior como el alma de aquella fervorosa comunidad. En todos los ejercicios de la vida monástica se veia primero el abad. No era menester mas que verle para aprender: sus obras eran la regla viva; sin mas que ver los monges al Santo, se hacian santos. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios: la única singularidad que se le notó, fué que era mucho mas austero consigo mismo de lo que prescribia el instituto. Pero lo que daba mayor eficacia á sus palabras y á sus ejemplos, fué el don de milagros con que Dios le favoreció. Un albañil de los que trabajaban en la iglesia nueva del monasterio recibió inocentemente un golpe de hacha en el espinazo, á cuya violencia naturalmente habia de espirar: acudió el Santo á socorrerle, abrazóle, y en el mismo punto quedó sin lesion alguna; pero todo el vestido hasta la carne quedó cortado para testimonio del milagro. Apoderóse de un monge un frenesí tan violento, que le hacia prorumpir en los escesos mas furiosos: hizo el Santo sobre él la señal de la cruz, y en el mismo instante quedó enteramente sano.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth, se unieron todos los votos del pueblo y del clero para colocar en su lugar á S. Malaquías. Su resistencia solo sirvió para encenderlos mas los deseos. Acudióse á la autoridad del beato Imar, su perpetuo director, y la de su metropolitano el arzobispo de Armagh, para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las razones, y fué menester echar mano del precepto. Mandósele obedecer, y el Santo, que era humilde porque era santo, obedeció. Fué consagrado á los treinta años de su edad, y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal, cuyas obligaciones conocia, no se desalentó; antes se esforzó á desempeñar dignamente todas las funciones de tan tremendo ministerio.

Luego que tomó posesion de su silla, reconoció en sus ovejas mas señales de gentiles que de cristianos, advirtiendo, como dice S. Bernardo, que mas venia á ser pastor de fieras que de hombres. Con efecto, los moradores de Connerth y de todo el obispado eran una gente feroz, que de tiempo inmemorial vivia casi sin religion. Su indocilidad, añadida á una brutalidad ge-

nial, habian desterrado del país todo socorro y asistencia espiritual. El obispo no lo era mas que de nombre: ni las ovejas conocian al pastor, ni el pastor á las ovejas, y viendo el pastor que no hacian caso de él, vivia siempre distante del rebaño. La mayor parte de las iglesias, ó demolidas ó profanadas; los sacramentos como abolidos por el no uso; de confesores y de penitencias no habia que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los legos por las costumbres y por el traje, que se podia concebir como desterrado el sacerdocio. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir, que en Connerth solo habia quedado una sombra del cristianismo, ó un como esqueleto de religion. Este fué el campo que tuvo que desmontar el nuevo obispo. Animado de un zelo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque se le representó tan pesado, tan duro y tan ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidar, para disgustar, y aun para cansar su zelo; pero todo inútilmente. El primer cuidado del santo pastor fué ganar el rebaño, ó á lo menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fué despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Manteníase intrépido en medio de los lobos, trabajando cuanto podia por convertirlos en ovejas. Sin dársele nada de su fiereza, ni de su rusticidad, los enseñaba en público, y los corregia en secreto. Cuando veia frustradas todas sus industrias y trabajos acudia á las lágrimas que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oracion para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huian de oir su voz en la iglesia, espuesto á la gritería y á los escarnios de un pueblo brutal. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con intolerables trabajos para distribuir á ingratos, y no pocas veces á sordos, el pan de la divina palabra, y hacia todos estos viajes á pié á imitacion de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas, á pesar de todo el infierno, su paciencia y su constancia. Domesticóse la ferocidad de aquellos pueblos: ablandóse la dureza de aquellos insensibles corazones: movióronse á vista de la perseverancia de su zelo en medio de tantos trabajos: admiraron aquella invariable mansedumbre entre los mas enfadosos contratiempos, y su cristiana paciencia entre las injurias mas amargas. Fueron poco á poco acostumbrándose á oir la voz de su pastor: amáronle, siguiéronle, y aquel pueblo, hasta entonces intratable, se hizo capaz de instruccion y de disciplina. Restableció el órden en todas las cosas: edificáronse iglesias, celebróse en ellas el divino sacrificio, cantáronse regularmente las horas canónicas, frecuentáronse los sacramentos, volvió la religion á su primer esplendor, y ocuparon los ejercicios devotos el lugar que ocupaban hasta entonces las impías y gentílicas supersticiones. El amancebamiento cedió á la santidad del matrimonio, recobraron su primer vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular á su primitivo esplendor, revivió la piedad, y en menos de dos años mudó de semblante todo el país; de manera, añade S. Bernardo, que se podia decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas: *El que antes no me conocia, se hizo ya pueblo mio.*

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba, queriendo que purgase al mismo tiempo los desórdenes pasados. Obedecia la Irlanda á la sazon á cuatro ó cinco reyes. El que reinaba en la parte septentrional de la isla entró en el obispado de S. Malaquías, se apoderó de la ciudad episcopal, arruinó y asoló toda la campaña. Vióse precisado nuestro Santo á refugiarse con ciento y veinte de sus monges en los estados de Cormach, rey de Mamonia, á quien habia tratado en Lesmor. Conservábale el piadoso monarca una particular estimacion, con una tierna amistad; y recibiéndole debajo de su proteccion con el mayor gozo, le consignó cierta posesion, con una considerable suma de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, recogiendo en él todos sus monges, y el mismo rey se retiraba á él de cuando en cuando por muchos dias para vacar únicamente al negocio de su salvacion, bajo la direccion de nuestro Santo, preciándose de ser discípulo suyo.

Enfermó gravemente por este tiempo Celso, arzobispo de Armach, y primado de Inglaterra, y hallándose cercano á la muerte, declaró al pueblo y al clero que no conocia otro sugeto mas digno de sucederle que el obispo Malaquías. Clérigos y seculares, grandes y plebeyos, todos á una voz aplaudieron los deseos del primado, y á pesar de la resistencia del Santo, fué colocado á la frente de todo el clero de Irlanda. Por cierta especie de abuso y de relajacion inaudita se hallaba invadida la silla primacial por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes; y cierta familia de las primeras de la isla habia hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habian ocupado catorce ó quince generaciones de la misma casa: desórden que por espacio casi de dos siglos habia causado la ruina de la

disciplina eclesiástica, y punto menos que el esterminio de la religion en toda Irlanda. Conociólo así el arzobispo Celso, y por eso como hombre bueno y timorato puso los ojos en S. Malaquías, pareciéndole que solo él era capaz de resucitar la piedad que S. Patricio, apóstol de toda la isla, habia introducido en ella.

Aunque era tan trabajosa aquella primera dignidad, el nombre solo de primado sobresaltó la profunda humildad de Malaquías; y fueron menester todas las instancias del beato Malch, obispo de Lesmor, íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la santa Sede, para reducirle á que le aceptase, y aun así no cedió hasta que se le amenazó con escomunion. Pero habiendo entendido que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió á su aceptacion dos condiciones: la primera, que no habia de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese ó se retirase el usurpador, temiendo ocasionar algun alboroto ó acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando solicitaba dar á todas la salvacion y la vida. La segunda, que si con el tiempo se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se habia de colocar en él á otro mas digno, permitiéndole á él retirarse á cuidar y á vivir con su primera esposa.

Hecho ya S. Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve mudó de semblante todo el país. Aboliéronse los abusos, restablecióse el culto divino, reformóse el clero, y volvió á florecer la religion y la piedad en toda la isla. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocas maravillas.

Cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó á su casa con intento de matarle; pero luego que el Santo se dejó ver en su presencia, lleno de confusion y de respeto el usurpador, se arrojó á sus pies, le declaró su mal intento, le pidió perdon, é imploró sus oraciones. Otro que no perdia ocasion, corrillo, ni concurrencia en que no despedazase el crédito del Santo con todo género de calumnias, fué horriblemente castigado, porque inflamándosele de repente la lengua, y llenándose de asquerosos gusanos, dentro de siete dias murió miserablemente. En fin, otra señora de la misma familia, que estando el Santo predicando, tuvo aliento para interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador de bienes ajenos, en el mismo punto fué asaltada de un frenesí tan furioso, que espiró esclamando que perdia la vida en castigo de su desenfrenada temeridad. A vista

de los horribles castigos con que Dios escarmentaba á los enemigos del Santo, y de los milagros que obraba, cesó el cisma, y sucedió á él la paz y la tranquilidad, que en poco tiempo restituyeron su posesion á la antigua piedad y á su primitivo esplendor la religion.

Viendo S. Malaquías que todo estaba tranquilo y todas las cosas en su lugar, solo pensó en poner en ejecucion la segunda condicion con que habia aceptado el arzobispado de Armach; y convocando al clero y al pueblo, hizo formal dimision de él disponiendo que fuese elegido un sugeto muy digno, llamado Gelasio. No es fácil esplicar la general consternacion de todo el rebaño cuando oyó la renuncia del pastor. Consagrado Gelasio, se restituyó S. Malaquías á su primera iglesia, dando nueva prueba de su humildad y de su desinterés; porque informado de que la ambicion de sus predecesores habia unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se dividiesen; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fué á residir á Downe, diócesi mucho mas pobre y mucho menos considerable, donde fundó una catedral de canónigos reglares, cuyo superior y modelo quiso él mismo ser.

Para proceder en todo con mayor seguridad le pareció al santo obispo que debia solicitar la aprobacion de la Silla apostólica, y resolvió pasar á Roma personalmente para negociar con el papa que confirmase todo lo que habia hecho, así en la metrópoli de Armach, como en la division de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, á pié y en secreto, acompañado de algunos discípulos, y haciendo todo lo posible para no ser conocido; pero habiendo llegado á York, le descubrió con mucho estrépito un gran siervo de Dios llamado Sicar, que tenia don de profecía. Al pasar por Francia quiso tener el consuelo de conocer de vista á S. Bernardo, cuya fama habia penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose á Claraval, fué recíproca la admiracion y la alegría. Malaquías encontró en el santo abad muchos mas talentos, muchas mas virtudes que las que publicaba la fama; y S. Bernardo descubrió en el santo obispo una santidad mas eminente, y muy superior á lo mucho que habia oido decir de ella. Ligaron desde entonces los dos Santos una estrechísima amistad, quedando S. Malaquías tan edificado y tan hechizado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde luego hizo ánimo á renunciar su obispado, y retirarse á pasar allí el resto de sus dias. Arrancóse con gran dolor de aquel santo monasterio, y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fué recibido con ternura y con veneracion del papa Inocencio II.

Confirmóle todo cuanto le propuso; pero cuando le tocó la renuncia del obispado, léjos de consentir en ella, le nombró por legado de la santa Sede en toda la isla de Irlanda. Púsole el papa su misma mitra en la cabeza; le regaló con la estola y manípulo, de que usaba su Santidad cuando oficiaba en los dias solemnes, y colmándole de honores le volvió á enviar á su iglesia. Pasó segunda vez S. Malaquías por Claraval, y ya que no le fué posible escusar el dolor de no quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discípulos suyos, los que mas amaba, para que se formasen en la escuela del santo abad, partiendo con un oculto presentimiento de que habia de venir á morir en aquel monasterio.

Aportó á Escocia el santo obispo, y pasando luego á besar al rey la mano, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Pidióle el rey que hiciese oracion por él: hízola, y el príncipe quedó sano. Embarcóse de Escocia para Irlanda, y fué á tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales fuesen preferidos en el gusto y en las gracias de su regreso. Desde el monasterio se comunicó la alegría á todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto á sí mismo, que ni siquiera advertia en los honores que le tributaban: solo tomaba el gusto á una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad. En todas partes sembraba, para recoger en todas partes: no hubo rincon adonde no se estendiese su vigilancia pastoral: todo aquello en que ponia la mano se veneraba como obra de Dios, porque todas sus empresas eran dirigidas por el Espíritu Santo. Era tan abundante en él la gracia del ministerio, que resaltaba á lo esterior. La modestia parecia como retratada en su venerable rostro: no le cogerian en una palabra ociosa sus mayores enemigos: no notarian en él paso alguno que oliese á ligereza: nunca perdia la paz en medio de los mas graves y mas pesados negocios: á todo atendia; pero á solo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Era tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenia palacio episcopal: predicaba las mas veces sin interés; y á ejemplo del Apóstol con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus coadjutores en el sagrado ministerio. Hacia ordinariamente las visitas á pié, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico. Así lo habia aprendido de los discípulos de Jesucristo; ejemplo tanto mas admirable en él, cuanto mas raro y menos imitado de otros. Siendo él mismo un prodigio de la gracia, ¿qué maravilla es le hubiese concedido Dios

la gracia de obrar prodigios? Obrábalos de todas especies: libraba á los energúmenos, sanaba á los frenéticos, hacia hablar á los mudos. Salia de él en abundancia la gracia de curaciones, y curaba las almas, igualmente que los cuerpos. Habia una mujer tan sujeta á los ímpetus de cólera, que era el mas vivo retrato de una furia; y no pudiendo sus hijos vivir mas en aquel infierno casero, la llevaron arrastrando á la presencia del santo obispo, el cual, como depositario de la mansedumbre de Jesucristo, no menos que de la vigilancia sobre su rebaño, tuvo lástima del infeliz estado en que se hallaba aquella pobre criatura. Retiróla aparte; preguntóla si habia hecho alguna buena confesion en su vida: respondióle que jamás habia tenido tal gana. Pues ahora la has de hacer, replicó el Santo; hízola, y el caritativo pastor, insinuando el espíritu de dulzura en aquella arrepentida pecadora, la mandó en penitencia que nunca se encolerizase, lo que ejecutó puntualmente. A la gracia de los milagros se le añadió el espíritu de profecía. Celebrando un dia el santo sacrificio de la misa, conoció con luz sobrenatural que el diácono que le asistia se hallaba en mal estado. Concluido el sacrificio, le llamó á un lado, le preguntó lo que habia pasado por su alma: confesó el diácono humildemente su falta, y cumplió la penitencia que le impuso. A vida tan ejemplar solo faltaba una gloriosa muerte; logróla presto: habia vivido como los Santos, y murió como los Santos en la paz de Dios y en el ósculo del Señor. Dos cosas habia deseado: morir en Claraval, y morir el dia de difuntos; ambas las consiguió. Obligáronle los negocios de la legacía á emprender segundo viaje á Roma, y despues de haber celebrado un concilio de los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando á Claraval, aunque S. Bernardo se hallaba á la sazon sumamente débil por una grave enfermedad que habia padecido, le salió á recibir con todo el gozo que correspondia al recíproco amor que se profesaban. Abrazáronse tiernamente los dos Santos, porque no hay vínculo mas estrecho ni mas vivo que el de la caridad de Jesucristo, y todos los monges tuvieron parte en el gusto de su santo abad. Doblóse la alegría en aquel dichoso desierto con la presencia de S. Malaquías, y se pasaron cuatro ó cinco dias en regocijo universal. Cantó misa pontifical el dia de S. Lucas; pero acabada la misa, cayó malo, y todos los monges con él, dice S. Bernardo, sucediéndose el dolor al regocijo. Todos á porfía acudieron á asistirle y á aliviarle: tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no habia de sanar de aquella enfermedad. Pidió la Estremauncion, y recibidos los sacramentos, se subió á la celda, y se volvió á la

cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á S. Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo*, les dijo, *he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del Santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y á todos los demás: *Cuidad vosotros de mí*, los decia, *que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creido en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo porque iba á salir de este destierro. Así murió el santo obispo Malaquías, legado de la Silla apostólica, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el lugar y en el dia que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de S. Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellísimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los Santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispusiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar S. Bernardo, tomóle la mano, y tocósela á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavía vivia en el muerto la gracia de la salud.

SAN ERMENGOL, OBISPO DE URGEL.

San Ermengol, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los mas célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues segun nos dicen

algunos escritores, fué su padre D. Suñer conde de Urgel, hermano de D. Borrell conde de Barcelona, los que por D. Wifredo llamado el Velloso primer conde de Barcelona, que casó con Widinela condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Cárlos Magno. Dieron sus padres á Ermengol una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento, y habiéndole buscado los mas hábiles preceptores para que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre jóven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalla que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de Ermengol eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó Ermengol el ministerio no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia; y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su zelo no podia ser mas vivo ni mas prudente, su caridad mas universal ni mas benéfica, ni su solicitud pastoral mas activa ni mas dichosa.

Conoció el santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo; dejándole para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellan con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir bajo la pena de escomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el obispo, sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con majestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona, en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.

cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á S. Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo*, les dijo, *he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del Santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y á todos los demás: *Cuidad vosotros de mí*, los decia, *que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creido en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo porque iba á salir de este destierro. Así murió el santo obispo Malaquías, legado de la Silla apostólica, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el lugar y en el dia que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de S. Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellísimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los Santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispusiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar S. Bernardo, tomóle la mano, y tocósela á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavía vivia en el muerto la gracia de la salud.

SAN ERMENGOL, OBISPO DE URGEL.

San Ermengol, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los mas célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues segun nos dicen

algunos escritores, fué su padre D. Suñer conde de Urgel, hermano de D. Borrell conde de Barcelona, los que por D. Wifredo llamado el Velloso primer conde de Barcelona, que casó con Widinela condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Cárlos Magno. Dieron sus padres á Ermengol una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento, y habiéndole buscado los mas hábiles preceptores para que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre jóven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalla que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de Ermengol eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó Ermengol el ministerio no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia; y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su zelo no podia ser mas vivo ni mas prudente, su caridad mas universal ni mas benéfica, ni su solicitud pastoral mas activa ni mas dichosa.

Conoció el santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo; dejándole para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellan con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir bajo la pena de escomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el obispo, sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con majestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona, en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.

Si era grande el zelo que tuvo Ermengol por el culto divino y por el mejor estado de su iglesia, no fué menor su piedad para con los Santos, lo que se hacia sensible en todas sus acciones, y en el respeto que les profesaba, especialmente á la santísima Vírgen en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Por lo mismo determinó ir en romería á Galicia á visitar las reliquias del apóstol Santiago; cuya peregrinacion no tuvo efecto por haberle sobrevenido la muerte.

Aunque todos los laudables hechos referidos hasta aquí bastaban para acreditar el alto concepto que todos tenian formado de la eminente virtud del ilustrísimo prelado, lo que mas le granjeó el amor y la veneracion de su pueblo fué aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia por beneficiar á sus ovejas, procurando evitarles todos los daños, lo que fué la causa de su muerte. Supo que no podian los caminantes pasar sin grande peligro por el lugar llamado Var á los confines de Urgel y Cerdaña, y movido de compasion, determinó abrir un camino, y fabricar un puente para beneficio comun de todos. Fuése á aquel sitio áspero y montuoso con los artífices que habian de construir la fábrica, y para que ésta se hiciese con la mayor brevedad, comenzó el santo prelado á trabajar con sus propias manos, y á delinear la fábrica con su grande ingenio; pero fué Dios servido por sus altos juicios, que estando sobre una viga se le fuesen los pies, y cayendo sobre unos grandes peñascos, se rompió la cabeza, de cuyo terrible golpe murió en el dia 3 de noviembre del año 1025, despues que gobernó su obispado como verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de veinte y nueve años.

Luego que el clero y el pueblo de Urgel supieron la desgraciada muerte de su insigne obispo, pasaron llenos de dolor y sentimiento al lugar del Var, y conduciendo el venerable cadáver á su iglesia, le dieron sepultura al lado siniestro del altar mayor, llorando todos amargamente la pérdida de su santo prelado. Quiso Dios manifestar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, y amonestó á muchos en sueños que elevasen sus reliquias del primer depósito á lugar mas digno; pero desentendiéndose del aviso celestial, ocurrió una escasez de lluvias tan suma, que apenas se conocia señal de yerba verde en los campos ni en los valles. Conoció entonces el pueblo de Urgel el misterio, y habiendo trasladado el cuerpo del Santo al lado derecho del altar mayor, les favoreció el Señor con lluvias abundantísimas. De allí se trasladaron últimamente las venerables reliquias al lado del altar de la santísima Vírgen, donde se mantienen actualmente, dejándose ver en todas las traslaciones las carnes del santo cuerpo tan frescas como si estuviese vivo, sin la menor corrupcion despues de tantos siglos. (*Domenec, hist. Santos Cat.*)

La misa es en honor de los santos Mártires, y la oracion la siguiente:

Os rogamos, Señor, mireis á vuestro pueblo, concediéndole el que fortificado con la intercesion de los Santos innumerables mártires, sea defendido de toda culpa. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 3 del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están en manos de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte (eterna.) Aunque se han visto morir á los ojos de los insensatos, y entre ellos se ha estimado su salida de este mundo por colmo de afliccion, y su separacion de con nosotros por una total ruina, sin embargo descansan en paz. Si han sufrido tormentos delante de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Sus males fueron ligeros, y su felicidad será grande, porque Dios los probó, y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los ha probado; los recibió como hostia de holocausto, y los visitará cuando llegáre el tiempo. Los justos brillarán y centellearán como cuando el fuego corre en un cañaveral. Juzgarán á las naciones, dominarán los pueblos, y el Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

¡O qué bien está el que está en manos de Dios! ¡Qué estancia tan dichosa! pues esta es la de los justos. Amenace la tormenta, intime estragos y terrores el estruendo de los truenos, el justo está al abrigo, su alma está en manos de Dios: ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, y estremece á los mas intrépidos; pero como la muerte de los justos es preciosa en los ojos de Dios, la ven venir no solo sin susto, sino es con alegría; porque la miran no como suplicio, sino como premio, que los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

La muerte de los santos en la apariencia es lo mismo que la de los demás, término fatal de todas las cosas; pero es así á los ojos de los insensatos. Mas los sabios y prudentes juzgan de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¿Qué consuelo mas dulce y esquisito que el que se esperimenta cuando se llega al término dichosamente? Los santos parecieron afligidos, humillados, maltratados y perseguidos á los ojos de los hombres; pero á la vista de los hombres y no mas. Todo lo áspero, todo lo duro de las cruces estaba en la corteza; pues en lo demás lograban una esperanza llena de inmortalidad en medio de los mayores trabajos. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y ahora gozan? ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas, ¡oh, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos del siglo! La felicidad de éstos se desvanece en su última hora. Grandeza, riquezas, honores y placeres todo se sepulta con ellos. Pero al contrario la última hora de los justos es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los Santos, su memoria está llena de bendicion: se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillan por toda una eternidad como astros en el firmamento: reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.

En tiempo que enseñaba Jesucristo á sus discípulos las máximas de su celestial doctrina, les dijo: Esto es lo que os mando; *á saber*, que os ameis mutuamente. Si el mundo os aborrece, tened entendido que primero me aborreció á mí que á vosotros. Si fueseis de este mundo, él amaria á lo que es suyo; pero como no sois del mundo, sino es que os he elegido de él, por tanto os aborrece. Acordaos de las palabras que os he dicho: sobre que el siervo no es mayor que su Señor. Si me han perseguido *los mundanos*, tambien os perseguirán; y si guardaron mis palabras, tambien guardarán las vuestras. Pero todo esto harán con vosotros por causa de mi nombre: porque no conocen al que me envió. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrian pecado; pero ahora no tienen escusa de él. El que me aborrece, tambien aborrece á mi Padre. Si no hubiese hecho á vista de ellos las obras que ninguno otro hizo jamás, no tendrian pecado; mas ahora que las han visto, me aborrecen á mí, y á mi Padre. Para que se cumpla la palabra que está escrita en la ley de ellos: á saber, que me aborrecieron sin motivo.

MEDITACION.

De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Jesucristo.

Punto primero. — Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa que abnegacion y renuncia de cuanto mas se ama en el mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Jesucristo. Y segun esta idea, ¿tendrá Cristo en el dia muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y espreso. Con todo eso cuando se atraviesan los intereses de Dios es menester renunciar la carne, la sangre y á sí mismos, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta su misma persona, no puede ser mi discípulo. No necesita de aplicacion este oráculo. ¿Pero esta moral es muy de nuestro gusto? ¿se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofía?

¿Por ventura ceden siempre á las obligaciones de la religion nuestros intereses? ¿acaso no damos oidos á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? ¿En las resoluciones para adelantarnos, se consulta siempre solo á Dios, y á solo Dios se oye? Ciertamente nos merece Dios bien poco si no nos merece todo nuestro corazon. ¡O mi Dios, y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras, pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo, si quiero ser vuestro discípulo. Sí Señor, yo quiero serlo, y de hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincera voluntad.

Punto segundo. — Considera en qué grosero, y en qué pernicioso error incurriria una persona que oyendo al Salvador estas palabras: *el que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á*

la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo, se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, amándose únicamente á sí mismo, no dando en su corazon lugar á otro objeto que á sus gustos y á sus propios intereses. Pero, ¡ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, que por nuestra conveniencia y por nuestros intereses sacrificamos nuestra salvacion y los intereses de Dios.

Si se coteja nuestra conducta con la de los mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digamoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por tanto no puede haber mayor estravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo maestro, y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si se pasan los dias en satisfacer mi concupiscencia y mis gustos, ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? ¿Un hombre que solo ama sus placeres é intereses, podrá esperar razonablemente la misma gloria que los innumerables mártires?

Vos, Señor, que me mandais que ame á mis prójimos, asimismo me mandais que me aborrezca. Y con efecto, ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, y no permitais olvide jamás, que no es digno de vos aquel que ama á otra cosa que á vos.

JACULATORIAS.—Señor, no podré amaros ni serviros, si no me abrazo con vuestra cruz, y no me aborrezco por amaros á vos solo. (*Exod.* 4.)

Ni en el cielo, ni en la tierra amé á otra cosa que á vos, Dios de mi alma. (*Ps.* 72.)

PROPOSITOS.

1 Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él estés dispuesto á sacrificar tus bienes, tus parientes, tus amigos, y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no emprender cosa alguna, sin consultar primero con Dios. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. No te determines á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y zeloso director.

2 No te dejes llevar con esceso del amor de tu familia, y de tus intereses temporales; pues semejantes preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes, y á nosotros mismos, pero sea un amor bien ordenado. Dios esté á la frente de todo, que es el lugar que le corresponde: y por lo mismo debemos corregir la propension y delicadeza que muestra muy bien el demasiado amor que nos tenemos á nosotros mismos. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende: pues caminando siempre de acuerdo con las pasiones, arma lazos sin cesar á nuestra salvacion. Toma desde hoy la resolucion de no contemplarle, de combatirle y de vencerle. La mortificacion le debilita: la de los sentidos es su suplicio, y por tanto te has de privar de todos los gustos que deleitan á la carne, sacrificando tu vida por el noble objeto que tuvieron los mártires en el sacrificio de la suya. Venciendo como aquellos á los mas crueles enemigos que son tus pasiones, para que logres la gloria que disfrutan eternamente.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

SAN CÁRLOS BORROMEO, en Milan, cardenal y obispo de esta ciudad, el cual esclarecido en santidad y milagros, fué canonizado por Paulo V. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VIDAL Y AGRÍCOLA, en Bolonia: el primero siendo esclavo del segundo, llegó despues á ser compañero suyo en el martirio: atormentáronle los perseguidores con tal crueldad, que en todo su cuerpo no se encontraba parte sana; lo cual sufrió con la mayor constancia, y puesto en oracion entregó su alma á Dios. A Agrícola dieron la muerte enclavado en una cruz con muchísimos clavos. San Ambrosio que se halló presente á la traslacion de estos santos, refiere que recogió los clavos, la sangre vencedora, y la cruz, y lo colocó todo debajo del sagrado altar. (El citado S. Ambrosio nos informa de que Agrícola era un caballero de Bolonia, y que Vidal su esclavo, aprendió de él la religion cristiana, y recibió primero la corona, porque para Cristo no hay diferencia en la condicion de siervo ni de señor. Ambos fueron presos probablemente en el año de 304. El castigo de Agrícola fué dilatado por una cruel compasion, por ver si la vista de los tormentos del siervo le hacia mudar de resolucion; pero léjos de ello quedó mas animado con el ejemplo. Entonces toda la compasion del pueblo y de los jueces se convirtió en furor, y el cuerpo del mártir enclavado en una cruz fué tan herido y penetrado de innumerables cla-

la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo, se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, amándose únicamente á sí mismo, no dando en su corazon lugar á otro objeto que á sus gustos y á sus propios intereses. Pero, ¡ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, que por nuestra conveniencia y por nuestros intereses sacrificamos nuestra salvacion y los intereses de Dios.

Si se coteja nuestra conducta con la de los mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digamoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por tanto no puede haber mayor estravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo maestro, y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si se pasan los dias en satisfacer mi concupiscencia y mis gustos, ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? ¿Un hombre que solo ama sus placeres é intereses, podrá esperar razonablemente la misma gloria que los innumerables mártires?

Vos, Señor, que me mandais que ame á mis prójimos, asimismo me mandais que me aborrezca. Y con efecto, ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, y no permitais olvide jamás, que no es digno de vos aquel que ama á otra cosa que á vos.

JACULATORIAS.—Señor, no podré amaros ni serviros, si no me abrazo con vuestra cruz, y no me aborrezco por amaros á vos solo. (*Exod.* 4.)

Ni en el cielo, ni en la tierra amé á otra cosa que á vos, Dios de mi alma. (*Ps.* 72.)

PROPOSITOS.

1 Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él estés dispuesto á sacrificar tus bienes, tus parientes, tus amigos, y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no emprender cosa alguna, sin consultar primero con Dios. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. No te determines á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y zeloso director.

2 No te dejes llevar con esceso del amor de tu familia, y de tus intereses temporales; pues semejantes preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes, y á nosotros mismos, pero sea un amor bien ordenado. Dios esté á la frente de todo, que es el lugar que le corresponde: y por lo mismo debemos corregir la propension y delicadeza que muestra muy bien el demasiado amor que nos tenemos á nosotros mismos. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende: pues caminando siempre de acuerdo con las pasiones, arma lazos sin cesar á nuestra salvacion. Toma desde hoy la resolucion de no contemplarle, de combatirle y de vencerle. La mortificacion le debilita: la de los sentidos es su suplicio, y por tanto te has de privar de todos los gustos que deleitan á la carne, sacrificando tu vida por el noble objeto que tuvieron los mártires en el sacrificio de la suya. Venciendo como aquellos á los mas crueles enemigos que son tus pasiones, para que logres la gloria que disfrutan eternamente.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

SAN CÁRLOS BORROMEO, en Milan, cardenal y obispo de esta ciudad, el cual esclarecido en santidad y milagros, fué canonizado por Paulo V. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VIDAL Y AGRÍCOLA, en Bolonia: el primero siendo esclavo del segundo, llegó despues á ser compañero suyo en el martirio: atormentáronle los perseguidores con tal crueldad, que en todo su cuerpo no se encontraba parte sana; lo cual sufrió con la mayor constancia, y puesto en oracion entregó su alma á Dios. A Agrícola dieron la muerte enclavado en una cruz con muchísimos clavos. San Ambrosio que se halló presente á la traslacion de estos santos, refiere que recogió los clavos, la sangre vencedora, y la cruz, y lo colocó todo debajo del sagrado altar. (El citado S. Ambrosio nos informa de que Agrícola era un caballero de Bolonia, y que Vidal su esclavo, aprendió de él la religion cristiana, y recibió primero la corona, porque para Cristo no hay diferencia en la condicion de siervo ni de señor. Ambos fueron presos probablemente en el año de 304. El castigo de Agrícola fué dilatado por una cruel compasion, por ver si la vista de los tormentos del siervo le hacia mudar de resolucion; pero léjos de ello quedó mas animado con el ejemplo. Entonces toda la compasion del pueblo y de los jueces se convirtió en furor, y el cuerpo del mártir enclavado en una cruz fué tan herido y penetrado de innumerables cla-

vos, que el número de sus heridas escedió en mucho al de sus miembros. Los cuerpos de los mártires fueron colocados en el lugar de la sepultura de los judios. Huyendo S. Ambrosio de las manos del tirano Eugenio, entró en Bolonia en el año de 393, y allí descubrió estas reliquias. Juliana devota viuda de Florencia, le convidó á dedicar una iglesia que habia fundado en aquella ciudad, y le pidió este tesoro: el que no tuvo arbitrio de negarle una parte de ellas, y cuyo valor ponderó mucho él mismo á las tres hijas de Juliana, mandándolas que le recibiesen con respeto, como presente de salvacion. *Butler.*)

El tránsito de los santos Filologo y Natroba, discípulos del apóstol S. Pablo.

San Próculo, mártir, en Autun.

San Claro (ó Clario), presbítero y mártir, en territorio de Vejin en Francia. (Murió mártir de la castidad en el año 894, habiéndole asesinado dos rufianes pagados por una prostituta que no pudo lograr que el Santo consintiese á sus torpes deseos. Su culto ha sido célebre en Francia, y la ermita donde fué enterrado, es todavía lugar donde acuden muchos peregrinos, y que ha sido glorificado por el Señor con muchos milagros.)

San Porfirio, mártir, en Efeso, en tiempo del emperador Aureliano.

Los santos mártires Nicandro, obispo, y Hermas, presbítero, en Mira de Licia, siendo presidente Libanio.

El tránsito de san Pierio, presbítero de Alejandría, en el mismo dia; el cual fué muy versado en las santas Escrituras, y de vida muy inocente y propia de un filósofo cristiano: en tiempo de los emperadores Caro y Diocleciano, gobernando Teonas la Iglesia de Alejandría, enseñó al pueblo con mucho fruto, y escribió varios tratados; finalmente, luego que cesó la persecucion se fué á Roma, donde acabó en paz el resto de su vida (por los años de 287.)

San Amancio, obispo, en Rodes de Francia, cuya vida fué gloriosa en santidad y milagros.

San Joanicio, abad, en Bitinia. (Era natural de Bitinia, hijo de padres pobres y pasó los primeros años guardando cerdos: despues entró en las compañías de guardias del emperador de Constantinopla, y como se distinguiese por su bella presencia y asombrosa intrepidez, obtuvo distinciones y recompensas; pero se habia dejado llevar del torrente de aquellos tiempos, y era un violento perseguidor de las imágenes. Con la conversion y trato de un monge, conoció su error, y tocado entonces de compuncion pasó seis años en ayunos y penitencia. Por fin á la edad de cuarenta años dejó el servicio, y se retiró al monte Olimpo, en Bitinia. Doce años despues tomó el hábito religioso en el monasterio de Eresia. El don de milagros y el de profecía lo hicieron tan célebre en Oriente, que acudian á verle desde los lugares mas distantes. Defendió con zelo el culto de las santas imágenes, y contribuyó en gran manera á que la emperatriz Teodora proscribiese aquel error. Llegó á la edad de ciento diez y seis años y murió en el de 845. S. Juanicio es uno de los Santos mas célebres de la Iglesia griega. *Butler.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. CARLOS BORROMEO
CARDENAL Y ARZOB.

San Emerico, confesor, hijo de S. Estéban rey de los húngaros, en Alba Real en Hungria. (Desde niño dió ya pruebas de la mayor santidad. Creciendo en la virtud y perfeccion, ofreció á Dios su virginidad; pero no queriendo descubrir el secreto ni aun á su propio padre, consintió por fin á casarse con una doncella de sangre real, tan hermosa como honesta, y digna ciertamente de tan santo esposo, pues consintió tambien en la noche de las bodas á guardar virginidad y á vivir como hermanos. Siendo la vida del santo príncipe mas digna del cielo que de la tierra, el Señor se la cortó en la flor de su edad, y le trasladó á otro reino mas seguro y perpetuo, ilustrando luego su sepulcro con muchos y grandes milagros. Benedicto VIII le canonizó con san Estéban su padre.)

San Felix de Valois, fundador del órden de la santísima Trinidad, Redencion de Cautivos, en el monasterio de Cerfroi, diócesis de Meaux: su fiesta se celebra el dia 20 de este mes por decreto de Inocencio XI. (*Véase su historia en dicho dia.*)

Santa Modesta, vírgen, en Tréveris. (Fué natural de esta ciudad, y consagró toda su vida á Jesucristo. El Señor la favoreció con divinas revelaciones, y murió santamente en su misma patria en el año de 680. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia principal de dicha ciudad, y su sepulcro glorioso en milagros.)

SAN CÁRLOS BORROMEO, CARDENAL Y ARZOBISPO DE MILAN.

San Cárlos, de la ilustre familia de los Borromeos, nació en el castillo de Arona el dia 2 de octubre del año 1538, siendo sumo pontífice Paulo III, y emperador Cárlos V, que se habia apoderado del Milanés. La noche que nació, vieron los soldados que hacian la centinela, iluminado todo el castillo con una resplandeciente luz, dando el cielo á entender el resplandor de santidad que algun dia habia de derramar aquel niño recien nacido en toda la Iglesia de Dios, quien desde su mas tierna infancia le previno con todas las bendiciones de dulzura. Huia cuidadosamente la compañía de aquellos niños en quienes notaba atolondramiento en las acciones, ó inmodestia en las palabras, gustando de estar solo, y se divertia en hacer altares, adornarlos, y remedar las ceremonias de la Iglesia, con cuyas acciones manifestó su inclinacion al estado eclesiástico; y habiéndole conferido la primera tonsura, logró cuanto deseaba su devoto corazon. Un tio suyo, llamado Judas César Borromeo, renunció en él la abadía de S. Gratiniano y S. Felino. Luego advirtió el niño á su padre que aquellas rentas no se podian emplear en la manutencion de la casa; y dejándosele al mismo niño la administracion, separó de ellas lo que bastaba para su moderado sustento, aplicando lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demás para el adorno de su iglesia, y para el alivio de los pobres. Enviáronle á Pavía para acabar sus estudios, y aunque reinaba mucho desórden en aquella ciudad, Cárlos supo adelantarse en las letras sin perjuicio de la virtud. Conociendo lo inficionado que estaba el aire de aquel pueblo, evitó la infeccion con la oracion, con la penitencia y con la frecuencia de los sacramentos. Recurrió á la que se llama Vírgen por escelencia; puso en sus manos el tesoro de su virginidad; escogióla por madre suya, por su protectora y por su abogada. No añadiré que no le engañó su confianza, porque á ninguno engañó jamás la que colocó en esta divina Madre, que llevó en su vientre la Sabiduría encarnada. Fuéle muy necesaria la proteccion de esta Reina de las vírgenes; pusiéronse asechanzas á su fidelidad; pero el fuego de la tentacion solo sirvió para purificar mas el oro de su virginal entereza. Habiendo sido creado papa el cardenal de Médicis, su tio, con nombre de Pio IV, le llamó á Roma, donde con el capelo de cardenal le hizo arzobispo de Milan, y le encargó la principal administracion de los negocios, que desempeñó con la mayor integridad, solicitando sobre todo la conclusion del concilio de Trento. Vivia en Roma con esplendor, pero pensando algunas veces en retirarse. La muerte de su hermano mayor le determinó en fin á mudar de vida. Reformóse segun las constituciones del concilio, y Dios, que nunca se deja vencer en liberalidad, se comunicó á su siervo con particulares dones, dándole en la oracion ciertas efusiones ó derramamientos de amor que le enternecian. Quiso retirarse de los negocios públicos para entregarse con mayor libertad á la oracion; pero se lo disuadió D. Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, diciéndole, que un verdadero cardenal debia ser activo, esforzado y laborioso, siendo conveniente poner á la vista del mundo el ejemplo de un nepote del papa, que se interesaba mas en la gloria de la Esposa de Jesucristo, que en la grandeza de su casa: rindióse el Santo, y prosiguió trabajando como antes. Era árzobispo de Milan; pero como el papa le detenia en Roma cerca de su persona, envió á Milan al célebre Nicolás Ormanet, y él se ensayó en predicar para habilitarse á ejercitar este ministerio por sí mismo. Obtuvo en fin licencia para retirarse á su iglesia, donde fué magníficamente recibido. Predicó el domingo siguiente, y tomó por texto aquellas palabras: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros.* No era muy elocuente; pero como era santo y era obispo, su santidad movia los corazones, y la fuerza del espíritu pastoral daba peso á las palabras. Convocó un concilio provincial: arreglóse en él lo que tocaba á la vida de los obispos, de

los sacerdotes, gobierno de las parroquias, administracion de los sacramentos, con algunos estatutos acerca de las religiosas. Era cosa tan nueva en Milan un concilio provincial, que de todas partes concurrian á verle. No acababan las gentes de admirarse, viendo un cardenal en la flor de sus años subir al púlpito con frecuencia, administrar los sacramentos, negarse á todas las diversiones por desempeñar todos los ministerios de la dignidad episcopal. Estendida la fama por toda Italia, llegó á los oidos del papa con tanto gozo suyo, que escribió un breve á su sobrino con espresiones de la mayor satisfaccion. Renunció el cardenal todos los beneficios que tenia, y en un solo dia perdió doscientas mil pesetas de renta. Poco acostumbrado el mundo á semejantes rasgos de generosidad, apenas lo podia creer; pero lo vió y lo admiró. La caridad, que tenia su domicilio en el corazon del buen pastor, le comunicó su natural actividad para buscar las ovejas descarriadas. Emprendió la visita de los Valles en el país de los suizos, y en ella le veian todos caminar á pié, sufriendo la hambre, la sed y todas las injurias del tiempo. Era su comida y su bebida la salvacion de las almas; á precio de esta le eran estimables todos los trabajos. El zelo le infundia ligereza de ciervo para trepar los riscos mas escarpados, y para buscar entre los precipicios alguna oveja desmandada del aprisco. A las rebeldes las trataba con dulzura, se compadecia tiernamente de su descamino, mostrábalas tal amor, que las ganaba la confianza, esta las obligaba á franquearle el corazon, y una vez franqueado este, las insinuaciones de la caridad pastoral, juntas á la gracia de Jesucristo, las arrancaba del error. ¿A cuantos no sacó de los desvarios de la herejía? ¿á cuantos no llamó á la admirable lumbre de la fe, retirándolos de la region de las tinieblas y de la sombra de la muerte? No se hartaban de verle, siguiéndole de aldea en aldea y de choza en choza. Era buen olor de Jesucristo, y los pueblos corrian tras la fragrancia que exhalaba su santidad. Estableció en la catedral de Milan un órden admirable. La devocion de los eclesiásticos, la magnificencia de los ornamentos, y el esplendor en las ceremonias, eran un espectáculo que verdaderamente suspendia. Erigió muchos seminarios, y fundó un colegio para la nobleza, cuyos edificios son soberbios, y cuyos estatutos caracterizan la prudencia del santo fundador. Introdujo en Milan á los clérigos teatinos ó de S. Cayetano, á quienes estimaba singularmente por su pobreza y por su confianza en Dios. Antes habia introducido á los padres de la Compañía de Jesus, y fundó una congregacion de clérigos seculares, libres de toda suerte de votos, y solo dependientes de él como de su primera cabeza para

emplearlos á su arbitrio donde lo pidiese la necesidad del arzobispado. Llamó á esta congregacion *de los oblatos de S. Ambrosio*, poniéndola bajo la proteccion de la santísima Vírgen y del santo Doctor. Instituyó otros muchos piadosos gremios muy útiles á su iglesia, desahogándose, y como desarrollándose su caridad en estos establecimientos; centellas del divino amor que abrasaba su corazon, y tesoros escondidos con que enriquecia á su Esposa. Reformó la órden de los franciscanos y de los humillados. Con ocasion de la reforma de los segundos sucedió un portento singular. Fué asalariado un asesino para que quitase la vida al santo reformador. Entró el asesino en la capilla, donde el cardenal estaba rezando con su familia, y le disparó un mosquetazo casi á boca de cañon, cuya bala conducida por el demonio llegó á la carne, y en la superficie de ella la aplastó el ángel tutelar de la diócesi; penetró mantelete, roquete y vestidos hasta el mismo cutis, donde se detuvo como respetándole; pero el santo cardenal inmoble y sereno, como si nada hubiera sucedido, prosiguió rezando con el mayor sosiego. Al ruido del asesinato concurrió á palacio toda la ciudad. El gobernador y el senado le aseguraron que harian justicia como se descubriese el reo. Logróse prenderle, y el Santo no dejó piedra por mover para que se le perdonase la vida; pero á pesar de sus caritativas instancias fué castigado como merecia, y el papa abolió la órden de los humillados. Afligió Dios á la ciudad de Milan con el azote de la peste. Hizo S. Cárlos prodigios de caridad. Aconsejáronle que se retirase á algun lugar sano para conservar una vida que era tan necesaria á toda la diócesi; pero el Santo no dió oidos á semejante consejo, horrorizándole mas que la muerte la falta de caridad: víctima de esta virtud miraba á la muerte como corona suya. Parecia que la caridad le multiplicaba en muchos: padeciendo sus ovejas, padecia en todas ellas como buen pastor. Dia y noche andaba por las calles llevando á todas partes palabras de paz, de confianza y de amor. Su presencia suavizaba los dolores. Retratada en su semblante la alegría de los santos, se desprendia de su boca el consuelo del Señor, por lo que la gente no se saciaba de verle. El mismo administró el Viático á uno de sus curas que murió herido de la peste, la que no le tocó al Santo, sirviéndole de preservativo su misma caridad: asilo que no acierta á violar el mal mas contagioso. Deshacíase á penitencias, como si aquella pública calamidad del rebaño fuese castigo por las culpas del pastor. ¡Cuantas veces se ofreció á Dios para que descargase solo en él todo el peso de su cólera! Para aplacarla instituyó procesiones generales; ¡pero qué no hizo en ellas! No es posible esplicar lo que ejecutó visitando las parroquias de su diócesi mientras duró este azote del cielo. Estaba en continuo movimiento, dormia poco, y comia á caballo por no perder tiempo. Logró en aquel tiempo una abundante cosecha, hasta que compadecida la divina piedad del pastor y del rebaño, levantó la mano del castigo, restituyó la serenidad, y admitió gustosa el sacrificio de su amor. Escribiéronle mil enhorabuenas de todas partes, y recibió cartas llenas de elogios escritas por los mayores príncipes de la corte romana; pero nada alteró la modesta humildad de su corazon, como quien conocia muy bien el verdadero orígen de todas las gracias, y estaba perfectamente instruido de sus obligaciones. Respondió, que en aquello no habia hecho mas que cumplir con la obligacion de obispo, teniendo presente la doctrina de Jesucristo, segun la cual el pastor debe dar la vida por sus ovejas; sacrificio indispensable en quien está encargado de guardar el rebaño de Jesucristo. Vivió otros siete años despues que cesó la peste, trabajando en la salvacion de su diócesi y de toda la provincia de Milan con infatigable cuidado, y con una vigilancia pastoral que nunca reconoció flaqueza ni desaliento. Decia que el obispo demasiadamente cuidadoso de su salud no podia cumplir bien con su encargo, añadiendo, que á un obispo, como él quiera, nunca le puede faltar que trabajar; por lo que reprendió severamente á cierto prelado que le escribió se hallaba sin tener qué hacer: respondióle, que no acertaba á concebir cómo podia estar desocupado el que tenia sobre sí el cuidado de una diócesi. Aconsejando la residencia á un cardenal, y escusándose este con la ceñida estension de su obispado, le replicó el Santo, que una sola alma merecia la presencia de su obispo por elevada que fuese su dignidad. Para recogerse mejor algunos dias, se retiró el santo arzobispo al monte Voral, adonde hizo unos ejercicios, siendo su director el padre Adorno, jesuita, que fué su confesor por muchos años, y le mereció la mas estrecha confianza. Hízolos con estraordinario fervor, como quien presentia que le habian de servir de preparacion para la muerte. Sus oraciones, sus penitencias y sus ayunos rindieron las fuerzas del cuerpo. Cayó malo; pero disimuló la primera calentura: á la segunda se descubrió con el padre Adorno, que moderó las oraciones, mortificaciones y vigilias. Continuando la calentura, se restituyó á Milan, donde se le redobló la fiebre. Avisaron los médicos al padre Adorno que no habia que perder tiempo, y que era preciso intimar al cardenal que se dispusiese para morir: noticia que no sobresaltó á un hombre que habia vivido tan santamente, y acababa de lavar, por medio de una confesion general, las menores man-

chas en la sangre del Cordero. Pidió el santo Viático, trajéronsele; ¡pero con qué devocion le recibió! ¡cuáles fueron sus amorosos deliquios á vista del Dios de su salvacion, de aquel Dios que al consumar el amor que nos tiene, quiere ser el Dios de las gracias antes de ejercer el oficio de juez de los hombres! Despues que recibió el pan celestial se le administró la Estremauncion; y porque siempre habia deseado morir como penitente, le tendieron sobre un cilicio cubierto de ceniza bendita. En este aparato de penitencia entró en una apacible agonía, que duró algunas horas, y despues fué á recibir en el cielo el premio de sus trabajos á los cuarenta y siete años de su edad, en que habia entrado un mes antes, sábado 3 de noviembre de 1584. Publicada en Milan la noticia de su muerte, cada uno creyó haber perdido á su padre en el padre comun de todos, juzgando que aun debia el Señor estar muy irritado contra aquel pueblo, pues le privaba de un obispo tan santo en lo mejor de su edad. Hiciéronsele magníficos funerales, celebrando la misa del entierro el cardenal Sfrondati, obispo de Cremona, y predicando el padre Panigarola la oracion fúnebre, que muchas veces interrumpieron, ó por mejor decir, continuaron con mayor elocuencia las lágrimas del auditorio. Glorificó el Señor al santo cardenal con tantos milagros, que en breve tiempo se vió rodeada de votos su sepultura; á cuyo ruido y á la fama de sus virtudes le canonizó primero la voz del pueblo, y esta, en fin, obligó al papa Paulo V á ponerle en el catálogo de los santos el dia primero de noviembre del año 1601, mandando que se celebrase su fiesta el cuarto del mismo mes. Luego que el papa Gregorio XIII tuvo noticia de su muerte, esclamó: *Apagóse la lumbrera de Israel.*

La misa es en honor de S. Cárlos, y la oracion la que sigue:

Conserva, Señor, tu Iglesia, mediante la continua proteccion de S. Cárlos, tu confesor y pontífice, para que así como le colmó de gloria el cuidado que tuvo de su rebaño, así tambien nos haga á nosotros cada dia mas fervorosos en tu amor su poderosa intercesion. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo

célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria, para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Confirióle el gran sacerdocio, colmóle de felicidad y de gloria para que hiciese todas las funciones con dignidad, cantase las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo su gloria en nombre suyo, y ofreciese á Dios incienso digno de su grandeza en olor de suavidad. Tal debe ser la pureza de costumbres, la virtud y la santidad de aquel á quien escogió Dios como á Aaron para el sagrado ministerio. Pedia Dios grande inocencia y grandes virtudes á los sacerdotes de la ley antigua, no obstante que, por decirlo así, no eran mas que figuras de los de la nueva. ¿Pues cuál deberá ser la virtud de estos? ¿cuál su perfeccion? Hagamos juicio de esto por la infinita diferencia de sacrificios entre el antiguo y nuevo Testamento. ¡Cuánta es la santidad, cuánto el valor, cuánto el infinito mérito de la víctima que se ofrece en el sacrificio de la misa! Pues infiere de ahí ¡cuánta debe ser la santidad y la pureza del ministro que le ofrece! ¡Pero qué afectos de admiracion, de amor y de reconocimiento debe escitar en todos los fieles la memoria sola de este incomprensible beneficio! ¡Qué asombro y qué respeto á la vista de esta maravilla! ¡con qué humildad deben comparecer delante de esta adorable majestad! ¡cuánta su ansia por participar de los sagrados misterios! ¡cuánta su respetuosa veneracion á los altares! ¡qué respeto á tan augustas ceremonias! ¡pero cuál debe ser la eficacia de la fe! ¡cuál la pureza de costumbres, la eminente santidad de esos ministros del Altísimo! ¡de esos visibles mediadores entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad respetan las potencias de la tierra, cuyo sagrado carácter se hace tambien respetable á los mismos ángeles! ¿Podrán acercarse al altar sin sentirse preocupados de un santo terror? ¿podrán tener en sus manos la sagrada hostia sin esperimentar los maravillosos efectos de su divina presencia? Salió Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte con el semblante inflamado, arrojando rayos de luz por todas par-

tes. ¿Y podrá salir del altar un sacerdote sin nuevo fervor, sin nueva devocion, sin que se note en él una virtud mas resplandeciente? Así discurre todo hombre de buen juicio instruido en las verdades de nuestra religion: así discurren hasta los iroqueses y los indios luego que están bien informados de nuestros sagrados misterios. ¿Pero discurren de la misma manera todos los cristianos? ¿acreditan todos con su conducta la fe que profesan, y la idea que tienen de este divino misterio?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

Punto primero.—Considera cuánto será el dolor, la rabia y la desesperacion de un infeliz condenado, cuando por toda la eternidad esté invenciblemente conociendo que él mismo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué por su culpa; si se condenó, fué porque le dió gana de condenarse; si se condenó fué porque no quiso ni se le antojó corresponder á la gracia.

Habia hecho Jesucristo todo el coste de su salvacion; no le habia escluido este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió, padeció y murió por él como por los predestinados; mereciólo, y le comunicó todos los auxilios suficientes para ser santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de un desesperado dolor para todos los condenados.

Si los hubiera dejado el Señor en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si los hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse, no por eso seria menos funesta su muerte, ni menos lastimosa su desgracia. Pero entonces todo su furor, toda su rabia y toda su cólera seria contra Dios, que solo los habia sacado de la nada para perderlos. ¡Mas qué sentirán! ¡como se enfurecerán! ¡qué odio tan mortal no se tendrán á sí mismos sabiendo muy bien que aquel Dios era un buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia muerto por ellos; que aquel Criador era un buen padre que á ningun hijo negó jamás su legítima; que solamente los crió para ponérsela luego en las manos; que además de eso no hubo siquiera uno á quien no le hubiese liberalmente concedido algun caudal para que negociase con él, y para merecer la salvacion que en los adultos solo se da á título de premio y de salario! Condenóse aquel porque no quiso escuchar la voz de su buen pastor; porque voluntariamente se apartó del rebaño; porque no le dió la gana de volverse al redil. Si esta oveja fué despedazada, ¿será culpa del pastor ó de la oveja?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto al dulce yugo de sus leyes? ¿No fué grande estravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley: no se puede sufrir la dependencia; quiérese vivir al antojo de cada uno. No quiere Dios violentarnos, ó porque no le gusta el servicio forzado, ó porque respete (digámoslo así) la libertad que él mismo concedió al hombre. Pero ese infeliz pródigo, distante ya de la casa de su padre, encuentra bien presto en su propia libertad su mayor desdicha, su ruina y su perdicion. No hay un solo condenado que no sea artífice de su desgracia. ¡Mi Dios, qué dolor eterno! ¡Qué eterna desesperacion! ¡haber trabajado en su propia pérdida! ¡deberse á sí mismo su condenacion!

Punto segundo.—Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Pues cuáles serán sus amorosos, sus agradecidos afectos á este divino Salva-

tes. ¿Y podrá salir del altar un sacerdote sin nuevo fervor, sin nueva devocion, sin que se note en él una virtud mas resplandeciente? Así discurre todo hombre de buen juicio instruido en las verdades de nuestra religion: así discurren hasta los iroqueses y los indios luego que están bien informados de nuestros sagrados misterios. ¿Pero discurren de la misma manera todos los cristianos? ¿acreditan todos con su conducta la fe que profesan, y la idea que tienen de este divino misterio?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

Punto primero.—Considera cuánto será el dolor, la rabia y la desesperacion de un infeliz condenado, cuando por toda la eternidad esté invenciblemente conociendo que él mismo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué por su culpa; si se condenó, fué porque le dió gana de condenarse; si se condenó fué porque no quiso ni se le antojó corresponder á la gracia.

Habia hecho Jesucristo todo el coste de su salvacion; no le habia escluido este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió, padeció y murió por él como por los predestinados; mereciólo, y le comunicó todos los auxilios suficientes para ser santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de un desesperado dolor para todos los condenados.

Si los hubiera dejado el Señor en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si los hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse, no por eso seria menos funesta su muerte, ni menos lastimosa su desgracia. Pero entonces todo su furor, toda su rabia y toda su cólera seria contra Dios, que solo los habia sacado de la nada para perderlos. ¡Mas qué sentirán! ¡como se enfurecerán! ¡qué odio tan mortal no se tendrán á sí mismos sabiendo muy bien que aquel Dios era un buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia muerto por ellos; que aquel Criador era un buen padre que á ningun hijo negó jamás su legítima; que solamente los crió para ponérsela luego en las manos; que además de eso no hubo siquiera uno á quien no le hubiese liberalmente concedido algun caudal para que negociase con él, y para merecer la salvacion que en los adultos solo se da á título de premio y de salario! Condenóse aquel porque no quiso escuchar la voz de su buen pastor; porque voluntariamente se apartó del rebaño; porque no le dió la gana de volverse al redil. Si esta oveja fué despedazada, ¿será culpa del pastor ó de la oveja?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto al dulce yugo de sus leyes? ¿No fué grande estravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley: no se puede sufrir la dependencia; quiérese vivir al antojo de cada uno. No quiere Dios violentarnos, ó porque no le gusta el servicio forzado, ó porque respete (digámoslo así) la libertad que él mismo concedió al hombre. Pero ese infeliz pródigo, distante ya de la casa de su padre, encuentra bien presto en su propia libertad su mayor desdicha, su ruina y su perdicion. No hay un solo condenado que no sea artífice de su desgracia. ¡Mi Dios, qué dolor eterno! ¡Qué eterna desesperacion! ¡haber trabajado en su propia pérdida! ¡deberse á sí mismo su condenacion!

Punto segundo.—Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Pues cuáles serán sus amorosos, sus agradecidos afectos á este divino Salva-

dor! Pero tampoco hay condenado en el infierno que no conozca y no esté convencido de que este divino Salvador jamás le negó su gracia, y que él, por pura malicia suya, no quiso seguir aquella inspiracion, obedecer aquel mandamiento, privarse de aquel falso gusto que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Qué furiosos movimientos de odio, de rabia y desesperacion contra sí mismo no le escitará este claro conocimiento!

Aquel rico que se condenó estará conociendo por toda la eternidad que en su mano estuvo rescatar con limosnas sus pecados; que tuvo grandes impulsos; que no le faltaron gracias ni auxilios, y que solo le faltó la gana.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás podrá olvidar en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla. Las buenas lecciones que la dieron en la niñez, su cristiana educacion, las fuertes inspiraciones que tuvo, los lances, las desgracias que la sucedieron, las enfermedades que padeció, las pesadumbres que la sufocaron, todo lo disponia la divina Providencia para que no se perdiese; pero se condenó porque se quiso condenar, y ella misma estará bien persuadida de eso.

Aquella persona consagrada al Señor, y ligada á su servicio con los mas sagrados vínculos, verá eternamente en los infiernos (si tuvo la desgracia de ser precipitada en ellos) que la hubiera costado mucho menos traer una vida arreglada, inocente, regular, en el estado eclesiástico ó religioso, que la desbaratada y secular que siempre trajo: verá que su condenacion es obra suya; verá que ella misma se opuso y se endureció obstinadamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de la razon, y contra todos los impulsos de la gracia para perderse. ¡Oh Dios, qué dolor, qué desesperacion será la de un eclesiástico, la de un sacerdote, la de un religioso que se condenó!

Represéntate á un hombre que en un rapto de locura ó en un esceso de embriaguez puso fuego á su casa. ¿Qué sentirá este infeliz cuando recobrado el juicio y volviendo en sí, ó del frenesí ó de la borrachera, reconozca que abrasó su casa por sus mismas manos, y en el incendio consumió sus muebles, sus bienes, sus almacenes, y todo cuanto tenia en el mundo; cuando piense que se ve reducido á mendigar porque quiso perderlo todo; que le sobraban conveniencias, y que pudiendo ser rico en este mundo, por un esceso de locura se le antojó hacerse miserable, pordiosero y desgraciado? Considera bien cuál será el dolor de aquel insensato cuando haga reflexion á su brutalidad. Pues comprende, si puedes, ¡qué desesperacion será la de un condenado cuando reflexione (y lo estará eternamente reflexionando) que por su mero antojo se condenó!

Mi Dios, pues me dais tiempo para tener prevista aquella desesperacion, dadme gracia para precaverla. No, mi Dios, no quiero perderme, y estoy resuelto á sacrificarlo todo, á sufrirlo todo, y á practicarlo todo por salvarme. Haced, Señor, que así lo consiga mediante vuestra divina gracia, y por los méritos de mi Señor Jesucristo.

JACULATORIAS.—Conozco, Señor, mis pecados, me arrepiento de ellos, y perpetuamente los tendré en la memoria para detestarlos. (*Psalm.* 50.)

Justo sois, Señor, aun cuando con mas rigor nos castigais; ni á nosotros nos resta mas que la confusion y el dolor de habernos perdido solo porque nos quisimos perder. (*Dan.* 9.)

PROPOSITOS.

1 Ser uno desgraciado porque le sucedió una fatalidad que no pudo prevenir, es cosa bien triste; pero al fin no puede achacárselo á sí mismo, y toda su indignacion se convierte contra la causa de su desgracia. Mas ser uno miserablemente infeliz, eternamente infeliz solo porque le dió la gana de serlo; ser miserablemente infeliz por una malicia suya, cuando pudo ser eterna y soberanamente dichoso; comprende (si es posible) hasta dónde llega el rigor de este suplicio. Si á lo menos se lográra en el infierno el consuelo de poder apartar de sí este pensamiento; si allí pudiera uno persuadirse á que Jesucristo no habia muerto por nosotros, y á que no habia podido obrar de otra manera; pero en el infierno ninguno es hereje: se conoce, se ve, se palpa que la reprobacion fué obra de nuestras manos; todos están convencidos de esta verdad. Sábese que se podia no resistir á la gracia: confiésase que á ninguno le faltó la gracia suficiente para salvarse; pero que no se quiso usar de ella. El atractivo del deleite engañó á la voluntad, y fué la pasion superior porque el corazon se puso de acuerdo con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se meditára muchas veces esta verdad! Piensa en ella continuamente, y cuando es mas violenta la tentacion, cuando la pasion está mas encendida, pregúntate á tí mismo, ¿quiero yo condenarme? Bien puedo darme este gusto; pero el fruto de este gusto pasajero será el infierno, será el ser infeliz por toda la eternidad. Si determino libremente pecar, libremente

admito ser condenado. No hay discurso mas convincente, ni consecuencia mas legítima.

2 Todo pecado mortal le has de considerar como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un género de título que te asegura una desventurada eternidad. ¡Cuántas piadosas industrias discurrieron los santos para tener siempre delante de los ojos esta importante verdad! Unos, al verse acometidos de las mas fuertes tentaciones, escribian estas palabras: *Si cometo este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, arrimando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian vivir eternamente entre los ardores sempiternos; y otros en fin se hacian familiares este pensamiento y esta verdad tan importante: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desdicha de condenarme.*

DIA V.

MARTIROLOGIO.

San Zacarías, sacerdote y profeta, padre de S. Juan Bautista. (S. Lucas, evangelista, en el principio de su Evangelio, hace elogios de este santo profeta, y de sus virtudes, sobre lo cual se escribió lo que de él se dice en el principio de la Natividad de san Juan Bautista, dia 24 de Junio. Por lo que respecta á la historia de su muerte tiene dificultades por la contrariedad que se nota en los autores que de ella escriben. S. Juan Crisóstomo, con S. Epifanio, es de parecer que Zacarías fué muerto por mandado del rey Herodes, porque no le quiso dar á su hijo el Bautista, para que fuese muerto entre los demás niños inocentes; lo cual contradicen otros graves autores, diciendo, que por estar la casa de Zacarías en el distrito de Belen, Isabel, la madre del Bautista, avisada del cruel edicto contra los niños inocentes, se fué al desierto con su hijo, adonde ella murió, y el niño quedó en poder de ángeles á quienes Dios dió cargo de su crianza. Otros dicen se escondió Sta. Isabel con su hijo en un monasterio de los hijos de los profetas, descendientes del patriarca S. Elías, y que allí se crió el niño Juan en el Instituto carmelítico, y esta opinion es la mas corriente y comun. Pero sean cuales fueren las circunstancias de la muerte del profeta Zacarías, es lo cierto que él es un grande Santo y tiene en el cielo eminente lugar entre los Patriarcas y Profetas.)

Santa Isabel, madre del mismo S. Juan Bautista.

El tránsito de los santos mártires Felix, presbítero, y Eusebio, monge, en Terracina en Campaña: habiendo el último enterrado á los santos mártires Juliano y Cesario, y convertido á muchos á la fe católica, á los cuales bautizaba el presbítero Felix, juntamente con él fué preso y llevado al tribunal del juez, y no pudiendo ser vencidos, los llevaron á la cárcel; y aquella misma noche, por no querer sacrificar á los dioses, fueron degollados, (por los años de 360).

Los santos mártires Galacion y Epistema su mujer, en Emesa en Fenicia; los cuales en la persecucion de Decio fueron azotados: y despues de cortarles los pies, las manos y tambien la lengua, finalmente consumaron el martirio siendo degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Domnino, Teotimo, Filoteo, Silvano y sus compañeros, item, en tiempo del emperador Maximiano.

San Magno, obispo y confesor, en Milan. (Floreció en los primeros siglos de la Iglesia.)

San Dominator ó Dominador, obispo, en Brescia. (Ferrario en el catálogo de los Santos de Italia cuenta á S. Dominador como otro de los mas esclarecidos pastores de la Iglesia de Brescia.)

San Fibicio, en Tréveris, que siendo abad fué hecho obispo de esta ciudad.

San Leto, presbítero y confesor, en Orleans en Francia. (Pasó los primeros años de su infancia en guardar los ganados de su padre. Despues entró en un monasterio, y aspirando aun á vida mas perfecta, se trasladó al de Micy cerca de Orleans, el cual dejó tambien para vivir en una soledad, en la cual adquirió tal reputacion de virtud y santidad que atrajo á su retiro la visita de muchos solitarios famosos y de gran número de personas que iban á admirar su penitencia y la multitud de sus milagros. Acaeció su muerte por los años de 534, y sus reliquias despues de varias traslaciones, se guardan en una iglesia de la diócesis de Orleans.)

SAN MALO Ó MACUTO Ó MACLOU, OBISPO Y CONFESOR.

Fué S. Malo originario de la gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, segun algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tia materna de Sanson y S. Maglorio; pudiéndose decir, que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á S. Brandan, varon ilustre en doctrina y en santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Malo claras muestras de su buen ingenio; era muy á propósito para las letras, juntando á la facilidad de aprender, una docilidad y una condescendencia que le hacian amable á todos los monges de la casa; á todos respetaba, á todos servia, y se dejaba amar de todos. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres: huia de todo juego, de toda merienda, de toda ligereza pueril, y era abstinente antes de conocer por el nombre á la abstinencia; gustaba de leer, y la oracion tenia para él un especial atractivo. En el invierno no se arrimaba á la lumbre, porque la suplia el en-

admito ser condenado. No hay discurso mas convincente, ni consecuencia mas legítima.

2 Todo pecado mortal le has de considerar como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un género de título que te asegura una desventurada eternidad. ¡Cuántas piadosas industrias discurrieron los santos para tener siempre delante de los ojos esta importante verdad! Unos, al verse acometidos de las mas fuertes tentaciones, escribian estas palabras: *Si cometo este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, arrimando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian vivir eternamente entre los ardores sempiternos; y otros en fin se hacian familiares este pensamiento y esta verdad tan importante: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desdicha de condenarme.*

DIA V.

MARTIROLOGIO.

San Zacarías, sacerdote y profeta, padre de S. Juan Bautista. (S. Lucas, evangelista, en el principio de su Evangelio, hace elogios de este santo profeta, y de sus virtudes, sobre lo cual se escribió lo que de él se dice en el principio de la Natividad de san Juan Bautista, dia 24 de Junio. Por lo que respecta á la historia de su muerte tiene dificultades por la contrariedad que se nota en los autores que de ella escriben. S. Juan Crisóstomo, con S. Epifanio, es de parecer que Zacarías fué muerto por mandado del rey Herodes, porque no le quiso dar á su hijo el Bautista, para que fuese muerto entre los demás niños inocentes; lo cual contradicen otros graves autores, diciendo, que por estar la casa de Zacarías en el distrito de Belen, Isabel, la madre del Bautista, avisada del cruel edicto contra los niños inocentes, se fué al desierto con su hijo, adonde ella murió, y el niño quedó en poder de ángeles á quienes Dios dió cargo de su crianza. Otros dicen se escondió Sta. Isabel con su hijo en un monasterio de los hijos de los profetas, descendientes del patriarca S. Elías, y que allí se crió el niño Juan en el Instituto carmelítico, y esta opinion es la mas corriente y comun. Pero sean cuales fueren las circunstancias de la muerte del profeta Zacarías, es lo cierto que él es un grande Santo y tiene en el cielo eminente lugar entre los Patriarcas y Profetas.)

Santa Isabel, madre del mismo S. Juan Bautista.

El tránsito de los santos mártires Felix, presbítero, y Eusebio, monge, en Terracina en Campaña: habiendo el último enterrado á los santos mártires Juliano y Cesario, y convertido á muchos á la fe católica, á los cuales bautizaba el presbítero Felix, juntamente con él fué preso y llevado al tribunal del juez, y no pudiendo ser vencidos, los llevaron á la cárcel; y aquella misma noche, por no querer sacrificar á los dioses, fueron degollados, (por los años de 360).

Los santos mártires Galacion y Epistema su mujer, en Emesa en Fenicia; los cuales en la persecucion de Decio fueron azotados: y despues de cortarles los pies, las manos y tambien la lengua, finalmente consumaron el martirio siendo degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Domnino, Teotimo, Filoteo, Silvano y sus compañeros, item, en tiempo del emperador Maximiano.

San Magno, obispo y confesor, en Milan. (Floreció en los primeros siglos de la Iglesia.)

San Dominator ó Dominador, obispo, en Brescia. (Ferrario en el catálogo de los Santos de Italia cuenta á S. Dominador como otro de los mas esclarecidos pastores de la Iglesia de Brescia.)

San Fibicio, en Tréveris, que siendo abad fué hecho obispo de esta ciudad.

San Leto, presbítero y confesor, en Orleans en Francia. (Pasó los primeros años de su infancia en guardar los ganados de su padre. Despues entró en un monasterio, y aspirando aun á vida mas perfecta, se trasladó al de Micy cerca de Orleans, el cual dejó tambien para vivir en una soledad, en la cual adquirió tal reputacion de virtud y santidad que atrajo á su retiro la visita de muchos solitarios famosos y de gran número de personas que iban á admirar su penitencia y la multitud de sus milagros. Acaeció su muerte por los años de 534, y sus reliquias despues de varias traslaciones, se guardan en una iglesia de la diócesis de Orleans.)

SAN MALO Ó MACUTO Ó MACLOU, OBISPO Y CONFESOR.

Fué S. Malo originario de la gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, segun algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tia materna de Sanson y S. Maglorio; pudiéndose decir, que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á S. Brandan, varon ilustre en doctrina y en santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Malo claras muestras de su buen ingenio; era muy á propósito para las letras, juntando á la facilidad de aprender, una docilidad y una condescendencia que le hacian amable á todos los monges de la casa; á todos respetaba, á todos servia, y se dejaba amar de todos. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres: huia de todo juego, de toda merienda, de toda ligereza pueril, y era abstinente antes de conocer por el nombre á la abstinencia; gustaba de leer, y la oracion tenia para él un especial atractivo. En el invierno no se arrimaba á la lumbre, porque la suplia el en-

cendido fuego del divino amor que abrasaba su corazon. Un niño en quien hacia ya impresion tan viva el amor de Dios, parecia acreedor á que le mirasen con particular esmero los amorosos cuidados de la divina Providencia. Así sucedió. Estaba junto al mar el monasterio de S. Brandan, y sus discípulos salian algunas veces á pasearse á la ribera: una tarde, estando para ponerse el sol, salió el niño Malo á recrearse con sus condiscípulos, y mientras estos se divertian, él se sentó inocentemente en un gran césped ó porcion de campo que por todas partes estaba desprendido de la tierra. Quedóse dormido sin que ninguno lo advirtiese; pero llegando mientras tanto la marea, cubrió todos aquellos dilatados espacios que habia dejado en seco el retirarse, cercando por todas partes al santo niño, y levantando sobre las ondas el verde lecho en que tranquilamente descansaba, pudiéndose decir literalmente, que dormia en el seno de la divina Providencia. Cuando el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sepultado entre las olas. Llamóle, y como nadie le respondiese, se retiró á su convento penetrado de dolor. Apenas amaneció, volvió el santo abad á la ribera, no ya con esperanza de encontrarle vivo, pues le suponia ahogado, sino porque el amor es inquieto, y no se satisface con una sola diligencia. Ibase retirando la marea, y el abad la iba siguiendo, penetrando por lo que dejaba enjuto, cuando vió á su querido hijo sobrenadando en su verde catre, y cantando las alabanzas de Dios en aquella nueva especie de milagroso batel. Acercóse al niño Malo, y supo de su boca el prodigio de la divina Bondad, que quiso sirviese á la conservacion de su vida la misma violencia de aquel furioso elemento; y para eterno testimonio del portentoso suceso, el campo nadante donde acaeció, al retirarse la marea, se fijó en el suelo del mar, y formó una pequeña isla que respetan las aguas, sin que se cubra jamás aun en las mareas mas vivas. Un niño en cuyo favor obraba el cielo prodigios, era razon que á solo Dios se consagrase. Tomó, pues, el hábito de religioso, y se agregó á los monges del monasterio de S. Brandan. Fué un modelo de todas las virtudes; pero entre todas sobresalia su humildad. Esto mismo le hizo poco grato á sus hermanos los monges, escitando en ellos cierto género de envidia que declinaba en aversion, y le armaron cierto lazo. Una noche que le tocaba despertar para maitines, le apagaron maliciosamente la lámpara: bajó á la cocina por lumbre para encender una vela; pero el cocinero no se la quiso dar, si no llevaba las brasas encendidas en el hábito. El santo mancebo, que era sencillo como una paloma, las tomó inmediatamente en la mano,

y las echó en el hábito, sin que ni aquélla ni éste padeciesen el mas leve daño, y encendidas como estaban las llevó á la celda de su santo abad, la que halló ya toda iluminada con una luz celestial en defecto de la que él no habia podido traer. De esta manera aquel Dios, que siempre es protector de los humildes, obró dos prodigios á un mismo tiempo para acreditar el mérito de S. Malo, á cuya vista quedó tan atónito el bienaventurado abad, que se arrojó á sus pies para honrar en su persona las maravillas del poder de Jesucristo; pero el humildísimo mancebo atribuia por su parte todos estos portentosos efectos á la santidad de su maestro; y habia entre los dos una santa contienda ó combate de humildad, que se decidió refiriendo entrambos á Dios la gloria de aquellos prodigios. Despues de prima tuvieron entre sí una secreta conferencia; y habiendo tomado la resolucion de dejar el monasterio, se embarcaron en un navío con ánimo de irse á vivir á alguna isla desierta. Obró muchos milagros S. Malo durante aquel viaje; pero el ángel del Señor los advirtió que no fuesen á buscar tan léjos lo que tenian presente en todas partes: que Dios residia en el corazon del hombre, y no era menester pasar el mar para gozar de su presencia: que la paz inalterable no se hizo para acá abajo, ni hay que esperar encontrarla sino en aquella feliz estancia donde se ve á Dios como es. Despues de esta leccion que los dió el ángel, se volvieron á su monasterio, donde hallaron tan trocados los corazones de los que los habian dado pesadumbre, que en adelante vivieron todos en una perfecta inteligencia. Pero duró poco la quietud de nuestro Santo, porque le sacaron de la soledad para hacerle obispo. Habiendo muerto el de Guicastel, fué S. Malo electo por unánime consentimiento del clero y del pueblo: resistió cuanto pudo á la voluntad y aclamacion universal; pero viendo que nada adelantaba resolvió exonerarse de aquella carga con la fuga. Embarcóse, y se fué á una pequeña isla de Bretaña, donde vivia un santo ermitaño llamado Aaron. Alegróse mucho con su arribo aquel venerable anciano, el cual le declaró su modo de vivir, y los medios de que se valia para domar la carne con todas sus concupiscencias. Armóle mucho á nuestro Santo aquel método de vida, y se determinó á imitarla como lo habia hecho en Inglaterra con la de S. Brandan, su primer maestro. Su alimento era un poco de pan y agua, con algunas raices, y todo con medida: sus delicias la oracion y cantar salmos: su pensamiento y su corazon continuamente en el cielo. No distaba mucho de aquella isla la ciudad de Aleth, muy opulenta á la sazon por el gran comercio que se hacia en ella; pero la faltaba

el único verdadero bien que la podia hacer rica para la vida eterna; es decir, el conocimiento de Dios. Habia en la ciudad pocos cristianos, todos los demás eran gentiles. Instaron á S. Malo para que fuese á alumbrar á aquéllos pobres ciegos con la luz del Evangelio. Resistióse el Santo por mucho tiempo, temiendo caer en otro empeño semejante al que le habia desterrado de Inglaterra; pero un ángel se le apareció, y le intimó de parte de Dios que fuese á anunciar su divina palabra á aquel pueblo infiel, porque al fin el mismo Dios le tenia destinado para ser su pastor. Sucedió esto cerca de la pascua; y no atreviéndose el Santo á resistir á la voluntad del Señor, entró en Aleth, celebró el sacrificio de la misa en la capillita de los cristianos, y despues predicó en ella. Estendida la voz por la ciudad, concurrió la muchedumbre; y queriendo Dios autorizar la doctrina del nuevo apóstol, permitió ó dispuso su providencia que trajesen un muerto y le pusiesen á la puerta de la capilla. Sintió el Santo un interior impulso de emprender la resurreccion de aquel difunto, para que el mismo milagro moviese al pueblo á solicitar la nueva vida que reciben los cristianos por el sacramento de la regeneracion. Hincóse de rodillas, púsose en oracion, y todos estaban aguardando con profundo silencio el fin de aquel suceso. Mientras los ánimos estaban en esta suspension, acabó S. Malo de orar: él se levantó de la tierra, y el difunto del ataud. Atónitos los infieles á vista de aquel prodigio, comenzaron á clamar que Jesucristo era verdaderamente hijo de Dios. A este milagro se siguió inmediatamente otro, porque convirtió la agua en vino para que bebiese el resucitado, confirmando con esto la verdad de su resurreccion, como se dice de Lázaro que comió á la mesa con el Salvador despues que éste le habia sacado de la sepultura. Fué glorificado Dios en aquel dia por la conversion de gran número de idólatras, tan crecido, que apenas bastaban las fuerzas á nuestro Santo para administrar el bautismo á los muchos que le pedian. Habiendo formado, pues, aquella iglesia, se vió precisado á encargarse del cuidado de ella. Mudó de semblante todo el país por la vigilancia del santo pastor: esto irritó al infierno, y el infierno le suscitó muchos enemigos. Hallóse obligado á retirarse, y se refugió á Francia, llegando por mar á la ciudad de Xaintes, cuyo obispo á la sazon era S. Leoncio; esto es, no ya S. Leoncio el antiguo (lo que no se ajusta bien con la cronología) sino otro Leoncio llamado el *Mozo*, que era arzobispo de Burdeos, metropolitano de Xaintes, y como tal residia muchas veces en aquella ciudad. Abrazáronse estrechamente aquellos ilustres prelados; y como á entrambos los animaba un mismo espíritu, li-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. GALACION
Y STA. EPISTEMA MRS.

garon una íntima amistad, tanto mas sólida, cuanto se fundaba únicamente en la gracia. Cedió liberalmente Leoncio á su desterrado amigo un lugar retirado, donde Malo pensó vivir desconocido; pero el grito de los milagros suena mucho, y descubre muy presto á los santos que los obran. Mientras tanto estaba la Bretaña padeciendo estremas calamidades por la ausencia de S. Malo. Hacíase el cielo de bronce y la tierra de hierro para regar y fertilizar sus campos porque le faltaba su Elías; pero al fin volvió éste á ella, y con él se restituyó la prosperidad á todo el país. Fué recibido como un ángel, concurriendo á saludarle los príncipes y los obispos, todos los cuales le suplicaron con instancias que jamás los volviese á desamparar retirándose á la ciudad de Aleth; pero el Santo los descubrió un secreto que los afligió estremamente, declarándolos que Dios tenia dispuesta otra cosa, y que él debia morir en la tierra de su peregrinacion. Con efecto, volvió á tomar el camino de Xaintes; y sabiéndolo su íntimo amigo Leoncio, le salió á recibir con mil demostraciones de su ordinaria bondad. Estuvieron juntos algunos dias empleándolos en las alabanzas de Dios; y despues de una separacion no muy larga, se sintió S. Malo acometido de una fiebre maligna que en tres dias le abrió las puertas de la bienaventurada eternidad, muriendo el año de 612, domingo 15 de noviembre, sobre la ceniza y el cilicio, lleno de merecimientos en una estrema ancianidad. Honróle Dios con tantos prodigios despues de muerto, como durante su milagrosa vida.

Por este Santo tomó su nombre la ciudad de San-Malo; porque á ella fueron llevadas sus reliquias, despues que quedó reducida á aldea la ciudad de Aleth, y trasladada á San-Malo la silla episcopal.

SAN GALACION Y SANTA EPISTEMA, MÁRTIRES.

En el territorio de Emesa en Fenicia habia un señor muy poderoso, llamado Clitofon, el cual estaba casado con una señora, por nombre Leucipa, nada inferior en nobleza á su marido. Ambos eran gentiles, y no cesaban de pedir á sus dioses con inciensos y sacrificios que los concediese un heredero para su casa. ¿Pero qué pueden unos dioses que tienen orejas, y no oyen, que tienen ojos, y no ven? Los dioses fueron invocados, y la esterilidad de la señora no cesó. Por este tiempo perseguia estrañamente á los cristianos el gobernador de Emesa, que se llamaba Segundo; y un santo monge, que se decia Onofre, con el fin de servir mejor á la religion ocultó su hábito, logrando así mas libertad para hablar con los paganos, y atraerlos suave-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente á la religion cristiana. Iba de casa en casa pidiendo limosna corporal; pero era su intencion distribuir él la espiritual, dando el celestial sustento de la doctrina saludable á los que le querian oir, y buscando almas para conducirlas á su Criador. Llegó á la puerta de Clitofon, y pidió la limosna que sustenta el cuerpo, buscando ocasion de repartir la que mantiene el alma. Estaba aquel dia Leucipa de mal humor, y mandó que no abriesen la puerta á aquel pobre; mas no por eso se apartó de allí el siervo de Dios, antes se mantuvo pidiendo limosna. En fin, importunó tanto, que al cabo le abrieron la puerta; y como viese á la señora sumamente triste y melancólica, la preguntó el motivo. Ella desahogó su corazon con el pobre, y le declaró, que estaba consumida de tristeza porque no tenia sucesion; y que aunque habia recurrido á todos sus dioses, ninguno de ellos la habia oido. *Muy justo fué que eso sucediese así*, replicó el solitario: *pues qué ¿habian de venir las gracias á los hombres por manos de tales dioses? Esos dioses que adoras, no lo son mas que de nombre, y tanto tienen de poderosos como de divinos. Solo hay un Dios verdadero y todopoderoso, que oye las súplicas de los hombres: reconócele tú, y luego serás madre.* Siguió Leucipa el consejo del siervo de Dios, siendo su corazon como una buena tierra que recibió con docilidad el grano de la divina palabra, y este grano produjo en ella fruto de bendicion, de salvacion y de santidad, premiada en fin con la corona del martirio. Instruyóla Onofre en los misterios de la fe; dispúsola para recibir el bautismo; exhortóla al ejercicio de las virtudes cristianas, y la mostró el hábito de religioso que ocultaba debajo de aquel traje, porque éste le facilitaba la ocasion de hacer conquistas á Jesucristo. Díjole la señora, que tenia mucho miedo de caer en manos de los perseguidores, y mucho mas de que hubiese disensiones entre ella y su marido. Sobre este último punto la sosegó el santo solitario, pronosticándola que Clitofon ciertamente seria cristiano. Rindióse inmediatamente, y despues de suficientemente instruida en los misterios de la fe, recibió el santo bautismo en la huerta de su casa. Poco despues se retiró Onofre, encargándola que fuese fiel á la gracia del bautismo, y guardase inviolablemente la fe de Jesucristo. No fué vana la promesa del Santo: Leucipa fué madre de un hijo, cuya memoria veneramos; y habiendo referido á Clitofon todo lo que habia pasado entre Onofre y ella, conoció al verdadero Dios, y se hizo compañero suyo en la religion. Llamaron Galacion al niño que nació; pero habiéndole reengendrado Onofre en las aguas del bautismo, le puso su mismo nombre.

Nos ha parecido conveniente informar á los lectores de quienes fueron los padres de nuestro santo mártir, para que entiendan que fué un precioso don de Dios como en premio de la docilidad de su madre. Crecia Galacion aun mas en madurez y en prudencia que en edad, siendo de tan despejado ingenio, que dejaba muy atrás á sus propios maestros. Luego que llegó á los veinte y cuatro años trató su padre de casarle, porque la madre habia muerto antes, y puso los ojos en una doncella llamada Epistema, que, salvo la religion, era en todo cabal. Ganóla Galacion para Jesucristo, porque en el lugar donde vivian eran raros los sacerdotes: él mismo la instruyó y la bautizó. Ocho dias despues de bautizada tuvo Epistema la vision siguiente: Vió un magnífico palacio donde estaban en pié tres coros ó clases de personas, que se distinguian por el traje. En una estaban unos hombres venerables todos vestidos de negro: otro se componia de mujeres del mismo traje y color: el tercero era un coro de vírgenes, en cuyo semblante se dejaba ver como retratada la alegría, y en sus frentes resplandecia la misma serenidad. Las que estaban vestidas de negro se representaban con unas alas de fuego, de las cuales se desprendia multitud de chispas que abrasaban cuanto se las ponia delante. Contó Epistema esta vision á su esposo, el cual se la esplicó así: estos tres coros representan aquellas almas dichosas, que retiradas del comercio del mundo, guardan virginidad, y viven segun las máximas del Evangelio, siendo como unos ángeles humanos por su desprendimiento de todo lo terreno: la agilidad de las alas y la actividad del fuego simbolizan admirablemente lo abrasado de su amor, y la ligereza con que corren en el camino de la virtud. Enamorada Epistema de esta esplicacion, y sintiendo en su alma la impresion del divino amor, dijo á su marido: *¿Pues no podíamos nosotros hacer lo mismo, conservando la union de nuestros corazones, y separándonos para vivir mas desprendidos, y para entregarnos mas á Dios?* Apoderado Galacion del mismo divino amor, consintió en la proposicion, encomendaron los dos al Señor su generoso intento, y el Señor los dió gracia para ejecutarle. Repartieron sus bienes entre los pobres, y salieron de Emesa acompañados de Eutolmo, que era el criado de su mayor confianza. Caminaron diez jornadas, y se hallaron en un monte, que los naturales llamaban monte Público, poco distante del monte Sin, donde encontraron un monasterio habitado por diez ó doce monges. Pidió Galacion el hábito, diéronsele, y Epistema fué admitida en otro monasterio de vírgenes que estaba mas metido en lo interior del desierto. Vivian los dos con una vida de ángeles, sin

otro comercio que con solo Dios, gozando la dulzura de la soledad, sustentándose con oracion y con penitencia, cuando de repente se encendió el fuego de la persecucion que escitó el emperador Decio. Derramáronse por todo el monte Sin los ministros de su impiedad para prender á los solitarios, los cuales huyeron todos, escepto Galacion y otro monge. Hácia la mitad de la noche precedente habia tenido Epistema otro misterioso sueño. Parecióla que habiendo ido á un palacio en compañía de su esposo, el rey de aquella tierra los habia puesto á cada uno una corona en la cabeza. Por la mañana confió este sueño al mayordomo de la casa, quien la aseguró, que el palacio era el reino celestial donde ella habia de reinar con Galacion. Noticiosa la cristiana heroína de que Galacion habia sido preso, se subió á lo mas elevado del monte, y se sentó donde pudiese ver sin ser vista. Pero cuando le vió pasar cargado de cadenas, pudo mas que todo su ardiente deseo del martirio, y corriendo á él exhalada, le dijo enternecida: *Mi señor, y guia de mi alma, no me niegues que soy tuya: acuérdate de lo que concertamos entre los dos.* Dijo; y los soldados la asociaron al santo mártir. ¿Qué no dijo entonces el esposo á su querida esposa para animarla á mantenerse en la fe, y á mostrar una generosidad que acreditase el cristianismo, y á ella la coronase? Pero nuestros dos atletas no entraron en la lid hasta el dia siguiente que señaló el juez para el combate. Mandólos comparecer el presidente, y mirando á Galacion con unos ojos que respiraban cólera y centelleaban indignacion, le dijo: *¿Quién es este miserable que menosprecia á todos los dioses, y solamente reconoce por tal á uno que no merece el nombre de Dios?* Acostumbrado el santo mártir á no temer mas que á solo Dios, no se movió con las palabras de un hombre. Hizo la confesion de su fe, y respondió intrépidamente que era cristiano, y como tal adoraba á Jesucristo, reconociendo que los ídolos no merecian otra cosa que la execracion de los pueblos que los adoraban. Costóle cara la generosidad de su respuesta, porque le costó la vida. ¿Pero qué caso ha de hacer de esta vida transitoria un cristiano que tiene en su corazon la vida eterna? No le quitaron de golpe la temporal: probaron su fe alargándole el tormento. Dióse principio á este apaleándole cruelmente; era doloroso el suplicio, y Epistema, que se hallaba presente, recibia por compasion en su alma los golpes que se descargaban en él: hasta entonces solo era mártir, por decirlo así, de los ojos y del corazon; presto lo fué tambien del cuerpo. Viendo aquel suplicio inhumano, no se pudo contener, y reprendió al juez su crueldad. Fué víctima de su zelo, porque el juez mandó descargar sobre su delicado cuerpo una espesa lluvia de palos *para que aprendiese á callar* (así lo dijo él) *delante de sus señores.* No se alteró su constancia, porque el amor de Dios suavizaba los golpes, ó por una especie de prodigio mas admirable, dejando toda su viveza al doloroso suplicio, elevaba el alma sobre la fuerza del dolor. Aun no tenia la corona de los mártires todo el precio que habia de tener, era menester adornarla mucho mas. Mandó el tirano que los metiesen cañas puntiagudas por entre las uñas de los dedos; con este tormento se desató mas su lengua para bendecir á Dios y maldecir á los ídolos. Viéndose vencido el tirano, tambien él quiso vencer; mandó que los cortasen la lengua con que maldecian á los ídolos y bendecian á Dios; despues dió órden para que los cortasen las manos y los pies: finalmente, para poner el colmo á su impiedad y para consumar su martirio, mandó que los cortasen la cabeza. Este dichoso golpe puso la palma inmortal en las manos de los bienaventurados mártires.

SANTA BERTILLA, ABADESA DE CHELLES.

Fué de una de las familias mas ilustres del territorio de Soissons, y nació en el reinado de Dagoberto I, habiendo despues adquirido con su piedad la verdadera nobleza de hija de Dios. Desde su infancia prefirió el amor del Señor al de las criaturas, escusó en cuanto la fué posible la compañía y diversiones del mundo, y empleó siempre su tiempo en cosas serias y especialmente en la oracion. Segun que iba creciendo gustaba mas y mas de las suaves delicias de la conversacion con Dios, con lo que aprendió á despreciar perfectamente al mundo y á desear renunciar de un todo de él. No atreviéndose á descubrir su inclinacion á sus padres, se manifestó en primer lugar á S. Owen, quien la animó en aquella resolucion; pero ambos se tomaron tiempo para pedir al Padre de las luces que les guiase segun su voluntad, y les manifestase qué espíritu era el que á aquel intento la conducia, conociendo muy bien que no todo impulso es del Espíritu Santo. El amor propio se disfraza fácilmente de muchos modos, y el demonio en ocasiones se trasforma en ángel de luz. Para no engañarse por precipitacion en un asunto tan importante como la eleccion de estado es sobre todo necesario un consejo imparcial, la oracion, un exacto exámen de sí propios y una madura deliberacion. Empleados estos medios ya sus padres llegaron á saber los deseos de la hija, á que Dios les inclinó á no contradecir. Llevárónla pues á Jouarre, gran monasterio de Brie, cuatro leguas de Meaux, fundado no mucho antes por los

otro comercio que con solo Dios, gozando la dulzura de la soledad, sustentándose con oracion y con penitencia, cuando de repente se encendió el fuego de la persecucion que escitó el emperador Decio. Derramáronse por todo el monte Sin los ministros de su impiedad para prender á los solitarios, los cuales huyeron todos, escepto Galacion y otro monge. Hácia la mitad de la noche precedente habia tenido Epistema otro misterioso sueño. Parecióla que habiendo ido á un palacio en compañía de su esposo, el rey de aquella tierra los habia puesto á cada uno una corona en la cabeza. Por la mañana confió este sueño al mayordomo de la casa, quien la aseguró, que el palacio era el reino celestial donde ella habia de reinar con Galacion. Noticiosa la cristiana heroína de que Galacion habia sido preso, se subió á lo mas elevado del monte, y se sentó donde pudiese ver sin ser vista. Pero cuando le vió pasar cargado de cadenas, pudo mas que todo su ardiente deseo del martirio, y corriendo á él exhalada, le dijo enternecida: *Mi señor, y guia de mi alma, no me niegues que soy tuya: acuérdate de lo que concertamos entre los dos.* Dijo; y los soldados la asociaron al santo mártir. ¿Qué no dijo entonces el esposo á su querida esposa para animarla á mantenerse en la fe, y á mostrar una generosidad que acreditase el cristianismo, y á ella la coronase? Pero nuestros dos atletas no entraron en la lid hasta el dia siguiente que señaló el juez para el combate. Mandólos comparecer el presidente, y mirando á Galacion con unos ojos que respiraban cólera y centelleaban indignacion, le dijo: *¿Quién es este miserable que menosprecia á todos los dioses, y solamente reconoce por tal á uno que no merece el nombre de Dios?* Acostumbrado el santo mártir á no temer mas que á solo Dios, no se movió con las palabras de un hombre. Hizo la confesion de su fe, y respondió intrépidamente que era cristiano, y como tal adoraba á Jesucristo, reconociendo que los ídolos no merecian otra cosa que la execracion de los pueblos que los adoraban. Costóle cara la generosidad de su respuesta, porque le costó la vida. ¿Pero qué caso ha de hacer de esta vida transitoria un cristiano que tiene en su corazon la vida eterna? No le quitaron de golpe la temporal: probaron su fe alargándole el tormento. Dióse principio á este apaleándole cruelmente; era doloroso el suplicio, y Epistema, que se hallaba presente, recibia por compasion en su alma los golpes que se descargaban en él: hasta entonces solo era mártir, por decirlo así, de los ojos y del corazon; presto lo fué tambien del cuerpo. Viendo aquel suplicio inhumano, no se pudo contener, y reprendió al juez su crueldad. Fué víctima de su zelo, porque el juez mandó descargar sobre su delicado cuerpo una espesa lluvia de palos *para que aprendiese á callar* (así lo dijo él) *delante de sus señores.* No se alteró su constancia, porque el amor de Dios suavizaba los golpes, ó por una especie de prodigio mas admirable, dejando toda su viveza al doloroso suplicio, elevaba el alma sobre la fuerza del dolor. Aun no tenia la corona de los mártires todo el precio que habia de tener, era menester adornarla mucho mas. Mandó el tirano que los metiesen cañas puntiagudas por entre las uñas de los dedos; con este tormento se desató mas su lengua para bendecir á Dios y maldecir á los ídolos. Viéndose vencido el tirano, tambien él quiso vencer; mandó que los cortasen la lengua con que maldecian á los ídolos y bendecian á Dios; despues dió órden para que los cortasen las manos y los pies: finalmente, para poner el colmo á su impiedad y para consumar su martirio, mandó que los cortasen la cabeza. Este dichoso golpe puso la palma inmortal en las manos de los bienaventurados mártires.

SANTA BERTILLA, ABADESA DE CHELLES.

Fué de una de las familias mas ilustres del territorio de Soissons, y nació en el reinado de Dagoberto I, habiendo despues adquirido con su piedad la verdadera nobleza de hija de Dios. Desde su infancia prefirió el amor del Señor al de las criaturas, escusó en cuanto la fué posible la compañía y diversiones del mundo, y empleó siempre su tiempo en cosas serias y especialmente en la oracion. Segun que iba creciendo gustaba mas y mas de las suaves delicias de la conversacion con Dios, con lo que aprendió á despreciar perfectamente al mundo y á desear renunciar de un todo de él. No atreviéndose á descubrir su inclinacion á sus padres, se manifestó en primer lugar á S. Owen, quien la animó en aquella resolucion; pero ambos se tomaron tiempo para pedir al Padre de las luces que les guiase segun su voluntad, y les manifestase qué espíritu era el que á aquel intento la conducia, conociendo muy bien que no todo impulso es del Espíritu Santo. El amor propio se disfraza fácilmente de muchos modos, y el demonio en ocasiones se trasforma en ángel de luz. Para no engañarse por precipitacion en un asunto tan importante como la eleccion de estado es sobre todo necesario un consejo imparcial, la oracion, un exacto exámen de sí propios y una madura deliberacion. Empleados estos medios ya sus padres llegaron á saber los deseos de la hija, á que Dios les inclinó á no contradecir. Llevárónla pues á Jouarre, gran monasterio de Brie, cuatro leguas de Meaux, fundado no mucho antes por los

años de 630 por Adon, hermano mayor de S. Owen, que tomó en él el hábito monástico con otros muchos nobles jóvenes, y estableció un convento de monjas en su vecindad, que al fin vino á ser la casa principal. Sta. Thelchildes, vírgen de noble ascendencia, que parece haber sido educada, ó que habia profesado antes en el monasterio de Faremoutier, fué la primera abadesa de Jouarre, y gobernó aquella casa como hasta el año de 660. Tanto ésta como su comunidad religiosa recibieron á Bertilla con suma alegría, y la educaron en las prácticas exactas de la vida monástica. Mirando nuestra Santa esta soledad como el puerto mas seguro, no cesó jamás de dar gracias al Señor por la infinita misericordia de que habia usado con ella sacándola del océano proceloso del mundo; pero estaba persuadida á que nunca llegaria á merecer el ser esposa de Jesucristo, á no seguirle por los pasos de la humillacion y la negacion propia. Sierva parecia de todas sus compañeras en la perfecta sumision que á cada una de ellas profesaba, siendo en toda su conducta modelo de humildad, de obediencia, regularidad y devocion. Aunque era todavía jóven, su prudencia y virtud parecian consumadas, por lo que la fué encargado el cuidado de recibir las visitas de estraños, asistir á los enfermos y cuidar de los niños que eran educados en el monasterio. En todos estos empleos desempeñó sus obligaciones con suma caridad y edificacion, y especialmente cuando fué electa priora para ayudar á la abadesa en su administracion. En este oficio su tierna devocion, su habitual consideracion sobre la presencia divina, y las demás virtudes que la adornaban brillaron con mucho mayor lustre, y tuvieron no pequeña influencia en la direccion de toda la comunidad. No habia quien con su ejemplo no se avergonzase de faltar en la práctica mas leve de igual devocion, ó en la observancia mas puntual y escrupulosa de las reglas de disciplina monástica.

Cuando Sta. Batilde, mujer de Clodoveo II, reedificó magníficamente la famosa abadía de Chelles, que habia fundado santa Clotilde, cerca del Marne, cuatro leguas de París, solicitó que Sta. Thelchildes suministrase una colonia de las monjas mas esperimentadas y virtuosas de Jouarre, para que dirigiesen á aquellas novicias en los pasos de la perfeccion monástica. Bertilla fué la nombrada para acaudillar esta santa comitiva, y fué en efecto electa primera abadesa de Chelles como por los años de 646. La reputacion de la santidad y prudencia de nuestra Santa, y la escelente disciplina que estableció en esta casa trajo á ella varias princesas estranjeras; y entre otras, segun Beda, á Hereswitha, reina de los est-anglos. Esta fué hija de Hererico, hermano ó cuñado de S. Edwino rey de Northumberland, y casada con el religioso rey Anna, con cuyo consentimiento renunció el mundo, y pasando á Francia en el año de 646, se hizo monja de Chelles, donde acabó felizmente su mortal peregrinacion. En el Martirologio inglés de Wilson está colocada entre las Santas en el dia 20 de setiembre. La reina Batilde despues de la muerte de su marido, acaecida en el año de 655, quedó de gobernadora del reino durante la menor edad de su hijo Clotario III; pero en cuanto tuvo éste la competente para mandar por sí, en el año de 665 se retiró á aquel monasterio, tomó el hábito religioso de manos de Sta. Bertilla, la obedecia como la última monja de la casa, y pasó á la gloria de los ángeles en el año de 680. En esta numerosa familia de reinas, princesas y distinguidas vírgenes, no habia mas debates ni mas competencia que para la humillacion y la caridad: jamás se veia otra disputa que la de cual habia de ser primera á obedecer, á humillarse, y cual habia de esceder á las demás en mansedumbre, devocion, penitencia y demás ejercicios de la disciplina monástica. La santa abadesa que veia á sus pies cada dia á dos grandes reinas, se mostraba la mas humilde y mas fervorosa de todas sus hermanas, y hacia ver en su conducta, que nadie es capaz de mandar bien si no aprende antes á obedecer. Esta disposicion humilde de ánimo estingue la soberbia, y remueve el fatal deleite del poder que se insinua insensiblemente, que es la semilla de la tirania, y que corrompe y adultera los buenos sentimientos del corazon. Esta virtud es la única que hace los mandatos suaves en su misma severidad, y á nosotros pacientes y firmes en su observancia y obsequio. Sta. Bertilla gobernó este monasterio por espacio de cuarenta y seis años con igual vigor y discrecion. En su avanzada edad léjos de abatir su fervor se empeñaba en duplicarlo cada dia mas, tanto en sus penitencias como en sus devociones; así como el corredor se esfuerza mas y mas cuanto mas próximo va viendo el fin de su carrera, y como el trabajador hace mayores esfuerzos en sus últimos golpes por acabar mas presto su fatigosa tarea. Con estas fervorosas disposiciones concluyó nuestra Santa su curso penitencial y su vida en el año de 692.

La misa es en honor de S. Malo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad del beato Malo, tu confesor y pontífice, rogándote nos absuelvas todos nuestros pecados por los méritos y la intercesion del que mereció tan dignamente servirte. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Negarán los oidos á la verdad. Es la verdad la cosa mas digna de la curiosidad de los hombres. Por una parte se desea, y por otra parece que se rezela encontrarla. Preguntó Pilato á Cristo, ¿qué cosa es la verdad? y no quiso esperar su respuesta. Hoy ni hay valor para decir la verdad, ni tampoco hay espíritu para oirla. Gusta mucho á la razon; pero desagrada al amor propio: es enemiga de todas las pasiones, y por lo mismo todas ellas la hacen una sangrienta guerra. Demuéstrase sin trabajo la verdad, sobre todo en punto de religion: brilla como un astro; pero solo á los ojos sanos y despejados, á entendimientos derechos, á corazones puros y dóciles. Las nieblas que la ofuscan nacen de nuestro terreno. Búscase la verdad; pero por caminos que nos desvian de ella, y por preocupaciones que nos ciegan. Cuando nos domina la pasion, si se hacen algunos esfuerzos, solamente son para oscurecer la verdad. Es el error la primogénita de todas las pasiones. Ningun hereje dejaria de conocer que iba errado si la pasion no fuera la madre de todos los cismas y de todas las herejías. Deje de ser esclava la razon, obre sin preocupacion el juicio, estíngase la pasion, y al punto se dejará ver la luz de la verdad. ¿Condena la Iglesia un divorcio, un adulterio escandaloso? pues rebélase el príncipe contra la Iglesia. La pasion victoriosa nunca triunfa á medias. Abandona aquel príncipe la fe por no abandonar su pasion, y fortificándose esta con los primeros escesos, le conduce al último precipicio. Muda de religion porque la Iglesia no le permite mudar de mujer. Trastorna todas las leyes: fórjase un nuevo sistema de Iglesia; y por una serie de errores, que vienen á parar en la última ceguera, se hace cabeza de ella. Este es el gran fundador de la iglesia anglicana, y esta la famosa época de su fundacion. Una forma de Iglesia desconocida á los nuevos cristianos, encerrada en una isla; una pasion violenta, que suplió, que hizo las veces de revelacion; unos hombres capaces de honestas costumbres, cultivados, y aun hábiles en las artes y en las ciencias, ni ven, ni sienten la ridiculez de aquel confuso caos, de aquel fantasmon de religion y de aquel monton atropellado de sectas. ¡Buen Dios, y hasta dónde son capaces de llegar los descaminos del corazon humano cuando se llegó á perder la fe! Pero la verdad mantiene siempre un lenguaje uniforme. ¿De dónde nacen aquellas interminables variaciones en todas las sectas, en todos los nuevos sistemas de religion? Pretéstase el especioso nombre de amor á la verdad, así como se adopta el cauteloso título ó sobrescrito de reforma. Pero de buena fe, ¿es la verdad la que se busca? ¿es la reforma la que se practica? Salvo que se llame reforma el cortar todo lo que desagrada á los sentidos, todo lo que se opone á la sensualidad, y todo lo que encadena al amor propio; solo se pretende satisfacer tranquilamente á la pasion, contentar el espíritu de orgullo, de despique y de venganza; solo se pretende acallar los gritos de la conciencia en los descaminos y en los errores: esto es lo que en el fondo se busca, y de ningun modo se busca la verdad. A esto se dirigen todos los cuidados, todo el estudio, y todos los esfuerzos que se hacen para defender el cisma y el error.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág. 78.*

MEDITACION.

De los medios para conseguir la salvacion comunes á todos los cristianos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no se contentó Dios con criarnos para él mismo como para nuestro último fin: quiso tambien, por un efecto de su infinita bondad, obligarnos indispensable-

mente á ir á él por la multitud de medios que nos preparó para caminar al mismo último fin. No hay criatura alguna que considerada en sí misma no nos sirva de medio para conocer y amar á Dios: si alguna nos sirve de estorbo, es porque abusamos de ella. Los bienes y los males de esta vida, hasta los mismos trabajos que nos envia Dios para castigar nuestros pecados, todo puede conducir para facilitarnos nuestra salvacion. Nuestros propios defectos pueden tambien contribuir á lo mismo. No tenemos enemigo mas mortal de nuestra salvacion que el demonio: en medio de eso, sus artificios, sus lazos y sus tentaciones pueden servir para salvarnos. Es necesaria la gracia para arribar á nuestro último fin, es verdad: sin ella serian inútiles nuestros mayores esfuerzos, no hay duda; mas tambien es artículo de fe, que nosotros podemos faltar á la gracia; pero que la gracia nunca nos puede faltar, y que no hay en el infierno un solo condenado que no se hubiese condenado por culpa suya, porque quiso, porque no le dió la gana de aprovecharse de los medios que tuvo para salvarse. Somos flacos, no se puede negar: son muy frecuentes las ocasiones, y por la corrupcion que causó el pecado en el corazon del hombre, tenemos una furiosa inclinacion á lo malo; ¿pero se pudieran desear auxilios mas poderosos que los que tenemos para no caer, y para levantarnos despues de haber caido? ¿hemos considerado alguna vez lo fácil que es conseguir nuestra salvacion como nos queramos aprovechar de los grandes medios que tenemos para conseguirla? Tantos sacramentos, en los cuales se nos aplican los infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo: sacramentos, que, por decirlo así, son como un baño de su preciosísima sangre, en los cuales halla el alma tantos socorros para sus necesidades: sacramentos, remedios saludables, inagotables fuentes de tantas gracias, ¿no serán medios fáciles y eficaces para llegar seguramente á nuestro último fin? A los discípulos del Salvador los era fácil ser santos, teniendo continuamente á la vista al Santo de los santos; ¿será muy dificultoso para nosotros teniéndole tambien perpetuamente en nuestra compañía? Aquellos eran dichosos porque podian conseguir del divino Salvador lo que deseaban; ¿serémoslo menos nosotros poseyendo á Jesucristo en la Eucaristía? Tambien la oracion es un medio muy eficaz, puesto que el Señor nos empeñó su palabra, y se obligó solemnemente á concedernos todo cuanto en su nombre le pidiésemos. Ninguna cosa esceptuó en esta obligacion que nos hizo, esta obligacion la estendió indiferentemente á todo género de personas. No hay mas que pedir; ¿y esto quién no lo sabe hacer? ¿pero se le piden con mucha instancia

estas gracias, y se hacen muchas diligencias para merecerlas?

Punto segundo. — Considera que aun cuando no tuviéramos mas que el sacrificio de la misa y del altar, parecia debiera ser bastante para asegurar nuestra salvacion. Por grandes que sean las gracias de que tenemos necesidad, ¿se puede imaginar que un Dios presentado, que un Dios ofrecido por precio de estas gracias no sea capaz de conseguírnoslas? Debemos mucho á la justicia de Dios, es innegable; necesitamos de auxilios muy estraordinarios; pero una sola comunion, una sola misa nos puede socorrer con lo que nos sobre para pagar estas deudas, para satisfacer por todas nuestras obligaciones. Tenemos á la mano una hostia que no puede Dios desdeñar; una hostia capaz de borrar todos los pecados de los hombres; ¿en quién consistirá que no borre los mios? Ciertamente, si se hubiera puesto á nuestro arbitrio, si se hubiera dejado á nuestra libertad la eleccion de medios propios para hacer nuestra salvacion, ¿nos hubiera pasado jamás por el pensamiento escogerlos tan poderosos, tan fáciles y en tanto número? ¿se nos hubiera nunca ofrecido pedir tanto como Jesucristo nos dió liberalmente? ¡Qué de gracias, qué de auxilios espirituales, qué de sacramentos, manantiales fecundísimos de todas las gracias! ¿Pero qué uso hemos hecho de tantos medios? ¿cómo nos hemos aprovechado de tantos auxilios, y qué señal será el de no habernos aprovechado? A la verdad, es menester tener bien poca gana de salvarse cuando se condena uno con tantos, tan fáciles y tan eficaces medios para conseguir la salvacion. ¿Qué disculpa tendremos, qué pretesto, aun levísimamente plausible, podremos alegar para no haberlo hecho? ¿qué responderemos á la reconvencion con que nos darán en cara los infieles y aun el mismo Jesucristo? ¡Qué dolor para un cristiano haberse condenado con tantos auxilios! ¡qué desesperacion la mia si con tantos auxilios me condeno! ¿Y qué otra cosa debo esperar si no me aprovecho de estos medios mejor que me he aprovechado hasta aquí? ¿qué obras ha producido en mí esta fe, la cual es una fe muerta sin las obras? ¿cuántas veces me he llegado al sacramento de la penitencia desde que fuí pecador? Y desde que me llegué á este sacramento, ¿he sido mas penitente?

Serélo, Señor, de aquí adelante, mediante vuestra divina gracia. No me la negueis esta vez aunque tantas otras no me haya aprovechado de ella. Resuelto estoy á emplear mejor en lo por venir los medios que me habeis dado para mi salvacion; haced que sea eficaz este mi propósito.

JACULATORIAS. — Ojalá, Señor, que en adelante nunca me desvie del camino de tus mandamientos! (*Psalm.* 118.)

Grabada tengo, Señor, en mi corazon vuestra santa ley, á fin de no ofenderos jamás. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Al ver que unas casas opulentas, unas familias poderosas, unas fortunas brillantes de repente se deshacen y caen precipitadamente en la mendiguez y en el olvido por contratiempos imprevistos, sin que tuviese parte en aquella desgracia, ni la falta de prudencia, ni la falta de conducta; todos se mueven á compasion, todos se lamentan de aquel infortunio, y todos adoran los secretos juicios de la divina Providencia. Pero cuando se ven unos hijos, á quien un padre cuerdo, prudente y de cabeza dejó inmensos bienes, poderosas protecciones, mucha honra, mucha estimacion, y todo género de medios para que fácilmente se pudiesen adelantar, haciéndose mas poderosos y mas ilustres; pero que ellos, por sus viles y viciosas inclinaciones, por una especie de fanatismo, por su brutalidad y por sus estragadas costumbres disipan miserablemente en glotonerías, en torpezas y en escesos, como el hijo pródigo, todos aquellos grandes bienes, no se quieren aprovechar de aquellos grandes medios, y se hacen infelices por su culpa y antojo, léjos de tenerlos lástima, todo el mundo se indigna contra ellos. En este caso nos hallamos nosotros respecto de los bienes espirituales en que Jesucristo nos dejó heredados, y respecto de los medios que nos proporcionó para adelantar esta herencia, de los cuales no queremos usar ó abusamos de ellos por culpa nuestra. Enmienda, repara desde luego este abuso: aprovéchate de tantos medios, sobre todo, de los sacramentos, de la real presencia de Jesucristo en el altar y del poderoso auxilio de la oracion, considerando que en tus manos está, por decirlo así, hacer eternamente tu fortuna.

2 Ninguna devocion, por ligera que parezca, has de despreciar; todas son importantes para la salvacion. Guárdate bien de que sirvan para tu condenacion las que ahora se te proponen; ninguna es inútil; pocas hay que no sean convenientes, y aun acaso tambien necesarias. Cada dia has de hacer con mayor fervor los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y esta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se

reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin respeto; á lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN FELIX, mártir, en Tunez en Africa; el cual confesó á Jesucristo, y habiéndose diferido su martirio, al dia siguiente fué hallado muerto en la cárcel, como lo refiere S. Agustin, esponiendo un salmo (el 107) al pueblo en el dia de su festividad.

DIEZ SANTOS MÁRTIRES, en Teopoli ó Antioquía, que padecieron á manos de los sarracenos.

SAN SEVERO, obispo y mártir, en Barcelona; al cual metiéndole un clavo en la cabeza por defender la fe católica, recibió la corona del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ATICO, en Frigia.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN WINOCO (ó WINOC), abad, en Winoxberg (ó mas bien *Berg-San-Winoc*); esclarecido por sus virtudes y milagros, y por haber servido mucho tiempo á los monges de quienes era superior y prelado.

SAN FELIX, monge, en Fondi. (S. Gregorio habla de su estraordinaria penitencia en su libro de los Diálogos, lib. 1, cap. 3.)

SAN LEONARDO, confesor, discípulo de S. Remigio obispo, en Limoges en la Aquitania; el cual siendo de ilustre linaje eligió la vida solitaria, y floreció en gran santidad y milagros. Resplandeció señaladamente su poder en libertar cautivos. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN SEVERO, OBISPO DE BARCELONA Y MÁRTIR (*).

EL bienaventurado S. Severo fué natural de Barcelona, segun afirma el himno de las vísperas: su familia era ilustre, como espresa el breviario manuscrito de Barcelona en el himno de mai-

(*) Siendo muy controvertido todo lo que pertenece á S. Severo y compañeros de martirio, discrepando los autores mas notables acerca del tiempo en que padecieron martirio, si fué en el de los gentiles, durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, ó si fué en el de los godos reinando Eurico; si hubo un solo S. Severo, ó si fueron dos, etc.; nos ha parecido lo mas seguro establecer la historia de nuestro santo obispo sobre la que escribió el P. M. FLOREZ en su *España Sagrada*, *tom.* 29, *pág.* 51 *y sig.* en vista de documentos anti-

JACULATORIAS. — Ojalá, Señor, que en adelante nunca me desvie del camino de tus mandamientos! (*Psalm.* 118.)

Grabada tengo, Señor, en mi corazon vuestra santa ley, á fin de no ofenderos jamás. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Al ver que unas casas opulentas, unas familias poderosas, unas fortunas brillantes de repente se deshacen y caen precipitadamente en la mendiguez y en el olvido por contratiempos imprevistos, sin que tuviese parte en aquella desgracia, ni la falta de prudencia, ni la falta de conducta; todos se mueven á compasion, todos se lamentan de aquel infortunio, y todos adoran los secretos juicios de la divina Providencia. Pero cuando se ven unos hijos, á quien un padre cuerdo, prudente y de cabeza dejó inmensos bienes, poderosas protecciones, mucha honra, mucha estimacion, y todo género de medios para que fácilmente se pudiesen adelantar, haciéndose mas poderosos y mas ilustres; pero que ellos, por sus viles y viciosas inclinaciones, por una especie de fanatismo, por su brutalidad y por sus estragadas costumbres disipan miserablemente en glotonerías, en torpezas y en escesos, como el hijo pródigo, todos aquellos grandes bienes, no se quieren aprovechar de aquellos grandes medios, y se hacen infelices por su culpa y antojo, léjos de tenerlos lástima, todo el mundo se indigna contra ellos. En este caso nos hallamos nosotros respecto de los bienes espirituales en que Jesucristo nos dejó heredados, y respecto de los medios que nos proporcionó para adelantar esta herencia, de los cuales no queremos usar ó abusamos de ellos por culpa nuestra. Enmienda, repara desde luego este abuso: aprovéchate de tantos medios, sobre todo, de los sacramentos, de la real presencia de Jesucristo en el altar y del poderoso auxilio de la oracion, considerando que en tus manos está, por decirlo así, hacer eternamente tu fortuna.

2 Ninguna devocion, por ligera que parezca, has de despreciar; todas son importantes para la salvacion. Guárdate bien de que sirvan para tu condenacion las que ahora se te proponen; ninguna es inútil; pocas hay que no sean convenientes, y aun acaso tambien necesarias. Cada dia has de hacer con mayor fervor los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y esta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se

reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin respeto; á lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN FELIX, mártir, en Tunez en Africa; el cual confesó á Jesucristo, y habiéndose diferido su martirio, al dia siguiente fué hallado muerto en la cárcel, como lo refiere S. Agustin, esponiendo un salmo (el 107) al pueblo en el dia de su festividad.

DIEZ SANTOS MÁRTIRES, en Teopoli ó Antioquía, que padecieron á manos de los sarracenos.

SAN SEVERO, obispo y mártir, en Barcelona; al cual metiéndole un clavo en la cabeza por defender la fe católica, recibió la corona del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ATICO, en Frigia.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN WINOCO (ó WINOC), abad, en Winoxberg (ó mas bien *Berg-San-Winoc*); esclarecido por sus virtudes y milagros, y por haber servido mucho tiempo á los monges de quienes era superior y prelado.

SAN FELIX, monge, en Fondi. (S. Gregorio habla de su estraordinaria penitencia en su libro de los Diálogos, lib. 1, cap. 3.)

SAN LEONARDO, confesor, discípulo de S. Remigio obispo, en Limoges en la Aquitania; el cual siendo de ilustre linaje eligió la vida solitaria, y floreció en gran santidad y milagros. Resplandeció señaladamente su poder en libertar cautivos. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN SEVERO, OBISPO DE BARCELONA Y MÁRTIR (*).

EL bienaventurado S. Severo fué natural de Barcelona, segun afirma el himno de las vísperas: su familia era ilustre, como espresa el breviario manuscrito de Barcelona en el himno de mai-

(*) Siendo muy controvertido todo lo que pertenece á S. Severo y compañeros de martirio, discrepando los autores mas notables acerca del tiempo en que padecieron martirio, si fué en el de los gentiles, durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, ó si fué en el de los godos reinando Eurico; si hubo un solo S. Severo, ó si fueron dos, etc.; nos ha parecido lo mas seguro establecer la historia de nuestro santo obispo sobre la que escribió el P. M. FLOREZ en su *España Sagrada*, *tom.* 29, *pág.* 51 *y sig.* en vista de documentos anti-

tines. Habiéndole dedicado sus padres al estudio de las letras, llamóle Dios al estado eclesiástico, y distinguióse entre el clero barcelonés por su doctrina, y por la inocencia y candor de sus costumbres. Esto fué la causa de que hallándose la Iglesia de Barcelona sin pastor, dispuso el Espíritu Santo que todo el clero y pueblo conviniese por unanimidad en elegir á Severo, y al punto fué legítimamente consagrado obispo. En la dignidad episcopal resplandeció como antorcha de la verdadera luz; y creció la vigilancia y solicitud pastoral sobre el pueblo que Dios le acababa de encomendar, en tiempo que los muchos enemigos, y persecuciones de los cristianos no permitian que dormitase ó durmiese el escogido por guarda de Israel. Predicaba continuamente sobre el amor de Dios y del prójimo, como basas donde estriba toda la ley de Dios: exhortaba á la constancia en la fe, que por tan combatida del infierno, calificaba ser necesaria para el cielo; y como toda su doctrina era de Dios, clamaba frecuentemente á que no se apartasen de lo que les predicaba.

---

guos autorizados, que pueden verse y examinarse en el lugar citado: porque habiéndose perdido las Actas legítimas, como sucede con otros muchos santos de aquellos calamitosos tiempos, se han mezclado relaciones diversas en el modo y circunstancias, por diferentes escritores que, sin exámen, adoptaron la historia de S. Severo de Ravena (del cual se hace conmemoracion en el *Mart. de* 1.° *de Febrero*), aplicando al mártir de Barcelona lo que solo convino al otro, como el haber sido casado, tejedor de oficio, y electo obispo por indicio de una paloma sobre su cabeza. Al establecer la historia de SAN EMETERIO, llamado en vulgar catalan SAN MADÍ, que se lee en las del dia 3 de marzo, tuvimos presentes únicamente los documentos á que se refiere el *P. Domenec* en su *Historia general de los Santos del principado de Cataluña*, quien adoptó el tiempo de los godos para el martirio de S. Severo y S. Emeterio, señalando su muerte por los años de 480. Despues de escrita aquella historia, hemos tenido mas espacio de examinar las graves razones con que se convence haber padecido nuestros Santos en tiempo de Diocleciano y no en el de los godos, y no hemos vacilado, al establecer la presente historia de S. Severo, en adoptar aquella opinion como mas autorizada, no obstante lo establecido en la citada historia de S. Emeterio.—Aunque esta circunstancia en nada perjudica el hecho sustancial del martirio de nuestros Santos, bien confirmado por los irrecusables documentos que lo testifican, por la autoridad de nuestros antiguos escritores, y por una constante tradicion.—El P. CROISSET, guiado sin duda de falsos Cronicones, pone en Barcelona dos obispos SEVEROS, ambos mártires, uno en el imperio de Diocleciano, y otro en el de Constancio; pero Barcelona no ha conocido mas que un SAN SEVERO mártir; pues aun los que colocan el Santo en tiempo de los godos, no admiten otro en tiempo de los romanos, sino uno solo.

Estando velando el Santo y orando sobre el bien de su Iglesia, le reveló Dios una gran persecucion que vendria sobre la cristiandad de España, y en efecto llegó el tiempo de venir el cruel Daciano, escogido por los emperadores Diocleciano y Maximiano para estinguir en lo que estaba de su parte el culto del verdadero Dios. Al punto que entró en Barcelona, abrió el tribunal para la pesquisa, y no fué necesaria mucha indagacion para saber que el obispo Severo era el jefe que instruia y alentaba á los cristianos, pues todo era patente. Con esto trató el juez de prenderle, para hacerle sacrificar á los dioses, y mover con el suceso de uno al ejemplo ó escarmiento de todo el pueblo.

El prelado resolvió ceder á la ira en el ímpetu primero, con fin de deliberar acerca de lo mas conveniente para sí y para las ovejas: y á este intento salió de la ciudad dirigiéndose á un lugar llamado *Castro Octaviano*, hoy *S. Cugat del Vallés*, á dos leguas de la ciudad. Andada la mitad del camino vió un labrador que cerca del camino sembraba habas, y era no solo cristiano, sino buen siervo de Dios, llamado Emeterio. El obispo se acercó á él y le contó la persecucion que estaba movida en la ciudad; y considerando que le vendrian á buscar los ministros del juez, advirtió el Santo á Emeterio les dijese como habia pasado por allí, y que en el Castro Octaviano le encontrarian, pues estaba resuelto á dar la vida por Cristo.

Oyó el presidente que habia salido de la ciudad el obispo, y al punto envió sus satélites á buscarle, con órden de que le trajesen preso, ó le quitasen la vida, si no renegaba de la fe de Jesucristo. Llegados los perseguidores al lugar donde estaba Emeterio, le preguntaron si habia pasado por allí el obispo Severo? Emeterio respondió que sí, y refirió el prodigio que estaba admirando, de que al pasar el Santo por allí, sembraba él las habas, que ya estaban crecidas y con flor. (*) Preguntaron entonces los ministros á Emeterio, si era cristiano? y respondiendo que sí, le prendieron, y fueron con él en seguimiento del obispo. Avisado el Santo que eran llegados los satélites, se les presentó ante ellos, y les dijo: «Yo soy el que buscais.» Prendiéronle con crueldad, y le encarcelaron á él y á cuatro clérigos que le

---

(*) Además de las escrituras y documentos que testifican el milagro, tiene en su apoyo la tradicion, pues en la iglesia parroquial de S. Madí, cerca de S. Cucufate, persevera la memoria del campo donde sembraba las habas: y dos de éstas se guardan entre las reliquias del citado monasterio de S. Cucufate, no enteras, sino quebrantadas en cinco partes que muestran corresponder al tamaño de dos habas; pero entero cada fragmento sin corrupcion.

acompañaban, y á Emeterio. Azotáronlos con furia, y viendolos constantes en la fe, resolvieron degollar en presencia del obispo á los clérigos y á Emeterio, á fin de que intimidado y horrorizado con aquel espectáculo sacrificase á los ídolos, y luego, á ejemplo del pastor, hiciesen otro tanto las ovejas. Degollaron pues á los cinco referidos. (*) Pero manteniéndose constante el valeroso confesor de Jesucristo, Severo, procuraron seducirle con premios y lisonjas: y no cediendo á nada, uno de los ministros cogió un gran clavo de hierro, y tuvo el atroz ofrecimiento de poner la punta encima de la cabeza, y clavarla hasta abajo, dando con una maza, como refiere la antífona de *Magnificat* en las primeras vísperas: *Impius ecce venit furiatamente satelles, sanguineam clavo dextram oneratus erat. Qui rasi capitis mucronem in vertice sistens, percussum clave nexibus intus agit.* Cayó en tierra el triunfante mártir de Jesucristo, con lo que dejándole por muerto, cedieron los infieles, y volvieron á Barcelona. Los cristianos de Octaviano acudieron á sepultar los sagrados cuerpos; y añaden algunos que todavía hallaron en el del santo obispo la bendita alma, que les echó la bendicion, y pasó al Señor. Sepultáronlos allí, teniendo en mucha veneracion el sitio, como concha de tan preciosas perlas, y lugar donde por su intercesion obraba Dios muchas maravillas.

El mas regular modo de esplicar el martirio del Santo, es decir fué metiéndole un clavo por la cabeza: *clavo capite confosso*, como dicen los Martirologios. Pero tambien hay documentos que afirman haber sido atravesada su cabeza con *tres clavos;* algunos añaden hasta *diez y ocho*. Uno y otro puede concordarse, dice el P. Florez, entendiendo á los primeros del clavo principal que primeramente le atravesó la cabeza con herida de muerte, suficiente para el martirio; y á los segundos, de espresion individual con que espusieron el número de los clavos que el furor de los ministros añadió al rededor del primero en forma de corona. La escritura del año 1405 testifica haber dado el monasterio de san Cucufate á la santa Iglesia de Barcelona con las reliquias de san Severo, *nueve clavos:* los demás quedaron allá, y cinco se conservan enteros, otros quebrantados de la herrumbre. Lo mas comun es representar las estatuas del Santo con un clavo en la frente.

No consta si la sepultura se hizo en la iglesia de Castro Octaviano, ó erigieron despues con este motivo iglesia con nombre del Santo; porque no puede dudarse hubo en el Castro Octaviano iglesia con título de S. Severo, y otra de S. Pedro, por la cual pasaban los monges del monasterio de S. Cucufate, cuando en el dia de S. Severo iban á su iglesia en procesion, segun consta en el ritual de aquel monasterio, en el siglo x ú xi. La de san Pedro se conserva junto al monasterio, pero no la de S. Severo, la cual se aruinó antes del año 1079. Entonces pasaron los monges á la suya las reliquias del santo obispo. El sitio de la iglesia arruinada se llama hoy Campo de S. Severo. En la de san Pedro se erigió capilla con título de S. Severo; debajo de su altar se guardan (ó se guardaban antes de la última devastacion del monasterio) dos arcas muy antiguas de madera una dentro de otra: en la pequeña se cree que estuvo el cuerpo del Santo antes que las trasladasen al monasterio, en cuya propia iglesia se guardaba tambien el báculo.

(*) El culto de S. Emeterio ó Madí, se propagó tambien por otros lugares é iglesias, llegando hasta S. Isidro el Real de Madrid donde tiene imágen en el altar mayor con las de otros santos labradores.

En el año de 1405, el dia 3 de agosto, fueron trasladadas varias reliquias del Santo á la catedral de Barcelona, con motivo de un milagro que hizo Dios con el rey D. Martin, por intercesion de S. Severo, de quien era el rey muy devoto. Hallándose en el conflicto de que al dia siguiente le debian cortar una pierna para salvar la vida, se encomendó muy de veras al santo obispo; y éste apareciósele en sueños, y con la señal de la santa cruz le curó perfectamente con suma admiracion de los médicos y cirujanos, que viniendo el siguiente dia á la cruel operacion, hallaron la pierna enferma ya tan sana, repentinamente, como la otra.

Deseando el rey trasladar el cuerpo del Santo á la catedral de Barcelona, para que tuviese mayor culto y ennoblecer mas la ciudad, acudió al monasterio de S Cucufate, y obtenida bula de Benedicto XIII, que en el gran cisma se portaba como papa, pasaron allá los comisionados del rey, y en su presencia se abrió en la iglesia de S. Cucufate una arca de plata, dentro de la cual habia otras dos, una de mimbres, y otra de madera, en la cual estaban las reliquias de S. Severo, y sacaron las siguientes: *el hueso bailador del anca, cinco dientes y una muela en un pedazo de mejilla, y un pedazo de la testa de la cabeza, y nueve clavos de hierro*, remitiéndose al auto que formó de todo esto el escribano del rey. Llevóse á Barcelona la arquilla donde pusieron estas reliquias, entregándola al rey, y en el mismo dia se colocaron en la catedral con gran solemnidad, asistiendo el rey en la procesion. La diócesis de Barcelona celebra esta traslacion anualmente en la dominica primera de agosto.

El Colegio de S. Severo de Barcelona tiene tambien reliquia de su santo patrono, que obtuvo del abad de S. Cucufate en el año de 1705, por especial empeño del virey de Cataluña D. Francisco Velasco y de Tobar, y cuya identidad para el culto público en que dignamente es venerada, declaró el obispo D. Diego de Astorga.

De la veneracion en que siempre ha sido tenido S. Severo, quedan memorias muy esclarecidas. Era muy devoto suyo el glorioso obispo de Barcelona S. Olegario, y á él se encomendó y tambien á S. Paciano, ambos antecesores suyos, cuando emprendió su viaje á Palestina. Tambien hay memoria de haberse aparecido nuestro Santo con Sta. Eulalia y Sta. Madrona y S. Olegario al santo patriarca S. Pedro Nolasco, fundador de la órden de la Merced, como refiere su discípulo Pedro de Aimeric en su vida. Del mismo deben entenderse, y no del de Ravena las letanías de algunos antiguos manuscritos que nombran á S. Severo con los santos Narciso, Fructuoso y Cucufate, todos de la misma provincia.

Desde principios del siglo IX se celebraba su fiesta en Barcelona con misa propia compuesta, como dice el P. Caresmar, por el obispo Juan, que gobernó esta Iglesia en tiempo de Carlomagno y de su hijo. Ya entonces estaba señalada esta solemnidad en el dia 6 de noviembre, por donde se conjetura que en él padeció, por los años de 303, en que comenzó la persecucion de Diocleciano en España.

Muchas razones hay con que se prueba que á S. Severo sucedió en la silla episcopal el célebre S. Olimpio, enviado con Eunomio á Cartago por el emperador Constantino para deliberar sobre la causa de Donato y de Ceciliano despues del concilio celebrado en Roma el año 313 ante el papa S. Melchiades. S. Agustin escribiendo contra Juliano (*) nombra despues de S. Recticio, obispo Augustodonunse en la Galia, á Olimpio obispo español, de quien dice: *Olympius Hispanus Episcopus. Vir magnæ in Ecclesia et in Christo gloriæ.* El reputarle S. Agustin como varon *de gran gloria en Cristo* es prueba de su fama en santidad, y por eso le coloca en la clase de santos, bienaventurados sacerdotes á quienes las Iglesias veneran como santos. El padre M. Florez (**) celebra tener justificado un santo obispo español tan glorioso y aplaudido por el gran padre S. Agustin; y conviene en que pudo suceder á S. Severo, porque floreció por los años de 316.

(*) *Lib.* 1. *c.* 3.
(**) *Tom.* 29, *pág.* 77 *y sig. de la España Sagrada.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Colegio de S. Severo de Barcelona tiene tambien reliquia de su santo patrono, que obtuvo del abad de S. Cucufate en el año de 1705, por especial empeño del virey de Cataluña D. Francisco Velasco y de Tobar, y cuya identidad para el culto público en que dignamente es venerada, declaró el obispo D. Diego de Astorga.

De la veneracion en que siempre ha sido tenido S. Severo, quedan memorias muy esclarecidas. Era muy devoto suyo el glorioso obispo de Barcelona S. Olegario, y á él se encomendó y tambien á S. Paciano, ambos antecesores suyos, cuando emprendió su viaje á Palestina. Tambien hay memoria de haberse aparecido nuestro Santo con Sta. Eulalia y Sta. Madrona y S. Olegario al santo patriarca S. Pedro Nolasco, fundador de la órden de la Merced, como refiere su discípulo Pedro de Aimeric en su vida. Del mismo deben entenderse, y no del de Ravena las letanías de algunos antiguos manuscritos que nombran á S. Severo con los santos Narciso, Fructuoso y Cucufate, todos de la misma provincia.

Desde principios del siglo IX se celebraba su fiesta en Barcelona con misa propia compuesta, como dice el P. Caresmar, por el obispo Juan, que gobernó esta Iglesia en tiempo de Carlomagno y de su hijo. Ya entonces estaba señalada esta solemnidad en el dia 6 de noviembre, por donde se conjetura que en él padeció, por los años de 303, en que comenzó la persecucion de Diocleciano en España.

Muchas razones hay con que se prueba que á S. Severo sucedió en la silla episcopal el célebre S. Olimpio, enviado con Eunomio á Cartago por el emperador Constantino para deliberar sobre la causa de Donato y de Ceciliano despues del concilio celebrado en Roma el año 313 ante el papa S. Melchiades. S. Agustin escribiendo contra Juliano (*) nombra despues de S. Recticio, obispo Augustodonunse en la Galia, á Olimpio obispo español, de quien dice: *Olympius Hispanus Episcopus. Vir magnæ in Ecclesia et in Christo gloriæ.* El reputarle S. Agustin como varon *de gran gloria en Cristo* es prueba de su fama en santidad, y por eso le coloca en la clase de santos, bienaventurados sacerdotes á quienes las Iglesias veneran como santos. El padre M. Florez (**) celebra tener justificado un santo obispo español tan glorioso y aplaudido por el gran padre S. Agustin; y conviene en que pudo suceder á S. Severo, porque floreció por los años de 316.

(*) *Lib.* 1. *c.* 3.
(**) *Tom.* 29, *pág.* 77 *y sig. de la España Sagrada.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. LEONARDO SOLITARIO.

SAN LEONARDO, SOLITARIO Y CONFESOR.

San Leonardo fué francés de orígen, y emparentado con las primeras casas del reino: en el bautismo le dió el nombre el grande Clodoveo, y S. Remigio le tomó á su cargo. ¿Qué no se debia esperar de tan santa educacion? Correspondió á ella Leonardo; y aprendió la ciencia de los Santos en la escuela de un maestro que la poseia con escelencia. Era el ánimo de su padre que se criase para cortesano; pero el Señor dió al santo niño muy distintos pensamientos. Detúvose mucho tiempo cerca de S. Remigio, para que se le internase mas profundamente la tintura de santidad, estudiando despacio el modelo que tenia delante de los ojos. Como S. Remigio estaba dotado de aquella luz superior que alumbra á los Santos, conociendo que Dios tenia destinado á Leonardo para alguna cosa grande de su mayor gloria y servicio, le fué instruyendo y habilitando para el ministerio de la predicacion. Añadiéndose en Leonardo á la elocuencia natural el socorro del estudio, á breve tiempo se puso capaz de predicar: sus palabras eran sencillas; pero sus discursos sólidos y fuertes. Con todo eso, lo que mas contribuyó á los triunfos de su elocuencia, fué el desinterés y el desasimiento del predicador, su humildad y su condescendencia. No hay cosa mas persuasiva que las palabras cuando van acompañadas de los ejemplos. No se puede negar que es palabra de Dios la que anuncian aun aquellos ministros evangélicos que no arreglan á ella sus costumbres; pero al fin el mundo es de tal hechura, que quiere ver autorizadas con las obras las palabras, sin esceptuar ni aun la palabra divina. Veíase en Leonardo este dichoso conjunto. Volaba su fama por todas partes, y movido el príncipe de su mérito, le convidaba á que viniese á recoger el fruto, prometiéndole los mas elevados empleos de palacio; pero nuestro Santo era uno de aquellos pocos hombres que hacen cuanto pueden para merecer, y despues huyen generosamente de todos los cargos, honras y distinciones que merecen. Una alma llena de ambicion hubiera volado á la corte tras los honores que la estaban llamando; pero la de nuestro Santo, llena de amor de Dios, corrió á los lugares y á las aldeas, sembrando en todas partes el grano de la divina palabra. Predicó en Orleans, y despues se retiró con el solitario Maximino, en cuya escuela aprendió la vida religiosa, que él mismo enseñó despues con tanta felicidad. Llamábale el cielo á otra parte; y habiendo comunicado esta revelacion á su hermano Lupardo, que no se habia separado de él desde

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL

que dejó su patria, éste se escusó de seguirle, y le suplicó le permitiese edificar una celdilla en la ribera del rio Loira, mientras él fuese adonde el cielo le llamaba. Separáronse los dos, rompiendo los mas dulces lazos de la naturaleza, cuyos vínculos cedieron á las fuertes cadenas del amor de Jesucristo, por cuya mayor gloria se dividieron los dos santos hermanos. Despues de este sacrificio partió Leonardo de Orleans, y tomó el camino de Aquitania. Al pasar por Bourges, se aplicó á disipar algunas reliquias del gentilismo, que aun no habia estinguido la predicacion del Evangelio. A las fatigas de la predicacion se añadia el rigor de los ayunos, el fervor de la oracion, y la continuacion de las vigilias. Hízole Dios depositario de su poder, y revestido de su fuerza, salia de él en abundancia la gracia de las curaciones; á su presencia huian los demonios, veian los ciegos, oian los sordos, andaban los tullidos, y toda enfermedad, todo accidente parecia que iban como fugitivos de su vista. Despues que asombró á los pueblos con sus milagros se fué á esconder en un espeso bosque. Allí tuvo noticia de que la reina se hallaba en peligro de muerte: volvió á la corte, aplicó una gracia de salud á la agonizante princesa, huyó la enfermedad, y se recobró la reina. En reconocimiento le hizo donacion el rey de una parte del bosque donde se habia retirado para que fundase en él un monasterio. Juntó algunos monges, y se dió principio al monasterio de Novaille. Quejáronse los monges de que era menester ir á buscar el agua á larga distancia: hizo el Santo oracion, fué prontamente oido, y hasta el dia de hoy se aprovechan los pueblos de aquel beneficio. Era toda el ansia de Leonardo vivir escondido á los ojos del mundo para ser únicamente conocido en los de Dios; pero la voz de los milagros es mas sonora que la humildad: cuando aquélla grita, no es fácil esconderse. No puede el sol ocultar su luz. Es Dios admirable en todos los Santos; mas no hace por el ministerio de todos los Santos los mismos milagros. El nuestro fué bien singular en una cosa, y era, que el que se encomendaba á Dios por la intercesion de S. Leonardo, aunque estuviese cargado de cadenas, se hallaba puesto en libertad, sin que lo estorbase ni la seguridad de las prisiones, ni la vigilancia de los carceleros. Venian los cautivos de muy léjos á presentarle los grillos que se habian hecho pedazos en sus pies solo con invocar el nombre del Santo. Cuando se supo en la familia lo que pasaba en Limoges, cuando entendieron sus parientes las maravillas que hacian célebre su nombre en todas partes, dejaron su tierra y sus haciendas, y tomaron el camino del desierto. Sorprendido de verlos en él, los dijo: *¿Es bueno que yo salí huyendo de vosotros, y vosotros venís corriendo tras mí? ¿Qué queréis? ¿quereis que vayamos todos juntos á la casa de nuestro Padre celestial?— Solo nos ponemos en tus manos,* respondieron ellos; *no nos apartarémos de tu lado; muéstranos el camino del cielo; enséñanos el secreto de agradar á Dios, porque todos queremos vivir y morir en su servicio.* Movido el Santo de sus palabras, los replicó, que habiendo envejecido en el desierto, los podia asegurar que jamás le habia faltado la divina Providencia. ¿Ni como era posible que esta amorosa Providencia, cuyos tiernos ojos se estienden á todas las criaturas del universo, dejase de volverlos favorablemente hácia los que se consagran á su servicio? Asegurólos, pues, que la providencia del Señor habia siempre estado atenta á sus necesidades, y que si él, siendo un miserable pecador, habia esperimentado constantemente los efectos de su amable providencia, ¡cuanto mas seguramente los esperimentaria el justo! Que este nunca seria abandonado, ni mendigaria el pan su posteridad; que el que cubre con tanta pompa y con tanta magnificencia los lirios del campo, no negaria el sustento corporal á las criaturas racionales que se emplean en alabarle; que estaba persuadido á que Dios solamente los habia traido al desierto para facilitarlos el camino de la salvacion, siendo cierto que es grande estorbo para la perfeccion el tumulto bullicioso del mundo. Pero, ¡y qué no les dijo sobre los consuelos, delicias y dulzura que se gustan en la soledad! Cuanto mas nos apartamos del mundo, mas íntimamente se nos comunica Dios. ¡Y quién podrá esplicar lo que se pasa en estas amorosas comunicaciones! Puédense, sí, sentir estos deliquios amorosos; pero declararse con palabras, no es posible. Despues que S. Leonardo animó con estas voces de fuego á los nuevos atletas que se le vinieron á ofrecer para emprender la carrera de la virtud, señaló á cada uno su labor. Eran siete las familias que habian venido á buscarle en el desierto: á cada una distribuyó su porcion del bosque para que le cultivase y se mantuviese con los frutos de la tierra. Habiendo, en fin, llegado á una estremada vejez, pero mas rico de méritos que cargado de años, cerró los ojos del cuerpo á la luz del dia para abrir los del alma á la de la eternidad el dia 6 de noviembre, aunque el año no se sabe á punto fijo. Hízole Dios tan célebre por los milagros despues de su muerte, como le habia hecho por los mismos durante su vida, y la multitud de cadenas que los cautivos trajeron á su sepulcro, acredita el amor que los conserva y con que los mira desde la feliz estancia de la gloria. Referiremos dos sucesos. El vizconde de Limoges mandó hacer una cadena de peso enorme para poner terror á los

delincuentes, dándola el nombre de la *Mora*. Los infelices que eran amarrados á ella padecian diferentes tormentos: en el verano el calor del sol los derretia, y en el invierno la nieve que caia sobre ellos los helaba. Sucedió que un dia fué puesto á esta terrible cadena cierto hombre inocente, que profesaba particular devocion á S. Leonardo. Estando ya á punto de espirar y no pudiendo invocar con la lengua á su santo protector, le habló así con el corazon: *¡Qué es esto, Santo mio! ¿Tú que eres tan benigno con los forasteros y con los estraños, abandonarás á un familiar tuyo que te invoca, que está inocente, y que te ha servido toda la vida? Date priesa á socorrerme, y no aguardes á que espire.* Apenas acabó esta breve oracion cuando el Santo se le apareció rodeado de resplandores, y le dijo: *Consuélate; no morirás, vivirás para anunciar las maravillas del Todopoderoso; levántate, toma la Mora en tus manos, y llévala á mi iglesia; no te asuste su enorme peso, yo te le aligeraré, y la llevarás sin dificultad.* Tomóla, caminó siguiendo á su conductor, y cuando llegó á la puerta de la iglesia desapareció el Santo. Entró en el templo, y refirió á los sacerdotes y al pueblo que habia concurrido, la maravilla que S. Leonardo acababa de obrar con él. Fué el segundo milagro. Cierto oficial habia hecho un prisionero de guerra, y para asegurarle, mandó cavar en tierra un foso, ó una especie de cisterna muy profunda, diciendo, que á la verdad S. Leonardo abria las prisiones; pero que nunca habia oido que sacase á las gentes de las entrañas de la tierra. Sin embargo se le escapó el prisionero á pesar de toda su precaucion. Bajó el Santo á aquel lugar subterráneo, sacóle de él, y le condujo hasta la puerta del monasterio de Novaille, donde refirió las misericordias que Dios habia obrado con él, y el milagroso poder de su santo libertador. *Así es honrado aquel á quien el Rey de la gloria quiere honrar.*

La misa es en honor de S. Leonardo, y la oracion la que sigue:

Dignaos, Señor, de oir las humildes súplicas que os presentamos en la solemnidad de vuestro confesor S. Leonardo, para que seamos oidos por los merecimientos del que tuvo la dicha de agradaros, ya que no podemos confiar en lo que nosotros merecemos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 13 de la primera del apóstol S. Pablo á los corintios.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad: todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

REFLEXIONES.

El hombre, por otra parte mas perfecto, es nada sin caridad. ¿Y quién podrá estar seguro de que posee esta virtud? Ahora si que no es misterio tan difícil de comprender aquella profunda humildad que reina en los mayores santos adornados notoriamente de tantas otras virtudes. No saben, ni pueden naturalmente saber con certeza si tienen caridad. Esta es infinitamente mas estimable que el don de milagros. Por eso no quiso el Señor que sus discípulos fuesen conocidos por el don de obrar prodigios, sino por la caridad, y por el amor que debian tenerse los unos á los otros: este fué el distintivo que los señaló: *In hoc cognoscent omnes.* Es la caridad mas preciosa que todas las ciencias. Con efecto, ¿qué sabe el hombre mas docto del mundo si no tiene caridad? ¿si no sabe amaros á vos, Dios y Señor mio? En vano se harán limosnas abundantes, cuantiosas, escesivas; en vano se ejercerán en la carne todas las inocentes crueldades de la penitencia; si falta la caridad, todo esto se perdió, de nada sirve. Tal es el espíritu de la caridad; ella puede suplir en nosotros el ejercicio de otras virtudes que no podemos practicar, inspirándonos el sincero deseo de practicarlas; pero la práctica de todas las demás virtudes juntas no nos salvará sin ella. Aunque hubieras sacrificado á Dios todos tus bienes en la limosna, todos tus gustos en la mortificacion, y tu misma vida en el martirio, no estarias justificado en sus ojos si la caridad no le hacia tambien el sacrificio de tu corazon. ¡Buen Dios, cuantos quedaran aturdidos al presentarse en el tribunal del soberano Juez con una multitud de obras de mucho estruendo, y al parecer virtuosas, con las cuales, á su modo de entender (séame lícito esplicarme así) podian echar plantas en la presencia de Dios, cuando oigan aquella sentencia fulminante: *Nescio vos*, no os conozco! Y esto porque todo ese aparato de imaginarias obras buenas no fué animado con la caridad cristiana, sin la cual no se puede agradar á Dios. ¡Cuantas personas que hacen profesion de virtud, cuantos eclesiásticos y cuantos religiosos tendrán bien que temer en este punto por aquella secreta envidia, por aquella oculta emulacion, por aquella aversion mal disfrazada, por aquellas vengancillas interiores y disimuladas que reinan tal vez en

el estado mas penitente y mas santo, y que muchas veces subsisten con la frecuencia de sacramentos, la cual solo sirve para adormecer una alma en su mala disposicion, y para ocultarle el peligro de perderse en que vive una persona á quien falta la caridad!

El Evangelio es del cap. 6 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando orais no habeis de ser como los hipócritas, los cuales gustan de orar en las sinagogas, y en lo público de las plazas, poniéndose de pié para que los vean los hombres. De verdad os digo que recibieron ya el premio. Tú, pues, cuando orares entra en tu aposento, y cerrando la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te dará la recompensa. Cuando orais no useis de muchas palabras como los paganos, porque estos piensan que han de ser oidos hablando mucho.

MEDITACION.

De las oraciones, ó rezo de obligacion.

Punto primero. — Considera que no hay actos de religion, no hay devociones que se haya dignado el Salvador enseñarnos con mayor cuidado, ni aun con mayor menudencia que la oracion. Las palabras precisas del Evangelio nos dan una admirable leccion, y nos enseñan el modo de orar. Admíranse muchos de que habiéndonos dicho tanto el Salvador sobre la infalibilidad de la oracion, sean tan pocos los que son oidos; ¿pero no debieran admirarse mucho mas, si orándose tan mal, como ordinariamente se ora, fueran mas eficaces nuestras oraciones? No acusemos, pues, al Señor, ni de que falta á sus promesas, ni de que escasea sus gracias: nuestros torcidos fines, nuestra mala disposicion y nuestra poca religion aun en la misma oracion, le fuerzan, por decirlo así, á que no nos oiga. Cuando nos presentamos á algun hombre para pedirle un favor, se hace con sumision, con respeto, con decencia, y aun con la mayor humildad: solo cuando nos ponemos en la presencia de Dios para pedirle gracias y mercedes, nos dispensamos en estas obligaciones esenciales. A la verdad, aquellas posturas menos respetuosas, prueba clara de nuestra delicadeza ó de nuestra frialdad; aquella continua agitacion de cuerpo y disipacion de sentidos; aquel disgusto, aquel tedio que suele acompañar nuestras oraciones vocales, ¿serán

indicios de un corazon humilde, religioso y lleno de Dios? Queremos que Dios nos oiga al mismo tiempo que no nos oimos á nosotros mismos. Honran á Dios nuestros labios; ¿pero qué parte tendrá el corazon en unas oraciones que se rezan puramente de memoria y por costumbre? Debemos ser perseverantes en la oracion; pero no en la costumbre de orar mal. Quiere Dios ser importunado; mas por amigos que lo hagan como deben. Pocos milagros hizo Cristo que no los hubiese atribuido á la fe de los suplicantes. Nada niega Dios á una confianza firme y á una humilde devocion. Cree firmemente, dice el Salvador, que serás oido, y conseguirás infaliblemente lo que pides. ¿De dónde nace que sea tan débil nuestra confianza? de que somos muy tibios en su servicio. Como nosotros negamos á Dios lo que nos pide, no nos podemos persuadir á que Dios nos conceda lo que le suplicamos. La penitencia da virtud á la oracion: el espíritu de mortificacion la añade vigor, y pierde su fuerza en una vida sensual y regalona. *Es execrable la oracion del que se dispensa en la ley y vive en pecado*, dice el Sabio. Hay oraciones de devocion, y las hay de obligacion: se puede uno dispensar en las primeras; mas una vez que las haga, no las debe rezar con menos respeto, con menos fervor, ni con menos devocion que las segundas. Dejarlas por tedio ó por indevocion, es inconstancia; pero hacerlas con tibieza, con desatencion y con disgusto, es irreverencia.

Punto segundo. — Considera que las oraciones de precepto son obligaciones de religion y de justicia en que no se puede faltar sin cometer dos pecados, y que tampoco se cumple con esta doble obligacion rezando sin devocion. ¿Bastará acaso leer precipitadamente algunos salmos, rezar con negligencia algunos pasajes de la Escritura ó de los Padres, pronunciar sin atencion y por costumbre ciertas palabras en forma de oraciones para cumplir con la obligacion del estado, con las del beneficio, con la atencion de la Iglesia, y con la santidad que nos pide la religion? ¡Qué cuenta darán á Dios aquellas personas consagradas á su Majestad, dedicadas por su mismo estado á su servicio; aquellos sacerdotes, aquellos religiosos, aquellos clérigos enriquecidos con los bienes de la Iglesia precisamente para que canten regularmente las alabanzas del Señor, para que ofrezcan continuamente á Dios las oraciones del pueblo con las suyas, para alcanzar todos los dias de su piedad nuevos beneficios, para aplacar su cólera! ¡qué cuenta darán de aquel oficio divino tan frecuentemente profanado, de aquellas indispen-

sables obligaciones tan negligentemente cumplidas, de aquellas oraciones que irritan mas á Dios en vez de templarle y de merecer nuevos favores! ¿Quieres que no te cause tedio ni fatiga un ejercicio tan santo? ¿quieres gustar los consuelos de un empleo tan perfecto? Pues llégate á él con un corazon puro, con un espíritu devoto, y asiste con respeto animado de viva fe y confianza. Si juntas siempre el espíritu á la letra, verás que presto se te hace dulce el oficio. El que ama, nunca se cansa cuando hace su deber. Tambien se cansa poco el que camina á paso regular. Las ceremonias de la Iglesia hechas con la majestuosa gravedad que las corresponde; el oficio divino cantado con la devota compostura y con la edificacion que se debe, y que es como su alma, despiertan nuestra fe, y en cierta manera hacen sensible y palpable la verdad y la santidad de nuestra religion. Pero cuando falta la decencia, cuando no se descubre rastro de devocion, cuando la letra no va acompañada del espíritu, cuando el corazon está mudo, y todo el oficio le hacen solamente los labios, ¿qué buen efecto puede hacer un esterior tan descompuesto y un rezo de pura ceremonia? ¿Nos dará Dios recibo de nuestra deuda? ¿Habremos satisfecho á nuestra obligacion, al fin de la religion, á la intencion de los fieles y al precepto de la Iglesia?

Ah, Señor, ¡qué dolor tengo, y debo tener por haberos servido con tan poca religion, con tanta irreverencia, y con tanto disgusto! Perdonadme, ó Dios de misericordia, mis inmodestias y mis distracciones, unas y otras enteramente voluntarias. Vuestra gracia, Señor, acabará mi conversion; voy á comenzar á serviros y á haceros oracion como debo.

Jaculatorias. — Haced, Señor, que mi oracion se enderece á vos como el incienso que se te ofrece en el altar. (*Psalm.* 140.)

Arda mi corazon con el fuego del divino amor, y saldrá toda encendida mi fervorosa meditacion. (*Psalm.* 38.)

PROPOSITOS.

1 No hay en la tierra empleo mas parecido al de los ángeles del cielo, que el de cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y presentarle sin cesar las oraciones del pueblo. Comprende bien la santidad de tu ministerio, y no dejes de hacer todo lo posible para desempeñarle con dignidad. Si por razon de tu estado tienes obligacion de cantar las alabanzas del Señor, preséntate siempre en el coro con tanta decencia, con tanta gravedad y con

tanta disposicion, que manifieste bien tu devocion y tu compostura interior. Tu postura sea siempre religiosa. Huye de ciertos modos de estar que muestran delicadeza, enfado y disgustos, los cuales ciertamente son de poca edificacion; pero huye mucho mas de otras posturas indecentes, pomposas y aseglaradas, que en la realidad escandalizan mucho. Mientras dura el oficio acuérdate algunas veces de que estás haciendo un acto de religion, y ejercitando lo mismo que ejercitan continuamente los ángeles. No te recuestes ni te repantigues con flojedad, con ostentacion ni con negligencia. Tus ojos no anden vagueando por todas partes, y pronuncia las palabras con atencion, con devocion y con regla. Pues haces el oficio de ángel, imita sus virtudes y sus propiedades.

2 En las oraciones y en el oficio divino, cuando son de obligacion, hay dos títulos que precisan á rezar con devocion. Las distracciones voluntarias, la negligencia y la falta de respeto muchas veces pueden ser faltas mas que ligeras. En lo que se reza ó se canta de comunidad, aun se requiere mas devocion, porque nunca se falta á la atencion y al respeto sin cierta especie de escándalo. Pon siempre en esto el mayor cuidado. Es defecto craso y de mal ejemplo el hacerlo con oscitancia ó con desidia. Guárdate mucho de dejar á los otros el cuidado de responder: eso seria dejarlos tambien todo el mérito y todas las gracias. En los actos públicos de religion el silencio es muy perjudicial al alma. Si tú callas, tambien Dios callará. Si no tienes parte en las oraciones, tampoco la tendrás en el mérito ni en el premio de ellas. Cumple con fervor una obligacion en que tanto interesas. Si entiendes el sentido de las oraciones ó de los salmos que rezas, ocúpate en él; pero siempre con el espíritu á los pies de Jesucristo. Si no entiendes lo que pronuncias, haz intencion de decir á Dios lo que le dice la Iglesia en aquello que rezas ó cantas. Une tambien tu intencion con las santas disposiciones de todos aquellos en cuya compañía cantas ó rezas, y de esta manera entrarás á la parte en sus merecimientos. Pero sobre todo, une tus oraciones con las que Cristo hizo á su Padre celestial cuando estaba en la tierra. Es devocion muy agradable al Señor, y muy provechosa á los que la usan, acabar todas sus devociones con alguna oracion por los difuntos.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de san Prosdocimo, en Padua, primer obispo de esta ciudad; ordenado obispo y enviado á ella por el apóstol san Pedro á predicar el Evangelio; en cuya mision resplandeció por sus muchas virtudes y milagros, y murió en santa paz. (Fué griego de nacimiento y conoció al príncipe de los apóstoles en Antioquía y le acompañó á Roma. Consagrado obispo de Padua, plantó la fe en ella y en las vecinas ciudades de Concordia, Vicenzi, etc. Tiene una suntuosa capilla de mármol en la iglesia de Sta. Justina de aquella ciudad.)

San Erculano, obispo y mártir, en Perusa. (Era monge de S. Benito cuando en el año 544 fué sacado del claustro para ser consagrado obispo. S. Gregorio papa, en su libro 3.º *Dialogarum*, cap. 13, habla de las virtudes de este Santo.)

San Amaranto, mártir, en el mismo dia; el cual terminó su vida en Albi, peleando por la fe católica, y vive en el cielo. (Sus reliquias estuvieron mucho tiempo escondidas; pero el Señor manifestó despues su sepulcro con grandes milagros. S. Eugenio de Cartago, que fué desterrado á las Galias, quiso morir junto al sepulcro de este santo mártir.)

El martirio de los santos Hieron, Nicandro, Hesiquio y otros treinta, en Melitinia en Armenia; los cuales fueron coronados en la persecucion de Diocleciano, siendo presidente Lisias. (Despues de azotados con la mayor crueldad, los hicieron correr por un carril de fuego, y últimamente los degollaron.)

Los santos mártires Aucto, Taurion y Tesalónica, en Anfipoli en Macedonia.

El martirio de los santos Melasippo, Antonio y Carina, en Ancira, en tiempo de Juliano Apóstata.

San Engelberto, obispo, en Colonia; quien padeció martirio en defensa de la libertad de la Iglesia, y por obedecer á la Iglesia Romana. (Federico conde de Isemburgo, trató de apoderarse de los bienes de la Iglesia, y oponiéndose el santo obispo, tramó aquél una conspiracion, y cierto dia en que Engelberto iba á consagrar una iglesia, en medio del camino fué embestido por unos salteadores, que le quitaron la vida por los años de 1225. Su santidad fué despues atestiguada con repetidos milagros.)

San Aquiles, ó Aquilas, obispo, en Alejandría, esclarecido por su doctrina, fe, erudicion y costumbres. (Era egipcio, y dotado de ingenio privilegiado, estudió las sagradas letras en la famosa escuela de Alejandría, la cual ilustró despues como otro de sus maestros. El patriarca S. Pedro le confirió las órdenes sagradas, y en el año 311 fué elevado á la silla patriarcal de aquella ciudad. En el año 312 admitió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. FLORENCIO O. Y C.

á la comunion eclesiástica al diácono Arrio, que habia sido separado de ella por su predecesor, y creyendo cándidamente en sus muestras de sincero arrepentimiento lo elevó al sacerdocio. Murió el Santo en el mismo año de 312.)

La dichosa muerte de san Wilibrordo, obispo de Utrécht en Frisia; el cual fué ordenado obispo por el papa S. Sergio, y predicó el Evangelio en Frisia y en Dinamarca. (Nació en el reino de Nortumberland y fué el primer obispo de la Iglesia de Utrecht. Murió por los años de 738.)

San Rufo, obispo y confesor, en Metz.

San Florencio, obispo, en Strasburgo. (*Véase su vida hoy.*)

SAN FLORENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

Fué S. Florencio un hombre distinguido por su nacimiento; pero mucho mas por el desprecio que hizo de las honras y estimaciones del mundo. Embebido en el espíritu de la religion cristiana, que es espíritu de humillacion y de muerte, aborrecia la vanidad del siglo, y miraba con horror los gustos y las viciosas inclinaciones de la naturaleza. Pero siendo dificultoso vivir en medio del mundo, y no dejarse llevar de la corriente, estar entre los hombres, y no seguir las ideas populares; profesar la sabiduría del Evangelio, donde es dominante la sabiduría mundana, escogió Florencio el partido mas seguro, que es sin duda el de la religion. A ella, por decirlo así, como que se ha retirado la perfeccion del cristianismo, y en ella se puede profesar la virtud á cara descubierta. Llevóle la inclinacion el retiro de los claustros, y se fué á encerrar en ellos. Eligió la religion de san Benito para consagrarse á Dios. Esta sagrada órden no está tan únicamente dedicada al ejercicio de la contemplacion y de la soledad, que alguna vez no permita taracearle ó alternarle tambien con el ministerio de la predicacion. Sabiendo Florencio que tres monges, Arbogasto, Teodato é Hidulfo habian resuelto seguir esta vocacion con el fin de ganar almas para Jesucristo, se asoció á ellos en el ministerio apostólico, y pasó á la Alsacia, donde hizo muchas conversiones. Pero siendo estrecho aquel campo á la dilatacion de su zelo, se estendió tambien á las provincias comarcanas, fecundando abundantemente las dichosas tierras que regó con sus zelosos sudores, y cultivó con sus apostólicas fatigas. Por este tiempo fué nombrado S. Arbogasto para el obispado de Strasburgo, con cuya ocasion se retiró S. Florencio al bosque de Haslen, y en él se dedicó á la vida solitaria. Ocupábase principalmente en la oracion, la que solo interrumpia para dedicarse algunas horas al trabajo de manos. Cultivaba con las su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

yas una reducida huerta, de cuyos frutos se sustentaba. Faltábale habitacion, y quiso fabricarla; pero á la moda de los verdaderos solitarios, que no teniendo en la tierra ciudad permanente, suspiran sin cesar por la eterna mansion de los bienaventurados, en que al fin se ha de terminar la penosa peregrinacion de esta miserable vida. Con este motivo sucedió un caso singular. Habiendo fabricado nuestro solitario una pobre choza ó una estrecha celdilla para su habitacion, salian del bosque los brutos y las fieras, y á su vista, ciencia y paciencia le echaban por tierra todo su trabajo. Como el Santo no tenia armas para espantarlas, ni instrumento ó mueble alguno de caza con que defenderse de aquella guerra cuotidiana, no sabia qué hacerse, ni qué medio tomar para contener aquella especie de conjuracion; pero los santos para todo tienen siempre un recurso muy seguro en su misma santidad. Con su confianza en Dios disipó aquel populacho sedicioso, ó por mejor decir, le encadenó todo al pié de su cabaña. Mandó en nombre del Señor á toda aquella tropa de brutos y de fieras que se juntasen á la puerta de su choza, y que ninguna desamparase el puesto sin su órden espresa. Fué puntualmente obedecido, y todo aquel feroz vulgacho, amotinado antes con su trabajo, quedó tranquilo, manso y apacible á la voz de su precepto. Sucedió por este tiempo que hallándose el rey Dagoberto en su palacio de Kyrchein, salió á una batida; pero con tanta desgracia, que habiendo corrido la mayor parte del bosque, no se descubrió ni el vestigio de una fiera. Insensiblemente llegaron los batidores á la gruta de nuestro Santo, y quedaron todos asombrosamente sorprendidos cuando vieron una multitud de fieras, que sin espantarse de los perros ni de los cazadores se mantenian quietas, sosegadas y seguras bajo la proteccion del nuevo Adan. Era como un vivo remedo del nacimiento del mundo, en que por privilegio de la inocencia original se sujetaba al hombre el animal mas feroz, llevando aquel en la frente, por decirlo así, el carácter de su supremo dominio, que respetaban dóciles los brutos mas atrevidos. La santidad del siervo de Dios renovó en él este privilegio del estado de la inocencia. Pero los que fueron testigos del prodigio, no discurrieron con tanta piedad. Persuadidos á que allí habia cosa de encanto, y á que no era posible tener sujetos aquellos animales sin que aquel hombre se entendiese con el diablo, le maltrataron á su satisfaccion, despojáronle de su túnica, y fuéronse con ella. ¿Qué hizo entonces el siervo de Dios? Lo que debe hacer todo buen discípulo de Cristo. Fuése tras ellos con gran paz, sin encono, sin turbacion, y los dijo con alegre mansedumbre: *Hermanos, tomad tambien esta hacha,*

que es lo único que me ha quedado. Así hablan los santos, nunca mas alegres que cuando despojados de todo, solo poseen á Dios; pues cuanto menos tienen en la tierra, se hallan mas espeditos, mas ligeros y mas ágiles para elevarse hasta Dios, que debe ser su eterna posesion en el cielo. Practicó á la letra nuestro solitario el consejo del Hijo de Dios: *Si alguno te quita la túnica, alárgale tambien la capa;* pero este ejemplo no hizo fuerza á los que con poca humanidad le despojaron, aunque tardaron poco en conocer lo mucho que valia aquel hombre á quien acababan de ultrajar. Volviánse todos por su camino, cuando un suceso los hizo abrir de repente los ojos y admirar la virtud del solitario. Tenian que pasar por un pantano, y al llegar á él se pararon inmobles los caballos. Conocieron su error, y retrocediendo adonde estaba el siervo de Dios le restituyeron lo que le habian llevado, y le dieron satisfaccion. Refirieron al rey sus aventuras, y el rey despachó un criado al santo solitario, rogándole que pasase á la corte; hízolo Florencio, y apenas entró en palacio cuando le honró Dios con un milagro. Batilde, hija primogénita del rey Dagoberto, era ciega y muda desde su nacimiento: al instante vió y habló, siendo sus primeras palabras otro segundo prodigio; porque dirigiéndose al Santo le saludó de esta manera: *Seas bien venido, Florencio, siervo de Dios,* siendo así que hasta entonces ninguno sabia su nombre. Desde el cuarto de la princesa pasó Florencio al del rey, y no habiendo en la antesala quien tomase su manto, le colgó en el aire, á un rayo del sol, donde se mantuvo todo el tiempo que duró la audiencia. Asombrado el príncipe de ver maravillas sobre maravillas, hizo donacion al Santo de una parte del bosque para que fundase un monasterio, que fué muy célebre por la santidad del maestro, y por la obediencia de los discípulos, sin que S. Florencio dejase de cuidar de él, aunque fué consagrado obispo de Strasburgo por muerte de S. Arbogasto, mirando siempre su corazon con ojos paternales los progresos y la observancia del monasterio. Doce años ejerció el oficio pastoral con una vigilancia digna de su caridad y de su zelo; y habiendo derramado hasta muy léjos el olor que exhala la santidad, murió para vivir eternamente en la gloria el dia 7 de noviembre del año del Señor de 675, segun el cardenal Baronio.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice S. Florencio aumentes

en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 8 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos: Todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibisteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (Padre.) Porque el mismo espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos: herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo; para que si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

REFLEXIONES.

Si para ser uno perfecto no se necesita mas que cierta compostura esterior, cierta devocion aparente, y cierta virtud de buena crianza, no seria pequeño el rebaño á quien tiene Jesucristo prometido el reino de los cielos. No es menester mucho entendimiento, mucha educacion, ni demasiada docilidad de genio para tomar fácilmente el aire, los modales y el lenguaje de un hombre ajustado, especialmente siendo de algun cuerpo ó familia religiosa, donde á todos se les procura dar buena crianza, y donde nunca faltan modelos escelentes. Todos saben acomodarse al genio de aquellas gentes que solo hacen aprecio de la virtud. La ambicion, el interés, la pasion y el amor propio poseen admirablemente el arte de disfrazarse, y concurren á la simulacion con grande facilidad. Ninguno gusta de desacreditarse, y un natural blando, oficioso y condescendiente sabe guardar sus medidas. El agrado, la moderacion y la cortesanía encubren muchos defectos. A favor de aquellas prendas se logra el concepto de hombre de bien y de cristiano, sin ser uno muy devoto ni matarse mucho por serlo. El espíritu de política ocupa el lugar del espíritu de Dios y de la verdadera virtud. Como se desempeñen las obligaciones del empleo ó del estado con alguna felicidad; como se logren los fines, se repara poco en la calidad de los medios, ni en los artificios que se suelen poner en ejecucion. Esta virtud aparente y superficial engaña, y no pocas veces oculta un interior poco arreglado: desórden tanto mas digno de temerse, cuanto es mas universal. Por otra parte, el ejemplo hace que se viva sin desconfiar del propio corazon, al mismo tiempo

que éste se está burlando del pobre entendimiento. Vívese entonces sin espíritu interior, y no es aquel hombre mas que un fantasmon de cristiano ó un religioso de perspectiva. No nos hace ya obrar el espíritu de Dios: el hombre solo es el que regula todas sus operaciones, y el que las anima. Pero si totalmente son hijos de Dios aquellos que obran en todo por el espíritu de Dios, ¿serán muchos los hijos de este Padre celestial? Y si la herencia está destinada únicamente para los hijos, ¿qué legítima tocará á la mayor parte de los hombres? Claro está que cuesta á la naturaleza esto de ser fiel á los impulsos de la gracia: claro está que es menester luchar continuamente contra el hombre para seguir con fidelidad los movimientos del espíritu de Dios. ¿Pero qué mayor gloria, qué mayor consuelo, que el título de hijo de Dios, fruto necesario de esta constante fidelidad? A la bondad de Dios pertenece vigorizar nuestra flaqueza con la impresion de su espíritu, y á su sabiduría prepararnos estos refuerzos sin dispendio de nuestra libertad. De esa manera nos deja el mérito de las buenas obras, y él conserva la gloria de ser amado y servido por nuestra propia eleccion. A los judíos los trató el Señor como siervos, de quienes en todo caso queria hacerse temer; pero á los cristianos los trata como á hijos, de quienes principalmente pretende hacerse amar. Parece que nos permite olvidar aquellos títulos suyos que representan su majestad, su grandeza y su poder, porque no nos inspirasen quizá un respeto demasiadamente tímido y cobarde, para que solo nos acordásemos del amoroso dictado de padre: amabilísima cualidad que nos asegura bien de su amor, y le merece bien el nuestro. El testimonio que aquí da el Espíritu Santo, es el de la buena conciencia: no hay otro menos sospechoso ni de mayor consuelo. A la verdad, Señor, mientras vivo en este mundo, no puedo estar plenamente seguro de que soy del número de vuestros hijos; pero el desasosiego y la inquietud que me causa esta misma duda, no deja de ser prueba de que os amo y de que soy vuestro.

El Evangelio es del capítulo 10 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina en las tinieblas no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y se escondió de ellos.

MEDITACION.

Del tiempo perdido.

Punto primero. — Considera que no hay en esta vida pérdida mas irreparable ni de mayor consecuencia que la pérdida del tiempo. Perdí una hora, perdí un dia; ya no tiene remedio: para siempre quedaron perdidos este dia y esta hora. Todas las demás pérdidas tienen recurso. ¿Perdióse la salud? puede recobrarse. Un robo, un incendio, un naufragio admiten remedio; en los negocios mas desbaratados no falta á la esperanza algun recurso; háyle en la pérdida de una batalla, en la de un pleito, en la del honor, en una desgracia. Ya se sabe que en el curso de la vida hay altos y bajos: el que cayó puede levantarse; y sobre todo, á falta de los recursos ordinarios y naturales hay los sobrenaturales y milagrosos, pudiendo hacerse por milagro lo que es imposible de otra manera. Solo la pérdida del tiempo es sin esperanza de recobro. No puede hacer Dios con todo su poder que el dia de ayer no se hubiese pasado, ni que no se hubiesen perdido tantos años empleados en tus gustos. Podrás vivir todavía algunos meses: podrá Dios prolongarte la vida todo lo que fuere su divina voluntad; pero no puede hacer que el tiempo pasado torne. Podrás emplear mejor los dias que te faltan; pero no podrás hacer volver los que perdiste. ¿Se comprende bien la magnitud, la gravedad y las consecuencias de esta pérdida?

En esos dias mal empleados, ¡cuántas gracias se perdieron, que estaban preparadas, destinadas y aligadas precisamente á ellos! Acaso de esos dias estaba pendiente la gracia de nuestra conversion, de la vocacion y de la perseverancia. Alumbraba entonces el sol, y ahora va declinando al ocaso: teníamos bastante camino que andar; pero tambien teníamos mucho dia: ahora nos falta todavía mucho, y ya va entrando la noche; está para esconderse aquella luz, sin la cual no se sabe adonde se irá á parar. Ya no es tiempo de ponerse en camino: se despertó muy tarde, y no hay dia para ir al mercado á hacer provision de aceite: llegará sin duda el esposo cuando no estemos en casa. Aquellos hermosos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad llena de vigor y de robustez; aquel noble y mejor trozo de la vida que se consumió y se malogró en una delicada ociosidad, todo este precioso tiempo se nos concedió precisamente para que hiciésemos nuestro viaje. Detuviéronte en él los pasatiempos, el regalo y las alegres compañías: al declinar la

edad, en aquellos dias tristes, anublados y pequeños, acompañados de tantos achaques, se conoce que fué demasiada la detencion, y se quiere poner en camino cuando ya solo se debia pensar en retirarse. Gentes del mundo, mujeres profanas, jóvenes divertidos, que malograis los mas bellos dias de la vida, aplicaos todas estas alegorías, y comprended bien este discurso figurado.

Punto segundo. — Considera ¡qué sensible es una pérdida de la mayor consecuencia cuando es irremediable! Tal es la pérdida del tiempo. En medio de eso, esta pérdida se hace con gusto, se hace riendo, y aun se sentirá mucho no hacerla. ¿Pero son cristianos los que obran de esta manera? ¿son siquiera racionales? ¿no es esta una especie de locura? Por lo menos ¿hay otra mas lastimosa, ni que sea seguida de mas cruel, aunque de mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se empleó en el juego, en vanos pasatiempos y en espectáculos profanos, es tiempo perdido. Todo el que se gastó en vestirse, en peinarse, en afinarse para la vanidad, y en seguir escrupulosamente la moda, es tiempo perdido: todo el que se dedicó al regalo, á la delicadeza y á una insensible ociosidad, es tiempo perdido: todo el que se ocupó en negocios, en pretensiones, dictadas principalmente por la codicia, por la ambicion, ó por alguna otra pasion humana y natural; el que se malogró y se desperdició en inutilidades, en fruslerías, en bagatelas y en unas purísimas nadas, todo es tiempo perdido y de todo él nos ha de pedir estrecha cuenta aquel Señor, que solamente nos le concedió para aprovecharle bien en órden a la otra vida. ¡O Dios, qué cuenta! ¡ó Dios, qué perdida! ¡ó Dios, qué dolor!

Piérdese este tiempo tan precioso, y se pierde sin remordimiento; tal vez solo se siente el no saberse en qué perderle. La gente de distincion, los mas señalados por sus conveniencias, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por sus dignidades, esos son los que de ordinario le aprovechan peor. Pero en la última enfermedad, cuando está para acabarse el tiempo y se acerca la eternidad, entonces se acude apresuradamente á los ministros del Señor, se recurre á prontos espedientes; se quiere hacer en algunos instantes poco libres, y en los cuales apenas sabe el pobre moribundo lo que se hace; se quiere hacer, digo, aquel grande, aquel espinoso negocio, para el cual nos habia concedido Dios todo el tiempo. ¿Pero no son una especie de mojiganga, en punto de religion, todas esas devocio-

nes forzadas en la última hora; todas esas apariencias de dolor, y todas esas reflexiones demasiadamente tardías? Se ha tenido toda la vida para trabajar en la salvacion; no hay edad, clase, condicion, ni estado que nos dispense de esta obligacion: este es el grande, el único negocio de toda la vida; ¿pues qué pensarán en la última hora los que al presente no piensan en él?

Conozco, mi Dios, la irreparable pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia todavía me concedeis algunos dias de vida, propongo, con vuestra divina gracia, no perder un instante de tiempo.

JACULATORIAS. — Mientras tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat.* 6.)

Ansiosamente desea, Señor, mi alma guardar tus santos mandamientos por todo el tiempo de mi vida. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y su pérdida es irreparable. ¿Quién puede convenir en estas tres proposiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuantos has perdido? ¡qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿como se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2 Todos los dias en la oracion de la mañana, en la misa y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquier recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle *á rescatar el tiempo*, como habla el Apóstol (*Ephes.* 5.), empleándole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumples años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido á que es una falta de mucha consideracion.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, NICOSTRATO, SINFORIANO, CASTORIO Y SIMPLICIO, en Roma, en la via Lavicana, tres millas distante de la ciudad; los cuales primero fueron encarcelados, despues cruelmente azotados con escorpiones, y perseverando constantes en confesar á Cristo, por mandato de Diocleciano fueron arrojados al rio. (*Véase su noticia juntamente con la siguiente de los cuatro santos Mártires coronados.*)

EL TRIUNFO DE LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS SEVERO, SEVERIANO, CARPOFORO Y VICTORINO, HERMANOS, en la misma via Lavicana; los cuales en tiempo del mismo emperador fueron azotados con cordeles emplomados hasta espirar. No habiendo podido por entonces averiguarse sus nombres, que años adelante se supieron por divina revelacion, se ordenó que todos los años se celebrase su festividad en este dia, bajo la invocacion de los cuatro Santos coronados; con cuyo título ha proseguido la Iglesia honrando su memoria aun despues que se descubrieron sus nombres. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN DEUSDEDIT Ó DIOSDADO, papa, en Roma; cuyo mérito fué tal para con Dios, que sanó á un leproso con solo besarle. (Fué elegido sumo pontífice, y consagrado el dia 13 de noviembre del año 614: trabajó en el arreglo de la disciplina, y dió escelentes reglamentos á favor de la Iglesia, distinguiéndose muy especialmente por su inagotable caridad con los enfermos pobres. Murió por los años de 617.)

SAN WILLEHADO, en Brema, primer obispo de esta ciudad; el cual junto con S Bonifacio, cuyo discípulo era, predicó el Evangelio en la Frisia y en la Sajonia. (Tal era su fervor en los ejercicios de penitencia, que fué precisa una órden del papa Adriano para que comiese un poco de pescado á fin de reparar su quebrantada salud. Cada dia rezaba todo el Salterio, socorria á muchos necesitados, celebraba el santo sacrificio, y predicaba la palabra de Dios al pueblo.)

SAN GODEFRIDO, obispo de Amiens, en Soisons en Francia, varon de eminente santidad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verdun. (Este Santo es conocido tambien por los diversos nombres de Vano, Viton y Videno: nació

nes forzadas en la última hora; todas esas apariencias de dolor, y todas esas reflexiones demasiadamente tardías? Se ha tenido toda la vida para trabajar en la salvacion; no hay edad, clase, condicion, ni estado que nos dispense de esta obligacion: este es el grande, el único negocio de toda la vida; ¿pues qué pensarán en la última hora los que al presente no piensan en él?

Conozco, mi Dios, la irreparable pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia todavía me concedeis algunos dias de vida, propongo, con vuestra divina gracia, no perder un instante de tiempo.

JACULATORIAS. — Mientras tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat.* 6.)

Ansiosamente desea, Señor, mi alma guardar tus santos mandamientos por todo el tiempo de mi vida. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y su pérdida es irreparable. ¿Quién puede convenir en estas tres proposiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuantos has perdido? ¡qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿como se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2 Todos los dias en la oracion de la mañana, en la misa y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquier recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle *á rescatar el tiempo*, como habla el Apóstol (*Ephes.* 5.), empleándole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumples años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido á que es una falta de mucha consideracion.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, NICOSTRATO, SINFORIANO, CASTORIO Y SIMPLICIO, en Roma, en la via Lavicana, tres millas distante de la ciudad; los cuales primero fueron encarcelados, despues cruelmente azotados con escorpiones, y perseverando constantes en confesar á Cristo, por mandato de Diocleciano fueron arrojados al rio. (*Véase su noticia juntamente con la siguiente de los cuatro santos Mártires coronados.*)

EL TRIUNFO DE LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS SEVERO, SEVERIANO, CARPOFORO Y VICTORINO, HERMANOS, en la misma via Lavicana; los cuales en tiempo del mismo emperador fueron azotados con cordeles emplomados hasta espirar. No habiendo podido por entonces averiguarse sus nombres, que años adelante se supieron por divina revelacion, se ordenó que todos los años se celebrase su festividad en este dia, bajo la invocacion de los cuatro Santos coronados; con cuyo título ha proseguido la Iglesia honrando su memoria aun despues que se descubrieron sus nombres. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN DEUSDEDIT Ó DIOSDADO, papa, en Roma; cuyo mérito fué tal para con Dios, que sanó á un leproso con solo besarle. (Fué elegido sumo pontífice, y consagrado el dia 13 de noviembre del año 614: trabajó en el arreglo de la disciplina, y dió escelentes reglamentos á favor de la Iglesia, distinguiéndose muy especialmente por su inagotable caridad con los enfermos pobres. Murió por los años de 617.)

SAN WILLEHADO, en Brema, primer obispo de esta ciudad; el cual junto con S Bonifacio, cuyo discípulo era, predicó el Evangelio en la Frisia y en la Sajonia. (Tal era su fervor en los ejercicios de penitencia, que fué precisa una órden del papa Adriano para que comiese un poco de pescado á fin de reparar su quebrantada salud. Cada dia rezaba todo el Salterio, socorria á muchos necesitados, celebraba el santo sacrificio, y predicaba la palabra de Dios al pueblo.)

SAN GODEFRIDO, obispo de Amiens, en Soisons en Francia, varon de eminente santidad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verdun. (Este Santo es conocido tambien por los diversos nombres de Vano, Viton y Videno: nació

en las Galias en el siglo v, y habiendo abrazado la vida monástica, por los años de 498 fué elevado á la silla episcopal de Verdun. La opinion que adquirió de santidad fué confirmada con muchos milagros. Murió por los años de 523. La célebre Congregacion de benedictinos tan esclarecida en Francia por sus importantes trabajos religiosos y literarios, tiene el nombre de este S. Mauro.)

San Claro, presbítero, en Tours, cuyo epitafio sepulcral escribió S. Paulino. (Fué discípulo de S. Martin obispo de Tours, en cuya escuela subió al mas alto grado de virtud. Una noche vió en sueños san Severo Sulpicio, obispo de Bourges, segun él mismo lo testifica en una carta al diácono Aurelio, á S. Martin subir al cielo bañado de un gran resplandor, acompañado de su discípulo Claro, que poco antes habia muerto, y á poco llegó la noticia del tránsito de ambos Santos, acaecido en el año 307.)

SAN GODEFRIDO, OBISPO DE AMIENS.

Nació S. Godefrido de padres nobles, ricos y caritativos. Su padre se llamó Frondon, y su madre Isabel. Tuviéronle como por milagro, concediéndosele Dios á sus oraciones cuando ya estaban avanzados en edad. Llenó de gozo á todo el país el nacimiento de aquel dichoso niño. Fué su padrino de bautismo, y le puso su nombre Godefrido, abad del monte S. Quintin le Perone, sugeto muy ilustre, tio de la bienaventurada Ida, condesa de Boloña y madre de Godofredo de Bullon, rey de Jerusalen. Siendo el niño de edad de cinco años, le admitió su padrino en su monasterio. ¡Qué fruto no se debia esperar de una tierna planta que á tan buen tiempo iba á ser regada con el rocío celestial en el campo de la religion! Desde luego dió grandes indicios de su futura eminente santidad; porque habiéndole picado una grulla entre los dos ojos con tanta violencia, que naturalmente habia de perder ó la vida ó la vista, el tierno taumaturgo invocó el nombre de Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre la herida, y al instante desapareció, quedándole solo una leve cicatriz, sin deformidad, como para visible testimonio del prodigio que habia obrado el Señor. ¿Adonde no llegaria un niño que comenzaba la carrera de la virtud haciendo milagros? Al paso que adelantaba en edad, adelantaba tambien en perfeccion. A la manera que una tierra abrasada de los rayos del sol abre sus entrañas sedientas para recibir la lluvia del cielo, se abria aquella hermosa alma á las divinas influencias para recibir en su corazon el precioso rocío de la gracia. Considerábale su abad como un ameno y fecundo campo, cuyas flores prometian una copiosa miés, y solia decir lo que el Espíritu Santo dijo de

S. Estéban, que su semblante parecia al de un ángel del cielo. Era niño, y en sus costumbres mostraba todo el seso y toda la prudencia de la edad madura. Empleaba la noche en oracion, y el dia en el estudio y en cantar las divinas alabanzas. Derramaba Dios tantas luces en aquella pura alma, inundábala de tantos consuelos, que en sus discursos se conocia la plenitud de las primeras, y en sus dulces lágrimas la abundancia de los segundos. Cuando llegó á los veinte y cinco años, quiso su abad que se ordenase de sacerdote, en cuyo precepto tuvo mucho que sacrificar su humildad. Poco despues que recibió el carácter sacerdotal, así el arzobispo de Rems, como los prelados de la provincia, deseosos de ver renovada la observancia en el monasterio de nuestra Señora de Nogent, le eligieron por su abad Todo lo halló lleno de confusion: la iglesia arruinada, las celdas casi por tierra, enajenadas las rentas, cubierto de zarzas y de maleza el recinto del monasterio. No le acobardó aquel lastimoso espectáculo; reparó la iglesia, fabricó nuevos dormitorios, recobró las rentas usurpadas, y proveyó á las necesidades de los monges con tanta prudencia, que se conoció claramente andaba la mano de Dios con el nuevo José. Hizo mas: volvió á entablar la observancia regular con tanta perfeccion, que el monasterio de Nogent se hizo uno de los mas famosos del país. Era el santo abad modelo de penitencia: su mayor regalo eran unas yerbas cocidas con un poco de sal. Quiso el cocinero en cierta ocasion sazonarlas con no sé qué mas, y fué severamente reprendido. Hacia frecuentes pláticas á sus monges, todas eficaces y llenas de mocion. Alentábalos al ejercicio de todas las virtudes, exhortábalos al menosprecio de las cosas del mundo, y los enseñaba á vivir únicamente para el cielo: sabia condescender prudentemente con los flacos, sin que la condescendencia degenerase en falta de vigor. Imitaba la prudencia del gobierno divino, en que se junta la fortaleza con la suavidad. Comunicóle Dios el poder de Elías, y á su oracion se desataban las nubes, y caia del cielo la lluvia. Volaba su fama por toda Francia; y habiendo renunciado voluntariamente su obispado Gerbano, obispo de Amiens, el clero y el pueblo pusieron los ojos en Godefrido para ocupar aquella silla. Resistióse por largo tiempo; pero se rindió en fin al precepto del cardenal Ricardo, legado apostólico, que presidia el concilio de Troyes. La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visible su modestia y mas sobresaliente su tierna compasion de los pobres. No se veia fausto en su traje: notábase en sus muebles una humilde simplicidad, y su mesa era tan frugal en palacio como en el monasterio. Las puertas de su palacio estaban

abiertas á los miserables: recibia los pobres, lavábalos los pies, servíalos por sus propias manos: era el consuelo de las viudas, el padre de los huérfanos, y el protector de los desvalidos. Ni los mismos leprosos, por asquerosos que fuesen, eran escluidos de su caridad, en cuyo dilatado seno encontraban lugar todos los infelices. Entre sus despilfarrados trapos, entre las enfermedades mas hediondas, descubrian los ojos de su fe una alma racional, criada á imágen de Dios, y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y esto escitaba su zelo y era objeto digno de su amor. Consideraba la prelacía, no como dignidad, sino como un trabajoso ministerio que le ligaba á la salvacion del prójimo con tantos lazos como ovejas tenia. Aplicóse con todo su conato á la reforma del clero, y á desarraigar todos los vicios. Granjeóle algunos enemigos este vigor pastoral. Regaláronle en cierta ocasion con vino emponzoñado; pero lo descubrió con luz del cielo: y por otra parte, ¿qué podia temer un hombre acostumbrado á no temer mas que á Dios? Tan ventajosa es la muerte para los hombres apostólicos, como lo era para el apóstol S. Pablo. Son los Santos aquellos hombres, de quienes dice S. Agustin, que sufren la vida con paciencia, y esperan la muerte con alegría. Dió grandes pruebas de su zelo y de su teson. Habiendo ido á Sant-Omer para cumplimentar á Roberto, conde de Flandes, que se habia retirado allí á pasar las fiestas de navidad, fué recibido del conde con grande distincion, y éste le suplicó que celebrase en su presencia de pontifical en aquella gran solemnidad. Hízolo el Santo; pero advirtiendo que algunos señores se llegaban con indecencia al altar para ofrecer, lleno de una santa indignacion, no quiso admitir sus ofrendas: lo que les hizo tanta impresion, que por no privarse de la bendicion de hombre tan santo, se revistieron de aquella modestia, respeto y compostura que pide la Iglesia á sus hijos cuando se acercan al santuario. Estendióse por toda la Europa la noticia de esta vigorosa accion con mucha gloria de Godefrido. Sintiendo cada dia mas el peso de la carga pastoral, suspiraba por algun retiro que le descargase de ella. Con este pensamiento se huyó secretamente á la gran Cartuja, con resolucion de acabar en ella sus dias en silencio, en mortificacion y en olvido de todas las cosas del mundo. Como los vecinos de Amiens no le veian volver, recurrieron por otro obispo al concilio de Beauvais, que se celebró poco despues; pero los diputados no recibieron otra respuesta que una severa reprension por haberse hecho indignos del gobierno de tan santo prelado, despidiéndolos el concilio llenos de confusion y de vergüenza, obligándolos á que le buscasen en cualquiera parte donde estuviese, y protestándolos que mientras

viviese Godefrido no tenian que esperar otro obispo. Al mismo tiempo llegó al concilio una carta del Santo fugitivo, en que se declaraba indigno del obispado, y suplicaba humildemente á los padres le admitiesen la renuncia, y colocasen otro en su lugar. Esta humildad sacó lágrimas de ternura á los padres del concilio; pero trasferido este á Soisons, tan léjos estuvo de condescender con su instancia, que le despachó por diputados á Enrique, abad de S. Quintin, á Huberto, célebre monge de Cluni, con órden de que le trajesen consigo. Vióse precisado á obedecer, y saliendo de su amada soledad con el cuerpo, dejó en ella el corazon. Fué recibido en Amiens con el mismo regocijo con que lo habia sido en su primera entrada. Volvió á predicar con vigor, y declamar zelosamente contra los desórdenes; pero ni el ejemplo de sus virtudes, ni el beneficio de sus copiosas limosnas, ni sus palabras llenas del espíritu de Dios, fueron bastantes para convertir aquel pueblo endurecido. Era menester algun azote de Dios para que abriese los ojos. Bajó fuego del cielo, que redujo á ceniza toda la ciudad, menos la iglesia de S. Fermin, el palacio episcopal, y algunas pocas casas. Habialo profetizado san Fermin; habíalo anunciado el mismo Godefrido: no quiso el pueblo creerle, y fué consumida casi toda la ciudad. Corrigiéronse por algun tiempo; pero duró poco la enmienda: volvieron los desórdenes, y volvió el Santo á suspirar por su soledad. Dióle el Señor á entender que se acercaba su muerte, y que se acabaria presto su peregrinacion. Mientras se llegaba este dichoso dia, que habia de poner fin á las miserias de esta vida, y ponerle en posesion de los gozos de la eternidad, quiso hacer un viaje á Rems para tratar cierto negocio grave con Roaldo el Verde, arzobispo de aquella ciudad. Cayó peligrosamente enfermo en el camino, hallándose hospedado en el monasterio de S. Crispin el Grande: quiso sin embargo proseguir su viaje; pero agravándosele el mal cerca del monasterio, le volvió á conducir á él su venerable abad restaurador. Luego que llegó, recibió los sacramentos por mano de Lisiardo de Crispi, obispo de Soisons: dió su bendicion á todos los monges, levantó los ojos al cielo, y entregó su alma al Criador en una profunda paz. Dícese que murió vírgen, y se puede piadosamente creer que conservó hasta la muerte la inocencia bautismal. Fué obispo solos once años, y murió el dia 8 de noviembre de 1118, á los cincuenta de su edad.

SAN ALVITO, OBISPO DE LEON.

San Alvito, llamado tambien *Aloyto* ó *Aloito*, sucedió en el gobierno de la Iglesia de Leon al santo obispo Cipriano. No consta si nació en el reino mismo de Leon, ó en el de Galicia; el maestro Sarmiento inclina á esto último, y á que descendia de los Arias y de D.ª Aldosinda, la hermana de S. Rosendo. El ser muy frecuente en aquellos tiempos este nombre, hace que por solo él no pueda averiguarse quién fué nuestro Santo, y mucho menos su profesion, y los empleos que tuvo antes de ser promovido á la dignidad episcopal. Acaso era este el diácono Alvito, que como notario firmó en Leon una escritura de D. Fernando el I. y de su mujer D.ª Sancha en la era de 1081. Créese comunmente que profesó la vida monástica en el monasterio de Sahagun; Florez aseguró no haber sido monge en este, sino en Samos. El maestro Risco hace ver que Alvito obispo de Leon era distinto de Alvito el que era abad de Sahagun por los años 1059.

Siendo Alvito abad del monasterio de Samos fué promovido al obispado de Leon en el año 1057. Hízose esta eleccion no por muerte sino por renuncia de su antecesor Cipriano. En su tiempo fué restaurada por D. Sancho el Mayor la silla episcopal de Palencia, y se le restituyeron sus antiguas posesiones, que en gran parte se habian agregado á la de Leon en el reinado de D. Ordoño II.

De la muerte de nuestro Santo en Sevilla, y de la revelacion que de ella tuvo por S. Isidoro, hablaremos el dia 20 de diciembre, en la noticia de la *Traslacion de las reliquias de S. Isidoro á la ciudad de Leon*. Luego que se sintió enfermo, conociendo que iba á cumplirse lo que el cielo le habia manifestado, recibidos con gran devocion los santos sacramentos, encomendó la traslacion del cuerpo de S. Isidoro á Ordoño, obispo de Astorga, y al conde D. Nuño y á los demás señores del reino que con él habian ido á Sevilla; y al séptimo dia de su enfermedad entregó el alma á Dios.

Su cuerpo fué llevado con el de S. Isidoro á Leon. Ambos fueron recibidos de los reyes y del clero y del pueblo con la debida solemnidad: el de S. Alvito fué depositado en el templo de santa María de Regla, sede antiquísima de él y de sus predecesores. En el manuscrito antiguo de la vida de S. Isidoro que se conserva en la santa iglesia de Toledo, se dice que á esta iglesia fué llevado el cuerpo de S. Alvito en un caballo de carga sin guiarlo nadie, y que esto lo dispuso Sto. Domingo el abad del monasterio de Silos que se hallaba entonces en Leon, para apaciguar la reyerta de aquellos ciudadanos acerca del templo donde habia de colocarse aquel tesoro.

Colocáronlo al lado del Evangelio. En el año de 1164 abrieron su sepulcro, y lo trasladaron á otra caja. En 1527 fueron colocadas estas santas reliquias en alto á la misma parte del altar mayor. De lo cual y de dos milagros que hizo Dios por los méritos de su siervo el dia de su traslacion, quedó memoria en la piedra que cubria su sepulcro antiguo, y se conserva metida en la pared de la capilla dedicada á los santos mártires Fabian y Sebastian.

Aunque la santa Iglesia de Leon no reza de S. Alvito, le ha venerado siempre como Santo, y le hace el mismo obsequio que al obispo D. Pelagio, cuyo cuerpo está en el lado opuesto, incensando á ambos en los oficios divinos, á misa, vísperas y maitines. No se sabe fijamente el dia de la muerte de nuestro Santo, aunque consta que vivió hasta fines del año 1063. En los libros antiguos de meses ó calendarios de la santa Iglesia de Leon se pone el tránsito de S. Alvito el dia 5 de setiembre.

LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS, SEVERO, SEVERIANO, CARPÓFORO Y VICTORINO.

En tiempo del emperador Diocleciano hubo en Roma cuatro hermanos, empleados todos al parecer en oficios honoríficos en Roma, todos cristianos y santos y deseosos de dar la vida por Cristo. Mandólos prender el emperador, y llevar delante de un ídolo de Esculapio; y como los santos hermanos hiciesen burla de él, desnudáronlos, y los azotaron con tal rigor con correas emplomadas, que en este tormento dieron sus almas á Dios. Ordenó el tirano que sus cuerpos fuesen echados á la plaza, para que los perros los comiesen; mas en cinco dias que allí estuvieron no los tocaron, manifestando que los hombres eran mas crueles que las bestias fieras. Vinieron los cristianos y tomáronlos secretamente, y los sepultaron en un arenal, en la via Lavicana, tres millas de Roma. El papa Melchiades mandó que se celebrase su fiesta tal dia como hoy, el de su martirio, con el nombre de los Cuatro hermanos coronados, porque se ignoraban sus nombres. Aunque despues fué revelado á un santo varon que se llamaban Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino. El papa Gregorio el magno hace mencion de una antigua iglesia de estos

cuatro mártires en Roma. El papa Leon IV en el año de 841 mandó que fuese reparada, y que se trasladasen á ella las reliquias de estos mártires desde el cementerio en que estaban en la via Lavicana. Habiendo sido despues consumida en un incendio la volvió á edificar Pascual II, en cuya ocasion fueron descubiertas las reliquias debajo del altar en dos ricas urnas, la una de pórfiro y la otra de mármol serpentino, depositadas ambas en una bóveda. En el mismo sitio fué erigido otro nuevo altar, y volvieron á encontrarse las reliquias en la misma situacion en tiempo de Paulo V. Esta iglesia es título muy antiguo de cardenal presbítero.

Los santos mártires Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, cuya memoria celebra la Iglesia el mismo dia con los Cuatro santos Mártires coronados, padecieron en la misma persecucion y fueron sepultados en el mismo cementerio. Estos cinco mártires eran escultores de profesion, y negándose á hacer un ídolo, por no dar ocasion á nadie de idolatrar, Diocleciano los mandó azotar con escorpiones; y como perseverasen constantes en su santa resolucion, fueron arrojados al rio encerrados en cajas de plomo, con cuyo martirio alcanzaron la corona de inmortalidad. Sus preciosas reliquias depositadas primero en la via Lavicana, fueron despues trasladadas á la misma iglesia de los Santos Coronados por Leon IV, y en ella se veneran en el dia.

La misa es en honor de S. Godefrido, y la oracion la que sigue:

Oye, Señor, la súplica que te hacemos en la solemnidad de tu confesor y pontífice S. Godefrido; y así como él te sirvió con fidelidad, así tambien nos libres de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 de la segunda del apóstol S. Pablo á los tesalonicenses.

Hermanos: Cuando estábamos con vosotros, os intimábamos esto: conviene á saber, que el que no quiere trabajar, tampoco coma; pues habemos oido que algunos de entre vosotros proceden desordenadamente, no trabajando nada, sino estando vagos: á estos que son así los conjuramos en el nombre de Jesucristo, y les hacemos saber, que trabajando con silencio coman su pan. Pero vosotros, ó hermanos, no os entibieis en el bien de obrar.

REFLEXIONES.

No hay cosa mas opuesta á la vida cristiana que la vida holgazana de la gente ociosa, y es la que compone hoy la mas noble y mas numerosa parte del mundo. Ciertamente, cuando se piensa en un hecho que la moda y la licencia han hecho el dia de hoy tan comun; cuando por una parte se nos representan los preceptos de la ley, las máximas de Jesucristo, y por otra esas personas mundanas, que de todos los dias hacen dias de fiesta y de diversion; esas gentes criadas en la haraganería y envejecidas en la ociosidad; cuando se considera esa vida inútil de que se honran tantos y tantas, haciendo de ella mucha vanidad; da gana de preguntar, ¿si todos los fieles que están en una misma iglesia, son de una misma religion? ¿ó si teniendo todos una misma ley, unos mismos mandamientos y un mismo Evangelio; la gente noble, la rica, toda aquella que hace figura, y que hace algun papel en el mundo, si todos estos tienen algun privilegio particular que los dispense de la ley universal y de las obligaciones indispensables á todos los cristianos? ¡Cosa estraña! Aquel mismo hombre que en una fortuna mediana, que confundido con lo general del pueblo vivia cristianamente y se juzgaba indispensablemente obligado á todos los preceptos de la ley; ese mismo hombre, despues que se vió con muchas conveniencias; esa misma mujer elevada ya á otra clase, creen que para acreditar su recien nacida nobleza, han menester hacer profesion de holgazanería y de ociosidad. ¡O mi Dios, y qué prueba tan clara es del corto número de los escogidos esa vida ociosa, inútil y regalona de la mayor parte de la gente rica! Acordémonos de que es indigno de entrar en el reino de los cielos el que hace lo que no debe; pero tampoco es mas digno de entrar en él aquel que deje de hacer lo que está obligado segun su condicion: *Declinet à malo, et faciat bonum.* (1. *Petr.* 3.) No basta guardar cuidadosamente el talento que se recibió, y no perderle: el siervo perezoso fué condenado porque no quiso negociar con él. La religion cristiana no hace caso para la cuenta de títulos vacíos, estériles y sin fruto: al tribunal del supremo Juez solamente nos acompañan nuestras obras. ¿Tendrán muchas que presentar en él esas gentes del mundo, cuyos dias son tan vacíos? ¿y se hallarán entonces mas ricas muchas personas consagradas á Dios en el estado eclesiástico y religioso despues de una vida tan poco ajustada á la austeridad, á la santidad y á las obligaciones de su estado? No pocas veces se introducen hasta en los claustros la

ociosidad y la haraganería, disfrazándose en traje grosero y penitente. Es cierto que no habitan los desiertos aquellos que visten con delicadeza; pero no lo es menos que el espíritu de delicadeza se suele acercar tambien mas de una vez á la soledad. Una persona religiosa inmortificada y menos observante, de necesidad ha de ser poco devota. A la ociosidad acompaña ordinariamente la indevocion, y la delicadeza es el fruto mas natural de la ociosidad.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo, y el mismo que el dia 1, *pág.* 23.

MEDITACION.

Del ejemplo de los Santos.

Punto primero. — Considera que los santos no solamente son objeto de nuestra veneracion; tambien nos los propone la Iglesia por modelos que debemos imitar, y por ejemplares que debemos seguir. No ignoramos cuál fué la vida de los santos, cuáles sus máximas, cuánta la pureza de su corazon, cuánta la conformidad de su fe con la de sus costumbres, hasta dónde llegó su devocion, su mortificacion y perseverancia: siempre alerta contra los mas mínimos ímpetus del natural y de las pasiones: cada dia mas hambrientos y mas sedientos de la justicia. El único objeto de toda su ambicion era la perfeccion evangélica, y su modelo la vida de Jesucristo. Desterrados voluntariamente de todos los pasatiempos, se prohibian hasta las mas lícitas diversiones, temiendo dar con ellas alguna tregua á unos enemigos, con quienes todos los dias tenian que combatir, y á quienes era preciso vencer: austeros siempre hasta en las mas indispensables necesidades de la vida, continuamente se estaban acusando á sí mismos de que eran muy poco mortificados. Una modestia dulce, y una esterior apacible compostura era todo el adorno de aquellas doncellas, de aquellas señoras cristianas, que serán eterno, pero inútil asunto de envidia á los que no imitaron su virtud. ¡Dejarse ver en los espectáculos profanos! juzgarian que se confundian con los gentiles, y que hacian una insigne injuria al nombre cristiano. ¡Qué cuidadosas, Señor! ¡qué reservadas en todo lo que podia alterar la caridad! ¡qué delicadeza en todo lo que podia vulnerar la inocencia! Solo tenian gusto en los trabajos, y no acertaban á concebir cómo podia un cristiano hallar en otra cosa sus delicias. Ocupábalos todo el tiempo el pensamiento de

la eternidad, y no podian comprender que un corazon criado para Dios, capaz de amar á Dios, instruido en el precepto particular y en todas las obligaciones que tiene de amar á Dios, se pudiese fijar en objeto alguno criado, ni se dejase llenar de unos bienes aparentes que se pierden con la vida. El pensamiento de una infeliz eternidad para los réprobos, y de una eterna bienaventuranza para los predestinados, estaba siempre presente á su memoria. De aquí nacia aquel disgusto, aquel tedio que les causaba el mundo y todas sus máximas: de aquí aquel odio implacable á su propio cuerpo: de aquí aquellas asombrosas penitencias y aquel suspirar continuo por la soledad. Esto fueron los santos: admirámonos de lo que fueron; pero por ventura, ¿debieron hacer menos para serlo? La maravilla fuera si hubiesen sido santos haciendo lo que nosotros hacemos, y si nosotros fuéramos santos pareciéndonos tan poco á ellos.

Punto segundo. — Considera lo desemejantes que somos nosotros de aquellos grandes modelos. ¡Cuánta diferencia de máximas, de costumbres y de conducta! ¡cuánta oposicion entre nuestra vida y la suya! ¡entre el camino que nosotros llevamos, y el que los condujo á ellos á la eterna bienaventuranza! Habiendo sido ellos humildes, castos, modestos, devotos, sufridos, apacibles y mortificados; y viéndonos á nosotros tan altivos, tan orgullosos, tan indevotos, tan pecadores, tan impacientes y tan sensuales, ¿nos reconocerán por hermanos suyos? ¿Qué digo? si se nos mira mas de cerca, ¿se creerá siquiera que somos de la misma religion que los santos? ¿pero no se engañarian quizá los santos, siguiendo una moral tan contraria á la que nosotros seguimos? ¡Ah! que nosotros mismos conocemos muy bien que si ellos hubieran seguido esta moral, jamás llegarian á ser santos. Valga la verdad: ¿cuánta seria nuestra admiracion, cuánto nuestro asombro, si leyendo la historia de alguno de aquellos héroes cristianos hallásemos en él una vida poco desemejante á la nuestra; la misma codicia de interés, la misma ansia de pasatiempos, la misma ambicion, el mismo anhelo á todas sus conveniencias, los mismos ímpetus de las pasiones, el mismo espíritu de mundo y las mismas flaquezas? ¿qué imaginaríamos si al leer las vidas de aquellas insignes mujeres que al presente se nos proponen por modelos de virtud, nos encontrásemos con unas mujeres que gastaban muchas horas en vestirse y en peinarse; que pasaban una vida ociosa y regalada; que se divertian muy bien, y que rara vez faltaban de los espectáculos profanos? ¿qué pensaríamos de aquellas personas religiosas que ahora nos las proponen por ob-

ociosidad y la haraganería, disfrazándose en traje grosero y penitente. Es cierto que no habitan los desiertos aquellos que visten con delicadeza; pero no lo es menos que el espíritu de delicadeza se suele acercar tambien mas de una vez á la soledad. Una persona religiosa inmortificada y menos observante, de necesidad ha de ser poco devota. A la ociosidad acompaña ordinariamente la indevocion, y la delicadeza es el fruto mas natural de la ociosidad.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo, y el mismo que el dia 1, *pág.* 23.

MEDITACION.

Del ejemplo de los Santos.

Punto primero. — Considera que los santos no solamente son objeto de nuestra veneracion; tambien nos los propone la Iglesia por modelos que debemos imitar, y por ejemplares que debemos seguir. No ignoramos cuál fué la vida de los santos, cuáles sus máximas, cuánta la pureza de su corazon, cuánta la conformidad de su fe con la de sus costumbres, hasta dónde llegó su devocion, su mortificacion y perseverancia: siempre alerta contra los mas mínimos ímpetus del natural y de las pasiones: cada dia mas hambrientos y mas sedientos de la justicia. El único objeto de toda su ambicion era la perfeccion evangélica, y su modelo la vida de Jesucristo. Desterrados voluntariamente de todos los pasatiempos, se prohibian hasta las mas lícitas diversiones, temiendo dar con ellas alguna tregua á unos enemigos, con quienes todos los dias tenian que combatir, y á quienes era preciso vencer: austeros siempre hasta en las mas indispensables necesidades de la vida, continuamente se estaban acusando á sí mismos de que eran muy poco mortificados. Una modestia dulce, y una esterior apacible compostura era todo el adorno de aquellas doncellas, de aquellas señoras cristianas, que serán eterno, pero inútil asunto de envidia á los que no imitaron su virtud. ¡Dejarse ver en los espectáculos profanos! juzgarian que se confundian con los gentiles, y que hacian una insigne injuria al nombre cristiano. ¡Qué cuidadosas, Señor! ¡qué reservadas en todo lo que podia alterar la caridad! ¡qué delicadeza en todo lo que podia vulnerar la inocencia! Solo tenian gusto en los trabajos, y no acertaban á concebir cómo podia un cristiano hallar en otra cosa sus delicias. Ocupábalos todo el tiempo el pensamiento de

la eternidad, y no podian comprender que un corazon criado para Dios, capaz de amar á Dios, instruido en el precepto particular y en todas las obligaciones que tiene de amar á Dios, se pudiese fijar en objeto alguno criado, ni se dejase llenar de unos bienes aparentes que se pierden con la vida. El pensamiento de una infeliz eternidad para los réprobos, y de una eterna bienaventuranza para los predestinados, estaba siempre presente á su memoria. De aquí nacia aquel disgusto, aquel tedio que les causaba el mundo y todas sus máximas: de aquí aquel odio implacable á su propio cuerpo: de aquí aquellas asombrosas penitencias y aquel suspirar continuo por la soledad. Esto fueron los santos: admirámonos de lo que fueron; pero por ventura, ¿debieron hacer menos para serlo? La maravilla fuera si hubiesen sido santos haciendo lo que nosotros hacemos, y si nosotros fuéramos santos pareciéndonos tan poco á ellos.

Punto segundo. — Considera lo desemejantes que somos nosotros de aquellos grandes modelos. ¡Cuánta diferencia de máximas, de costumbres y de conducta! ¡cuánta oposicion entre nuestra vida y la suya! ¡entre el camino que nosotros llevamos, y el que los condujo á ellos á la eterna bienaventuranza! Habiendo sido ellos humildes, castos, modestos, devotos, sufridos, apacibles y mortificados; y viéndonos á nosotros tan altivos, tan orgullosos, tan indevotos, tan pecadores, tan impacientes y tan sensuales, ¿nos reconocerán por hermanos suyos? ¿Qué digo? si se nos mira mas de cerca, ¿se creerá siquiera que somos de la misma religion que los santos? ¿pero no se engañarian quizá los santos, siguiendo una moral tan contraria á la que nosotros seguimos? ¡Ah! que nosotros mismos conocemos muy bien que si ellos hubieran seguido esta moral, jamás llegarian á ser santos. Valga la verdad: ¿cuánta seria nuestra admiracion, cuánto nuestro asombro, si leyendo la historia de alguno de aquellos héroes cristianos hallásemos en él una vida poco desemejante á la nuestra; la misma codicia de interés, la misma ansia de pasatiempos, la misma ambicion, el mismo anhelo á todas sus conveniencias, los mismos ímpetus de las pasiones, el mismo espíritu de mundo y las mismas flaquezas? ¿qué imaginaríamos si al leer las vidas de aquellas insignes mujeres que al presente se nos proponen por modelos de virtud, nos encontrásemos con unas mujeres que gastaban muchas horas en vestirse y en peinarse; que pasaban una vida ociosa y regalada; que se divertian muy bien, y que rara vez faltaban de los espectáculos profanos? ¿qué pensaríamos de aquellas personas religiosas que ahora nos las proponen por ob-

jeto de veneracion y de imitacion, si leyéramos que casi nunca habian hecho otra cosa que su propia voluntad; que en la religion solo andaban buscando sus convenienzuelas, y que se habian dispensado, como nosotros, en la mayor parte de sus reglas? En ese caso, ¿proseguiríamos en tenerlas por objeto digno de nuestra veneracion y de nuestro culto? Estando, como estamos, bien instruidos en las grandes verdades de nuestra religion y en las máximas del Evangelio, ¿nos persuadiríamos nunca á que aquellos habian sido santos? ¿Qué casta de santidad es esta (diríamos entonces con indignacion) que nos vienen á cacarear unos hombres tan imperfectos como nosotros? ¿No es esto propiamente echar á rodar la idea justa que todos tenemos de la virtud cristiana? Si pudiera uno ser santo entregándose á la profanidad, á la licencia y á los pasatiempos, quítesenos el Evangelio. ¿A qué propósito una moral rígida, estrecha y aparente, cuando puede uno ser santo, cuando se puede salvar á menos costa? Y si despues de nuestra muerte le diera á alguno la gana de escribir la historia de nuestra vida, ¿creemos seriamente que se hallarian muchos que nos tuviesen por santos? ¿pues cómo lo queremos ser no mudando de conducta? Cuéntase mucho con la misericordia del Señor: está bien: ningunos contaron mas con ella que los santos; pero esta su confianza, ¿los hizo acaso mas descuidados ó menos penitentes?

Haced, Señor, que no me sean sin provecho unas reflexiones tan justas y tan importantes. Conozco el gran peligro en que estoy; dadme gracia para no malograr el ejemplo de los que deben servirme de modelos.

Jaculatorias. — Bienaventurados los que se conservan inocentes, y caminan con fidelidad por la ley santa del Señor. (*Ps.* 118.)

Dadme, Señor, entendimiento, que yo meditaré vuestra ley, y me dedicaré á guardarla con todo mi corazon. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 El ejemplo de los santos hará el proceso á todos los que tienen la desgracia de perderse. Serán los santos unos testigos, que, por decirlo así, se nos confrontarán, y su declaracion contra nosotros no sufrirá réplica. Ellos eran hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones y á las mismas miserias que nosotros. Tuvieron los mismos estorbos que vencer, los mismos enemigos que combatir, y nosotros no tenemos ni distinto Evangelio, ni diferentes mandamientos que guardar. Sabemos como

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PATROCINIO
DE NUESTRA SEÑORA.

vivieron ellos, y no ignoramos como vivimos nosotros. Nunca leas vida de algun santo sin hacer alto en las reflexiones que ella misma te sugiriere. Coteja tu vida con la suya, y oye los cargos de que te acusa esta monstruosa diferencia, preguntándote muchas veces á tí mismo si serás santo viviendo como vives.

2 Siempre que leas la vida de algun santo, propon imitar alguna de sus virtudes y de sus particulares devociones. Ninguna vida hallarás, por estraordinaria, por maravillosa que sea, que no te ofrezca alguna virtud á que con la divina gracia pueda llegar tu imitacion. Por lo comun ó muy regularmente en las vidas de los santos se para la atencion en lo mas raro, en lo mas estraordinario: esto embelesa, esto suspende, y este es todo el fruto que se saca. Todo lo contrario has de practicar: párate en aquello que es mas comun. Su grande inocencia, su constante mortificacion, su vigilancia en huir todas las ocasiones de pecar, su fervor, su devocion á la santísima Vírgen, estas son las virtudes que hemos de imitar en las vidas de los santos.

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA,

QUE LA IGLESIA CELEBRA EN LA DOMINICA III DE NOVIEMBRE.

Entre cuantas festividades celebra nuestra madre la Iglesia, siempre solicita en proponer á sus hijos objetos de edificacion y de consuelo, apenas hay una que llene tan completamente estas intenciones como la presente festividad del patrocinio de María. Todos los hombres conocen y confiesan prácticamente su debilidad y miseria cuando con tanto esmero buscan en este mundo multiplicados apoyos y remedios para sus necesidades respectivas. Así vemos que el pobre procura granjearse la amistad del rico, el ignorante se gloria con la compañía del sabio, y el desvalido procura por todos los medios la proteccion y amparo del poderoso. Por mas que la soberbia pretenda deslumbrar los ojos del entendimiento con los falsos brillos de la vanidad, es tan visible la flaqueza humana, que ni puede ocultarse ni dejar de publicarla el temor. ¡Cuánta satisfaccion, pues, no deberá encontrar nuestro corazon cuando una madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, como nuestra madre la Iglesia, nos propone un patrocinio tan poderoso, tan eficaz, tan pronto y universal como el de María! Esto que es verdad, respecto de todas las necesidades, tanto naturales como sobrenaturales, recibe un nuevo realce, aplicándolo privativamente á las necesidades mas interesantes y que mas dificultosamente pueden encontrar socor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PATROCINIO
DE NUESTRA SEÑORA.

vivieron ellos, y no ignoramos como vivimos nosotros. Nunca leas vida de algun santo sin hacer alto en las reflexiones que ella misma te sugiriere. Coteja tu vida con la suya, y oye los cargos de que te acusa esta monstruosa diferencia, preguntándote muchas veces á tí mismo si serás santo viviendo como vives.

2 Siempre que leas la vida de algun santo, propon imitar alguna de sus virtudes y de sus particulares devociones. Ninguna vida hallarás, por estraordinaria, por maravillosa que sea, que no te ofrezca alguna virtud á que con la divina gracia pueda llegar tu imitacion. Por lo comun ó muy regularmente en las vidas de los santos se para la atencion en lo mas raro, en lo mas estraordinario: esto embelesa, esto suspende, y este es todo el fruto que se saca. Todo lo contrario has de practicar: párate en aquello que es mas comun. Su grande inocencia, su constante mortificacion, su vigilancia en huir todas las ocasiones de pecar, su fervor, su devocion á la santísima Vírgen, estas son las virtudes que hemos de imitar en las vidas de los santos.

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA,

QUE LA IGLESIA CELEBRA EN LA DOMINICA III DE NOVIEMBRE.

Entre cuantas festividades celebra nuestra madre la Iglesia, siempre solicita en proponer á sus hijos objetos de edificacion y de consuelo, apenas hay una que llene tan completamente estas intenciones como la presente festividad del patrocinio de María. Todos los hombres conocen y confiesan prácticamente su debilidad y miseria cuando con tanto esmero buscan en este mundo multiplicados apoyos y remedios para sus necesidades respectivas. Así vemos que el pobre procura granjearse la amistad del rico, el ignorante se gloria con la compañía del sabio, y el desvalido procura por todos los medios la proteccion y amparo del poderoso. Por mas que la soberbia pretenda deslumbrar los ojos del entendimiento con los falsos brillos de la vanidad, es tan visible la flaqueza humana, que ni puede ocultarse ni dejar de publicarla el temor. ¡Cuánta satisfaccion, pues, no deberá encontrar nuestro corazon cuando una madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, como nuestra madre la Iglesia, nos propone un patrocinio tan poderoso, tan eficaz, tan pronto y universal como el de María! Esto que es verdad, respecto de todas las necesidades, tanto naturales como sobrenaturales, recibe un nuevo realce, aplicándolo privativamente á las necesidades mas interesantes y que mas dificultosamente pueden encontrar socor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro en lo humano, que son las necesidades del espíritu Todos sabemos por testimonio de Dios en las divinas Escrituras, confirmado despues con una triste esperiencia, que nacemos hijos de ira y de venganza, vasos de abominacion y de desprecio, enemigos declarados de Dios, y partidarios del demonio. Dentro de nosotros mismos tenemos las semillas de todos los males, y una infeliz disposicion para contradecir á todos los bienes. Nuestra alma debilitada en sus potencias; el entendimiento ofuscado con la ignorancia; la voluntad torcida siempre hácia lo prohibido; la memoria llena de objetos de escándalo. Los movimientos mismos de la naturaleza, que por su puro mecanismo debieran quedarse en la clase de inocentes, llegan á hacerse enfermizos y peligrosos en fuerza del desconcierto y turbacion que causó en ellos el primer pecado. No somos capaces, como dice S. Pablo, de producir por nosotros mismos un solo buen pensamiento. En este estado de miseria, de necesidad y desventura, ¿qué pudiera apetecer el hombre con mas ansia que una proteccion tan poderosa que pudiese darle socorro contra su misma miseria, y auxiliarle contra sus poderosos enemigos? ¿A qué mas pudieran estenderse sus esperanzas que á lograr la proteccion de un gran personaje que, ó por su virtud, ó por su sabiduría, ó por su íntima conexion con nuestro Dios y Señor, tuviese en sus manos el ampararle en su desventura?

He aquí el objeto de la festividad presente, he aquí el fin que ha tenido la santa madre Iglesia en la institucion de ella, y he aquí el motivo de mayor consolacion para los cristianos, tanto en los casos favorables como en los adversos. No se puede dudar que despues que nuestro redentor Jesucristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de su Padre, tenemos en él un abogado y un protector que está siempre intercediendo por nosotros. Su proteccion debe ser tanto mas eficaz y poderosa que todas las demás, cuanto sus merecimientos son mayores infinitamente; pero esto no quita la intercesion de los santos ni de la reina de todos ellos María santísima, en lo cual se echa de ver la gran misericordia de Dios y la generosidad con que se porta con los hombres. Por eso dice S. Bernardo (*Serm. 2 de Assump.*): *Que María es nuestra mediadora: es aquella por quien recibiremos la misericordia de Dios, y la misma por quien recibimos en nuestras moradas al mismo Jesucristo.* Ya en el Testamento antiguo se nos habian anunciado todas estas venturas en figuras misteriosas, que eran otros tantos símbolos del patrocinio de María. Porque en aquella vara con que Moisés ejecutó tantos prodigios y maravillas confundiendo á los magos de Egipto y precisando al

protervo Faraon á romper las cadenas de la servidumbre en que tenia al pueblo de Dios, ¿quién no advierte una misteriosa figura de María, en la cual, como canta la Iglesia, como en una vara limpia y derecha no cupo jamás, ni el nudo del pecado original, ni la corteza de otra cualquiera culpa? ¿quién no advierte que en aquellos portentos se figuraban los que María habia de hacer en beneficio de sus devotos, ya venciendo á los sabios, en que se dan á entender el mundo y sus concupiscencias, y ya confundiendo á Faraon, que, por su obstinacion en el mal y sus depravados intentos, es la figura mas espresiva del enemigo comun del género humano? Lo mismo se advierte en aquella columna de nube que precedia al pueblo de Dios en el desierto, sirviéndole de luz en las tinieblas de la noche, y de reparo contra los ardores del sol por el dia. Pero entre todas las figuras, ninguna espresa mejor la naturaleza y santidad de María, y la virtud de su patrocinio, que la arca del Testamento. En una y otra se depositó el código de la ley y el maná que llovió del cielo; pero con la diferencia de que en las entrañas del arca misteriosa María se depositó la ley misma por esencia, el derecho divino é inmutable en su propia subsistencia, y el divino maná, la comida de los ángeles, el pan del cielo; esto es, el Verbo divino unido á nuestra mortalidad. El pueblo de Israel llevaba la arca del Testamento en sus espediciones de guerra: con su vista cobraban esfuerzo los soldados: por su medio conseguian triunfos maravillosos de sus enemigos, y estos quedaban postrados de terror.

Si se hubieran de referir los sucesos que prueban la analogía que hay en esta materia entre la Madre de Dios y la arca del Testamento, se necesitaria un volúmen entero para desempeñarlo dignamente. Toda la Iglesia universal, y todas las regiones del mundo cristiano, tienen reconocido y esperimentado el patrocinio de María desde el principio que comenzó á establecerse entre los hombres la religion sacrosanta de su Hijo. Pero entre todas las naciones del mundo, así como desde el principio ha merecido España á esta gran Reina una predileccion singular, así tambien ha manifestado con ella su patrocinio en muchos casos, que por el número y por la sustancia son verdaderamente prodigiosos. Ellos han hecho que los españoles despertasen finalmente del letargo en que estuvieron dormidos por tantos siglos, sin pensar en dedicar á María santísima una festividad en que reconociesen su proteccion, y la tributasen por ella las debidas gracias. Estos sucesos, como tan oportunos para acordar á los españoles las antiguas piedades de María, y confirmarles al mismo

tiempo en la devocion á esta Señora, merecen ser referidos; pero su multitud asombrosa nos hace ceñir á la narracion de uno ú otro caso, que bastará á producir en los fieles los mismos efectos. Cuando España acababa de ser ocupada por los moros; cuando su desolacion y su miseria habian llegado al mayor estremo; cuando el Omnipotente, en fin, hizo ver el odio con que mira los pecados del mundo, y cuan terrible cosa es caer en sus manos, entonces esperimentó España uno de aquellos rasgos incomparables de la proteccion de María. Habiase retirado el valeroso D. Pelayo á una cueva de las montañas de Asturias con mil infantes, triste resto de todo el poder de la monarquía española, pero en donde se atesoraba el principio de su restauracion; y viéndolos en tan corto número, é incapaces en lo natural de resistir á la numerosa turba de bárbaros, fué el arzobispo D. Oppas á persuadirles que el entregarse pacíficamente á los moros seria el único medio de salvar las vidas. El valeroso caudillo de los cristianos conocia muy bien la debilidad de sus fuerzas en comparacion de las inmensas que traian los enemigos del nombre cristiano; pero confiado en el patrocinio de María, dió una respuesta digna de su heroismo. Bien sé, dijo, que miradas las fuerzas naturales son insuficientes las que tengo para resistir á los enemigos de Jesucristo; pero con la proteccion de María espero, no solamente salvar mi vida y la de los que están conmigo, sino tambien restaurar el reino de los godos. A semejante respuesta respondieron los moros con todo género de hostilidades. Una nube de piedras y de saetas inundó la boca de la cueva en que estaban los cristianos recogidos implorando el patrocinio de la Reina de los ángeles, que no les faltó en tan inminente peligro; porque todas las saetas y piedras que los moros disparaban volvian contra ellos con mucho mayor ímpetu. Luego que advirtieron el estrago, y que este era causado por una virtud superior, se pusieron en precipitada fuga: entonces los cristianos, saliendo de la cueva, cargaron sobre ellos con tanto denuedo y bizarría, que quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla; y otros sesenta mil al pasar del Monte Fusena al campo Libanense, se derrocó un monte cercano, y padecieron los funestos efectos de ruina tan espantosa. Esta victoria alcanzada por el patrocinio de María fué el principio de la restauracion de España, y en memoria suya se dedicó aquella cueva al culto de la Madre de Dios, llamándose despues santa María de Covadonga.

Todas cuantas victorias alcanzó el santo rey D. Fernando el III en el discurso de treinta y cinco años que tuvo guerra con los moros hasta lograr hacerlos tributarios, fueron debidas al patrocinio de María, como el mismo santo rey confesaba. María santísima se alistaba en sus ejércitos como su directora y capitana, y en las marchas y en las batallas hacia el rey llevar diversas imágenes de la Madre de Dios que á un mismo tiempo diesen ánimo y valor á sus soldados, y terror á los enemigos. Era en esta devocion tan estremado, que hasta en el arzon de la silla del caballo que montaba habia hecho colocar una imágen de María, no pudiendo su devocion sufrir que en el ardor de las batallas no tuviesen sus ojos presente la imágen de aquel dulce objeto, de cuyo patrocinio esperaba la victoria. Fué en esto tan feliz, que en tantas batallas como dió, siempre salió victorioso, sin que jamás se verificase que le venciesen sus enemigos. En reconocimiento al patrocinio que habia esperimentado siempre de la Reina de los ángeles, dispuso, cuando conquistó á Sevilla, que esta Señora entrase á tomar posesion de la ciudad en un magnífico triunfo que dispuso para este efecto. De la misma manera entró en Constantinopla el emperador Juan Comneno, llevando en un carro triunfal, hecho de plata, y adornado de muchas piedras preciosas, la imágen de María santísima, á cuyo patrocinio atribuia justísimamente las muchas victorias que habia conseguido, y la conservacion de todo su imperio. Pero volviendo á nuestra España, sin mencionar la victoria del Salado, en que Alfonso el XI mató doscientos mil moros, y cautivó otros infinitos, sin que hubiesen faltado mas que veinte cristianos; sin contar los triunfos de Alfonso I, rey de Portugal, los de D. Juan II, rey de Castilla, los de Ramiro el II, rey de Leon, en que dos ángeles, enviados por María santísima, vencieron doscientos mil moros; ni los de Fernando el Católico, que traia siempre consigo en las batallas la imágen de María, y con ella entró triunfante en Granada, dándola el título de la Victoria; sola la famosa batalla de Lepanto basta para hacer ver á los españoles hasta donde ha llegado la proteccion de esta Señora, y cuanto está obligada para con ella su gratitud. Gobernaba la Iglesia el santo papa Pio V, cuando orgulloso Selim II con las innumerables victorias que habia alcanzado contra los cristianos su padre Soliman, conquistando á Belgrado, la isla de Rodas, muchas plazas de Hungría y de la Austria, robando, saqueando y haciendo crueles carnicerías, pensaba en destruir la cristiandad toda, arruinar sus templos, matar sus sacerdotes, y colocar la media luna otomana en los lugares que tan justamente ocupaba la santa Cruz. Dispuso para esto una armada la mas formidable que se habia visto jamás; y confiando en sus fuerzas, le parecia tener ya bajo

el filo de su sable todas las gargantas de los cristianos. Veian estos con lágrimas en sus ojos su próxima ruina, singularmente el Padre santo y el católico y prudente rey de España D. Felipe II; mas confiando en Dios, que no desampara jamás á los que le buscan, se aprestaron para salir al encuentro al bárbaro inhumano. Confia su armada, inferior en fuerzas, al infante D. Juan de Austria y á Marco Antonio Colona; pero mucho mas al patrocinio de María, colocando en cada nave su augusta imágen. Partieron á la empresa, quedándose el santo pontífice y toda la Iglesia clamando á Dios y pidiéndole misericordia: no se hizo en este tiempo otra cosa que ordenar procesiones en que se cantaba el santo rosario, confiando en Dios y en María santísima que con esta preciosa arma se habia de vencer á todos los enemigos de la Iglesia. Entre tanto llegó el decisivo dia, que fué el 7 de octubre. Avistáronse las armadas: gritaron los turcos ansiosos de beber la sangre de los cristianos: preparáronse estos á la pelea con adorar la imágen de un crucifijo que iba en la bandera del papa, y clamando á María santísima, se trabó una sangrienta y horrorosa batalla: tres horas duró el combate sin decidirse la victoria, hasta que confiando en María santísima cargaron los cristianos tan de recio en la capitana turca, que mataron á su capitan Hali-Bajá: clamaron victoria, victoria, y la consiguieron los cristianos tan completa, que no se cuenta otra ni mas rica, ni mas ventajosa, pues mataron mas de treinta mil turcos, quedando por largo espacio el agua de aquella parte de mar teñida de sangre: apresaron ciento treinta galeras, echaron á pique mas de treinta, y rescataron mas de veinte mil cristianos cautivos.

Seria pretender agotar las aguas al mar el querer referir menudamente los hechos particulares que acreditan el singular patrocinio que en todos tiempos ha esperimentado España de las piedades de la Madre de Dios. Ellos son tantos y tales que apenas ha habido monarca en la península que no los haya presenciado muchas veces, ni ocasion de necesidad ó tribulacion grande en que no se haya hecho sensible su socorro. Si los enemigos han pretendido usurpar nuestras tierras y posesiones: si se han entrado por nuestras campañas asolando cuanto encontraban, destruyendo las poblaciones, y reduciendo sus gentes á miserable servidumbre: si el cielo endurecido ha negado á nuestras tierras la lluvia en los tiempos oportunos: si la enfermedad, el hambre ó la peste ha comenzado alguna vez á ejercer contra nosotros las justas venganzas del cielo, María ha sido nuestro escudo, nuestro antemural, nuestra defensa: la madre de misericordia que ha intercedido por nosotros: nuestra abogada: en fin,

nuestra protectora, con cuyo favor y patrocinio se han disipado nuestros males, se han arredrado nuestros enemigos, se han contenido nuestras aflicciones, se han atajado nuestras enfermedades, se han enjugado nuestras lágrimas, y se nos han abierto las puertas de la esperanza y el consuelo. Sin embargo de esto, ¿será creible que hasta el reinado de Felipe IV haya estado España disfrutando todas estas gracias sin pensar en reconocer con alguna demostracion pública el patrocinio de María? Así es: este generoso príncipe recorrió en su memoria los siglos de esta monarquía, y vió que en todos ellos habia suficientes hechos para formar una historia particular de los favores de la Madre de Dios. Vió que por su mediacion y patrocinio se habia ido recuperando España de la tiránica dominacion de los moros: que á ella se debia principalmente el que entre tantas miserias como habia padecido este reino, nunca hubiese sufrido la mas terrible de todas, que es verse privada de la verdadera fe de Jesucristo. Veia que los reyes, sus predecesores, habian conseguido infinitos triunfos en dias dedicados á la veneracion y culto de esta Señora; y otros con señales tan manifiestas de ser obra de su piedad, que no se podia hacer desentendido el corazon mas ingrato. Su propia esperiencia, sobre todo, le estimulaba de una manera tan poderosa, que el resistir hubiera sido mas bien protervia que insensibilidad. Y como veia por tantas partes amenazado su trono, de manera que á los ojos de la prudencia humana casi parecia inevitable su ruina, pensó prudente y piadoso afianzar su corona y cetro en aquella por quien reinan los reyes, y establecen lo justo los legisladores.

Con este designio solicitó de la santidad de Alejandro VII que espidiese una bula, por la cual se estableciese perpetuamente en España una fiesta dedicada al patrocinio de María, la cual fuese á un mismo tiempo un testimonio de la gratitud de los españoles, y un nuevo motivo para obligar en cierta manera á la Madre de piedades á continuar su proteccion. Unas súplicas tan justas no podian menos de obtener del vicario de Jesucristo y padre universal de los fieles todo el efecto deseado. Por bula dada en Roma á 28 de julio de 1656, concedió Alejandro VII que se celebrase en todos los dominios de España, por el clero secular y regular, una fiesta á María santísima con el título de Patrocinio; y para aumentar la devocion de los fieles y promover la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movido de piadosa caridad, concedió misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los fieles de uno y otro sexo que verdaderamente contritos

confesaren y comulgaren en el dia del Patrocinio, asistiendo á la misa mayor, y rogando á Dios por la paz entre los príncipes cristianos, que estirpe las herejías y exalte á la santa madre Iglesia. Estas gracias han sido tan poderosas para estimular la devocion de los fieles, que en el dia es una de las festividades de la Vírgen que se celebra con mayor solemnidad, y bajo de esta advocacion se han instituido devotísimas confraternidades que dirigen á Dios sus votos, bajo los auspicios de su Madre vírgen.

Esta festividad (que por decreto de Benedicto XIII se estendió á toda la Cristiandad), dice el sabio pontífice Benedicto XIV, estriba en un principio católico y de fe; conviene á saber, que María santísima intercede por nosotros haciendo oracion en los cielos á su hijo Jesucristo. De consiguiente, este patrocinio será tanto mas eficaz y poderoso, cuanto mayores sean las razones para que sean oidas sus súplicas. Es constante sentencia de los padres y teólogos, que la circunstancia de madre de Dios incluye en sí una dignidad y escelencia tan sumamente grandes, que no dudan darlas el epiteto de infinitas, aunque con cierta restriccion. El ser madre de Dios la constituye en un estado de grandeza, por el cual ni hay gracia que la sea imposible, ni peligro, necesidad ó afliccion que la sean insuperables. Por ser madre de Dios se atreven los Santos á llamarla madre de misericordia, medianera de los pecadores, reparadora del mundo, redentora de los cautivos, y única razon de toda nuestra esperanza. No se puede dudar que en todo esto proceden los padres con suma razon, y que con la misma lo autoriza la Iglesia; porque aunque es verdad que Jesucristo es el único Salvador nuestro y nuestro Redentor, y el único que dió su sangre por precio de nuestra salud, con todo eso quiso, como verdadero hijo de María, darla parte en esta grande obra, para lo cual habia muchas y muy poderosas razones. La primera, porque en sus purísimas entrañas fué formado de su sangre aquel cuerpo santísimo, á que se unió el divino Verbo, y por cuyo medio obró la salud en medio de la tierra. Lo segundo, porque María santísima parió y alimentó con el purísimo néctar de sus pechos el Cordero inmaculado, que habia de servir de víctima al Eterno Padre por los pecados del mundo. La tercera, porque Jesucristo era suyo, le poseia con legítimo derecho, le habia recibido del Padre, le habia rescatado en el templo con su dinero, y á todas sus acciones y obras la competia el derecho que tienen las madres respecto de sus hijos. La cuarta, porque consintió en la muerte de su hijo, necesaria para obedecer al Eterno Padre, rescatar al género humano de la

servidumbre antigua, pues no es creible que para un asunto tan doloroso como entregar á la muerte el cuerpo de su Hijo, no se solicitase su consentimiento, cuando el Espíritu Santo no pasó á formarle en sus entrañas, sin obtener primero su anuencia por medio de una embajada solemnísima, que la llevó el arcángel san Gabriel. La quinta, en fin, porque estando al pié de la cruz, sintiendo en su corazon lo mismo que Jesucristo en sus miembros, ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su Hijo, haciendo en esta ocasion el oficio de sacerdote, y poniéndose por medianera y protectora entre Dios y los hombres.

Todas estas razones, y otras infinitas que hacen conocer la grandeza del patrocinio de María, están tan repetidas en los santos padres, que seria necesario copiar una gran parte de sus escritos si quisiéramos referir sus testimonios. S. Jerónimo, tratando de la asuncion de María, dice así: *Veneramos á la autora de la salud, la cual, concibiendo á su autor por virtud del cielo, nos dió un Redentor que nos libertase de la tiranía del diablo en la tierra.* Y en otra parte (*Ad Eustochi.*): *No hay duda, que cuanto se tributa á María, todo cede en alabanza de Cristo. Sabemos*, dice S. Anselmo (*de Concept. Virg.*), *sabemos que la bienaventurada Vírgen tiene tanto mérito y gracia para con Dios, que no puede dejar de hacerse cuanto ordenare su voluntad; porque toda la potestad en el cielo y en la tierra le ha sido concedida, nada la es imposible á aquella á quien es posible hacer que los desesperados vuelvan á concebir sólidas y verdaderas esperanzas de su salud eterna.* Con estas mismas sentencias está conforme en todo el dulcísimo padre S. Bernardo, cuyas palabras, tratando de María, tienen un no sé qué de energía y de dulzura, que á un mismo tiempo embelesan y edifican: *Busquemos la gracia*, dice en el sermon de la Natividad, *y busquémosla por medio de María; porque esta Señora halla siempre lo que busca, ni pueden jamás ser frustradas sus diligencias. Tenemos*, dice en otra parte (*Serm. 1. de Assump.*), *una abogada que está en el cielo con antelacion, la cual como madre del juez y madre de misericordia, trata con la mayor eficacia los negocios de nuestra salud. Hijos mios, esta es la escala por donde suben al cielo los pecadores.* (*Serm. de Aquæ ductu.*) *Esta es toda mi grande confianza, y esta toda la razon porque espero ser salvo.* Por corona de los dichos y sentencias de los santos padres, en que se ensalza el patrocinio de María, pondremos aquí la antigua oracion con que la implora nuestra madre la Iglesia, tomada del gran padre S. Agustin, la cual sirve á un mismo tiempo para conocer su grandeza y para sa-

ber el método con que se deben dirigir á María santísima las oraciones, como dice Benedicto XIV, *lib. 2. de Festivit. cap. 13. num. 3.*

En el serm. 18 de Sanctis, dice aquel santo Padre así: *O bienaventurada vírgen María, ¿quién podrá darte las gracias y alabanzas debidas por haber socorrido al mundo que yacia en una miserable perdicion, solo con dar tu consentimiento? ¿qué elogios, qué alabanzas puede tributarte la debilidad del género humano, que solo por tí y en tí pudo encontrar una puerta por donde entrar á la recuperacion de sus pérdidas? Recibe, pues, nuestras humildes y rendidas gracias, aunque despreciables por nuestra bajeza, y desiguales á tus grandes méritos; y cuando te dignes de recibir nuestros votos, escusa nuestras culpas en las oraciones que hagas á tu Hijo. Recibe nuestras súplicas en el sagrario de tu audiencia, y alcánzanos el antídoto de la reconciliacion. Sea escusable por tí la súplica que solo la hacemos por tu confianza, y haced que alcancemos lo que pedimos llenos de fe viva. Recibe, Señora, lo que te ofrecemos, danos lo que te pedimos, y aparta de nosotros lo que tememos, porque tú eres la esperanza única de los pecadores. Por tí esperamos el perdon de nuestros delitos, y en tí ¡ó bienaventurada! está la esperanza de nuestros premios. Socorre ¡ó santa María! á los miserables, da favor á los apocados, fomenta á los dignos de lástima, ruega por el pueblo, sed medianera por el clero, é intercede por el devoto sexo femenino. Sientan tu patrocinio todos aquellos que celebran tu memoria. Está siempre prevenida para oir los votos de los que te dirigen sus peticiones, y consuélalos dándoles el efecto deseado. Sean todos tus cuidados y esmeros el orar continuamente por el pueblo de Dios; tú ¡ó Vírgen bendita! que mereciste llevar en tu vientre al Redentor del mundo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.*

La misa es la votiva de nuestra Señora, y la oracion la que sigue:

O Dios y Señor, concédenos, te rogamos, que nosotros tus siervos nos alegremos con la perpetua sanidad de cuerpo y alma, y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada siempre vírgen María seamos libres de la tristeza presente, y lleguemos á gozar de las alegrías eternas. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 24 del Eclesiástico.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

REFLEXIONES.

Todas las espresiones de la Epístola de este dia convienen literalmente á la Sabiduría increada; pero nuestra madre la Iglesia las aplica con mucha razon á María santísima, de cuya dignidad y escelencia tiene formado un concepto tan ventajoso. Si en alguna festividad se pueden trasladar á esta dichosa criatura sentencias que el Espíritu divino aplicó al Hijo del Eterno Padre, en ninguna con mas razon que en la que se celebra su Patrocinio. En esta festividad se hace gloriosa mencion de todas las prerogativas y grandezas de María, de sus virtudes sublimes y de sus gracias, porque de estas nace la proteccion que dispensa á los hombres, y en ellas descansa la esperanza que tienen estos de conseguir por su medio beneficios. Así que, celebrar el patrocinio de María, es celebrar el inmenso poder que tiene esta soberana Reina sobre todas las criaturas visibles é invisibles: es celebrar aquella potestad que la dió su Hijo para detener la virtud de las causas naturales cuando fuesen nocivas á las criaturas, y convertir en su provecho las que les pudieran ser dañosas. Celebrar el patrocinio de María, es celebrar aquella caridad ardentísima con que mira á todos los mortales, amándolos, no solamente como á hechuras de su Hijo, y como redimidos con su preciosa sangre, sino tambien como á hijos propios suyos, como á miembros de la Iglesia, y como participantes que han de ser de las soberanas promesas que Jesucristo nos tiene hechas. Celebrar el patrocinio de María, es celebrar aquella dulzura de alma, aquella compasion ternísima con que se lastima de todos los miserables, ahora provengan sus miserias de los accidentes de la vida, ó bien provengan de sus propias culpas. En una palabra, no hay en María santísima virtud, gracia, don, prenda, carisma que no se celebre en esta festividad, que no sea un tierno objeto de la devocion de los fieles, y un poderoso motivo de escitar mas y mas su gratitud.

En vista de esto, en ninguna otra festividad puede decir mejor María santísima para consuelo de los fieles: *Desde el principio y antes de los siglos fué criada, y permaneceré hasta el siglo futuro.* En estas palabras se denota la antigüedad de su proteccion, y como á su existencia no han de poner límite los tiempos. Desde el instante primero de su concepcion comenzó á proteger al linaje humano. Dios derramó sobre ella en aquel instante un inmenso torrente de gracias, y todas ellas no fueron depositadas en María sino como en una canal ó garganta por donde pasasen á su destino. En todo el discurso de su preciosa vida continuó esta misma conducta, y desde que fué llevada entre coros de ángeles á los cielos se ha esmerado mucho mas en derramar gracias sobre los hombres. ¿Qué bienes disfrutan los mortales que no les vengan de María? ¿Principalmente la inmensidad de bienes celestiales y divinos de que disfruta la santa madre Iglesia, no provienen de este mar de bienes, de esta universal congregacion de gracias? La estirpacion de las herejías, la confutacion de los errores, el acierto de los concilios, la tranquilidad de la Iglesia, el respeto y honor de su cabeza visible, todo nos viene de aquella que tiene en su mano los tesoros de las misericordias de Dios, como dice S. Pedro Damiano. Por eso puede repetir con alegría en la presente festividad: *He sido establecida con firmeza en Sion, y del mismo modo descansé en la ciudad santificada, y mi poder se manifiesta en Jerusalen.* ¿Podrias, ó cristiano, fingirte tú mismo disposiciones mas favorables á tu eterna ventura, que las que sin necesitarte para nada ha hecho por tí la divina Providencia? ¿podrias tú imaginarte que en medio de tu miseria, de tu poquedad y abatimiento habias de tener en tu mano todos los tesoros de la Omnipotencia teniendo la proteccion de María? Da á Dios humildísimas gracias por tamaño beneficio, y sean tus obras el testimonio mas auténtico de tu reconocimiento.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

Sobre el título de Madre que damos á María santísima.

Punto primero.—Considera que el título de Madre que damos á María santísima nos eleva á una dignidad tan grande, que en cierta manera nos da derecho á la gloria.

Aunque es seguro que en las sagradas letras no hay testimonio alguno claro y terminante que dé á los hijos de María santísima el derecho referido, con todo eso hay ciertas consideraciones piadosas que lo convencen, particularmente para con aquellos en quienes la filosofía mundana no ha llegado á usurparse los derechos de la cristiana sabiduría. De luego á luego, por el título de Madre que tributamos á esta soberana Reina, y que con tanta justicia mereció al pié de la cruz, adquirimos un derecho á todos sus bienes, á todas sus gracias y á todos sus privilegios. Siendo, pues, María reina de los cielos y de la tierra, siendo señora de la gloria y de los ángeles, ¿cómo podremos dejar de tener sus hijos un derecho legítimo á todos estos bienes? Además que, segun la sentencia de muchos doctores, cuando María santísima estuvo al pié de la cruz, concurrió con su Hijo santísimo á la produccion espiritual de todos los elegidos, á quienes parió allí su alma con los dolores mas acerbos que sufrió jamás mujer ninguna. Añádese á esto, que al decir Jesucristo á su Madre, señalando á S. Juan: *He aquí tu hijo;* y á S. Juan, señalando á la Vírgen: *He aquí tu madre,* nos dió á todos una filiacion verdadera respecto de María; porque en la persona de S. Juan se representaban todos los cristianos, á quienes la Señora recibió desde aquel punto por sus hijos. ¿Qué mucho, pues, que nos gloriemos de tener semejante madre, y que de esta gloria deduzcamos consecuencias tan favorables hácia nosotros? ¿será posible que María santísima mire con desden ó desprecio á los que son hermanos de Jesucristo? ¿será posible que no les franquee todas las gracias imaginables para que no llegue á verificarse que el demonio tiene en sus cadenas un hermano de aquel que desde la cruz le quitó el dominio del mundo, y un hijo de aquella que quebrantó la cabeza á la serpiente antigua? Todo esto es así; pero al mismo tiempo debes considerar que Jesucristo no entregó su Madre sino al discípulo mas amado, y que al cúmulo de todas las virtudes juntaba la singular prerogativa de la virginidad. Esto quiere decir, que no debes gloriarte de tener por madre á María mientras en tus obras no

En vista de esto, en ninguna otra festividad puede decir mejor María santísima para consuelo de los fieles: *Desde el principio y antes de los siglos fué criada, y permaneceré hasta el siglo futuro.* En estas palabras se denota la antigüedad de su proteccion, y como á su existencia no han de poner límite los tiempos. Desde el instante primero de su concepcion comenzó á proteger al linaje humano. Dios derramó sobre ella en aquel instante un inmenso torrente de gracias, y todas ellas no fueron depositadas en María sino como en una canal ó garganta por donde pasasen á su destino. En todo el discurso de su preciosa vida continuó esta misma conducta, y desde que fué llevada entre coros de ángeles á los cielos se ha esmerado mucho mas en derramar gracias sobre los hombres. ¿Qué bienes disfrutan los mortales que no les vengan de María? ¿Principalmente la inmensidad de bienes celestiales y divinos de que disfruta la santa madre Iglesia, no provienen de este mar de bienes, de esta universal congregacion de gracias? La estirpacion de las herejías, la confutacion de los errores, el acierto de los concilios, la tranquilidad de la Iglesia, el respeto y honor de su cabeza visible, todo nos viene de aquella que tiene en su mano los tesoros de las misericordias de Dios, como dice S. Pedro Damiano. Por eso puede repetir con alegría en la presente festividad: *He sido establecida con firmeza en Sion, y del mismo modo descansé en la ciudad santificada, y mi poder se manifiesta en Jerusalen.* ¿Podrias, ó cristiano, fingirte tú mismo disposiciones mas favorables á tu eterna ventura, que las que sin necesitarte para nada ha hecho por tí la divina Providencia? ¿podrias tú imaginarte que en medio de tu miseria, de tu poquedad y abatimiento habias de tener en tu mano todos los tesoros de la Omnipotencia teniendo la proteccion de María? Da á Dios humildísimas gracias por tamaño beneficio, y sean tus obras el testimonio mas auténtico de tu reconocimiento.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

Sobre el título de Madre que damos á María santísima.

Punto primero.—Considera que el título de Madre que damos á María santísima nos eleva á una dignidad tan grande, que en cierta manera nos da derecho á la gloria.

Aunque es seguro que en las sagradas letras no hay testimonio alguno claro y terminante que dé á los hijos de María santísima el derecho referido, con todo eso hay ciertas consideraciones piadosas que lo convencen, particularmente para con aquellos en quienes la filosofía mundana no ha llegado á usurparse los derechos de la cristiana sabiduría. De luego á luego, por el título de Madre que tributamos á esta soberana Reina, y que con tanta justicia mereció al pié de la cruz, adquirimos un derecho á todos sus bienes, á todas sus gracias y á todos sus privilegios. Siendo, pues, María reina de los cielos y de la tierra, siendo señora de la gloria y de los ángeles, ¿cómo podremos dejar de tener sus hijos un derecho legítimo á todos estos bienes? Además que, segun la sentencia de muchos doctores, cuando María santísima estuvo al pié de la cruz, concurrió con su Hijo santísimo á la produccion espiritual de todos los elegidos, á quienes parió allí su alma con los dolores mas acerbos que sufrió jamás mujer ninguna. Añádese á esto, que al decir Jesucristo á su Madre, señalando á S. Juan: *He aquí tu hijo;* y á S. Juan, señalando á la Vírgen: *He aquí tu madre,* nos dió á todos una filiacion verdadera respecto de María; porque en la persona de S. Juan se representaban todos los cristianos, á quienes la Señora recibió desde aquel punto por sus hijos. ¿Qué mucho, pues, que nos gloriemos de tener semejante madre, y que de esta gloria deduzcamos consecuencias tan favorables hácia nosotros? ¿será posible que María santísima mire con desden ó desprecio á los que son hermanos de Jesucristo? ¿será posible que no les franquee todas las gracias imaginables para que no llegue á verificarse que el demonio tiene en sus cadenas un hermano de aquel que desde la cruz le quitó el dominio del mundo, y un hijo de aquella que quebrantó la cabeza á la serpiente antigua? Todo esto es así; pero al mismo tiempo debes considerar que Jesucristo no entregó su Madre sino al discípulo mas amado, y que al cúmulo de todas las virtudes juntaba la singular prerogativa de la virginidad. Esto quiere decir, que no debes gloriarte de tener por madre á María mientras en tus obras no

manifiestes una pureza que te haga digno del título de hijo. En consideracion á este pensamiento hay algunos espositores que defienden que en la persona de S. Juan se figuraban los predestinados, aquellos que con la inocencia de costumbres hacen cierta su eleccion y vocacion. De cualquiera manera que sea, en lo civil se advierte, que para gloriarse de la nobleza del linaje procuran los hombres no desmentir en sus obras las virtudes y heroicidades de sus antepasados; pues con mucha mas razon en el órden de la gracia debes manifestar en tus acciones un digno hijo de María.

Punto segundo. — Considera que el título de Madre pone á María santísima en cierta obligacion de favorecer á los cristianos: que esta obligacion la cumple exactísimamente en todas las circunstancias de la vida; pero con singularidad á la hora de la muerte.

En el capítulo 49 de Isaías se dice, ponderando el amor que tienen las madres á sus hijos: *¿Por ventura será posible que se olvide una madre de su hijo, y que no tenga misericordia del que engendró en su vientre?* De la misma manera podemos decir de María: ¿Será posible que siendo Madre nuestra y nosotros sus hijos, pueda olvidarse jamás de estas favorables circunstancias para dispensarnos sus favores? En estas palabras se incluye una negacion enfática, que quiere decir, que seria mas fácil el que se juntase el cielo con la tierra, que el que María santísima dejase de manifestar con nosotros su patrocinio en todas las circunstancias de la vida. Tiende los ojos por todas tus necesidades, tanto espirituales como corporales: consulta á tu misma esperiencia, y hallarás que ni vives, ni respiras, ni subsistes sino bajo del patrocinio de María. ¡Cuántas veces hubieras perdido la vida entre las travesuras é inconsideraciones de la infancia si esta Señora no hubiera manifestado ser tu madre velando solícita sobre todos tus peligros! ¡cuántas veces rodeado por todas partes de malos ejemplos, instigado del demonio, y tentado de tu misma concupiscencia hubieras caido en los mas feos y abominables delitos si María santísima no te hubiera contenido con el interés de madre! No lo dudes, cristiano: María santísima cuida de tu honor, estima tu vida, procura tus intereses y felicidad como que tú eres su hijo y ella es tu madre. Esta verdad, que la persuade la razon, que la predican las Escrituras, y que la autoriza el mismo Dios, se confirma vigorosamente con tu misma esperiencia. Trae á la memoria en este instante las enfermedades que has tenido en tu vida; los peligros de perecer en que te has visto, las persecuciones que te prepararon tus enemigos, y en que hubieron de irse á pique tu honra y tu fortuna, y hallarás que María santísima te libró de todo, te puso en salvo, ejercitó contigo su patrocinio, y se portó como una verdadera madre. Pero todo esto es nada en comparacion del singular amor y esmero con que nos protege á los cristianos en la hora de la muerte: en aquella hora terrible en que crecen nuestras necesidades á proporcion que se aumentan las maldades y astucias del comun enemigo para perdernos. María santísima como aurora brillante disipa en aquel punto todas las nieblas con que pretende ofuscarnos nuestra conciencia mal segura por una parte, y por otra el demonio que intenta inducirnos á desesperacion. ¿Ni cómo era posible que obrase de otra manera una madre amorosísima cuando ve á sus hijos en el mayor peligro? Entonces es cuando manifiesta á su Hijo, rogando por los pecadores, aquel sagrado vientre en que estuvo nueve meses, y aquellos castísimos pechos con que se alimentó su vida mortal. Entonces es cuando representa á su Hijo la pasion y muerte que padeció por los hombres, y los terribles dolores que ella sufrió al pié de la cruz para moverle á misericordia. Gózate, ó cristiano, con dicha tan inefable, y ya que eres hijo de María, ponla con tus acciones en la feliz necesidad de que manifieste contigo que es tu madre.

Jaculatorias.—Sirvamos siempre á una reina como María santísima, que nunca desamparó á los que pusieron en ella sus esperanzas. (*Ven. Beda homil. de S. Marc.*)

¡Dios mio! yo soy tu siervo, y al mismo tiempo hijo de la que se confesó tu esclava cuando la elegiste por Madre. (*Psalm.* 115.)

PROPOSITOS.

1 En pocas cosas se necesita tanto cuidado y delicadeza para precaverse de funestas consecuencias como en la devocion que se tiene á María santísima, y en el modo de practicarla. En el dia ha llegado á hacerse tan universal, tan comun y tan sumamente practicada esta devocion, que se hace preciso avisar a los fieles que en una cosa tan santa pueden padecer graves riesgos. Pero estos no nacen de la devocion misma, que por sí, por sus principios y por su objeto es santa, piadosa, fructuosísima, y de los recursos mas poderosos que tiene un cristiano para alcanzar su salvacion; nacen de la naturaleza misma de los hombres, llevada por sí misma al esceso, y aficionada á lograr grandes empresas á poca costa. De aquí nace la vana confianza, y de aquí se ori-

gina tambien una multitud de defectos que hacen las devociones no solamente infructíferas, sino muchas veces dañosas. Por tanto, debemos procurar el patrocinio de María, sin olvidar aquella sentencia que nos manda obrar nuestra salud con temor y temblor. (*Ad Phil. cap.* 2.) Es imposible que agrade á la Madre de Dios lo que desagrada á su Hijo, y seria una temeridad con visos de blasfemia el pretender que la Madre de la justicia inmutable patrocinase y protegiese á los injustos trasgresores de la ley santa de Dios; y el persuadirse á que una sumision esterior, unas aparentes señales de devocion fuesen capaces de hacer que María favoreciese con su patrocinio al adúltero, al lascivo, al murmurador, en una palabra, al esclavo de los delitos.

2 Nuestra Madre la Iglesia, aplicando á María santísima aquellas palabras del Eclesiástico (*cap.* 24.): *Yo soy madre del hermoso amor, y del temor, y del conocimiento, y de la santa esperanza*, insinua las condiciones que debe tener la devocion de María para que sea agradable á esta Señora, y al mismo tiempo provechosa al cristiano. El amor se debe juntar con la reverencia y con el conocimiento; y la esperanza debe ir acompañada del temor. Debemos amar á María como á madre del amor, tributarla nuestros obsequios como á madre de la justicia, darla culto y reverenciarla como á madre de la sabiduría y del conocimiento, é implorar su patrocinio como de una madre de santa esperanza. Nuestras súplicas deben dirigirse principalmente á que nos alcance de su Hijo gracias para arrepentirnos de nuestra vida pasada, para hacer una conversion verdadera, y para imitarla en las virtudes; de tal modo que merezcamos verla en el cielo como madre de gloria. Con esta instruccion podemos clamar á esta soberana Reina, diciéndola: ¡O Madre de misericordia! cuando miro el fondo de mi corazon, y le veo lleno de las feas pasiones que me arrastran, tiemblo con la persuasion de que la divina justicia me amenaza continuamente con mi condenacion eterna; pero cuando levanto los ojos á tí, y considero que eres mi madre y madre de misericordia, respira mi alma y espero salvarme; porque si tú intercedes por mi, ¿cómo podrá condenarme tu Hijo y mi Señor Jesucristo? ¿por ventura podrá hacerse desentendido á los ruegos y súplicas de su Madre? ¿negará sus gracias á quien vos concedeis vuestras misericordias? En tí, pues, Señora, coloco toda mi confianza. A vuestro Hijo le miro como Redentor mio, como mi padre y abogado, pronto á concederme su misericordia; pero al mismo tiempo veo en él una justicia infinita, y mis pecados me hacen estremecerme. En vos, Madre mia, todo es piedad, todo es misericordia, todo es dulzura. Mis pecados, léjos de escitar vuestras iras, mueven hácia mí vuestra compasion; y he aquí la causa de que por muchos que sean mis delitos siempre confiaré en vuestro patrocinio, y siempre os miraré como Madre de la santa esperanza.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

La dedicación de la Basílica del Salvador, en Roma. (*Véase su historia en las de hoy.*)

El tránsito de san Teodoro, soldado, en Amasea en el Ponto; el cual en tiempo del emperador Maximiano fué cruelmente azotado por haber confesado á Cristo: despues de esto estando en la cárcel se le apareció el Señor exhortándole á la constancia y fortaleza, con lo cual cobró nuevo valor, y sufrió que estendido en el potro le despedazasen sus carnes con uñas de hierro hasta vérsele las entrañas, y de esta suerte lo arrojaron en una hoguera para ser quemado. Gregorio Niseno hizo de él un escelente panegírico. (Fué el martirio de este Santo por los años de 304. Era muy célebre y tenido en gran veneracion en todo Oriente por las señaladas victorias que algunos emperadores alcanzaron de los bárbaros por su intercesion. Por esto le edificaron templos é iban los fieles en romería á visitar el cuerpo de S. Teodoro en la ciudad de Euchayta: y en Roma tambien se le edificó iglesia, que aun subsiste, y es título de cardenal diácono. Nótese que este santo mártir Teodoro es llamado Tiro ó Tyron, que significa soldado bisoño, á diferencia de otro Teodoro tambien mártir, que fué centurion ó capitan: llámase igualmente Teodoro Amaseno, del nombre de la ciudad en que padeció martirio. En la ciudad de Venecia dice el obispo Equilino que está el cuerpo de S. Teodoro, en la iglesia de S. Salvador; pero no es el de éste, sino del otro centurion, por sobrenombre *Stratilates*, que murió en Heraclea martirizado en tiempo de Licinio.)

El martirio de san Orestes, en Tiana en Capadocia, en tiempo del emperador Diocleciano. (Fué cruelmente azotado, luego le atravesaron los talones con clavos, y despues lo arrastraron hasta que espiró. S. Basilio el Grande era particular devoto de este santo mártir, en cuya advocacion erigió una iglesia en la misma ciudad de Capadocia.)

San Alejandro, mártir, en Tesalónica, en tiempo del emperador Maximiano. (Habiendo sido arrastrado hasta donde se hallaba un altar de ídolos, dió un puntapié al altar, y éste y los ídolos rodaron por el suelo. Indignado Maximiano mandó que al punto fuese degollado. Pero al levantar el verdugo la cuchilla se quedó parado: reprendiole el emperador por su torpeza, y él contestó que una fuerza sobrenatural le impedia el uso del brazo. Alejandro se puso entonces en oracion, y pasada una hora fuéle cortada la cabeza, y voló su espíritu á Dios. Era el año 304.)

gina tambien una multitud de defectos que hacen las devociones no solamente infructíferas, sino muchas veces dañosas. Por tanto, debemos procurar el patrocinio de María, sin olvidar aquella sentencia que nos manda obrar nuestra salud con temor y temblor. (*Ad Phil. cap.* 2.) Es imposible que agrade á la Madre de Dios lo que desagrada á su Hijo, y seria una temeridad con visos de blasfemia el pretender que la Madre de la justicia inmutable patrocinase y protegiese á los injustos trasgresores de la ley santa de Dios; y el persuadirse á que una sumision esterior, unas aparentes señales de devocion fuesen capaces de hacer que María favoreciese con su patrocinio al adúltero, al lascivo, al murmurador, en una palabra, al esclavo de los delitos.

2 Nuestra Madre la Iglesia, aplicando á María santísima aquellas palabras del Eclesiástico (*cap.* 24.): *Yo soy madre del hermoso amor, y del temor, y del conocimiento, y de la santa esperanza*, insinua las condiciones que debe tener la devocion de María para que sea agradable á esta Señora, y al mismo tiempo provechosa al cristiano. El amor se debe juntar con la reverencia y con el conocimiento; y la esperanza debe ir acompañada del temor. Debemos amar á María como á madre del amor, tributarla nuestros obsequios como á madre de la justicia, darla culto y reverenciarla como á madre de la sabiduría y del conocimiento, é implorar su patrocinio como de una madre de santa esperanza. Nuestras súplicas deben dirigirse principalmente á que nos alcance de su Hijo gracias para arrepentirnos de nuestra vida pasada, para hacer una conversion verdadera, y para imitarla en las virtudes; de tal modo que merezcamos verla en el cielo como madre de gloria. Con esta instruccion podemos clamar á esta soberana Reina, diciéndola: ¡O Madre de misericordia! cuando miro el fondo de mi corazon, y le veo lleno de las feas pasiones que me arrastran, tiemblo con la persuasion de que la divina justicia me amenaza continuamente con mi condenacion eterna; pero cuando levanto los ojos á tí, y considero que eres mi madre y madre de misericordia, respira mi alma y espero salvarme; porque si tú intercedes por mi, ¿cómo podrá condenarme tu Hijo y mi Señor Jesucristo? ¿por ventura podrá hacerse desentendido á los ruegos y súplicas de su Madre? ¿negará sus gracias á quien vos concedeis vuestras misericordias? En tí, pues, Señora, coloco toda mi confianza. A vuestro Hijo le miro como Redentor mio, como mi padre y abogado, pronto á concederme su misericordia; pero al mismo tiempo veo en él una justicia infinita, y mis pecados me hacen estremecerme. En vos, Madre mia, todo es piedad, todo es misericordia, todo es dulzura. Mis pecados, léjos de escitar vuestras iras, mueven hácia mí vuestra compasion; y he aquí la causa de que por muchos que sean mis delitos siempre confiaré en vuestro patrocinio, y siempre os miraré como Madre de la santa esperanza.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

La dedicación de la Basílica del Salvador, en Roma. (*Véase su historia en las de hoy.*)

El tránsito de san Teodoro, soldado, en Amasea en el Ponto; el cual en tiempo del emperador Maximiano fué cruelmente azotado por haber confesado á Cristo: despues de esto estando en la cárcel se le apareció el Señor exhortándole á la constancia y fortaleza, con lo cual cobró nuevo valor, y sufrió que estendido en el potro le despedazasen sus carnes con uñas de hierro hasta vérsele las entrañas, y de esta suerte lo arrojaron en una hoguera para ser quemado. Gregorio Niseno hizo de él un escelente panegírico. (Fué el martirio de este Santo por los años de 304. Era muy célebre y tenido en gran veneracion en todo Oriente por las señaladas victorias que algunos emperadores alcanzaron de los bárbaros por su intercesion. Por esto le edificaron templos é iban los fieles en romería á visitar el cuerpo de S. Teodoro en la ciudad de Euchayta: y en Roma tambien se le edificó iglesia, que aun subsiste, y es título de cardenal diácono. Nótese que este santo mártir Teodoro es llamado Tiro ó Tyron, que significa soldado bisoño, á diferencia de otro Teodoro tambien mártir, que fué centurion ó capitan: llámase igualmente Teodoro Amaseno, del nombre de la ciudad en que padeció martirio. En la ciudad de Venecia dice el obispo Equilino que está el cuerpo de S. Teodoro, en la iglesia de S. Salvador; pero no es el de éste, sino del otro centurion, por sobrenombre *Stratilates*, que murió en Heraclea martirizado en tiempo de Licinio.)

El martirio de san Orestes, en Tiana en Capadocia, en tiempo del emperador Diocleciano. (Fué cruelmente azotado, luego le atravesaron los talones con clavos, y despues lo arrastraron hasta que espiró. S. Basilio el Grande era particular devoto de este santo mártir, en cuya advocacion erigió una iglesia en la misma ciudad de Capadocia.)

San Alejandro, mártir, en Tesalónica, en tiempo del emperador Maximiano. (Habiendo sido arrastrado hasta donde se hallaba un altar de ídolos, dió un puntapié al altar, y éste y los ídolos rodaron por el suelo. Indignado Maximiano mandó que al punto fuese degollado. Pero al levantar el verdugo la cuchilla se quedó parado: reprendiole el emperador por su torpeza, y él contestó que una fuerza sobrenatural le impedia el uso del brazo. Alejandro se puso entonces en oracion, y pasada una hora fuéle cortada la cabeza, y voló su espíritu á Dios. Era el año 304.)

San Ursino, confesor, en Burges, ordenado en Roma por los sucesores de los apóstoles, y destinado para primer obispo de aquella ciudad.

San Agripino, obispo, en Nápoles de Campaña, esclarecido en milagros. (Fueron éstos tan numerosos que un contemporáneo suyo escribió todo un libro de ellos, al cual se refiere Ferrario en el catálogo de los Santos de Italia.)

Las santas vírgenes Eustolia, Romana y Sopatra, hija del emperador Mauricio, en Constantinopla. (Era Eustolia una noble romana, y habiendo conocido en Constantinopla, de regreso de Jerusalen, á la virgen Sopatra, hija del emperador Mauricio, resolvieron vivir ambas en soledad. El emperador fundó entonces un célebre monasterio en Constantinopla, el cual dió á las dos esposas de Cristo, que lo pusieron bajo la regla de S. Basilio.)

La conmemoracion de la imágen del Salvador, en Berito de Siria, que siendo crucificada por los judíos derramó tanta copia de sangre que tomaron de ella con abundancia las iglesias de Oriente y de Occidente. (Corrian los años de 765 cuando unos judíos que vivian en Beiruth ó Berito, ciudad de Siria, pudieron apoderarse de una imágen de Jesucristo, y renovando contra el divino Salvador todo el odio de sus padres, cometieron con ella una infinidad de ultrajes, y finalmente la crucificaron. Clavada ya en cruz la imagen, comenzó á derramar tanta sangre por sus heridas, que, divulgado el milagro, corrieron los cristianos, la recogieron, y puesta en frasquitos la distribuyeron entre varias iglesias de Oriente y de Occidente. Este milagroso suceso fué celebrado desde luego por los fieles en justo desagravio á Jesucristo, y el séptimo concilio general celebrado en Nicea, por los años de 787, dispuso que «todos los años el dia 9 del mes de noviembre se celebrase esta fiesta con la misma solemnidad que la del Nacimiento del Señor y la de Pascua.» *Concilio 2.° de Nicea, ses. 4.*)

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL SALVADOR, LLAMADA COMUNMENTE SAN JUAN DE LETRAN.

Celebra hoy la santa Iglesia la primera solemne dedicacion de los templos consagrados á Dios que se hizo en la cristiandad, y fué la de aquella célebre iglesia que el emperador Constantino mandó erigir en Roma hácia el principio del cuarto siglo en su mismo palacio de Letran sobre el monte Celio, la cual se llamó la iglesia del Salvador por haberse dedicado en honra suya.

Aunque el culto que debemos á Dios no está ligado á un sitio mas que á otro; y aunque en todo lugar pueden y deben adorarle en espíritu y en verdad los verdaderos fieles, como se esplica el mismo Salvador, sin que ya sea menester subir al monte ó ir á Jerusalen para adorarle, pues en todas partes está presen-



LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL SALVADOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te el Señor, quiso no obstante escoger en la tierra algunos sitios donde se le ofreciesen sacrificios, y tener entre nosotros, por decirlo así, algunas casas para recibir nuestras visitas, oir nuestras súplicas, recibir y despachar nuestros memoriales. Escogió el monte de Moriah para que Abraham le sacrificase á su hijo Isaac, y en el mismo quiso ser singularmente honrado y glorificado, inspirando á Salomon que edificase en él aquel magnífico y santo templo de Jerusalen, único lugar destinado para los sacrificios. Habiéndose quedado dormido Jacob en el camino de Bersabé á Harán, cuando despertó, despues de la vision que tuvo, esclamó todo asombrado: ¡Verdaderamente que este lugar es terrible! No es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo: *Non est hic aliud nisi domus Dei et porta cœli.* (*Gen.* 28.)

Cuando Dios levantó la mano del azote con que quiso castigar la vanidad de David, le mandó erigir un altar en la era de Ornam el Jebuséo, y ofrecerle en él holocaustos y hostias pacíficas. Invocó en él al Señor el piadoso monarca, y el Señor le oyó, haciendo bajar fuego del cielo sobre el altar del holocausto. (1. *Paral.* 21. 22.) Viendo David que Dios aprobaba su sacrificio con aquella maravilla, no dudó que aquel era el sitio destinado por Dios para la edificacion del templo, y que con aquella milagrosa señal le daba á entender que escogia aquel lugar para casa suya, y para que se erigiese allí el altar de los holocaustos. *Dixitque David: Hæc est domus Dei, et hoc altare in holocaustum Israel.* El mismo príncipe, hombre segun el corazon de Dios, resolvió edificar un templo al Señor, y para eso hizo grandes prevenciones; pero el mismo Señor le dió á entender, que la honra y la dicha de ejecutar aquella grande obra estaba reservada para su hijo, y no para él. Desde que libré á mi pueblo del cautiverio de Egipto (le dijo Dios) en ninguna de las tribus de Israel escogí ciudad alguna donde se fabricase una casa para mí: *Ut ædificaretur in ea domus nomini meo.* (2. *Paral.* 6.) Siempre viví debajo de tiendas de campaña, mudando cada dia sitios donde se levantaba mi pabellon: *Neque enim mansi in domo ex eo tempore, quo eduxi Israel, usque ad diem hanc, sed fui semper mutans loca tabernaculi, in tentorio.* (1. *Paral.* 17.) Pero no serás tú el que me has de edificar esta casa: tu hijo será el que erigirá una casa á mi nombre: *Ipse ædificavit domum nomini meo.* Habiendo, pues, edificado Salomon aquel magnífico templo, maravilla del mundo, en la ciudad de Jerusalen sobre el monte Moriah, que significa monte de vision, donde Abraham llevó á su hijo Isaac para sacrificarle al Señor, quiso celebrar su dedicacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nunca llegó á mas alto punto la magnificencia, que cuando aquel gran rey hizo aquella augusta ceremonia, la cual duró por espacio de ocho dias. Sacrificó Salomon, durante la solemnidad, veinte y dos mil bueyes y cien mil carneros, con lo cual, asi el rey como el pueblo (dice la Escritura) dedicaron la casa del Señor: *Et dedicavit domum Dei rex, et universus populus.* (2. *Paral.* 7.) Es, pues, la dedicacion aquella sagrada ceremonia que se celebra cuando se dedica una iglesia ó un altar, cuya fiesta se repite todos los años con el nombre de dedicacion; costumbre, que observada tan religiosamente por los judíos en la ley antigua, no fué menos comun entre los cristianos en la nueva ley.

Leemos en Eusebio, que el mayor gozo y la mayor gloria de toda la Iglesia fué cuando el grande Constantino, primer emperador cristiano, permitió que en todo el imperio se erigiesen templos al verdadero Dios, lo que hasta entonces habian prohibido los emperadores gentiles sus predecesores; de suerte, que por mas de trescientos años no tuvieron los cristianos libertad para juntarse sino en secreto y en lugares subterráneos donde cantaban las alabanzas del Señor, y celebraban el santo sacrificio de la misa. Es verdad que siempre, desde el mismo nacimiento de la Iglesia, hubo casas particulares y sitios ocultos particularmente destinados para que los fieles se juntasen en ellos, los cuales se llamaban oratorios, donde á pesar de las mas furiosas persecuciones concurrian á oir la palabra de Dios, y á ser participantes de los divinos misterios; ¡pero qué gozo universal, y qué glorioso triunfo seria el de toda la Iglesia cuando el piadoso emperador, no contento con mandar demoler ó cerrar los templos de los gentiles, ordenó que se erigiesen en todas partes al verdadero Dios! Entonces, dice Eusebio, en todas las ciudades del imperio se vieron levantar nuevos y soberbios templos dedicados al verdadero Dios, ó convertirse en iglesias despues de purificados los mas suntuosos y magníficos de la antigua gentilidad, reputados por maravillas del arte, sin contar los que se erigieron sobre la ruina de estos mismos, no menos soberbios que los primeros; siendo todos como otros tantos primorosos monumentos del glorioso triunfo que la Iglesia consiguió del gentilismo.

Pero este gozo y este triunfo sobresalia principalmente en la dedicacion de todos aquellos templos esparcidos por el universo, la que en todas partes se celebró con tanta solemnidad, con tanto concurso, y con tanta magnificencia, que en nada cedia á la que vió la ley antigua en la dedicacion del templo de Jerusalen. (*) El mismo Eusebio, que fué testigo de vista, se esplica de esta manera: Era espectáculo tierno, y largo tiempo deseado, la solemnidad y la devocion con que en todas partes se celebraba la dedicacion de nuestras iglesias: *Post hæc votivum nobis,*

(*) Como los antiguos cristianos volvian por lo comun la cara al Oriente para orar, como en muestras de la esperanza de la resurreccion; asi las iglesias se construian por lo comun con el altar mayor hácia el Oriente, y el frontispicio, ó entrada principal al Occidente, segun lo disponian las constituciones apostólicas. (*l.* 2. *c.* 57.) Esta regla no obstante admitia sus escepciones, segun lo requeria la conveniencia ó la necesidad, como nos dice Bona. (*lit. l.* 1. *c.* 20. *n.* 4.) Nota Sócrates que en la iglesia mayor de Antioquía no miraba el altar hácia el Oriente, segun era costumbre, sino hácia el Occidente. (*Soc. l.* 5. *c.* 22.) Las antiguas iglesias tenian un atrio cerrado de paredes; por lo comun delante de las puertas una fuente ó cisterna, en las que se lavaban pies y manos las personas que iban á la iglesia antes de entrar en ella, como en muestra de la purificacion interior del alma. (*Tert. de Orat. c.* 11. *S. Paulin. ep.* 12. *etc.*) Antes de la entrada habia un pórtico, y un patio al raso, donde se ponia la primera clase de penitentes, y por lo comun á los lados claustros levantados con columnas. El concilio de Nantes del año de 658 concedió que se enterrasen los muertos dentro del atrio de la iglesia, en el pórtico ó *Exedræ*, pero de ningun modo dentro de la iglesia. (*c.* 6.) Las partes interiores de la iglesia se disponian antiguamente del modo siguiente: la parte primera se llamaba *Narthex* cerca de las puertas, hasta donde eran admitidos los catecúmenos y penitentes llamados *Audientes:* despues estaba la *Naos* ó nave, cuerpo de la iglesia, donde oraban los legos: y en su centro se colocaban los penitentes llamados *Substracti:* y en medio el *Ambo* ó púlpito, grande, bastante y espacioso de modo que pudiese contener un número competente de lectores ó cantores: porque los obispos por lo regular predicaban desde las gradas del altar, aunque S. Crisóstomo preferia las mas veces el *Ambo.* (*Véase á Vales in Soc. l.* 6. *c.* 5.) Sobre el *Ambo* estaba la cuarta clase de penitentes llamados *Consistentes:* los legos todos tambien en separados sitios segun sus sexos: por lo regular las mujeres en ambos lados detrás de los hombres. (*Const. Apost. l.* 2. *c.* 57. *S. Ciril. Præf. Cathec. c.* 8. *S. Crisost. hom.* 74. *in Matth. S. Aug. de Civit. l.* 2. *c.* 28.) Aun Sta. Elena se sujetó á esta disciplina orando entre las demás mujeres (*Soc. l.* 1. *c.* 17.); y la misma costumbre restableció S. Cárlos Borromeo. El emperador en Milan en el Oriente oraba dentro del cancel, hasta que Teodosio fué reprendido de ello por S. Ambrosio de Milan: desde cuyo tiempo tenian los emperadores su solio ó trono, en Sta. Sofía en la parte superior del departamento de los hombres próximo al cancel, y la emperatriz en el de las mujeres. (*Sozom. l.* 7. *c.* 25.) El *Bema*, santuario ó coro (llamado por nosotros cancel, por estar separado de lo demás con canceles ó verjas, y una especie de cortina tirada delante de la

ac desideratum spectaculum præbebatur, dedicationum scilicet festivitas per singulas urbes, et oratoriorum recens structorum consecratio. Concurrian de las provincias gran número de obispos para autorizar y hacer mas célebre la solemnidad: *Ad hæc conventus peregrinorum episcoporum ab externis, et dissitis regionibus concursus.* En aquella concurrencia de gentes de tan diversas naciones mostraba bien la caridad de los fieles, que en aquellos templos terrenos y materiales consideraban una como imágen de la junta de los bienaventurados en el cielo, donde incesantemente están cantando alabanzas al Señor; pues todos los

---

puerta) contenia el altar, y detrás de él el *bema*, ó trono del obispo, y presbíteros, por lo comun en lo mas alto de él, que formaba un semicírculo llamado *Apsis*. La cortina ó velo delante de las puertas del cancel impedian la vista del altar á los catecúmenos é infieles, y cubria el sacrificio de la Eucaristía al tiempo de la consagracion. Sobre esto dice S. Crisóstomo (*hom. 3. in Ephes.*): «Cuando se manifiesta el sacrificio, cuando Cristo, cordero de Dios, es ofrecido, cuando ois la señal que se os hace, juntaos todos á orar: cuando veais descorrido el velo, persuadios que se abren los cielos, y que los Angeles descienden de las alturas.»

La palabra *Altar*, ó *Ara*, es usada por S. Ignacio (*ep. ad Ephes. n. 1. ad Trallian. n. 7. ad Philad. n. 4. ad Magnes. n. 7.*), por san Ireneo (*l. 4. c. 34.*), Orígenes (*hom. 10. in Num.*), S. Cipriano repetidas veces; S. Optato, S. Agustin, S. Crisóstomo, etc. aunque este último le llama mas comunmente mesa mística, ó tremenda mesa. Los altares al principio fueron de madera. (*S. Optato, lib. 6.*) Algunos dicen que S. Silvestre mandó que fuesen todos de piedra. Esto á lo menos lo encargó mucho el concilio, ó Epona en Francia, en el año de 506. (*Can. 26.*) S. Gregorio de Nissa les describe de piedra. *Ciborium*, palabra griega en su origen, fué usada antiguamente por los griegos para significar un canapé magnífico de figura espiral, pendiente sobre el altar entre cuatro columnas, y el remate concluyendo en figura de una torrecilla, como demuestra Ducange (*Not. in Paul. silent. p. 569*) contra Durando y algunos otros, que creen haber siempre significado el *Pyxis*, en que se guardaba la Eucaristía, para lo que se usó muy comunmente. El santísimo Sacramento se reservaba antiguamente en una paloma de plata colgada sobre el ara, llamada por los griegos *Peristerion*: ó bien en una urna decente á corta distancia del altar, ó *armario* segun se llama en las antiguas abadías, etc. El segundo concilio de Tours del año de 567 mandó que se reservase en una arca, ó *pyxis*, debajo de la cruz del altar ó ara. Los *Baptisterios* eran unos edificios esteriores, pero dentro del atrio de la iglesia, muy espaciosos, como se muestra por las iglesias de Constantino; y por Paulino, S. Cirilo, Sidonio, S. Ambrosio, y otros. Todo esto continuó hasta el siglo VI en rígida observancia.

fieles se veian y se juntaban en una misma caridad, y en la unidad de una misma fe para formar un cuerpo místico, cuya cabeza y alma es Jesucristo: *Populorum mutua inter se charitas ac benevolentia, cum membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* El obispo que edifica una iglesia y la consagra (prosigue el mismo) es perfecto imitador de Jesucristo, y edifica como él un templo en la tierra que es imágen del que los santos y los ángeles componen en el cielo: *Ad eumdem modum hic noster pontifex, totum Christum, qui Verbum, sapientia, et lux est, in sua ipsius mente, tamquam in imagine, gestans, dici non potest quanta cum animi magnitudine, hoc magnificum Dei Altissimi templum, quod sub aspectu cadit, ad exemplum præstantioris illius templi, quod oculis cerni non potest, quam fieri potuit, similimum fabricavit.* Esto que nos dice Eusebio, nos enseña, que toda la magnificencia, toda la majestad que vemos en nuestras iglesias, y todas las ceremonias con que se consagran son misteriosas, y representan el glorioso cuerpo de Cristo, despues de su resurreccion, vestido de gloria, ostentando su dominacion sobre toda la tierra, comunicando su nueva vida á los fieles, y deseando levantarlos consigo al cielo, para que el cielo y la tierra formen un mismo templo, siendo los ángeles y los hombres templos vivos de Dios: *Vos estis templum Dei vivi*: y eternamente le bendigan, sacrificándose como él á la gloria de su Padre. El mismo historiador nos refiere muchas célebres dedicaciones que se hicieron luego que se edificaron muchas magníficas iglesias, para cuyo adorno concurrió la liberalidad del religioso emperador con lo mas rico y mas precioso que se encontraba en el imperio: *Basilicam omnem regaliter donariis magnificè exornavit.*

Pero ninguna mas célebre que la primera, y fué la de aquella magnífica iglesia del Salvador en Roma, llamada comunmente la Basílica de S. Juan de Letran, cuya memoria solemniza hoy la santa Iglesia. El cardenal Baronio, siguiendo á S. Jerónimo, dice, que el sitio de Monte Celio, adonde se edificó la iglesia y palacio de Letran, pertenecia á los herederos de Plaucio Laterano, rico ciudadano romano, y electo cónsul, á quien mandó quitar la vida Neron. El emperador Constantino donó este palacio al papa Melchíades, que en el año 313 celebró un concilio de diez y ocho obispos sobre la causa de Ceciliano contra los donatistas. Habiendo sucedido á S. Melchíades el papa S. Silvestre el año 314, se granjeó tanto el concepto y la estimacion del emperador, que hallándose en Roma, por consejo del mismo Santo mandó se edificasen templos al verdadero Dios en toda la estension de su

imperio, á quien el mismo emperador quiso dar ejemplo, haciendo se erigiese á su costa en el palacio Laterano la magnífica iglesia que S. Silvestre consagró, dedicándola al Salvador, no solo porque se dejó ver su imágen pintada milagrosamente en la pared, como lo dice el breviario romano, sino porque Jesucristo es la cabeza de la Iglesia. Dotó Constantino esta iglesia con tierras y posesiones de grandes rentas: enriquecióla con vasos, alhajas y otros preciosos ornamentos, y consignó fondos considerables para la conservacion de las lámparas y manutencion de los ministros. Celebróse la dedicacion con toda la magnificencia y solemnidad imaginable, cuyo aniversario es el que hoy solemnizamos.

Esta famosa iglesia, reputada siempre por madre de todas las demás, tuvo diferentes nombres. Llamóse la Basílica de Fausta, que en griego significa *palacio real*, porque la princesa Fausta tuvo su palacio en aquel sitio. Despues la Basílica de Constantino, porque Constantino la edificó: mas adelante la Basílica de S. Juan de Letran, por las dos capillas que se erigieron en el bautisterio, dedicadas, una á S. Juan Bautista, y otra á S. Juan Evangelista. Con el tiempo se llamó la Basílica de Julio por haberla aumentado considerablemente el papa Julio I. Pero el mayor y mas famoso de todos sus nombres es el de la Basílica del Salvador, con cuyo título se celebró su dedicacion.

Por lo demás, esta iglesia es en rigor la silla propia del pontífice romano, sucesor de S. Pedro, y por consiguiente la primera iglesia del mundo en dignidad. Está entre las dos iglesias de S. Pedro y S. Pablo, que son como sus dos brazos, con los cuales abraza á todas las iglesias del mundo para unirlas y estrecharlas en su seno, como en centro indivisible de unidad. Así se esplica el venerable Pedro Damiano escribiendo contra el cismático Cadalous. Así como esta iglesia, dice aquel célebre cardenal, tiene el título del Salvador, que es cabeza de todos los predestinados, así tambien es ella misma como madre, corona y perfeccion de todas las iglesias de la tierra: *Hæc enim ad honorem condita Salvatoris, culmen, et summitas totius christianæ religionis efecta.* Ella es la iglesia de las iglesias, y como el Sancta sanctorum de ellas. *Ecclesia ecclesiarum, et Sancta sanctorum. Habet quidem intrinsecùs beatorum apostolorum Petri et Pauli, diversis quidem locis, constitutas ecclesias; sed sui compagine sacramenti, quia videlicet, in quodam meditullio posita, quasi caput membris supereminent, indifferenter unitas. His itaque tamquam expansis divinæ misericordiæ brachiis, summa illa et venerabilis ecclesia omnem ambitum totius orbis*

amplectitur, omnes, qui salvari appetunt, in materno pietatis gremio confovet, et tuetur. Desde este augusto templo, como desde un castillo inconquistable (añade el mismo cardenal), Jesucristo, soberano pontífice, une los fieles de todo el universo para que se pueda decir con verdad, que no hay mas que un solo Pastor y una sola Iglesia: *Hac Jesus, summus videlicet pontifex, arce subnixus, totam in orbem, terrarum Ecclesiam suam, sacramenti unitate, considerat ut unus Pastor merito, et una dicatur Ecclesia.*

Siendo esta iglesia la que en punto de consagracion tiene la preeminencia; aquella donde el nombre de Jesucristo se predicó la primera vez francamente y con plena libertad; aquella donde la fe triunfó gloriosamente de todas las persecuciones y de todo el poder del paganismo armado contra ella; aquella donde en esta dedicacion ostentó á los ojos de todo el mundo el mas magnífico, el mas augusto triunfo que se vió jamás en la tierra, era justo que todos los años se renovase su memoria para rendir gracias á Dios por tan señalado beneficio; y este es el asunto de la presente solemnidad.

Siempre se reputó la iglesia de S. Juan de Letran como la primera silla de los sumos pontífices; y como tal, por cabeza y madre de todas las iglesias de la cristiandad, como lo significan estos dos versos grabados en un mármol antiguo que se registra sobre su pórtico:

Dogmate papali datur simul, et imperiali:
Ut sim cunctarum mater, et caput ecclesiarum.

Lo mismo se lee en otra inscripcion en prosa, la cual dice, que la sacrosanta iglesia de S. Juan de Letran es madre y cabeza de todas las iglesias del mundo: *Sacrosancta ecclesia Lateranensis, omnium ecclesiarum mater et caput.* Dos incendios ha padecido esta iglesia, uno el año de 1308 en el pontificado de Clemente V, y otro el de 1361 en el de Inocencio VI, y en ambos fué ventajosamente reparada, adornada y enriquecida. En el primero se vió con ejemplar admiracion que las mismas señoras romanas tiraban los carros cargados de piedra para lograr el mérito y la gloria de contribuir á la reparacion de aquella primera Basílica del mundo cristiano, como la llama el papa Gregorio IX. Antiguamente eran regulares los canónigos de S. Juan de Letran; pero fueron secularizados por Sixto IV el año de 1471. Los reyes de Francia tienen la presentacion de dos prebendas en consideracion de los grandes beneficios que hicieron á la Iglesia. En la de S. Juan de Letran se han celebrado cinco concilios

generales y otros muchos particulares. El primero y noveno de los ecuménicos se convocó el año de 1122 en el pontificado de Calixto II, y se hallaron en él trescientos obispos. El segundo y décimo general, el de 1139 en tiempo del papa Inocencio II, contra el anti-papa Pedro de Leon, y los errores de Arnaldo de Brescia, discípulo de Pedro Abaillardo, en que presidió el mismo pontífice á la frente de mil prelados. El tercero, compuesto de trescientos obispos, en tiempo de Alejandro III, el año de 1179. El cuarto y undécimo general fué convocado por el papa Inocencio III el año de 1215: asistieron en persona los patriarcas de Constantinopla y de Jerusalen; y por sus diputados los de Alejandría y Antioquía, habiéndose hallado en el concilio setenta y un arzobispos, trescientos cuarenta obispos, y mas de ochocientos abades ó priores. Fueron condenados en él los albigenses, juntamente con los errores de Amaury y del abad Joaquin. El quinto comenzó el año de 1512 en el pontificado de Julio II, y no se concluyó hasta el de 1517 en el de Leon X, siendo el décimotercio ecuménico y general.

Ordenó S. Silvestre que en adelante no se pudiese celebrar el sacrificio de la misa sino en el altar de piedra, porque despues de los apóstoles y hasta su tiempo, á causa de las persecuciones, como solo se decia misa en oratorios particulares, en lugares subterráneos ó en cementerios, se celebraba en altares de madera, como lo era el altar en que el Príncipe de los apóstoles celebraba el divino sacrificio, siendo su figura como de un ataud ó de una arca hueca. Este altar, en que celebraba S. Pedro, le mandó colocar el mismo S. Silvestre en la iglesia de Letran, y prohibió que en lo porvenir ninguno pudiese celebrar en él el santo sacrificio de la misa sino solo el sumo pontífice, legítimo sucesor de S. Pedro: lo que se observa el dia de hoy, pues solo el papa dice misa en aquel altar.

EL SANTO CRUCIFIJO DE BALAGUER.

Celébrase con mucha pompa tal dia como hoy en la ciudad de Balaguer, principado de Cataluña, la fiesta del Santo Crucifijo. Como llegó esta milagrosa imágen á aquella ciudad no se ha podido hallar auto que lo diga. Pero se conserva en la misma iglesia, donde hoy la tienen, una escritura antigua, la cual refiere que llegó por el rio Segre arriba con grande luz y acompañada de ángeles que cantaban las grandezas de Dios. Y tienen aquellos naturales por tradicion, que se detuvo en un escollo que aun hoy parece dentro del agua, y que acudiendo con procesion la ciudad para tomarla, se apartó la santa imágen por el agua adentro; y que bajaron tambien las monjas claustrales Franciscas del Mata (que así se llama el lugar donde está edificada su casa), y se dejó recibir por la abadesa; por cuyo motivo se la subieron á su monasterio, donde se conserva en un suntuoso templo. Acuden á este santo Crucifijo, dicho de Balaguer, no solo de todos los pueblos de la comarca, sino tambien de todas las naciones del mundo, siendo visitado su santuario como uno de los mas insignes de la cristiandad; pues es sabido que hace Dios grandes prodigios, curando de muchas enfermedades á cuantos con devocion le piden amparo por la mediacion de esta santa imágen. Es cosa antiquísima y de grande devocion. (*Domenec, Sant. de Cat.*)

La misa del dia es propia de la fiesta, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la dedicacion de esta iglesia consagrada en honra tuya, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno las oraciones de tu pueblo, y concédenos que todos los que entraren en este templo á pediros algun beneficio, tengan la dicha de alcanzar lo que te piden. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 21 del Apocalipsi de S. Juan.

En aquellos dias ví la santa ciudad, la nueva Jerusalen que bajaba de Dios desde el cielo dispuesta como una esposa que se adorna para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decia: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos. Y estos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos el Dios suyo: y enjugará Dios de sus ojos todas las lágrimas: y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor; ni habrá mas dolor, porque pasaron las primeras cosas. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que lo hago todo nuevo.

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres; en él habitará con ellos. Breve descripcion de lo que son nuestras iglesias: la casa de Dios vivo, su palacio y su sagrado trono. ¡Con

generales y otros muchos particulares. El primero y noveno de los ecuménicos se convocó el año de 1122 en el pontificado de Calixto II, y se hallaron en él trescientos obispos. El segundo y décimo general, el de 1139 en tiempo del papa Inocencio II, contra el anti-papa Pedro de Leon, y los errores de Arnaldo de Brescia, discípulo de Pedro Abaillardo, en que presidió el mismo pontífice á la frente de mil prelados. El tercero, compuesto de trescientos obispos, en tiempo de Alejandro III, el año de 1179. El cuarto y undécimo general fué convocado por el papa Inocencio III el año de 1215: asistieron en persona los patriarcas de Constantinopla y de Jerusalen; y por sus diputados los de Alejandría y Antioquía, habiéndose hallado en el concilio setenta y un arzobispos, trescientos cuarenta obispos, y mas de ochocientos abades ó priores. Fueron condenados en él los albigenses, juntamente con los errores de Amaury y del abad Joaquin. El quinto comenzó el año de 1512 en el pontificado de Julio II, y no se concluyó hasta el de 1517 en el de Leon X, siendo el décimotercio ecuménico y general.

Ordenó S. Silvestre que en adelante no se pudiese celebrar el sacrificio de la misa sino en el altar de piedra, porque despues de los apóstoles y hasta su tiempo, á causa de las persecuciones, como solo se decia misa en oratorios particulares, en lugares subterráneos ó en cementerios, se celebraba en altares de madera, como lo era el altar en que el Príncipe de los apóstoles celebraba el divino sacrificio, siendo su figura como de un ataud ó de una arca hueca. Este altar, en que celebraba S. Pedro, le mandó colocar el mismo S. Silvestre en la iglesia de Letran, y prohibió que en lo porvenir ninguno pudiese celebrar en él el santo sacrificio de la misa sino solo el sumo pontífice, legítimo sucesor de S. Pedro: lo que se observa el dia de hoy, pues solo el papa dice misa en aquel altar.

EL SANTO CRUCIFIJO DE BALAGUER.

Celébrase con mucha pompa tal dia como hoy en la ciudad de Balaguer, principado de Cataluña, la fiesta del Santo Crucifijo. Como llegó esta milagrosa imágen á aquella ciudad no se ha podido hallar auto que lo diga. Pero se conserva en la misma iglesia, donde hoy la tienen, una escritura antigua, la cual refiere que llegó por el rio Segre arriba con grande luz y acompañada de ángeles que cantaban las grandezas de Dios. Y tienen aquellos naturales por tradicion, que se detuvo en un escollo que aun hoy parece dentro del agua, y que acudiendo con procesion la ciudad para tomarla, se apartó la santa imágen por el agua adentro; y que bajaron tambien las monjas claustrales Franciscas del Mata (que así se llama el lugar donde está edificada su casa), y se dejó recibir por la abadesa; por cuyo motivo se la subieron á su monasterio, donde se conserva en un suntuoso templo. Acuden á este santo Crucifijo, dicho de Balaguer, no solo de todos los pueblos de la comarca, sino tambien de todas las naciones del mundo, siendo visitado su santuario como uno de los mas insignes de la cristiandad; pues es sabido que hace Dios grandes prodigios, curando de muchas enfermedades á cuantos con devocion le piden amparo por la mediacion de esta santa imágen. Es cosa antiquísima y de grande devocion. (*Domenec, Sant. de Cat.*)

La misa del dia es propia de la fiesta, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la dedicacion de esta iglesia consagrada en honra tuya, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno las oraciones de tu pueblo, y concédenos que todos los que entraren en este templo á pediros algun beneficio, tengan la dicha de alcanzar lo que te piden. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 21 del Apocalipsi de S. Juan.

En aquellos dias ví la santa ciudad, la nueva Jerusalen que bajaba de Dios desde el cielo dispuesta como una esposa que se adorna para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decia: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos. Y estos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos el Dios suyo: y enjugará Dios de sus ojos todas las lágrimas: y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor; ni habrá mas dolor, porque pasaron las primeras cosas. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que lo hago todo nuevo.

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres; en él habitará con ellos. Breve descripcion de lo que son nuestras iglesias: la casa de Dios vivo, su palacio y su sagrado trono. ¡Con

qué religioso terror, con qué devocion se debe entrar en ellas! ¿Será siempre necesario recurrir á las supersticiones de los gentiles para inspirarnos el debido respeto á nuestros templos? Vergüenza es que los cristianos tengan necesidad del ejemplo de los infieles para aprender á ser menos irreligiosos. ¿A qué fin ponernos continuamente delante de los ojos al turco en su mezquita, al chino en su pagoda, para que reconozcamos la modestia y la circunspeccion con que debemos estar en el lugar santo? Pues qué, ¿no bastarán para inspirarnos el mas reverente culto el cuerpo y sangre de nuestro redentor Jesucristo que se presenta en nuestros altares, el incruento sacrificio de nuestro Salvador que en ellos se ofrece, y la majestad del Dios vivo que vamos á adorar en nuestros templos? ¿Tenemos necesidad de otra religion que de la nuestra para obligarnos á tributar al Señor el honor que se merece? ¿y no nos enseña bastantemente nuestra fe este punto capital de nuestra religion? Aun nuestra misma razon tiene trabajo en componer lo que en este particular creemos con aquello que practicamos, y nada confunde mas el ánimo de los infieles que oir lo que creen los cristianos acerca de nuestros divinos misterios, y ver la indevocion con que concurren á ellos. No hay en el mundo lugar tan santo ni tan respetable como nuestras iglesias; y acaso tampoco hay otro que sea mas profanado. Bien se puede decir que toda la divinidad habita en ellos corporalmente, pues Jesucristo puso en la tierra su habitacion; ¿pero son muchos los que se dejan atraer de su presencia para adorarle? toda la riqueza, toda la magnificencia del templo de la ley antigua no era mas que una figura de la majestad terrible y respetuosa de los nuestros. Aquel Dios que por su inmensidad está presente en todas partes, se hace como visible en los templos por los beneficios que derrama, y por el culto especial que pide en ellos. Ofrécese en nuestros altares lo mas santo, lo mas adorable que se ofreció en el monte Calvario: todo lo mas precioso, lo mas sagrado que hay en el cielo se halla milagrosamente encerrado en nuestros templos, tronos de las misericordias de un Dios, tesoros de sus gracias, teatros de su poder siempre benéfico. ¡Oh qué digna es cualquiera iglesia del mas profundo respeto! ¡qué hombre, por poca fe que tenga, podrá dejar de estremecerse, y aun de irritarse con una santa indignacion á vista de la irreligion con que muchos se presentan en nuestros templos!

El Evangelio es del cap 19 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesus en Jericó, pasaba por medio de la ciudad. Y he aquí que un hombre llamado Zaqueo, el cual era príncipe de los publicanos, y tambien rico, solicitaba ver á Jesus, y conocerle, y no podia á causa de la mucha gente, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, se subió á un árbol de sicómoro para verle, porque habia de pasar por allí. Y habiendo llegado Jesus á aquel lugar, alzando los ojos le vió, y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque es menester que yo me albergue hoy en tu casa. Y dándose priesa, bajó, y le recibió con alegría, y todos al ver esto murmuraban, diciendo, que habia ido á posar á casa de un hombre pecador. Pero Zaqueo, puesto de pié delante del Señor, le dijo: He aquí, ó Señor, que yo doy la mitad de mis bienes á los pobres; y si he defraudado á alguno se lo restituyo cuádruplo. Y Jesus le dijo: En este dia ha obtenido salud esta casa, porque tambien es hijo de Abraham. Pues el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido.

MEDITACION.

Del respeto con que se debe estar en las iglesias.

Punto primero.—Considera que el templo de Salomon, donde mandaba Dios se entrase con tanto respeto, no fué consagrado con tan santas y tan augustas ceremonias como se consagran hoy nuestras iglesias. No se celebraban en él los grandes misterios que todos los dias se celebran en nuestros altares: no hacia en él la funcion de sacerdote el Hombre-Dios, siendo él mismo la víctima sacrificada y ofrecida á su Eterno Padre. No daba en él su propia sangre para lavar nuestras culpas, ni su misma carne para sustentar nuestras almas. Ofrecíanse á la verdad en aquel templo sacrificios; ¿pero cuanto va de aquellos animales que se sacrificaban en él, á la divina víctima que cada dia y muchas veces al dia se ofrece á Dios en nuestras iglesias? No se veia allí un Dios sacrificado á un Dios, ni Dios se dejaba conocer sensiblemente sino en figura de una nube que cubria el templo: no bajaba el cielo á la tierra, ni la inmensa majestad de Dios se reducia real y verdaderamente al breve círculo de una hostia. Toda la santidad que el nacimiento del Hijo de Dios comunicó al

humilde establo de Belen; toda la que su sangre comunicó al monte Calvario, y su cuerpo á la sepultura, toda se halla en las iglesias de los cristianos; y si al entrar en ellas, al acercarse á los altares no se siente aquel santo, aquel reverente terror que se esperimenta cuando se entra en los santuarios mas venerables, todo es falta de atencion. Pero si se estuviese en ellas sin modestia, sin veneracion y sin respeto, ¿no será la abominacion de la desolacion el colmo de la impiedad y del escándalo? ¡Cosa rara es, que solo en el cristianismo sean profanados los templos por los mismos cristianos y por aquellos que se llaman fieles! Los infieles y los gentiles profanarán tal vez los templos de una religion estraña; pero nunca se verá que profanen los suyos. En ellos á ninguno es lícito volver la cabeza, ni hablar una sola palabra. La menor irreverencia tiene pena de muerte: la mas mínima falta de respeto se castiga con el último suplicio. ¿Pero hay por ventura sitio alguno (por decirlo así) mas insolentemente profanado que el de nuestras iglesias? ¿hay lugar donde se guarde menos circunspeccion y menos respeto? Los romanos profanaron el templo de los judios: los gentiles y los herejes profanaron nuestras iglesias; pero estos mismos herejes y estos mismos gentiles entran con toda la veneracion, con toda la reverencia posible en sus propios templos, donde solo se ofrecen falsos sacrificios, ó solo se hacen sacrílegas ceremonias. Siendo esto así, ¡á qué infeliz estado nos vemos reducidos los católicos, buen Dios! ¡será posible que solamente los templos de la verdadera religion se vean profanados, cuando son tan respetados los de los idólatras y los de los herejes! Es verdad que el demonio ni inquieta al pagano en los sacrificios que ofrece á sus idolos, y en las oraciones que los hace, ni distrae al hereje en un culto que se dirige á él, cuando hace todo lo posible para que los fieles malogren los medios de santificarse que los facilitan sus templos. ¡Pero qué hemos de seguir tan libre y ciegamente las sugestiones del demonio! Porque al fin, ¿qué cosa mas comun que la irreverencia en las iglesias?

Punto segundo. — Considera si puede ser mas descarada, ó si puede subir mas de punto la impiedad. ¿Será menester aguardar al fin de los siglos para que se vea en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿Pues qué otro nombre se puede dar á las irreverencias que se cometen aun al mismo pié de los altares, y algunas veces aun mientras se está celebrando el santo sacrificio de la misa? ¿Habrá en el mundo padre alguno tan poco zeloso de su autoridad que tolerase á un hijo suyo estar en

su presencia como lo ve á sangre fria estar en presencia de Jesucristo? ¿habrá algun amo que sufra á un criado suyo lo que sufre Cristo á la indevocion de los fieles? La presencia de un ídolo inspiraba en los gentiles una circunspeccion y un respeto que llegaba á ser supersticion: volver la cabeza ligeramente, gargajear con estruendo irritaba al sacrificador, y encendia la cólera del príncipe. La menor postura no tan decente, una risa que se escapase con un primer movimiento, una palabra no necesaria y dicha por ligereza se reputaba por delito. A ninguno le era lícito sentarse: todo movia á respeto, todo á dar buen ejemplo. Vergüenza es (no lo niego) repetir estos hechos, y traer tantas veces estos ejemplos á la memoria de los cristianos; pero valga la verdad: ¿cómo es posible dejar de recurrir á ellos viendo todos los dias tanta irreligion y tanto escándalo en nuestras iglesias? Creemos que nuestros templos son el santuario de la divinidad; consideramos nuestros altares como el trono de Dios vivo; no se trata de sacrificar en ellos algunos animales; tampoco se duda que el sacrificio á que se asiste es el mas santo, el mas sagrado, y el mas tremendo acto de nuestra religion: ¡y en medio de esta fe se dice la misa sin devocion, sin modestia y sin respeto! ¡se asiste al sacrificio de la misa con indecencia, casi sin religion, y sin reverencia! ¡Y despues nos admiramos de vernos afligidos con tantas calamidades! ¡nos admiramos de que abandone Dios reinos enteros al error y á la irreligion! ¡nos admiramos de que no sean oidas nuestras oraciones! ¡Terribles castigos de un Dios horriblemente irritado! Pero justos castigos de nuestras irreverencias.

Gimo, Señor, y me estremezco con la triste memoria de mi indevocion en el lugar santo: gimo y me estremezco al acordarme de mis innumerables irreverencias; desde luego os pido humildemente perdon, y hago un firmísimo propósito (que espero será eficaz con vuestra divina gracia) de reparar en adelante mi falta de respeto con una devocion enteramente nueva, y con tanta modestia, que ella misma sea prueba de mi religion y de mi fe.

Jaculatorias. — ¡Qué terrible es este lugar! Aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo. (*Gen.* 28.)

Ya, Señor, no entraré jamás en vuestra santa casa sino con un profundo respeto para adoraros con religioso temor. (*Ps.* 5.)

PROPOSITOS.

1 No hay en el mundo lugar tan santo, tan respetable, y añado, que ni tan temible como nuestras iglesias; pero tampoco hay muchos que sean mas escandalosos ni mas descaradamente profanados. Entre la gente de buena crianza, toda rusticidad, toda descortesía es un delito imperdonable en el mundo: solo á Jesucristo se le trata con el mayor desprecio en su misma casa. Parece que el dia de hoy todos tienen licencia para perderle el respeto, ó á lo menos que la falta de él no es cosa que deba avergonzar á nadie, y que todo el mundo puede ser irreligioso, y aun impío, sin perder nada por eso. Penetrado de los motivos que nuestra religion, y aun la misma razon natural inspira á vista de tan espantosas irreverencias, imponte una ley de presentarte desde hoy mas en las iglesias con aquella decencia cristiana, con aquel religioso respeto, y con aquella ejemplar modestia que debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles, como tambien de jamás hablar en ellas. Si te hallares en precision de decir alguna cosa, sea tan brevemente, con voz tan sumisa, y de un modo tan reverente, que muestre bien el profundo respeto y el santo terror que te inspira el sagrado sitio en que estás. Nunca estés en pié sino cuando lo piden las ceremonias de la Iglesia. Si tu edad ó tus achaques no te permiten estar de rodillas, siéntate en postura humilde y religiosa. Siempre se ha de concurrir á las iglesias para santificarse á sí y para edificar á otros.

2 Una de las causas de donde proviene la irreverencia en las iglesias, tiene su orígen casi desde la misma cuna, y es bien estraño que no se repare y no nos choque un abuso tan comun que va creciendo con la edad. Llévanse á la iglesia los niños cuando no son capaces de comprender la santidad del lugar en que están, ni del divino sacrificio á que asisten. Dáseles libertad para obrar en todo como niños, para correr, enredar, gritar, y algunas veces con mas licencia que se les permitiria en casa de sus padres ó en una visita. Esta irreligiosa costumbre se fortifica y crece con los años. Acostúmbranse a mirar la iglesia como una casa particular y puramente secular. No corrige la razon la irreligion, porque ya se hizo costumbre. Nunca se les reprendió esto cuando niños; por eso, cuando mas adelantados en edad, no son mas devotos, mas modestos ni mas contenidos. Antes su indevocion, cuando ya adultos, se adelanta á la costumbre contraida desde la niñez de estar en la iglesia sin modestia, sin circunspeccion y sin respeto. Remedia este daño, y no toleres jamás que á tus hijos

se les acostumbre á semejantes irreverencias. No se condena que se lleven los niños á las iglesias desde la tierna edad; pero es necesario inspirarlos desde luego el respeto y el religioso temor con que deben estar en ellas, sin disimularles nunca la menor irreverencia. Lo mismo se debe hacer con los criados, enseñándolos en este punto mas con los ejemplos que con las palabras. Es una materia en que no cabe esceso de severidad ni de delicadeza, y los padres y maestros tendrán que dar á Dios terrible cuenta en este particular.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Andrés Avelino, clérigo reglar, en Nápoles en Campaña; esclarecido por su santidad y por el afan que tenia de procurar la salvacion de los prójimos: obró Dios por su intercesion muchos milagros, y fué canonizado por el papa Clemente XI. (*Véase su historia en las de hoy.*)

El tránsito de los santos mártires Trifon y Respicio, y de Ninfa, vírgen. (Los dos primeros eran naturales de Bitinia, en Apamea, y al principiar la persecucion de Decio, en el año de 250, fueron presos, y presentados al presidente Aquilino, quien no pudiendo vencer su constancia con halagos ni promesas, los mandó atormentar en el ecúleo, y desgarrar sus carnes con uñas de hierro, y quemar sus costados con hachas encendidas, y atravesar los pies con clavos, y azotarlos con correas emplomadas, y finalmente decapitar. Con estos mártires junta el Martirologio á Sta. Ninfa, porque su cuerpo yace con el de aquéllos en Roma. Ella era una vírgen de Palermo en Sicilia, que en la invasion de los godos huyó á Italia, donde vivió con santidad, y murió en paz en Suana en la Toscana. Las reliquias de estos tres Santos están en Roma en el insigne hospital de *Sancti Spiritus in Saxia. Butler.*)

Los santos mártires Tiberio, Modesto y Florencia, en la diócesis de Agde; los cuales por medio de diversos tormentos alcanzaron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano. (Tiberio fué acusado y perseguido por su propio padre. En la cárcel halló á Modesto, y ambos sufrieron todos los rigores del hambre, y dos veces consecutivas los pusieron en el tormento. A la vista de su constancia abrazó la fe una mujer llamada Florencia, la cual fué asociada á los tormentos y los tres fueron degollados.)

Los santos Demetrio obispo, Aniano diácono, Eustosio y otros veinte mártires, en Antioquía. (Demetrio convocó un concilio contra Novaciano, y alcanzó la palma del martirio con sus compañeros por los años de 260.)

San Probo, obispo, en Ravena, esclarecido en milagros.

PROPOSITOS.

1 No hay en el mundo lugar tan santo, tan respetable, y añado, que ni tan temible como nuestras iglesias; pero tampoco hay muchos que sean mas escandalosos ni mas descaradamente profanados. Entre la gente de buena crianza, toda rusticidad, toda descortesía es un delito imperdonable en el mundo: solo á Jesucristo se le trata con el mayor desprecio en su misma casa. Parece que el dia de hoy todos tienen licencia para perderle el respeto, ó á lo menos que la falta de él no es cosa que deba avergonzar á nadie, y que todo el mundo puede ser irreligioso, y aun impío, sin perder nada por eso. Penetrado de los motivos que nuestra religion, y aun la misma razon natural inspira á vista de tan espantosas irreverencias, imponte una ley de presentarte desde hoy mas en las iglesias con aquella decencia cristiana, con aquel religioso respeto, y con aquella ejemplar modestia que debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles, como tambien de jamás hablar en ellas. Si te hallares en precision de decir alguna cosa, sea tan brevemente, con voz tan sumisa, y de un modo tan reverente, que muestre bien el profundo respeto y el santo terror que te inspira el sagrado sitio en que estás. Nunca estés en pié sino cuando lo piden las ceremonias de la Iglesia. Si tu edad ó tus achaques no te permiten estar de rodillas, siéntate en postura humilde y religiosa. Siempre se ha de concurrir á las iglesias para santificarse á sí y para edificar á otros.

2 Una de las causas de donde proviene la irreverencia en las iglesias, tiene su orígen casi desde la misma cuna, y es bien estraño que no se repare y no nos choque un abuso tan comun que va creciendo con la edad. Llévanse á la iglesia los niños cuando no son capaces de comprender la santidad del lugar en que están, ni del divino sacrificio á que asisten. Dáseles libertad para obrar en todo como niños, para correr, enredar, gritar, y algunas veces con mas licencia que se les permitiria en casa de sus padres ó en una visita. Esta irreligiosa costumbre se fortifica y crece con los años. Acostúmbranse a mirar la iglesia como una casa particular y puramente secular. No corrige la razon la irreligion, porque ya se hizo costumbre. Nunca se les reprendió esto cuando niños; por eso, cuando mas adelantados en edad, no son mas devotos, mas modestos ni mas contenidos. Antes su indevocion, cuando ya adultos, se adelanta á la costumbre contraida desde la niñez de estar en la iglesia sin modestia, sin circunspeccion y sin respeto. Remedia este daño, y no toleres jamás que á tus hijos

se les acostumbre á semejantes irreverencias. No se condena que se lleven los niños á las iglesias desde la tierna edad; pero es necesario inspirarlos desde luego el respeto y el religioso temor con que deben estar en ellas, sin disimularles nunca la menor irreverencia. Lo mismo se debe hacer con los criados, enseñándolos en este punto mas con los ejemplos que con las palabras. Es una materia en que no cabe esceso de severidad ni de delicadeza, y los padres y maestros tendrán que dar á Dios terrible cuenta en este particular.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Andrés Avelino, clérigo reglar, en Nápoles en Campaña; esclarecido por su santidad y por el afan que tenia de procurar la salvacion de los prójimos: obró Dios por su intercesion muchos milagros, y fué canonizado por el papa Clemente XI. (*Véase su historia en las de hoy.*)

El tránsito de los santos mártires Trifon y Respicio, y de Ninfa, vírgen. (Los dos primeros eran naturales de Bitinia, en Apamea, y al principiar la persecucion de Decio, en el año de 250, fueron presos, y presentados al presidente Aquilino, quien no pudiendo vencer su constancia con halagos ni promesas, los mandó atormentar en el ecúleo, y desgarrar sus carnes con uñas de hierro, y quemar sus costados con hachas encendidas, y atravesar los pies con clavos, y azotarlos con correas emplomadas, y finalmente decapitar. Con estos mártires junta el Martirologio á Sta. Ninfa, porque su cuerpo yace con el de aquéllos en Roma. Ella era una vírgen de Palermo en Sicilia, que en la invasion de los godos huyó á Italia, donde vivió con santidad, y murió en paz en Suana en la Toscana. Las reliquias de estos tres Santos están en Roma en el insigne hospital de *Sancti Spiritus in Saxia. Butler.*)

Los santos mártires Tiberio, Modesto y Florencia, en la diócesis de Agde; los cuales por medio de diversos tormentos alcanzaron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano. (Tiberio fué acusado y perseguido por su propio padre. En la cárcel halló á Modesto, y ambos sufrieron todos los rigores del hambre, y dos veces consecutivas los pusieron en el tormento. A la vista de su constancia abrazó la fe una mujer llamada Florencia, la cual fué asociada á los tormentos y los tres fueron degollados.)

Los santos Demetrio obispo, Aniano diácono, Eustosio y otros veinte mártires, en Antioquía. (Demetrio convocó un concilio contra Novaciano, y alcanzó la palma del martirio con sus compañeros por los años de 260.)

San Probo, obispo, en Ravena, esclarecido en milagros.

San Monitor, obispo y confesor, en Orleans. (Floreció en el siglo IV y es notable entre los prelados de su tiempo por lo que trabajó en regularizar la disciplina eclesiástica.)

San Justo, obispo, en Inglaterra; enviado á esta isla por el papa S. Gregorio á predicar el Evangelio junto con S. Agustin, S. Melito y otros, en la cual murió en el Señor esclarecido por su santa vida. (Fué consagrado obispo en Rochester, y en 624 sucedió á dicho S. Melito en la sede de Cantorbery. El papa Bonifacio al enviarle el palio, le envió una carta en la que le felicitaba por el gran número de almas que habia ganado para Jesucristo. Murió en el año 627.)

San Leon, confesor, en Melun en Francia.

Las santas mujeres Trifena y Trifosa, en Iconio en Licaonia; las cuales por la predicacion de S. Pablo, y con el ejemplo de Sta. Tecla, aprovecharon mucho en la profesion de Cristo. (Algunos creen que fueron martirizadas. S. Pablo en su epístola á los romanos, cap. 16, vers. 12, dice lo siguiente: «Saludad á Trifena y á Trifosa, que trabajan en el Señor.»)

Santa Teotista ó Teoctiste, virgen, en la isla de Paros. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN ANDRÉS AVELINO.

San Andrés Avelino, modelo el mas perfecto del clero secular y regular, uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, nació en el año de 1521 en Castronovo, pueblo de la provincia Basilicata, dicha Lucania antiguamente en el reino de Nápoles, á quien pusieron por nombre Lanceloto en el bautismo. Sus padres Juan Avelino y Margarita Apella, mas distinguidos por su notoria piedad que por su calificada nobleza, ofrecieron al niño luego que nació á la Santísima Vírgen, y se aplicaron con el mayor esmero á darle una educacion cristiana; pero su bello natural, y propension á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. A muy breve tiempo dieron á conocer las santas inclinaciones de Andrés, que le cupo la suerte de una alma buena, y que el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones. Signóle el ama que le crió con la señal de la cruz luego que comenzó á darle el pecho, y bastó esta primera leccion para que el niño lo ejecutase por sí siempre que tenia libre de las fajas sus tiernecitos brazos. A este indicio nada equívoco del amor que en lo sucesivo tendria á la cruz de Jesucristo, se siguieron otros no menos dignos de admiracion, como fueron reducir todas sus diversiones en la puericia á formar altares, y postrado ante ellos meditaba las grandezas de Dios, rezando oraciones devotísimas, observando además la santa costumbre de congregar á los niños para esplicarles la doctrina cristiana, y darles saludables consejos; lo que hacia con tanta gracia, con un modo tan lleno de gravedad y de decoro, con tal espíritu y compostura, que no dudaron cuantos vieron estos hechos de graduarlos por anticipados pronósticos del magisterio que Andrés practicaria con el tiempo.

Luego que tuvo la edad competente le aplicaron sus padres al estudio de la latinidad, primero en su patria, y despues en Senis, pueblo no muy distante de aquella; y observando sus maestros una gran conducta en el jóven, una docilidad suma, un profundo rendimiento, y una aplicacion estraordinaria, añadiendo á esto una devocion singularísima, se concilió á breve tiempo el amor de aquellos, y la veneracion de sus condiscípulos. En efecto, Andrés arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, con las leyes del trato civil y la modestia cristiana, declaróse enemigo de todo lo que es vicio; y esmerándose sobre todo en la devocion de la Santísima Vírgen, con este escudo, el de su mortificacion, y fuga de las ocasiones, conservó inviolable su pureza, que siempre fué la virtud de su cariño.

Concluida la gramática volvió Avelino al lugar de su nacimiento, y envidioso el enemigo comun de los progresos que cada dia hacia en la virtud, quiso manchar su pureza valiéndose de una mujer prostituta, y hasta de la misma ama que le crió, apasionadas ambas ciegamente de su belleza; pero tan fuertes combates solo sirvieron para mayor realce de su castidad. Frustradas estas tentativas, redoblando sus ardides el demonio, conspiró contra la vida de aquel que le hacia tan insoportable guerra. Padeció detrimento en su honestidad cierta doncella de Castronovo, é induciendo á sus padres el mismo enemigo que Andrés era el autor de aquel desastre, resolvieron vengar la injuria con darle muerte; pero volviendo el cielo por su inocencia, se justificó su conducta con el descubrimiento del verdadero delincuente. Para obviar cualesquiera resulta, lo envió su madre á Nápoles á seguir la carrera de los estudios; pero apenas puso los pies en la posada, cuando fué insultado de una mujer lasciva con tan fuerte violencia, que para librarse de tan vehemente tentacion, tomó el recurso del antiguo José en Egipto con la mujer de Putiphar perdiendo toda su ropa. Y viéndose combatido contra una virtud que era el objeto de sus mas fuertes empeños, hizo ante Dios voto de perpetua castidad, prometiendo conservarla inviolable todo el discurso de su vida, como lo cumplió sostenido de la divina gracia.

Los conocimientos que adquirió Andrés en los primeros estudios pudieron ser profundos; pero solo sirvieron para escitar en un jóven llamado para cosas grandes el deseo de aumentarlos en otras ciencias mayores, donde se consuma el ingenio, y se fecunda el entendimiento con ideas mas sublimes. Con esta mira se aplicó á estudiar filosofía, teología, y derecho canónico y civil; y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, acompañados estos de una aplicacion continua, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias, y recibió con universal aplauso el grado de doctor en ambos derechos. Pero lo mas prodigioso fué, que ni la multitud, ni la diversidad de estudios pudieron jamás resfriar el fervor, ni disminuir la devocion de Avelino. Es lo cierto, que se veia tan asistente á los templos como á las escuelas, aquí haciendo honor á la doctrina de sus maestros, y allí emulando á los ángeles en el amor y respeto á la Majestad divina.

Como á los conocimientos de la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos del estado mas perfecto, supuestos aquellos en nuestro Santo, resolvió abrazar el sacerdocio, para el que se dispuso con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas del amor divino. Apenas se vió revestido con el sagrado carácter, creyéndose llamado para la salvacion de las almas, comenzó á darlas á gustar las verdades eternas de que Dios le habia dado tan altos conocimientos. Ya ministro del altar, solo buscaba medios de santificarse cada dia mas y mas: halló estos auxilios en la direccion del padre D. Pedro Foschareni, doctor parisiense, que habiendo renunciado las mayores dignidades que el siglo ofreció á su distinguido nacimiento, á su gran sabiduría, y su eminente virtud, se retiró á la religion de los Teatinos, y se hallaba á la sazon prepósito de la casa de S. Pablo de Nápoles; y se acabó de perfeccionar con el trato del venerable padre Juan Marinonio, que fué compañero de S. Cayetano en la fundacion de Nápoles.

Seguia Avelino la abogacía en la curia eclesiástica, conforme al espíritu de los sagrados cánones. Hallábase muy empeñado en la defensa de un sacerdote íntimo amigo suyo: dijo una mentira artificiosa en el discurso no advertida por entonces con el fuego y vehemencia que se produjo; pero leyendo despues en la santa Escritura que la boca que miente da muerte al alma, fué tan grande el dolor que concibió por aquel defecto, que no satisfecho con el propósito de separarse enteramente de la abogacía, desde el momento que confesó su culpa deshecho en lágrimas, hizo á su cuerpo víctima de las mas asombrosas penitencias, teniendo en su casa cinco ó seis horas de oracion diariamente; y encendido en vivísimos deseos de aspirar á la cumbre de la perfeccion, hizo en manos de su director Marinonio dos votos tan arduos y tan singulares, que sin especial gracia del Espíritu Santo seria imposible cumplirlos. El uno, *de negarse siempre en todo á su propia voluntad*. Y el otro, *de adquirir un grado de perfeccion todos los dias*. Los cuales cumplió exactamente.

Regia por aquel tiempo la iglesia de Nápoles monseñor Escipion Rebiba, vicario general del arzobispo D. Juan Pedro Carrafa, cardenal teatino, despues sumo pontífice con el nombre de Paulo IV. Sentia la relajacion que el espíritu de la discordia habia introducido en el monasterio de S. Miguel de Nápoles de religiosas benedictinas; y deseando hallar un sugeto capaz para la reforma de aquella ilustre comunidad, con acuerdo del padre Marinonio, echó mano de Avelino, confiado en que su zelo, su virtud y su gran sabiduría podria conseguir el deseado efecto. Aceptó el Santo por obediencia aquella ardua empresa, y conociendo que para las de esta clase no son suficientes las fuerzas de la naturaleza, apeló á las de la gracia por medio de oraciones fervorosas y de rigurosas penitencias. Valióse de todos los arbitrios que le dictó su prudencia, y de los que pedia la virtud en este caso; y aunque tuvo el consuelo de lograr el fin en el comun de aquellas religiosas, no lo pudo conseguir en todas, especialmente en una jóven ciegamente apasionada de un caballero insolente, que resentido de las ya amorosas, y ya fuertes y nerviosas exhortaciones del Santo, se valió de un asesino para que le diese muerte. Dióle éste con efecto dos heridas, de las cuales una se presumió mortal; pero el Señor lo conservó, porque le guardaba para mayores empresas. Supo el virey la atrocidad del atentado; hizo las mas vivas diligencias para saber el delincuente; mas Avelino usó de mas medios para ocultarlo, que la justicia en descubrirle. Bien que si se libró del poder de ésta por la caridad del Santo, no de la justicia divina, que vengó la injuria hecha á su siervo con las desgraciadas muertes del asesino y del jóven autor del sacrilegio. Quiso el vicario general de Nápoles, luego que ascendió á ser general de Pisa, premiar el mérito de Andrés promoviéndole á un obispado; pero el Santo rehusó con apostólico desinterés la dignidad, y distribuyó el precio de las vestiduras que le envió en los pobres, y ornamentos de la Iglesia.

Libre ya Avelino de las pasadas fatigas, resolvió dedicarse al servicio del Señor en el estado religioso. Acababa de fundar en la Iglesia su célebre religion S. Cayetano con el objeto de renovar

la idea de la vida apostólica que observaron los primitivos fieles, siendo un modelo de la pobreza evangélica y del fervor con que se interesaban los eclesiásticos de los primeros siglos en conservar la pureza de la fe, en mantener el culto divino en todo su decoro, y en reformar las costumbres del pueblo cristiano. Agradó mucho á Andrés aquel admirable instituto; manifestó á los religiosos de la casa de S. Pablo de Nápoles su determinacion, y como era tan pública su eminente virtud, le recibieron llenos de gozo en la vigilia de la Asuncion de la santísima Vírgen del año 1556, á los treinta y seis de su edad, y treinta y dos del establecimiento de la religion de los teatinos.

No es fácil esplicar el fervor con que entró nuestro Santo en la religion. Ningun novicio le hizo ventajas en correr por el camino de la perfeccion, ni ninguno le escedió en los esmeros, ni en la exactitud de la observancia regular. Luego que hizo su profesion, en la que se mudó el nombre de Lanceloto en el de Andrés por la grande devocion que profesaba al apóstol S. Andrés, con quien era unánime en el amor á la santa cruz, quiso visitar personalmente los santos lugares que se veneran en Roma. Y habiendo partido á esta espedicion, sin que le estimulase la natural curiosidad en ver y celebrar las grandezas de la capital del mundo, se ocupó únicamente en visitar con tiernas lágrimas los sepulcros de los ilustres mártires que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, y envidiando sus triunfos se encendió en vivísimos deseos de padecer martirio. Despues de estos ejercicios, y de haber consultado á los primeros sugetos del órden, que pudieran imprimir en su alma las ideas mas sublimes sobre perfeccion, volvió á Nápoles. Persuadida la religion que el espíritu de Andrés era muy á propósito para la direccion de otros, le destinó al empleo de maestro de novicios, y convencido que el ejemplo era la leccion mas eficaz, se dedicó con un nuevo fervor á la práctica de la oracion, de las humillaciones y asombrosas penitencias, á fin de alentar á los jóvenes á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados. Predicábales de continuo el mismo sermon que á sus discípulos el evangelista S. Juan, á saber: *Hermanos, no amemos solo con las palabras y la lengua, sino con las obras en verdad;* añadiéndoles á esto, que sin la oracion y la mortificacion no era posible que alguno fuese perfecto religioso. Bajo cuyas sólidas máximas, y otros no menos importantes documentos, salieron de su escuela muchos alumnos capaces de recomendar el instituto en los principios de su establecimiento.

Hiciéronle prepósito de la casa de S. Pablo de Nápoles, y á

muy breve tiempo se conoció cuanto puede un prelado santo á la frente de una comunidad. La estremada caridad con que trataba á sus súbditos, la prontitud con que atendia á socorrer todas sus necesidades, su afabilidad y urbana cortesía, acompañadas siempre de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos los religiosos; y valiéndose Andrés de este afecto reverencial, les alentaba con su ejemplo á observar el espíritu del apostólico instituto. Pero sintiendo en el alma el poco zelo de algunos tibios en el culto divino, que era el fuerte de todas sus atenciones, solia decir con frecuencia: *Antiguamente los sacerdotes eran de oro, y los cálices de leño; pero al presente son éstos de oro, y aquéllos de leño.*

Las ocupaciones de su empleo no impedian al santo prelado para que dejase de practicar con toda clase de necesitados los oficios de su ardiente caridad. A todos alcanzaba; á los pobres, á los enfermos, á los encarcelados, á los difuntos, y hasta á los enemigos. Todo era para todos, y no habia necesidad que no mirase con derecho á socorrerla. No practicó estos oficios solo dentro de la ciudad de Nápoles, sino en los pueblos contiguos, sin detenerle los trabajos, las incomodidades, los peligros, ni aun las esposiciones de su vida; no siendo fácil comprender como podia atender un hombre solo á tan penosas fatigas, las que practicó con mas libertad luego que se descargó del empleo de superior, y se dedicó enteramente á ganar almas para Dios por medio de la predicacion y ministerio del confesonario, donde oia con una admirable paciencia, y con una muy particular discrecion á toda clase de penitentes, sin aceptacion de personas, logrando, á virtud de su infatigable zelo, muchas verdaderas conversiones de pecadores irresistibles á la eficacia de su voz.

No le robaron todas estas ocupaciones y otros innumerables ejercicios de devocion y piedad tanto el tiempo, que no le diesen lugar para responder á muchas consultas, y para componer utilísimos escritos, que nos dan bastante idea de su gran sabiduría. En la biblioteca de S. Pablo de Nápoles se conservan varios tratados teológicos, espositivos, ascéticos y predicables, y mas de tres mil cartas instructivas, de las cuales aseguran diferentes escritores, que una de ellas solia hacer mas fruto que muchos sermones de otros oradores elocuentes. No es estraño, pues siempre consultaba con Dios lo que escribia, practicando por sí lo que persuadia á otros.

Fundó en el año 1570 S. Cárlos Borromeo en Milan una casa para los religiosos teatinos, y pasó á ella en clase de vicario

Andrés. Anhelaba por su arribo S. Cárlos, quien por el grande concepto que tenia formado de su eminente virtud, le salió á recibir fuera de las puertas de la ciudad. Los progresos que Avelino hizo todo el tiempo que se mantuvo en Milan en favor de los prójimos, no pueden esplicarse fácilmente; basta decir que en el hambre y peste general que ocurrieron en aquella ciudad en dos años continuos, se dejó ver en la primera mártir de la abstinencia, porque otros vivieran de su sustento; y en la segunda ofreció repetidas veces su vida en sacrificio de los apestados, á quienes asistia con fervorosa caridad, suministrándoles todos los auxilios espirituales y corporales que necesitaban en tan lamentable constitucion.

Deseó el cardenal Pablo Arezo, obispo de Plasencia, connovicio que habia sido con Andrés, establecer los religiosos teatinos en aquella ciudad, para lo cual ofreció á la religion la iglesia de S. Vicente mártir. Enviaron á Avelino por superior de aquella nueva casa; y no reduciéndose sus desvelos solo á las fatigas de la nueva ereccion, se estendieron á beneficiar á todo el pueblo, cuyas costumbres mudaron de semblante por su actividad. Tambien emprendió su caridad la fundacion de una casa de recoleccion de mujeres perdidas, en las que se vieron á muy breve tiempo admirables frutos de arrepentimiento, debidos al infatigable zelo del santo fundador, quien se interesó asimismo en la reforma del clero, que padecia una sensible relajacion. Y pudieron tanto sus exhortaciones, su doctrina y su ejemplo, que lograron el fin deseado, sobre lo cual se elogió su mérito en el proceso que se hizo para su canonizacion.

Envidioso el enemigo comun de los progresos de Andrés, no satisfecho su diabólico furor con los malos tratamientos, y con crueles golpes que le hizo padecer, procuró desacreditarlo para con el duque de Parma y Plasencia, valiéndose para ello de ciertos ministros perversos, los que informaron á aquél que era Avelino un hipócrita bajo la máscara de una aparente modestia; añadiéndole, que aunque en su vestido esterior parecia pobre, en el interior escedia los límites religiosos. Hicieron en el duque estas calumnias alguna leve impresion; pero rezelándose que pudieran ser efecto de la envidia, inspeccionando por sí todo lo contrario de la siniestra delacion, sobre pedirle perdon de su leve credulidad, creció desde entonces mas su estimacion, y se sujetó á su direccion.

Concluida la prelacía de Plasencia, se le nombró visitador de la provincia de Lombardía, y en muy breve tiempo esperimentaron aquellas casas los efectos del visitador, tan santo, como

zeloso y sabio. No quedaron estos reducidos dentro de los límites del claustro, pues no teniendo la ardiente caridad del siervo de Dios domicilio fijo, ni estado determinado, todos los pueblos participaron de su beneficencia. En tiempo de esta comision quiso Dios probarlo, para acrisolar mas su virtud, con grandes desconsuelos, imaginaciones fatales y mortales angustias; pareciéndole que todos sus trabajos y fatigas eran desagradables á los ojos del Señor, y que de nada le servia esmerarse en la salvacion de otros, no haciéndolo por la suya, la cual se le representaba dudosa. Pero cuanto mas crecian sus penas y sus congojas, era mas puntual y mas exacto en todos los ejercicios espirituales. Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa luz á las tristes tinieblas, y dispensándole Dios sus celestiales consuelos, haciéndole estos olvidar todos los tormentos pasados, de allí adelante todos fueron escesos de amor divino, en los que se abrasaba continuamente en un modo muy sensible.

Apenas acabó su visita, le hicieron prepósito de la casa de Milan; y como en aquella ciudad era tan conocida su eminente santidad, fué inesplicable el gozo que tuvieron los ciudadanos en esta eleccion. Sobre todos fué mayor el de S. Cárlos Borromeo, prometiéndose conocidas ventajas en sus súbditos, teniendo á su lado este zeloso operario del Padre de familias. No salieron frustradas sus esperanzas, pues esmerándose Andrés en satisfacer la confianza de aquel eminentísimo prelado, interesó toda su reputacion en el destierro de los abusos del pueblo, y en la reforma del clero. Y continuando sin intermision ni descanso en solicitar el bien de las almas, sin faltar un punto á la observancia regular, tuvo la dicha de ver á Jesucristo rodeado de un brillante resplandor, alentándole á que siguiese en sus agradables empresas.

Concluido el trienio de aquella prelacía volvió segunda vez con el mismo cargo á Plasencia, y de aquí á Nápoles con igual empleo. Despues se le nombró visitador de las provincias romana y napolitana, y observando la misma conducta que en las prelacías y visita anterior, conservó la disciplina regular en el fervor primitivo, promovió el culto divino, y fomentó las virtudes de sus súbditos animados con su ejemplo. Y como si no hubiera nacido mas que para prelado este hombre verdaderamente digno de los mas altos elogios, que solo deseaba santificarse en las humillaciones de súbdito, supo conciliar las obligaciones de superior con los despreciables sentimientos que tenia formados de sí para mayor justificacion. Pero lo mas admirable fué, que ni los honores, ni los empleos, ni la multitud de ocupaciones pudieron alterar su recogimiento interior, ni retraerle de sus santos ejercicios.

Seria necesario un estenso volúmen para referir individualmente la práctica de sus heróicas virtudes, tanto teológicas, como cardinales y morales, acompañadas siempre de asombrosas mortificaciones. Su ayuno pudó decirse casi continuo, y su abstinencia admirable. Lo regular de su comida eran yerbas viles y despreciables sin mas condimento que agua sola. Su descanso era el de cuatro horas que permitia al sueño, el cual tomaba de ordinario vestido, y muchas veces sobre el desnudo suelo, ó sobre un jergon de paja, que éra su cama, convertido en tabla por su dureza. Todos los dias afligia su cuerpo con sangrientas disciplinas; y además del cerco de hierro con que estaba ceñido, domaba su carne con una cadena y otros ásperos cilicios con que lograba tenerla siempre sujeta á la servidumbre de la razon. En la bula de su canonizacion se dice en elogio de su rigor, *que con la espada de la mortificacion se hizo una víctima sagrada de la penitencia, ofreciéndose á sí mismo en sacrificio al Señor.* Y hablando el mismo breve apostólico del eminente grado á que llegó su oracion, espresa, que pudo decirse oraba de continuo sin intermision, pues su espíritu estaba siempre trasportado en Dios, logrando el beneficio, cuando estaba en este santo ejercicio, de que ninguna cosa criada le pudiera distraer de las dulces contemplaciones de su Dios.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el grande amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que alguno otro le escediese en el amor del Salvador del mundo. Si éste era grande, no fué menor el que tuvo á su santísima Madre, pudiéndose decir con seguridad, que no hubo bienaventurado que profesase á la Reina de los ángeles mas cordial, mas tierna, ni mas afectuosa devocion, ni que mas se interesase en propagar sus glorias, acreditándolo así desde que nació hasta que espiró.

Quiso Dios acrisolarle por medio de graves enfermedades complicadas con agudísimos dolores, pero en todas dió admirables ejemplos de paciencia y de resignacion con la divina voluntad. En una que padeció cuatro años antes de su muerte, se le renovaron los antiguos temores sobre su salvacion, y anegado en mortales congojas, se le aparecieron S. Agustin y Sto. Tomás de Aquino, sus especiales abogados, á quienes preguntó: *Santos mios, ¿qué nuevas me traeis de mi salvacion? ¿habrá en el paraiso algun lugar para este grande pecador?* Y respondiéndole los Santos de modo que quedase consolado, se tranquilizó.

Finalmente, sabedor de la hora de su muerte, la que habia predicho á varias personas en uso del don de profecía con que el

Señor quiso recomendar su santidad, llegó el dia lunes 10 de noviembre de 1608, en que cumplia el Santo casi los ochenta años de su edad; y á pesar de la debilidad en que se hallaba, salió de su aposento para celebrar el santo sacrificio de la misa, á fin de disponerse con el refuerzo del soberano alimento para el tránsito que esperaba en el mismo dia. En vano le procuraron disuadir de aquel empeño cuantos vieron su imposibilidad, pues cuanto mas se acercaba al fin, tanto mas deseaba unirse con el principio. Llegó con mucho trabajo al altar de S. José, y al comenzar el introito fué asaltado de un accidente apoplético, que le hizo caer en los brazos del que le ayudaba á misa. Llevároule á su aposento, y dando lugar el accidente á que se le administrasen los últimos sacramentos, habiéndolos recibido con aquel fervor propio de su espíritu, todo abrasado en el amor de Dios, quedándose en una dulce contemplacion, se vió de repente su rostro inflamado y negro, turbada la vista, y sin concierto sus movimientos. Turbáronse todos los asistentes, acordándose que el Santo habia profetizado muchas veces, que en la hora de la muerte tendria un horroroso combate con el demonio. Tambien observaron que en aquella angustia ponia por instantes los ojos en una devota imágen de la santísima Vírgen, de quien tenia dicho en vida que le favoreceria en un fiero ataque que tendria en la muerte con el enemigo infernal. Creyeron los religiosos ser aquel el caso de sus predicciones, y con efecto declaró despues el venerable padre D. Jaime Torno, varon esclarecido en santidad, que se halló presente, que vió al demonio en forma de un etiope formidable sobre Andrés, apretándole la garganta en términos que lo ponia á espirar; pero que poniendo un dogal á aquel monstruo un ángel del Señor, castigó su insolencia, y le hizo huir con confusion. Despues de lo cual volviendo el rostro del Santo á su antigua hermosura mirando con risueños ojos á la santísima Vírgen, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 10 de noviembre de 1608. Despues que tuvieron los religiosos el venerable cadáver tres dias en el féretro para satisfacer la devocion de los innumerables concursos que venian á venerarle, le dieron sepultura en la bóveda de la misma casa de Nápoles sita tras del altar mayor. Pero aumentándose cada dia la fama de su santidad, fué trasladado á la capilla de S. José.

La multitud de los milagros que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su siervo, movió á la religion, á varios pueblos, príncipes y soberanos, entre ellos Felipe III y Luis XIII, reyes de España y Francia, á que suplicasen á la Santa Sede por su beatificacion. Y resultando plenamente justificadas sus heróicas

virtudes y milagros auténticos en los procesos apostólicos que se formaron en los pontificados de Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII., le declaró éste Beato en el dia 31 de agosto de 1624. Y despues le canonizó la santidad de Clemente XI en el 22 de mayo de 1712, á presencia de treinta y dos cardenales, cincuenta y siete patriarcas, arzobispos y obispos, juntamente con S. Pio V, S. Felix de Cantalicio, y Sta. Catalina de Bolonia.

SANTA TEOTISTE, VÍRGEN Y SOLITARIA.

No hay cosa mas admirable que la sabiduría de Dios: sus golpes desconciertan toda la prudencia humana, y se abre caminos que esta no puede penetrar, tan distantes de los caminos de los hombres, como lo está el cielo de la tierra. Sobre todo resplandece la divina sabiduría en el modo con que gobierna á los Santos, como lo vamos á ver en la vida de Sta. Teotiste, para lo cual es menester tomar el hilo un poco mas arriba. Fueron algunos cazadores á la isla de Paros, que es muy abundante en ciervos y otros animales silvestres: entraron en una iglesia de la santísima Vírgen medio arruinada; pero que todavía presentaba á la vista algunos trozos en que se descubria no sé qué aire de augusto, y daban á entender la antigua magnificencia de la fábrica. Algunas reliquias felizmente escapadas al furor de los que la habian destruido, elevaban un frontispicio respetable que hacia mas sensible la ruina del suntuoso edificio. Estando los cazadores mirándolo todo con atencion, vieron venir hácia ellos un solitario, cubierto con una túnica de pieles, el semblante pálido, los pies descalzos; pero con un semblante que tenia cierto no sé qué de angelical. Luego que se acercó á los cazadores, los saludó, y estos le correspondieron. Suplicáronle que los dijese su nombre, su patria, si estaba solo en aquel desierto, y en fin, toda la historia de su vida. Respondiólos el siervo de Dios: No os puedo dar razon de mi patria, de mi familia, ni de las demás cosas de que se glorian los hombres del mundo: todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, y ninguna cosa de las que pasan con el tiempo me merece atencion. Dios es mi padre y mi señor; por solo su amor vivo mas ha de treinta años en este desierto. Yo me llamo Simeon, y toda mi grandeza consiste en que soy un pobre monge, aunque por otra parte condecorado con la dignidad del sacerdocio, y con la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo. Los que oyeron esta conversacion, llenos de profundo respeto, se arrojaron á sus pies; pero él los levantó, díjoles algunas co-



STA. TEOTISTE V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtudes y milagros auténticos en los procesos apostólicos que se formaron en los pontificados de Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII., le declaró éste Beato en el dia 31 de agosto de 1624. Y despues le canonizó la santidad de Clemente XI en el 22 de mayo de 1712, á presencia de treinta y dos cardenales, cincuenta y siete patriarcas, arzobispos y obispos, juntamente con S. Pio V, S. Felix de Cantalicio, y Sta. Catalina de Bolonia.

SANTA TEOTISTE, VÍRGEN Y SOLITARIA.

No hay cosa mas admirable que la sabiduría de Dios: sus golpes desconciertan toda la prudencia humana, y se abre caminos que esta no puede penetrar, tan distantes de los caminos de los hombres, como lo está el cielo de la tierra. Sobre todo resplandece la divina sabiduría en el modo con que gobierna á los Santos, como lo vamos á ver en la vida de Sta. Teotiste, para lo cual es menester tomar el hilo un poco mas arriba. Fueron algunos cazadores á la isla de Paros, que es muy abundante en ciervos y otros animales silvestres: entraron en una iglesia de la santísima Vírgen medio arruinada; pero que todavía presentaba á la vista algunos trozos en que se descubria no sé qué aire de augusto, y daban á entender la antigua magnificencia de la fábrica. Algunas reliquias felizmente escapadas al furor de los que la habian destruido, elevaban un frontispicio respetable que hacia mas sensible la ruina del suntuoso edificio. Estando los cazadores mirándolo todo con atencion, vieron venir hácia ellos un solitario, cubierto con una túnica de pieles, el semblante pálido, los pies descalzos; pero con un semblante que tenia cierto no sé qué de angelical. Luego que se acercó á los cazadores, los saludó, y estos le correspondieron. Suplicáronle que los dijese su nombre, su patria, si estaba solo en aquel desierto, y en fin, toda la historia de su vida. Respondiólos el siervo de Dios: No os puedo dar razon de mi patria, de mi familia, ni de las demás cosas de que se glorian los hombres del mundo: todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, y ninguna cosa de las que pasan con el tiempo me merece atencion. Dios es mi padre y mi señor; por solo su amor vivo mas ha de treinta años en este desierto. Yo me llamo Simeon, y toda mi grandeza consiste en que soy un pobre monge, aunque por otra parte condecorado con la dignidad del sacerdocio, y con la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo. Los que oyeron esta conversacion, llenos de profundo respeto, se arrojaron á sus pies; pero él los levantó, díjoles algunas co-



STA. TEOTISTE V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas devotas, y despues calló. Uno de los circunstantes le rogó que los declarase lo que le pasaba entre Dios y él; á lo que respondió: Yo no soy digno de favores estraordinarios; retiréme á esta soledad para llorar mis pecados, y no para tener revelaciones celestiales. Habiendo dicho esto, hizo sentar al que refiere esta historia y á los demás compañeros suyos sobre la verde yerba, junto á una fuente de agua dulce que corre por aquel sitio de silencio y de paz. Sentados todos en aquella verde alfombra, que la estendia la misma naturaleza, nuestros forasteros hicieron varias preguntas al solitario, que respondió á todas con mucho agrado y candor. Despues le rogó uno de los cazadores que contase alguna maravilla del Señor, para que éste fuese alabado y glorificado, y él refirió la historia siguiente:

«Una partida de cazadores de Eubia, que todos los años venian á esta isla á caza de ciervos, arribó á ella; y uno de ellos, hombre bueno, y que cuidaba de la salvacion de su alma, me refirió una maravilla digna de la magnificencia del Señor, que obra cuando es su voluntad prodigios superiores á todo lo que podemos concebir. Dijo, pues, que habiendo entrado hácia el anochecer en la iglesia de nuestra Señora para hacer oracion, al salir de ella reparó un poco de agua en un hoyo, y que en ella se estaban remojando unas lentejas, cuyo rústico alimento le hizo creer que sin duda habitaba algun solitario en aquel desierto. Concluido lo que tenia que hacer con sus compañeros, volvió en diligencia movido del deseo de conocer el ángel humano que habitaba aquella retirada soledad, y con efecto reconoció una sombra hácia el lado del altar; y como se levantaba para acercarse á ella, oyó una voz que le dijo: *Detente, hombre, y no pases adelante: soy una mujer, estoy desnuda, y no puedo ser vista en este estado.* Al oir esto, le ocupó tal terror, que se le erizaron los cabellos, y casi perdió del todo el conocimiento; pero volviendo finalmente en sí, y recobrando el ánimo, preguntó á la criatura que habia formado aquella voz, quién era, y cómo se hallaba en aquel desierto; á que le respondió: *Arrójame acá tu capa, y en cubriéndome, sabrás lo que Dios quiere que sepas.* Arrojóla su capa el cazador, y salió de la iglesia para darla mas lugar á recogerla y á cubrirse. Volvió á entrar en ella, y vió á una persona que estaba en pié, los cabellos todos blancos, la piel denegrida de los ardores del sol, cubriendo unos descarnados huesos; en fin, un animado esqueleto. Sobresaltado con la vista de aquel objeto, mucho mas que le habia atemorizado su voz, se estremecia de horror, arrepentido ya de su curio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sidad; pero alentado algun tanto, rogó á la que le parecia ser una sombra que le echase su bendicion: ella entonces volvió el rostro hácia el oriente, y para desengañarle de que la que le hablaba no era alguna fantasma sino una persona humana, levantó las manos al cielo, y pronunció algunas palabras que no entendió el cazador, y volviéndose despues á él, le dijo: *Hombre, Dios te haga misericordia: ¿quién te ha traido aquí? ¿á qué has venido á una isla inhabitada? Pero pues Dios te condujo á ella ahora sabrás lo que deseas saber*, y dió principio á su relacion de esta manera:

«Yo soy originaria de Lesbos, me llamo Teotiste, soy religiosa de profesion: perdí á mis padres desde mi tierna infancia: pusiéronme en un monasterio de monjas, donde tomé el hábito, y habiendo salido de él á los diez y ocho años de mi edad para ver á una hermana mia casada en una aldea cercana y pasar con ella las pascuas, los corsarios árabes de Candía entraron una noche en la aldea, saqueáronla, llevároronse cautivos á todos los vecinos, y á mí con ellos. Retiráronse despues los piratas á la isla de Paros para repartir el botin, y yo logré escaparme, escondiéndome entre unas zarzas y matorrales que toda me cubrieron de sangre, y pasé la noche con dolores: ¡pero qué consuelo fué el mio por la mañana cuando ví que los piratas se habian vuelto á su navío, y yo me habia escapado de sus manos! Fué tanto el gozo que tuve, y estaba tan ocupado de él mi corazon, que no sentia el dolor de mis heridas. Mas ha de treinta y cinco años que estoy gozando las delicias de la soledad, sustentándome con las yerbas que nacen en el desierto; pero mucho mas con la palabra de Dios.» Luego que acabó de hablar, levantó las manos al cielo, y dió gracias al Padre celestial que derrama sus favores sobre toda criatura, y llena á todo animal de bendiciones. Añadió despues: «Ya te he hecho relacion de mi vida; pero te pido una gracia en nombre de Jesucristo; y es, que cuando el año que viene vuelvas á cazar á esta isla, me traigas el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque desde que estoy aquí no he merecido comer el pan celestial.» Dicho esto, y encargándole el secreto, le despidió enviándole á sus compañeros; pero tan preocupado de todo lo que habia visto, que no podia pensar en otra cosa que en el rico tesoro que habia dejado en aquella soledad. Volvió el año siguiente, y no dejó de llevar el pan de la vida de que estaba tan hambrienta la solitaria. No bien la descubrió el cazador, cuando se postró en tierra por respeto; pero ella, deshaciéndose en lágrimas, le comenzó á gritar: *¿Qué haces, amigo carísimo, qué haces? Acuérdate de que traes contigo el divino don;* y acercándose á él, le cogió por la capa y le levantó. Entonces sacó éste la cajita donde traia el pan de los ángeles, y á vista de aquel precioso vaso que encerraba los tesoros del cielo, ¿quién podrá esplicar lo profundo de su veneracion y de su respeto? Aniquilábase en la presencia del Dios del amor, siendo la abundancia de sus lágrimas y la ternura de sus amorosos suspiros intérpretes fieles de los afectos de su corazon: centelleaba en sus ojos el fuego del amor divino, y toda la postura era de una persona amorosamente enternecida al considerar la amabilidad de Jesucristo. ¡Pero á qué altura subieron sus incendios cuando recibió en el sacramento al mismo amor! El esceso de este la hizo prorumpir en la siguiente oracion, llena de viva confianza: *Ahora, Señor, dejad ya ir á vuestra sierva en paz, pues que mis ojos han visto á mi Salvador. Ya recibí el perdon de mis pecados, y me voy adonde lo ordena vuestro poder.* Dicho esto, se quedó arrobada en Dios con un éstasis que duró largo tiempo; y vuelta en fin en sí, dió las gracias al que la habia traido el tesoro celestial, deseándole mil bendiciones. Algunos dias despues, concluida la caza felizmente, volvió el cazador á despedirse de la solitaria; pero la solitaria descansaba ya en el seno del Señor. Muchas acciones de su vida quedaron escondidas á nuestra noticia; y el venerable Simeon, que refirió esta historia á nuestros cazadores, se lamentaba de que Teotiste, la solitaria, no hubiese tenido otro segundo Zósimo que dejase á la posteridad relacion individual de muchas cosas tan dignas de no ser ignoradas de los hombres. Admiremos aquí la providencia de Dios que saca á una tierna doncella de entre las manos de los corsarios árabes, la sustenta por largo tiempo en el desierto, y en fin la proporciona el consuelo de recibir el alimento celestial, y recibido la lleva á la inmortal gloria. ¡Oh mi Dios, y quién se arrepintió jamás de haberte servido!

La misa es en honor de S. Andrés, y la oracion la siguiente:

O Dios, que dispusiste en el corazon del bienaventurado Andrés tu confesor admirables elevaciones hácia tí, por el arduo voto que hizo de aprovechar todos los dias en las virtudes: concedednos por sus méritos é intercesion ser de tal suerte participantes de la misma gracia, que ejecutando siempre lo mas perfecto, caminemos felizmente hasta la cumbre de tu gloria. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Bienaventurado el varon que se encontró sin mancha, y que no se condujo tras el oro, ni esperó en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? El que hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este desinterés y fué perfecto, será la gloria eterna. Pues pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantó, y hacer cosas malas, no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la Iglesia de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

El que ama al mundo, no ama á Dios. Esta es una verdad de fe que condena á muchos, y que la comprenden pocos; mas no por eso deja de ser menos verdad. No hay cosa mas opuesta á la religion que el espíritu del mundo, ni mas contraria al espíritu del Evangelio; pues Jesucristo no tuvo mayor enemigo que el espíritu del mundo: casi se puede decir que los mundanos piensan en el dia de hoy de la religion y de la devocion, con corta diferencia como pensaban los gentiles en otro tiempo del cristianismo. No es tan cruel su persecucion, pero no es menos viva. Si no está muerta, está muy apagada la fe en el corazon de los mundanos. Los impíos discursos que se oyen sobre los puntos capitales de la religion, el desprecio con que se tratan las decisiones y los preceptos de la Iglesia, todo esto no prueba mucha pureza, ni mucha firmeza en la fe. Pásanse en el juego los dias y las noches; concúrrese con una especie de furor á los espectáculos profanos, y si se ven algunas concurrencias á tales cuales funciones sagradas, van acompañadas de mil irreverencias y de mil profanidades. La oracion tan indispensable á los cristianos, los ayunos y abstinencias de precepto, las devociones tan importantes, y la frecuencia de sacramentos tan necesaria, ¿qué lugar ocupan hoy en el corazon de aquellas gentes que están empapadas en el espíritu del mundo? Casi se mira con lástima á los que se ocupan en devociones, hácese un alto desprecio de la mayor parte de los actos de la religion, y se les trata de devociones populares, de manera que parece que es la irreligion el carácter de los mundanos. No solo se avergüenzan muchos del Evangelio, sino es que algunos, y no pocos, parece como que se honran con la disolucion, faltando poco para que la modestia y la virtud se califiquen por pruebas de villanía. En el gran mundo no gusta la licencia de mascarilla, pues se hace gala de ser indevoto y libertino; cuyas reflexiones son tanto mas dolorosas, cuanto mas demostrables por el mayor número de los hechos. No habrá caridad tan ciega ó tan escesiva que pueda hacer otro juicio á vista del aire, de los discursos y de la conducta escandalosa que se palpa en los parciales de las máximas del mundo, enemigos declarados de la moral y de la doctrina de Jesucristo. Pero al fin el mundo pasa, esa fiera mundanidad cae, las falsas brillanteces se apagan de repente: esas representaciones teatrales tienen fin, y la comedia dura hasta el sepulcro. Entonces dispierta la razon, vuelven á encenderse las luces de la fe, se restituye á la religion en la posesion de todos sus derechos: quítase el mundo la máscara y se hace justicia á la virtud cristiana; cada cual se hace justicia á sí mismo: condena sus errores, sus estravagancias y sus descaminos; pero *venit nox quando nemo potest operari.* (*Joan.* 6.) Si ya va á entrar la noche, ¿será tiempo de dar principio al trabajo?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina, dijo á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros riñones, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su Señor, les encontrare vigilantes. En verdad os digo: que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Felices si así los encuentra, aunque venga en la segunda ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido; porque si el Padre de familias supiere la hora en que pudiera venir el ladron, velaria sin duda, para no dejarle escalar su casa; estad vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no penseis.

MEDITACION.

El espíritu del mundo es señal de reprobacion.

Punto primero.—Considera, que nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo que el espíritu del mundo, pues se opone á todas las leyes y á todos los ejemplos del Evangelio. El es el tirano de los siervos de Dios, que estableció su trono en Babilonia. Las

leyes del espíritu del mundo son las pasiones, ó á lo menos á ellas solo se consulta para publicarlas. En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta, y esto es el gran motivo de su puntual observancia.

Pregunto, ¿el lenguaje del mundo es muy cristiano? El es órgano de sus ideas y el intérprete de sus deseos. El es la arenga de las pasiones, y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devocion parecen griegas á los mundanos; ¿y á vista de esto nos admiramos que el Salvador reprueba un espíritu contrario al suyo?

¿Cuáles son las máximas del mundo? Todas las que condena Jesucristo. Dictámenes orgullosos, ambiciosos proyectos, codicia desmedida, amor propio sin límites, artificios, engaños, envidias, enemistades, juegos, espectáculos, enredos, negociaciones y divertimientos, no reconocen otra regla que las máximas del mundo. Cotéjalas con la del Evangelio, y advertirás que no puede haber contrariedad mas sensible. Y si es señal indispensable para salvarse vivir segun las máximas de Jesucristo, ¿qué señal mas cierta de reprobacion que seguir las máximas del mundo?

Punto segundo. — Considera que basta una tintura superficial de la religion para reconocer y para palpar, que el espíritu del mundo es inseparable del espíritu de reprobacion. ¿Qué concepto haríamos de la religion cristiana si viésemos que igualmente se salvaban los que siguen las máximas de Jesucristo, que los que siguen las máximas del mundo, diametralmente contrarias á aquéllas?

Pongamos los ojos en aquellos modelos de santidad, cuya memoria celebramos todos los dias; y si nos deslumbra el resplandor de tan brillantes modelos, fijemos la consideracion en los buenos cristianos que lograron su salvacion. ¿Creeremos acaso que se gobernaron por las máximas del mundo? ¿Hallan una sola palabra en el Evangelio, que asegure la salvacion de los que viven segun las máximas mundanas? Esta reflexion es concluyente, y tan palpable, que no habrá hombre de juicio que no la apoye. Pero en medio de esto, siendo tantos los que no conocen otra regla que la del mundo para sus costumbres, ¿en qué consistirá que se vean tan pocas conversiones?

Dichosas aquellas almas que abominan del espíritu del mundo, y viven segun las leyes del Evangelio. Pero el espíritu del mundo es tan sutil, que penetra hasta el mismo santuario. Cierto espíritu de ambicion, de indiferencia, de frialdad, de regalo, de comodidad y de conveniencia, sabe insinuarse hasta en los claustros mas estrechos; y por lo mismo es preciso estar siempre sobre aviso para no dejarse llevar de estas lisonjeras propensiones de la carne, que alienta el espíritu mundano.

Estinguid, Señor, en mí hasta la mas ligera chispa de este pernicioso espíritu. Infundidme tan grande horror á él que nada sea capaz de avergonzarme de seguir el Evangelio. Vuestras máximas, ó divino Salvador, serán en adelante la única regla de mis costumbres y de mi conducta: perdonadme mis pasados desaciertos.

Jaculatorias. — Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ha de durar esa insensibilidad de corazon? ¿Hasta cuándo habeis de amar la vanidad de que está lleno el mundo? (*Psalm.* 4.)

Apartad, Señor, mis ojos de las falsas brillanteces del mundo, que solo son engaño y vanidad. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Para conocer si estás poseido del espíritu del mundo, examina si tus obras se conforman con sus máximas y sus leyes. No hay mundano que no grite contra la injusticia de ellas, y que no se queje de la servidumbre y esclavitud que imponen; pero al mismo tiempo se obedece y se sirve al mundo. Hazte cargo no solo de la injusticia, sino de la estravagancia de la conducta de los mundanos, y resuélvete de hoy en adelante á ser verdaderamente cristiano, dejando de ser mundano. No hagas ahora lo que infaliblemente has de condenar en la hora de la muerte.

2 No basta que tus dictámenes y tus máximas sean cristianas; es menester ignorar hasta el lenguaje de los mundanos. Guárdate bien de aplaudir los abusos y las modas del mundo, ni jamás cites sus estilos en tono que autorice sus desórdenes. Es la cosa mas estravagante que el espíritu del mundo haya de servir de regla á las costumbres de los cristianos. Condena abiertamente sus máximas, y jamás des cuartel á su espíritu. Y si este espíritu repugna á todo cristiano, mucho mas abominable será en las religiones. Escandaliza en una persona religiosa hablar del buen gusto de un traje y del garbo de una mujer mundana. Ciertamente ninguna cosa desacredita mas á una comunidad que tratarse en ella lo que huela á mundo y á sus vanidades.

leyes del espíritu del mundo son las pasiones, ó á lo menos á ellas solo se consulta para publicarlas. En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta, y esto es el gran motivo de su puntual observancia.

Pregunto, ¿el lenguaje del mundo es muy cristiano? El es órgano de sus ideas y el intérprete de sus deseos. El es la arenga de las pasiones, y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devocion parecen griegas á los mundanos; ¿y á vista de esto nos admiramos que el Salvador reprueba un espíritu contrario al suyo?

¿Cuáles son las máximas del mundo? Todas las que condena Jesucristo. Dictámenes orgullosos, ambiciosos proyectos, codicia desmedida, amor propio sin límites, artificios, engaños, envidias, enemistades, juegos, espectáculos, enredos, negociaciones y divertimientos, no reconocen otra regla que las máximas del mundo. Cotéjalas con la del Evangelio, y advertirás que no puede haber contrariedad mas sensible. Y si es señal indispensable para salvarse vivir segun las máximas de Jesucristo, ¿qué señal mas cierta de reprobacion que seguir las máximas del mundo?

Punto segundo. — Considera que basta una tintura superficial de la religion para reconocer y para palpar, que el espíritu del mundo es inseparable del espíritu de reprobacion. ¿Qué concepto haríamos de la religion cristiana si viésemos que igualmente se salvaban los que siguen las máximas de Jesucristo, que los que siguen las máximas del mundo, diametralmente contrarias á aquéllas?

Pongamos los ojos en aquellos modelos de santidad, cuya memoria celebramos todos los dias; y si nos deslumbra el resplandor de tan brillantes modelos, fijemos la consideracion en los buenos cristianos que lograron su salvacion. ¿Creeremos acaso que se gobernaron por las máximas del mundo? ¿Hallan una sola palabra en el Evangelio, que asegure la salvacion de los que viven segun las máximas mundanas? Esta reflexion es concluyente, y tan palpable, que no habrá hombre de juicio que no la apoye. Pero en medio de esto, siendo tantos los que no conocen otra regla que la del mundo para sus costumbres, ¿en qué consistirá que se vean tan pocas conversiones?

Dichosas aquellas almas que abominan del espíritu del mundo, y viven segun las leyes del Evangelio. Pero el espíritu del mundo es tan sutil, que penetra hasta el mismo santuario. Cierto espíritu de ambicion, de indiferencia, de frialdad, de regalo, de comodidad y de conveniencia, sabe insinuarse hasta en los claustros mas estrechos; y por lo mismo es preciso estar siempre sobre aviso para no dejarse llevar de estas lisonjeras propensiones de la carne, que alienta el espíritu mundano.

Estinguid, Señor, en mí hasta la mas ligera chispa de este pernicioso espíritu. Infundidme tan grande horror á él que nada sea capaz de avergonzarme de seguir el Evangelio. Vuestras máximas, ó divino Salvador, serán en adelante la única regla de mis costumbres y de mi conducta: perdonadme mis pasados desaciertos.

Jaculatorias. — Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ha de durar esa insensibilidad de corazon? ¿Hasta cuándo habeis de amar la vanidad de que está lleno el mundo? (*Psalm.* 4.)

Apartad, Señor, mis ojos de las falsas brillanteces del mundo, que solo son engaño y vanidad. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Para conocer si estás poseido del espíritu del mundo, examina si tus obras se conforman con sus máximas y sus leyes. No hay mundano que no grite contra la injusticia de ellas, y que no se queje de la servidumbre y esclavitud que imponen; pero al mismo tiempo se obedece y se sirve al mundo. Hazte cargo no solo de la injusticia, sino de la estravagancia de la conducta de los mundanos, y resuélvete de hoy en adelante á ser verdaderamente cristiano, dejando de ser mundano. No hagas ahora lo que infaliblemente has de condenar en la hora de la muerte.

2 No basta que tus dictámenes y tus máximas sean cristianas; es menester ignorar hasta el lenguaje de los mundanos. Guárdate bien de aplaudir los abusos y las modas del mundo, ni jamás cites sus estilos en tono que autorice sus desórdenes. Es la cosa mas estravagante que el espíritu del mundo haya de servir de regla á las costumbres de los cristianos. Condena abiertamente sus máximas, y jamás des cuartel á su espíritu. Y si este espíritu repugna á todo cristiano, mucho mas abominable será en las religiones. Escandaliza en una persona religiosa hablar del buen gusto de un traje y del garbo de una mujer mundana. Ciertamente ninguna cosa desacredita mas á una comunidad que tratarse en ella lo que huela á mundo y á sus vanidades.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El dichoso transito de san Martin, obispo y confesor, en Tours en Francia, cuya vida fué esclarecida en muchos milagros: mereció entre otras cosas resucitar tres muertos. (*Véase la noticia de su vida en las de hoy.*)

El memorable martirio de san Menas, soldado egipcio, en Cute en Frigia; el cual en la persecucion de Diocleciano, arrojando la insignia de la milicia, mereció ser soldado del Rey celestial, entregándose en el desierto á la contemplacion de las cosas divinas: pero despues saliendo al público y declarando en alta voz que era cristiano, primero fué probado con crueles tormentos y últimamente estando de rodillas en oracion dando gracias á nuestro Señor Jesucristo, fué degollado: despues de muerto resplandeció en muchos milagros. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos martires Valentino, Feliciano y Victorino, en Ravena; coronados en la persecucion de Diocleciano.

San Atenodoro, martir, en Mesopotamia; el cual en tiempo del mismo Diocleciano, siendo presidente Eleusio, fué atormentado con fuego y con otros suplicios, y por fin condenáronle á ser degollado; mas como cayese desmayado el verdugo (como impelido de una fuerza sobrenatural), y no se hallase otro que en su lugar ejecutára la sentencia, puesto el Santo en oracion, murió en el Señor.

San Veranio, obispo, en Leon de Francia, cuya vida fué ilustre por su fe y virtudes. (Asistió al concilio 2.° de Macron, el año 585, y tomó gran parte en los sabios reglamentos que en él se publicaron. Fué otro de los obispos enviados á París para quejarse al rey Clotario II del asesinato del obispo S. Pretextato. Childeberto II le respetó tanto, que quiso fuese padrino de su hijo Tierri, que heredó despues la corona. Murió gloriosamente por los últimos años del siglo VI.)

San Bartolomé, abad, en el monasterio de Grotaferrata en el campo de Frascati, compañero de S. Nilo, cuya vida escribió.

San Menas, solitario, en el Abrucio (ó país de los Samnitas, en *Italia*), cuyas virtudes y milagros refiere S. Gregorio papa, (en su lib. *Dialog.* lib. 3, cap. 26. Murió en el Señor por los años de 579.)

SAN MARTIN, OBISPO DE TOURS Y CONFESOR.

Fué S. Martin originario de Sabaria en la Panonia. Siendo de edad de diez años, contra la voluntad de sus padres, que eran gentiles, fué en busca del sacerdote de los cristianos, y se alistó en el catálogo de los catecúmenos. Su padre, tribuno de una legion, procuró desviarle del culto del verdadero Dios; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. MARTIN O. Y C.

nada pueden los esfuerzos de los hombres cuando el Señor quiere apoderarse de un corazon. Luego que cumplió doce años pensó en retirarse á un desierto, y lo dejó de hacer precisamente por las pocas fuerzas de su tierna edad. Poco tiempo despues, en virtud de un decreto imperial, fué alistado en una compañía de caballos como hijo de la tropa y de un oficial veterano. A los quince años sirvió en el ejército de Constancio, y despues en el de Juliano apóstata. Aun no habia recibido el bautismo, y no obstante evitó todos los desórdenes que tan frecuentemente acompañan la profesion de las armas, haciendo una vida de religioso en traje de soldado. Era su virtud sobresaliente la caridad con los pobres. Entrando un dia de invierno muy riguroso en la ciudad de Amiens, encontró á un pobre desnudo, temblando y traspasado de frio: pidióle limosna, y no teniendo que darle, se enterneció estrañamente su compasivo corazon á vista de aquella necesidad. Pero como la caridad es fecunda en arbitrios y en recursos, sacó la espada, cortó la capa por el medio, y dió la mitad al traspasado mendigo. Sus camaradas comenzaron á burlarse de la liberalidad del catecúmeno; pero Martin nunca se dejó ver mas de gala que con aquella media capa, librea magnífica que publicaba á todos su caridad con Jesucristo; espectáculo verdaderamente digno ver á un simple catecúmeno revestido de la caridad del Salvador hasta interesarse en los trabajos de sus miembros á costa de su propia persona. ¿Pero quién perdió jamás lo que dió al mismo Jesucristo? La noche siguiente se apareció en sueños á S. Martin el Salvador, diciendo á los ángeles que le acompañaban: *Martin, siendo todavía catecúmeno, me cubrió con este vestido.* Despues de este favor se resolvió á dejar el servicio del rey de la tierra para tomar partido en las tropas del Rey del cielo, y contrajo con Jesucristo el empeño de una eterna fidelidad recibiendo el santo bautismo. Hecho esto, solo pensó en retirarse de la milicia; y le pareció buena ocasion la de un dia en que el apóstata Juliano repartia á los soldados una paga estraordinaria para empeñarlos mas en hacer su deber en una irrupcion de bárbaros. Martin en lugar de recibir la paga, pidió su licencia; pero notándole de cobarde, porque solicitaba retirarse casi en la víspera de una batalla, respondió generosamente: *Asegúreseme hasta el dia de la funcion: póngaseme entonces delante de las primeras filas sin otras armas que la señal de la cruz, y entonces se verá si temo á los enemigos, ni á la muerte.* Túvose la proposicion por fanfarronada militar, y se le aseguró para hacer la esperiencia; pero aquella misma noche pidieron los bárbaros la paz, y se retiraron. Dejó, pues, las armas para dedicarse enteramente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al servicio de Jesucristo; y habiendo oido hablar de la virtud de S. Hilario, obispo de Poitiers, fué en busca suya para aprender en la escuela de tan grande maestro las máximas de la vida interior. Hizo tantos progresos en la virtud, que S. Hilario le quiso ordenar de diácono; pero él se contentó con el grado de exorcista, siendo todo lo que por entonces se pudo conseguir de su humildad. Dióle el Señor á entender ser voluntad suya que hiciese un viaje á su tierra para convertir á sus padres, que todavía eran idólatras. Al pasar los Alpes cayó en manos de ladrones: uno de ellos levantó el brazo para hendirle la cabeza; pero otro compañero le detuvo: maniatáronle, y encargaron su custodia á uno de la cuadrilla: este le preguntó quién era, y Martin le respondió: *Yo soy cristiano*. Replicóle el ladron: *¿Tienes miedo? Nunca tuve menos*, repuso el Santo, *porque Dios asiste en los peligros*. Quedó aquel hombre tan pasmado á vista de aquella constancia y heróica magnanimidad, que no solo dejó la profesion de ladron para vivir cristianamente, sino que se hizo religioso para dedicarse enteramente á Dios, y de su misma boca se supo despues este suceso. Llegó á Hungría, convirtió á su madre y á otras muchas personas; pero no pudo reducir á su padre, y él desventurado viejo murió en su ceguedad y obstinacion. Allí defendió la fe católica contra los arrianos, que al cabo le echaron del país despues de haberle azotado públicamente. Dirigióse á Milan, y se encerró en un monasterio; pero la faccion de los arrianos tambien le arrojó de él. Retiróse á una isla del mar Tirreno, donde por mucho tiempo se sustentó con las yerbas del campo. En una ocasion comió acónito sin conocerle; pero sintiendo el efecto del veneno que le despedazaba las entrañas, hizo oracion, y quedó libre. Volvió á las Galias en busca de S. Hilario: edificó junto á Poitiers un monasterio; y viviendo en él santísimamente en compañía de algunos monges, resucitó á un catecúmeno que habia muerto sin recibir el bautismo, y vivió despues muchos años. Poco tiempo despues resucitó otro criado de Lupiciano, señor principal, que se habia ahorcado, suspendiendo Dios su juicio por las oraciones de nuestro Santo, y haciendo uno de aquellos estraordinarios prodigios de su misericordia que nos deben servir de ejemplo á todos los pecadores.

Habiendo vacado el obispado de Tours por muerte de su obispo, pusieron los ojos en S. Martin para que ocupase aquella silla; pero como se sabia muy bien su repugnancia á todo lo que sonaba á dignidad, le sacaron del monasterio con pretesto de que fuese á visitar á un enfermo, y los diputados de Tours se apoderaron de él por fuerza á pesar de todas sus representaciones.

Colocóle en el empleo episcopal la vocacion legítima de Dios, y correspondió con la santidad de la vida á la escelencia del ministerio, sabiendo unir con todas las virtudes episcopales las que eran propias de la profesion de monge. Edificó cerca de Tours un monasterio, que hoy se llama *Marmoustier*, adonde se retiraba cuando se lo permitian los cuidados de la dignidad. Comíale el zelo de la casa de Dios: á imitacion del de Elías no paró hasta consumir todos los ídolos del gentilismo. No es fácil referir todos los triunfos que consiguió de los gentiles. Queriendo echar á tierra una encina que los paganos tenian consagrada al demonio, se opusieron á su zelo los infieles; y el mas atrevido de todos le dijo, que ellos mismos la cortarian y darian por el pié, con tal que al tiempo de caer la recibiese él sobre sus costillas. Aceptó el Santo el partido lleno de una viva confianza en Dios, cuya causa defendia: atáronle los gentiles por el lado donde habia de caer el robusto y enorme tronco. Temblaban sus monges á vista del peligro á que se esponia, y se gloriaban los infieles, pareciéndoles que ya estaban viendo la inevitable ruina del enemigo de sus dioses. Cortóse en fin el árbol, y cuando venia á desgajarse con el estruendo que se deja discurrir, levantó el siervo de Dios la mano, hizo la señal de la cruz, y el vegetable coloso torciendo en el aire la direccion, se fué á derribar al lado opuesto. A vista de esta maravilla no quedó ni un solo gentil en todo aquel contorno. Sanó á un leproso dándole un ósculo de paz. Salia de él con tanta abundancia la gracia de los milagros, que hasta los pedazos de su vestido, las cartas que escribia, y la paja en que reposaba obraban milagrosas curaciones. Fué en busca del emperador Valentiniano para implorar su proteccion contra los arrianos: la emperatriz Justina, que profesaba la misma secta, dispuso que se le negase la entrada en palacio; pero Martin entró hasta el mismo cuarto del emperador, pasando por medio de los guardias sin que ninguno lo advirtiese. Enfadado el emperador, volvió la cara á otro lado sin corresponder á su salutacion; mas al mismo punto se vió de repente cercado de fuego en la silla en que estaba sentado; y asombrado del prodigio, se levantó aceleradamente, corrió á abrazar al santo obispo, y le trató con tanto respeto como desprecio le habia manifestado Máximo, usurpador del imperio, tambien le trató siempre con afabilidad. Convidóle á su mesa, hízole sentar junto á sí, y cuando le presentaron la copa para beber, mandó que se la alargasen primero al santo obispo, no dudando que despues que él hubiese bebido la alargaria inmediatamente al emperador; pero Martin, despues que bebió él, la presentó al diácono que le acompañaba, pare-

ciéndole que no habia en la mesa sugeto de mayor dignidad que la suya. Admiró el emperador esta religiosa accion, y por mucho tiempo no se habló en la corte de otra cosa que de la noble libertad del siervo de Dios. Tambien la emperatriz quiso darle una comida sazonada por sus propias manos, y servirle ella misma á la mesa. Espectáculo verdaderamente asombroso ver á un obispo pobre, estranjero y mal vestido, servido por una grande emperatriz. ¡Oh qué poderosa es la santidad!

Hablando Severo Sulpicio de este gran Santo, dice que no conoció otro que con mas prontitud, precision y claridad respondiese á los lugares mas dificultosos de la sagrada Escritura; pues aunque la sabiduría era la menor de todas las prendas que adornaban al siervo de Dios, ¿cómo no habia de tener un entendimiento muy iluminado el que continuamente estaba bebiendo los rayos del Sol de justicia, siempre en oracion, siempre en presencia de Dios, velando dia y noche á las puertas de la divina sabiduría, y no concediendo á la naturaleza sino lo preciso para que no se creyese que era ya bienaventurado? Era hombre por una parte de suprema rectitud, y por otra de incomparable bondad. A ninguno juzgaba, á ninguno condenaba, nunca volvia mal por mal, y sufria los atrevimientos del menor clérigo de su obispado como si no fuera superior, cabeza y príncipe de todos ellos. Nunca le vieron colérico, nunca triste, nunca entregado á una vana ó inmoderada alegría, sino siempre igual; y como su corazon era el domicilio de la paz y de la caridad, tampoco se abria su boca sino para pronunciar palabras de edificacion. Parecia un hombre superior á la naturaleza de todos los demás por su elevada virtud. Honró Dios su eminente santidad con el don de los milagros; los que le eran tan familiares, que parecia especie de milagro el dejar de hacerlos, por lo que fué el taumaturgo de su siglo. A tan milagrosa vida correspondió una muerte tan dichosa, que en ella admiraremos otro prodigio de caridad. Habia tiempo que sabia por revelacion la hora de su muerte, y tenia prevenido de ello á sus discípulos. Noticioso de que en la iglesia de Canda, perteneciente á su obispado, habia alguna disension, pasó a apaciguarla este ángel de paz. Logró el intento, y sintiendo que le iban faltando las fuerzas, conoció que aquella debilidad era prenuncio de su muerte. Echóse en cama, quedándose boca arriba con los ojos clavados en el cielo para no perder de vista el lugar donde tenia fijo su amor. En esta postura pedia á Dios se dignase desatarle de las cadenas del cuerpo para ir á gozar en el empíreo de la libertad que gozan los hijos de Dios. Era el pobre lecho un verdadero cilicio cubierto de ceniza: rodeábanle sus discípulos deshechos todos en lágrimas, y le suplicaron les permitiese ponerle debajo algunas humildes pajas; pero el Santo no lo consintió, diciendo: *Hijos mios, un cristiano debe morir sobre la ceniza; pecaria yo si os diera otro ejemplo.* Replicáronle los discípulos: *Tú eres nuestro padre, no nos desampares, porque vendrán los lobos carniceros, se arrojarán sobre el rebaño, ¿y quién le defenderá cuando ya no tenga pastor?* Enternecióse el Santo; y sintiendo en su corazon dos afectos contrarios á imitacion del Apóstol, uno de ir á unirse con su soberano bien, y otro de quedarse en la tierra para mayor bien de su Iglesia, en esta situacion hizo á Dios la oracion siguiente: *Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehuso el trabajo: hágase tu voluntad.* ¡Oh varon superior á todos los elogios! esclama la Iglesia á vista de este paso; pues ni temiste la muerte, ni rehusaste la vida. ¡Admirable disposicion de caridad, esponer la propia salvacion por asegurar la de su rebaño! Tuvo atrevimiento el demonio para aparecérsele al Santo en aquella hora; pero todo lo que sacó fué oir de su boca esta reprension: *¿Qué haces ahí, bestia sangrienta? Vete, infeliz, pues no encontrarás en mí cosa que sea tuya.* Tenia continuamente las manos y los ojos levantados al cielo: dijéronle que seria bien se volviese de algun lado para que el cuerpo tuviese algun descanso, á que dió esta admirable respuesta, claro testimonio de lo embebido que estaba en su Dios aquella grande alma: *Dejadme, hermanos mios, dejadme mirar al cielo, para que mi alma, que va á ver á Dios, tome de antemano el camino que conduce á él.* Un instante despues espiró; y desprendiéndose sobre su cuerpo un rayo de gloria celestial, se cubrió su santo rostro de un resplandor mas brillante que el que forma la misma luz, de manera que parecian haberse anticipado á su cadáver los dotes de cuerpo resucitado y glorioso. En el mismo instante fué revelada su muerte á S. Severino, obispo de Colonia, y á S. Ambrosio, obispo de Milan. Fué el santo cuerpo trasportado á Tours con tan magnífico acompañamiento, que igualó á la mayor pompa fúnebre de los grandes de la tierra, y aun á la del triunfo mas augusto de los conquistadores del mundo. Halláronse en él mas de dos mil religiosos, que todos se podian considerar como discípulos suyos. Conservóse el santo cuerpo en Tours mas de cuatrocientos años, hasta que los normandos iban á poner sitio á la ciudad, de donde le retiraron antes que aquellos llegasen; pero veinte y un años despues fué restituido á ella con grande pompa, continuando en ser estraordinariamente honrado y reverenciado de todos hasta el siglo XVI, en que los hugonotes se apoderaron de Tours, y quemaron el santo cuerpo sin

poderse salvar mas que el hueso del brazo, y una parte del cráneo.

SAN MENNA, SOLDADO Y MÁRTIR.

Fué S. Menna egipcio de nacion, soldado é ilustrísimo mártir: el cual hallándose de guarnicion en una ciudad de la provincia de Frigia ó Asia Menor llamada Cotico, y hoy, á lo que dicen, Cute, entendiendo que se publicaba un edicto de los emperadores Diocleciano y Maximiano, muy riguroso contra los cristianos; dejando el cinto y dignidad militar, y el servicio de los emperadores, se retiró á un desierto donde estuvo cinco años, haciendo vida solitaria y de grande aspereza, como ensayándose con ayunos, oraciones y penitencias para entrar en la batalla que esperaba, y dar su sangre por el Señor. Pasados los cinco años, inspirado por Dios, volvió á la ciudad un dia en que se celebraban fiestas, y todo el pueblo estaba junto en el teatro para ver ciertos ejercicios militares, como justas ó torneos.

Entró Menna en medio de este espectáculo con vestido roto y vil, y como un hombre despreciado, y con voz alta y rostro alegre y grave, comenzó á decir aquellas palabras de Isaías: *He sido hallado de los que no me buscan, y manifestado á los que no me preguntan;* para dar á entender que no venia forzado, sino de grado, y por su voluntad se ofrecia al martirio. Todos los circunstantes pusieron luego los ojos en Menna, maravillados de su traje, osadía y libertad. Echaron mano de él: llevároule á Pirrho, presidente, y confesando que antes habia sido soldado de los emperadores y que era cristiano, le mandó llevar á la cárcel, y (por no interrumpir las fiestas que se hacian) que el dia siguiente le presentasen delante de su tribunal. Procuró el juez con blanduras y palabras halagüeñas, ofrecimientos y promesas, tentar el pecho del santo mártir, y atraerle á que negando á Jesucristo, adorase á sus falsos dioses; y como no le aprovechasen todas sus artes y mañas, y el santo mártir le respondiese con gran brio y libertad, convirtió toda aquella falsa blandura en crueldad, y mandóle tender en el suelo y azotar con nervios crudos, hasta que obedeciese á los mandatos de los emperadores. Hiriéronle muy crudamente, y salian de sus heridas rios de sangre, que regaban el lugar en que le atormentaban. Levantáronle en el ecúleo: rasgaron con uñas de hierro sus carnes: quemaron con hachas encendidas sus costados: fregaron con un cilicio áspero sus llagas: arrastraron su cuerpo por el suelo sembrado de abrojos: quebrantáronle de nuevo con varas y con plomadas:

diéronle grandes puñadas y golpes en su rostro; y el valeroso caballero de Cristo estaba con un corazon esforzado y quieto, con un semblante sereno, con una boca llena de risa (como si no fuera él, sino otro el que padecia) haciendo burla de sus tormentos, y pidiendo á los impíos ministros que se los acrecentasen, porque decia que era poco todo lo que habia sufrido y todo lo que podia sufrir para lo que Dios merece y él deseaba sufrir por él; de manera que el juez y sus ministros y los mismos atormentadores, estaban atónitos de ver tan estremada constancia y tanta alegría en tan graves penas. Quisieron algunos antiguos amigos suyos persuadirle que dejase aquella que ellos llamaban obstinacion y locura, y que no perdiese la vida, que es tan deseable, ni las comodidades, honras y regalos que podia tener; y él, como si fueran silbos de una venenosa serpiente, así tapó sus oidos á las palabras que le decian, teniendo por enemigos capitales á todos los que con la esperanza de esta vida frágil y transitoria, le pretendian apartar de la perdurable y eterna. Finalmente el presidente, vista la constancia del soldado del Señor, pronunció sentencia de muerte contra él, mandando que fuese degollado y quemado. Llevároulo á un lugar llamado Potemia: concurrió mucha gente á aquel espectáculo; y él con su vestido pobre, como persona que tenia en poco lo de acá, levantando los ojos al cielo y puesto su corazon en Dios, hizo oracion, y suplicó con grande afecto al Señor, que en aquella hora le favoreciese y le diese victoria por Jesucristo su Hijo; para que, libre de las miserias de esta vida, le pudiese ver y adorar, y gozar para siempre de su gloriosa presencia. Acabada esta oracion, fué degollado, y su sagrado cuerpo echado al fuego para ser quemado; mas fué el Señor servido que algunos hombres piadosos se dieron tan buena maña y diligencia, que pudieron recoger del fuego algunas de sus preciosas reliquias y envolverlas en lienzos limpios y ungüentos olorosos, y llevarlas á su patria, y colocarlas honoríficamente, como el mismo Santo antes que muriese se les habia mandado. Fué el martirio de S. Menna á los once de noviembre, por los años de Cristo de 296, imperando los ya nombrados Diocleciano y Maximiano. Hizo Dios muchos y muy grandes milagros despues de su muerte por este glorioso mártir, los cuales refieren diferentes autores. De S. Menna escriben todos los Martirologios y los griegos en su Menologio; porque este santo mártir fué muy ilustre y muy celebrado en el Oriente. Pero adviértase, que hay otro Menna mártir, que murió en Alejandría imperando Maximiano, con otros sus santos compañeros, cuya fiesta se celebra

á los 10 de diciembre. Algunos autores los confunden y de dos Mennas hacen uno.

El pueblo de Sentmanat, diócesis de Barcelona en el principado de Cataluña, venera por su patrono titular á S. Menna, y posee reliquias suyas, cuya traslacion celebra anualmente como fiesta principal en la tercera dominica de abril.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA, CONFESOR.

La uniformidad del nombre de este insigne confesor de Jesucristo con Sto. Toribio obispo que fué de Astorga, y la naturalidad de ambos de la ciudad de Palencia, ha dado motivo sin la menor duda para que los confundan muchos escritores; pero si se atiende á las épocas en que florecieron, se desvanece la equivocacion. Es bien sabido, que Sto. Toribio obispo de Astorga vivió cerca del comedio del siglo v. en tiempo del papa Leon el Grande, como lo comprueban sus actas contra los herejes priscilianistas; y siendo constante que floreció el segundo Toribio mas de setenta años despues, segun se acredita por la célebre carta que le dirigió Montano arzobispo de Toledo, de la que hace mencion S. Ildefonso, distinguiendo á este ilustre héroe de aquél, se convence claramente que fueron distintos los dos Toribios, dignos ambos de eterna memoria por sus heróicas virtudes y por sus laudables empresas.

Supuesta esta distincion, es de saber que Sto. Toribio de quien se trata fué natural de la ciudad de Palencia; y educado desde la cuna en la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas y arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. No nos constan los hechos de su infancia, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas noticias; pero por la gran reputacion que ya tenia á mediados del siglo vi, se infiere la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Habíale Dios dotado de unos talentos estraordinarios, y haciendo de ellos uso en beneficio de la Iglesia, trabajó infatigablemente para sepultar las reliquias del paganismo y de la herejía de Prisciliano que habian quedado en el territorio de Palencia, despues que santo Toribio obispo de Astorga empleó todo su zelo y toda su autoridad en destruir este monstruo fatal, que causó tanto estrago en España. Supo Montano arzobispo de Toledo las laudables ocupaciones del Santo, y queriendo darle una prueba nada equívoca del alto concepto y de la grande estimacion que le profesaba, le escribió una carta llena de honor, la cual nos da idea de la pureza de la fe, de la justificacion de la conducta y del zelo verdaderamente apostólico de Toribio; por la que tambien se infiere que tenia en Palencia grande autoridad, bien fuese secular ó eclesiástica. *Hemos conocido*, le dice Montano en la carta, *y sabido por esperiencia, que sois un grande defensor de la fe católica y amigo de la santa religion, pues cuando aun floreciais en el siglo, resplandecia de tal manera vuestra vida, que obrando conforme al dicho del Señor, dabais al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios; y así con mucha razon os llamaré el propugnador del culto divino con especialidad en esta provincia. ¿Por ventura sabeis el grande premio que os reserva Dios; puesto que por vuestra industria y vigilancia se desterró el error de la idolatría, y se disipó la detestable y vergonzosa secta de los priscilianos? ¿Qué podré decir de la fe de los señores temporales con los que trabajasteis tanto, que reducisteis dulcemente los feroces ánimos de los naturales á la saludable regla y á la acertada norma de la disciplina regular? La divina clemencia os privilegió, para que perfeccionaseis con preces y con oraciones lo que emprendisteis con sumo trabajo. Yo siempre he procurado indicar á vuestra celsitud las noticias que han llegado á nos del congreso Palatino, para que en adelante se aquiete mas fácilmente la nefanda presuncion por vuestra correccion. En esta inteligencia sabe, que nos han dicho, que ciertos presbíteros se han atrevido con arrojo temerario no solo á consagrar sino á violar las cosas sagradas, cuando no pueden dudar que el derecho de la consagracion del crisma es tan solamente debido á los pontífices u obispos, inusitado desde el principio de la fe católica por los ministros de su órden. Creo que esta demencia no se oculte á tu piadosísima conciencia, y por lo mismo espero, que usando de la autoridad de severísimo sacerdote, corrijas esta temeridad con rigurosa reprension; pero si despues de la monicion presumiesen reiterar la maldad, sea condenada su contumacia con la sentencia conveniente.*

Cumplió Toribio con la mayor exactitud las prevenciones del arzobispo Montano; pero fatigado de los cuidados populares, determinó retirarse del mundo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Puso los ojos en las ásperas montañas de Liébana, tan elevadas que parece que llegan á la region superior, especialmente las que llaman de Europa que dan vista al mar de S. Vicente de la Barquera, y unido con el obispo Tolobeo, Sinobi diácono, Eusebio, Eusóstomo y Jofazo, abrazaron la regla de S. Benito en el monasterio de este órden que está en las mismas sierras una legua de la villa de Potes, ó bien fundado por Toribio y sus ilustres compañeros, segun nos

á los 10 de diciembre. Algunos autores los confunden y de dos Mennas hacen uno.

El pueblo de Sentmanat, diócesis de Barcelona en el principado de Cataluña, venera por su patrono titular á S. Menna, y posee reliquias suyas, cuya traslacion celebra anualmente como fiesta principal en la tercera dominica de abril.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA, CONFESOR.

La uniformidad del nombre de este insigne confesor de Jesucristo con Sto. Toribio obispo que fué de Astorga, y la naturalidad de ambos de la ciudad de Palencia, ha dado motivo sin la menor duda para que los confundan muchos escritores; pero si se atiende á las épocas en que florecieron, se desvanece la equivocacion. Es bien sabido, que Sto. Toribio obispo de Astorga vivió cerca del comedio del siglo v. en tiempo del papa Leon el Grande, como lo comprueban sus actas contra los herejes priscilianistas; y siendo constante que floreció el segundo Toribio mas de setenta años despues, segun se acredita por la célebre carta que le dirigió Montano arzobispo de Toledo, de la que hace mencion S. Ildefonso, distinguiendo á este ilustre héroe de aquél, se convence claramente que fueron distintos los dos Toribios, dignos ambos de eterna memoria por sus heróicas virtudes y por sus laudables empresas.

Supuesta esta distincion, es de saber que Sto. Toribio de quien se trata fué natural de la ciudad de Palencia; y educado desde la cuna en la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas y arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. No nos constan los hechos de su infancia, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas noticias; pero por la gran reputacion que ya tenia á mediados del siglo vi, se infiere la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Habíale Dios dotado de unos talentos estraordinarios, y haciendo de ellos uso en beneficio de la Iglesia, trabajó infatigablemente para sepultar las reliquias del paganismo y de la herejía de Prisciliano que habian quedado en el territorio de Palencia, despues que santo Toribio obispo de Astorga empleó todo su zelo y toda su autoridad en destruir este monstruo fatal, que causó tanto estrago en España. Supo Montano arzobispo de Toledo las laudables ocupaciones del Santo, y queriendo darle una prueba nada equívoca del alto concepto y de la grande estimacion que le profesaba, le escribió una carta llena de honor, la cual nos da idea de la pureza de la fe, de la justificacion de la conducta y del zelo verdaderamente apostólico de Toribio; por la que tambien se infiere que tenia en Palencia grande autoridad, bien fuese secular ó eclesiástica. *Hemos conocido*, le dice Montano en la carta, *y sabido por esperiencia, que sois un grande defensor de la fe católica y amigo de la santa religion, pues cuando aun floreciais en el siglo, resplandecia de tal manera vuestra vida, que obrando conforme al dicho del Señor, dabais al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios; y así con mucha razon os llamaré el propugnador del culto divino con especialidad en esta provincia. ¿Por ventura sabeis el grande premio que os reserva Dios; puesto que por vuestra industria y vigilancia se desterró el error de la idolatría, y se disipó la detestable y vergonzosa secta de los priscilianos? ¿Qué podré decir de la fe de los señores temporales con los que trabajasteis tanto, que reducisteis dulcemente los feroces ánimos de los naturales á la saludable regla y á la acertada norma de la disciplina regular? La divina clemencia os privilegió, para que perfeccionaseis con preces y con oraciones lo que emprendisteis con sumo trabajo. Yo siempre he procurado indicar á vuestra celsitud las noticias que han llegado á nos del congreso Palatino, para que en adelante se aquiete mas fácilmente la nefanda presuncion por vuestra correccion. En esta inteligencia sabe, que nos han dicho, que ciertos presbíteros se han atrevido con arrojo temerario no solo á consagrar sino á violar las cosas sagradas, cuando no pueden dudar que el derecho de la consagracion del crisma es tan solamente debido á los pontífices u obispos, inusitado desde el principio de la fe católica por los ministros de su órden. Creo que esta demencia no se oculte á tu piadosísima conciencia, y por lo mismo espero, que usando de la autoridad de severísimo sacerdote, corrijas esta temeridad con rigurosa reprension; pero si despues de la monicion presumiesen reiterar la maldad, sea condenada su contumacia con la sentencia conveniente.*

Cumplió Toribio con la mayor exactitud las prevenciones del arzobispo Montano; pero fatigado de los cuidados populares, determinó retirarse del mundo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Puso los ojos en las ásperas montañas de Liébana, tan elevadas que parece que llegan á la region superior, especialmente las que llaman de Europa que dan vista al mar de S. Vicente de la Barquera, y unido con el obispo Tolobeo, Sinobi diácono, Eusebio, Eusóstomo y Jofazo, abrazaron la regla de S. Benito en el monasterio de este órden que está en las mismas sierras una legua de la villa de Potes, ó bien fundado por Toribio y sus ilustres compañeros, segun nos

dicen algunos escritores, ó bien erigido antes por algunos monges que el patriarca S. Benito envió á España, como opinan otros. Vivió el Santo algun tiempo en aquella ilustre casa, siendo el objeto de la admiracion de todo el claustro por la justificacion de su conducta; mas como le llamaba Dios á vida mas austera, se subió á lo mas encumbrado de aquellos montes, y en la parte mas oculta de ellos labró una pequeña ermita, donde se entregó á los escesos de su fervor y á una penitencia sin límites, pasando en oracion la mayor parte del dia y de la noche: bien que el Señor endulzaba maravillosamente los rigores de su fidelísimo siervo con favores esquisitos, entre los que fueron muy memorables las frecuentes visitas de los espíritus celestiales, por cuya razon se llama hoy de los Angeles la ermita que construyó en el sitio donde se le aparecian.

Quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y consumido al rigor de su penitente vida, pasó á gozar de la vision beatífica en el dia 11 de noviembre por los años 563, segun el cómputo mas arreglado á la época en que floreció. Depositaron los monges el venerable cadáver en el mismo monasterio, al que se trajeron en tiempo del rey D. Alonso el Católico varias reliquias de santos, y entre ellas el cuerpo de Sto. Toribio obispo de Astorga, con cuyo motivo se llamó aquella ilustre casa de Sto. Toribio, habiendo perdido la advocacion de S. Martin de Tours que tuvo en su primera fundacion, segun escribe Prudencio Sandobal.

La misa es en honor de S. Martin, y la oracion la siguiente:

O Dios, que conoces muy bien la debilidad de nuestras fuerzas, y que de ningun modo podemos subsistir por ellas; concédenos benigno que seamos fortificados por la intercesion de tu confesor y pontífice S. Martin contra todos los males que nos cercan. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia IV, *pág. 76.*

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante los dias de su vida. Este elogio se debiera hacer de todos los sacerdotes de la nueva ley, sin esceptuar ni uno solo. ¿Qué ministerio mas sagrado que el de los sacerdotes? ¿qué estado mas santo que el

suyo? ¡qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué virtud, qué santidad debe resplandecer en esos respetables ministros de la Iglesia! Ningun tiempo hay en que no deba parecer justo á los ojos de Dios; pues aun en tiempo de su cólera debe ser el mediador entre Dios y los hombres para aplacar su justicia. ¡Con cuánta fidelidad, con cuanta exactitud debe observar la ley del Altísimo, y con cuánta dignidad debe ejercer las funciones de su ministerio! Ninguna cosa contribuye tanto á la reforma de las costumbres del pueblo, como la vida ejemplar de los ministros del altar; ¿pero quién podrá ponderar lo que desacredita á la religion la vida menos ajustada de un sacerdote? Mientras el pueblo vió á Jesucristo estimado de los doctores; mientras vió que uno de los jefes de la sinagoga se arrojaba á sus pies, y le rogaba se dignase entrar en su casa para curar á una hija suya; mientras notó que aquel hombre Dios era respetado y temido en el templo por los mismos que no le amaban, el pueblo le miró con veneracion, le siguió con ansia, y le reconoció por su rey y por el verdadero Mesías. Pero cuando el mismo pueblo vió al divino Salvador en poder de los sacerdotes, tratado con tanta indignidad, cargado de oprobios, escarnecido como rey de burlas, y que doblaban delante de él la rodilla por irrision; ¿cuánto tiempo conservó aquel pueblo la estimacion, el amor y el respeto que le profesaba hasta allí? En un instante se convirtió en desprecio y en horror la veneracion con que antes le miraban. No podian imaginar que fuese el Mesías un hombre á quien los sacerdotes trataban tan indignamente. Desde el mismo punto le tuvieron por un solemne embustero: olvidáronse enteramente sus beneficios, su doctrina y sus milagros. La incredulidad de los que estaban admitidos por depositarios de la fe y de la religion, se comunicó inmediatamente al entendimiento y al corazon de todo el pueblo; y el Salvador del mundo, que hasta entonces habia sido el objeto de su admiracion, de su veneracion y de su culto, pasó á serlo de sus burlas, de sus escarnios, y en fin su juguete y su desprecio. ¡Buen Dios, cuanta impresion hace en los asistentes la ejemplar devocion de un sacerdote en el altar! ¡qué maravillas obra esta su devocion que la fe hace sensible y palpable! Siempre se respeta aquello que se ve hacer con majestad. Una misa celebrada con la religiosa decencia que se debe, equivale á una prueba de nuestra verdadera religion. Aquel santo terror de que se ve penetrado al ministro, inspira en el pueblo un respetuoso temor. Aquella devocion que infunde la presencia de Jesucristo se estiende á los que le están adorando. ¿Ni cómo es posible dejar de asistir con una profunda veneracion al sacrificio de Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vivo, cuando el mismo sacrificante no desmiente la santidad de la persona que representa? Pero cuando el sacerdote no lleva al altar otra cosa santa y venerable sino las vestiduras sacerdotales; cuando se deja ver en él sin aquella majestuosa modestia y sin aquella religiosa majestad que pide indispensablemente la celebracion de nuestros sagrados misterios; cuando su palpable indevocion acredita tan visiblemente su poca fe, y que si se ha de juzgar por lo que se ve, parece que va á hacer irrision del sacrificio mas santo, del mas tremendo de todos los sacrificios, ¿qué efecto puede producir esta escandalosa indevocion en los entendimientos y en los corazones de los que asisten á él?

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De la falsa conciencia.

Punto primero. — Considera que la conciencia es aquella perspicaz vista del alma que descubre todo lo mas secreto que pasa, tanto en el entendimiento, como en el corazon del hombre. Sin perder de vista la ley del Señor, el mismo Dios es el que enciende aquella interior antorcha, no solo para alumbrarnos sino para hacernos patentes á nuestros mismos ojos todo lo que verdaderamente se halla en nuestras obras y en nuestros afectos, ya sea loable, ya defectuoso, ó ya reprensible: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* Esta antorcha es al mismo tiempo una voz, una como centinela que nos advierte, que nos grita luego que el enemigo de la salvacion intenta alguna sorpresa contra el alma. No hay centinela mas fiel mientras tiene la vista sana, mientras las tinieblas ó las nubes no ofuscan este farol. Pero si el maligno humo de un fuego enemigo; si las pasiones

alteran la serenidad, si aquella vista padece alguna dolencia, luego se oscurece, y el alma se siente como anegada en tinieblas. La turbacion y el tumulto de las pasiones hace que no se perciba la voz ni los gritos de la conciencia. Ya es la voz del amor propio la que grita; ya es el farol de las pasiones el que alumbra; y cuando nos guia esta maligna luz, ¿en qué se vendrá á parar? Llórase alguna vez el infeliz estado de un pecador entregado á sus locas pasiones, hecho esclavo del pecado por las malas costumbres que le tiranizan. Laméntase su miseria; témese su salvacion; ¡pero cuanto mas deplorable es el estado de una alma engañada por el error! Aquel pecador sabe á lo menos que va descaminado; cada instante se le representa la viva imágen de su desórden; peca con mayor conocimiento, y por lo mismo es menos incorregible. Por otra parte, los disgustos que el vicio trae consigo, la hermosura de la virtud, los remordimientos de la conciencia, el temor de los juicios de Dios, son otros tantos gritos que continuamente le están llamando á su deber; pero no es asi el pecador que yerra el camino y no le conoce. Tiene cerrados todos los recursos. Como peca sin conocer el funesto estado en que se halla, peca sin escrúpulo y sin remordimiento. Aquel gusano roedor que despedaza el corazon de un hombre licencioso, parece que está profundamente dormido en el suyo; y la misma conciencia que es tan saludable cuando interiormente nos está acriminando lo malo, ó ya porque está engañada, ó ya porque ella se quiere engañar, le deja en una profunda calma, sin que nada le altere ni perturbe. ¡Qué esperanza, buen Dios, ni de conversion ni de arrepentimiento! ¿Puede imaginarse estado mas pernicioso ni mas funesto? De aquí nace aquella desdichada seguridad en que se muere y se perece.

Punto segundo. — Considera que entre todas las señales de reprobacion, ninguna es mas cierta que la de la falsa conciencia, pues desvia del camino del cielo, sin que se advierta que uno va descaminado. ¡Ah, y cuantos hay en el mundo que se hallan en tanta desdicha! ¡cuantos religiosos imperfectos y tibios viven en tan infeliz estado! Como se guarden el dia de hoy ciertas apariencias de virtud, un cierto esterior de religion, unos ciertos modales de honestidad y de compostura, cada cual se forja su sistema de conciencia, y á la sombra de él vive tranquilo en punto á su salvacion. ¿Pero ignoramos por ventura que tambien los herejes se forman su sistema, y que en ciertas ceremonias de religion son mas observantes que nosotros? Sin embargo, creemos que se pierden con todo su aparato de honestidad, con todas

sus imaginarias prendas de hombres arreglados, y tenemos mucha razon para creerlo. ¿Pues en qué revelacion, en qué nuevo Evangelio fundamos nosotros la seguridad que pretendemos tener de nuestra salvacion? Se dirá acaso que nosotros tenemos la dicha de profesar la religion verdadera, y ellos no; pero si no tenemos el gusto de engañarnos, ¿cuál será peor en materia de salvacion, ó no creer casi nada de lo que se hace, ó no hacer casi nada de lo que se cree? A favor de un falso sistema de conciencia se vive tranquilamente cometiendo mil groseras imperfecciones, y continuando en mil desórdenes habituales: estado tanto mas digno de temerse, cuanto los remordimientos se tienen por escrúpulos ó por tentaciones, y los consejos saludables por errores, contra los cuales se está siempre alerta para despreciarlos. El mal es peligroso, y el enfermo que no conoce su mal aborrece los remedios, y ni siquiera piensa que los haya menester. ¿Qué esperanza de cura puede haber cuando está tan achacoso el entendimiento como el corazon? No hay cosa mas perniciosa para la salvacion que las ilusiones en punto de moral y de doctrina. Léase lo que se leyere, óigase lo que se oyere, y hable Dios al fondo del corazon lo que hablare por su gracia; todo lo interpreta á favor del error la falsa conciencia. ¡Cuántas personas viven en pecado sin el menor remordimiento! ¡cuántas pasan la vida en desgracia de Dios sin miedo de sus juicios! Todo es efecto de la falsa conciencia. ¡Cuantos hombres, enemigos de la verdad, rebeldes á la Iglesia, viven obstinados en sus errores, teniendo mucha lástima de los católicos! Todos son frutos que la falsa conciencia produce en el alma á quien ciega la ilusion, en quien domina el orgullo, á quien tiraniza la pasion porque la llegó á engañar el demonio.

No permitais, Señor, que á mí me suceda esta desdicha. Castigad mis pecados de otra manera: cualquiera otro castigo me será provechoso, y aumentad en mí el horror que tengo á esta ceguedad.

JACULATORIAS. — Bienaventurados son, Señor, los que se aplican á conocer vuestra ley, y solo aspiran á agradaros de todo su corazon. (*Psalm.* 118.)

No, divino Maestro mio, no caeré en ningun error mientras atienda sinceramente á guardar tus mandamientos. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 La conciencia, dice Sto. Tomás, es aquella aplicacion de la ley de Dios que cada uno se hace á sí mismo. Ahora, pues, cada uno se aplica esta ley segun sus fines, segun sus alcances, segun su modo de concebir, y lo que suele ser mas comun, segun la inclinacion, los secretos afectos, y la actual disposicion de su corazon. Esto es lo que hace la falsa conciencia. De aquí nace aquella seguridad, aquella orgullosa fiereza con que el hereje defiende obstinadamente sus errores; de aquí aquella furiosa dureza de juicio, aquella obstinacion en el cisma de las gentes de partido, de aquí en fin, aquella funesta seguridad con que viven y mueren tantos seglares, tantos religiosos y eclesiásticos tibios, indevotos, muy inmortificados, poco observantes; tantas gentes engañadas por el amor propio, y tiranizadas por las pasiones. Evita esta desgracia; desconfia de tus alcances y de tu parecer; busca un santo y sabio confesor, cuyos consejos has de seguir escrupulosamente; sobre todo, mira con un santo horror todo lo que suene á partido, á capricho, á novedad. Sé humilde, sé mortificado, sé caritativo y devoto. Todo lo que vulnera la caridad; todo lo que nace de la envidia, de los zelos, todo lo que denigra la fama ajena, todo es enemigo de Jesucristo, y solo puede ser autorizado por los errores de la falsa conciencia. No tengas otra regla para tu gobierno que la ley de Dios, las máximas del Evangelio y el ejemplo de los santos. Nunca conservarás la pureza de la fe sino en el perfecto rendimiento á las decisiones de la Iglesia. Siempre es la falsa conciencia la que nos desvia de este camino tan derecho como seguro.

2 *Trabaja en tu salvacion*, dice el Apóstol, *con temor y temblor*. Este dulce y saludable temor mira principalmente á la falsa conciencia. Es fácil engañarse en ella, y uno de los medios mas eficaces para evitar estos lazos es la frecuencia de sacramentos, juntamente con la tierna devocion á la santísima Vírgen. Todo aquello que te desvia de estos auxilios, tenlo por pernicioso. Lee todos los dias en algun libro espiritual; pero cuidado con la eleccion. Muchos libros, bajo un título piadoso, encierran un pestífero veneno; huye cuidadosamente de ellos. Las vidas de los santos siempre son instructivas y gustosas; léelas, y haz que todos los dias se lean delante de la familia. Ninguna cosa has de temer tanto como los errores de una falsa conciencia.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Martin, papa y mártir; el cual habiendo celebrado un concilio en Roma, y condenado en él á los herejes Sergio, Paulo y Pirro, por órden del emperador Constante, hereje, lo prendieron con engaño, y llevado á Constantinopla, fué desterrado al Chersóneso, en donde consumado con muchos trabajos y miserias, por defender la fe católica acabó su vida esclarecido con muchos milagros. Su cuerpo lo trasladaron despues á Roma, dándole sepultura en la iglesia de los santos Silvestre y Martino. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El martirio de los santos Aurelio y Publio, obispos, en Asia. (Refiere Galesinio que estos dos Santos fueron consagrados obispos por los discípulos de los Apóstoles, y enviados al Asia, en cuya region no solo convirtieron á muchos infieles, sino que con sus escritos combatieron los errores de ciertos herejes llamados catafristas, los cuales aparecieron en el segundo siglo de la Iglesia. Se ignoran los nombres de las ciudades de que fueron obispos, y solo se sabe que derramaron su sangre en testimonio de Jesucristo el año de 173.)

San Paterno, mártir, en el Senonois en Francia.

San Livino, obispo y mártir, en Gante. (Fué un sabio y piadoso obispo irlandés que pasó á Flandes para predicar la fe á los idólatras. Comenzó esta mision despues de prepararse con fervorosos actos de piedad, y por medio de la predicacion y del ejemplo convirtió á muchísimos infieles en los territorios de Alost y de Hautem. Habiendo cultivado la poesía en su juventud, compuso himnos y otras composiciones sagradas. Despues de un glorioso apostolado, fué asesinado por los paganos en Esche, el año de 633, segun Colgan, quien dice que fué obispo de Dublin. Fué enterrado en Hautem, á tres millas de Gante, y sus reliquias trasladadas al gran monasterio de esta ciudad, el año 1006. En una urna junto á la de S. Livino se guardan las reliquias de santa Crafaildes, dama en cuya casa fué martirizado el Santo, y muerta por los mismos bárbaros solo porque lloraba la muerte del glorioso mártir, y la de su hijo Brictio, á quien acababa de bautizar san Livino.)

Los santos mártires Benedicto, Juan, Mateo, Isaac y Cristino, ermitaños, en Polonia. (Murieron á manos de los herejes por los años de 1005.)

El martirio de san Josafato, del órden de S. Basilio, arzobispo de Polozk, en Witensk en Polonia; al cual dieron cruel muerte los cismáticos en odio de la verdad y unidad de la Iglesia católica. (Habiendo trabajado estraordinariamente este Santo para reunir los cismáticos de su diócesis á la Iglesia católica, sus esfuerzos le costaron el sacrificio de su vida, siendo asesinado por los herejes el año 1623. La congregacion de Ritus declaró algunos años despues que el martirio de este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. MARTIN PAPA Y M.

Santo se hallaba evidentemente probado, y su santidad atestiguada por muchos milagros.)

San Rufo, en Aviñon, primer obispo de esta ciudad. (Fué discípulo del célebre procónsul Sergio Paulo, íntimo amigo del Apóstol de las gentes, y habiendo sido consagrado en Roma, los apóstoles le enviaron á Aviñon, cuya Iglesia fundó. Murió por los años de 65.)

La dichosa muerte de san Cuniberto, obispo, en Colonia. (Era el padre de los huérfanos y el consuelo de los afligidos, y en recompensa de sus virtudes el Señor le concedió el don de milagros.)

San Emiliano (ó san Millán), presbítero, en Tarazona en la España Tarraconense; esclarecido por sus innumerables milagros: su admirable vida escribió S. Braulio, obispo de Zaragoza. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Nilo, abad, en Constantinopla; el cual de prefecto que era de la ciudad, se hizo monge, y floreció en santidad y doctrina en tiempo de Teodosio el menor. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

San Teodoro Studita, tambien en Constantinopla; el cual combatiendo valerosamente por la fe católica contra los iconoclastas ó destruidores de las sagradas imágenes, se hizo muy célebre en toda la Iglesia católica. (Diéronle el nombre de Studita porque fué abad del monasterio de Studio, fundado por Studius, cónsul romano, en uno de los arrabales de Constantinopla. Su decision en defender el culto de las santas imágenes le ocasionó violentas persecuciones; y en los innumerables escritos que publicó contra las herejías de su tiempo, reúne á una vastísima erudicion y solidez inespugnable, una piedad sólida y un estilo claro, conciso y elegante. Feller dice que los que deseen conocer la disciplina y costumbres de la Iglesia griega en los siglos VIII y IX, deben leer las obras de este Santo.)

San Diego, confesor, del órden de los Menores, en Alcalá de Henares en España, esclarecido por su grande humildad: fué canonizado por el papa Sixto V: su fiesta se celebra el dia siguiente (*Véase su vida en las del dia 13.*)

SAN MARTIN, PAPA Y MÁRTIR.

Nació S. Martin en Todi, ciudad de Toscana. Fué de familia muy calificada por su nobleza; pero mucho mas ilustre por haber dado á la Iglesia de Dios un pontífice tan santo. Cultivaron sus padres el ingenio del hijo con el estudio, y el Espíritu Santo tomó posesion de su corazon. Era de cuerpo airosamente dispuesto; pero su modestia hizo mas hermosa su alma en los ojos de Dios. Dejábase ver el pudor como retratado en su semblante, y la pureza del corazon le salia á la cara en su modesta compostura. Hallóse filósofo hábil y aventajado, y no por eso dió en el escollo de la vanidad. Supo ser sabio sin ser orgulloso. Su modestia derramaba en su sabiduría cierto resplandor, que le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacia brillar mas. Consagró su erudicion, consagrándose él mismo á los altares. Profesaba á la verdad aquel vivo amor que está pronto á derramar la sangre, cuando es necesario, para defenderla, no deseando vivir sino para Jesucristo; pero como la divina Providencia le tenia destinado para el gobierno de su Iglesia, le dilató la corona del martirio, á fin de que la mereciese con sus trabajos y con el ejercicio de la paciencia. Habiendo muerto el papa Teodoro, fué colocado S. Martin en el trono pontificio por unánime consentimiento de los votos. Llenó de gozo al emperador, al senado y al pueblo una eleccion tan juiciosa, gustando ya anticipadamente la felicidad que todos se prometian en el gobierno del nuevo pontífice de Jesucristo. No se engañaron: tenia entrañas de verdadero pastor para con todas las ovejas que el Señor habia puesto, por decirlo así, debajo de su cayado. Era dilatado el seno de su caridad, y en él hacia lugar á todos La liberalidad le abria las manos para regar el campo de la necesidad, haciendo que corriesen al seno de los pobres los bienes que Jesucristo le habia confiado para aliviar sus miserias. A los buenos religiosos los miraba con ternura, y recibia con admirable agasajo á los estranjeros. Despues de haber ayunado todo el dia, dedicaba á la oracion gran parte de la noche. Procuraba enderezar á los que se descaminaban, y cuando los veia reconocidos y arrepentidos de sus defectos los consolaba, asegurándolos la misericordia del Padre celestial, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Era un perfecto retrato de Jesucristo, soberano pastor de nuestras almas. Gozaba entonces la Silla apostólica de mucha paz, y los fieles descansaban á la sombra de un padre comun tan caritativo; pero los herejes escitaron una tormenta tan deshecha, que hubiera corrido peligro de naufragar la fe de aquellos, á no gobernar la nave un piloto tan diestro como vigilante. Confundian los monotelitas las operaciones en Cristo, defendiendo que no habia en él mas que una sola voluntad, sin rendirse á creer que en cuanto Dios tiene voluntad divina, y en cuanto hombre una voluntad humana. Habia publicado el emperador Constante un edicto con nombre de *Typo* ó de *formulario*, en que con el pretesto de cortar disputas, igualmente prohibia decir ó enseñar que habia dos voluntades en Cristo, como que habia una sola; con cuyo arbitrio, favoreciendo á los herejes, dejaba sin libertad á los católicos para volver por la verdad. Luego que tuvo noticia de la exaltacion de S. Martin, no se descuidó en enviarle el *Typo*, suplicándole que lo aprobase y confirmase con su apostólica autoridad, como providencia necesaria para poner fin á las perniciosas disputas que

se habian suscitado en el imperio sobre puntos de religion; pero penetrando muy bien el santo pontífice que el tal *Typo* no era mas que un sagaz artificio inventado por la política para descargar el golpe contra la integridad de la fe, insinuando en los ánimos el veneno del monotelismo, respondió generosamente, que antes perderia mil vidas, que aprobar tan pernicioso escrito, y que cuando todo el mundo se desviase de la doctrina de los santos Padres, que todos reconocieron en Cristo un adorable compuesto de dos naturalezas enteras y perfectas, él jamás se apartaria de ella, sin que ni promesas, ni amenazas, ni tormentos, ni la misma muerte fuesen capaces de hacerle ser infiel al depósito de las verdades de la fe que se le habian confiado. Despues de una respuesta tan precisa y tan espresiva de la integridad de su fe, para cortar de raiz el mal que amenazaba á la Iglesia, convocó en S. Juan de Letran, lo mas presto que pudo, un concilio de ciento y cinco obispos, en el cual sin acobardarle ni dársele nada por la indignacion del emperador, condenó su *Typo*, juntamente con la herejía de su abuelo el emperador Heraclio, y declaró escomulgados á todos los que la siguiesen. Despues escribió á todos los obispos de la Iglesia católica una carta circular llena de vigor apostólico, acompañándola con las actas del concilio que se habia celebrado. Confirió el emperador el gobierno de toda la Italia á Olimpo, con espresa órden de arrestar á todos los obispos que rehusasen admitir, firmar ó defender el formulario de fe que se contenia en su edicto; pero muy particularmente á S. Martin. Hizo Olimpo varias tentativas para dar gusto al emperador; pero halló á toda la clerecía de Italia tan adherida á la fe ortodoxa, que nada pudo adelantar por este lado, en vista de lo cual, concibió el detestable intento de quitar la vida al santo pontífice al mismo tiempo que fuese á recibir de su mano la sagrada comunion. Mandó, pues, á un paje suyo (¡qué horror!) que le alargase la espada cuando estuviese en el comulgatorio para recibir la hostia consagrada; pero hay un Dios protector de la inocencia. El paje quedó repentinamente ciego, sin poder discernir á S. Martin, cuando dió á Olimpo la comunion. Así lo aseguró despues él mismo con juramento. Mas no por eso se rindió el emperador; antes irritado cada dia mas contra la Iglesia romana por la constancia con que se oponia á todo lo que era contrario á la fe, hizo gobernador de Roma á Teodoro Calliopas, dándole por asociado á otro Teodoro, gentil-hombre de su cámara, y encargándolos mucho que sobre todo se apoderasen del papa. Halláronle en la iglesia de S. Juan de Letran santamente empleado en cantar las alabanzas de

Dios. Salióles al encuentro, acompañado de gran número de fieles, y de toda su clerecía, la cual, sin tener miedo al gobernador, esforzando la voz, decia estas palabras: *Anatema á todos los que dijeren ó creyeren que nuestro santo pontífice Martin haya alterado ni el mas mínimo artículo de la verdadera fe. Anatema tambien á todos aquellos que no perseveraren hasta la muerte en la fe ortodoxa.* Como Calliopas era hombre político, disimuló por entonces; pero poco tiempo despues se apoderó del santo pontífice, sin dar lugar á sus clérigos ni á sus criados para poderle defender. Fué conducido á Mesina, y desde allí á la isla de Najos, donde padeció muchas miserias. Desde allí le llevaron á Constantinopla, donde despues de ultrajes inauditos, que los mismos gentiles se horrorizarian de hacer sufrir á la cabeza de la Iglesia católica, fué encerrado en una estrecha prision, con órden de que ninguno lo supiese. Tres meses estuvo en ella sin hablar á persona viviente, y el mismo dia de viernes santo le llevaron delante del senado, no pudiéndose mover él por su estrema debilidad. Compareció, pues, delante del presidente, el cual le dijo: *Habla, miserable, y di, ¿qué mal te ha hecho el emperador? ¿se ha apoderado de tus bienes? ¿has recibido de él alguna injuria?* No respondió el Santo palabra. Citáronse testigos falsos que le acusasen: entraron en la sala, recibióseles juramento sobre los santos Evangelios, y depusieron contra él conforme á lo que se les habia sugerido. Pero como en todas sus declaraciones no se podia encontrar cosa sustancial contra un hombre santo, los obligaron con amenazas á deponer contra él delitos capitales. Salió del senado el tesorero mayor para dar cuenta al emperador de su negociacion. Mientras tanto los ministriles espusieron al Santo en medio de la plaza pública, despues le llevaron á una eminencia donde estaba el senado, y el emperador le podia ver desde su cuarto. Estando aquí el tesorero mayor doblando los insultos y el desprecio, le dijo con fiereza: *Ya ves que Dios te ha entregado en nuestras manos por haber conspirado contra el emperador: tú abandonaste á Dios, y Dios te abandonó á tí.* Mandó despues que le quitasen las insignias de su dignidad; solo le dejaron la túnica, y esta se la rasgaron de arriba á bajo por el medio: echáronle una cadena al pescuezo, con la cual le arrastraron á un calabozo, y una hora despues fué conducido á otra prision. El dia siguiente fué el emperador á ver al patriarca de Constantinopla Pablo, que se hallaba enfermo muy de peligro. Refirióle lo que se habia ejecutado con el papa, y el patriarca volviendo la cabeza á otro lado, esclamó con un profundo suspiro: *¡Desdichado de mí, Dios mio! con esto se llenó la medida de mis pecados.* Sorprendido el emperador de aquella reflexion, le preguntó la causa; y Pablo respondió: *Pues qué, ¿no es cosa lamentable tratar de esa manera á un obispo?* Suplicóle despues que no pasase adelante, y que se contentase con lo que habia hecho ya con el santo prelado. ¡Ah, y á qué distinta luz se miran los objetos en la hora de la muerte! En fin, el santo pontífice fué desterrado al Quersoneso; ¡y cuanto tuvo que padecer en aquel destierro! Pero Dios, dice el profeta, proporciona los consuelos á los trabajos: cuanto mas se padece hácia afuera, mayor es el consuelo que se esperimenta hácia dentro. Como S. Martin tenia tan tierno amor á la Iglesia, oraba y ayunaba para alcanzar de su Esposo las gracias que habia menester en aquellos dias de tristeza. Pero viendo que cada dia iba perdiendo mas y mas terreno, y conociendo que ya estaba muy cercana la muerte, escribió al clero de Roma una carta, en que le daba cuenta de lo que padecia por la religion en defensa de la integridad de la fe, despidiéndose de él, y exhortándole á librarse del veneno mortal de la herejía. Despues de haber hablado así á los presbíteros de Roma, estando ya para consumar su sacrificio, habló á Dios de esta manera: *Pastor eterno de los fieles, Jesucristo, mi Salvador y Señor mio, bien sabeis lo que he padecido hasta aquí por vuestro amor: poned fin á mi destierro, descargadme de este cuerpo mortal para que vaya á cantar en vuestra santa casa vuestras eternas bondades. Yo os encomiendo el rebaño que pusisteis á mi cuidado: acordaos, Señor, que es precio de vuestra sangre, y conquista de vuestro amor; dignaos protegerle por los méritos del príncipe de vuestros apóstoles S. Pedro; haced que esperimenten los efectos de vuestra gran misericordia contra los esfuerzos de las potestades infernales que le pretenden devorar:* oracion muy correspondiente al carácter de un buen pastor. Nunca fué mas abrasado su amor á la Iglesia que cuando estaba para perder la vida. Habiendo combatido como héroe este glorioso mártir de Jesucristo, pasó á disfrutar en el cielo de aquellas palmas que nunca se marchitan, regadas siempre con eternas incomprensibles delicias. Sucedió su muerte el dia 12 de noviembre del año 654.

SAN MILLAN Ó EMILIANO DE LA COGULLA, CONFESOR.

San Braulio obispo de Zaragoza, tan conocido por su eminente virtud como por su gran sabiduría, quiso ser coronista de S. Millan, uno de los héroes mas célebres que han florecido en España, comparándole con el grande Antonio y con S. Martin

de Tours en atencion á sus gloriosos hechos, los que escribió por referencia de sus discípulos Citonato, Sofronio, Geroncio y Ascilo. No nos dice este historiador la patria del Santo; pero si se atiende á los graves fundamentos con que pretenden serlo Verceo y Matute, ambos pueblos de la Rioja distantes entre sí como unas dos leguas, parece que fué natural de aquella provincia, comprendida bajo de la de Cantabria. Dieron á Millan sus padres una educacion cristiana, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del Evangelio, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Dedicáronle al ejercicio de pastor de ovejas, disponiéndolo así la divina Providencia, para que instruido en aquel oficio, supiese despues practicarlo, siendo pastor de los racionales. Llevaba consigo el ilustre jóven un rabel ó cítara, con que divertia el ánimo en la soledad de los campos donde apacentaba su ganado, y quedándose en cierta ocasion dormido á la suave armonía del instrumento, le manifestó el Señor la grandeza de las cosas del cielo, llamándole interiormente á que siguiese el camino de la perfeccion.

Dispertó Millan lleno de consuelo, y no tardó un punto en corresponder fielmente á la vocacion de Dios. Supo que en el castillo de Bilibio habia un célebre eremita llamado Felix, cuya fama de santidad ilustraba á toda la Cantabria, y encendido en vivísimos deseos de instruirse en la escuela de aquel famoso solitario, fué donde habitaba, y le rogó humildemente que le admitiese por su discípulo. Esploró Felix á fondo las intenciones de Millan, y conociendo su buen propósito, le recibió en su compañía, haciendo que le imitase en los ejercicios de la oracion y de las mas rigurosas penitencias.

Vivió Millan algunos años bajo la enseñanza de aquel célebre maestro, é instruido en los caminos de la perfeccion, y enriquecido con los tesoros del cielo, se despidió de su preceptor, y fijó su residencia cerca del lugar de Vergegio, hoy llamado Verceo en la provincia de la Rioja. Continuó allí el tenor de una vida mas angélica que humana, que habia aprendido en la escuela de Felix; pero como las gentes que concurrian á visitarlo, con fin de disfrutar su santa conversacion y sus saludables consejos, le impedian la quietud que apetecia, para dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, se retiró á una espantosa cueva de los montes Distéricos, sita al pié de la alta sierra de S. Llorente ó de S. Lorenzo, donde soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin límites, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente: bien que el Señor endulzaba las austeridades de su fidelísimo siervo con el don de contemplacion que le concedió, siendo su oracion casi continua. De este comercio con Dios resultó el encenderse Millan en vivísimos deseos de ver cara á cara el soberano objeto que era el iman atractivo de todas sus atenciones, lo que le hacia levantar la voz en aquellos collados eminentes, donde se consideraba mas inmediato á los cielos, y prorumpir con frecuencia: *¡Ay de mí, y qué larga es la peregrinacion de este destierro!* Hallábase comprimido del frio, molestado de las aguas, y afligido de los vientos en la cumbre de aquellas sierras elevadas, de suerte, que muchas veces hubiera perdido la vida, si el amor divino en que se hallaba abrasado no hubiera vencido todos los destemples de las estaciones.

Cuarenta años pasó Millan con aquel tenor de vida, que con ser tan pura y tan penitente, no estuvo exenta de los mas terribles y violentos combates con que el enemigo de la salvacion lo ejercitó por largo tiempo; pero de todos salió victorioso sin otras armas que las de la oracion y de la penitencia, y mas con su frecuente recurso al poderoso patrocinio de la santísima Vírgen, en quien despues de Dios tenia colocada su confianza. Solicitaba el siervo de Dios vivir desconocido de los mortales; pero así como una ciudad colocada sobre un monte no puede ocultarse, del mismo modo descubrió á Millan la fama de su eminente virtud á pesar de sus industrias. Llegó á entender Dídimo, obispo de Tarazona á la sazon, los elogios que se hacian en toda aquella region del ilustre eremita, y considerando el grande bien que resultaria á la Iglesia si un sugeto de aquellos méritos fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, determinó conferirle los órdenes sagrados. Sobresaltóse Millan al oir semejante proposicion, y se resistió humildemente á bajar del cielo á la tierra, de la quietud al bullicio del comercio humano, y de la vida contemplativa á la activa; pero al fin le fué preciso obedecer. Ordenado de sacerdote fió á su cuidado el obispo de Tarazona el ministerio parroquial del lugar de Vergegio ó Verceo; y desentendiéndose el siervo de Dios de todas las solicitudes de las cosas terrenas, toda su solicitud y todo su empeño fué enriquecer á su Iglesia con virtudes y no con bienes temporales, con religiosidad y no con rentas, con verdaderos cristianos y no con alhajas supérfluas.

La vida ejemplar del celoso cura, la justificacion de su conducta y el arreglo de sus costumbres, y sobre todo su principal

atencion por aumentar en la parroquia los bienes espirituales, cuando parecia que habian de granjearle el amor y aun la veneracion de sus clérigos, lo hicieron odioso á algunos codiciosos relajados, que dejándose arrastrar de tal pasion, lo delataron al obispo de Tarazona, ponderándole los enormes daños que causaba en la Iglesia con su culpable negligencia y con la mala direccion que daba á sus rentas. Estaba aquel prelado lleno de envidia, porque la conducta de Millan era una reprension tácita de la falta de sus deberes, y dando crédito á la delacion sin el correspondiente exámen, hizo comparecer al Santo, y no satisfecho con la multitud de injurias que le dijo, le despojó del curato. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de insultos, y en lugar de defenderse, dió al prelado muchas gracias, porque le exoneraba de un cargo tan pesado como el de párroco, al que se sujetó por obediencia.

Libre ya el Santo del cargo pastoral, se retiró á las encumbradas sierras de S. Llorente, y eligió para su habitacion una cueva distinta de la primera, media legua de Verceo, en el sitio que llaman S. Braulio al oratorio del Santo, y hoy es el monasterio de Suso; y lleno de aquella confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se entregó á la abstinencia y á la mortificacion de la carne cuanto fué posible á las fuerzas humanas sostenidas con la divina gracia, viviendo mas como ángel que como hombre mortal, todo trasportado en la contemplacion de las grandezas divinas. Como la conspiracion de los clérigos avaros de Vergegio, ni el violento despojo de aquella parroquia no produjeron en Millan los efectos que deseaba el enemigo de la salvacion, resolvió atacarlo por cuantos medios pudo sugerirle su refinada malicia, sin que hubiese artificio ni estratagema de que no se valiese para molestarlo y para interrumpir sus devotos ejercicios; pero viendo que de todas sus infernales máquinas se burlaba el siervo de Dios, enfurecido soberbiamente, presentándose á Millan en figura visible, le desafió á luchar cuerpo á cuerpo. Rehusó el Santo la pelea; pero acometiéndole con intrepidez el enemigo, se defendió por algun tiempo, hasta que viendo que no podia resistir á las superiores fuerzas del porfiado contrario, llamó en su ayuda á Jesucristo; con cuyo auxilio puso en vergonzosa fuga al ángel apóstata, que se introdujo por una rotura que hasta hoy se conserva en la tierra, para perpetua memoria del glorioso triunfo que consiguió el Santo del príncipe de las tinieblas.

En vano solicitaba Millan ocultarse en los mas encumbrados montes para vivir desconocido, pues queriendo Dios que beneficiase á muchos, estendió tanto la fama de su eminente santidad por toda aquella region, que concurrieron á su oratorio una multitud de gentes atraidas del buen olor de su virtud. Aunque todo el consuelo y todas las delicias del célebre solitario las tenia en la oracion, en la contemplacion y en el retiro, no dió la menor señal de repugnancia al verse rodeado de tantas gentes, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia al verse tan admirado, antes bien como se hallaba su corazon tan abrasado en el fuego del amor divino, deseaba comunicar este incendio en todos los que le buscaban, hablándoles con maravillosa energía sobre las verdades eternas, sobre la nada de los bienes caducos de este mundo, sobre los falsos atractivos de los deleites del siglo, sobre la brevedad de la vida, y sobre los horrores de la muerte, de lo que movidos muchos, abrazaron sus saludables consejos, y siguiéndole como fieles discípulos dieron grande honor á su maestro.

Quiso Dios dar superior realce á la virtud de Millan con el don especial de milagros que le concedió para hacerlo mas célebre, entre los cuales refiere S. Braulio las prodigiosas curaciones de un monge hidrópico llamado Armentario, de una mujer paralítica, de otra baldada, y de otra ciega, criada del senador Siconio. Tambien nos dice las maravillas de hacer crecer milagrosamente á una viga que no alcanzaba á la fábrica que hacia en su oratorio, la multiplicacion de una corta porcion de vino para que bebiesen muchas personas, y el pronto surtido de alimentos que dió á los pobres en cierta ocasion que pidieron al Santo limosna; siendo tanta su caridad para con ellos, que no teniendo con qué socorrerlos en un tiempo calamitoso, se cortó las mangas del vestido, y se las dió juntamente con la capa ó manteo. En suma, los milagros del Santo fueron tantos y tan célebres, que á querlos referir en particular, seria preciso dilatarnos mas de lo que permite un compendio.

Habia el Señor permitido al demonio que escitase á Millan dilatado tiempo en la soledad con las mas vehementes tentaciones, y para castigar la osadía del enemigo, le concedió la gracia especial de lanzarlo vergonzosamente de los cuerpos humanos que tiranizaba; entre cuyas prodigiosas espulsiones numera su historiador la de un diácono, la de un criado de cierto señor llamado Luencio, la de un sirviente del conde Eugenio, y la de Columba, hija del curial Máximo; siendo memorable sobre todas las que hizo el Santo las del senador Nepociano y de su mujer Proseria, con la maravilla que ejecutó en la casa de Honorio, senador de Parpalines, teniendo el siervo de Dios tan grande imperio so-

bre los espíritus inmundos, que no solo no los mostraba temor, sino que se encerraba con ellos donde quiera que los llamaba, segun escribe S. Braulio.

Reveló Dios á Millan la hora de su feliz tránsito un año antes que sucediese, y aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo aumentó sus rigores y sus austeridades, viendo que ya era corto el tiempo que le restaba. Tambien le manifestó el Señor en aquel mismo año por la cuaresma la destruccion de la gran ciudad de Cantabria en justo castigo de sus desórdenes, y queriendo el Santo prevenir á aquellos naturales, gente feroz y guerrera, para que se dispusiesen, avisó al senado que estuviesen juntos en la Pascua de Resurreccion, porque tenia que anunciarles una cosa de gravísimo momento. Ejecutáronlo así, y refiriéndoles Millan la determinacion del cielo, los exhortó á que hicieran verdadera penitencia de sus culpas, puesto que por ellas habian provocado á la divina justicia, cuyo azote estaba ya levantado para la desolacion del pueblo. Contristó el anuncio á la ciudad; pero como á todos constaba la eminente santidad del siervo de Dios le oyeron con reverencia, escepto un hombre malvado llamado Abundancio, que despreciando tan importante aviso, tuvo atrevimiento para decir, que como el Santo era tan viejo, caducaba. Profetizóle Millan que seria el primero que esperimentaria el castigo, y se verificó á la letra, muriendo á manos del rey Leovigildo que destruyó á Cantabria por los años 572.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y hallándose en la edad de casi cien años, consumido al rigor de sus continuos trabajos y de sus asombrosas penitencias, murió como preciosa víctima abrasado en divinos incendios en el dia 12 de noviembre del año 560, segun la opinion mas comun de los escritores de sus actas. Hallóse en el dichoso tránsito de Millan entre otros de sus discípulos el presbítero Ascilo, y habiendo dado noticia de su muerte á los pueblos comarcanos, concurrieron muchas personas á celebrar su funeral, que ejecutado con toda magnificencia, se depositó el venerable cuerpo en el oratorio del Santo. Hizo Dios despues célebre la memoria de su amado siervo con repetidísimos milagros, y habiendo venido á visitarlo el rey D. Sancho el mayor con su mujer Nuña, ó Elvira, con varios obispos, y con grandes de Navarra, Castilla y Aragon donde reinaba, queriendo elevar las reliquias del Santo á lugar mas decente, se hizo la traslacion de ellas del primer depósito al altar mayor de la iglesia de Suso en 13 de abril del año 1033. Allí permanecieron en grande ve-

neracion, hasta que el rey D. García, hijo mayor de D. Sancho, las bajó á la enfermería que tenian los monges de Suso el dia 28 de junio de 1083, con ánimo de trasferirlas al monasterio de Santa María de Nájera que acababa de fundar; pero no pudiendo removerlas á pesar de las grandes diligencias que se hicieron, conociendo por esta señal el religiosísimo príncipe que era voluntad de Dios el que allí se mantuviesen, dispuso que luego que se concluyese el monasterio que erigió en el mismo sitio bajo la advocacion de S. Millan, se colocase el venerable cuerpo sobre el altar de la nueva iglesia, lo que se ejecutó así en el año 1167.

SAN NILO, ANACORETA, PADRE DE LA IGLESIA Y CONFESOR.

La nobleza, dignidades, honores y riquezas no dieron tanto realce al nombre de Nilo, como el desprecio que hizo de todo esto por el amor de Cristo. Cuando se retiró cuidó tanto de vivir desconocido de todo el mundo, que se nos ha ocultado el modo de vida que tuvo en el desierto, y todo cuanto de ella se sabe está reducido á circunstancias generales. Parece que fué natural de Ancira en Galacia, dice Orsi: por sus escritos aparece haber tenido una educacion regular, en que habian llevado siempre el ascendiente la piedad y la religion. No es cosa averiguada en qué tercio de su vida tuvo por maestro á S. Crisóstomo; pero no pudo menos de ser en Antioquía, adonde le conduciria la reputacion grande de aquel doctor, acaso cuando renunció su gobierno para abandonar al mundo. S. Nilo fué casado, tuvo dos hijos, vivió con esplendor grande y dignidad, y fué elevado por el emperador al puesto honorífico de prefecto, ó gobernador de Constantinopla. La ambicion, la avaricia y las envidias que reinaron en la corte de Arcadio no pudieron menos de alarmar la conciencia de un magistrado piadoso y timorato, que en todas sus acciones nada temia tanto como autorizar, ó condescender en cualquiera género de pecado, ó injusticia. Y el deseo de vivir solo para Dios y para sí obró tanto en él, que obtuvo aunque con mucha dificultad el consentimiento de su mujer para retirarse del mundo por los años de 390. Dejó su hijo mayor al cuidado de ella, para que le enseñase las respectivas obligaciones de su estado en el mundo, y en compañía del menor, llamado Teodulo, se fué á hacer una vida solitaria en el desierto de Sinaí. En este retiro vivieron juntos entregados á los ejercicios del estado monástico, y pasaron muchos conflictos con sus enemigos visibles é invisibles.

Las obras que nos ha dejado S. Nilo, las solicitaron mucho los antiguos, y como nota justamente Phocio, demuestran la esce-

bre los espíritus inmundos, que no solo no los mostraba temor, sino que se encerraba con ellos donde quiera que los llamaba, segun escribe S. Braulio.

Reveló Dios á Millan la hora de su feliz tránsito un año antes que sucediese, y aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo aumentó sus rigores y sus austeridades, viendo que ya era corto el tiempo que le restaba. Tambien le manifestó el Señor en aquel mismo año por la cuaresma la destruccion de la gran ciudad de Cantabria en justo castigo de sus desórdenes, y queriendo el Santo prevenir á aquellos naturales, gente feroz y guerrera, para que se dispusiesen, avisó al senado que estuviesen juntos en la Pascua de Resurreccion, porque tenia que anunciarles una cosa de gravísimo momento. Ejecutáronlo así, y refiriéndoles Millan la determinacion del cielo, los exhortó á que hicieran verdadera penitencia de sus culpas, puesto que por ellas habian provocado á la divina justicia, cuyo azote estaba ya levantado para la desolacion del pueblo. Contristó el anuncio á la ciudad; pero como á todos constaba la eminente santidad del siervo de Dios le oyeron con reverencia, escepto un hombre malvado llamado Abundancio, que despreciando tan importante aviso, tuvo atrevimiento para decir, que como el Santo era tan viejo, caducaba. Profetizóle Millan que seria el primero que esperimentaria el castigo, y se verificó á la letra, muriendo á manos del rey Leovigildo que destruyó á Cantabria por los años 572.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y hallándose en la edad de casi cien años, consumido al rigor de sus continuos trabajos y de sus asombrosas penitencias, murió como preciosa víctima abrasado en divinos incendios en el dia 12 de noviembre del año 560, segun la opinion mas comun de los escritores de sus actas. Hallóse en el dichoso tránsito de Millan entre otros de sus discípulos el presbítero Ascilo, y habiendo dado noticia de su muerte á los pueblos comarcanos, concurrieron muchas personas á celebrar su funeral, que ejecutado con toda magnificencia, se depositó el venerable cuerpo en el oratorio del Santo. Hizo Dios despues célebre la memoria de su amado siervo con repetidísimos milagros, y habiendo venido á visitarlo el rey D. Sancho el mayor con su mujer Nuña, ó Elvira, con varios obispos, y con grandes de Navarra, Castilla y Aragon donde reinaba, queriendo elevar las reliquias del Santo á lugar mas decente, se hizo la traslacion de ellas del primer depósito al altar mayor de la iglesia de Suso en 13 de abril del año 1033. Allí permanecieron en grande ve-

neracion, hasta que el rey D. García, hijo mayor de D. Sancho, las bajó á la enfermería que tenian los monges de Suso el dia 28 de junio de 1083, con ánimo de trasferirlas al monasterio de Santa María de Nájera que acababa de fundar; pero no pudiendo removerlas á pesar de las grandes diligencias que se hicieron, conociendo por esta señal el religiosísimo príncipe que era voluntad de Dios el que allí se mantuviesen, dispuso que luego que se concluyese el monasterio que erigió en el mismo sitio bajo la advocacion de S. Millan, se colocase el venerable cuerpo sobre el altar de la nueva iglesia, lo que se ejecutó así en el año 1167.

SAN NILO, ANACORETA, PADRE DE LA IGLESIA Y CONFESOR.

La nobleza, dignidades, honores y riquezas no dieron tanto realce al nombre de Nilo, como el desprecio que hizo de todo esto por el amor de Cristo. Cuando se retiró cuidó tanto de vivir desconocido de todo el mundo, que se nos ha ocultado el modo de vida que tuvo en el desierto, y todo cuanto de ella se sabe está reducido á circunstancias generales. Parece que fué natural de Ancira en Galacia, dice Orsi: por sus escritos aparece haber tenido una educacion regular, en que habian llevado siempre el ascendiente la piedad y la religion. No es cosa averiguada en qué tercio de su vida tuvo por maestro á S. Crisóstomo; pero no pudo menos de ser en Antioquía, adonde le conduciria la reputacion grande de aquel doctor, acaso cuando renunció su gobierno para abandonar al mundo. S. Nilo fué casado, tuvo dos hijos, vivió con esplendor grande y dignidad, y fué elevado por el emperador al puesto honorífico de prefecto, ó gobernador de Constantinopla. La ambicion, la avaricia y las envidias que reinaron en la corte de Arcadio no pudieron menos de alarmar la conciencia de un magistrado piadoso y timorato, que en todas sus acciones nada temia tanto como autorizar, ó condescender en cualquiera género de pecado, ó injusticia. Y el deseo de vivir solo para Dios y para sí obró tanto en él, que obtuvo aunque con mucha dificultad el consentimiento de su mujer para retirarse del mundo por los años de 390. Dejó su hijo mayor al cuidado de ella, para que le enseñase las respectivas obligaciones de su estado en el mundo, y en compañía del menor, llamado Teodulo, se fué á hacer una vida solitaria en el desierto de Sinaí. En este retiro vivieron juntos entregados á los ejercicios del estado monástico, y pasaron muchos conflictos con sus enemigos visibles é invisibles.

Las obras que nos ha dejado S. Nilo, las solicitaron mucho los antiguos, y como nota justamente Phocio, demuestran la esce-

lente perfeccion de su virtud, y su grande talento de elocuencia. En su tratado *sobre la vida monástica*, observa que Cristo bajó de los cielos á enseñar á los hombres el verdadero camino de la virtud y de la sabiduría, á que eran enteramente estranjeros todos los sabios de la antigüedad. Añade que los cristianos primitivos imitaban á su Maestro en todo, pero que resfriado este zelo, algunas personas tomaban la resolucion de abandonar los negocios embarazosos de este mundo, y renunciaban riquezas y placeres, para aplicarse mejor al ejercicio de todas las virtudes, y al dominio de sus pasiones. Pero que este estado tan santo en su orígen, habia degenerado tanto entonces, que algunos de los que le profesaban le desgraciaban con sus desarreglos. Censura estos desórdenes con mucho fervor y agudeza en esta y en otras obras ascéticas, en que recomienda fuertemente la pobreza voluntaria, la obediencia, la paz y la humildad. En su libro sobre la oracion, obra particularmente admirada de Phocio, se establecen muchas máximas escelentes. Encarga el Santo que pidamos á Dios en primer lugar el don de oracion; y supliquemos al Espíritu Santo forme en nuestros corazones aquellos deseos ardientes y puros que él ha prometido escuchar siempre; y que se digne enseñarnos interiormente á orar: añadiendo, que solo deberíamos pedir á Dios que se hiciese su santa voluntad en todo perfectamente. A los que viven en el mundo les encarga mucho la templanza, la humildad, oracion, desprecio del mundo, continua meditacion sobre la muerte, y la obligacion de dar limosnas. Siempre estaba dispuesto á comunicar á otros su ciencia espiritual; porque en la paz de su soledad habia aprendido á conocer á Dios de un modo que no es conocido en el tumulto del mundo, y á gustar de las suavidades de su paz. Que ventajas no ganó en las máximas de la vida interior, y en el estudio de las santas Escrituras, y cuan consultado era de personas de todas clases, se muestra muy bien en el número grande de cartas suyas que aun existen. Son cortas pero elegantes y escritas con espíritu y vehemencia, especialmente cuando llevan por tema algun vicio. En un espreso tratado pretende hacer ver, que el estado de anacoretas ó ermitaños es preferible al de los religiosos que viven en comunidad en ciudades, porque estos hallan mayores dificultades para conservar la virtud y recoleccion, y para sujetar sus pasiones; pero entiende esto de aquellos ermitaños ejercitados ya bajo de algun maestro esperimentado: y tambien dice las tribulaciones grandes y dificultades que encuentran estos anacoretas. Esto mismo habia esperimentado el Santo por sí en las tentaciones violentas y turbulentas de ánimo con que le habia asaltado largos tiempos el

demonio; pero las llegó á vencer con la continua lectura, meditacion, humillaciones, paciencia, prácticas de penitencia, y la señal de la cruz, con que se armaba siempre que se sentia asaltado del enemigo: iguales armas recomienda tambien á otros en semejantes tentaciones. Establece reglas escelentes contra los vicios en sus tratados *sobre los malos pensamientos: sobre los vicios: y sobre los ocho viciosos pensamientos, ó pecados capitales*, en que dice cosas admirables, especialmente sobre los riesgos de la vanagloria y de la pereza. ¡Quién no creeria que S. Nilo con haber dejado al mundo habria quedado libre de aflicciones y tribulaciones esteriores! pues en el desierto fué donde las encontró mas graves. Habiendo hecho una incursion los sarracenos en el desierto de Sinaí, pasaron á cuchillo un número grande de monges, y encontrando á Teodulo, hijo de nuestro Santo, en un monasterio, le llevaron cautivo con algunos otros. El afligido padre le buscaba por todas partes, y vino á caer él mismo en manos de los tiranos invasores, pero á poco tiempo consiguió su libertad. Por último encontró al hijo en Eleusa, con el obispo de aquella ciudad, que le habia rescatado por caridad. Este buen prelado se lo restituyó á su padre con sumo gusto, pero obligando á éste á recibir de sus manos el órden sacro del presbiterado. Nilo tenia á la sazon cincuenta años de edad. Vivió hasta una muy avanzada, y murió en el reinado del emperador Marciano. Su amor á la oscuridad le siguió hasta el sepulcro, de modo que hasta el año y las circunstancias de su muerte se han ocultado de nosotros. Sus reliquias fueron conducidas á Constantinopla en el reinado de Justino el menor, y depositadas en la iglesia de los Apóstoles.

La misa es en honor de S. Martin, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Martin; concédenos propicio que esperimentemos los efectos de su proteccion cuando celebramos su nacimiento á la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol S. Pedro, cap. 4.

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, sereis dichosos: porque el honor, la gloria y a

virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, ó maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cual será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en donde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

REFLEXIONES.

Cuando tuviereis parte en los trabajos de Jesucristo, alegraos. Con todos los fieles habla el santo Apóstol; ¿pero comprenden todos los fieles el verdadero sentido de esta celestial doctrina? Esos hombres mundanos y carnales ¿entran bien en el espíritu de este gran maestro de los cristianos? ¿toman el gusto á la importancia de esta leccion? Y aun las mismas personas religiosas; aquellas almas consagradas al servicio de Dios por sus votos y por su estado; aquellos que hacen profesion de virtuosos, ¿sienten y discurren acerca de las aflicciones y trabajos como sentia y discurria el apóstol S. Pedro? Por poca religion que se tenga, todos están convencidos de que la vida cristiana es vida de cruz y de penitencia. A la verdad, los mas fervorosos no se niegan á las cruces; pero quisieran escogerlas ellos. A todas las condiciones y á todos los estados de la vida se estienden los trabajos; pero los domésticos se hacen siempre mas pesados. Convienen todos en que es necesario padecer; pero los golpes repentinos é imprevistos desconciertan á los mas perfectos, y sin embargo suelen ser los mas saludables. No son de nuestra eleccion estas aflicciones: no son aquellas penitencias de ruido en que se puede introducir el amor propio, la vanidad y aun el genio: son unas desgracias que humillan, que ningun honor nos hacen en el mundo, y en que la naturaleza no tiene parte: son, por decirlo así, unos presentes con que nos regala el Señor, y todos con el sello de sus armas. Solo por amor del mismo Señor se pueden recibir con gusto, y mil veces dichosos nosotros si con ellas podemos satisfacer á aquella justicia inexorable, ante la cual deben temblar los mas justos. *Hic ure, hic seca, modo in æternum parcas*, esclama S. Agustin. Quemad, Señor, cortad, y no perdoneis en este mundo á un pecador: dichoso él si de esta manera

se puede libertar de las penas eternas que tiene tan merecidas. Así discurrieron los Santos: ¿y en qué consistirá que nosotros no discurramos de la misma manera? Las adversidades nos acuerdan que servimos á un Señor que murió en una cruz por nuestro amor, y que los trabajos, por decirlo así, quedaron como consagrados en su persona. *Inspice, et fac secundùm exemplar quod tibi in monte monstratum est.* Nunca debe un cristiano perder de vista este divino modelo. El Calvario debe ser la escuela de todos los cristianos, y Jesucristo en la cruz el ejemplo que deben copiar para agradarle. Á vista de este espectáculo enmudece la naturaleza, las pasiones atemorizadas se retiran, y el amor propio se ve obligado á esconderse: á vista de este espectáculo se nos hacen gustosos y venerables nuestros trabajos, y reconocemos sensiblemente la monstruosa indecencia de un cristiano que quiere ser mas dichoso en el mundo que lo fué el mismo Dios que adora cuando por nuestro amor anduvo visible en la tierra.

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De la murmuracion.

Punto primero. — Considera que la murmuracion es un vicio universalmente odioso tanto á Dios como á los hombres. A Dios,

porque siendo por su esencia el mismo amor y la misma caridad, es consiguiente que tenga una esencial oposicion á la murmuracion; y habiendo fundado toda la doctrina de la religion sobre estos dos preceptos: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma, y al prójimo como á ti mismo*, parece que nada le puede ser tan odioso como aquello que destruye y aniquila estos dos preceptos del amor en que consiste toda la ley y los profetas. No es menos odioso á los hombres el vicio de la murmuracion; pues ningun otro hay mas enemigo de la sociedad civil, ninguno que cause tantos estragos, y ninguno que disimule con mayor artificio su veneno. ¿Qué otro vicio mas universalmente estendido? No perdona á grandes ni á pequeños, ni á sagrado ni á profano, y hasta las mismas testas coronadas no pueden evitar su persecucion. ¿Puede haber cosa mas odiosa que un hombre que usurpa un poder tiránico sobre la reputacion de su prójimo, que le desacredita y le ataca aun cuando no se halla en estado de defenderse? Este es el carácter de la murmuracion. La sagrada Escritura le representa como una serpiente que de todos se hace temer: *Terribilis in civitate sua*. ¿Qué estragos no hace en las ciudades, en las comunidades, en las casas particulares? ¿Y qué efectos mas funestos que los de la murmuracion? No hay virtud á cubierto de sus tiros: no hay pureza exenta de su vapor. Este empaña la mas cristalina inocencia, deslustra la mas brillante reputacion, degrada la mas eminente santidad. No queda por el murmurador que la virtud no pierda todos sus derechos con su esplendor, y que la devocion mas ejemplar no se haga odiosa. Pero lo mas estraño es, que este vicio halle tambien lugar aun entre las personas que hacen profesion de virtuosas. No se piense, pues, que reina solamente en las conversaciones mundanas, ó entre la gente perdida. Hoy no hay conversacion que no se tenga por insulsa, si no la sazona la sal de la murmuracion. ¡Pero qué de pecados, buen Dios, no brotan de este funesto manantial!

Punto segundo. — Considera que la murmuracion es un pecado tanto mas enorme, cuanto es casi irremisible por la imposibilidad moral de reparar los daños que causa.

A las enormes culpas se puede seguir un arrepentimiento tan vivo, y una contricion tan perfecta, que las perdone Dios por sus misericordiosas entrañas con los pecadores, y una humilde confesion absuelve de los mayores pecados. En la mortificacion de la carne y en las penitencias del cuerpo unidas á los méritos de Jesucristo hay fondos para pagar nuestras deudas; pero todas

estas satisfacciones no alcanzan para la murmuracion. Detesta en buen hora tu pecado con horror; despedaza tu corazon con el mas vivo dolor; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; haz que tu cuerpo sufra la pena que mereció tu lengua murmuradora; no hay cosa mas justa, no la hay mas loable, no la hay mas importante; pero todavía te falta una obligacion indispensable: aquella persona inocente, cuya reputacion manchaste, tiznaste, denigraste, pide de justicia la restitucion: ni Dios te quiere conceder el perdon hasta que repares aquella grande injuria que la hiciste; hasta que se lave aquel crédito manchado; ¡pero esto te parece tan fácil!

Es la fama aquella buena opinion que los hombres tienen de la honra, de la virtud y del mérito de los otros hombres. La murmuracion destruye esta buena opinion en el concepto de aquellos á quienes se manifiesta: ¿como se podrá reparar? Es una luz que apaga la murmuracion: ¿como se volverá á encender? ¿Con qué arte, con qué industria se podrá conseguir que doscientas ó trescientas personas depongan el mal concepto del prójimo que ya se las sugirió? ¿Como se podrá desengañar á un pueblo entero de la mala opinion que se le inspiró, y que autorizó la inclinacion natural á creer siempre lo peor? Y aun cuando sea posible la pública retractacion de un murmurador convertido, ¿restituirá nunca á la inocencia, á la virtud, al mérito, aquel lustre, aquel esplendor que le quitó? Desdígase uno cuanto quisiere, el concepto no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es, que el daño de la murmuracion es casi irreparable, y que este pecado con suma dificultad encuentra perdon.

Sin embargo, pocos pecados hay mas generales, pocos de que se arrepientan menos. Se murmura con tanta facilidad como se habla; desmaya la conversacion si la murmuracion no la anima; se murmura burlándose, se murmura con cólera, se murmura por humorada y por costumbre; falta poco para que se murmure por virtud: tan comun es como todo esto la murmuracion. Es una especie de persecucion que el mundo declara á la virtud, y pocos Santos hubo que se librasen de ella. Ella ejercitó bien la paciencia á S. Pablo, patriarca de Constantinopla; á nadie perdona; ¡pero cual será la suerte de los murmuradores!

¡Oh mi Dios, y qué remedio tan poderoso contra la murmuracion es aquella recíproca caridad que vos nos encomendasteis tanto! Concededme, Señor, concededme esta importante virtud, la cual solo me dejará ver mis propias faltas, y me ocultará las de mis hermanos, ó por lo menos me obligará á callar, sugiriéndome razones para escusarlas.

JACULATORIAS. — Tomé el partido de observar mis faltas y de mirarme á mí mismo con cuidado para no tener tiempo en que mi lengua examine ni se deslice en las ajenas. (*Psalm.* 38.)

No permitais, Señor, que yo me desmande, ni en falsedad, ni en murmuracion alguna. (*Prov.* 30.)

PROPOSITOS.

1 Es la murmuracion una maledicencia ó un discurso injurioso contra la honra de alguno. Ella lo desfigura todo, y ella tiene levantado un formidable tribunal, dirigido á juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que va á buscar hasta lo mas interior de los corazones. Su verdadero origen es el sentimiento que nos causa vernos inferiores á otros en virtud, en prendas y en estimacion: aquella villana envidia, que tira únicamente á abatir el mérito de los otros, conviene despreciarla, y aspirar únicamente á merecerla. Bien se puede decir que los murmuradores son los que hoy sostienen todo el comercio del mundo: desmaya, fastidia, cansa la conversacion, no se sabe que hablar si la murmuracion no la anima, no la alegra y no la sustenta. Sin embargo, no hay cosa de mayor peligro para la salvacion, no la hay mas digna de temerse; una zumba, una chanza, un dicho agudo presto se dice; pero la herida que abre ese dicho no se cura tan fácilmente, ni el incendio que causa se apaga con facilidad. ¡Mi Dios, cuantos se condenan por la murmuracion! La malicia de este pecado de suyo siempre es grave; el daño que hace casi irreparable: mira ahora si será cosa tan fácil conseguir el perdon de él. Húyele con el mayor horror: imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor palabra que pueda lastimar la reputacion del prójimo, sino de escusar las faltas mas visibles, y de hablar siempre de otros con estimacion. Si no tuvieres alguna cosa buena que decir del sugeto de quien se trata, calla. Hay ciertos corazones malignos, ciertos genios mordaces, naturalmente inclinados á murmurar, que todo lo emponzoñan; ten horror de ellos; húyelos; y está persuadido á que la inclinacion y la costumbre de murmurar son una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2 Hay varias suertes de murmuraciones. Murmúrase imputando á otro algun delito falso: esta es calumnia. Murmúrase dando por cosa segura lo que solo se supo por un rumor incierto y confuso. Murmúrase contando á otros lo que se nos confió en secreto. Tambien es murmuracion hacer público un hecho que sabian pocos: eslo igualmente confiar sin necesidad ó sin motivo

grave, aunque no sea mas que á una sola persona, el pecado que se vió cometer á otro, ó la miseria oculta de que se tuvo noticia. Aun en las cosas que salen al público puede haber murmuracion, exagerándolas ó añadiendo circunstancias, que aunque verdaderas, no se habian publicado, y acriminan mas el hecho, como tambien por el contrario, callando maliciosamente otras que disminuyen la gravedad y la vergüenza. Se pueden interpretar en mala parte muchas acciones que en lo esterior parecen buenas; y entonces tambien es murmurar el manifestar á otros nuestras sospechas, ora sean sin fundamento, ora con él. Hay murmuraciones habladoras, y las hay tambien mudas: un gesto, una risita falsa, cierto tonillo, un retintin, un silencio seco y afectado equivalen muchas veces á una mordaz murmuracion. No son las menos amargas aquellas murmuraciones que van mezcladas con gracias y con pullas. Tambien es especie de murmuracion el remedar los gestos y los modales de algun sugeto con intencion de reirse á su costa y hacerle ridículo. Imponte una severa ley de evitar escrupulosamente todas estas diferencias de murmuraciones, y de no decir jamás, ni aun por diversion, cosa alguna que haga ridículos á otros, no hablando nunca ni aun de sus defectos naturales.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

SAN DIEGO, confesor, del órden de Menores; la festividad de su dichoso tránsito se celebró ayer. (*Véase su vida en las de mañana.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES VALENTIN, SOLUTOR Y VICTOR, en Ravena; los cuales padecieron imperando Diocleciano.

SAN MITRIO, esclarecidísimo mártir, en Aix en la Galia Narbonense. (Es el patrono principal de Aix, donde se celebra su fiesta en este dia. S. Gregorio de Tours dice que Dios glorificó su sepulcro con muchos milagros.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ANTONINO, ZEBINA, GERMANO, Y ENNATA vírgen, en Cesarea en Palestina; la cual en tiempo de Galerio Maximiano primero fué azotada, y últimamente quemada; los otros como reprendiesen en alta voz la impiedad del presidente Firmiliano, porque sacrificaba á los dioses, fueron degollados

LOS SANTOS MÁRTIRES ARCADIO, PASCASIO, PROBO Y EUTIQUIANO españoles, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, no queriendo en modo alguno consentir en la blasfemia de Arrio, el rey Genserico, arriano, primero los encartó, despues los desterró; y vinieron á morir últimamente por la fe con diversos géneros de atroci-

JACULATORIAS. — Tomé el partido de observar mis faltas y de mirarme á mí mismo con cuidado para no tener tiempo en que mi lengua examine ni se deslice en las ajenas. (*Psalm.* 38.)

No permitais, Señor, que yo me desmande, ni en falsedad, ni en murmuracion alguna. (*Prov.* 30.)

PROPOSITOS.

1 Es la murmuracion una maledicencia ó un discurso injurioso contra la honra de alguno. Ella lo desfigura todo, y ella tiene levantado un formidable tribunal, dirigido á juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que va á buscar hasta lo mas interior de los corazones. Su verdadero origen es el sentimiento que nos causa vernos inferiores á otros en virtud, en prendas y en estimacion: aquella villana envidia, que tira únicamente á abatir el mérito de los otros, conviene despreciarla, y aspirar únicamente á merecerla. Bien se puede decir que los murmuradores son los que hoy sostienen todo el comercio del mundo: desmaya, fastidia, cansa la conversacion, no se sabe que hablar si la murmuracion no la anima, no la alegra y no la sustenta. Sin embargo, no hay cosa de mayor peligro para la salvacion, no la hay mas digna de temerse; una zumba, una chanza, un dicho agudo presto se dice; pero la herida que abre ese dicho no se cura tan fácilmente, ni el incendio que causa se apaga con facilidad. ¡Mi Dios, cuantos se condenan por la murmuracion! La malicia de este pecado de suyo siempre es grave; el daño que hace casi irreparable: mira ahora si será cosa tan fácil conseguir el perdon de él. Húyele con el mayor horror: imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor palabra que pueda lastimar la reputacion del prójimo, sino de escusar las faltas mas visibles, y de hablar siempre de otros con estimacion. Si no tuvieres alguna cosa buena que decir del sugeto de quien se trata, calla. Hay ciertos corazones malignos, ciertos genios mordaces, naturalmente inclinados á murmurar, que todo lo emponzoñan; ten horror de ellos; húyelos; y está persuadido á que la inclinacion y la costumbre de murmurar son una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2 Hay varias suertes de murmuraciones. Murmúrase imputando á otro algun delito falso: esta es calumnia. Murmúrase dando por cosa segura lo que solo se supo por un rumor incierto y confuso. Murmúrase contando á otros lo que se nos confió en secreto. Tambien es murmuracion hacer público un hecho que sabian pocos: eslo igualmente confiar sin necesidad ó sin motivo

grave, aunque no sea mas que á una sola persona, el pecado que se vió cometer á otro, ó la miseria oculta de que se tuvo noticia. Aun en las cosas que salen al público puede haber murmuracion, exagerándolas ó añadiendo circunstancias, que aunque verdaderas, no se habian publicado, y acriminan mas el hecho, como tambien por el contrario, callando maliciosamente otras que disminuyen la gravedad y la vergüenza. Se pueden interpretar en mala parte muchas acciones que en lo esterior parecen buenas; y entonces tambien es murmurar el manifestar á otros nuestras sospechas, ora sean sin fundamento, ora con él. Hay murmuraciones habladoras, y las hay tambien mudas: un gesto, una risita falsa, cierto tonillo, un retintin, un silencio seco y afectado equivalen muchas veces á una mordaz murmuracion. No son las menos amargas aquellas murmuraciones que van mezcladas con gracias y con pullas. Tambien es especie de murmuracion el remedar los gestos y los modales de algun sugeto con intencion de reirse á su costa y hacerle ridículo. Imponte una severa ley de evitar escrupulosamente todas estas diferencias de murmuraciones, y de no decir jamás, ni aun por diversion, cosa alguna que haga ridículos á otros, no hablando nunca ni aun de sus defectos naturales.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

SAN DIEGO, confesor, del órden de Menores; la festividad de su dichoso tránsito se celebró ayer. (*Véase su vida en las de mañana.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES VALENTIN, SOLUTOR Y VICTOR, en Ravena; los cuales padecieron imperando Diocleciano.

SAN MITRIO, esclarecidísimo mártir, en Aix en la Galia Narbonense. (Es el patrono principal de Aix, donde se celebra su fiesta en este dia. S. Gregorio de Tours dice que Dios glorificó su sepulcro con muchos milagros.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ANTONINO, ZEBINA, GERMANO, Y ENNATA vírgen, en Cesarea en Palestina; la cual en tiempo de Galerio Maximiano primero fué azotada, y últimamente quemada; los otros como reprendiesen en alta voz la impiedad del presidente Firmiliano, porque sacrificaba á los dioses, fueron degollados

LOS SANTOS MÁRTIRES ARCADIO, PASCASIO, PROBO Y EUTIQUIANO españoles, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, no queriendo en modo alguno consentir en la blasfemia de Arrio, el rey Genserico, arriano, primero los encartó, despues los desterró; y vinieron á morir últimamente por la fe con diversos géneros de atroci-

simos tormentos. Resplandeció entonces tambien la fortaleza del niño Paulino ó Pablitos, hermano de los santos Pascasio y Eutiquiano; el cual no pudiéndole apartar de la fe católica, fué por mucho tiempo cruelmente azotado con manojos de varas, y luego condenado á servir como esclavo en los mas viles oficios. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Nicolás, papa, en Roma, sobresaliente por su constancia apostólica. (*Véase su historia en tas de hoy.*)

San Brucio, obispo, en Tours, discípulo de S. Martin, obispo. (Fué natural de Tours y monge en tiempo de S. Martin, cuya paciencia ejercitó con su pereza y su soberbia. Aquel Santo predijo su maravillosa conversion, y que seria sucesor suyo en la silla de Tours, todo lo cual sucedió en el año de 399. Por calumnias levantadas en el pueblo contra él, fué echado de la ciudad, y vivió desterrado en Roma; pero su santa paciencia triunfó al fin de la malicia, y restituido á su silla la gobernó con santidad hasta su muerte, acaecida en el año de 444. Su nombre se tuvo en Francia en veneracion muy especial, como tambien en Inglaterra, y tiene su lugar todavía en el calendario de los ingleses protestantes.)

San Eugenio, obispo, en Toledo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Quinciano, obispo, en Clermont en Francia.

San Homobono, confesor, en Cremona; al cual habiendo resplandecido en milagros canonizó Inocencio III. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA, NOVICIO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Fué S. Estanislao de una de las mas antiguas casas de Polonia. Luego que llegó á edad competente le dieron por ayo y por maestro en los rudimentos de la lengua latina á un jóven caballero, llamado Juan Bilinski. Pero anticipándose el Espíritu Santo á la vigilancia del ayo, muy de antemano habia dado á Estanislao las primeras lecciones en la ciencia de los santos. Luego que fué capaz de conocer á Dios, se sintió inclinado á amarle; y decia él mismo muchas veces que el primer uso de su razon fué ofrecerse y consagrarse al Señor. Mucho se debia esperar de una alma que al primer asomo de la razon supo enternecerse á vista de la amabilidad de su Dios, y rendirle desde luego amoroso vasallaje. Todos llamaban á Estanislao el ángel, y á la verdad este era su carácter. Era en estremo hermoso; pero se decia de su hermosura lo que S. Ambrosio habia dicho de la belleza de la santísima Vírgen, que inspiraba castidad, y que sola su vista disipaba las tentaciones impuras. Su pudor era tan delicado que bastaba para desmayarle una palabra algo mas libre que se dijese en su presencia. El sumo amor que profesaba á la pureza



S. ESTANISLAO DE KOSTKA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le obligaba á evitar con esquisito cuidado todo aquello que podia ocasionar en ella aun la mas mínima mancha. Gustaba de vestir sencillamente, aborrecia el juego, huia las conversaciones peligrosas, y lo que mas contribuyó á la conservacion de su inocencia, fué el estar siempre ocupado en el estudio ó en la oracion. Hasta edad de catorce años estudió en casa de sus padres, y despues trataron estos de enviarle á algun colegio. Habia á la sazon en Viena de Austria un célebre seminario dirigido por los jesuitas, fundado por el emperador Ferdinando para la educacion de la juventud alemana, así en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras humanas. Enviáronle á él sus padres en compañía de otro hermano suyo, llamado Pablo. No podia haber cosa mas oportuna para la virtuosa inclinacion de Estanislao: en poco tiempo le admiraron todos como cabal modelo de las mas perfectas virtudes. Pero no podia durar mucho una vida tan sosegada. Rara vez deja el Señor por largo tiempo á los santos en reposo. Debiendo estos conformarse con la cabeza de los predestinados, que es Jesucristo, varon de dolores, siempre los previene varias cruces para que se asemejen á él por medio de los trabajos. Salió Estanislao del seminario, y se vió precisado á estar de posada en casa de un luterano, donde tuvo mucho que padecer; porque viendo Pablo de Kostka que la vida de Estanislao era muy contraria á la suya, y considerándole como un incómodo censor, cuyo arreglado porte era una muda reprension de su desórden, le concibió tanta aversion, que le comenzó á perseguir sin término ni medida. Gustaba mucho de sonrojarle en todas ocasiones: burlábase de cuanto hacia; tratábale de tonto y de mentecato; pero como vió que nada de esto bastaba para que mudase de paso y de fervor, se enfureció tanto contra él, que muchas veces le llegó á poner las manos con estremado rigor. Sufria Estanislao estos indignos tratamientos con la constancia de un pequeño mártir. Por mas que hiciese con él, ni murmuraba, ni se quejaba, ni se alteraba jamás la serena igualdad de su semblante. Pero al fin, estos malos tratamientos de su hermano, juntos á la austeridad de su penitente vida, le causaron una enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Salió de ella por favor particular de la santísima Vírgen, que le dió á entender habia de entrar en la Compañía que se honra con el nombre de su Hijo. Pidió ser recibido en ella; pero se halló con dificultades que se oponian á sus intentos. Viendo el santo mancebo frustrados todos los demás medios que habia aplicado para conseguir lo que deseaba, resolvió tratar el negocio únicamente con Dios: púsose en oracion, levantó los ojos al cielo, y suplicó fer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL

vorosamente al Señor que le proporcionase los medios de obedecerle. En el mayor fervor de esta oracion se sintió fuertemente movido á dejar á Viena y alejarse mas de su país, conociendo bien que la cercanía á él seria siempre estorbo á sus piadosos intentos. Obedeció á la inspiracion, y salió de Viena; al salir se desnudó de su vestido, y se le dió á un pobre; vistióse una túnica de tela que llevaba prevenida; ciñóse con una cuerda, colgando de ella el rosario; tomó un bordon en la mano, y en este traje de peregrino se encaminó á la ciudad de Ausbourg, donde pensó encontrar al padre provincial; pero no hallándole en ella, partió á Dilinga para abocarse con él, y entre estas dos ciudades sucedió el prodigio siguiente: queriendo un dia comulgar, entró en la iglesia de una aldea que estaba abierta, y vió en ella unos paisanos haciendo oracion. Pareciéndole buena ocasion para oir misa y rezar sus devociones, se puso en oracion como los otros; pero luego conoció en el modo con que se celebraban los oficios que era un templo de luteranos. Afligióse imponderablemente viendo profanados nuestros sagrados misterios por aquellos impíos ministros; y como no pudo satisfacer aquel dia sus ansiosos deseos de recibir á Jesucristo, lloró amargamente, y se quejó con tan amorosa ternura á su amado dueño, que mereció ser consolado; porque mientras le estaba dando estas amorosas quejas, vió venir hácia sí una tropa de espíritus angélicos, y entre ellos uno que traia en sus manos el pan de vida, y acercándose á Estanislao con un aire lleno de majestad, le dió la comunion, dejándole en posesion de Jesucristo. Halló Estanislao en Dilinga al provincial, el cual le amó desde que le vió; y sintiéndose movido á favorecer sus santos intentos, quiso probarle. Descubrió en él tan raras prendas y tantos dones sobrenaturales, que desde luego le consideró como á un niño que enviaba Dios á su recien nacida religion para ser con el tiempo una de sus mas brillantes antorchas. Con este pensamiento resolvió enviarle á Roma para desviarle mas de sus padres, y quitarlos la gana de retirarle á vista de las dificultades cuando llegasen á entender que estaba tan distante. Envióle, pues, á Roma, y luego que llegó se fué á echar á los pies del padre general, que lo era á la sazon san Francisco de Borja. Abrazóle el Santo tiernamente, y le dijo estas palabras, que le llenaron del mayor consuelo que esperimentó en toda su vida: *Estanislao, yo te recibo, y no te puedo negar este gusto, porque tengo muchas pruebas de que Dios te quiere en nuestra Compañía.* Halló Estanislao en el retiro una especie de celestiales dulzuras que nunca habia probado. Aquel Dios, que le habia retirado á la soledad para hablarle al corazon, derramó sobre él tan abundante golpe de luz y tan copiosa inundacion de consuelos interiores, que el sugeto á quien señaló el maestro de novicios para que le fuese instruyendo en los primeros ejercicios, decia que estaba confuso de que le hubiesen obligado á encargarse de la direccion de uno de quien podia y debia aprender como discípulo. ¿Pero quién podrá esplicar la avenida de su gozo cuando le vistieron la sotana, y fué recibido entre los demás novicios? Estaba tan preocupado, tan alegremente embebido en la idea de su dicha, que no acertaba á hablar de otra cosa. Recibió una sentida carta de su padre llena de desprecios y de amenazas: leyóla, lloró su ceguedad; pero no le hizo la mas mínima impresion. No cabia mayor fervor que el de nuestro santo novicio. Respiraban todas sus acciones no sé qué fuego particular, que las distinguia de las de los otros, aunque no hiciese precisamente sino lo que hacian todos los demás. Imitaba lo mas perfecto que notaba en cada uno de sus hermanos: sus mortificaciones no tenian otro límite que el que las prescribia la obediencia. Esta era en él tan perfecta, que el maestro de novicios decia no parecerle posible serlo mas: guardaba con ejemplarísima exactitud todas las reglas y todo el órden de la observancia regular. Su humildad era profunda; su dulzura y amabilidad inesplicable: todo respiraba en él un carácter de genio suavísimo y dulcísimo. ¿Pero hasta donde llegaba su amor de Dios? No amaba Estanislao á Dios con solo aquel amor de preferencia en que consiste la esencia de la caridad; amábale tambien con aquel amor de ternura que es efecto de la caridad abrasada y encendida, y se deja sentir vivamente en el corazon. De tal manera se habia apoderado de él aquel divino fuego, que algunas veces le era preciso tomar el aire para desahogarse y no caer en deliquio. Cuanto mas se acercaba esta víctima del divino amor á la consumacion del sacrificio, menos parece que la perdonaba Dios. Esplicábase en lágrimas la ternura de su amor; siempre tenia bañados los ojos en ellas; y el cardenal Belarmino escribe en su libro intitulado; *el gemido de la paloma*, que las derramaba á torrentes cuando comunicaba con el Señor. De esta íntima union con su Dios nacia aquella gracia particular que tenia para tranquilizar las almas turbadas y afligidas. Confiábanle algunos sus trabajos interiores; y luego que Estanislao hacia oracion por ellos, esperimentaban restituirse á sus corazones la calma y la serenidad. Su zelo por los intereses de la Madre de Dios fué superior á todo encarecimiento. Movido de su vehemente pasion á la gloria de esta soberana Reina, hizo estudio particular en los autores de aquellos pasajes mas sublimes y mas pro-

pios para formar un elevado concepto de su grandeza. Pero la víctima se iba cada dia consumiendo. Aun no contaba diez meses de noviciado, cuando tuvo un interior presentimiento de que estaba cercana su muerte. Esplicóse en términos bastantemente claros para que se conociese su disposicion; pero atendiendo á su corta edad y á su salud, no se dió mucho crédito á lo que positivamente afirmaba sobre su cercano fin. Como Estanislao amaba á Dios con todo su corazon, no podia amar la vida que le separaba de él, y deseaba la muerte que le habia de unir para siempre con su adorado Dueño: por esto la estaba continuamente pidiendo, y al cabo fué oida su oracion. Rindióle á la cama una calentura; y esta primera señal que quiso el Señor dar á Estanislao de que habian sido oidos sus deseos, le causó una alegría que se comunicó del corazon al semblante. Mantúvose la enfermedad por algun tiempo en cierta especie de consistencia, sin agravarse ni disminuirse; pero al fin cayó en un desfallecimiento tal, que ya se comenzó á temer fuese demasiadamente cierto lo que habia dicho de su muerte. Volvió en sí del desmayo, y se le administraron á toda priesa los sacramentos. Recibió Estanislao el Viático y la Estremauncion con tanto gozo, que no lo pudo disimular en medio de su estrema debilidad, manifestándole en la fogosa vivacidad de los ojos y del semblante: ni el frio de la muerte que ya comenzaba á apoderarse de él fué capaz de estinguir la viveza de su amor. Preguntáronle si estaba muy resignado en la voluntad de Dios; y respondió con admirable tranquilidad: *Mi corazon está aparejado, mi Dios, mi corazon está aparejado.* Pasó despues algun rato regalándose con su Dios, teniendo en la mano una imágen de la santísima Vírgen, y el rosario rodeado al brazo. Finalmente, dejándose ver de él esta soberana Reina, acompañada de una numerosa tropa de vírgenes, como lo dijo el mismo Estanislao, entregó su espíritu en manos de su querida Madre á poco mas de las tres de la mañana el dia 15 de agosto del año de 1568, hácia el fin de los diez y ocho años de su edad, y á los diez meses de noviciado. Fué tan estraordinario el concurso de los que asistieron á sus exequias, que mas parecia aparato de triunfo que de funerales, descubriéndose en el hermoso semblante del cadáver un como destello de la gloria que gozaba aquella alma dichosísima. En atencion á sus virtudes y milagros le canonizó y puso en el catálogo de los Santos el papa Benedicto XIII el último dia del año de 1726. Bien podemos decir ahora con el Sabio, que se hizo perfecto en poco tiempo, y que en el corto número de años que vivió, se adelantó á los que lograron vida mas larga. Dióse priesa Dios á retirarle de

este lugar de miseria y de pecado porque le era agradable su alma.

SAN EUGENIO III, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Eugenio, tercero de este nombre en la silla de Toledo, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, uno de los mas zelosos prelados que han brillado en la Iglesia de España, y uno de los hombres mas sabios de su siglo, nació en la ciudad de Toledo. Sus padres, distinguidísimos en aquella capital por sus honoríficos empleos, por la calificada nobleza de sus ascendientes, pero mucho mas por su piedad, bien acreditada en las muchas piadosas obras que se debieron á su religioso zelo, se dedicaron con el mayor esmero á criar al niño sobre el sólido principio del santo temor de Dios, sin omitir alguna diligencia que pudiera contribuir á su mejor instruccion. Pero como el Espíritu Santo habia derramado con mano liberalísima muy particulares gracias en la dichosa alma de Eugenio, tuvieron la complacencia de ver en él cumplido cuanto podian apetecer sus deseos. Aunque su educacion la tuvo en la corte, no le tiñó ni su aire, ni sus máximas. Previnole el Señor con sus dulces bendiciones: dióle un corazon tan justo, y una inclinacion tan recta, que no fueron capaces para pervertirle ni los atractivos mas brillantes del siglo, ni aun los artificios de que se vale para perder á los jóvenes.

Aplicado Eugenio á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un ingenio escelente, de una eminente capacidad, y de una ambicion singularísima por adquirir sabios conocimientos, hizo en las ciencias admirables progresos, y no menores servicios en la iglesia real, por la que se entiende ordinariamente la de Toledo, á la que fué asignado desde sus mas tiernos años. En efecto, su grande sabiduría y la justificacion de su conducta le adquirieron la estimacion general de todo el pueblo. Solo él vivia disgustado de su reputacion y del aplauso comun; pues el deseo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, tenia para Eugenio mayor atractivo que todas las lisonjeras esperanzas y ventajosas proporciones que el mundo ofrecia á su alto nacimiento y á sus relevantes méritos. Esta consideracion le hizo mudar de estado, y buscar otro donde pudiese llegar á la perfeccion que deseaba. Para poner en ejecucion estas nobilísimas ideas, y evitar el que alguno lo impidiese, se huyó de su casa con el mayor sigilo, y se dirigió á Zaragoza, donde creyó que hallaria muchos objetos de piedad capaces á fijar

su residencia. Allí abrazó la profesion monástica en el célebre monasterio del órden de S. Benito, dedicado á Sta. Engracia y gloriosos compañeros, en el que de nuevo se aplicó á formar su espíritu sobre las máximas de la perfeccion evangélica, siendo todas sus delicias la meditacion y la leccion de los libros sagrados y ascéticos. El ejemplo de tantos ilustres mártires, que hacian la mayor gloria á aquel célebre pueblo, le arrebataban frecuentemente, y le llevaban á contemplar delante de sus túmulos los triunfos y las coronas que merecieron, y encendiéndose en vivísimos deseos de imitar las virtudes que los dispusieron á recibir tan recomendable dicha; en esto pensaba con la mayor fruicion la mayor parte del tiempo.

Dedicado Eugenio al culto divino y al obsequio de los santos mártires, sin dejar el estudio, que siempre fué el objeto de sus atenciones, hizo en la piedad grandes progresos, nada inferiores en las disciplinas eclesiásticas. Sobre la estimacion general del clero y pueblo se concilió la de S. Braulio, obispo á la sazon de Zaragoza, bajo cuyo magisterio adelantó nuestro Santo considerablemente tanto en doctrina como en virtud. Eligióle por su arcediano aquel célebre prelado, y confesaba ingenuamente que en el trato y familiaridad de Eugenio tenia todo su gozo y toda su complacencia, espresando además que era el único consuelo en los muchos trabajos de sus apostólicas tareas. Enfermó el santo obispo á fuerza de sus continuos desvelos, y cargó toda la solicitud pastoral de la Iglesia de Zaragoza sobre los hombros de Eugenio, quien dispensó todos los deberes del ministerio con tanta justificacion y con tanta prudencia, que apenas encontró elogios el mismo S. Braulio con que recomendar su mérito en las cartas que escribió al rey Chindasvinto, acreditándolo así á mayor abundamiento la fama de su eminente virtud, no solo en Zaragoza y su diócesi, sino es en todo el reino de España.

Pasó á mejor vida Eugenio II, arzobispo de Toledo, é inmediatamente pusieron los ojos todo el clero y pueblo en nuestro Santo, bajo el concepto de no haber persona mas digna para que ocupase la silla primada de la nacion. Solo restaba vencer su resistencia, pues por su profunda humildad se confesaba indigno de tan eminente empleo, al paso que sentia con escesivo dolor dejar su amado retiro, centro de todas sus complacencias. Supo Chindasvinto la repugnancia del electo, y la de S Braulio en desprenderse de tan útil ministro, y despachó una estrecha órden para que sin dilacion se presentase en Toledo. Con cuanto sentimiento recibiese S. Braulio aquel aviso, se puede colegir por las cartas que escribió al rey, en las que protestó, clamó y lloró, que no dejaria piedra por mover para que desistiese aquel soberano de su determinacion, haciéndole presente que Eugenio era el único consuelo que le habia quedado en su vejez, y que la mayor calamidad que pudiera suceder á la Iglesia de Zaragoza era la de su ausencia. Pero prefiriendo Chindasvinto el bien de la Iglesia de Toledo á todas las súplicas y lágrimas de S. Braulio, repitió como por derecho patrio á Eugenio, que fué recibido en la ciudad regia con universal aclamacion, pues todos deseaban ya con impaciencia ver á su santo pastor, gloria y honor inmortal de su patria. Habia convocado el difunto Eugenio II para el concilio séptimo toletano á los obispos de la provincia, y hallándose éstos en Toledo, inmediatamente fué consagrado nuestro Santn, y fué uno de los padres que asistieron en aquella asamblea.

Colocado Eugenio en la primera silla episcopal de España, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que de su eminente virtud y de su grande sabiduría habian formado el clero y pueblo de Toledo; pues aunque era de una complexion y temperamento sumamente delicado, elevándole su zelo verdaderamente apostólico sobre las fuerzas de su naturaleza, llenó todos los deberes de su oficio pastoral con una vigilancia y con un fervor que le hacian parecer superior á los hombres mas robustos. No nos constan todos sus laudables hechos; pero por los grandes elogios, aunque con concisas palabras, de sus dos insignes discípulos S. Ildefonso y S. Julian, ambos arzobispos de Toledo, se acredita que fué un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en la Iglesia de Jesucristo. *Sucedió á un Eugenio otro Eugenio*, escribe S. Ildefonso: *siendo este esclarecido sacerdote de la iglesia real, se aficionó á la vida monástica, arribó con gran fervor á Zaragoza, allí se dedicó á los sepulcros de los mártires, profesó y siguió gloriosamente los estudios de la sabiduría, y el propósito de monge: de allí con violenta y poderosa mano fué arrebatado y colocado sobre la silla episcopal, en la que pasó una vida mas llena de los merecimientos del alma, que de fuerzas del cuerpo: era éste delicado, escaso su vigor, pero grande y alentado el de su espíritu, con que consiguió la perfeccion de las letras, y alcanzó las costumbres de las virtudes.*

Como el objeto principal de este eminente prelado fué siempre el culto divino, corrigió varios abusos introducidos en los oficios eclesiásticos por los maestros de capilla (*): compuso

(*) Cantus pessimis usibus vitiatos, melodiæ cognitione correxit. *S. Ildef. loc. laud.*

otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reformacion de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor órden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en órden de éstas, que sin embargo de su gran sabiduría, consultó á S. Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que escedieron los límites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el octavo, nono y décimo toletanos, en los que presidió tanto por la autoridad de su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose ésta y su justificacion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

Tambien escriben algunos, que aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fe católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los godos, empeñó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad, que aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al Santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos, y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor crítica por el Emmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable entre ellas la correccion del poema del doctísimo Draconcio, bajo el título de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energía, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. Tambien compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad, y con estilo tan superior, que de él espresó S. Isidoro, que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavía

algunas reliquias de la herejía arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió en la muerte de los Santos en el dia 13 de noviembre del año 657, segun el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor S. Ildefonso, que reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Sta. Leocadia; fué monge, y cuando mas huia de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

SAN ARCADIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Entre los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los vándalos, señala el Martirologio Romano á S. Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulilo, á quienes venera por sus patronos la antigua villa de Medina-cœli. Eran todos naturales de España, y oriundos segun nos dicen varios escritores de la ciudad de Salamanca, y si bien distinguidos por su valor y por su calificada nobleza, lo fueron mucho mas por la heróica constancia con que se mantuvieron firmes en la fe católica. Siguieron Arcadio y sus compañeros como militares de profesion el ejército de Genserico rey de los vándalos, cuando pasó este impío príncipe á persuasion de Aecio con ochenta mil combatientes de España al Africa contra el emperador Valentiniano, con el injusto designio de hacerse dueño de aquella preciosa parte de Europa que con efecto cayó en poder de estas gentes feroces, que á la barbaridad de su temperamento añadian la impía profesion del arrianismo; y como Genserico era uno de los mas acérrimos defensores de la execrable herejía, luego que empuñó el cetro, comenzó á perseguir á los católicos, haciendo que los obispos saliesen desterrados de sus iglesias, y los nobles del país, despues de haberlos despojado de sus empleos y de sus bienes.

Habian servido Arcadio y sus compañeros á Genserico con

otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reformacion de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor órden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en órden de éstas, que sin embargo de su gran sabiduría, consultó á S. Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que escedieron los límites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el octavo, nono y décimo toletanos, en los que presidió tanto por la autoridad de su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose ésta y su justificacion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

Tambien escriben algunos, que aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fe católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los godos, empeñó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad, que aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al Santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos, y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor crítica por el Emmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable entre ellas la correccion del poema del doctísimo Draconcio, bajo el título de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energía, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. Tambien compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad, y con estilo tan superior, que de él espresó S. Isidoro, que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavía

algunas reliquias de la herejía arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió en la muerte de los Santos en el dia 13 de noviembre del año 657, segun el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor S. Ildefonso, que reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Sta. Leocadia; fué monge, y cuando mas huia de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

SAN ARCADIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Entre los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los vándalos, señala el Martirologio Romano á S. Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulilo, á quienes venera por sus patronos la antigua villa de Medina-cœli. Eran todos naturales de España, y oriundos segun nos dicen varios escritores de la ciudad de Salamanca, y si bien distinguidos por su valor y por su calificada nobleza, lo fueron mucho mas por la heróica constancia con que se mantuvieron firmes en la fe católica. Siguieron Arcadio y sus compañeros como militares de profesion el ejército de Genserico rey de los vándalos, cuando pasó este impío príncipe á persuasion de Aecio con ochenta mil combatientes de España al Africa contra el emperador Valentiniano, con el injusto designio de hacerse dueño de aquella preciosa parte de Europa que con efecto cayó en poder de estas gentes feroces, que á la barbaridad de su temperamento añadian la impía profesion del arrianismo; y como Genserico era uno de los mas acérrimos defensores de la execrable herejía, luego que empuñó el cetro, comenzó á perseguir á los católicos, haciendo que los obispos saliesen desterrados de sus iglesias, y los nobles del país, despues de haberlos despojado de sus empleos y de sus bienes.

Habian servido Arcadio y sus compañeros á Genserico con

aquella lealtad que les inspiraba su ilustre nacimiento, acreditando tanto en tiempo de guerra como de paz su valor y su exactitud en todas las espediciones y encargos que se fiaron á su cuidado, en virtud de lo cual obtenian en palacio los empleos mas honoríficos, haciéndose amar y respetar por la arreglada circunspeccion de sus costumbres y por la justificacion de sus providencias. Hasta el mismo Genserico les manifestaba su grande estimacion en todas las ocasiones, agradecido de la fidelidad y del honroso porte con que le servian; pero como tantos y tan distinguidos méritos no llenaban el corazon del bárbaro príncipe, faltándoles la cualidad de ser arrianos, empleó toda su autoridad para reducirlos á que profesasen la execrable maldad de aquel monstruo infernal que vomitó el abismo para romper la union del cuerpo místico de la Iglesia. Valióse Genserico para ello de cuantos medios pudo sugerirle su obstinacion, manifestándoles que le darian el mayor gusto en seguir su partido, bajo el seguro, que añadiendo este nuevo mérito á los muchos que tenian contraidos en su real servicio se harian acreedores de los mayores empleos de la república, con que los premiaria; pero viendo que al compás de su empeño crecia la firmeza en los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, apeló al poder, amenazándoles con los castigos mas enormes en caso de resistirse á su voluntad.

No aterraron las conminaciones del bárbaro los ánimos de los esforzados militares de Jesucristo, aun cuando les constaba las tiranías que su impiedad ejecutaba con los católicos, antes bien revestidos de aquel valor y de aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, le hicieron entender el horror con que miraban la execrable blasfemia de la herejía arriana. Sintió en el alma Genserico ver desvanecidas sus intenciones; y queriendo probar la constancia de los ilustres confesores, determinó castigarlos con sucesivas penas: porque el deseo que tenia de conservarles las vidas tan importantes á su servicio, le movieron á darles tiempo, creyendo que á fuerza de aflicciones mudarian de dictámen. Despojó ante todo á Arcadio, Pascasio y Eutiquiano de los empleos que tenian en su palacio, escepto al niño Paulilo, y les confiscó sus bienes; pero advirtiendo que la miserable constitucion á que redujo á los nobles caballeros, no solo no alteró su tranquilidad, sino es que les sirvió de estímulo para que predicasen con nuevo aliento la fe católica por las calles y por las plazas, mandó desterrarlos de la ciudad con ignominia, y salieron los ilustres confesores llenos de una alegría estraordinaria á cumplir la injusta providencia del tirano, manifestando

en todas sus espresiones y en todas sus acciones su firme resolucion de no rendirse jamás á la voluntad de aquel bárbaro soberano. Desengañado éste que se cansaba inútilmente en todas sus tentativas, dió órden para que los pusiesen en una dura prision, en la que les hizo padecer imponderables tormentos; que aunque no los especifican los escritores de sus actas, todos convienen en que fueron atrocísimos, en atencion al carácter de aquel príncipe inhumano, uno de los mas crueles que se han conocido en los siglos.

Supo el obispo de la ciudad Constantina del Africa (bien fuese Antonino ú Honorato, en lo que se diferencian los escritores) la constitucion en que se hallaban los nobilísimos caballeros, y para alentarlos á que se mantuviesen constantes en la fe católica, dirigió una carta á Arcadio llena de aquellas sabias y zelosas espresiones, que caben en un prelado que intentaba consolar á los afligidos y animar á los católicos á que diesen pruebas de su constancia en el lance mas crítico, que lo exigian así las circunstancias en que se hallaba la Iglesia. *Ve, Arcadio,* le decia entre otras cosas, *que te mira Jesucristo, y se está alegrando de tu firmeza: ve que se regocijan de ella los ángeles, y se ofrecen en tu ayuda: ve que están contigo los lucidísimos coros de los mártires que te han precedido, los que te esperan, te defienden y te coronan: ruégote que no permitas que otro reciba la corona que te espera, pues la Iglesia católica te guarda como á un insigne mártir, para honrarse contigo como con otro Estéban.* No necesitaba Arcadio de esta exhortacion para dar pruebas de su fe; pero con todo apreció la carta de aquel zeloso prelado; y dándola á leer á sus compañeros, se encendieron todos en vivísimos deseos de sellar con su sangre la infalible verdad del sacrosanto dogma, que era el punto cardinal de las reñidas controversias entre los ortodoxos y los herejes arrianos.

Finalmente irritado Genserico de ver el ningun efecto que producian sus esfuerzos para rendir á su partido á los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Probaron los verdugos la constancia de Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquiano con diferentes é inauditas crueldades, haciéndoles padecer esquisitos tormentos, hasta que á fuerza de ellos lograron la apetecida corona del martirio en el dia 13 de noviembre cerca del año 437.

Siguió despues los pasos de los ilustres mártires el niño Paulilo ó Paulino, hermano de Pascasio y Eutiquiano, á quien amaba en estremo Genserico por su rara hermosura y por la perspicacia de su ingenio. Pareció al tirano que le seria fácil reducirlo en

atencion á sus tiernos años; pero luego que le propuso el que abrazase la secta arriana, le respondió no como niño sino como un varon perfecto, detestando la execrable blasfemia. Quiso el tirano atraerlo á su partido con fingidos halagos y con ofrecimientos ventajosos; mas viendo que de nada aprovechaban sus tentativas, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó azotarlo con la mayor crueldad con varas y con cordeles. Sufrió Paulino con un valor y con una fortaleza escesiva á su edad la inhumanidad de aquel castigo; pero juzgando el tirano que si mandaba quitarle la vida, se diria que habia sido vencido por un niño contra su real decoro, lo destinó á la miserable constitucion de esclavo, para que sirviese en los mas despreciables y penosos ministerios, persuadiéndose que el tedio y la infamia de semejantes oficios seria capaz de turbar la constancia de su entendimiento; mas aquel cuya fe no pudo separar de su corazon la sevicia, menos pudo impedir la victoria la máquina del tirano. Ultimamente toleró Paulino aquel prolongado género de martirio con invencible constancia, hasta que quebrantadas sus fuerzas con los continuos trabajos, entregó su dichosísima alma en manos del Criador en la misma persecucion vandálica.

Recogieron los cristianos los cuerpos de Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulino, y les dieron sepultura con la cautela que exigian aquellas lamentables edades; y trasladados en lo sucesivo á España, los depositaron en la iglesia de S. Romano de la ilustre villa de Medina-cœli, que los venera por sus patronos; donde se digna el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de sus fidelísimos siervos, á quien se profesa una grande devocion así en la enunciada villa, como en los pueblos circunvecinos.

SAN HOMOBONO, MERCADER Y CONFESOR.

Todas las profesiones seculares legítimas y lícitas han dado al cielo infinidad de santos, para que no tengan escusa alguna los perezosos en cualquiera estado. En la infancia del mundo los hombres eran por lo comun pastores y tratantes en ganados, y antes de que hiciese progreso la agricultura vivian por lo regular en tiendas campestres portátiles ó movibles, y luego que las producciones de la tierra se apuraban en un terreno iban á otro á buscar su sustento. Las artes útiles eran entonces muy pocas y muy imperfectas; el vestir simple y mediano, y las casas, refugio tan necesario para los hombres, á los principios, aun en los climas mas frios, eran fabricadas de lodo ó de ramaje; teniéndose en algun tiempo por gran progreso en la arquitectura haber construido casas de maderos fuertes, aunque no pulidos, disponiéndoles de modo que formasen pared. La industria, la conveniencia y el lujo han descubierto y perfeccionado las artes en el mundo, cuyos progresos manifiestan contra los modernos deistas que no esceden de la edad que les señala la sagrada historia de Moisés. El comercio en su orígen no fué mas que un cambio ó permuta de una especie por otra; pero desde la invencion de la moneda, que equivale á todo género de cosas, se hizo el trato y comercio tan importante en la república del mundo como la agricultura misma; y se ha reputado con razon fuente de la riqueza, fuerza, columna y ornamento de una nacion: aunque el cultivo de la tierra, que ofrece una mina de las entrañas mismas de ella sin otra permuta, y con que subsiste todo el género humano, merece siempre la primera consideracion en los ojos del público, recibe el fomento de sus manos, y léjos de permitir que se vilipendie su profesion, la honra y la favorece con franquicias y beneficios. El comercio se ha mirado muchas veces, y aun por lo comun, como una ocasion próxima del demasiado apego á las cosas del mundo, ó un deseo inmoderado de ganancia, así como de mentiras, de fraudes y de injusticias. Que estos son vicios del hombre, y no defectos de la profesion, se mostrará claramente por el ejemplo de este y otros muchos santos.

Homobono fué hijo de un mercader de Cremona en Lombardía, quien en el bautismo le dió este nombre, que significa *hombre bueno*, siendo el de su familia Tucinge. Mientras le educaba en sus mismos negocios y ejercicio mercantil, sin darle escuela alguna de otra especie, le inspiraba con su ejemplo é instrucciones los sentimientos mas perfectos de probidad, integridad, religion y virtud. Desde su infancia concibió el Santo un aborrecimiento grande á la mas leve sombra de injusticia y de fraude, y con el temor de Dios siempre delante, hubiera querido mejor perder las mayores ventajas, y aun permitir la pérdida de todo su caudal, que inquinar su alma con el pecado mas leve. Esta regla es indispensable principalmente á todo el que esté ocupado en el tráfico ó comercio, como que en él aun los menos avaros incurren con la ocasion en mil defectos mortales, que con facilidad les disfraza la codicia, á no estar siempre muy sobre sí y sumamente vigilantes sobre sus sentidos. Un hombre que está contento y dispuesto siempre á sufrir cualquiera pérdida ó contratiempo, y aun la ruina de sus intereses temporales, antes que incurrir en una mentira ó en otro cualquiera modo de ofensa voluntaria de Dios, hace de sí mismo un sacrificio constante de obediencia en la

disposicion esta de su alma, y se asegura para siempre una eterna paz: porque un espíritu que encuentra todo su consuelo y alegría en la gracia y en el amor divino, y en los bienes de la eternidad, está muy léjos y muy á cubierto de la ansiedad y de las turbaciones que ocasionan los perecederos bienes de esta vida, especialmente si se sacrifican en su uso á la religion. Pero la probidad aun en el mundo merece á veces muchos sucesos felices temporales: porque aunque se verifique que uno salga ganancioso en ciertas ocasiones con la injusticia y el fraude, pero es siempre una máxima indudable que la honestidad es la mejor política, y que un hombre por ningun medio gana tanto en sus negocios como por una integridad inmudable, y una veracidad indefectible mediante la gracia de Dios, ganando un hombre de este modo una reputacion la mas apreciable, que es el tesoro de la mayor fortuna. Esto lo esperimentó S. Homobono en un suceso inesperado en su comercio, cuyo aumento fué tambien debido despues de la bendicion de Dios, á su economía, cuidado é industria. Miraba su tráfico como destino dado por Dios, y lo seguia con diligencia, siendo su objeto la obediencia á las divinas leyes, y á la justicia que se debia á sí mismo, á su familia, y la república, de que debia ser en conciencia un miembro útil y fructífero. Si los libros del comerciante no se guardan bien, si no se observa órden y regularidad en todo el manejo de su trato, si no se aplica á la continua atencion de aquel destino, menosprecia aquella obligacion esencial, y tambien será indigno de llevar el nombre de Cristo. Homobono es santo porque con el objeto de la virtud y de la religion desempeñó todas las obligaciones de su estado.

Por consejo de sus padres tomó por mujer una vírgen virtuosa, que asistia con mucha vigilancia y fidelidad al gobierno de aquella casa y familia, cuya conducta como la de todas las personas que la componian respiraba santidad, y atencion al servicio del dueño comun. Aquellas pasiones que por parecer pequeñas suelen despreciarse, tanto en otros estados y modos de vida, como en este, suelen ser la esclavitud mas insoportable y causas de mayores miserias y tribulaciones. ¿Cuántos en lugar de regocijarse se entristecen de la prosperidad de otros tratantes, y descubren sus faltas con un rencor que todo el que les oye no puede menos de atribuirlo á envidia y falta de caridad? ¿Cuántos pretenden elevar sus familias por medio de iniquidades y sórdidos tratos? ¿Cuántos no están abismados en una pasion inmoderada de riquezas? Porque aunque la opulencia sea don de Dios, ni debe codiciarse, ni abusarse tampoco de ella; porque estar siempre sediento de riquezas es un pecado gravísimo y mortal. Esta sola cosa es toda la filosofía de un tratante, el punto de mas importancia en la vida comercial; todo el fuerte de este negocio debe ser domar el lujo, ó pasion desordenada por riquezas, arreglar con moderacion el deseo de ellas, y estar en todo lance resignados y tranquilos deseando que se cumpla la voluntad de Dios, que conoce mejor que nosotros nuestros intereses. En cuanto al pretesto de que es necesario dejar para los hijos, no hay duda que es punto de justicia un cuidado prudente por ellos; pero en todo caso y contratiempo debemos considerar que la mejor herencia es la bendicion y la gracia de Dios; y que á veces el mejor patrimonio que se les deja es la instruccion y la educacion en industria y en virtud, para que se vean en la precision de buscar con sus fatigas y ocupacion el caudal que de otro modo suele servirles de disipacion y ruina. La ambicion, la vanidad y la soberbia son tambien unos vicios muy comunes en esta profesion, los cuales deben rechazarse con la modestia, la moderacion y la sencillez. Todo lo que es escesivo en vestido, aparato y casa es un dispendio afectado y pecaminoso; por consiguiente ofensivo á otros, y aun penoso para ellos mismos. Un hombre de baja estatura solo podrá parecer alto violentándose sobre las puntas de los pies: nada pues que no sea natural puede ser cómodo. El comerciante es el honor y el apoyo de la sociedad; pero un aparato ostentoso es lo que menos conforme parece á su carácter, y lo que menos puede contribuir á la felicidad de su estado. Esta vanidad suele manifestarse ó en la estravagancia de los gastos, y en la afectada negligencia en su tráfico, ó bien en empeñarse en proyectos estraordinarios y sumamente azarosos, que á veces vienen á parar en un claro latrocinio, en la injusticia de la ganancia, ó en algun fraude cometido contra una viuda, unos huérfanos, unos amigos ó parientes próximos que pusieron á su cuidado sus caudales. La negligencia y el amor á la diversion y á los placeres distractivos en un hombre de tráfico son crímenes de mucha enormidad. La moderacion cristiana y el gobierno de las pasiones son el baluarte del alma contra estos peligros, juntas con la prudencia consumada. Con aquellas virtudes evitó S. Homobono las comunes rocas en que dan tantos tratantes intrépidos y altivos. Con su profesion misma además de esto llegó á tocar aquel gran fin que todo cristiano debe proponerse en sus acciones, que es la santificacion de su alma; para la que en este estado halló oportunidad bastante de ejercitar todas las virtudes en un grado heróico. Con admirable paciencia sufrió el capricho, la sinrazon, la injusticia y la arrogancia de muchos con quienes tenia que

tratar, y con su paciente silencio, suaves respuestas, ó volviendo favores por injurias, venció siempre la arrogancia y la malicia, y quedó siempre dueño de su alma. Tan admirable llegó á ser esta gracia en él, que se decia comunmente en Cremona, que habia nacido sin pasiones.

La caridad con el pobre es una parte distintiva del carácter de todo discípulo de Cristo, y hace que tenga lugar la justicia, tributo que los mercaderes deben á Dios de sus ganancias; y esta sin duda fué la virtud favorita de Homobono. No contento con dar sus diezmos á los miserables miembros de Cristo, despues de la muerte de su padre (de quien heredó un caudal exorbitante en el comercio, además de una casa en la ciudad y una pequeña aldea en el campo) pareció no querer poner límites á sus limosnas: buscaba á los pobres en sus cotarros, y mientras con la mayor terneza aliviaba sus necesidades corporales, les exhortaba amablemente al arrepentimiento y santidad de vida. Quejábase muchas veces su mujer de que con sus escesivas limosnas habia de reducir muy presto su familia á la mendicidad; pero él la respondia mansamente, que dar limosna al pobre era poner dinero á grande interés, como un ciento por uno, á cuyo pagamento se habia obligado el mismo Jesucristo. Nos asegura el autor de su vida, que Dios recompensó sus caridades con los milagros que obró á veces en aquellos á quienes él remediaba, y aumentando considerablemente sus almacenes. Su abstinencia y su templanza no eran menos admirables que sus limosnas. Su continuidad en la oracion condena las falsas máximas de aquellos que ponen por pretesto de su desidia los negocios de su tráfico, haciendo incompatible la vida de comercio con la de oracion. En este santo ejercicio gastaba Homobono mucha parte de su tiempo, y unia la oracion con sus mismos negocios por medio de frecuentes aspiraciones con que elevaba su mente á Dios con sentimientos de compuncion, de divina alabanza y amor, en medio del cúmulo distractivo de sus tratos, de modo que la tienda, el retrete, la calle y todo lugar era para él á propósito para la oracion. Tenia costumbre de ir todas las noches á la iglesia de S. Gil, y asistir á los maitines, como lo hacian en aquel tiempo muchos legos; y no dejaba la iglesia hasta que oia misa por la mañana. En este sacrificio era tal el ejemplo de su fervor y recoleccion, que inspiraba los mismos sentimientos á los que con él la oian. Algunas veces esperaba á que el sacerdote principiase la misa, postrado ante un crucifijo en el mismo pavimento. El desidioso era movido á la virtud, y muchos pecadores se convertian de sus vicios con el ejemplo de su vida y la uncion de sus discursos. Domingos y

dias de fiesta les consagraba enteros á sus devociones: la oracion acompañaba todas sus acciones, y en este mismo ejercicio fué en el que dió su alma á su Criador. Porque en 13 de diciembre del año de 1197 se hallaba asistiendo á maitines como acostumbraba, y se quedó de rodillas ante un crucifijo hasta que principiase la misa. Al *Gloria in excelsis* estendió sus brazos en figura de cruz, y á poco tiempo cayó de cara en el suelo; cuya accion la creyeron los que le miraban de mera devocion. Cuando vieron que no se levantaba al Evangelio, fueron á ver su causa, y acercándose á él algunas personas conocieron que habia espirado. Sicardo, obispo de Cremona, despues de un riguroso escrutinio de sus virtudes y milagros, pasó á Roma con otras personas venerables, á solicitar su canonizacion que formó el papa Inocencio III despues de los necesarios exámenes, y publicó la bula en el año de 1198. El cuerpo del Santo fué sacado en el de 1356, y trasladado á la catedral, pero su cabeza permanece en la iglesia de S. Gil. *(Butler.)*

SAN NICOLÁS I, PAPA Y CONFESOR.

El papa S. Nicolás, el primero de su nombre, llamado el *Grande*, por las victorias que (segun el vaticinio de su nombre, que se interpreta *vencedor*) logró en reprimir á los perturbadores de la paz de la Iglesia. Sucedió á Benedicto III, y era diácono de la Iglesia de Roma, su patria, cuando subió á la sede pontificia el dia 24 de abril del año 858, siendo consagrado el mismo dia en la iglesia de S. Pedro, y hallándose presente el emperador Luis II. En 860 envió legados á Constantinopla para examinar la causa de S. Ignacio, y pronunció anatemas contra Focio, hombre artificioso y soberbio, autor del deplorable cisma que aun divide las Iglesias latina y griega. Nicolás resistió tambien á diferentes príncipes; y entre otros de los muchos actos que dió de firmeza, es digno de notarse aquel en que obligó al emperador Lotario á que se separase de Valdrada, su concubina, despues de anular los decretos de los dos concilios que habian aprobado el divorcio de dicho príncipe con Theutberga, su esposa. La paternal solicitud del pontífice por la propagacion de la fe dió por resultado la conversion de Bógoris, rey de los búlgaros, quien con motivo de una hambre que afligia á sus estados, y de la que se libertó á sí y á sus pueblos invocando al Dios de los cristianos, en 865 abrazó la religion cristiana con una gran parte de su nacion. El año siguiente envió este rey á su propio hijo y á muchos señores principales de su corte á Roma, con ofren-

das para S. Pedro y con el encargo de pedir al sumo pontífice obispos y sacerdotes, consultándole al mismo tiempo acerca de ciento y seis cuestiones que tenian relacion con el culto y con las costumbres, á las cuales contestó el pontífice con otros tantos artículos que son célebres en la historia de la disciplina eclesiástica. Por el mismo tiempo mandó Nicolás tres legados á Constantinopla, pero habiendo sido indignamente maltratados al llegar á las fronteras del imperio, se vieron obligados á volverse á Roma. En 867 el heresiarca Fócio juntó un conciliábulo en Constantinopla, en el cual se pronunció sentencia de deposicion contra el papa Nicolás, y de escomunion contra todos los que comunicaban con él, y se declaró que la traslacion del imperio romano al Oriente, llevó consigo la cátedra pontifical de S. Pedro, dando la primacía sobre toda la Iglesia á Constantinopla, nueva Roma. Afligido el corazon del pontífice por aquellos escesos que turbaban la paz, escribió entonces á los obispos de Francia, que se hallaban reunidos en el concilio de Troyes, una carta llena de uncion y de caridad, en la cual les daba cuenta del estado de las cosas, y acababa exhortándoles á trabajar con todas sus fuerzas para reconquistar la unidad que los díscolos habian roto. Poco despues de este suceso, afligido por los males de la Iglesia, y en medio de los trabajos importantes que habia emprendido para aliviarlos, Nicolás acabó santamente sus dias, muriendo el dia 13 de noviembre del año 867, despues de un glorioso pontificado. El mundo cristiano lloró la pérdida de este pontífice con muestras de sensible dolor; y especialmente fué llorada en Roma, donde sustentaba diariamente y sin escepcion a todos los pobres que no podian proporcionarse el sustento. La Iglesia colocóle con toda solemnidad en el número de los Santos; y sus contemporáneos le dieron el título de *Grande*, título que la posteridad ha confirmado, pues en efecto fué uno de los mas insignes y virtuosos pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro. Miráronle en todo el orbe cristiano como un papa puesto por la Providencia en aquellos tiempos borrascosos, para oponerle como un muro de bronce al escándalo de los príncipes incontinentes, y á los atentados del cisma y de la intrusion. Restan todavía sobre cien cartas é instrucciones de este pontífice, aunque escribió muchas mas por las diferentes consultas que de todas partes le hacian; y sus respuestas llenas de aquella claridad y precision que los mayores enemigos de la Iglesia no han podido menos de admirar en los romanos pontífices, fueron recibidas como oráculos. (*Berault Bertcastel.*)

La misa (para el comun de la Iglesia) es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue:

Oye, Señor, favorablemente las humildes súplicas que te dirigimos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor Estanislao, para que los que no podemos confiar en nuestra justicia, seamos amparados con la proteccion de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 de S. Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Todo lo reputo por estiércol para ganar á Jesucristo. Así habla, y no sabe hablar de otra manera un buen entendimiento, un buen juicio, un hombre ilustrado con las luces de la fe, de corazon sano y de costumbres puras. La misma razon natural autoriza este modo de discurrir. Bienes, honras, gustos y pasatiempos del mundo, ¿qué valeis todos vosotros en comparacion de la eterna bienaventuranza y del manantial inagotable de todos los bienes que es el mismo Dios? ¿qué conveniencia, qué proporcion hay ni puede haber entre todos los bienes que puede prometer el mundo, con Jesucristo, principio, autor y repartidor de todo bien? ¡Buen Dios! ¿será posible que eternamente nos háyamos de dejar encantar, aturdir y deslumbrar por el vano sonido de palabras magníficas y grandes, que reducidas á su justo valor, solo significan unos bienes fantásticos ó imaginarios?

Con efecto, ¿cuándo hubo en el mundo bienes reales, verdaderos y permanentes? ¿Pueden acaso hallarse jamás en él bienes algunos que llenen el corazon, que le sacien, ni que hagan al hombre verdaderamente feliz? Decidme, opulentísimas riquezas, empleos brillantes, honores sobresalientes, títulos pomposos, nacimiento esclarecido, engañosos pasatiempos, fortuna fugaz y deslumbradora; ¿qué sois en suma á los ojos de Dios? ¿qué sois á los ojos mismos de ese infeliz afortunado cuando está para morir? Nubes envestidas de luz, pero sin agua, que un soplo de viento las agita por el aire: humo que engaña á quien corre tras de él, y se disipa al paso que se eleva. ¿Cuándo hizo feliz á un hombre aquello que irrita el orgullo y la concupiscencia, aquello que lisonjea á los sentidos y al amor propio? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, esclama el hombre mas rico, el mas poderoso, el mas feliz que vió jamás el mundo, despues de una larga y tranquila esperiencia de todo cuanto este es capaz de prometer. Sin embargo, este vano concepto de felicidad que los hombres se lisonjean lograr en la posesion de las honras y de los bienes de la tierra, es un concepto errado de que ninguno puede, ó digámoslo mejor, de que ninguno se quiere desengañar. Todos los bienes, todas las honras, todos los gustos del mundo no tienen otra cosa buena que el sacrificio que se hace de ellos. Su posesion es un manantial inagotable de cuidados que fatigan, de inquietudes que desvelan, y de remordimientos que punzan. El monarca mas poderoso nace pobre y desnudo por lo que toca á su persona; y aunque sea dueño de todo el universo, aunque reine por el mas dilatado espacio de tiempo que sea posible, al cabo es preciso que muera como el mas vil de todos sus vasallos. ¡Oh, y cuánta verdad es que solamente los santos son los verdaderos sabios, y que la verdadera sabiduría consiste en reputar todas las cosas por basura; por dignísimas del mayor desprecio por ganar á Jesucristo, única fuente de toda felicidad y de todo bien!

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

Sobre tres devotas máximas muy familiares á nuestro santo novicio.

1.ª *Non sum natus præsentibus, sed futuris.*

No naci para las cosas presentes, sino para las futuras.

2.ª *Melius est cùm obedientia parva facere, quam per propriam voluntatem magna præstare.*

Mejor es hacer cosas pequeñas por obediencia, que emplearse en cosas grandes por su propia voluntad.

3.ª *Mater Dei est mater mea.*

La Madre de Dios es mi madre.

Punto primero. —Considera que todo cuanto hay nos predica esta verdad: *No nací para las cosas presentes, sino para las futuras.* Lo caduco, lo vano, lo insustancial y la nada de los bienes, de las honras, de todo aquello que nos encanta en la tierra; la fe, la razon, la brevedad de la vida, todo nos está diciendo, que nos echó Dios á este mundo para un fin mas noble, mas escelente que todo lo criado. Nacimos, por decirlo así, con este fondo de religion. Conocemos, sentimos, palpamos que ninguna criatura nos puede hacer dichosos, y que solo Dios es nuestro último fin. No pudo Dios criarnos para otro que para él. Cualquiera otro fin seria incapaz de llenarnos. Sobre este punto no tenemos mas que consultar á nuestro propio corazon. Desde que comenzó á vivir, dice y dirá por toda la eternidad: *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* Para solo Dios fuí criado, y estaré inquieto, hambriento y sediento hasta que me llene de mi Dios, hasta que descanse en él. Esta verdad, este pensamiento hizo que el bienaventurado Estanislao mirase con disgusto y con desprecio todo aquello que mas nos lisonjea en el mundo. Cuna ilustre, opulencia engañosa, honras inseparables de su nobleza, esperanzas tan bien fundadas en su nombre, en sus prendas personales, en la brillantez de su entendimiento, en su natural amabilidad, en el favor de los grandes, y en todos los atractivos de su amabilísima persona. A la edad de quince años, cuando el mundo presenta á la imaginacion y al corazon lo mas tentador, lo mas lisonjero que tiene; cuando se aparentan tan floridas sus entradas, Estanislao descubre debajo de aquellas engañosas apariencias la insustancialidad, la vanidad de todo lo que lisonjea á las pasiones

Con efecto, ¿cuándo hubo en el mundo bienes reales, verdaderos y permanentes? ¿Pueden acaso hallarse jamás en él bienes algunos que llenen el corazon, que le sacien, ni que hagan al hombre verdaderamente feliz? Decidme, opulentísimas riquezas, empleos brillantes, honores sobresalientes, títulos pomposos, nacimiento esclarecido, engañosos pasatiempos, fortuna fugaz y deslumbradora; ¿qué sois en suma á los ojos de Dios? ¿qué sois á los ojos mismos de ese infeliz afortunado cuando está para morir? Nubes envestidas de luz, pero sin agua, que un soplo de viento las agita por el aire: humo que engaña á quien corre tras de él, y se disipa al paso que se eleva. ¿Cuándo hizo feliz á un hombre aquello que irrita el orgullo y la concupiscencia, aquello que lisonjea á los sentidos y al amor propio? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, esclama el hombre mas rico, el mas poderoso, el mas feliz que vió jamás el mundo, despues de una larga y tranquila esperiencia de todo cuanto este es capaz de prometer. Sin embargo, este vano concepto de felicidad que los hombres se lisonjean lograr en la posesion de las honras y de los bienes de la tierra, es un concepto errado de que ninguno puede, ó digámoslo mejor, de que ninguno se quiere desengañar. Todos los bienes, todas las honras, todos los gustos del mundo no tienen otra cosa buena que el sacrificio que se hace de ellos. Su posesion es un manantial inagotable de cuidados que fatigan, de inquietudes que desvelan, y de remordimientos que punzan. El monarca mas poderoso nace pobre y desnudo por lo que toca á su persona; y aunque sea dueño de todo el universo, aunque reine por el mas dilatado espacio de tiempo que sea posible, al cabo es preciso que muera como el mas vil de todos sus vasallos. ¡Oh, y cuánta verdad es que solamente los santos son los verdaderos sabios, y que la verdadera sabiduría consiste en reputar todas las cosas por basura; por dignísimas del mayor desprecio por ganar á Jesucristo, única fuente de toda felicidad y de todo bien!

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

Sobre tres devotas máximas muy familiares á nuestro santo novicio.

1.ª *Non sum natus præsentibus, sed futuris.*

No naci para las cosas presentes, sino para las futuras.

2.ª *Melius est cùm obedientia parva facere, quam per propriam voluntatem magna præstare.*

Mejor es hacer cosas pequeñas por obediencia, que emplearse en cosas grandes por su propia voluntad.

3.ª *Mater Dei est mater mea.*

La Madre de Dios es mi madre.

Punto primero. —Considera que todo cuanto hay nos predica esta verdad: *No nací para las cosas presentes, sino para las futuras.* Lo caduco, lo vano, lo insustancial y la nada de los bienes, de las honras, de todo aquello que nos encanta en la tierra; la fe, la razon, la brevedad de la vida, todo nos está diciendo, que nos echó Dios á este mundo para un fin mas noble, mas escelente que todo lo criado. Nacimos, por decirlo así, con este fondo de religion. Conocemos, sentimos, palpamos que ninguna criatura nos puede hacer dichosos, y que solo Dios es nuestro último fin. No pudo Dios criarnos para otro que para él. Cualquiera otro fin seria incapaz de llenarnos. Sobre este punto no tenemos mas que consultar á nuestro propio corazon. Desde que comenzó á vivir, dice y dirá por toda la eternidad: *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* Para solo Dios fuí criado, y estaré inquieto, hambriento y sediento hasta que me llene de mi Dios, hasta que descanse en él. Esta verdad, este pensamiento hizo que el bienaventurado Estanislao mirase con disgusto y con desprecio todo aquello que mas nos lisonjea en el mundo. Cuna ilustre, opulencia engañosa, honras inseparables de su nobleza, esperanzas tan bien fundadas en su nombre, en sus prendas personales, en la brillantez de su entendimiento, en su natural amabilidad, en el favor de los grandes, y en todos los atractivos de su amabilísima persona. A la edad de quince años, cuando el mundo presenta á la imaginacion y al corazon lo mas tentador, lo mas lisonjero que tiene; cuando se aparentan tan floridas sus entradas, Estanislao descubre debajo de aquellas engañosas apariencias la insustancialidad, la vanidad de todo lo que lisonjea á las pasiones

y á los sentidos; y no encontrando verdadero bien, honra llena y real, placer puro y esquisito que llene el corazon, sino en el servicio de Dios, deja su país como otro Abraham, deja lo mas estimado, lo mas halagüeño, todo lo que mas puede tentar á un tierno corazon, por poseer á Jesucristo en quien halla un cien doblado, y no se engañó. ¿Ni quién dirá que desacertó en menospreciar todas las grandezas, todas las esperanzas que se podia prometer, prefiriendo los oprobios, la cruz y los abatimientos de la religion á todos los atractivos del mundo? ¿Pero nosotros no fuimos tambien criados para el cielo como él? ¿Pues por qué nos pegaremos tanto á la tierra? ¿por qué no arrancaremos de nosotros, á ejemplo de este Santo, todo lo terrestre que sentimos en nuestros corazones?

Punto segundo. — Considera que no hay camino mas seguro, mas derecho ni mas breve para arribar á una eminente perfeccion que el de la obediencia. No nos elevan á una superior santidad, ni los grandes trabajos, ni las acciones ruidosas, ni los raros talentos, ni aquellas heroicidades que se acercan á lo maravilloso. ¿Cuántos santos hay en cuyas vidas no se nota cosa que parezca muy singular ó muy estraordinaria? Buen ejemplo es de esto el mismo S. Estanislao, y es un ejemplo que nos da una leccion muy importante. Un niño de diez y seis á diez y siete años: un novicio de diez meses con una salud flaca y delicada no pudo hacer otra cosa que no fuese muy comun; pero la perfecta obediencia es un gran secreto para agradar mucho á Dios aun en lo mas menudo del estado religioso; y ya se sabe, que en agradarle consiste la mas sublime virtud. Aunque se obráran las mayores maravillas: aunque se pasára toda la vida en el ejercicio de las mas asombrosas penitencias, de nada servirá todo esto si no se hiciese en ello la voluntad de Dios. El mérito consiste en agradarle; pues el que se gobierna por la obediencia, está seguro de que le agrada. El religioso tiene la seguridad de que hace lo que quiere Dios haciendo aquello que le mandan los que le gobiernan; pero cuando solo se quiere hacer lo que es de nuestra eleccion; cuando con artificios, con lisonjas, con quejas, ó por otros medios, se obliga al superior á que nos mande hacer lo que nosotros deseamos, entonces, dice Casiano, ¿quién se podrá lisonjear de que hace lo que quiere Dios? Es verdad que algunos viven muy tranquilos á favor de cierta obediencia ó sumision imaginaria y vaga que consiste en conocer que si el superior quiere usar de su derecho, nos obligará á hacer todo lo contrario de lo que queremos; y á la capa de esta idea general provisionalmente prosigue cada uno haciendo lo que quiere. ¿Será por cierto gran consuelo para un religioso morir en un lugar y en una ocupacion que él mismo solicitó, cuando el empleo y el lugar fueron de nuestra pretension ó de nuestros mañosos artificios? ¿Sentirá entonces mucho consuelo á la hora de la muerte? El bienaventurado Estanislao consideraba como órdenes de Dios las que recibia de sus superiores, y las que le intimaban sus reglas. Si trabajaba, si oraba era siempre por hacer la voluntad de Dios. Este fué el camino que tomó para ser santo: ¿tomamos nosotros el mismo?

Pero uno de los medios de que el santo novicio se valió para arribar á tan eminente santidad fué la tierna devocion á la santísima Vírgen. Por la especial y poderosa proteccion de esta Reina de los santos se conservó en aquella perfecta pureza, en aquella grande inocencia, en aquella fervorosa devocion que en tan pocos años le hizo arribar á tan eminente santidad, que al fin mereció el público culto de la Iglesia. A mi querida Madre (decia el Santo) debo todas las gracias que he recibido de mi Dios, singularmente la de mi vocacion á la Compañía. No es menos madre nuestra la santísima Vírgen que lo fué de S. Estanislao; ¿pero nosotros somos verdaderos hijos suyos? A esta pregunta ha de responder nuestra pureza, nuestra humildad y la devocion que la profesamos.

Concededme, Señor, este desapego á todo lo criado, esta ansia por el cielo, este deseo de agradaros, y esta viva, filial y tierna devocion á vuestra santísima Madre. Estas tres gracias os pido por la intercesion de vuestro siervo el bienaventurado Estanislao.

Jaculatorias. — Haced, Señor, que jamás pierda de vista mi fin. (*Psalm.* 38.)

Vírgen santísima, mostrad que sois mi madre, y que mis obras me acrediten de hijo vuestro. (*Eccles.*)

PROPOSITOS.

1 Habiendo sido criados para Dios, ¡qué impiedad, qué desórden será entregarnos á las criaturas! Dedicamos todos nuestros desvelos, aplicamos todo nuestro discurso, y consumimos nuestro corazon en el servicio del mundo: ¡cuantos cuidados y fatigas nos cuestan los bienes criados! Servimos al mundo con tanta ansia y con tanta exactitud como si no tuviéramos otro amo. ¿Nacimos acaso para esclavos suyos? No por cierto. Solo

Dios es nuestro soberano dueño, y solo Dios es á quien servimos tan mal. Convéncete de una verdad tan importante, como que es el fundamento de nuestra fe, y arregla á ella tu conducta. No dejes, no ceses de decirte por la mañana, por la noche, á todas horas: No estoy en este mundo para los bienes de la tierra, sino para los bienes eternos. Vivo en la tierra como forastero y caminante. Tanto en la abundancia, como en la pobreza, tanto en la prosperidad, como en la adversidad, repite continuamente: Solo á Dios conozco para servirle y para agradarle: todo lo que no es Dios ó no me sirve para ir á Dios, es nada, y por nada lo debo contar.

2 Si eres religioso, vive solo para hacer la voluntad de Dios. Nada has de hacer nunca por tu eleccion: mira á tus superiores como intérpretes de la voluntad de Dios; jamás quieras tener parte en sus destinos ni en sus empleos; depende en todo de la obediencia, que es el secreto infalible para ser santo. Aunque pongan en tu mano la eleccion del puesto, del ejercicio, del empleo, déjate gobernar por la Providencia; ninguna cosa nos perjudica tanto como la propia voluntad. ¿Quieres vivir contento? ¿quieres morir consolado y sentir en aquella hora los dulces efectos de una entera confianza en la divina bondad? pues depende en todo de la obediencia, y estarás seguro de hacer en todo la voluntad de Dios. Pero sobre todo, profesa siempre una tierna y singular devocion á la santísima Vírgen. No hay señal mas segura de predestinacion, que la verdadera devocion á esta Señora; llámala siempre tu querida madre; ámala como á tal; sírvela con zelo, con fervor, y despues de Jesucristo pon toda tu confianza en la Madre de Dios.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Clementino, Teodoto y Filomeno, en Heraclea en Tracia (durante la persecucion de Aureliano.)

San Serapion, mártir, en Alejandría; á quien en tiempo del emperador Decio atormentaron cruelmente los perseguidores, descoyuntándole primero todos sus miembros, y de esta suerte lo precipitaron desde lo alto de su misma casa, con lo cual mereció ser mártir de Jesucristo (el año 252.)

San Venerando, mártir, en Troyes de Francia, en tiempo del emperador Aureliano. (Despues de un glorioso martirio, acabó su vida degollado en la misma ciudad, el año 272.)

Santa Veneranda, virgen, tambien en Francia; la cual en tiempo del emperador Antonino, siendo Asclepiades presidente, alcanzó la corona de mártir.

San Hipacio, obispo, en Gangres en Paflagonia; el cual cuando volvia del concilio Niceno, le apedrearon en el camino los herejes novacianos, y murió mártir (por los años 326 á 327.)

San Serapion, en Argel en Africa, el primero de los del órden de nuestra Señora de la Merced, que por la redencion de los fieles cautivos y predicacion de la fe cristiana, siendo crucificado, y despedazado miembro á miembro, mereció obtener la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El martirio de muchísimas santas mujeres, en Emesa, que por la fe de Cristo padecieron muy atroces tormentos por el muy cruel Mady, caudillo de los árabes (y fueron al fin degolladas el año 773 de Jesucristo. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y con su contacto se obraron muchos prodigios.)

San Jucundo, obispo y confesor, en Bolonia. (Dice Ferrario que fué el décimo obispo de Bolonia, cuya Iglesia hizo florecer en pureza de disciplina y santidad de costumbres. Murió el año 485.)

San Lorenzo (ó Lorcan en irlandés), obispo de Dublin, en Irlanda. (Fué hijo menor de un príncipe de Irlanda. Contaba doce años cuando abrazó el estado eclesiástico, y á los veinte y cinco le nombraron abad del monasterio de Glendaloch. Gobernó su numerosa comunidad con prudencia y virtud, y en una grande hambre que afligió aquella tierra, como otro José fué el salvador de su patria con su caridad ilimitada. No por esto faltaron tribulaciones á su paciencia para ejercitar su virtud; porque algunos malos religiosos que no podian sufrir el celo con que condenaba la irregularidad de su conducta, asaltaron su reputacion con la calumnia; mas el Santo triunfó con su bondad y silencio. A la edad de treinta años fué unánimemente elegido arzobispo de Dublin: en su largo pontificado tuvo lugar para desplegar su zelo por la reforma de la disciplina eclesiástica, y las costumbres públicas. Los pobres le buscaban como á su padre; y en la horrorosa hambre de tres años que asoló la Irlanda, mostró el venerable pastor que su caridad no tenia límites. Los pontífices, los reyes, y príncipes procuraban sus consejos, y hasta los Padres del onceno concilio general celebrado en Letran el año 1179, al cual asistió S. Lorenzo, le tributaron los mayores elogios por su sabiduría y su zelo. El Señor le concedió el don de milagros, de modo que en la bula de su canonizacion se refieren siete muertos resucitados. Su vida fué siempre acompañada de bendiciones, y su muerte, acaecida el año 1181, fué tambien gloriosa en el Señor. *Butler.*)

Dios es nuestro soberano dueño, y solo Dios es á quien servimos tan mal. Convéncete de una verdad tan importante, como que es el fundamento de nuestra fe, y arregla á ella tu conducta. No dejes, no ceses de decirte por la mañana, por la noche, á todas horas: No estoy en este mundo para los bienes de la tierra, sino para los bienes eternos. Vivo en la tierra como forastero y caminante. Tanto en la abundancia, como en la pobreza, tanto en la prosperidad, como en la adversidad, repite continuamente: Solo á Dios conozco para servirle y para agradarle: todo lo que no es Dios ó no me sirve para ir á Dios, es nada, y por nada lo debo contar.

2 Si eres religioso, vive solo para hacer la voluntad de Dios. Nada has de hacer nunca por tu eleccion: mira á tus superiores como intérpretes de la voluntad de Dios; jamás quieras tener parte en sus destinos ni en sus empleos; depende en todo de la obediencia, que es el secreto infalible para ser santo. Aunque pongan en tu mano la eleccion del puesto, del ejercicio, del empleo, déjate gobernar por la Providencia; ninguna cosa nos perjudica tanto como la propia voluntad. ¿Quieres vivir contento? ¿quieres morir consolado y sentir en aquella hora los dulces efectos de una entera confianza en la divina bondad? pues depende en todo de la obediencia, y estarás seguro de hacer en todo la voluntad de Dios. Pero sobre todo, profesa siempre una tierna y singular devocion á la santísima Vírgen. No hay señal mas segura de predestinacion, que la verdadera devocion á esta Señora; llámala siempre tu querida madre; ámala como á tal; sírvela con zelo, con fervor, y despues de Jesucristo pon toda tu confianza en la Madre de Dios.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Clementino, Teodoto y Filomeno, en Heraclea en Tracia (durante la persecucion de Aureliano.)

San Serapion, mártir, en Alejandría; á quien en tiempo del emperador Decio atormentaron cruelmente los perseguidores, descoyuntándole primero todos sus miembros, y de esta suerte lo precipitaron desde lo alto de su misma casa, con lo cual mereció ser mártir de Jesucristo (el año 252.)

San Venerando, mártir, en Troyes de Francia, en tiempo del emperador Aureliano. (Despues de un glorioso martirio, acabó su vida degollado en la misma ciudad, el año 272.)

Santa Veneranda, virgen, tambien en Francia; la cual en tiempo del emperador Antonino, siendo Asclepiades presidente, alcanzó la corona de mártir.

San Hipacio, obispo, en Gangres en Paflagonia; el cual cuando volvia del concilio Niceno, le apedrearon en el camino los herejes novacianos, y murió mártir (por los años 326 á 327.)

San Serapion, en Argel en Africa, el primero de los del órden de nuestra Señora de la Merced, que por la redencion de los fieles cautivos y predicacion de la fe cristiana, siendo crucificado, y despedazado miembro á miembro, mereció obtener la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El martirio de muchísimas santas mujeres, en Emesa, que por la fe de Cristo padecieron muy atroces tormentos por el muy cruel Mady, caudillo de los árabes (y fueron al fin degolladas el año 773 de Jesucristo. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y con su contacto se obraron muchos prodigios.)

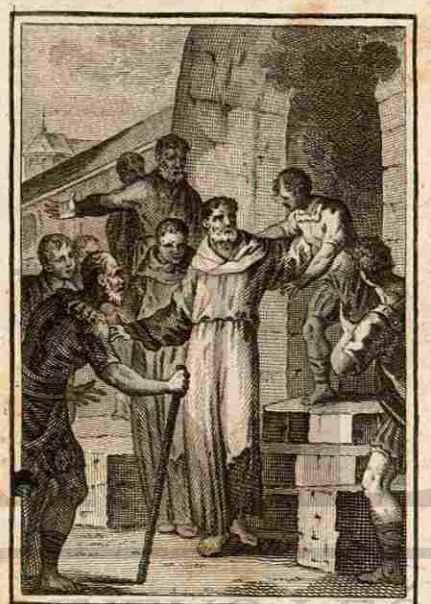
San Jucundo, obispo y confesor, en Bolonia. (Dice Ferrario que fué el décimo obispo de Bolonia, cuya Iglesia hizo florecer en pureza de disciplina y santidad de costumbres. Murió el año 485.)

San Lorenzo (ó Lorcan en irlandés), obispo de Dublin, en Irlanda. (Fué hijo menor de un príncipe de Irlanda. Contaba doce años cuando abrazó el estado eclesiástico, y á los veinte y cinco le nombraron abad del monasterio de Glendaloch. Gobernó su numerosa comunidad con prudencia y virtud, y en una grande hambre que afligió aquella tierra, como otro José fué el salvador de su patria con su caridad ilimitada. No por esto faltaron tribulaciones á su paciencia para ejercitar su virtud; porque algunos malos religiosos que no podian sufrir el celo con que condenaba la irregularidad de su conducta, asaltaron su reputacion con la calumnia; mas el Santo triunfó con su bondad y silencio. A la edad de treinta años fué unánimemente elegido arzobispo de Dublin: en su largo pontificado tuvo lugar para desplegar su zelo por la reforma de la disciplina eclesiástica, y las costumbres públicas. Los pobres le buscaban como á su padre; y en la horrorosa hambre de tres años que asoló la Irlanda, mostró el venerable pastor que su caridad no tenia límites. Los pontífices, los reyes, y príncipes procuraban sus consejos, y hasta los Padres del onceno concilio general celebrado en Letran el año 1179, al cual asistió S. Lorenzo, le tributaron los mayores elogios por su sabiduría y su zelo. El Señor le concedió el don de milagros, de modo que en la bula de su canonizacion se refieren siete muertos resucitados. Su vida fué siempre acompañada de bendiciones, y su muerte, acaecida el año 1181, fué tambien gloriosa en el Señor. *Butler.*)

SAN DIEGO DE ALCALÁ, CONFESOR, RELIGIOSO DE LA ÓRDEN DE SAN FRANCISCO (*).

Nació al mundo S. Diego el año 1400, en S. Nicolás del Puerto, aldea del arzobispado de Sevilla, en el reino de Andalucía. No tenian sus pobres padres con que hacerle una gran fortuna; pero le inspiraron el temor santo de Dios, que vale mas que todos los tesoros. Tomó Dios posesion de su tierno corazon, y el Espíritu Santo fué su guia desde su infancia. Por eso desde ella amó el retiro y la oracion. Hízose desde entonces reparar y estimar por su inclinacion á las cosas espirituales, por su modestia, por su abstinencia, y por la pureza de sus costumbres. El mismo Espíritu Santo le desvió del comercio del mundo para que no perdiese en la juventud la inocencia que habia conservado en la niñez. Fué Diego á entregarse á la direccion de un virtuoso sacerdote que estaba retirado en una ermita no léjos de S. Nicolás, dedicado enteramente á ejercicios de penitencia y de mortificacion. En aquella soledad hizo nuestro Diego una vida santa, desprendida de todo afecto terrestre, meditando las verdades de la salvacion, orando incesantemente. Manteníase de limosnas; y para evitar la ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oracion y los demás ejercicios espirituales, le empleaba en algun trabajo de manos; pero sin que el mismo trabajo interrumpiese la oracion. Hiciese lo que hiciese, siempre tenía á Dios en la boca y en el corazon. No vendia lo que trabajaba, porque habia renunciado el dinero; pero regalaba con ello á los que le daban limosna en muestras de su agradecimiento, negándose generosamente á recibir lo que le ofrecian en consideracion de esto mismo, y no era absolutamente preciso para socorrer su necesidad. No pocas veces repartia con otros pobres la limosna que le daban. Llegó á tanto su desinterés, que habiendo encontrado una bolsa en un camino, ni aun se dignó levantarla. Era tanta su humildad, que recibia con gozo todo lo que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Procuraba tener á raya el cuerpo, el alma y los sentidos con el freno de una continua mortificacion. Por su atencion, por su vigilancia, por aquella zelosa circunspeccion con que estaba siempre muy dentro de sí mismo, logró evitar las sorpresas del enemigo de la salvacion. El mismo espíritu de vigilancia con que espiaba continuamente todos sus pasos y movimientos, le abrió los ojos para

(*) Esta fiesta celebra la Iglesia de España el dia 11.



S. DIEGO, C.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocer los lazos que armaba el mundo á la inocencia, y quiso librarse de ellos. Pidió ser recibido en la religion de S. Francisco, y lo consiguió, pretendiendo para lego, por ser hombre sin letras, y porque aquel estado favorecia mas á su humildad. Tomó el hábito en el convento llamado la Arrizafa, distante media legua de Córdoba. Desde luego hizo ánimo de observar á la letra la regla de su instituto, y lo cumplió de manera, que su vida se podia reputar por animada copia de la misma regla. El espíritu de humildad, de pobreza, de mortificacion y de caridad cristiana, que era el espíritu primitivo de su santo patriarca, resplandecia en aquel vivo modelo de caridad, de mortificacion, de pobreza y de humildad. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él todos eran superiores suyos. Veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo: obedecia á aquéllos como obedeceria á éste, reconociendo que de la autoridad de éste dimanaba la de aquéllos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada queria fuera del órden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupacion que trajese el sello de la voluntad de Dios era para Diego muy estimable; pero sin este sello, por grande, por acomodada que fuese, ni le movia, ni la apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su vida como un continuado ayuno. Trataba á su carne con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no la veia toda cubierta de sangre. Pareciéndole un dia de invierno que se habia escitado en ella algun ardor de concupiscencia, se arrojó intrépido á un estanque de agua helada, manteniéndose en él hasta que faltó poco para que se estinguiese el calor natural juntamente con el de aquel otro ardor forastero. La pobreza universal, que tanto encomendaba y practicaba tanto el patriarca S. Francisco, la amó siempre de tal manera, que se podia decir no tenia otra cosa que el roto hábito que traia á cuestas, el rosario, y un libro de meditaciones y oraciones. Aun esto poco no era suyo, y solia decir que no tenia cosa propia sino el pecado, que procuraba destruir continuamente. Pero en medio de esta estremada pobreza personal, parecia rico y poderoso respecto de los prójimos, porque su caridad siempre industriosa le sugeria medios para socorrer las mas apuradas necesidades.

La gran virtud que resplandecia en este religioso hizo entender á sus prelados que queria Dios servirse de él en mas altas empresas. Enviáronlo á las islas Canarias ó Fortunadas, con el sacerdote Fr. Juan de Santorcaz. En la de Fuerteventura fundó un convento de que fué guardian. Encontró en aquel país muchos idólatras; y considerándose obligado á ganarlos para Jesu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristo, padeció los trabajos de un apóstol, y recogió tambien los frutos. Quedaron en la isla pocos infieles que no abriesen los ojos á la luz de la fe; y animado de este feliz suceso, formó un nuevo plan de conquistas apostólicas, y pasó á la gran Canaria, donde hasta entonces no se habia oido hablar de Jesucristo, dispuesto á derramar la sangre por anunciar su Evangelio, pues ardia en deseo del martirio; pero tenia Dios otros intentos, y no permitió que abordase á ella, porque los pilotos no se atrevieron á saltar en ella temiendo la ferocidad de aquellos habitantes, y una borrasca acabó de desvanecer el proyecto. Redújose, pues, á cultivar la isla de Fuerteventura, y luego que acabó de conquistarla, fué llamado á España, por los años de 1449, y se retiró al convento de nuestra Señora de Loreto, distante de Sevilla tres leguas.

Estando cierto dia el Santo en Sevilla manifestó el don de milagros con que ordinariamente favorece Dios á los que honra con el carácter de apóstoles. Aconteció que un muchacho por huir el castigo de su madre se escondió dentro de un horno, y se quedó dormido. La madre sin saber, ni aun imaginar que su hijo pudiese estar en el horno, le llenó de leña, y le encendió. Dispertó el muchacho con el calor de la llama: lloró, gritó; pero ya no era tiempo de poderle socorrer: el fuego era violento, se habia apoderado de todo el horno, y no era ya posible salvar al niño. La afligida madre, desesperada con el dolor, salió por las calles dando alaridos como una loca, y acusándose de que habia sido homicida de su hijo, dispuso la divina Providencia que S. Diego se hallase á la sazon cerca de su casa: consolóla como pudo, y enviándola á que hiciese oracion delante del altar de nuestra Señora, se fué derecho al horno con su compañero, y seguido de innumerable gentío. ¡Cosa asombrosa! Ya casi se habia consumido toda la leña, y sin embargo el muchacho salió del horno sano y libre sin que las llamas le hubiesen hecho la mas mínima lesion. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fué llevado á la capilla de la santísima Vírgen, donde su madre estaba haciendo oracion por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella santa capilla, concurriendo á ella grande multitud de fieles á implorar la proteccion de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros hizo S. Diego por ser en él muy abundante la gracia de las curaciones.

El año siguiente se celebró en Roma capítulo general de su órden á que acudieron tres mil ochocientos religiosos. Fué á él el

bendito Fr. Diego acompañando á Fr. Alonso de Castro, ambos iban á pié y descalzos, y asistierón á la canonizacion de S. Bernardino de Sena que se hizo por aquel tiempo. El concurso de gentes que hubo aquel año en Roma con motivo del Jubileo, ocasionó una especie de contagio que alcanzó á los padres del capítulo. Fué éste un nuevo campo que abrió Dios á S. Diego para que ejercitase la caridad. Por su cuenta tomó la asistencia de los enfermos, servíalos con amor, cada cual creia tener en Diego un médico y un enfermero para solo él. Esmerábase en procurar que nada les faltase; con ser tal aquel año en Roma que hasta los mas ricos padecieron hambre, los enfermos de san Francisco estuvieron sobrados de todo. Pondera esto Sixto V en la bula de su canonizacion.

Vuelto á España fué enviado al ejemplarísimo convento de Sta. María de Jesus de Alcalá de Henares, nueva fundacion del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo de Acuña. Ninguna novedad le causó esta mudanza: en todas partes sabia él hallar á Dios; no buscaba el aprovechamiento en los lugares, sino en la obediencia. Trece años estuvo en este convento, á escepcion de un breve tiempo que pasó en el de nuestra Señora de la Salceda.

En los últimos años de su vida estendió las velas de su deseo á todas las virtudes: dias y noches enteras pasaba en oracion, vivia trasportado y como endiosado; los pies en el suelo, el corazon en el cielo y en lo que hace bienaventurados á sus moradores. Derretíase en lágrimas meditando la pasion de Cristo, la cual era el objeto mas ordinario de su oracion: en ella meditaba continuamente teniendo un crucifijo en la mano, siendo algunas veces tan vehemente la fuerza de su amor, que se quedaba estático y elevado en el aire. Nada le movia tanto como la vista de aquella sagrada víctima sacrificada en el monte Calvario á manos de su mismo amor. Pero cuando pasaba del sacrificio cruento del Calvario al sacrificio incruento del altar, se duplicaba el incendio en su amante corazon, enternecido con la consideracion de tan estupendo beneficio del Esposo celestial. Un Dios, hecho alimento del hombre, era el objeto de su pasmo y el sustento de su amor, cuyas llamas ardian mas encendidas cuanto mas se apacentaba del Dios del amor; y al paso que mas se nutria con la divina sustancia del eucarístico pan, cobraba su espíritu mas vigor y se abrasaba en mayores incendios su amoroso corazon. A la devocion que tenia con el Hijo, correspondia la que profesaba á la Madre; pues no es posible una devocion sin la otra. Es Jesucristo la fuente de las gracias, y María es el canal. Colmónos

Cristo de beneficios, comunicando á nuestra humanidad los tesoros de su misma divinidad; pero María es la madre de ese Hombre-Dios que nos enriqueció. Profesaba, pues, nuestro Diego un tierno amor á María, venerándola como á su asilo, á su patrona, su abogada, su consuelo y su esperanza. Ayunaba en honra suya todos los sábados á pan y agua; celebraba sus fiestas con espiritual alegría; rezaba todos los dias el rosario con tanta devocion y con tanto respeto, que se conocia muy bien estaba penetrado de la grandeza de María, y que estaba hablando con la Madre de su Dios.

Era tan grande el concepto que se tenia de su santidad, que solo se le conocia por el nombre del *Santo*. Al fin de su vida, Jesucristo, varon de dolores, quiso refinar su virtud con el fuego de los trabajos. Envióle un absceso en un brazo, sumamente doloroso, que le duró hasta la muerte. Estando una noche muy malo, perdió de tal manera el uso de los sentidos, que todos le reputaron por muerto; pero volviendo en sí de aquel éstasis, esclamó tres ó cuatro veces: *¡Oh qué hermosas flores hay en el paraiso!* Sintiendo que se le iban acabando las fuerzas, se fortalecio con los sacramentos de la Iglesia, y pasando á ser total el desfallecimiento, se rindió á la naturaleza, y murió la noche del sábado 12 de noviembre del año 1463, reinando en España Enrique IV, y siendo papa Pio II. Sus últimas palabras fueron aquellas que canta la Iglesia en honra de la cruz: *Dulce lignum, dulces clavos, etc.* Dulce madero, dulces clavos, cruz adorable, que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos. Estando agonizando pidió una cuerda, y poniéndosela al cuello, con una cruz de madera en sus manos, llenos sus ojos de lágrimas pidió perdon á todos los religiosos que se habian juntado en oracion al rededor de su cama.

Diéronle sepultura en la capilla de su convento que está, ó estaba, junto á la sacristía. En su sepulcro obró nuestro Señor grandes milagros, de los cuales se hizo proceso para tratar de su canonizacion. Movió esta causa Felipe II solicitando su canonizacion en los tiempos de Paulo IV, de los Pios IV y V, de Gregorio XIII y de Sixto V. Mucho contribuyó á este deseo del rey el haber curado milagrosamente su hijo el príncipe D. Cárlos de la herida mortal que se hizo cayendo de las escaleras del palacio arzobispal de Alcalá. Canonizó al siervo de Dios Sixto V el año 1588. Inocencio XI señaló su oficio en el Breviario romano, y mandó que se trasladase su festividad al 13 de noviembre, aunque en su órden se continua celebrando en el 12.

SANTA TRAHAMUNDA, VÍRGEN.

En el tiempo que Córdoba estaba dominada de los moros, fué llevada cautiva á aquella ciudad una doncella de Galicia llamada Trahamunda, criada en las cercanías de Pontevedra, y á lo que se echa de ver, religiosa del monasterio de S. Martin, que estaba junto á esta villa. Llevaba con ánimo igual y pacífico los trabajos de la esclavitud; desconsolábala únicamente el vivir entre gente enemiga de Cristo. Esta pena le sacaba las lágrimas á los ojos, echaba de menos el culto con que en su tierra era honrado el verdadero Dios. Doblóse en su ánimo esta amargura la vigilia de S. Juan, acordándose de la muy alegre fiesta que al santo Precursor se hacia en el monasterio de benedictinas de S. Juan de Poyo, distante quinientos pasos del suyo. Y decia: ¡O Señor y Dios mio! ¡quien se hallára mañana en S. Juan de Poyo, para gozar de las dulces festividades de tu casa, y alabar en tus santos tu bendito nombre! Atendió el Señor la súplica de su sierva. De improviso fué arrebatada en espíritu, y amaneció á las puertas del monasterio. No acababa ella de creer lo que le sucedia, deshacíase en lágrimas, á voces publicó delante de aquel gran concurso la misericordia de Dios. Dícese tambien que un palo seco de palma que traia en las manos le plantó junto al monasterio, y prendió, y creció de él una hermosa palma que fué conservada hasta los años 1578. Esto se apoya únicamente en la tradicion.

Luego volvió Trahamunda á su casa de S. Martin, donde vivió santamente, y murió en el ósculo del Señor. Allí permaneció su cadáver aun despues de destruido el monasterio de S. Martin, hasta que el Rmo. P. Alonso del Corral, maestro general de la órden de S. Benito, dispuso que le trasladasen á la sacristía de S. Juan de Poyo, donde es hoy venerado. *(Florez. t. 19. p. 51.)*

SAN RUFO, CONFESOR, PRIMER OBISPO DE TORTOSA.

El bienaventurado S. Rufo era hijo de un caballero noble y rico, natural de la famosa ciudad de Cirene en Africa, el cual vino despues á tanta pobreza, que, avergonzado, huyó de la dicha ciudad con sus dos hijos Alejandro y Rufo, y se acogió á Jerusalen, donde parece que servia á alguno de los principales señores que vivian en esta ciudad. Del Evangelio solo consta, que viniendo Simon, padre de Alejandro y de Rufo, de una alquería á Jerusalen en el dia de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo,

los judíos le obligaron á que ayudase á Jesus, llevando algun tiempo la cruz ó parte de ella; porque iba tan maltratado el Señor, que temieron su muerte antes de llegar al lugar destinado (*). Entre los Padres de la Iglesia hay algunos que afirman haber sido Simon gentil, y que en su persona, cuando llevó la cruz de Cristo, se representó la vocacion de los gentiles á la participacion del Evangelio y de la cruz del Señor. Con ocasion de esto como ovese Rufo, hijo de Simon, predicar las grandezas de nuestro Señor Jesucristo, y que despues de muerto hacia grandes milagros, convirtióse á nuestra santa fe, y acompañóse con el grande predicador y doctor de las gentes el apóstol S. Pablo, el cual en el cap. 16, v. 13, de la Epístola á los romanos, escribiendo á los cristianos que estaban en Roma, dice así: *Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mia* (**). En el capítulo precedente ofreció el Apóstol á los romanos visitarlos cuando emprendiese su viaje á España, adonde deseaba ser conducido por ellos (†). Y siendo S. Rufo tan célebre entre los primeros cristianos, segun lo manifiesta el elogio con que le honra san Pablo, llamándole *escogido en el Señor;* no es de estrañar que el mismo Apóstol lo trajese en su compañía, y lo dejase en la ciudad de Tortosa del principado de Cataluña, despues de consagrarle obispo de ella.

Conforme á los cómputos mas exactos, la venida de S. Rufo con el Apóstol, y su eleccion para la Iglesia de Tortosa no se puede atrasar al año de 61, que es el que señalan los que dilatan mas el viaje del Apóstol á España. Faltando las actas de los primeros ministros del Evangelio elegidos por los apóstoles, no es posible referir los frutos que produciria su predicacion en Tortosa y los pueblos vecinos. Pero habiendo sido de santidad tan eminente, y ministro elegido en el Señor por el apóstol S. Pablo, no puede dudarse, que á su zelo y ministerio apostólico se deben en gran parte los progresos que tuvo la religion cristiana

(*) Et angariaverunt prætereuntem quempiam, Simonem Cyreneum venientem de villa, patrem Alexandri et Rufi, ut tolleret crucem. *S. Marcos, cap.* 15, *vers.* 21.

(**) Como si dijera: á quien respeto y amo como á mi misma madre, ó como si fuera mi madre. *Scio.*

(†) *Cuando me encaminare para España, espero que al paso os veré, y que me acompañareis hasta allá.* Epist. ad Rom. cap. 15, v. 24. De este lugar y de la carta de S. Clemente á los de Corinto, se prueba que S. Pablo vino efectivamente á España á predicar la fe de Jesucristo, segun asi lo afirma tambien un gran número de Padres. Mam. *Ant. Chr. tom.* 2. *lib.* 2. *pág.* 287.

en la provincia tarraconense. El P. Domenec en su ya citada Historia de los Santos de Cataluña, dice, que los historiadores del reino de Valencia tienen por tradicion, que la fama de los sermones de S. Rufo, llegó hasta Valencia; con cuyo motivo le suplicaron algunas personas principales de aquella ciudad se sirviese enviarles predicadores, que les enseñasen la fe de Jesucristo. Hízolo el Santo enviándoles cuatro clérigos discípulos suyos, que les enseñaron la ley evangélica.

Habiendo, pues, el glorioso Santo con su predicacion y vida santísima gobernado maravillosamente su obispado de Tortosa el tiempo que en ella estuvo, y enriquecídose de grandes tesoros de virtudes, fué servido el Señor llevarle á gozar de su gloria para siempre en el cielo; donde lo tienen los de Tortosa por su perpetuo abogado é intercesor. Los martirologios no señalan el lugar del fallecimiento de S. Rufo, y por lo que toca al dia, lo ponen en el 21 de noviembre. Pero el dia de su fiesta ha sido en todo tiempo el 14 de noviembre, en que se ha celebrado antes del concilio Tridentino con solemnidad y con octava, leyéndose en el rezo lecciones propias, en las que se refiere no solo su obispado en Tortosa, sino tambien la conservacion de sus reliquias. Esto segundo tiene tambien el testimonio que menciona Martorel en la pág. 348. Despues de cesar el uso de los breviarios particulares de las iglesias, rezó la de Tortosa y toda su diócesis de S. Rufo con rito doble y octava; pero tomando el oficio del comun de Confesor Pontífice, por decreto de Urbano VIII dado en 10 de febrero de 1629. En el año de 1671 aprobó la S. C. de R. el himno propio del Santo, que presentó el cabildo de la misma Iglesia, concediendo que se pudiese rezar en ambas vísperas y maitines. En este himno despues de invocar al Espíritu Santo, se ponen tres estrofas que contienen la tradicion de esta Iglesia acerca de su santo obispo y patrono. (*Risco, Esp. Sag. tom.* 42, y *Dom. Hist. Santos de Cat.*)

SAN SERAPIO, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, MÁRTIR.

Nació el glorioso mártir S. Serapio, segun la mas corriente opinion, en la famosa ciudad de Londres, corte del rey de Inglaterra, año de 1178. Fué su padre Rothlando, llamado de Escocia, por ser su casa originaria de la noble y clara estirpe y familia de los Escotos de dicho reino, y deudo muy propincuo de su rey Guillermo. Su madre, si bien se ignora el nombre como el de su apellido, pero segun se colige de lo que las mis-

los judíos le obligaron á que ayudase á Jesus, llevando algun tiempo la cruz ó parte de ella; porque iba tan maltratado el Señor, que temieron su muerte antes de llegar al lugar destinado (*). Entre los Padres de la Iglesia hay algunos que afirman haber sido Simon gentil, y que en su persona, cuando llevó la cruz de Cristo, se representó la vocacion de los gentiles á la participacion del Evangelio y de la cruz del Señor. Con ocasion de esto como ovese Rufo, hijo de Simon, predicar las grandezas de nuestro Señor Jesucristo, y que despues de muerto hacia grandes milagros, convirtióse á nuestra santa fe, y acompañóse con el grande predicador y doctor de las gentes el apóstol S. Pablo, el cual en el cap. 16, v. 13, de la Epístola á los romanos, escribiendo á los cristianos que estaban en Roma, dice así: *Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mia* (**). En el capítulo precedente ofreció el Apóstol á los romanos visitarlos cuando emprendiese su viaje á España, adonde deseaba ser conducido por ellos (†). Y siendo S. Rufo tan célebre entre los primeros cristianos, segun lo manifiesta el elogio con que le honra san Pablo, llamándole *escogido en el Señor;* no es de estrañar que el mismo Apóstol lo trajese en su compañía, y lo dejase en la ciudad de Tortosa del principado de Cataluña, despues de consagrarle obispo de ella.

Conforme á los cómputos mas exactos, la venida de S. Rufo con el Apóstol, y su eleccion para la Iglesia de Tortosa no se puede atrasar al año de 61, que es el que señalan los que dilatan mas el viaje del Apóstol á España. Faltando las actas de los primeros ministros del Evangelio elegidos por los apóstoles, no es posible referir los frutos que produciria su predicacion en Tortosa y los pueblos vecinos. Pero habiendo sido de santidad tan eminente, y ministro elegido en el Señor por el apóstol S. Pablo, no puede dudarse, que á su zelo y ministerio apostólico se deben en gran parte los progresos que tuvo la religion cristiana

(*) Et angariaverunt prætereuntem quempiam, Simonem Cyreneum venientem de villa, patrem Alexandri et Rufi, ut tolleret crucem. *S. Marcos, cap.* 15, *vers.* 21.

(**) Como si dijera: á quien respeto y amo como á mi misma madre, ó como si fuera mi madre. *Scio.*

(†) *Cuando me encaminare para España, espero que al paso os veré, y que me acompañareis hasta allá.* Epist. ad Rom. cap. 15, v. 24. De este lugar y de la carta de S. Clemente á los de Corinto, se prueba que S. Pablo vino efectivamente á España á predicar la fe de Jesucristo, segun asi lo afirma tambien un gran número de Padres. Mam. *Ant. Chr. tom.* 2. *lib.* 2. *pág.* 287.

en la provincia tarraconense. El P. Domenec en su ya citada Historia de los Santos de Cataluña, dice, que los historiadores del reino de Valencia tienen por tradicion, que la fama de los sermones de S. Rufo, llegó hasta Valencia; con cuyo motivo le suplicaron algunas personas principales de aquella ciudad se sirviese enviarles predicadores, que les enseñasen la fe de Jesucristo. Hízolo el Santo enviándoles cuatro clérigos discípulos suyos, que les enseñaron la ley evangélica.

Habiendo, pues, el glorioso Santo con su predicacion y vida santísima gobernado maravillosamente su obispado de Tortosa el tiempo que en ella estuvo, y enriquecídose de grandes tesoros de virtudes, fué servido el Señor llevarle á gozar de su gloria para siempre en el cielo; donde lo tienen los de Tortosa por su perpetuo abogado é intercesor. Los martirologios no señalan el lugar del fallecimiento de S. Rufo, y por lo que toca al dia, lo ponen en el 21 de noviembre. Pero el dia de su fiesta ha sido en todo tiempo el 14 de noviembre, en que se ha celebrado antes del concilio Tridentino con solemnidad y con octava, leyéndose en el rezo lecciones propias, en las que se refiere no solo su obispado en Tortosa, sino tambien la conservacion de sus reliquias. Esto segundo tiene tambien el testimonio que menciona Martorel en la pág. 348. Despues de cesar el uso de los breviarios particulares de las iglesias, rezó la de Tortosa y toda su diócesis de S. Rufo con rito doble y octava; pero tomando el oficio del comun de Confesor Pontífice, por decreto de Urbano VIII dado en 10 de febrero de 1629. En el año de 1671 aprobó la S. C. de R. el himno propio del Santo, que presentó el cabildo de la misma Iglesia, concediendo que se pudiese rezar en ambas vísperas y maitines. En este himno despues de invocar al Espíritu Santo, se ponen tres estrofas que contienen la tradicion de esta Iglesia acerca de su santo obispo y patrono. (*Risco, Esp. Sag. tom.* 42, y *Dom. Hist. Santos de Cat.*)

SAN SERAPIO, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, MÁRTIR.

Nació el glorioso mártir S. Serapio, segun la mas corriente opinion, en la famosa ciudad de Londres, corte del rey de Inglaterra, año de 1178. Fué su padre Rothlando, llamado de Escocia, por ser su casa originaria de la noble y clara estirpe y familia de los Escotos de dicho reino, y deudo muy propincuo de su rey Guillermo. Su madre, si bien se ignora el nombre como el de su apellido, pero segun se colige de lo que las mis-

mas historias refieren, fué de sangre nobilísima, igual y correspondiente en todo á la esclarecida de su esposo. Impusiéronle en el bautismo por nombre Serapio, pronóstico y claro indicio de que seria pio: lo que comprobó la esperiencia en las heróicas acciones que practicó su gran piedad en todo el curso de su vida, y que desde su niñez é infancia cuidaron sus nobles padres con los actos de devocion, educacion y ejemplo imprimir y radicar entre las demás virtudes y loables costumbres en el corazon de su amado y querido hijo.

Hallándose aun Serapio en los primeros ardores de su juvenil edad, ya manifestó los puros quilates de su católico zelo; pues llegando á sus oidos los lastimosos estragos y raras crueldades que ejecutaban los bárbaros infieles en Palestina, así en los templos de Dios, sus ministros, altares, imágenes, reliquias y demás cosas sagradas, como en las vidas, honras y bienes de los míseros cautivos, dijo á su padre: Señor y padre mio, ¿no seria de grande gloria de Dios de que fuésemos á morir para restaurar los santos lugares de Jerusalen? y si bien procuró disuadírselo proponiéndole lo tierno de su edad, sus pocas fuerzas para sufrir las incomodidades de la guerra, y el dolor y pena grande que ocasionaria á su madre el privarse de él en su ausencia; oida su discreta y cristiana réplica, y para suavizar en algun modo su desconsuelo, hubo de condescender á su instancia ofreciéndole partir juntos siempre y cuando llegase la ocasion.

Logró ésta felizmente el Santo, año de 1190, pasando con su padre, general del ejército de Inglaterra, y su rey Ricardo, á la Palestina. Allá asistió al sitio y rendicion de Tolemaida y otras muchas plazas, venciendo y triunfando valerosamente de sus enemigos; y en la célebre batalla de Assúr dió singulares muestras no solo de su heróico valor, destruyendo y poniendo en precipitada fuga á un sin número de sarracenos y turcos del formidable ejército de Saladino, sí tambien de su gran piedad, consolando y socorriendo á tanto mísero cautivo que lloraba allí entre aquellos bárbaros su dura esclavitud. Y habiendo en estas y otras gloriosas empresas y piadosos ejercicios empleado algunos años, y muertos sus padres, deseoso de sacrificar su vida en obsequio de la fe, vino con el duque de Austria á España, sirviendo al rey D. Alonso VIII de Castilla, en la guerra contra los sarracenos, quienes fueron vencidos y valerosamente sacados de muchas plazas y fuertes de Castilla y Andalucía, nombrándole el rey Alonso, por sus relevantes virtudes y méritos, consejero suyo; con cuyos consejos y dictámenes se prosiguió la guerra hasta quedar del todo humillado el mahometano poder. Volvió

otra vez, á impulsos de los mismos deseos de morir por Cristo, á Palestina, donde batalló con indecible intrepidez y esfuerzo contra el ejército de Conradino, hijo del gran soldan de Egipto y Babilonia, capital enemigo de la santa fe católica.

Noticioso despues Serapio de la nueva guerra que contra moros intentaron los reyes D. Fernando de Castilla y D Jaime el I de Aragon, volvió otra vez á España; y aquí, considerando el Santo su partida de Inglaterra, atravesando mares, hollando tormentas, sufriendo desprecios, padeciendo trabajos y peregrinando tantas provincias de la Siria, Palestina, Egipto, Alemania, Italia, Francia y España, y entendiendo que el preservarle en tantos riesgos y peligros Dios su vida, que tan ansiosamente habia deseado sacrificarla en obsequio de la fe, y el dejarle asimismo libre de los cuidados paternos, y de bienes y honras del mundo; era su divina voluntad (á la cual solia estar siempre tan resignado, que en todas sus penas y desconsuelos solamente prorumpian con alegre semblante sus labios: Bendito seais, Dios, pues os habeis dignado disponer no tenga de que cuidar sino es de vos) que se retirase del siglo, y entrase en alguna religion. Ilustrado, pues, del cielo (que le destinaba sin duda para que por este camino lograse el triunfo y honor mas glorioso de ser en su vida y muerte viva copia de Jesucristo nuestro Redentor) resolvió abrazar el instituto sagrado y caritativo de redimir cautivos en el real órden de la Virgen santísima de la Merced: á cuyo fin enterado de la gran santidad del glorioso S. Pedro Nolasco, fundador de aquélla, fué á él, pidiéndole con profunda humildad el hábito, que vistió en la ciudad de Barcelona con demostraciones de singular alegría, y ternura grande de su corazon, de mano del mismo santo patriarca. Pasó su noviciado bajo la direccion del V. P. Fr. Bernardo de Corbera, grande dechado de perfeccion; y concluido por Serapio el año de su probacion, en que fué un señalado ejemplo de toda virtud y edificacion, hizo la profesion solemne de los tres votos, de castidad, obediencia y pobreza, y el cuarto de quedarse en rehenes por los peligrosos cautivos, con inesplicable devocion y muy especial consuelo de su espíritu.

El olor suave y fragrante de las heróicas virtudes en que tanto resplandecia el Santo, hizo que presto le destinase y ocupase la obediencia en diferentes ministerios; y si bien los desempeñó todos, satisfaciendo enteramente á la confianza que de su esperiencia y méritos se prometian sus prelados; pero donde parece que mas principalmente se esplayaron los fervorosos afectos de su amor y caridad, fué en el de recoger las limosnas para el res-

cate de los cristianos cautivos; pues de manera supo su gran paciencia, aplicacion y afabilidad esponer con tal ternura á los fieles las miserias de aquellos pobres, que inclinándolos á piedad y conmiseracion les socorrian con larga mano; y aumentándose en breve por este medio los caudales de la redencion, era ocasion de que ellas fuesen mas frecuentes y copiosas. Era muy grande su santo ejemplo, á cuya direccion y cuidado estuvo el riego de las nuevas y tiernas plantas de la religion, y con su prudencia, vigilancia, humildad y mansedumbre, crecieron y fructificaron tanto, que dieron tan copiosos y abundantes frutos de observancia, oracion y santidad, que fueron esplendor hermoso de la Iglesia y ornamento precioso del paraíso.

Infestaban de tal forma los mares y costas de Cataluña los moros de Mallorca, que no podian, sin riesgo y peligro evidente de ser presos y cautivos, navegar aquellos mares, ni gozar de alguna paz en sus casas y pueblos sus habitantes; y como para remedio de estos daños y de los continuos estragos que ejecutaban los moros contra los que rendian, inclinase Dios, siempre piadoso de nuestras aflicciones, el ánimo del invicto rey D. Jaime á la conquista de aquella isla; pasó Serapio con él á tan santa espedicion, á la felicidad de la cual fueron sin duda gran parte las humildes súplicas y ruegos fervorosos para con Dios de Serapio: el cual, apenas ganada Mallorca, deseoso de propagar y dilatar su religion en Inglaterra, Escocia é Irlanda, pasó á dichos reinos, padeciendo muchos trabajos é incomodidades en sus viajes; y en particular en este, en que siendo preso el navío en que iba por un capitan pirata, fué el Santo grandemente atropellado, de manera, que atado á un palo de fornidos nudos, le azotaron sin piedad alguna; y considerándole ya difunto, fué su cuerpo impiamente arrojado desnudo en un arenal en las costas de Inglaterra; pero dispuso la Providencia divina, que encontrado de unos pescadores, se compadeciesen de él y le cubriesen con una capa sus ensangrentadas carnes, y que llegando á Londres, su patria, fuese prontamente curado, y asistido de hábitos religiosos.

Aunque Serapio, por su rara y profunda humildad, procuraba encubrir los preciosos quilates del oro de su mucha virtud, tanto mas el Señor disponia que fuese á todos mas patente: pues apenas llegado Serapio (como dijimos) á Londres, noticioso el rey de Escocia Alejandro de su mucha santidad, envió por él, para que procurase que un grande rebelde suyo y sus secuaces se redujesen á su obediencia y real servicio; y fué el Santo tan mal recibido de éstos, que habiéndole rigurosamente azotado, le

dijeron: Dirás á tu rey, que en tus espaldas hallará la respuesta: desacato, que sentido de él agriamente Alejandro, juntó numeroso ejército, y les persiguió, hasta quedar vencidos, y tomar de ellos la debida satisfaccion y venganza; y quiso Dios, para manifestar claramente la inocencia de Serapio, que el terreno en que derramó su sangre, habiendo sido antes seco é infecundo, quedase despues milagrosamente florido, verde y abundante. Escribióle S. Pedro Nolasco, que se restituyese á España, á fin de sacar del poder del demonio á muchas mujeres, cuya vida y tratos eran solamente la torpeza y sensualidad, como lo consiguió: por lo que irritados fuertemente con él los que vivian con ellas escandalosamente, le injuriaron, y diciéndole muchos baldones y dicterios le abofetearon; mas la paciencia, constancia y mansedumbre con que sufrió el Santo en esta ocasion tan afrentosos oprobios, fueron tales, que despues de haberles concedido amorosamente el perdon que por su desatencion y delito le pidieron, los redujo tambien á penitencia de sus culpas y á que sirviesen en adelante al Señor.

Hizo algunas redenciones, y entre estas una en Murcia con su compañero Fr. Pedro de Castellon, redimiendo noventa y ocho cautivos, y en todas fué indecible el incendio de su ardiente caridad, que mostraba con los pobres esclavos que no podia redimir: pues á los que juzgaba mas necesitados, suministraba algun socorro, con que pudiesen aliviar de algun modo sus trabajos: á los que no lo eran tanto, los animaba á la tolerancia de sus penas y á la conformidad en ellas en el Señor, esperanzándoles la libertad en otra redencion, para que así quedasen todos fortalecidos y constantes en la fe católica que profesaban: y á fin de conseguir por todos modos algun alivio á los cautivos, impelido de la compasion y amor que les tenia, se postraba rendido á los pies de los dueños de los mismos esclavos, y regándolos con sus lágrimas, procuraba con palabras llenas de dulzura y caridad, persuadirles alzasen la mano de su rigor contra los pobres y míseros esclavos, y que fuesen tratados mas blandamente; y era tanta la eficacia y virtud que en estas exhortaciones santas y rendimientos humildes infundia Dios en Serapio, que redujo aquellos corazones obstinados de los moros á que fuesen mas compasivos, y no tan duros é inhumanos con los míseros cautivos, logrando éstos quedar así en gran parte consolados.

Otra redencion hizo Serapio en Argel con Fr. Berengario de Bañeres, en la cual el glorioso S. Ramon Nonat, del mismo real órden, á quien comunicaba y profesaba Serapio muy estrecha amistad, le anunció, al tiempo de partir, su feliz y deseado mar-

tirio. Siendo en ella los redimidos ochenta y siete, y no pudiéndose redimir, por falta de dinero, á algunos cautivos, puestos en evidente peligro de renegar, ni pudiendo tolerar el inestinguible fuego de su ardiente caridad, que ardia en su magnánimo pecho, de que aquellas pobrecitas almas, redimidas con el infinito precio de la sangre preciosísima del Salvador, fuesen torpe pasto y víctima á aquellos insolentes bárbaros, discurrió y practicó su grande amor el arbitrio y medio de quedarse en rehenes por ellas; y aquí fué donde enardecido del zelo de la honra y gloria de Dios, y del bien y salvacion de aquellos infieles, se opuso públicamente á la falsa y abominable secta de Mahoma: por lo que por mandato del bárbaro y tirano rey de Argel fué preso, y puesto en una hedionda y oscura mazmorra, azotado con crueldad inaudita, y con la misma atado de pies, apaleado en el vientre, entregado despues su llagado cuerpo á una dura y pesada cadena, manteniéndole con solo pan de perro y salvado: y viendo el rey la invicta constancia de Serapio, que ni el rigor de tantos y tan crueles tormentos como habia padecido, ni las amenazas de los que intentaba ejecutar su furor con el Santo, pudiesen no solo rendirle, pero ni menos atemorizar aquel animoso y valiente corazon del soldado veterano de Cristo; por último resolvió rabioso y airado, que le fuese quitada la vida: á cuyo fin mandó sacarle á la plaza, donde viendo Serapio la aspa, ó cruz, en que habia de morir, lleno su corazon de un inalterable gozo, é inesplicable júbilo, rindió gracias á Dios, en debido reconocimiento del singular beneficio de permitirle sacrificar, á imitacion de su santísimo Hijo, la vida en la cruz, y esclamó: *O dulce y precioso leño, perfecta imágen de aquel en que mi amado Jesus pendió, por tí espero subir á la bienaventuranza;* y dichas estas palabras, pasaron á atormentarle cruelísimamente. Desgarraron poco á poco su ya desfigurado cuerpo con acerados garfios y peines de hierro: introdujéronle agudas cañas entre carne y uñas: cortáronle todas las coyunturas y artículos de pies, manos, brazos, piernas y rodillas, añadiendo por último el riguroso tormento de la rueda ó torno, con el cual á violencia de giros, le sacaron las tripas, que miraculosamente salieron enteras; y despues cortándole la cabeza dió el Santo su espíritu á su Criador á los 14 de noviembre del año de 1240; y antes del último aliento dijo: *Señor mio, yo os suplico, que por estos tormentos y dolores que gustoso por vuestro amor padezco, tengais piedad de aquellos que se hallaren afligidos de algun dolor.*

Fueron innumerables los prodigios que por intercesion del

santo mártir obró Dios, ya en su vida, como despues de muerto. Dos niños resucitó, viviendo: el uno en el navío en que el Santo pasaba al reino de Escocia, á quien su mismo padre, irritado por un descuido que cometió su hijo, le habia muerto: otro en Irlanda, hijo de un caballero, quien, resucitado, dijo delante de todo el concurso: Una señora vestida de blanco, con corona do oro en la cabeza y una insignia en el pecho, al modo que la trae Serapio, me ha mandado volviese al mundo.

En vista de cuyos prodigios, y por muchos siglos continuada veneracion de los fieles al Santo, de las declaraciones y sentencias dadas y promulgadas por los ordinarios de Gerona y Barcelona sobre su culto inmemorial año de 1718, y de las piadosas súplicas del católico monarca de las Españas Felipe V (que de Dios goce) ruegos repetidos de diferentes eminentísimos cardenales, instancias continuas de los arzobispos y obispos de España, y peticiones humildes de toda la religion Mercenaria; la santidad del papa Benedicto XIII con su bula dada en Roma á los 14 de abril de 1728, se dignó aprobar y confirmar dichas sentencias, y declaró el referido culto inmemorial del Santo.

La misa es en honor de S. Diego, y la oracion la siguiente:

Todopoderoso y sempiterno Dios, que con admirable disposicion eliges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte: concede benigno á nuestra humildad que por los piadosos ruegos de tu confesor san Diego merezcamos ser sublimados á la gloria eterna y celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta

este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo. Nosotros somos flacos, vosotros fuertes. Vosotros sois nobles, nosotros hombres desconocidos. Esto sentia de sí S. Pablo, y de esto se honraba. No hubo santo que no hubiese sentido muy bajamente de sí mismo: la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, los caracterizó, los distinguió á todos. Una de las grandes obligaciones que tenemos á Dios es, que hubiese hecho dependiente nuestra salvacion de nuestra humildad, y no de nuestra elevacion. No todos pueden subir y elevarse; pero todos pueden bajar y abatirse. No todos son capaces de hacer grandes cosas por Dios, de emprender arduos asuntos por su gloria; pero ninguno hay que no se pueda humillar. Bien se puede decir, que ninguna virtud cristiana está mas á la mano de todos que la humildad. ¿Quién tendrá valor para decir que no puede sentir bajamente de sí mismo, que no puede hacer mas concepto de los otros qué de sí? Nunca nos faltan razones para creer que es mayor el mérito de los otros que el nuestro. Hay muchos que no pueden estar dotados de un eminente don de oracion; ¿pero quién hay que no pueda humillarse en ella, reconociendo su nada, su poca virtud, su miseria, y de esta manera hacer mucho cuando parece que hace nada? No siempre puedo hacer todo el bien que quisiera; pero siempre me puedo humillar delante de Dios á vista de lo poco que soy capaz de hacer, y suplir de este modo lo mismo que no hago. No siempre puedo estar en oracion, no siempre puedo ayunar ni ejercitarme en obras de caridad; pero siempre puedo humillarme. ¡Oh humildad, camino breve y fácil, pero camino seguro para arribar á poca costa á una eminente virtud! ¿De qué dependerá que no tomemos este camino? No es menester salir de nosotros para encontrar mil motivos de humillarnos: dentro de nuestro terreno hallaremos cuantos motivos, cuantas razones se pueden discurrir para abatir nuestro orgullo. Este mismo orgullo nuestro debe ser uno de los grandes motivos de humillacion en quien no tenga el mal gusto de atolondrarse, de aturdirse y de engañarse á sí mismo. La humildad debe estenderse á todas las clases, á todos los estados, á todas las condiciones. Tan obligados están á ser humildes los grandes como los pequeños. Es, á la verdad, un poco mas difícil la práctica respecto de aquéllos, por cuanto todo conspira á lisonjearlos y á engañarlos, mas no por eso es menor ni menos indispensable su obligacion. Los pequeños muchas veces son humillados sin ser humildes; y los grandes siempre quisieran ser humildes sin ser humillados. Desengañémonos, no hay virtud alguna sin aquella cristiana humildad que no consiste en conocer claramente cada uno que verdaderamente le falta el mérito y las prendas que afecta y que no tiene: esta es una humildad de puro entendimiento que hasta en los réprobos se puede hallar; sino en gustar, en alegrarse de que los otros conozcan tambien las prendas de que carece, y el mérito que le falta. Esta es aquella humildad de corazon que nos enseña Jesucristo cuando nos repite en el Evangelio tantas veces: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XIII, *pág. 242.*

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

Punto primero. — Considera qué rabia, qué desesperacion será la de un condenado por toda la eternidad cuando considere que él mismo y él solo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué puramente por su culpa; si se condenó, fué porque él lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió la gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Habia hecho este Señor todo el coste para su salvacion; no le habia escluido de la gracia de la redencion este divino Salvador; nació, vivió en la tierra, padeció y murió por él como por todos los predestinados; mereciéle, y le comunicó tambien todas las gracias suficientes para ser santo. Esta verdad es de gran consuelo para todos los fieles; pero no es de menor desesperacion para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su suerte, ni su mal menos infinito; pero entonces toda su rabia, todo su odio, todo su furor, se volveria contra Dios, que solamente los habia sacado de la nada para perderlos. ¡Mas qué sentirán! ¡como bramarán! ¡qué rabia tendrán contra sí

este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo. Nosotros somos flacos, vosotros fuertes. Vosotros sois nobles, nosotros hombres desconocidos. Esto sentia de sí S. Pablo, y de esto se honraba. No hubo santo que no hubiese sentido muy bajamente de sí mismo: la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, los caracterizó, los distinguió á todos. Una de las grandes obligaciones que tenemos á Dios es, que hubiese hecho dependiente nuestra salvacion de nuestra humildad, y no de nuestra elevacion. No todos pueden subir y elevarse; pero todos pueden bajar y abatirse. No todos son capaces de hacer grandes cosas por Dios, de emprender arduos asuntos por su gloria; pero ninguno hay que no se pueda humillar. Bien se puede decir, que ninguna virtud cristiana está mas á la mano de todos que la humildad. ¿Quién tendrá valor para decir que no puede sentir bajamente de sí mismo, que no puede hacer mas concepto de los otros qué de sí? Nunca nos faltan razones para creer que es mayor el mérito de los otros que el nuestro. Hay muchos que no pueden estar dotados de un eminente don de oracion; ¿pero quién hay que no pueda humillarse en ella, reconociendo su nada, su poca virtud, su miseria, y de esta manera hacer mucho cuando parece que hace nada? No siempre puedo hacer todo el bien que quisiera; pero siempre me puedo humillar delante de Dios á vista de lo poco que soy capaz de hacer, y suplir de este modo lo mismo que no hago. No siempre puedo estar en oracion, no siempre puedo ayunar ni ejercitarme en obras de caridad; pero siempre puedo humillarme. ¡Oh humildad, camino breve y fácil, pero camino seguro para arribar á poca costa á una eminente virtud! ¿De qué dependerá que no tomemos este camino? No es menester salir de nosotros para encontrar mil motivos de humillarnos: dentro de nuestro terreno hallaremos cuantos motivos, cuantas razones se pueden discurrir para abatir nuestro orgullo. Este mismo orgullo nuestro debe ser uno de los grandes motivos de humillacion en quien no tenga el mal gusto de atolondrarse, de aturdirse y de engañarse á sí mismo. La humildad debe estenderse á todas las clases, á todos los estados, á todas las condiciones. Tan obligados están á ser humildes los grandes como los pequeños. Es, á la verdad, un poco mas difícil la práctica respecto de aquéllos, por cuanto todo conspira á lisonjearlos y á engañarlos, mas no por eso es menor ni menos indispensable su obligacion. Los pequeños muchas veces son humillados sin ser humildes; y los grandes siempre quisieran ser humildes sin ser humillados. Desengañémonos, no hay virtud alguna sin aquella cristiana humildad que no consiste en conocer claramente cada uno que verdaderamente le falta el mérito y las prendas que afecta y que no tiene: esta es una humildad de puro entendimiento que hasta en los réprobos se puede hallar; sino en gustar, en alegrarse de que los otros conozcan tambien las prendas de que carece, y el mérito que le falta. Esta es aquella humildad de corazon que nos enseña Jesucristo cuando nos repite en el Evangelio tantas veces: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XIII, *pág. 242.*

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

Punto primero. — Considera qué rabia, qué desesperacion será la de un condenado por toda la eternidad cuando considere que él mismo y él solo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué puramente por su culpa; si se condenó, fué porque él lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió la gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Habia hecho este Señor todo el coste para su salvacion; no le habia escluido de la gracia de la redencion este divino Salvador; nació, vivió en la tierra, padeció y murió por él como por todos los predestinados; mereciéle, y le comunicó tambien todas las gracias suficientes para ser santo. Esta verdad es de gran consuelo para todos los fieles; pero no es de menor desesperacion para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su suerte, ni su mal menos infinito; pero entonces toda su rabia, todo su odio, todo su furor, se volveria contra Dios, que solamente los habia sacado de la nada para perderlos. ¡Mas qué sentirán! ¡como bramarán! ¡qué rabia tendrán contra sí

mismos! sabiendo muy bien que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia derramado su sangre por todas ellas; que aquel Criador fué el mejor de todos los padres que nada los negó de lo que les pertenecia; que desde el mismo punto que los sacó á la luz del mundo los entregó todos sus bienes; que ni á uno solo dejó sin darle algunos talentos, con órden de negociar con ellos, respecto á su salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa. Si se condenó fué porque no quiso dar oidos al amoroso silbo de aquel buen pastor; porque se salió del redil; porque no se le antojó restituirse al aprisco; ¿será culpa del pastor si la desgraciada res fué despedazada y devorada?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto á sus amorosas leyes? ¿No fué grande estravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; cánsase de la dependencia; quiérese vivir al antojo y libertad de los deseos. No quiere Dios violentar á nadie, ó porque el servicio forzado no le gusta, ó porque quiere respetar, digámoslo así, la libertad que concedió al hombre. Muy presto se ve este pródigo infeliz distante de la casa de su padre, muy presto encuentra en su misma libertad su perdicion y su desdicha. No hay condenado que no fuese el artífice de su condenacion. ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion! ¡haber trabajado solo para perderse! ¡no ser deudor á otro que á sí mismo de su condenacion eterna!

Punto segundo.—Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Qué afectos de amor y de reconocimiento serán los de los santos á este divino Salvador! Por el contrario, en el infierno ningun condenado hay que no vea, que no palpe que este mismo divino Salvador jamás negó á ninguno su gracia, sino que él, por su propia malicia, fué el que no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que guiaba los hombres á la salvacion. ¡Pues cuales serán los afectos de odio, de desesperacion y de rabia contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó comprenderá por toda la eternidad que en su mano estuvo rescatar sus pecados con sus limosnas; que tuvo para eso grandes auxilios; que no le faltaron medios ni gracias, y solo le faltó la gana.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás se la olvidará en el infierno lo que hizo Dios para salvarla: los principios, las máximas piadosas en que la imbuyeron desde la niñez; la cristiana educacion, las fuertes inspiraciones, sus obligaciones, sus desgracias, las enfermedades, las pesadumbres, todo lo disponia el Señor para evitar su perdicion. Condenóse porque se quiso condenar, y eternamente estará bien persuadida de esto.

Aquella persona consagrada al Señor y dedicada á su servicio con los mas sagrados vínculos, eternamente estará viendo en el infierno, si tuvo la desgracia de ser precipitada en aquellas llamas, que le hubiera costado mucho menos traer una vida ajustada, observante y uniforme en el estado eclesiástico, secular ó regular, que la vida aseglarada y desbaratada que hizo; verá que su condenacion fué obra de sus manos; verá que fué menester oponerse, obstinarse empeñadamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de la misma razon, contra las solicitaciones de la gracia para perderse. ¡Oh Dios, qué furioso arrepentimiento será el de un eclesiástico, el de un religioso, el de un sacerdote condenado!

Represéntate un hombre que por un rapto de locura ó por un esceso de borrachera puso fuego á su casa. Cuando aquel loco vuelva en sí, ó cuando disipados los humos de la embriaguez se halle restituida la razon á su natural serenidad, ¿qué dolor, qué desesperacion será la suya al considerar que él mismo fué el que convirtió su casa en un monton de cenizas, que él mismo fué el que con ella consumió sus muebles, sus bienes, sus almacenes y todo cuanto poseia en el mundo; al reflexionar que se ve reducido á una infeliz mendiguez porque quiso perder cuanto tenia; que era hombre de conveniencias, y aun quizá rico, que podia ser dichoso y estimado, y por un frenesí, ó por un esceso se le antojó vivir infame, miserable y abatido? Comprende, si es posible, el dolor de este insensato cuando haga reflexion á su brutalidad. Pues considera le desesperacion de un condenado cuando piense (y lo estará pensando por toda la eternidad, mal que le pese) que se condenó por culpa suya.

Mi Dios, pues me habeis dado tiempo para conocer anticipadamente aquella desesperacion, dadme gracia para precaver tanta desdicha. No, mi Dios, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á padecerlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Séa así con vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.—Reconozco, mi Dios, mis pecados, los detesto, y jamás cesaré de acusarme de ellos. (*Psalm.* 50.)

Vos, Señor, sois justo, aun cuando nos castigais con el mayor rigor: á nosotros solo nos queda la confusion y el dolor de que si nos perdemos es porque nos queremos perder. (*Dan.* 9.)

PROPOSITOS.

1 Ser uno infeliz por una fatalidad inevitable, es una suerte bien triste; pero á lo menos no puede uno echarse á sí mismo la culpa de su desgracia, y toda su indignacion se vuelve contra la causa de su desastre; pero ser infelizmente desdichado, eternamente desdichado porque le dió la gana de serlo, por su antojo y por su propia malicia, concibe, si puedes, el rigor de este suplicio. Si á lo menos se pudiera en el infierno distraer el ánimo de este pensamiento; si se pudiera uno persuadir á que le faltó la gracia necesaria para la salvacion; si pudiera creer que Jesucristo no habia muerto por nosotros, y que al fin él no pudo hacer otra cosa; pero en el infierno ninguno es hereje, todos están persuadidos, todos están convencidos, todos ven, todos palpan que la condenacion es obra de nuestras manos. Saben que pudieron no resistir á la gracia; confiesan que tuvieron gracia suficiente para salvarse; pero que no quisieron: el deleite engañó á la voluntad, y la pasion quedó victoriosa, porque el corazon obró de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se pensára con mayor frecuencia en esta verdad! Meditala continuamente, y cuando fuere mas violenta la tentacion, cuando la pasion se esplicare mas fogosa, pregúntate á tí mismo: ¿quiero condenarme? Pues bien puedo darme este gusto; pero el fruto de esta desdichada satisfaccion será el infierno, serán las llamas eternas. Si me determino libremente á pecar, libremente quiero ser condenado. No hay cosa mas legítima que este discurso y esta consecuencia.

2 Todo pecado mortal le has de considerar como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobacion, y como un título que te asegura una eterna infelicidad. ¡De cuantas piadosas industrias se valieron los santos para hacerse como palpable esta gran verdad! Unos en lo mas fuerte de la tentacion escribian estas palabras:

Consiento en ser condenado,
Si consiento en el pecado.

Otros, aplicando los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian habitar por toda la eternidad en medio de los



S. EUGENIO,
PRIMER ARZOB. DE TOLEDO.

ardores del infierno: muchos finalmente se hacian familiar esta sentencia tan importante: *Mi salvacion será obra de Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desgracia de perderme.*

DIA XV.

MARTIROLOGIO

Santa Gertrudis, vírgen, de cuyo tránsito se hace conmemoracion el dia 17 de este mes. (*Véase su vida en las de dicho dia.*)

El tránsito de san Eugenio, obispo de Toledo y mártir, discípulo de S. Dionisio Areopagita, en el mismo dia; el cual habiendo sido martirizado en territorio de Paris, recibió del Señor la corona del triunfo. Su cuerpo fué trasladado despues á Toledo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Felix, obispo y mártir, en Nola de Campaña; el cual desde los quince años de edad resplandeció en el don de milagros; y siendo presidente Marciano, junto con otros treinta alcanzó la palma del martirio. (Padeció el martirio con sus compañeros en la misma ciudad de Nola, y escribió su historia su sucesor en el obispado, el ilustre san Paulino.)

Los santos mártires Guria y Samona, en Edesa de Siria, siendo emperador Diocleciano y presidente Antonino.

El martirio de san Abibo, diácono, en la misma ciudad; el cual imperando Licinio y siendo presidente Lisanias, fué despedazado con uñas de hierro, y quemado á fuego lento.

Los santos mártires Secundo, Fidenciano y Várico, en Africa.

El tránsito de san Macuto (ó san Malo ó Maclou), obispo, en Bretaña; esclarecido en milagros desde su mas tierna edad. (*Véase su vida en las del dia 5 de este mes.*)

San Luperio, obispo y confesor, en Verona (Floreció en el siglo VIII y fué esclarecido en virtudes y milagros.)

San Leopoldo, en Austria, marqués de esta provincia, á quien canonizó el papa Inocencio VIII. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN EUGENIO I, ARZOBISPO DE TOLEDO.

La santa iglesia de Toledo, primada de las Españas, fecunda madre de ilustres varones que han adornado la Iglesia con sus virtudes y su doctrina, tiene en su sala capitular un catálogo cronológico de sus prelados, á imitacion del que en la iglesia de san Pablo conserva de sus pontífices la santa iglesia de Roma. El primer lugar le ocupa S. Eugenio, de cuyos hechos es tan escasa la noticia que nos ha quedado, que apenas se puede determinar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. EUGENIO,
PRIMER ARZOB. DE TOLEDO.

ardores del infierno: muchos finalmente se hacian familiar esta sentencia tan importante: *Mi salvacion será obra de Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desgracia de perderme.*

DIA XV.

MARTIROLOGIO

Santa Gertrudis, vírgen, de cuyo tránsito se hace conmemoracion el dia 17 de este mes. (*Véase su vida en las de dicho dia.*)

El tránsito de san Eugenio, obispo de Toledo y mártir, discípulo de S. Dionisio Areopagita, en el mismo dia; el cual habiendo sido martirizado en territorio de Paris, recibió del Señor la corona del triunfo. Su cuerpo fué trasladado despues á Toledo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Felix, obispo y mártir, en Nola de Campaña; el cual desde los quince años de edad resplandeció en el don de milagros; y siendo presidente Marciano, junto con otros treinta alcanzó la palma del martirio. (Padeció el martirio con sus compañeros en la misma ciudad de Nola, y escribió su historia su sucesor en el obispado, el ilustre san Paulino.)

Los santos mártires Guria y Samona, en Edesa de Siria, siendo emperador Diocleciano y presidente Antonino.

El martirio de san Abibo, diácono, en la misma ciudad; el cual imperando Licinio y siendo presidente Lisanias, fué despedazado con uñas de hierro, y quemado á fuego lento.

Los santos mártires Secundo, Fidenciano y Várico, en Africa.

El tránsito de san Macuto (ó san Malo ó Maclou), obispo, en Bretaña; esclarecido en milagros desde su mas tierna edad. (*Véase su vida en las del dia 5 de este mes.*)

San Luperio, obispo y confesor, en Verona (Floreció en el siglo VIII y fué esclarecido en virtudes y milagros.)

San Leopoldo, en Austria, marqués de esta provincia, á quien canonizó el papa Inocencio VIII. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN EUGENIO I, ARZOBISPO DE TOLEDO.

La santa iglesia de Toledo, primada de las Españas, fecunda madre de ilustres varones que han adornado la Iglesia con sus virtudes y su doctrina, tiene en su sala capitular un catálogo cronológico de sus prelados, á imitacion del que en la iglesia de san Pablo conserva de sus pontífices la santa iglesia de Roma. El primer lugar le ocupa S. Eugenio, de cuyos hechos es tan escasa la noticia que nos ha quedado, que apenas se puede determinar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con seguridad otra cosa que su existencia y su martirio. La natural curiosidad de los hombres, propensos á investigarlo todo, y la soberbia de algunos que pretenden la reputacion de sabios á costa de enredar con dudas y dificultades los hechos que son de suyo claros y sencillos, han puesto la historia de S. Eugenio en un estado de incertidumbre, que cualquiera noticia de las particularidades de su vida se puede tener por aventurada. Pero la verdadera piedad, que en las leyendas de los santos se contenta con lo instructivo, con tal que estribe en el testimonio de hombres cuerdos que no pretenden engañar á sus semejantes, desprecia fácilmente, ó á lo menos mira con indiferencia las disputas de los críticos, y recibe con reverencia y edificacion los santos ejemplos que se le presentan. Conforme á este espíritu, referiremos lo que de la vida de S. Eugenio han conservado la tradicion y algunos monumentos de muchos siglos despues de su muerte, bien seguros de que el verdadero cristiano hallará en ellos ejemplos de edificacion, motivos de consuelo, y ocasion para dar muchas gracias á Dios por haber dispuesto maravillosamente que en los primeros años del cristianismo se propagase su santa ley en todos los confines de nuestra España, cuyo centro le tocó á S. Eugenio.

Nada se sabe de cierto en órden á la patria de este gran Santo; ni menos quienes fuesen sus padres, ni los ejercicios de su juventud. Hay quien dice que fué griego de nacion, fundándose en que su nombre es tambien griego; pero como en aquella sazon habia cundido tanto por toda Italia no solamente la lengua griega, sino aun la propagacion de tantas familias que se vieron precisadas á dejar su suelo desde las victorias de Metelo y Sila, es débil fundamento el nombre de Eugenio para persuadirse á que fuese de aquella nacion. Otros le creen nacido en Roma, y no como quiera, sino de las familias ecuestres, atribuyéndole la misma educacion y ejercicios con que se distinguian los caballeros romanos; todo lo cual se dice sin otro fundamento que el de la conjetura. El reverendísimo Florez, viendo que en una materia tan oscura nada se podia afirmar con seguridad, y que aquello parecia mas cierto que tuviese á su favor razones de mayor probabilidad y verosimilitud, fué de parecer que S. Eugenio fué español: que siendo en aquel tiempo España una parte del imperio romano, cuya capital era la árbitra de todos los negocios é intereses propios de la península, es de creer que S. Eugenio, por algun grave negocio, pasaria á aquella capital, en donde se instruyó perfectamente de las máximas del Evangelio, y concibió los designios apostólicos que puso en práctica despues. Muévenle á pensar de esta manera el abandono que S. Eugenio hizo de las Galias, donde tanto se necesitaban ministros evangélicos, y la predileccion con que miró á España en una sazon en que bastaria para entibiarle cualquier afecto la santa compañía de un san Dionisio que debia perder. Todo esto hace creer que el Santo tuvo algun poderoso motivo; y siendo tan natural el amor de la patria, podemos aventurarnos á creer que el Santo, no solamente fué español, sino de la provincia de Toledo, pues las razones que dan motivo para creer lo uno, le dan tambien para lo otro. De cualquiera manera que sea, siempre queda lo que dijimos al principio en órden á la incertidumbre de su nacimiento y de su crianza. Si esta puede deducirse ó inferirse de las acciones posteriores de su vida, no podemos menos de suponer que fué muy buena y arreglada. El talento que manifestó siendo ya obispo convence que el cielo le dió las mas bellas disposiciones que se podian apetecer para los altos fines á que le habia destinado. Su ingenio vivo, su decir elocuente y enérgico, y sus dulces costumbres le hacian amable á todos, y sugeto proporcionado para las mayores empresas.

La cronología, que con mayor fundamento se atribuye á este Santo, hace coincidir su juventud con aquel tiempo en que el apóstol S. Pedro vino á la ciudad de Roma á establecer en ella la cátedra de su pontificado, y hacerla la capital del mundo cristiano, así como lo era del mayor de los imperios. Por este tiempo seducia á aquellas miserables gentes con sus artes mágicas el sacrílego Simon Mago, hombre soberbio y llevado de la manía de hacerse espectable con perjuicio de la verdad, y á costa de ilícitos tratos con el príncipe de las tinieblas. Con sus artificios habia conseguido, no tan solamente la admiracion de los romanos, sino tambien la del emperador Neron, genio raro, llevado de lo maravilloso, aunque esto consiste en el estremo de los vicios. El apóstol S. Pedro se le opuso con vigor, predicando libremente las máximas de la verdad, y procurando deshacer los errores del embustero. Para este efecto habia dejado á Antioquía, donde habia estado siete años, el Ponto, la Galacia, la Capadocia, la Asia y la Bitinia, en donde habia predicado á los judíos. Cuando S. Pedro llegó á Roma, acompañado de S. Marcos y de muchos otros discípulos, el mismo Simon, que en Palestina habia sido tenido por un embustero, habia llegado en Roma á tan alto grado de reputacion, que fué creido Dios, y como á tal le erigieron una estatua en la isla del Tiber, con esta inscripcion: *A Simon, dios santo*. Habian muchos prometido al emperador Neron volar en su presencia; y Simon, tenido por el

principal en el arte mágico, lo ofreció tambien, en confirmacion de cuantas ideas habia sembrado contrarias á los cristianos. En el dia que se dispuso para este gran espectáculo, viendo S. Pedro y S. Pablo que de él podrian resultar funestísimas consecuencias contra la religion cristiana, determinaron ponerse en oracion juntos pidiendo á Dios que en obsequio de su santo nombre confundiese aquel pérfido discípulo de los demonios. Por ministerio de estos voló efectivamente Simon el Mago; pero en medio de su vuelo llegó á toda su eficacia la oracion de los santos Apóstoles, y cayó precipitado delante del emperador, habiéndose quebrado las piernas y desconcertado todo su cuerpo de resultas del golpe: subiéronle á un lugar elevado para curarle; pero no pudiendo sufrir los terribles dolores que padecia, se precipitó él mismo, y dió fin á una vida que no debia haber tenido principio. De resultas de este hecho, y resentido Neron por la muerte del Mago, que entre otros muchos era su maestro en este arte, mandó prender á S. Pedro y S. Pablo, y comenzó á manifestarles aquel odio implacable que les conservó hasta la muerte.

Mientras sucedian estas cosas se hallaban en Roma muchos discípulos de los apóstoles; y entre ellos, segun el breviario moderno y muchos antiguos, S. Dionisio Areopagita, y S. Eugenio, que era compañero y amigo suyo. Tanto por la doctrina de los santos apóstoles como por la visible confirmacion con que el cielo la favorecia, se habian radicado mas y mas en las máximas del Evangelio y religion de Jesucristo. La misma sangre de los apóstoles, que vieron derramar por su nombre, fué como un bálsamo precioso que consolidó en sus almas las altas doctrinas que estaban de antemano establecidas; y la gracia iba disponiendo en estos Santos unos obreros evangélicos que fuesen dignos sucesores de los apóstoles. Tambien es natural y verisímil que S. Eugenio presenciase la ordenacion y mision de S. Torcuato y los demás Apostólicos que vinieron á predicar á España, y á proseguir en esta region la grande obra que S. Pablo y Santiago habian comenzado primero. Todos estos objetos grabados en su corazon avivarian su espíritu, procurando ejercitarse con los demás fieles y discípulos de los apóstoles en los ejercicios propios de la religion cristiana, y en adquirir toda aquella ciencia y noticias que eran necesarias para formar un buen obispo, y hacer el establecimiento de la religion en una provincia de gentiles. En esto se empleó S. Eugenio en compañía de S. Dionisio, que unos quieren sea el Areopagita, negándolo otros, hasta el año 68 ó 69 de la era vulgar, en que señalado S. Clemente por sucesor de san

Pedro y de S. Lino, determinó enviar á las Galias varones apostólicos que las sacasen de las tinieblas en que estaban sumergidas, y las alumbrasen con la luz evangélica. Eligió para esta grande obra á S. Dionisio, á S. Eugenio y á otros cristianos de espíritu, de probidad y de doctrina. Y habiendo ordenado de obispos á los que le pareció conveniente, y entre ellos á S. Eugenio, los envió con la bendicion de Dios, y los Santos con gran confianza en él emprendieron su viaje. Llegaron á las Galias, y segun una tradicion antigua predicaron en Arlés; pero S. Eugenio, bien fuese por motivo de ser su patria España, ó por otro que nos es desconocido, dejando á S. Dionisio, que se dirigió á París, enderezó su rumbo á esta península, y no le interrumpió hasta llegar á Toledo.

En el camino es fácil de concebir los penosos ejercicios en que se emplearia, unas veces enseñando, otras persuadiendo, y otras, finalmente, combatiendo los errores arraigados en las gentes que encontraba desde tiempo inmemorial. El espíritu con que entró este varon apostólico en España, era el mismo con que habia venido Santiago y los siete Apostólicos, y el mismo que ordenó Jesucristo tuviesen cuando dijo á sus apóstoles: *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Estaba España á la sazon hecha por la mayor parte el teatro de la supersticion y de todos los errores. San Torcuato y sus compañeros como habian entrado por las provincias meridionales, no habian penetrado en lo interior de la península; y así, todos sus trabajos no habian hecho otra cosa que preparar los caminos á la verdad, comenzando á disipar las tinieblas del error. Las supersticiones derivadas de los fenicios y cartagineses, y otras de origen desconocido, adoptadas ó inventadas por los mismos españoles desde los tiempos mas remotos, se habian retirado al centro. Por lo mismo debia S. Eugenio combatir, no solamente con los engaños religiosos de la nacion, sino con cuantos habian traido de fuera sus tesoros, y con las mismas gentes que vinieron á robarlos. Eugenio, con ánimo esforzado, entra en España cual sol resplandeciente, resuelto á desterrar de su seno las tinieblas, á enseñar la verdad á los españoles, y á perder en la demanda, si fuese menester, su propia vida. Hizo mansion en Toledo, ciudad famosa y capital de la Carpetania, y segun algunos, vino destinado por obispo de esta ciudad por el papa S. Clemente, de acuerdo con S. Dionisio. Como su fin no era otro que plantar la religion del Crucificado sin perdonar trabajo ni temer peligros, era preciso que el cielo echase su bendicion sobre todas sus fatigas. En breve tuvo el consuelo de ver una porcion considerable de genti-

les convertidos á la fe de Jesucristo; tanto, que formó su iglesia, celebró sacrificios, y lo dispuso todo con aquel órden y liturgia que habia aprendido de los apóstoles y de S. Clemente. Al paso que iba creciendo el número de creyentes, se iban multiplicando sus trabajos; pero todos los daba por bien empleados en vista de los copiosos frutos que le producian. Su fervoroso zelo no se ceñia á los muros de la ciudad, sino que saliendo por los pueblos circunvecinos, se estendia á los bolcades y carpetanos, pudiéndose gloriar todos estos pueblos de haber sido S. Eugenio el padre de su fe y su apóstol. Mas de veinte años consumió el Santo en los ejercicios apostólicos, y en desterrar la supersticion de esta provincia, esperimentando en ellos los trabajos y persecuciones que refieren las historias haber padecido los ministros del Evangelio en otras naciones gentílicas. El natural feroz é indomable de los españoles de aquel tiempo, y la ceguedad y la codicia de los sacerdotes de los ídolos, harian verosímil y creible cuanto de S. Eugenio se afirmase en órden á padecer persecuciones por el establecimiento de la fe. El lector piadoso las considerará segun su piedad, su fervor y su talento; pero la historia de S. Eugenio no determina nada.

Gozoso el Santo con la estension que habia adquirido su iglesia, y lo mucho que se habia multiplicado el rebaño de Jesucristo, quiso verse con S. Dionisio para darle nuevas tan felices, y tratar con él de las cosas pertenecientes á su iglesia de Toledo. Arregló los negocios que tenia pendientes: dejó encargado á ministros de su satisfaccion el ministerio de la palabra, y practicó cuanto podia sugerir una celestial prudencia á un padre, á un pastor, á un obispo. Hecho esto, se puso en camino para París, derramando por todas partes la semilla evangélica y el buen olor de sus inocentes costumbres y santa vida. Era el tiempo en que la segunda persecucion de Domiciano habia llegado á su mayor estremo, la cual, entre muchos millares de mártires, habian conseguido este glorioso triunfo S. Dionisio, obispo de París, y sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Cuando S. Eugenio llegó á una aldea cercana de París, llamada Diolo, supo la suerte venturosa que habia tenido el santo obispo, en cuya busca venía: y combatido del dolor por una parte de haber perdido un amigo tan precioso, y por otra de una santa envidia del triunfo que habia logrado, comenzó á predicar con tal zelo y viveza, que no solo se hizo espectable á aquellas gentes, sino que su fama llegó presto á París. Residia allí Sisimo, gobernador de las Galias, en quien se competian la brutalidad de las costumbres y la fiereza. Apenas oyó como S. Eugenio predicaba, cuando conceptuó que

nada habia hecho con quitar la vida á Dionisio si dejaba con ella al que tanto se le parecia. Envió inmediatamente sus ministros á Diolo con las instrucciones convenientes para hacer el interrogatorio á Eugenio, y en su consecuencia quitarle la vida. Luego que llegaron á Diolo los ministros infernales, pusieron en ejecucion el decreto del presidente. Llamaron al Santo, y aunque con una tibia esperanza de poderle disuadir de la religion que profesaba, le hicieron sus preguntas, é intentaron persuadirle á que abandonando la religion de Jesucristo, ofreciese incienso á los ídolos como el único medio de salvar la vida, y de no deshonrar su ancianidad venerable con una muerte afrentosa. San Eugenio, con una fortaleza evangélica y digna de un discípulo de los apóstoles y del primer obispo de Toledo, respondió que no reconocia mas que un Dios, criador de los cielos y de la tierra, y á Jesucristo su hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, que habia redimido al mundo derramando su preciosa sangre; que solo á este Dios adoraba, y por el contrario, abominaba y detestaba los ídolos como mudas obras de los hombres é invenciones del demonio. Esta respuesta certificó á los ministros de Satanás de que perdian el tiempo con Eugenio; y así sin dar mas treguas le cortaron la cabeza, el dia 15 de noviembre del año de 96, que fue el mismo en que murió Domiciano.

Ya sabian los gentiles la singular veneracion que tributaban los cristianos á los sagrados despojos de los que derramaban su sangre por la fe; y para impedir que el cuerpo y cabeza de S. Eugenio fuesen participantes de semejantes honores, los echaron en un lago llamado Marcasio, y se volvieron á París muy satisfechos de que habian llenado completamente las intenciones de Sisimo. En este lago permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos, hasta que queriendo Dios que participase su siervo de los honores que tan justamente merecia, lo proporcionó por una de sus maravillas acostumbradas. Estaba enfermo de peligro un vecino de Diolo, llamado Hercoldo, sugeto rico, noble, y sobre todo piadoso. Desesperado de las medicinas de la tierra, recurrió á las del cielo por medio de sus oraciones á Dios, para quien ponia por intercesor al glorioso S. Dionisio. Oyó Dios sus súplicas; y una noche se le apareció en sueños el santo obispo, le aseguró de la sanidad, y le mandó que estrajese del lago Marcasio el cuerpo de su hermano y condiscípulo Eugenio, y le colocase en un lugar decente. Luego que dispertó Hercoldo, conoció por la repentina sanidad con que se hallaba, que aquella vision habia sido celestial. Puso por obra inmediatamente lo que le habia mandado S. Dionisio, y á poca diligencia encontró en el

lago Marcasio el cuerpo y cabeza de S. Eugenio, á quien construyó un templo magnífico en Diolo para que fuesen veneradas sus reliquias. Hallóse el sagrado cadáver y la cabeza, despues de tantos siglos como habia estado entre el agua y el cieno, tan entero é incorrupto como si en aquella misma hora le hubiesen echado. Este portento, juntamente con los continuos favores que Dios dispensaba á todas las gentes de aquella comarca por la intercesion de S. Eugenio, dió tanto aumento á su culto, que todas las gentes acudian á su patrocinio en las mayores necesidades. En una de ellas fueron llevadas las sagradas reliquias por los habitantes de Diolo á la iglesia de S. Dionisio de París para hacer allí rogativas públicas con que aplacar los divinos enojos. Acabaron los diolenses sus devotos ejercicios, y quisieron volverse á su pueblo en procesion como habian venido, llevándose consigo las reliquias de su santo mártir. Procuraron ejecutarlo por todos los medios; pero el arca en donde estaban encerradas las sagradas reliquias se hizo inmoble, de manera que no fué posible conseguirlo. Entendióse ser voluntad de Dios que el Santo quedase en aquel lugar; y aunque los diolenses manifestaron al principio sumo dolor por la pérdida de tan gran tesoro, se consolaron despues viendo que era determinacion divina el que san Eugenio fuese venerado en el mismo sitio en que lo era su compañero y condiscípulo S. Dionisio. Esto se manifestó claramente; porque habiéndose llegado los monges de aquel monasterio á mover el arca, las sagradas reliquias se dejaron llevar fácilmente á una capilla, en donde la colocaron con grande aparato.

Mientras los diolenses disfrutaban el precioso tesoro de las reliquias de S. Eugenio, y los monges del monasterio de S. Dionisio se enriquecian con él á costa de los prodigios del cielo, la iglesia de Toledo, que era la verdadera acreedora á tamaña riqueza, carecia, no solamente de las reliquias de su primer prelado, sino aun de la noticia de que este hubiese sido S. Eugenio. El decurso de los tiempos, las varias irrupciones que padeció España en los primeros siglos del cristianismo, y lo que es mas que todo, el haber padecido el santo martirio en reino estraño, habia borrado de tal manera su memoria, que hubiera quedado para siempre aniquilada si un acaso dichoso no lo hubiera precavido. En el año de 1148 se celebró en Rems un concilio, al cual asistió D. Raymundo, arzobispo de Toledo. Con este motivo, hallándose en el monasterio de S. Dionisio de París, advirtió en la capilla de S. Eugenio una inscripcion estraña que llamó todas sus atenciones. La inscripcion decia así: *Aquí descansa Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo*, la cual, sin embargo del

dictado de arzobispo, que ni en los primeros siglos, ni en todo el tiempo de los godos tuvieron los prelados de Toledo, bastó para informarse de los motivos que tenian aquellos monges para venerar al Santo con este título. Reconoció los muchos y sólidos fundamentos deducidos del archivo del monasterio, que probaban una bien fundada tradicion. Persuadióse á que realmente aquel S. Eugenio habia sido primer prelado de su iglesia. Comunicó á ésta noticias tan felices y agradables, y la puso en términos de que solicitase y consiguiese la traslacion de un brazo del Santo desde el monasterio de S. Dionisio á la santa iglesia catedral de Toledo. Sin embargo de haber conseguido esto, siempre suspiraba la santa iglesia por la entera posesion del primer padre de su fe; los cuales suspiros fueron oidos por Dios en tiempo de Felipe II, quien allanó todas las dificultades que no habian podido superar en otro tiempo muy poderosos monarcas. El hijo de Cárlos V consiguió que los monges de S. Dionisio se allanasen á hacer la entrega de todo el cuerpo de S. Eugenio; y habiendo dado comision á D. Francisco Manrique de Lara, canónigo de Toledo, se dispusieron todas las cosas tan bien, que en 18 de noviembre de 1565 recibió la santa iglesia catedral de Toledo, y primada de las Españas, los sagrados despojos de su primer prelado y mártir de Jesucristo S. Eugenio. Esta traslacion se hizo con toda la pompa y aparato que podia desearse en ocasion de tanto júbilo. El mismo rey Felipe II, Cárlos, su hijo, y los sobrinos suyos, archiduques de Austria, llevaban sobre sus hombros la preciosa urna en donde iba guardado el preciosísimo tesoro. Colocóse en el altar mayor de la santa iglesia, en donde ha sido venerado como patrono, y el Santo ha favorecido á los toledanos y demás fieles del obispado como verdadero padre suyo.

SAN LEOPOLDO, MARQUÉS DE AUSTRIA, CONFESOR.

Leopoldo, cuarto de este nombre, llamado comunmente desde su infancia el Piadoso, fué hijo de Leopoldo III, y de Itta, hija del emperador Enrique IV. Por atender diligentemente á las instrucciones en los misterios de Dios, y entender continuamente en las máximas del Evangelio, llegó á saber que no habia mas que un camino y una regla de salvacion para príncipes y para particulares: ésta la estudió con aplicacion, y desde su infancia procuró dirigir por ella sus acciones. En su juventud hizo con el estudio un repuesto mediano de doctrina; pero el principal objeto de sus tareas fué siempre vivir solo para la eternidad, doblegar sus pasiones, mortificar sus sentidos, renunciar de

lago Marcasio el cuerpo y cabeza de S. Eugenio, á quien construyó un templo magnífico en Diolo para que fuesen veneradas sus reliquias. Hallóse el sagrado cadáver y la cabeza, despues de tantos siglos como habia estado entre el agua y el cieno, tan entero é incorrupto como si en aquella misma hora le hubiesen echado. Este portento, juntamente con los continuos favores que Dios dispensaba á todas las gentes de aquella comarca por la intercesion de S. Eugenio, dió tanto aumento á su culto, que todas las gentes acudian á su patrocinio en las mayores necesidades. En una de ellas fueron llevadas las sagradas reliquias por los habitantes de Diolo á la iglesia de S. Dionisio de París para hacer allí rogativas públicas con que aplacar los divinos enojos. Acabaron los diolenses sus devotos ejercicios, y quisieron volverse á su pueblo en procesion como habian venido, llevándose consigo las reliquias de su santo mártir. Procuraron ejecutarlo por todos los medios; pero el arca en donde estaban encerradas las sagradas reliquias se hizo inmoble, de manera que no fué posible conseguirlo. Entendióse ser voluntad de Dios que el Santo quedase en aquel lugar; y aunque los diolenses manifestaron al principio sumo dolor por la pérdida de tan gran tesoro, se consolaron despues viendo que era determinacion divina el que san Eugenio fuese venerado en el mismo sitio en que lo era su compañero y condiscípulo S. Dionisio. Esto se manifestó claramente; porque habiéndose llegado los monges de aquel monasterio á mover el arca, las sagradas reliquias se dejaron llevar fácilmente á una capilla, en donde la colocaron con grande aparato.

Mientras los diolenses disfrutaban el precioso tesoro de las reliquias de S. Eugenio, y los monges del monasterio de S. Dionisio se enriquecian con él á costa de los prodigios del cielo, la iglesia de Toledo, que era la verdadera acreedora á tamaña riqueza, carecia, no solamente de las reliquias de su primer prelado, sino aun de la noticia de que este hubiese sido S. Eugenio. El decurso de los tiempos, las varias irrupciones que padeció España en los primeros siglos del cristianismo, y lo que es mas que todo, el haber padecido el santo martirio en reino estraño, habia borrado de tal manera su memoria, que hubiera quedado para siempre aniquilada si un acaso dichoso no lo hubiera precavido. En el año de 1148 se celebró en Rems un concilio, al cual asistió D. Raymundo, arzobispo de Toledo. Con este motivo, hallándose en el monasterio de S. Dionisio de París, advirtió en la capilla de S. Eugenio una inscripcion estraña que llamó todas sus atenciones. La inscripcion decia así: *Aquí descansa Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo*, la cual, sin embargo del

dictado de arzobispo, que ni en los primeros siglos, ni en todo el tiempo de los godos tuvieron los prelados de Toledo, bastó para informarse de los motivos que tenian aquellos monges para venerar al Santo con este título. Reconoció los muchos y sólidos fundamentos deducidos del archivo del monasterio, que probaban una bien fundada tradicion. Persuadióse á que realmente aquel S. Eugenio habia sido primer prelado de su iglesia. Comunicó á ésta noticias tan felices y agradables, y la puso en términos de que solicitase y consiguiese la traslacion de un brazo del Santo desde el monasterio de S. Dionisio á la santa iglesia catedral de Toledo. Sin embargo de haber conseguido esto, siempre suspiraba la santa iglesia por la entera posesion del primer padre de su fe; los cuales suspiros fueron oidos por Dios en tiempo de Felipe II, quien allanó todas las dificultades que no habian podido superar en otro tiempo muy poderosos monarcas. El hijo de Cárlos V consiguió que los monges de S. Dionisio se allanasen á hacer la entrega de todo el cuerpo de S. Eugenio; y habiendo dado comision á D. Francisco Manrique de Lara, canónigo de Toledo, se dispusieron todas las cosas tan bien, que en 18 de noviembre de 1565 recibió la santa iglesia catedral de Toledo, y primada de las Españas, los sagrados despojos de su primer prelado y mártir de Jesucristo S. Eugenio. Esta traslacion se hizo con toda la pompa y aparato que podia desearse en ocasion de tanto júbilo. El mismo rey Felipe II, Cárlos, su hijo, y los sobrinos suyos, archiduques de Austria, llevaban sobre sus hombros la preciosa urna en donde iba guardado el preciosísimo tesoro. Colocóse en el altar mayor de la santa iglesia, en donde ha sido venerado como patrono, y el Santo ha favorecido á los toledanos y demás fieles del obispado como verdadero padre suyo.

SAN LEOPOLDO, MARQUÉS DE AUSTRIA, CONFESOR.

Leopoldo, cuarto de este nombre, llamado comunmente desde su infancia el Piadoso, fué hijo de Leopoldo III, y de Itta, hija del emperador Enrique IV. Por atender diligentemente á las instrucciones en los misterios de Dios, y entender continuamente en las máximas del Evangelio, llegó á saber que no habia mas que un camino y una regla de salvacion para príncipes y para particulares: ésta la estudió con aplicacion, y desde su infancia procuró dirigir por ella sus acciones. En su juventud hizo con el estudio un repuesto mediano de doctrina; pero el principal objeto de sus tareas fué siempre vivir solo para la eternidad, doblegar sus pasiones, mortificar sus sentidos, renunciar de

los deleites del mundo, gastar mucho tiempo en oracion y meditacion, y aplicarse al ejercicio de toda buena obra, especialmente á las limosnas y oficios de caridad. Por muerte de su padre consideró haber llegado el tiempo de ser obligacion indispensable suya procurar por todos los medios imaginables la felicidad de la numerosa nacion que habia quedado á su cargo. Los austriacos entonces, ó por los años de 1096, era una gente grosera y supersticiosa; era pues necesario docilizar sus espíritus, imbuirles en los principios de la razon y de la sociedad, y hacerles cristianos. La obra era ardua y odiosa, por lo que el Santo se preparó para ella pidiendo á Dios encarecidamente aquella sabiduría que era necesaria para tal empresa; y en efecto, con la bendicion divina, y á esfuerzos de su actividad, tuvo el suceso que no debia naturalmente prometerse. Era afable con todos, procuraba hacer bien á cada uno de por sí, y alivió en cuanto pudo las cargas públicas de su pueblo. Su palacio parecia habitacion y asiento de la virtud, de la justicia y del bien. Cuando se veia obligado á contener los vicios con el castigo, procuraba persuadir á los culpados á sufrir la pena con paciencia y con espíritu de penitencia; y les hacia conocer que era justo el rigor de que en tales ocasiones usaba. Perdonaba á los malhechores siempre que no lo repugnaba la prudencia; porque consideraba que el mantener la justicia, la paz y la salud pública dependia de la exacta obediencia y ejecucion de las leyes.

Cuando se rompió la guerra civil entre el descomulgado emperador Enrique IV, y su propio hijo Enrique V, empeñaron á Leopoldo á que se agregase al último, á cuya causa daba él mayor justicia y razon. Los motivos de la religion y de la justicia, y la autoridad de otros, le determinaron á dar este paso; no obstante Cuspiniano nos dice, que despues hizo una admirable penitencia por la parte que habia tenido en aquellos pasajes. En el año de 1106 tomó por mujer á Inés, virtuosa y completa princesa, hija del emperador Enrique IV, hermana de Enrique V, y viuda de Federico, duque de Suabia, de quien habia tenido ella á Conrado, despues emperador, y á Federico, padre de Federico Barbarroja. De S. Leopoldo tuvo diez y ocho hijos de los cuales murieron en la infancia siete: los demás hicieron sus nombres famosos con sus acciones grandes y virtuosas. Alberto, que era el mayor, despues de haber dado grandes pruebas de un valor nada comun, y de mucha pericia militar, murió en Pannonia, pocos dias despues que su padre. Leopoldo, hijo segundo, sucedió á su padre en Austria, y reinó tambien en Baviera. Oton, hijo quinto, hizo grandes progresos en sus estudios en

París, se hizo monge cisterciense, y abad de Morimond, fué despues electo obispo de Frisingen, acompañó al emperador Conrado á la Tierra Santa, y murió en Morimond con grandes sentimientos de piedad. Su famosa crónica desde el principio del mundo, y otras obras, son monumentos de su aplicacion á los estudios. La marquesa Inés queria tener parte tambien en todas las buenas obras de su marido. Leia con él las santas Escrituras, y con júbilo interrumpia su sueño de noche para levantarse al comun oficio nocturno de la Iglesia, á que ambos consortes añadian algunas meditaciones sobre las verdades de la vida eterna. Leopoldo fundó en el año de 1117 el monasterio de la Santa Cruz del órden Cisterciense, doce millas italianas distante de Viena, cerca del castillo de Kalnperg, donde él vivia. Hubiera querido el Santo y su religiosa mujer no levantarse jamás del pié del altar cantando las divinas alabanzas; pero obligados por su estado en el mundo á atender tambien á los negocios temporales, aunque en todos ellos encontraban á Dios, cuya voluntad y cuya gloria se proponian en cuanto habian de obrar, resolvieron fundar un monasterio de canónigos regulares, que pudieran sustituirse en lugar de ellos, para celebrar dia y noche las funciones angélicas que ellos no podian por sí. Este pensamiento lo ejecutaron con la fundacion del noble monasterio de nuestra Señora de New-Clausterberg, ocho millas de Viena. El marqués por humildad no quiso poner la primera piedra, sino mandó que la pusiese un sacerdote en su nombre. La iglesia fué dedicada en el año de 1118 por el arzobispo de Saltzburgo, asistido del obispo de Passau, del diocesano y del obispo de Gurck. Esta fundacion fué confirmada por el papa, y por una auténtica de Leopoldo, donde se titula muchas veces *marqués oriental* en lugar de marqués de Austria, firmada de Ottacar, marqués de Stiria, y de otros muchos condes y nobles, en presencia de los obispos, que fulminaron una escomunion con terribles anatemas contra cualquiera que osase violar los derechos de este monasterio, ó injuriar y molestar á los pobres siervos de Cristo, que seguian allí la regla de S. Agustin.

Estéban II, rey de Hungría, invadió el Austria, pero fué rechazado de Leopoldo, que derrotó sus tropas en una accion muy señalada. Los húngaros volvieron algunos años despues, pero les salió al encuentro el marqués á sus fronteras, y quedó su ejército tan maltratado, que se dieron por muy dichosos en poder salvar el resto con la fuga. Por muerte de Enrique V, en el año de 1125, algunos de los electores y otros desearon elevar á Leopoldo á la dignidad imperial; pero prevaleció la eleccion de Lo-

tario II, duque de Sajonia. Conrado y Federico, hijos de Inés y del duque de Suabia, que habian sido tambien de los candidatos, levantaron muchos disturbios en el imperio; mas al fin vinieron ambos á ser emperadores sucesivamente. Pero Leopoldo adhirió tan fielmente á Lotario, que le dió pruebas evidentes de su desinterés, y le manifestó cuan léjos estaba su corazon de los vicios de la ambicion y de la envidia. Acompañó al emperador, como amigo suyo, en su viaje á Italia. Despues de un glorioso reinado fué visitado de su última enfermedad, en que confesó sus pecados con muchas lágrimas, recibió la Estremauncion y demás sacramentos de la Iglesia, y sin cesar de llamar á Jesus su redentor, ni de encomendar su alma en sus manos por los méritos de su preciosa muerte, con admirable tranquilidad y resignacion pasó al estado de una feliz eternidad en 15 de noviembre del año de 1136. Fué enterrado en su monasterio de New-Clausterberg, dos millas germánicas de Viena, y en su aniversario y el de su mujer se distribuyen todavía por la comunidad grandes limosnas á todos los pobres que acuden á recibirlas. S. Leopoldo fué honrado por Dios con muchos milagros, y canonizado por Inocencio VIII en el año de 1485. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Eugenio, y la oracion lu que sigue:

O Dios, que consagraste este dia con el martirio del bienaventurado Engenio tu mártir y pontífice, concédenos, Señor, que por los méritos de aquel cuya festividad celebramos con alegría consigamos el don precioso de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

El que es tentado no diga que Dios le tienta, pues Dios no es capaz de tentar al mal El alma se espone por su propia concupiscencia al aire mas contagioso, y desafia á los peligros: échase á dormir sobre el borde del precipicio, y despues grita contra la violencia de la tentacion, y contra la viciosa propension de la naturaleza corrompida. Causa verdaderamente lástima oir quejarse á la mayor parte de los cristianos de lo dificultosa que es la salvacion y del gran número de impedimentos para conseguirla. Todo es tentacion, dicen, todo es escollos, todo lazos: vivimos en país enemigo, y hasta de nuestro mismo corazon hemos de desconfiar. El tentador está de inteligencia con todos nuestros sentidos: son pocos los objetos que no están envenenados: el veneno se introduce por los ojos: las diversiones mas inocentes y lícitas sirven muchas veces de lazo y de artificio para enredar el alma. Todo eso es así. Pero y bien, ¿en esta generalidad de riesgos, qué armas, qué preservativos, qué auxilios, qué medios tomamos? Al menor ruido, al mas leve rumor de peste ó de contagio se alborota todo el país, todos huyen, todos lo abandonan. Ni interés particular, ni razon de amistad, ni vínculo de parentesco, ni respetos de decencia, nada basta para detenernos. Se priva cada uno del juego, del paseo, de la conversacion, del comercio. Academias, diversiones, visitas, espectáculos, todo se cierra, todo se interrumpe, todo cesa. ¿Y todo eso por qué? por la salud, por el temor de la muerte, por el amor á la vida. ¿Y la salvacion? ¿y el temor del infierno? ¿y el deseo de la bienaventuranza produce los mismos efectos? ¿Con qué seguridad se esponen los hombres á los mayores peligros de la salvacion? ¿Con qué obstinacion se mantienen en medio de las llamas? ¡Y despues se quejan de su ardor y de su vivacidad! Derrámanse en medio del mundo: van á buscar las concurrencias donde todo conspira á corromper los sentidos, á irritar las pasiones, á estragar las costumbres, á debilitar la fe, y á perder el alma. Y despues echan la culpa á la naturaleza y á su viciosa inclinacion. Acusan al tentador, acusan á la tentacion, y falta poco para que acusen tambien á la divina Providencia. Aunque el enemigo de la salvacion no se acordára de nosotros, ¿serian los hombres menos tentados de lo que son, siendo ellos mismos sus mayores tentadores? ¿Qué necesidad tendrá el demonio de tentar á los jó-

venes en aquellas concurrencias donde siempre está desterrada la inocencia, en aquellas diversiones donde no estaria segura la virtud mas arraigada? Desengañémonos, ninguna cosa puede eludir aquel oráculo infalible : *el que ama el peligro, perecerá en él.* Si se conservára la inocencia en medio de esas peligrosas ocasiones, los mas disolutos harian mayores milagros que los Santos. A nadie tienta Dios, cada cual es tentado por su propia concupiscencia, que él mismo irrita y enciende mas.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo ; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá ; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame ; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la santidad de la vida.

Punto primero. — Considera que el destino de los mundanos, siempre hambrientos, y siempre sedientos de los bienes sensibles, es no estar nunca contentos ; como al contrario la suerte de las almas timoratas y virtuosas, hambrientas y sedientas de la justicia, es hallar en los caminos de la santidad con que saciar y satisfacer toda la estension de sus deseos. En medio de eso, siendo la santidad el único bien del hombre, es puntualmente el único bien que el hombre no desea. Este único bien, que solo él es capaz de saciar nuestro corazon ; este escelente bien, que solo él nos puede hacer dichosos ; este precioso bien, que solo él es lleno, sólido y real, es aquel tesoro escondido del Evangelio cuyo valor no se conoce. No se considera su importancia, ni sus grandes atractivos, y se ignora la facilidad con que se puede adquirir, á pesar de todos los estorbos. Tres errores reinan en el mundo acerca de la santidad que entibian el fervor de los cristianos, que los quitan, ó por lo menos los embotan el deseo de ser santos, tanto en el estado religioso, como en el secular. Por mas que se diga, es cierto que se estima poco en el mundo la santidad. Respétase (es así) aquellos hombres virtuosos

del tiempo pasado, cuya memoria veneramos ; pero no sé por qué caprichosa estravagancia se miran con desprecio los virtuosos del tiempo presente. Trátanse como á unos pobres simples á los que abrazan el partido de la devocion, y hacen pública profesion de seguirle. En medio de eso no hay mejor prueba de su entendimiento sólido, escelente, superior, que esta hambre, esta ardiente sed por la santidad. Luego que el Espíritu Santo declamó en la Escritura la vanidad de las ocupaciones de los hombres, acabó con estas palabras : Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es ser verdaderamente hombre. Si se formára verdadera idea y concepto claro del don mas escelente entre todos los dones de Dios, ninguno dejaria de aspirar á la santidad con aquel ardor, con aquel ansioso deseo que nos quiso significar el Salvador del mundo por las espresiones figuradas de hambre y sed de la justicia. Ya se considere al hombre con respecto á Dios, que es su principio y su fin ; ya se le mire con relacion al comercio y á la sociedad civil, cuya parte constituye ; ya se le atienda con reflexion á sí mismo de quien es responsable ; no se hallará cosa mas grande, ni mas digna de ocuparle, que el cuidado de su santificacion. Todos estamos en el mundo únicamente para conocer á Dios, para amarle y para servirle ; no fuimos criados ni lo pudimos ser para mas alto fin. Toda nuestra grandeza consiste en agradarle : esto solo se consigue por medio de la santidad ; ella sola nos merece su aprobacion y su gracia ; ella sola nos comunica el mérito verdadero ; ella sola nos hace respetables á los hombres y á los ángeles ; ella sola nos puede hacer eternamente dichosos. ¡ Y con todo eso no es la santidad el objeto de nuestros deseos, de nuestra ambicion, y de todas nuestras ansias!

Punto segundo.—Considera que aun consultando precisamente á la luz de la razon natural, no se encuentra mayor grandeza en la tierra, que la vida de una persona dedicada únicamente al cuidado de servir á Dios. Cuando en medio de los embelesos, de los pasatiempos, de las pretensiones y de los negocios que reparten entre sí el corazon de los hombres, y se sorben toda su aplicacion, ves un hombre segun el corazon de Dios, como un S. Eugenio, y como tantos otros Santos que en este mundo no aspiraron á otra cosa que á la dicha de agradarle, que consideraron como su principal obligacion, como su mas estimada herencia el cumplimiento de la ley de Dios ; cuando se nos ponen delante de los ojos unas personas, cuyo carácter es la pureza de costumbres, la rectitud, la prudencia y la buena fe ; unas perso-

nas humildes, modestas, exentas de los asaltos, de los ímpetus de las pasiones, cuya inalterable mansedumbre, cuya caridad universal y cuya ejemplar virtud es objeto de la admiracion comun; ¿no nos parecen estas personas las mas cuerdas, las mas grandes, las mas estimables de todos los hombres? En esto consiste, pues, la verdadera grandeza; esto constituye el mérito verdadero. Toda otra grandeza envejece con nosotros, y por decirlo así, se va debilitando con la edad; por lo menos es cierto que se acaba con la vida. La muerte despoja al hombre de todos sus bienes; el mas brillante esplendor se apaga con el último soplo: ¿qué es lo que queda en el sepulcro de todas las grandezas humanas? Solamente la santidad es aquel precioso tesoro, cuyo valor no puede disminuir el tiempo; es aquel único bien de que no nos despoja la muerte, antes bien la misma muerte da nuevo lustre á la santidad: los Santos son mayores cuando muertos que cuando vivos, y nunca se respeta mas la santidad, que cuando la aseguró ya la sepultura. Por eso Dios, á quien toca privativamente hacer juicio sano de la verdadera grandeza, no reconoce otra que la santidad. Lo que parece grande á los ojos del mundo, es abominable á los de Dios; y lo que parece despreciable á los hombres, es grande en su presencia. *Erit magnus*, dijo el Espíritu Santo de S. Juan Bautista, y se puede decir de todos los demás Santos. ¿Pero qué grandeza puede representar á los ojos mundanos un hombre sepultado en un desierto sin bienes y sin empleos? Te engañas; será Santo, y por lo mismo será grande. No nos imaginemos que mide Dios la grandeza por la regla de nuestros sentidos, ni por el sistema que se forma el espíritu del mundo. ¿Cuántos Santos nacieron de familia oscura, plebeya, pobre, humilde, y pasaron la vida humillados, abatidos y olvidados? Sin embargo, fueron grandes, porque fueron Santos; y los mismos grandes del mundo, los prudentes del siglo rinden hoy homenaje á su prudencia y á su grandeza verdadera. Ya no tratan de simpleza aquella observancia de las cosas mas menudas, aquella exactitud en sus pequeñas devociones, aquella circunspeccion, aquella puntualidad, aquella delicadeza de conciencia.

Haced, Señor, que desde luego forme aquel concepto de la santidad, que he de formar en la hora de la muerte; aquel que formais vos, ó Sabiduría increada, y aquel propio que yo mismo he de formar por toda la eternidad. Pero ya que me dais estos pensamientos, dignaos, Señor, darme gracia para que sean eficaces. Confiado únicamente en esta gracia, y en la seria voluntad que teneis, mi Dios, de que sea Santo, propongo desde hoy trabajar en mi santificacion con toda mi alma, con toda mi aplicacion, y con todas mis fuerzas posibles.

JACULATORIAS. — Resuelto estoy, Señor, á guardar inviolablemente tu santa ley toda mi vida: ayuda mi flaqueza, y no me desampares. (*Psalm.* 118.)

Meditaré sin cesar tus mandamientos, y me ejercitaré en los caminos que guian á tí. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 No siempre son los grandes servicios los que mas se estiman y mas se agradecen en el mundo: muchas veces un obsequio, que en sí es de poca monta, no se considera como tal cuando se cree que nace de una fuerte pasion, y de una ansiosa inclinacion á complacernos. Esto es mas cierto en el servicio de Dios, en el que son iguales las cosas grandes y pequeñas; porque mas atiende Dios al motivo y al afecto del corazon, que á la sustancia de la obra. El deseo mismo de agradarle en las mas mínimas acciones, es el único principio de la verdadera grandeza. Agradamos á Dios desde que tenemos verdadero deseo de agradarle, á diferencia de los grandes del mundo, que solo estiman el servicio, sin dárseles nada por la intencion. El mismo nombre, es decir, el mismo valor da Dios á las cosas que no son que á las que son. En su estimacion el deseo equivale á la ejecucion. Haz hoy un firme propósito de no omitir cosa alguna de todas las que Dios te pide. Por mas ligeras, por mas menudas que te parezcan las obligaciones de tu estado, por pequeñas que se te representen las reglas de tu profesion, sé sumamente fiel y exactamente puntual en observarlas, en hacer todo lo que Dios te pide. En esto consiste el arte, y por decirlo así, el secreto de ser Santo. No es pequeña cosa ser fiel en las cosas pequeñas. En el servicio de Dios nada hay pequeño.

2 Forma desde luego una gran idea de la santidad y de todo lo que contribuye á hacernos santos. Acaba de persuadirte una vez para siempre, á que no hay grandeza, no hay sabiduría, no hay prudencia, ni aun hay siquiera buen juicio sino en la santidad, y á que no hay hombre de verdadero mérito, verdaderamente sabio, verdaderamente capaz, ni verdaderamente estimable aun en el aprecio del mundo, sino el hombre virtuoso y verdaderamente cristiano. Nuestra estimacion se ha de medir por la que Dios hace de las cosas: lo que Dios condena, lo que reprueba y lo que desprecia, nunca puede ser estimable, ni me-

recer nuestra aprobacion. Habla siempre en este concepto y sobre este sistema, dando las mismas lecciones á tus hijos y familia. Nada perjudica mas á la salvacion, que infundir en la gente moza ideas contrarias á estas máximas y á estas verdades de nuestra religion. Por lo comun no oyen apreciar, engrandecer, ni envidiar sino las grandezas humanas, las brillanteces aparentes, y todo lo que deslumbra los ojos: ¿qué maravilla, si acostumbrado su tierno corazon á apacentarse de estas vanidades, no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser Santo: esta es la mayor fortuna que puedes hacer.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Rufino, Marcos, Valerio y sus compañeros, en el Africa. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

Los santos mártires Elpidio, Marcelo, Eustoquio y sus compañeros, en el mismo dia; de los cuales Elpidio, que era del órden senatorio, habiendo confesado con la mayor constancia la fe de Jesucristo, en presencia de Juliano Apóstata, primero fué atado como sus compañeros á la cola de caballos sin domar, los cuales le arrastraron, y últimamente murió quemado, consumando gloriosamente su martirio.

San Euquerio, obispo y confesor, en Leon de Francia, varon de fe y admirable saber: siendo del órden senatorio prefirió la vida y hábito religioso, encerrándose voluntariamente en una cueva, donde permaneció mucho tiempo sirviendo á Cristo con oraciones y ayunos, hasta que por revelacion de un ángel fué solemnemente promovido á la silla episcopal de aquella ciudad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Fidencio, obispo, en Padua. (Directamente de los mismos discípulos de los apóstoles aprendió la ciencia de la verdadera religion, quienes despues de conferirle los sagrados órdenes, le enviaron á predicar el Evangelio. Murió por los años de 166.)

San Edmundo, obispo y confesor, en Cantorbery de Inglaterra; el cual siendo desterrado por defender los derechos de su Iglesia, murió santamente en Provins, villa de Senonois: y fué canonizado por el papa Inocencio IV. (*Véase su historia en las de hoy.*)

La dichosa muerte de san Otmaro, abad, en el mismo dia. (Hízose ilustre en la Recia en el siglo VIII, siendo modelo de penitentes: no comia mas que una vez cada dos dias, y solo pan y agua. Murió en la paz del Señor por los años de 758.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recer nuestra aprobacion. Habla siempre en este concepto y sobre este sistema, dando las mismas lecciones á tus hijos y familia. Nada perjudica mas á la salvacion, que infundir en la gente moza ideas contrarias á estas máximas y á estas verdades de nuestra religion. Por lo comun no oyen apreciar, engrandecer, ni envidiar sino las grandezas humanas, las brillanteces aparentes, y todo lo que deslumbra los ojos: ¿qué maravilla, si acostumbrado su tierno corazon á apacentarse de estas vanidades, no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser Santo: esta es la mayor fortuna que puedes hacer.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Rufino, Marcos, Valerio y sus compañeros, en el Africa. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

Los santos mártires Elpidio, Marcelo, Eustoquio y sus compañeros, en el mismo dia; de los cuales Elpidio, que era del órden senatorio, habiendo confesado con la mayor constancia la fe de Jesucristo, en presencia de Juliano Apóstata, primero fué atado como sus compañeros á la cola de caballos sin domar, los cuales le arrastraron, y últimamente murió quemado, consumando gloriosamente su martirio.

San Euquerio, obispo y confesor, en Leon de Francia, varon de fe y admirable saber: siendo del órden senatorio prefirió la vida y hábito religioso, encerrándose voluntariamente en una cueva, donde permaneció mucho tiempo sirviendo á Cristo con oraciones y ayunos, hasta que por revelacion de un ángel fué solemnemente promovido á la silla episcopal de aquella ciudad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Fidencio, obispo, en Padua. (Directamente de los mismos discípulos de los apóstoles aprendió la ciencia de la verdadera religion, quienes despues de conferirle los sagrados órdenes, le enviaron á predicar el Evangelio. Murió por los años de 166.)

San Edmundo, obispo y confesor, en Cantorbery de Inglaterra; el cual siendo desterrado por defender los derechos de su Iglesia, murió santamente en Provins, villa de Senonois: y fué canonizado por el papa Inocencio IV. (*Véase su historia en las de hoy.*)

La dichosa muerte de san Otmaro, abad, en el mismo dia. (Hízose ilustre en la Recia en el siglo VIII, siendo modelo de penitentes: no comia mas que una vez cada dos dias, y solo pan y agua. Murió en la paz del Señor por los años de 758.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. EDMUNDO ARZOB.

SAN EDMUNDO, ARZOBISPO DE CANTORBERY.

Nació S. Edmundo en el lugar de Abington en Inglaterra, de padres muy virtuosos. Su padre Reynaldo se retiró á un monasterio con consentimiento de su mujer, llamada Mabilia, y vivió santamente en él. Su madre Mabilia se quedó en el mundo; pero tan desprendida de todo lo que era mundo, que todo su corazon estaba puesto en Dios. Estos fueron los padres de S. Edmundo, medianamente dotados de los bienes de la tierra, pero abundantemente abastecidos de las riquezas del cielo. Crió santamente la virtuosa Mabilia á sus dos hijos Edmundo y Roberto. Cuando los envió á estudiar á Paris dió un cilicio á cada uno, encargándolos que le usasen dos ó tres veces á la semana, para que aquel instrumento de penitencia los sirviese como de una cota celestial contra los golpes del espíritu maligno que se vale de los engañosos atractivos de la carne para rendir á la razon, desviándola de la servidumbre del dulce yugo de la ley de Dios. Acreditó Edmundo la buena educacion que le habia dejado como en herencia su piadosísima madre. Fué un modelo perfecto de virtud; habiendo hecho voto de castidad delante de una imágen de la santísima Virgen, confesó despues que aquella Madre de misericordia le habia socorrido en todas sus tentaciones, animado en sus trabajos, consolado en sus tribulaciones, y sostenido en sus dolores. Enfermó gravemente su madre, y pareciéndola que no saldria de aquella enfermedad, le llamó de París para darle su bendicion antes de morir. Recibióla con profundo respeto, y rogó á su madre se la echase tambien á su hermano y sus hermanas. *No es menester, hijo mio,* le respondió la virtuosa matrona, *en tu persona se la echo á todos, porque todos participarán por ti las bendiciones del cielo.* Encargóle despues, como al mayor de la familia, que cuidase de colocar á su hermano Roberto, y de dar estado á sus hermanas. En esto último se halló muy embarazado, porque siendo ambas dotadas de estraordinaria hermosura, temia que peligrase su salvacion si se quedaban en el siglo. Propúsolas si querian ser religiosas; y habiendo aceptado las dos este partido, el mismo santo hermano las llevó al convento. Libre ya de aquel molesto cuidado, se retiró á París para acabar sus estudios, los que continuó con la mayor aplicacion; pero aunque era grande el deseo de ser sabio, era mucho mayor la ansia de hacerse santo. Estudiaba como si nunca hubiese de morir, y vivia como si hubiese de morir en el mismo instante. El estudio le hacia tediosos y despreciables los gustos de los sen-

tidos; y la virtud ilustraba su entendimiento en aquellas purísimas luces que le facilitaban la penetracion de las mas sublimes verdades: el estudio desviaba los estorbos que se oponian á la virtud, y la virtud santificaba al estudio; con cuya dichosa armonía logró Edmundo hacerse tan sabio, que era la admiracion de sus maestros, y ser al mismo tiempo tan virtuoso que todos le veneraban como á un prodigio de santidad. Al paso que iba adelantando en años, iba añadiendo penitencias. No usaba ya de cilicios comunes, sino de uno tan áspero, que parecia, por decirlo así, haberle tejido la misma penitencia por su propia mano. Luego que recibió los primeros grados en la facultad de París, enseñó en ella las letras humanas con mucha reputacion; pero á tiempo que estaba dictando á sus discípulos algunas lecciones de geometría, se le apareció en sueños su madre, y le preguntó qué significaban todas aquellas figuras que le llevaban tanta atencion; y respondióla el santo mancebo lo que por entonces le ocurrió. Le tomó la madre la mano, señaló en ellas tres círculos iguales, nombrándolos uno despues de otro el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y le añadió: *Deja, hijo mio, todas esas figuras en que ahora te ocupas, y en adelante piensa solo en estas.* Comprendió fácilmente el Santo lo que le queria decir, y desde entonces se dedicó al estudio de la teología. Cuando estudiaba tenia á la vista una imágen de la santísima Vírgen, en cuya orla se representaban los misterios de nuestra redencion; y en lo mas vivo del estudio fijaba los ojos en aquella Madre de la luz con tanto fervor, que algunas veces entraba su espíritu en las dulzuras de la contemplacion, quedándose suspenso y como estático. Siempre que tomaba la Biblia para leerla, la besaba con respeto. Sabiendo Gautier, arzobispo de York, que Edmundo tenia falta de libros, le hizo copiar algunos, pero él se escusó de admitirlos por no dar ese trabajo á los monasterios; y antes bien algunas veces vendió los que tenia para socorrer á los pobres, siendo cierto que los libros le hacian menos falta al paso que eran mayores las luces con que le ilustraba el cielo. Hizo tan grandes progresos en as sagradas letras, que contra su voluntad le honraron con la borla de doctor. Disputaba con tanta sutileza, predicaba con tanta sabiduría, y enseñaba la sagrada teología con tanta devocion, que solo derramaba en sus discípulos y oyentes aquellas aguas puras que recogia en las fuentes del Salvador; de manera, que á la profundidad de la doctrina añadia la eficacia de las sentencias, moviendo los corazones al mismo tiempo que llenaba de luz los entendimientos. Así, pues, se veian tal vez hombres de una profunda erudicion, que se movian á lágrimas solo con oirle, y

deseosos de imitar sus ejemplos, se retiraban á los claustros para vivir mas santamente. Durmiendo una noche se le presentó en sueños la pieza donde enseñaba toda bañada de luz, y como que salian de ella siete hachas encendidas; y la mañana siguiente siete discípulos suyos se fueron con un abad del Cister á tomar el hábito en su monasterio. En otra ocasion, estando para leer sobre el misterio de la santísima Trinidad, se quedó dormido en la misma cátedra, esperando la hora para dar principio á la leccion; y mientras tanto le pareció que bajaba del cielo una paloma y le metia una hostia en la boca. Habló despues del altísimo misterio con tanta profundidad, que todos conocieron la divina impresion que le dictaba las palabras. Siempre que predicaba salian estas de un corazon todo inflamado, y así eran palabras de fuego que convertian las almas. Predicó la Cruzada de órden del papa, con el privilegio de poder tomar de las iglesias todo lo que necesitase; pero no usó de esta facultad, y anunció gratuitamente el Evangelio, premiando Dios este apostólico desinterés con el don de milagros que le concedió. Predicaba un dia fuera de la iglesia de Wigorna, y de repente se cubrió el cielo de una nube tan negra y tan espesa, que el auditorio se comenzó á remover para retirarse por miedo de la tempestad. Mantúvose quieto nuestro Santo: volvióse hácia la nube, hizo la señal de la cruz, y dijo en alta voz: *Yo te mando, espíritu maligno, que te retires de este lugar, y que no vengas á inquietar á este pueblo.* Al punto reventó la nube, y anegando el agua todo el contorno, no cayó una gota en todo el espacio que ocupaba el auditorio, manteniéndose sereno el aire que correspondia á él, cuando estaba turbado todo el que le rodeaba. Por este tiempo estaba sin pastor el arzobispado de Cantorbery, y se consultó al papa sobre el sugeto á quien se conferiria el cuidado de aquella iglesia. Eralo Gregorio IX, quien envió á Inglaterra sugetos de toda confianza para que se informasen del hombre mas benemérito para aquella elevada dignidad; y uniéndose todos los votos en favor de S. Edmundo, quedó electo canónicamente por arzobispo, confirmando el pontífice la eleccion. Pero el Santo, considerándose indigno de tan alto ministerio, se ocultó, y cuando fué descubierto, se resistió á la aceptacion; mas al fin, habiéndosele representado que se interesaba en esto el mayor servicio de Dios, y que sin ofensa de su Majestad no podia persistir mas en aquella resistencia, se rindió y se desposó con aquella iglesia, que ya habia mucho tiempo se lloraba viuda. Habiéndose consagrado, se dedicó á cuidar de su rebaño con todo el zelo y con toda la vigilancia que correspondia á un buen pastor. Era, por decirlo así, el provee-

dor de los pobres, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el refugio de los perseguidos y el consuelo de los enfermos. Aunque era enemigo capital de todo vicio, tenia una cordial compasion de los pecadores, procurando insinuarse dulcemente en sus corazones con el fin de atraerlos y de ganarlos para Jesucristo. De esta manera vivia nuestro Santo mientras gozó pacíficamente de su silla; pero como era tan agradable á los ojos del Señor, no podia menos de ser probado y purificado con el fuego de la tribulacion. Estaba dotado de un teson y vigor episcopal, que no sabia ceder cuando se trataba de los derechos de su iglesia, y de defender la inmunidad eclesiástica. Por este vigoroso teson incurrió en la indignacion del rey, de los cortesanos, de los obispos políticos y contemplativos, y aun en la de su mismo cabildo. Fué ultrajado y perseguido; pero era invencible su paciencia. Amaba á los que le perseguian, consolaba y alentaba á sus familiares, como tambien á los que seguian la justicia y la razon de su partido, esforzando á todos con aquellas palabras tan dignas de un discípulo de Cristo, y tan propias de un obispo: *Las injurias* (decia) *que me hacen son medicinas amargas al paladar; pero en el fondo saludables, porque contribuyen á la salud de mi alma.* Sin embargo, despues de haber hecho vivas y respetuosas representaciones al rey, viendo que su presencia irritaba mas los ánimos, y que ya no se le dejaba libertad para ejercer sus funciones episcopales, él mismo se desterró voluntariamente, y pasó á Francia, antiguo refugio de prelados perseguidos. Antes de partir obró muchos milagros; y estando ya para embarcarse, se le apareció Sto. Tomás Cantuariense, aquel admirable arzobispo en quien resplandeció tanto el vigor episcopal, y le exhortó á que tuviese buen ánimo, asegurándole que muy en breve recibiria el premio de sus trabajos. Dejó, pues, á Inglaterra, y se retiró al monasterio de Pontigny, de la órden del Cister, donde le recibieron los monges con todo el respeto que se debia á su carácter, y á la eminencia de su virtud. Poco despues cayó gravemente enfermo, y juzgándose que debia mudar de aires, fué trasladado al monasterio de Soyssi; mas no por eso dejó de agravarse la enfermedad. Conociendo que de dia en dia le iban faltando las fuerzas, pidió el santo Viático; y luego que vió en su cuarto el divino objeto de su amor y de su fe, estendiendo devotamente los brazos, esclamó lleno de amorosa confianza: *Vos, Señor, sois aquel en quien siempre he creido, á quien siempre he predicado; el mismo que he anunciado á mi pueblo, segun la verdad de vuestro Evangelio: vos sois testigo de que á solo vos he buscado en este mundo, y que todo mi deseo ha sido*

cumplir en todo vuestra santa voluntad: esto mismo deseo ahora sobre todas las cosas; haced de mi lo que fuereis servido. Quedaron suspensos y admirados los circunstantes al oirle hablar de aquella manera. El modo de mirar, los movimientos, el gesto, el tono de la voz, todo daba á entender que veia realmente á Jesucristo. Recibió el Sacramento del amor, y por todo aquel dia se conservó tan alegre y tan gozoso, que parecia haber desaparecido enteramente la enfermedad. Administróselo, en fin, la santa Uncion, y abrazándose entonces estrechamente con un crucifijo, le regaba con sus lágrimas, besando las llagas con devotísima ternura; pero aplicando sus labios, especialmente á la del sagrado costado, como si quisiera echarse á pechos toda aquella preciosísima sangre, decia enternecido: *Aquí, aquí se han de beber aquellas aguas saludables en las fuentes del Salvador.* Cuanto mas se debilitaba su cuerpo, mas se fortalecia su alma con el vigor de la gracia; pero al fin, lleno de merecimientos, y purificado con el fuego de la tribulacion, terminó una santa vida con una muerte preciosa en los ojos del Señor el dia 16 de noviembre del año 1242, manifestando luego Dios la santidad de su siervo con un gran número de milagros. Su santo cuerpo se restituyó á Pontigny, donde se le dió sepultura con grande solemnidad; y desde luego se comenzó á trabajar en su canonizacion, la que se terminó cuatro años despues de su muerte por el papa Inocencio V.

SAN RUFINO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

En este dia hace memoria nuestro calendario de S. Rufino y compañeros mártires, que lo fueron Rufiniano, Estraton, Artemidoro y Severo, de quien nos dicen los escritores de la nacion, que fueron naturales de la provincia de Andalucía, aunque se diferencian en el lugar de su orígen. Unos sostienen que fué Utrera en el arzobispado de Sevilla; otros que Baeza en el obispado de Jaen; cuya disputa no deroga la verdad de su martirio, confesado por todos, en tiempo de la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano; no por otra causa que la de mantenerse con constancia invencible, confesando á Jesucristo á pesar de los mas fuertes combates de los gentiles, los que enfurecidos al ver la resistencia de estos ilustres confesores sobre no prestar adoraciones sacrílegas á los ídolos, degollaron á Rufino y Rufiniano: despedazaron á Estraton amarrado á dos leños, y quemaron á Artemidoro y á Severo; logrando todos por medio de los espresados suplicios la apetecida corona del martirio en principios del siglo III.

SAN EUQUERIO, OBISPO DE LEON, CONFESOR.

Despues de S. Ireneo no ha habido nombre que haya dado tanto honor á la Iglesia de Leon de Francia, como el del grande Euquerio. Este fué ilustre en el mundo por su nacimiento, y su primo Valeriano tuvo un padre, ó un suegro adornado de las primeras dignidades del imperio; pero el Santo, menospreciando los honores y las riquezas del mundo, vinò á ser mucho mas ilustre en la escuela de Jesucristo. Un genio agudo y penetrante, un repuesto de doctrina nada comun, y una elocuencia predominante, que le hizo admirar de todos los oradores de su era, fueron los talentos que le ganaron la estimacion de todos los hombres grandes del imperio. En el primer tercio de su vida estuvo casado con una dama llamada Gala, en quien tuvo dos hijos, Salonio y Verano, á quienes puso muy niños en el monasterio de Lerins, bajo la conducta de su santo fundador S. Honorato, y bajo la tutela de Salviano, elocuente y celoso presbítero de Marsella; y vivió S. Euquerio bastante para ver á ambos elevados á la dignidad episcopal. Una piedad estraordinaria habia sido su carácter distintivo desde su niñez, y de éste no se separó jamás. Cuanto mas trataba con el mundo, mas se disgustaba de su caducidad, y se aterraba con sus peligros: de modo, que hácia los años de 422, con consentimiento de su mujer se retiró al monasterio de Lerins. Casiano, abad entonces de S. Victor de Marsella, dirigió á Euquerio y Honorato su undécima y seis siguientes conferencias, y en ellas les llama los dos admirables modelos de aquella casa de Santos. Deseoso de mayor retiro dejó á Lerins, y se retiró á la pequeña isla de Lero, llamada ahora de Sta. Margarita. Aquí escribió su libro *sobre la vida solitaria*, que es una elegante recomendacion de aquel estado, y en particular del desierto de Lerins, habitado entonces de muchos Santos. En el mismo lugar escribió por los años de 427 su incomparable exhortacion á su primo Valeriano *sobre el desprecio del mundo*. La pureza del latin de esta pieza es muy poco inferior al de la edad de Augusto: el estilo es suave y afluente, los juegos de imaginativa y espresion igualmente admirables, el método y órden el mas precioso y bello, y las imágenes vivas y naturales, de modo que Erasmo no tiene inconveniente en decir, que entre todas las producciones de los escritores cristianos no encuentra otra comparable á ella; porque el autor en cada una de sus partes se manifiesta completamente maestro. Du Pin dice, que en pureza y elegancia de estilo iguala á los mejores escritores de los siglos mas cultos. Godeau aun lo lleva á mas alto grado, porque nos dice, que todas las bellezas de la elocuencia, y la fuerza de genio y de discurso se hallan allí unidos con el aire de la piedad mas afectuosa, de modo que parece imposible leer este pequeño tratado sin sentirse inspirados del desprecio del mundo, y penetrados de una entera resolucion de hacer el servicio de Dios todo nuestro negocio é interés, como única ganancia que podemos tener ahora y para siempre. En cuanto al mundo hace ver que toda cuanta hermosura aparenta, no es hermosura, sino artificio: sus honores, aplausos y compañías una vana ceremonia, y una esclavitud que solo puede hacer tolerable la estravagancia de las pasiones del hombre. Pinta una imágen tan viva de la vanidad, falsedad é ilusion del mundo, y de lo transitorio, instable é incierto de sus deleites, que se deja sensiblemente ver como con los ojos materiales, que el mundo pasa como un fantasma, y como un relámpago á nuestra vista, que se presenta, pasa en un momento indecible, y no vuelve mas «Yo he visto, dice, hombres elevados al pináculo de los honores y riquezas del mundo... La fortuna parecia venir á tributarles, arrojando favores á sus pies, sin necesidad de que fuesen á pedirlos ni buscarlos. La prosperidad en todas sus cosas se anticipaba á sus mismos deseos y pasiones; pero todo esto en un momento desapareció. Sus vastas é inmensas posesiones huyeron de sus manos, y aun los mismos que las poseian no parecen ya; ya no existen, etc.» Esta exhortacion fué dirigida á Valeriano, próximo pariente del Santo, que estaba sumergido en los encantos del mundo. Continuó, no obstante, en sus empleos seculares, si es que fué este el mismo que Prisco Valeriano, á quien S. Sidonio dirigió su panegírico sobre el emperador Avito, por los años de 456, como cree sea así Rivet, aunque Roswede y Jofredo piensan fuese el S. Valeriano que se hizo monge de Lerins, fué despues último obispo de Cimella, antes de quedar unida esta silla á la Nicena, asistió á los concilios de Orange, Arlés y Riez, y murió por los años de 460.

Nuestro Santo, que, segun dice Casiano, brilló como un astro resplandeciente en el mundo por la perfeccion de sus virtudes, fué despues con el ejemplo de su vida modelo del órden monástico. Sacado al fin de su religioso retiro fué colocado en la silla de Leon, probablemente por los años de 434, en cuyo estado se acreditó de fiel pastor, suspirando continuamente por el cielo; humilde de corazon, rico en méritos de buenas obras, poderoso en elocuencia, y completo en todas las ciencias; escedió en mucho á todos los prelados de su tiempo, como nos asegura Ma-

merto Claudiano; y asistió en el año de 441 al primer concilio de Orange. A él se atribuye la fundacion de varias iglesias y establecimientos piadosos de Leon. Acabó pues una vida escelente con una muerte santa y dichosa en el año de 449, segun Prospero Tyron; ó mas bien en el de 450. S. Paulino de Nola, S. Honorato, S. Hilario de Arlés, Mamerto Claudiano, S. Sidonio, y todos los hombres grandes de aquella edad solicitaron su amistad, y abundan en elogios de sus virtudes. Fué zeloso defensor de la doctrina de S. Agustin, y de la Iglesia contra los semipelagianos. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Edmundo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Edmundo, tu confesor y pontífice, nos aumentes el fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la de S. Pablo á los efesinos.

Hermanos: cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

REFLEXIONES.

Redimiendo el tiempo. El tiempo se redime empleándole bien. Terrible cuenta han de dar á Dios los que le malogran en tan vanas diversiones; pero sobre todo en el juego. Este es el que entre todas las diversiones ha hecho mas progresos, y, si es lícito esplicarme así, el que ha hecho en el mundo mas fortuna; porque arrebata con mayor imperio, deja menos lugar á la razon para tristes reflexiones, y menos libertad al corazon para sentir sus cuidados. Es verdad que ya el juego no es verdaderamente diversion; es una estudiosa aplicacion que deseca; un trabajo ingrato y estéril que consume los espíritus; una pasion á que se sacrifican los bienes, la quietud y la conciencia. Gritase mucho contra la intensa aplicacion que requieren los ejercicios espirituales; pero mucha mayor intension pide una partida de juego: ella consume en una sola noche mas espíritus que muchos dias de oracion y de retiro. ¡Buen Dios, con qué atencion se está para seguir una idea, para cautivar la suerte, para aprovecharse de un descuido, para prevenir la habilidad ó el artificio del contrario, para descubrir en fin sus pensamientos, para eludirlos, y para suplantarle! Representémonos una mesa de jugadores; no hay cosa mas grave, mas taciturna, ni donde se note mayor estudio, mas cuidadosa, mas fija aplicacion de todas las potencias. Negados enteramente á toda otra conversacion que no sea la del interés y la del juego, continuamente están maquinando en aquellas cabezas algun incidente, algun lance favorable; tan abstraidos siempre, que llegando á parecer enajenados, se olvidan hasta de las mas comunes atenciones que enseña la urbanidad y la buena crianza. Pero todo se les perdona: posturas indecentes, palabras ofensivas, acciones descompuestas, rebatos, cóleras, furores, como aquellos enfermos dementes que dan en un frenesí, ó por la demasiada disipacion de los espíritus, ó por la agitacion escesiva de la sangre. No se acaba con el juego el mal humor, dura mucho mas allá. Un empeño indiscreto y obstinado, por no decir una especie de furor de perpetuar la ganancia ó de resarcir la pérdida, renueva incesantemente las partidas, y hace mas violenta la pasion. A esto se reduce aquella noble diversion que es hoy el alma de todas las tertulias, el hechizo de toda la gente ociosa, la ciencia de todas las edades, el nudo de todos los pasatiempos; y esto es lo que llama el mundo el desahogo del ánimo, inocente recreacion, diversion honrada de los hombres de bien, ocupacion ordinaria, y pasion dominante de innumerables personas que están perfectamente instruidas de las obligaciones de un cristiano, y no ignoran de cuánta consecuencia es emplear bien ó mal el tiempo, y la terrible cuenta que han de dar de este empleo malo ó bueno.

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág.* 78.

MEDITACION.

El peligro á que se esponen los que pasan una vida inútil.

PUNTO PRIMERO.—Considera el peligro á que nos esponemos haciendo una vida inútil, y cuánto es de temer que atraigamos sobre nosotros los castigos de un Dios justamente irritado con aquella terrible sentencia que se fulminó contra el árbol que no daba fruto.

Muchos años ha que no cesa Dios de estarnos cultivando: inspiraciones, gracias, auxilios, lances imprevistos, leccion de li-

bros, todo se dirige á convertirnos. Mucho tiempo ha que el Señor anda buscando frutos, y solo encuentra hojas, ó á lo sumo, unos frutos como las manzanas de Gomorra: bella apariencia; pero lo interior podredumbre y amargura. ¿Pues cuál será nuestra suerte? ¿Qué debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; ¿pues un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, que solo tiene de cristiano el nombre y la apariencia, logrará el cielo por razon de su legítima?

Quid est quod debui ultrà facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no lo hubiese hecho? dice el Señor por su Profeta. Trae á la memoria todos los auxilios que te he dado, todas las gracias que te he concedido: despues de tanto cultivo ¿no tenia yo mucha razon para esperar que esta viña diese buenos frutos? con todo eso ella no ha llevado hasta ahora sino agraces silvestres, verdes y amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. Pues ahora vosotros mismos, hombres ingratos, habeis de ser los jueces: vosotros habeis de sentenciar si tengo razon para quejarme de vosotros. Yo hice por vuestro bien mas de lo que vosotros mismos podiais esperar, mucho mas de lo que en cierta manera pudierais creer, y seguramente mucho mas de lo que erais capaces de imaginar, ni os hubierais atrevido á desear. Vosotros mismos convenís en estos beneficios que habeis recibido de mi mano; ¿pero acaso por eso me habeis servido con mas fidelidad? ¿por ventura me habeis amado por eso?

¿A vista de esta reconvencion no tenemos motivo para temer el justo castigo con que amenaza á la viña? *Auferam sepem ejus: et erit in direptionem.* Arrancaré el vallado con que la cerqué, y la dejaré á merced de los pasajeros; pisaránla, destruiránla, y quedará convertida en un camino público. No la cultivaré mas: cubriráse de zarzas y de malezas; y para colmo de su desdicha ya no lloverá sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Fácilmente se entiende lo que significan estas espresiones. Hiciéronse en la pascua los mas bellos propósitos; conociéronse los peligros de las concurrencias mundanas, de los pasatiempos, de las mesas de juego, de las conversaciones, de los malos hábitos; fué fruto del dolor un nuevo plan de vida; concluyóse que era necesaria la reforma, y se dió principio á ella. Pero pocos dias despues de pascua se dió con todo al través. Pues ahora, aquel Dios tan justamente irritado, ¿nos continuará sus estraordinarios auxilios; derramará siempre sus gracias sobre nosotros con profusion? ¿te dejará ese vallado que tú

mismo procuras arrancar? ¿te colmará siempre de nuevos favores y de nuevos beneficios?

Punto segundo. —Considera cuánta desgracia es para una alma castigarla Dios con la justa, pero terrible privacion de estos estraordinarios auxilios. Arrancado una vez aquel vallado; esto es, perdido aquel recogimiento interior; debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios; repetidas aquellas reincidencias; no produciendo ya cosa alguna aquellos talentos, se derramará el alma indiferentemente á todo género de objetos; será presa infeliz de las pasiones; ocuparáse todo el ánimo en mil tumultuosos cuidados; ya no se dejará percibir la voz de Dios sino muy desmayadamente allá en el fondo del corazon; los saludables consejos de un director sabio y zeloso ya no nos harán impresion; se mirará con tedio la virtud; haráse insoportable el yugo del Señor; parecerá como agotado y seco el manantial de las gracias; ¿y en qué parará una pobre alma en un estado tan infeliz?

Lisonjearáse acaso alguno con que su vida no es tan desordenada como todo eso; pero acordémonos de que el siervo haragan y perezoso no fué condenado porque hubiese perdido el talento, sino porque no negoció con él. Pero ya piensas en confesarte y en volver sobre tí en las primeras fiestas. ¡Mas ah! que si la confesion del precepto pascual fué de poco fruto, no lo será de mas la de Pentecostes! Mientras tanto el tiempo se huye, y quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida. *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será esta la última solicitacion de la gracia; acaso será esta la última vez que Dios nos gritará, que Dios nos tocará, que Dios nos apartará para que salgamos de este estado infructuoso y estéril: *Succidite illam, ut quid terram occupat?* (*Luc.* 13.) Córtese cuanto antes este árbol inútil; vaya luego al fuego; ¿á qué fin ha de ocupar el terreno de otro que dará sazonado fruto, y acreditará las diligencias del cultivo?

¡Cosa estraña! estamos haciendo estas reflexiones, y aun muchos que las harán se estremecerán á la vista de estas verdades: ninguno deja de conocer el grandísimo peligro á que está espuesta una vida ociosa, una vida inútil para el cielo; ¡pero cuántos y cuántos habrá para quienes todas estas reflexiones sean sin provecho!

No permitais, Señor, que yo sea de este número. Hasta aquí, es verdad, hice ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, gran Dios de las misericor-

dias: continuad, os suplico humildemente, continuad en cultivar esta alma con vuestra gracia, pues en ella confio que ha de llevar de aquí adelante sazonados frutos.

JACULATORIAS.—Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os restituiré todo lo que os debo. (*Matth.* 18.)

Mi Dios y mi Señor, muéstrame hoy que eres mi dulcísimo dueño, y haz que comience yo á ser humilde siervo tuyo. (3. *Regum* 18.)

PROPOSITOS.

1 Si has comprendido bien el peligro á que está espuesta una vida regalona, ociosa, inútil y delicada, fácil te será evitar este peligro, concibiendo un grande horror á tan infeliz estado; pero guárdate bien de que todo se reduzca á meros proyectos en el aire, y á aquellos inútiles deseos que matan á los perezosos. Haz que siempre sea práctico el fruto de todas tus meditaciones, es decir, que siempre venga á parar en reformar tus costumbres, en arreglar tu vida, y en entregarte al ejercicio de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó cuando menos se descubren en ella grandes vacíos; pues haz que desde hoy en adelante sean dias llenos todos los que vivieres, como se esplica la Escritura. Da principio por el de hoy, practicando en él todas las buenas obras que convinieren á tu estado: visita á los pobres enfermos del hospital, consuélalos con tus palabras, y socórrelos con tus limosnas. Si no los pudieres visitar en los hospitales, visítalos en tu parroquia. Hay familias honradas y vergonzantes que tienen falta de todo: con lo supérfluo que á ti te sobra y se te pierde, pueden ellas mantenerse honradamente; socórrelas con liberalidad. Gasta en limosnas lo que habias de gastar en un suntuoso banquete, en una gala costosa que no te es muy necesaria, en un precioso mueble sin el cual puedes muy bien pasar. Haz á Dios y á la caridad este sacrificio. ¿Qué te parece de esto? ¿no te acomoda?

2 Huye la compañía de la gente ociosa y todas aquellas concurrencias donde reina la ociosidad. Ten siempre alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor en que emplear el tiempo. A la labor debe suceder la oracion ó la lectura en algun libro devoto; y hasta el mismo descanso se ha de procurar aprovechar con piadosas conversaciones que edifiquen y fomenten la virtud. Acostúmbrate á levantar de cuando en cuando el corazon á Dios con breves, pero fervorosos

actos de amor y otras devotas jaculatorias. Es devocion muy provechosa el rezar el *Ave María* cuando se oye la hora del reloj. Nunca será inútil una práctica tan cristiana, y estas son aquellas pequeñas industrias con que el alma se enriquece.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN GREGORIO, obispo, en Neocesarea del Ponto, esclarecido en santidad y doctrina; el cual obró tantos prodigios y milagros para gloria de la Iglesia, que le llamaron el Taumaturgo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES ALFEO Y ZAQUEO, en Palestina; los cuales en el primer año de la persecucion de Diocleciano, despues de muchos tormentos fueron sentenciados á muerte. (Zaqueo era diácono de Gadara, al otro lado del Jordan, y Alfeo, lector de la Iglesia de Cesarea, pariente suyo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ACISCLO Y VICTORIA, hermanos, en Córdoba; los cuales en la misma persecucion habiendo sido cruelmente atormentados por mandato del presidente Dion, alcanzaron del Señor las coronas de su esclarecido combate. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN DIONISIO, obispo, en Alejandría, varon de gran saber; el cual ilustre por las repetidas confesiones que hizo de la fe de Jesucristo, y mas por los tormentos que padeció diversas veces por esta causa, murió de avanzada edad confesor, imperando Valeriano y Galieno. (S. Basilio, y otros Padres griegos honran á este santo prelado con el título de *Grande;* y S. Atanasio le llama el *Doctor de la Iglesia católica.* Era de nacimiento Sabaita, de una familia principal de aquel país en la Arabia feliz. Siendo Dionisio todavía pagano corrió todo el círculo de la literatura profana en Alejandría, entonces centro de las ciencias, y profesó la oratoria. Dando por casualidad en las Epístolas de S. Pablo, abrió su corazon á la verdad y renunció á la idolatría. Y haciéndose humilde discípulo de la escuela catequística de Orígenes, luego fué ordenado de presbítero; y cuando Heraclio fué nombrado obispo se encomendó á nuestro Santo el cuidado de aquella escuela en 221, siendo luego nombrado obispo de Alejandría en 247 cuando murió aquél. Su intrepidez, su zelo y caridad aparecieron al instante con esplendor en medio de las terribles persecuciones que sufrió la Iglesia imperando Decio; no distinguiéndose menos en combatir el cisma que levantó Novaciano contra el papa S. Cornelio, y en reparar los estragos que causó el error de Sabelio, quien negaba la real distincion de las personas de la santísima Trinidad. Restituido á Alejandría en el año 261, de donde habia salido cuando reinaba el furor de la persecucion, escribió al papa justificándose de la calumnia que se le hacia de haber impugnado la divinidad de Jesucristo en un escrito contra Sabelio. Incansable y lleno del espíritu de Dios, fué la lumbrera de su

dias: continuad, os suplico humildemente, continuad en cultivar esta alma con vuestra gracia, pues en ella confio que ha de llevar de aquí adelante sazonados frutos.

JACULATORIAS.—Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os restituiré todo lo que os debo. (*Matth.* 18.)

Mi Dios y mi Señor, muéstrame hoy que eres mi dulcísimo dueño, y haz que comience yo á ser humilde siervo tuyo. (3. *Regum* 18.)

PROPOSITOS.

1 Si has comprendido bien el peligro á que está espuesta una vida regalona, ociosa, inútil y delicada, fácil te será evitar este peligro, concibiendo un grande horror á tan infeliz estado; pero guárdate bien de que todo se reduzca á meros proyectos en el aire, y á aquellos inútiles deseos que matan á los perezosos. Haz que siempre sea práctico el fruto de todas tus meditaciones, es decir, que siempre venga á parar en reformar tus costumbres, en arreglar tu vida, y en entregarte al ejercicio de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó cuando menos se descubren en ella grandes vacíos; pues haz que desde hoy en adelante sean dias llenos todos los que vivieres, como se esplica la Escritura. Da principio por el de hoy, practicando en él todas las buenas obras que convinieren á tu estado: visita á los pobres enfermos del hospital, consuélalos con tus palabras, y socórrelos con tus limosnas. Si no los pudieres visitar en los hospitales, visítalos en tu parroquia. Hay familias honradas y vergonzantes que tienen falta de todo: con lo supérfluo que á ti te sobra y se te pierde, pueden ellas mantenerse honradamente; socórrelas con liberalidad. Gasta en limosnas lo que habias de gastar en un suntuoso banquete, en una gala costosa que no te es muy necesaria, en un precioso mueble sin el cual puedes muy bien pasar. Haz á Dios y á la caridad este sacrificio. ¿Qué te parece de esto? ¿no te acomoda?

2 Huye la compañía de la gente ociosa y todas aquellas concurrencias donde reina la ociosidad. Ten siempre alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor en que emplear el tiempo. A la labor debe suceder la oracion ó la lectura en algun libro devoto; y hasta el mismo descanso se ha de procurar aprovechar con piadosas conversaciones que edifiquen y fomenten la virtud. Acostúmbrate á levantar de cuando en cuando el corazon á Dios con breves, pero fervorosos

actos de amor y otras devotas jaculatorias. Es devocion muy provechosa el rezar el *Ave María* cuando se oye la hora del reloj. Nunca será inútil una práctica tan cristiana, y estas son aquellas pequeñas industrias con que el alma se enriquece.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN GREGORIO, obispo, en Neocesarea del Ponto, esclarecido en santidad y doctrina; el cual obró tantos prodigios y milagros para gloria de la Iglesia, que le llamaron el Taumaturgo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES ALFEO Y ZAQUEO, en Palestina; los cuales en el primer año de la persecucion de Diocleciano, despues de muchos tormentos fueron sentenciados á muerte. (Zaqueo era diácono de Gadara, al otro lado del Jordan, y Alfeo, lector de la Iglesia de Cesarea, pariente suyo.)

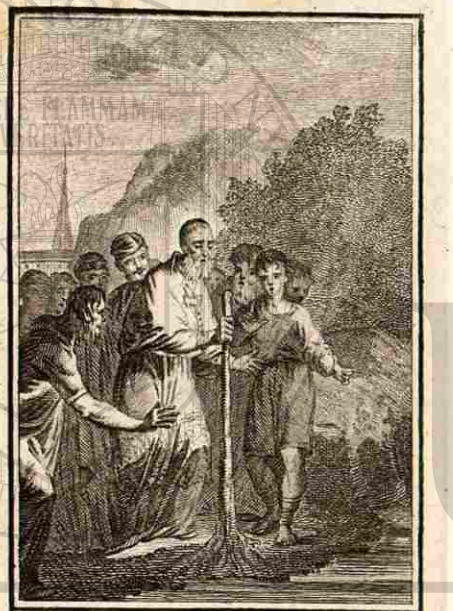
LOS SANTOS MÁRTIRES ACISCLO Y VICTORIA, hermanos, en Córdoba; los cuales en la misma persecucion habiendo sido cruelmente atormentados por mandato del presidente Dion, alcanzaron del Señor las coronas de su esclarecido combate. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN DIONISIO, obispo, en Alejandría, varon de gran saber; el cual ilustre por las repetidas confesiones que hizo de la fe de Jesucristo, y mas por los tormentos que padeció diversas veces por esta causa, murió de avanzada edad confesor, imperando Valeriano y Galieno. (S. Basilio, y otros Padres griegos honran á este santo prelado con el título de *Grande;* y S. Atanasio le llama el *Doctor de la Iglesia católica.* Era de nacimiento Sabaita, de una familia principal de aquel país en la Arabia feliz. Siendo Dionisio todavía pagano corrió todo el círculo de la literatura profana en Alejandría, entonces centro de las ciencias, y profesó la oratoria. Dando por casualidad en las Epístolas de S. Pablo, abrió su corazon á la verdad y renunció á la idolatría. Y haciéndose humilde discípulo de la escuela catequística de Orígenes, luego fué ordenado de presbítero; y cuando Heraclio fué nombrado obispo se encomendó á nuestro Santo el cuidado de aquella escuela en 221, siendo luego nombrado obispo de Alejandría en 247 cuando murió aquél. Su intrepidez, su zelo y caridad aparecieron al instante con esplendor en medio de las terribles persecuciones que sufrió la Iglesia imperando Decio; no distinguiéndose menos en combatir el cisma que levantó Novaciano contra el papa S. Cornelio, y en reparar los estragos que causó el error de Sabelio, quien negaba la real distincion de las personas de la santísima Trinidad. Restituido á Alejandría en el año 261, de donde habia salido cuando reinaba el furor de la persecucion, escribió al papa justificándose de la calumnia que se le hacia de haber impugnado la divinidad de Jesucristo en un escrito contra Sabelio. Incansable y lleno del espíritu de Dios, fué la lumbrera de su

tiempo; y su constancia en medio de las tribulaciones fué admirable. Murió Dionisio santamente el dia 10 de setiembre del año 265, despues de cerrado el sínodo Antioqueno, habiendo gobernado su Iglesia con mucha sabiduría y santidad cerca de diez y siete años. Su memoria, dice S. Epifanio, fué conservada en Alejandría con una iglesia dedicada en honor suyo, pero mucho mas por sus virtudes incomparables y escelentes escritos. *Butler.*)

San Aniano, obispo, en Orleans, cuyos frecuentes milagros dan testimonio de que su muerte fué preciosa en la presencia del Señor. (Este Santo es famoso en la Iglesia Galicana, en la cual es llamado Agnan. Fué natural de Viena de Francia y vivió algun tiempo encerrado en una celdita junto á aquella ciudad. Atraido despues de la reputacion de S. Evurtio, obispo de Orleans, pasó á esta ciudad, y haciéndose su discípulo, luego fué su coadyutor, y le sucedió en su dignidad. Cuando entró Attila en las Galias, corrió S. Aniano á Arles á implorar la proteccion de Aecio, general de los romanos, y luego volviéndose á su diócesis entusiasmó á la multitud, hizo que todos pusiesen su confianza en Dios, y cuando parecia que la ciudad iba á caer en manos de los bárbaros, éstos fueron dispersados por Aecio juntamente con Teodoredo rey de los godos, y la ciudad salvada. Entonces la veneracion por el santo obispo no tuvo límites, y poco despues acabó su carrera mortal tal dia como hoy del año 483.)

San Hugon, obispo, en Inglaterra; el cual de monge cartujo que era, fué llamado á gobernar la Iglesia de Lincolna, en donde resplandeció con muchos milagros, y murió santamente. (Era de una distinguida familia de Borgoña, donde nació en el año de 1140. Fué educado en un convento de canónigos regulares y frisaba en los diez y nueve años cuando el abad le llevó consigo á la Cartuja cerca de Grenoble: enamorado nuestro Santo del santo porte de los monges cartujos, pidió el hábito y le fué concedido. La reputacion de su prudencia y santidad se esparció por toda la Francia y llegó á oidos del rey Enrique II de Inglaterra, que le pidió para poner en órden un convento de Cartujos que habia fundado en Witham, condado de Somerset; lo cual realizó S. Hugon con gran contento del monarca inglés. Y tanta confianza depositó el rey Enrique en el siervo de Dios, que vacando la silla de Lincolna, con voluntad del rey fué nombrado para ocuparla el abad de Witham. Sus escusas no fueron oidas y fué obligado á recibir la consagracion. La vida del santo prelado, despues de obispo, fué dechado de virtudes y un vivo retrato de santidad. Era sobre todo compasivo de los pobres y enfermos, y asistia á los hospitales y leprosos, besando sus llagas. Diciéndole cierta persona grave que S. Martin besando á un leproso le habia sanado, y que él no sanaba á los leprosos que besaba; respondió él con mucha gracia: «El ósculo de S. Martin sanó la carne del leproso; mas el ósculo del leproso sana mi alma.» Predijo distintamente su muerte, y como le dijesen que hiciese testamento, respondió: «No estoy bien con esta costumbre de hacer testamento los obispos que se ha introducido en la Iglesia; porque yo ninguna cosa he tenido, ni tengo, que no sea de la Iglesia que he gobernado; pero



S. GREGORIO TAUMATURGO,
OBISPO.

porque el fisco no entre en lo que no es suyo, estos bienes que parece que tengo, dénse á los pobres.» Despues de haber recibido los sacramentos, mandó formar en el suelo una cruz de ceniza; y mientras se rezaban completas, quiso que le sacasen de la cama, y le colocasen sobre la cruz formada en el suelo; en cuya postura, y repitiendo el salmo *Nunc dimittis*, etc. dió el espíritu al Señor en el año 1200. Desde Londres, donde murió, fué conducido á Lincolna, y dos reyes, Juan de Inglaterra, y Guillermo de Escocia, pusieron sus hombros bajo del féretro, asistiendo además en sus exequias tres arzobispos, catorce obispos, mas de cien abades, y un sin número de condes y barones. Fué canonizado por el papa Honorio III. *Butler.*)

San Gregorio, obispo, en Tours. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Eugenio, confesor, en Florencia; fué diácono de S. Zenobio, obispo de la misma ciudad.

Santa Gertrudis, vírgen, en Alemania, del órden de S. Benito, esclarecida por el don de revelaciones: su festividad se celebra el dia 15 de noviembre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN GREGORIO TAUMATURGO, OBISPO DE NEOCESARÉA.

Fué S. Gregorio de la ciudad de Neocesaréa en el Ponto, y le llamaron *Taumaturgo* por la multitud y por la grandeza de sus milagros. Criáronle sus padres en la idolatría; pero el Señor le hizo la gracia de atraerle al conocimiento de la verdad; y el mismo Santo esplica este misterio de la divina misericordia por estas palabras: *Entonces por un instinto sobrenatural comencé á volverme hácia la verdadera piedad, y se fué descubriendo poco á poco á mi alma una razon superior á la mia, no para comunicarla todavía un total y puro conocimiento de la verdad, sino para inspirarla á lo menos cierto saludable temor. Fortificada de esta manera con aquella razon divina que descubre las verdades de la fe, llegó despues á la perfecta conversion por un encadenamiento de operaciones inefables.* Como estaba dotado de un escelente ingenio, estudió la retórica con feliz suceso; pero como por otra parte era de un corazon tan recto, jamás se pudo acomodar á elogiar en sus panegíricos y declamaciones cosa alguna que no la juzgase verdaderamente digna de elogio. En Cesaréa de Palestina conoció á Orígenes, y se detuvo con él en compañía de su hermano Atenodoro, cuya concurrencia la refiere así el mismo Santo: *Aquel ángel que nos va guiando en todo el discurso de nuestra vida, lo fué disponiendo para que nos estrechásemos con aquel grande hombre, de cuyo trato habíamos de sacar tanto provecho; y despues que nos puso en sus manos, como que en alguna manera nos dejó enteramente á merced de su direccion. Ni unos ni otros nos conocíamos, tanto por la diversidad de re-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligiones, como por la distancia de los lugares; y con todo eso nos recibió como unos hombres que le habia enviado la divina Providencia para que dichosamente cayésemos en sus redes á fin de ganarnos para Jesucristo. Conociendo Orígenes la escelencia de aquellos dos ingenios, se dedicó con el mayor cuidado á cultivarlos. Enseñóles la moral cristiana, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos. Representábales sus propias pasiones como en un espejo animado, para que, viéndolas al natural, las cobrasen mayor horror, á lo que igualmente los escitaba con el ejemplo que con la voz. De filósofos los alecionó para profetas, y esplicándolos lo mas oscuro de la religion, les hizo entender que en las cosas de Dios, á solo Dios se ha de oir y á los que Dios escoge para órganos de sus oráculos, no debiendo darse oidos á la humana sabiduría cuando se trata de la divina revelacion. De esta manera, dice S. Gregorio Niseno, aquello mismo que á otros los confirmaba en la idolatría, sirvió para que Gregorio abrazase la verdadera religion; porque descubriendo en el mismo estudio de los filósofos lo limitado de sus luces y la incertidumbre de sus opiniones, que mutuamente se destruian unas á otras, comenzó á comprender que en unas materias tan superiores á la razon era justo atenerse á la simplicidad de la fe, la cual merece muy bien nuestro asenso, por lo mismo que nos obliga á creer aquello que no podemos alcanzar. Conoció que esta oscuridad de los misterios era muy propia de un Dios que habita en la luz inaccesible; y que era muy justo que el hombre sujetase su razon á la soberana razon de Dios, siendo mucho desórden que pretendiese apelar al tribunal de su razon lo que se habia resuelto y dictado en el supremo consejo de la eterna Sabiduría; y que si el entendimiento humano fuese capaz de comprender el ser de Dios y sus divinas perfecciones, ó el hombre seria Dios, ó el mismo Dios no lo seria. Alumbrado Gregorio con las luces de la fe, resolvió dejarlo todo: los bienes, la patria, los amigos, y si fuese menester hasta el estudio de la filosofía por dedicarse únicamente á ser maestro en la ciencia de los santos.

Precisado Orígenes á retirarse de la ciudad de Cesaréa el año de 238 por la persecucion de Maximiano, sucesor de Alejandro Severo, pasó Gregorio á la de Alejandría, adonde concurrian de todas partes los jóvenes profesores, por lo que florecian en ella los estudios de filosofía y medicina. Aunque todavía no estaba bautizado, era su vida tan ajustada y tan pura, que los demás estudiantes de su edad la consideraban como una tácita censura de la suya, ó como una muda, pero viva reprension de sus desordenadas costumbres. Movidos algunos de ellos de emulacion y de maligno despique, intentaron desacreditarle; y para eso se valieron de cierta mujer pública muy conocida en toda la ciudad, la cual hallándose Gregorio en una gran concurrencia, se llegó á él, y con imprudentísimo descaro le pidió el precio de la torpeza que habia cometido con ella. No se inmutó nuestro Gregorio, y sin perder un punto de su ordinaria gravedad, circunspeccion y compostura, dijo friamente á un amigo suyo que diese á aquella mujer el dinero que pedia, y prosiguió con serenidad en la conversacion ó en la disputa que estaba pendiente. Triunfaban ya los envidiosos libertinos del buen suceso de su calumnia. Pero apenas tomó en la mano el dinero aquella infame mujer, cuando se apoderó de ella el espíritu maligno, y agitándola con espantosas contorsiones, la hacia prorumpir en aullidos y en bramidos que atemorizaban á todos los presentes. Revolvia espantosamente los ojos, echaba espumarajos por la boca, arrancábase con furiosa rabia los cabellos feamente tendidos y desgreñados, y revolcándose rabiosamente por el suelo, confesaba á gritos su pecado. Vióse precisada á implorar la compasion del mismo Gregorio á quien tanto habia ofendido; y el Santo, aunque todavía catecúmeno, invocó sobre ella el nombre del Señor, y en el mismo punto quedó libre, comenzando ya á descubrirse el don de milagros en el siervo de Dios aun antes de recibir el bautismo.

Recibióle poco tiempo despues, el año de 237, y la gracia del sacramento hizo desde luego en Gregorio uno de los mayores santos y de los hombres mas grandes de su siglo. El alto concepto que formó del señalado beneficio que acababa de recibir de la mano liberal del Padre de las misericordias, le inspiró tan vivos afectos de amor y de reconocimiento, que las espresiones con que él mismo los declara parecen voces de un hombre como fuera de sí y enajenado.

Habiendo estudiado cinco años en la escuela de Orígenes, se restituyó á su país, donde se despojó de todos sus bienes para revestirse mejor de Jesucristo, y se retiró á una soledad para entregarse totalmente al Señor en un tranquilo silencio. Duróle poco tiempo la vida de solitario, porque Fedimo, obispo de Amasea (metrópoli que fué despues de la provincia del Ponto), prelado que habia recibido de Dios el don de profecía y de sabiduría, entendiendo que Gregorio era un tesoro escondido en el desierto, resolvió sacarle de él para enriquecer á la Iglesia. Era nuestro Santo como una antorcha debajo del celemin en la soledad, y pensó Fedimo colocarla sobre el candelero en el lugar mas eminente, consagrándole por obispo. Llegó Gregorio á oler

este pensamiento: sobresaltóse, y para eludir aquella idea se puso luego en oculta y precipitada fuga. Pero S. Fedimo, con particular inspiracion del cielo, resolvió elegirle sin embarazarse en su ausencia; y así, levantando los ojos al cielo, declaró delante de Dios y en presencia de todo el pueblo que nombraba á Gregorio por obispo de Neocesaréa. (*) Cuando el Santo tuvo noticia de lo que habia pasado, juzgó que seria oponerse á la voluntad del Señor hacer mas resistencia á su eleccion, y fué consagrado por obispo de aquella ciudad.

Dominaba en ella la religion del imperio, humeando los templos con el incienso que se ofrecia á los dioses de la gentilidad. El nombre de Jesucristo solo era conocido para ser menospreciado; y de toda la inmensa multitud de gentes que habitaba aquella gran ciudad, solas diez y siete personas habian abrazado la fe cristiana. Luego que fué consagrado, se recogió delante de Dios, y le pidió fervorosamente la luz que habia menester para predicar el Evangelio. Apareciósele S. Juan y la santísima Vírgen, y le dieron, segun el órden de Dios, aquella instruccion que fué tan célebre en la Iglesia, y se recitó en el quinto sínodo ecuménico y universal, cuya instruccion estaba concebida en estas voces:

No hay mas que un solo Dios Padre, el cual es Padre del Verbo vivo, su sabiduría esencial, su poder y su eterna imágen. El es, el que siendo sumamente perfecto, engendró un hijo tan perfecto como él. Es el padre del único Hijo. No hay mas que un Señor, solo Hijo de solo el Padre, Dios engendrado de Dios, carácter é imágen de la divinidad, palabra eficaz, por la cual fueron formadas todas las criaturas, verdadero Hijo del verdadero Padre, Hijo invisible del Padre invisible, incorruptible del incorruptible, inmortal del inmortal, Hijo eterno del que es desde toda la eternidad. No hay mas que un solo espíritu santo que procede de Dios, y fué manifestado por el Hijo á los hombres. Es imágen perfecta del Hijo, y una imágen perfecta del que es perfecto, vida y principio de la vida de los que viven: la fuente santa, la misma santidad, y el autor de la santificacion. Por él fué manifestado Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y en todas las cosas, y Dios Hijo que está igualmente en todas partes. Esta es la perfecta Trinidad, que no es dividida, sino una en la gloria, en la eternidad, y en la soberanía.

(*) A Neocesaréa llaman hoy los griegos *Nixar*, los turcos *Tocata*. Era esta ciudad en lo antiguo metrópoli civil de la provincia del Ponto, llamada *Polemoniaca*, y andando el tiempo lo fué en lo eclesiástico.

Testifica S. Gregorio Niseno que este símbolo de la fe se miró siempre con tanto respeto y con tanta veneracion, que en su tiempo aun se usaba de él en Neocesaréa. De esta manera fué ilustrado S. Gregorio sobre las verdades de la religion. Pidió al autor y consumador de la fe la inteligencia de las verdades reveladas, y la consiguió en el modo que acabamos de referir. Con la provision de este sagrado depósito se encaminó á Neocesaréa donde estaba bien atrincherado el demonio. Pero el nuevo David de la ley de gracia se dispone para atacar, en nombre de Cristo y de su Madre, al Goliat de la gentilidad: atácale, arróllale y destrúyele. En el camino, sorprendido de la noche y de una violenta lluvia, se guareció en uno de los mas famosos templos del país por los oráculos que en él daban los demonios, y pasó toda la noche en oracion. Salió por la mañana prosiguiendo su camino; un instante despues llega el sacerdote de los ídolos, y dícenle los demonios que iban á abandonar aquel templo: infórmanle de lo que habia pasado, y colérico el sacerdote, corre tras el enemigo de sus dioses, alcánzale, y le amenaza con que le habia de maltratar. Dícele el Santo, que con el favor de Dios arrojaria á los demonios de todos los lugares siempre que quisiese, y haria que volviesen á entrar cuando le diese la gana. Admirado el sacerdote de lo que oia, le replicó, que si queria que le creyese mandase á los demonios que volviesen á entrar en aquel templo. Lleno entonces el Santo de aquella viva fe que hace milagros, sacó un libro que llevaba consigo, rompió un rasgon de una hoja, y escribió en él estas palabras: *Gregorio á Satanás; vuelve á entrar.* Entrégasele al sacerdote, vase este al templo, pone la cédula sobre el altar, ofrece los sacrificios acostumbrados, y ve todas las cosas que antes habia visto. Vuelve en diligencia á buscar al Santo, y habiéndole alcanzado antes que entrase en la ciudad, le suplicó que le esplicase los misterios de la religion, y le diese á conocer aquel Dios á quien estaba sujeto y rendido todo el infierno. Esplicóle Gregorio los misterios de la religion; pero al llegar al de la Encarnacion le chocó mucho, pareciéndole cosa indigna de un Dios dejarse ver entre los hombres en figura corporal. Respondióle el Santo que no habian de probar esta verdad las palabras sino las obras del poder de Dios. Pues haz un milagro en mi presencia, le replicó el sacerdote, y le rogó que hiciese mudar de sitio á un disforme peñasco que le señaló: ejecutólo Gregorio, y al punto se movió el peñasco por sí mismo mudando de lugar, á cuya vista se convirtió aquel gentil. Entró S. Gregorio en la ciudad;

pero ya se habia anticipado á ella la fama de sus prodigios: pasó por medio de una inmensa multitud de idólatras, sin mirar ni á uno solo, como si pasára por el mas silencioso desierto. Admirólos mas aquella modestia, que los habia admirado la fama de sus milagros. Convirtió desde luego á muchos, y creciendo cada dia el número y el fervor de los fieles, determinó fabricar una iglesia que fuese capaz de contenerlos á todos. Escogió para esto el mejor y mas elevado sitio de la ciudad; pero encontró el estorbo de un gran monte que ocupaba parte del plan que habia trazado. Lleno de fe y de confianza se puso en oracion, y acabada esta, por un prodigio inaudito se retiró aquel monte, dejando libre el espacio que era necesario para el grande y sagrado edificio. Tenia abierto el corazon para todos, y todos recurrian á él en sus necesidades. Sea una de las pruebas este estraño suceso. Habia en aquella provincia un rio, que especialmente en el invierno salia tan furiosamente de madre, que inundaba todo el país, causando grandes estragos. Acudieron al santo obispo los habitadores de aquel paraje, y le suplicaron que se compadeciese de ellos. Fué el Santo en su compañía, llevando en la mano un baston para su descanso, y por el camino los fué hablando sobre el importante negocio de la salvacion. Llegando todos al sitio donde se rompia el dique, los dijo Gregorio que á solo el poder de Dios pertenecia señalar á las aguas los límites que no podian traspasar, y que siendo solo Dios el que podia dar leyes á la naturaleza, de solo él debian esperar el milagro de ver detenidas y suspensas las aguas de aquel rio. No les dijo mas: invocó el nombre de Dios todopoderoso: fijó el báculo en la tierra; (prodigio raro) el báculo seco echó raices, y se hizo un árbol corpulento, contra el cual venian á estrellarse las olas de aquel rio cuando estaba mas hinchado y mas enfurecido, ni mas ni menos como se estrellan cada dia las encrespadas ondas del mar contra un blando banco de arena. No es nuestro ánimo referir aquí todos sus estupendos milagros: baste decir que su vida fué un milagro continuado. Sostuvo su rebaño con la virtud de su oracion durante la persecucion de Decio, y hácia el fin de su vida se halló en el concilio de Antioquía, donde fué condenado Paulo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo. Conociendo que se acercaba el fin de sus dias visitó todo su obispado, y trabajó con tanta felicidad, que nunca estuvo en él mas floreciente la religion. Estando para morir, quiso saber cuántos gentiles habia en la ciudad y en sus contornos: dijéronle que solos diez y siete; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios, diciendo que dejaba á su sucesor tantos infieles como cristianos habia encontrado él en la ciudad cuando tomó posesion del obispado. Murió santamente despues de hacer oracion por ellos, y previno que no le comprasen sepultura, porque deseaba ser tan pobre despues de muerto como habia sido cuando vivia. Murió el dia 17 de noviembre el año de 270, cerca de los setenta de su edad; y fué enterrado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado, la cual se intituló despues de su nombre.

SAN ACISCLO Y VICTORIA, MÁRTIRES.

Córdoba, ciudad tan antigua y magnífica que al hablar de la guerra de Aníbal ya trataba de ella Silio Itálico con honor, ha sido en todos tiempos fecunda madre de varones ilustres en las armas y en las letras, en la guerra y en la paz. En esta ciudad nacieron, segun la opinion mas comun, los gloriosos mártires de Jesucristo Aciselo y Victoria, de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida; pero puede suponerse, que dos jóvenes que tuvieron valor tan estraordinario para resistir las amenazas y promesas del astuto Dion, no solo fueron desde el principio bien cimentados en la fe, sino que procuraron consolidarla en su alma con el ejercicio de santas obras. Las actas auténticas de su martirio, sacadas del Códice membranáceo manuscrito que posee el convento de S. Juan de los Reyes de Toledo, son del tenor siguiente:

En el tiempo en que Diocleciano pretendia destruir la religion de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dion, en quien se competian el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos, y la sagacidad para procurar reducirlos al culto de los falsos dioses. Apenas llegó, sabiendo que en aquella ciudad habia gran número de fieles que adoraban á Cristo por verdadero Dios, promulgó el edicto imperial que se habia publicado por todo el imperio romano, cuyo contenido se reducia á intimar que ofreciese incienso á los dioses del paganismo el que no quisiese sufrir los mas esquisitos y crueles tormentos. Vivian á la sazon en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Aciselo y Victoria, criados en el temor santo de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habian siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos Santos, y del tenor

pero ya se habia anticipado á ella la fama de sus prodigios: pasó por medio de una inmensa multitud de idólatras, sin mirar ni á uno solo, como si pasára por el mas silencioso desierto. Admirólos mas aquella modestia, que los habia admirado la fama de sus milagros. Convirtió desde luego á muchos, y creciendo cada dia el número y el fervor de los fieles, determinó fabricar una iglesia que fuese capaz de contenerlos á todos. Escogió para esto el mejor y mas elevado sitio de la ciudad; pero encontró el estorbo de un gran monte que ocupaba parte del plan que habia trazado. Lleno de fe y de confianza se puso en oracion, y acabada esta, por un prodigio inaudito se retiró aquel monte, dejando libre el espacio que era necesario para el grande y sagrado edificio. Tenia abierto el corazon para todos, y todos recurrian á él en sus necesidades. Sea una de las pruebas este estraño suceso. Habia en aquella provincia un rio, que especialmente en el invierno salia tan furiosamente de madre, que inundaba todo el país, causando grandes estragos. Acudieron al santo obispo los habitadores de aquel paraje, y le suplicaron que se compadeciese de ellos. Fué el Santo en su compañía, llevando en la mano un baston para su descanso, y por el camino los fué hablando sobre el importante negocio de la salvacion. Llegando todos al sitio donde se rompia el dique, los dijo Gregorio que á solo el poder de Dios pertenecia señalar á las aguas los límites que no podian traspasar, y que siendo solo Dios el que podia dar leyes á la naturaleza, de solo él debian esperar el milagro de ver detenidas y suspensas las aguas de aquel rio. No les dijo mas: invocó el nombre de Dios todopoderoso: fijó el báculo en la tierra; (prodigio raro) el báculo seco echó raices, y se hizo un árbol corpulento, contra el cual venian á estrellarse las olas de aquel rio cuando estaba mas hinchado y mas enfurecido, ni mas ni menos como se estrellan cada dia las encrespadas ondas del mar contra un blando banco de arena. No es nuestro ánimo referir aquí todos sus estupendos milagros: baste decir que su vida fué un milagro continuado. Sostuvo su rebaño con la virtud de su oracion durante la persecucion de Decio, y hácia el fin de su vida se halló en el concilio de Antioquía, donde fué condenado Paulo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo. Conociendo que se acercaba el fin de sus dias visitó todo su obispado, y trabajó con tanta felicidad, que nunca estuvo en él mas floreciente la religion. Estando para morir, quiso saber cuántos gentiles habia en la ciudad y en sus contornos: dijéronle que solos diez y siete; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios, diciendo que dejaba á su sucesor tantos infieles como cristianos habia encontrado él en la ciudad cuando tomó posesion del obispado. Murió santamente despues de hacer oracion por ellos, y previno que no le comprasen sepultura, porque deseaba ser tan pobre despues de muerto como habia sido cuando vivia. Murió el dia 17 de noviembre el año de 270, cerca de los setenta de su edad; y fué enterrado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado, la cual se intituló despues de su nombre.

SAN ACISCLO Y VICTORIA, MÁRTIRES.

Córdoba, ciudad tan antigua y magnífica que al hablar de la guerra de Aníbal ya trataba de ella Silio Itálico con honor, ha sido en todos tiempos fecunda madre de varones ilustres en las armas y en las letras, en la guerra y en la paz. En esta ciudad nacieron, segun la opinion mas comun, los gloriosos mártires de Jesucristo Aciselo y Victoria, de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida; pero puede suponerse, que dos jóvenes que tuvieron valor tan estraordinario para resistir las amenazas y promesas del astuto Dion, no solo fueron desde el principio bien cimentados en la fe, sino que procuraron consolidarla en su alma con el ejercicio de santas obras. Las actas auténticas de su martirio, sacadas del Códice membranáceo manuscrito que posee el convento de S. Juan de los Reyes de Toledo, son del tenor siguiente:

En el tiempo en que Diocleciano pretendia destruir la religion de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dion, en quien se competian el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos, y la sagacidad para procurar reducirlos al culto de los falsos dioses. Apenas llegó, sabiendo que en aquella ciudad habia gran número de fieles que adoraban á Cristo por verdadero Dios, promulgó el edicto imperial que se habia publicado por todo el imperio romano, cuyo contenido se reducia á intimar que ofreciese incienso á los dioses del paganismo el que no quisiese sufrir los mas esquisitos y crueles tormentos. Vivian á la sazon en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Aciselo y Victoria, criados en el temor santo de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habian siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos Santos, y del tenor

de vida que guardaban, arreglada en un todo á las máximas del Evangelio. Gozoso con semejante descubrimiento, como quien sabia bien cuanto lisonjearia con él la crueldad del presidente, se fué á él, y le dijo: Por fortuna he encontrado dos que desprecian tus edictos, y tienen temeridad suficiente para afirmar que nuestros dioses son de piedra, é incapaces de dar favor alguno á aquellos que los adoran. Oyó el presidente esta noticia con complacencia por el descubrimiento, y con ira por el desprecio que veia hacer de sus dioses; y así mandó que los siervos de Dios fuesen traidos á su presencia. Obedecióse su precepto, y luego que los tuvo delante los habló de esta manera: ¿Sois por ventura vosotros los que despreciais los sacrificios que se hacen á nuestros dioses, y moveis sediciosamente al pueblo, persuadiéndole que se aparte de su sagrado culto? A lo cual respondió el bienaventurado Acisclo: *Nosotros servimos á nuestro Señor Jesucristo, no á los demonios ni á las piedras inmundas.* Díjole el presidente Dion: ¿Ha llegado á tu noticia la sentencia que hemos mandado que sufran aquellos que no quisieren sacrificar? Respondió Acisclo: *¿Y has oido tú, ó presidente, la pena que te tiene preparada Jesucristo á tí y á tus príncipes?* Al oir esto, comenzó Dion á enfurecerse contra el mártir de Dios: una rabia ferina se apoderó de su corazon para esplicarse á su tiempo; pero disimulando por entonces los movimientos crueles que le agitaban, volvió los ojos halagüeños hácia Victoria, y la dijo: Tengo lástima de tí, ó Victoria, como si fueras hija mia; acércate, pues, á las aras, y adora á los dioses para que tengan misericordia de tus culpas, y te libren del error que padeces. Mira que si rehusas acceder á estos consejos de padre, me veré precisado á ejecutar en tí los mas crueles y terribles tormentos. La bienaventurada Victoria, despreciando enteramente las palabras halagüeñas de su discurso, respondió á lo último de esta manera: *Me harás un gran favor, ó presidente, si ejecutares en mí lo que has dicho.* Entonces Dion, volviéndose á S. Acisclo, le dijo: Acisclo, vuelve en tí, y piensa bien que estás en la flor de tu edad, y que es lástima que perezcas en una sazon tan temprana y florida. A esta propuesta respondió S. Acisclo: *Yo no tengo otra cosa que pensar sino en Jesucristo que me formó del polvo de la tierra; pero tú cobardemente intentas obligar á los hombres para que adoren unas imágenes hechas por sus manos, que ni tienen ojos ni sentido alguno.*

Estas animosas respuestas de los Santos encendieron á Dion en cólera, y mandó que quitándolos de su presencia los encerrasen en el calabozo mas tétrico y profundo. Ejecutóse la órden

del presidente; y encerrados los Santos en la lóbrega cárcel, comenzaron á tributar gracias á Dios, haciendo oracion y entonándole magníficas alabanzas porque les habia dado gracia para vencer las capciosas propuestas del presidente; y confiados en su misericordia, esperaban vencer tambien sus tormentos, que ya habian comenzado á esperimentar. Los gentiles, creyendo que debilitadas las fuerzas del cuerpo decaeria tambien aquel ánimo esforzado que habian presentado al principio, les negaron todo alimento. Los Santos llenos de confianza dirigian sus oraciones al cielo, sin cuidarse mas de otra cosa, como si sus cuerpos no fuesen de una materia terrena; pero Dios nunca desampara á los que colocan en él sus esperanzas. En medio de las espantosas tinieblas de aquel horroroso calabozo vieron Acisclo y Victoria que, rompiéndose los cielos, bajaron cuatro ángeles cercados de luz resplandeciente, los cuales les traian del cielo una deliciosa comida que les confortase el cuerpo y les vivificase el espíritu. Al ver los santos mártires una misericordia de Dios tan estraña, hicieron á Dios oracion, y le dieron gracias de este modo: *Dios y Señor nuestro, que eres rey de los cielos y médico de las llagas ocultas, sabemos, Señor, que no nos desamparas, sino que te acordaste de nosotros, y nos enviaste del lugar escelso en que habitas, por medio de tus santos ángeles, una comida de salud, con la cual nuestras almas se han llenado de fortaleza y esperan el fruto de la redencion.* Mientras pasaba esto en la cárcel, el inicuo Dion estaba meditando los medios de apartarles de su creencia, ó de hacerles padecer tales tormentos, que pudiesen servir de escarmiento á los demás cristianos. Mandó, pues, que los sacasen de la cárcel, y los trajesen á su presencia; y habiéndolos traido, les dijo: Haced lo que os mando, y sacrificad á los dioses, porque de otra manera debereis sufrir acerbísimos tormentos. A esto respondió S. Acisclo: *¿A qué dioses nos mandas que sacrifiquemos, ó Dion? ¿Por ventura á Apolo y Neptuno que son dos falsos é inmundos demonios? ¿ó qué dioses nos quieres obligar á adorar? ¿acaso á Júpiter, que es el príncipe de todos los vicios? ¿acaso á la deshonesta Vénus? ¿acaso al adúltero Marte? Eh: no quiera Dios que veneremos de ninguna manera á los que tenemos vergüenza de imitar. Lo que yo anuncio al pueblo que está presente, y tú has congregado en este sitio, son los nombres de los santos, cuya compañía espero gozar en los cielos. Porque, ¿á quién quieres tú, ó Dion, comparar con el primero de todos los apóstoles el bienaventurado Pedro, el cual se llama tambien columna de la Iglesia? ¿acaso quieres comparar con él á Apolo, que es la perdicion del siglo? Dime, Dion,*

¿á quién quieres comparar con los profetas y mártires? ¿acaso á Hércules el luchador que vivió facinerosamente, y cometió sobre la tierra los mas execrables delitos? dime, finalmente, ¿á quién quieres que se venere con mayor razon, á Diana, matadora de inocentes, ó á la vírgen santa María que engendró á nuestro Salvador y Señor Jesucristo, siendo vírgen antes del parto, y permaneciendo siempre vírgen gloriosa despues de haber parido? Avergüénzate, pues, ó Dion, pues no son dioses aquellos que adoras, sino ídolos despreciables, sordos y mudos. Esta respuesta que fué un discurso patético y convincente de la falsedad de los dioses, cerró la boca al presidente; pero encendió la ira en su corazon, y así mandó que los atormentasen. A S. Acisclo mandó que le azotasen con varas, y á Sta. Victoria que la hiriesen cruelmente en las plantas de los pies. Presenció estos tormentos el tirano, y no teniendo por entonces meditados tan atroces tormentos como se necesitaban para saciar su crueldad, mandó que los llevasen á la cárcel, diciendo: Volvedlos á encerrar hasta que medite las penas con que han de ser afligidos.

Meditólas en aquella noche, y al dia siguiente habiéndose sentado en público tribunal, mandó que los trajesen de la cárcel. Obedecieron los soldados, y al tiempo que los traian, como conocian las gentes la condicion terrible del juez, y los tormentos espantosos á que iban á ser entregados, se movian á lástima de los dos santos hermanos, y aun los mismos gentiles decian en voz alta: O Dios y Señor, en quien creen estos desventurados, ayúdalos, puesto que en tí han colocado su confianza. Luego que los vió Dion á lo léjos, mandó que los presentasen á su tribunal, y mirándolos con un semblante terrible, se volvió á los ministros que le rodeaban, y les dió órden de que encendiesen una grande hoguera y precipitasen en ella á los Santos. Obedecióse inmediatamente el decreto, y aplicando el fuego á gran porcion de materias combustibles, que estaban de antemano preparadas, en breve rato se hizo una hoguera espantosa. Al tiempo que llevaban á ella á los santos mártires, iban estos con un semblante alegre y risueño, como si fuesen al convite mas delicioso; y levantando los ojos al cielo, hicieron oracion á Dios con la firme esperanza que manifestaria en ellos su omnipotencia y su misericordia. En esto llegaron á la hoguera, y fortaleciéndose los Santos con la señal de la cruz, ellos de su propia voluntad y por sus mismos pies se entraron hasta el medio del fuego. Pero ¡oh misericordias del Señor! cuando la grandeza de la hoguera y la voracidad de aquel elemento daba motivos suficientes para persuadirse á que en el mismo instante que entrasen serian abrasados y reducidos á cenizas, vieron todos con admiracion, que permanecian entre las llamas sin recibir daño alguno, cantando y alabando á Dios como si estuvieran en un lecho de rosas. El Señor, que habia oido sus oraciones, les envió del cielo á sus santos ángeles; los cuales acompañaban á Acisclo y Victoria en medio de la hoguera, y les ayudaban á entonar magníficas alabanzas al Dios de las alturas con tal dulzura y melodía, que los que estaban al rededor lo oian clara y distintamente. Los satélites y verdugos que de órden del presidente habian encendido la hoguera y estaban ejecutando el suplicio, atónitos y espantados con lo que veian y oian, e fueron á Dion, y le dijeron: O presidente, al tiempo de ejecutar tu mandamiento hemos oido que de en medio de la hoguera se oian muchas voces como de personas, que cantaban y decian: *Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Al oir esto el presidente conoció el grave riesgo que corria la gentílica supersticion y el crédito de su persona si los Santos permanecian mas tiempo en el fuego. Mandó que los sacasen al instante, y que se los trajesen delante. Luego que se los trajeron comenzó á mirarlos por todas partes, incrédulo todavía de lo que le habian contado; pero luego que sus ojos examinaron á toda su satisfaccion á los Santos, vió claramente que el fuego no les habia dañado ni en un cabello de la cabeza, y mirándose á sí mismo, bajó los ojos en señal de admirado y de confuso.

¿Quién creyera que un prodigio tan maravilloso de que el mismo Dion era testigo, y que habia causado en él la admiracion y la vergüenza, no le sacaria de sus errores, ó á lo menos, quién no esperaria que templase su saña, y que de allí adelante mirase á los mártires de Jesucristo con ojos mas respetuosos? Este debia ser el efecto de lo que Dion habia presenciado, si su entendimiento estuviera libre de las preocupaciones de la supersticion, y capaz de dejarse herir de los rayos de la verdad; pero por el contrario, su razon ofuscada con las tinieblas del error, miró como prestigios los que eran verdaderos milagros de la omnipotencia; y así lleno de este brutal entusiasmo, dijo á los mártires: ¡O desventurados y miserables! ¿en donde habeis aprendido con tanta perfeccion el arte de hechiceros, que hayais podido hacer que el fuego no os haga daño? Ea, dejad ya esa arte mágica, y venid á adorar y ofrecer sacrificios á nuestros dioses para que ellos tambien os favorezcan. Y tú, ó Victoria, dime, ¿en qué teneis vuestra confianza para persistir tan soberbios en vuestro propósito? ¿qué es lo que decidís de vosotros, ó qué esperais? Entonces la Santa, llena de aquella vivacidad de espíri-

tu y fortaleza que habia causado en ella el milagro del Señor, y enfurecida en cierto modo contra la protervia del inicuo juez, respondió así: *¿No te hemos dicho ya, espíritu inmundo, carnicero y despreciable gusano, que Jesucristo es nuestro padre, nuestro señor, y nuestro salvador, el cual nos da fuerza para vencer á los que no le conocen, y para despreciar vuestras abominaciones, con las cuales engañados adorais á los falsos dioses?* Entonces el presidente, airado con esta respuesta, mandó á sus ministros que llevasen á los dos Santos á la ribera del rio, y atándoles al cuello unas grandes y pesadas piedras, los echasen en él para que muriesen ahogados. Ejecutóse así, y atadas unas enormes piedras al cuello, fueron echados al rio. Pero los ángeles del Señor, que en la cárcel les habian libertado del hambre y las tinieblas, y en la hoguera habian hecho que la voracidad del fuego no hiciese en ellos el menor daño, sostuvieron ahora tambien á los santos mártires, para que, sin embargo del peso que les habian atado á los cuellos, nadasen sobre las aguas. Era un espectáculo asombroso ver á los Santos andar sobre las aguas del rio, como si estas fueran consistentes, y que con los semblantes llenos de alegría, fijos sus ojos en el cielo, en voz clara y perceptible oraban á Dios de esta manera: *Señor Jesucristo, rey de todos los siglos, que siempre estás pronto para favorecer á los que te invocan, y nunca desamparas á los que te buscan, asiste ahora á tus siervos, y manifestando tus maravillas, haz que en esta hora y en estas aguas recibamos el signáculo sagrado: vístenos los vestidos de la inmortalidad, pues tú eres el mismo que anduviste sobre las aguas del rio, y las echaste tu bendicion, para que recibiendo nosotros la lavadura de regeneracion, merezcamos ser limpios de la mancha que contrajimos. Ilústranos, Señor, con vuestra santa caridad, y vístenos del resplandor de tu gloria para que te demos gloria y honor por todos los siglos de los siglos.* Haciendo esta oracion, y perseverando los Santos sobre las aguas sin que pudiesen retraerse de las orillas del rio los innumerables testigos de aquella maravilla, á eso de media noche oyeron una voz del cielo dirigida á los mártires, que decia así: *El Señor ha oido vuestra oracion, ó fidelísimos siervos suyos, y os ha concedido cuanto le pedisteis.*

Al tiempo que sucedian estas cosas vino una nube resplandeciente del cielo que se puso sobre sus cabezas, é inmediatamente advirtieron los santos mártires que venia Jesucristo con grande aparato de gloria, y delante de él una multitud innumerable de ángeles que le ofrecian suavísimos aromas, y en dulcísimos himnos le entonaban alabanzas. Alegráronse los Santos con tan mag-

nífica vision, y mirando al Salvador, inundados sus corazones de alegría, dijeron: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo invisible, inmaculado, que bajaste hoy de lo alto de los cielos acompañado de tanta gloria de ángeles sobre estas aguas del rio, y nos diste el vestido de inmortalidad y de renovacion, á tí te bendecimos, á tí te alabamos, á tí damos gloria, que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino de majestad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, amen.* Finalizada esta oracion, salieron por sí mismos del rio y se tornaron á la cárcel, en donde fueron introducidos por los santos ángeles que les acompañaban. Llegó á oidos del presidente cuanto habia sucedido, y como los Santos de su propia voluntad se habian vuelto al calabozo; y mandó inmediatamente que los trajesen delante de sí. Luego dió órden á los verdugos que trajesen allí dos ruedas, y que atando á los Santos en ellas, les pusiesen fuego debajo, y les echasen aceite para que la llama fuese mayor, y los Santos fuesen mas prontamente consumidos. Hízose así, y dando vueltas á las ruedas iban despedazándose y quemándose poco á poco los cuerpos de los santos mártires, quienes mirando al cielo, dijeron: *Bendecímoste, Dios nuestro, que estás en los cielos, y á tí, Señor Jesucristo, te damos gracias. No nos desampares en esta lucha, sino antes bien alarga tu mano, y tocando este fuego que nos quema, apágale para que el impío Dion no se glorie con nuestra ruina.* Apenas los Santos habian dicho esto, cuando saltó el fuego de la hoguera con tal violencia, que mató mil quinientos y cuarenta idólatras de los que estaban asistiendo al suplicio, y divirtiéndose con los tormentos que los Santos padecian. Al mismo tiempo estaban estos tan descansados sobre las ruedas, como si estuvieran sobre unos lechos deliciosos, porque los santos ángeles no cesaban de darles su asistencia. Tan grandes maravillas no pudieron menos de hacer alguna mella en el inicuo tirano, y así mandó que los quitasen de las ruedas, y los trajesen á su presencia. Cuando los tuvo delante, los dijo así: Basteos ya, ó infelices, de porfía, pues ya habeis manifestado bastante todas vuestras artes mágicas. Venid, pues, aunque tarde, y acercándoos á las aras, ofreced sacrificio á los dioses invictísimos que os sufren. Al oir esto Acisclo, dijo: *Insensato, y sin entendimiento ni temor de Dios, ¿no ves con esos tus ojos ciegos las grandezas de Dios, que hizo el Padre celestial juntamente con su unigénito y coeterno hijo Jesucristo Señor nuestro, el cual libra á todos sus siervos de vuestras manos inicuas?* Entonces Dion, lleno de ira, mandó que separasen á Acisclo de Victoria, y que á esta la cortasen los pechos. Ejecutóse el bárbaro decreto, y al tiempo que

los verdugos hacian la cruel operacion, dijo Sta. Victoria: *Dion, de corazon de piedra é indigno de participar para siempre jamás de las virtudes de Cristo, mandaste que me cortasen los pechos, pero vuelve esos ojos y mira, para tu confusion, como en lugar de sangre sale de ellos leche;* y mirando la bienaventurada Victoria al cielo, dijo: *Gracias te doy, Señor Jesucristo, rey de los siglos, que te has dignado concederme el que en obsequio de tu santo nombre me fuesen cortados todos los impedimentos de mi cuerpo, porque sé que ya ha llegado la hora en que quieres que deje este mundo, y vaya á gozar de tu inefable gloria.*

Habiendo dicho esto, mandó el pérfido Dion que volviesen á la cárcel á Acisclo y Victoria; y habiendo sido ejecutado, vinieron todas las matronas que habia en Córdoba a consolar á Victoria, admiradas de las penas que habia sufrido: traianla para este efecto muchos presentes y regalos de los bienes que poseian; y entrando en la cárcel, la encontraron sentada meditando en las grandezas de Dios. Postráronse inmediatamente á sus pies besándolos muchas veces. La Santa las hablaba de los divinos misterios; y las matronas llegaron á admirarse tanto de su sabiduría, de su fortaleza y virtud, que siete de ellas se convirtieron, creyendo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al dia siguiente mandó el impiísimo Dion que se los trajesen, y teniéndolos en su presencia, dijo á la Santa: *Victoria, ya ha llegado tu tiempo: acércate y conviértete á los dioses; y si así no lo hicieres, te arrancaré el alma.* La venerable Victoria le respondió: *Impío Dion, de hoy ya mas no tendrás descanso ni en este siglo ni en el futuro.* Oyendo esto el presidente, y no pudiendo sufrir la injuria, mandó que la cortasen la lengua. Pero la bienaventurada Victoria levantó sus manos al cielo, y dijo: *Dios y Señor mio, criador de toda bondad, que no desamparaste á tu sierva, mírame ahora desde tu santo trono, y manda que yo acabe la vida en este sitio, porque ya es hora de que descanse en tí.* Apenas acabó de hacer esta oracion, cuando se oyó una voz del cielo que decia: *Inmaculados y limpios que tanto trabajasteis, venid, que ya están los cielos abiertos para vosotros, y en ellos teneis un reino reservado. Todos me glorifican y bendicen por causa vuestra, porque desde el principio sufristeis mucho por mí, y todos los justos se regocijan con la noticia de vuestra batalla y de vuestra victoria.* Y de allí á un poco se oyó otra voz que les decia: *Venid á mí, santos mios, y recibireis las eternas coronas y el premio de vuestra pelea.* Oyó Dion esta voz del cielo, y mandó que cortasen la lengua á Sta. Victoria, porque mientras habian durado aquellas hablas celestiales no habian ejecutado los verdugos el

primer decreto. Cortáronla la lengua, y recibiendo en la boca Sta. Victoria el pedazo que la habian cortado, se la escupió al juez en la cara, y dándole en un ojo le dejó ciego. Entonces la Santa esclamó en voz alta diciendo: *O Dion deshonesto y puesto por Dios en tinieblas, deseaste comer el órgano de mi cuerpo, y cortar mi lengua que bendecia al Señor, justamente perdiste la vista, pues viniendo sobre tu rostro la palabra del Señor, te dejó ciego y privado de toda luz.* Este hecho acabó de consumar la ira de Dion, el cual rabioso y enfurecido, ya por la ceguera que padecia, y ya por las injurias con que le afrentaba, mandó que la asaeteasen. Llevaron á Sta. Victoria al lugar del suplicio, y habiéndola tirado dos saetas, que quedaron clavadas en su bendito cuerpo, á la tercera que la dió en el costado, perdió la vida consiguiendo al mismo tiempo un ilustre martirio. A S. Acisclo mandó que le llevasen al anfiteatro, y que allí le degollasen.

Nota.

Fué este glorioso triunfo tal dia como hoy, el año no se sabe. Quedaron sus sagrados cadáveres en los sitios donde padecieron, Victoria en lo alto de la ciudad, Acisclo á la orilla del rio. Llegada la noche, una piadosa mujer llamada Minciana ó Miniciana, fué desde su casa hasta los Marmolejos y plaza de S. Salvador, y recogiendo el cuerpo de Sta. Victoria, bajó á la orilla del rio y le dió sepultura junto con el de S. Acisclo. Venida la paz á la Iglesia, se edificó allí un templo con la invocacion de los santos mártires. Erigióse un altar en el lugar de su sepulcro segun la costumbre de aquellos tiempos. Fué este templo muy frecuentado y venerado de los godos, y tambien en la dominacion de los árabes, de lo cual quedan hartas memorias en S. Eulogio y otros escritores de aquel tiempo. Allí fueron sepultados S. Perfecto y san Sisenando, y depositadas las cabezas de las santas Flora y María y S. Argimiro, y quemados los santos Fausto, Genaro y Marcial. Cuando los sarracenos eran señores de Córdoba, Adulfo, conde ó juez de los cristianos que habia en aquella ciudad, hizo una copiosa donacion de libros sagrados á la iglesia de estos santos mártires, lo cual celebró con dos epigramas Cipriano el arcipreste de Córdoba. Se ha hecho una gran division de las reliquias de S. Acisclo. S. Eulogio envió una canilla á Wilesindo obispo de Pamplona. Ambrosio de Morales dice que en el monasterio de benedictinos de S. Roman, dicho de Hormisga entre Tordesillas y Toro, hay reliquias de nuestro Santo desde el siglo VII. Roa dice que desde el año 668 las hay tambien en Medina Sidonia en la ermita que llaman de Santiago del Camino. En el monas-

terio de S. Salvador de Breda en Cataluña, tambien de benedictinos, hay sesenta y dos pedazos de huesos de S. Acisclo y Victoria, llevados de Córdoba á principios ó á la mitad del siglo XIII en virtud de donacion hecha por el vizconde de Cabrera D. Geraldo, y confirmada por su hermano D. Ramon de Cabrera en mayo de 1263 (*). En tiempo de Carlo Magno hácia los años 810, fueron llevadas á Tolosa de Francia las cabezas y otras insignes reliquias de nuestros mártires, y colocadas en la que despues fué iglesia catedral de S. Saturnino. Las que quedaron en Córdoba fueron trasladadas á la iglesia de S. Pedro en el año de 1125. La antigua iglesia de S. Acisclo y Victoria fué dada despues de la conquista á los monges Bernardos, en el año 1530 pasó á los religiosos de la órden de Sto. Domingo.

El culto de estos Santos es antiquísimo, tienen oficio propio en el Rito Gótico; en el códice Veronense hay tambien memoria de la fiesta de S. Acisclo.

SANTA GERTRUDIS, VÍRGEN Y ABADESA.

SANTA Gertrudis fué de una familia ilustre, y nació en Eisleben, ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fué hermana de santa

(*) El P. Domenec en su *Historia de Santos de Cataluña*, acerca de las reliquias de nuestros santos Acisclo y Victoria dice lo siguiente: «Tiénelos la ciudad de Córdoba por sus singulares patronos, y como afirma el bienaventurado mártir S. Eulogio, en la destruccion de España quedaron allí sus cuerpos, y hay algunos que pretenden que aun están allá, y no falta quien dice que están en Tolosa. Pero la verdad es, que aunque quedaron en Córdoba en la venida de los moros á España, despues fueron llevadas sus santas reliquias á Cataluña, al lugar de Vidreras, y puestas á un castillo del vizconde de Cabrera, llamado S. Acisclo, y despues el vizconde les dió á S. Salvador de Breda. Como consta de algunos autos, y se saca de un auto auténtico que yo he visto en el archivo del monasterio de S. Salvador de Breda. Porque el ilustre D. Geraldo, vizconde de Cabrera, que fundó la villa de Hostalrich, teniendo mucha devocion al dicho monasterio de S. Salvador de Breda, le dió el cuerpo del glorioso S. Acisclo, y despues por mas seguridad hizo aprobar la dicha donacion y traslacion á su mismo hermano D. Ramon de Cabrera, y este auto del dicho D. Ramon se halla ahora en el archivo del mismo monasterio, como está dicho. Paréceme digno de advertencia de que en este auto no se hace mencion alguna de Sta. Victoria, y creo, debe ser la causa de esto la pureza de tanta sencillez, y tan poca curiosidad de aquellos tiempos, en los cuales es cierto, que en los autos auténticos de algunos cuerpos santos, nunca si eran dos, reparaban en nombrar sino al primero tan solamente.»

Mechtilde. A los cinco años de su edad fué ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año de 1251; y al siguiente fué obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldefs, á que fué trasladada con sus monjas. Siendo jóven habia estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas: escribia y componia en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligacion y destino de su estado la contemplacion y la oracion, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasion de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella, ó en la sagrada Eucaristía, por lo comun no podia contener los torrentes de lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energía y tantos trasportes de amor, que arrastraba los corazones de los que la oian. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éstasis del amor divino, con los dones celestiales de su oracion. Ella misma cuenta que oyendo una vez estas palabras, *yo he visto al Señor cara á cara*, que las estaban cantando en la Iglesia, vió como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillos y resplandores, cuyos ojos penetraban su corazon, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia inesplicable que no puede espresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardia, y consumia su alma, parecia el único principio de todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixion de su corazon para el mundo, y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta, y una constante negacion de su propia voluntad, fueron las armas con que domó su carne, y estirpó y subyugó cuanto podia haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte mas principal la profunda humildad, y la mansedumbre perfecta; las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores, y de los dones mas estraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demás la despreciasen tambien, y solia decir, que la parecia uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios, el que sufriese su divina Majestad que la sustentase la tierra. Aunque superior y madre de todas las demás, se portaba con ellas como la mas hu-

terio de S. Salvador de Breda en Cataluña, tambien de benedictinos, hay sesenta y dos pedazos de huesos de S. Acisclo y Victoria, llevados de Córdoba á principios ó á la mitad del siglo XIII en virtud de donacion hecha por el vizconde de Cabrera D. Geraldo, y confirmada por su hermano D. Ramon de Cabrera en mayo de 1263 (*). En tiempo de Carlo Magno hácia los años 810, fueron llevadas á Tolosa de Francia las cabezas y otras insignes reliquias de nuestros mártires, y colocadas en la que despues fué iglesia catedral de S. Saturnino. Las que quedaron en Córdoba fueron trasladadas á la iglesia de S. Pedro en el año de 1125. La antigua iglesia de S. Acisclo y Victoria fué dada despues de la conquista á los monges Bernardos, en el año 1530 pasó á los religiosos de la órden de Sto. Domingo.

El culto de estos Santos es antiquísimo, tienen oficio propio en el Rito Gótico; en el códice Veronense hay tambien memoria de la fiesta de S. Acisclo.

SANTA GERTRUDIS, VÍRGEN Y ABADESA.

SANTA Gertrudis fué de una familia ilustre, y nació en Eisleben, ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fué hermana de santa

(*) El P. Domenec en su *Historia de Santos de Cataluña*, acerca de las reliquias de nuestros santos Acisclo y Victoria dice lo siguiente: «Tiénelos la ciudad de Córdoba por sus singulares patronos, y como afirma el bienaventurado mártir S. Eulogio, en la destruccion de España quedaron allí sus cuerpos, y hay algunos que pretenden que aun están allá, y no falta quien dice que están en Tolosa. Pero la verdad es, que aunque quedaron en Córdoba en la venida de los moros á España, despues fueron llevadas sus santas reliquias á Cataluña, al lugar de Vidreras, y puestas á un castillo del vizconde de Cabrera, llamado S. Acisclo, y despues el vizconde les dió á S. Salvador de Breda. Como consta de algunos autos, y se saca de un auto auténtico que yo he visto en el archivo del monasterio de S. Salvador de Breda. Porque el ilustre D. Geraldo, vizconde de Cabrera, que fundó la villa de Hostalrich, teniendo mucha devocion al dicho monasterio de S. Salvador de Breda, le dió el cuerpo del glorioso S. Acisclo, y despues por mas seguridad hizo aprobar la dicha donacion y traslacion á su mismo hermano D. Ramon de Cabrera, y este auto del dicho D. Ramon se halla ahora en el archivo del mismo monasterio, como está dicho. Paréceme digno de advertencia de que en este auto no se hace mencion alguna de Sta. Victoria, y creo, debe ser la causa de esto la pureza de tanta sencillez, y tan poca curiosidad de aquellos tiempos, en los cuales es cierto, que en los autos auténticos de algunos cuerpos santos, nunca si eran dos, reparaban en nombrar sino al primero tan solamente.»

Mechtilde. A los cinco años de su edad fué ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año de 1251; y al siguiente fué obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldefs, á que fué trasladada con sus monjas. Siendo jóven habia estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas: escribia y componia en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligacion y destino de su estado la contemplacion y la oracion, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasion de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella, ó en la sagrada Eucaristía, por lo comun no podia contener los torrentes de lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energía y tantos trasportes de amor, que arrastraba los corazones de los que la oian. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éstasis del amor divino, con los dones celestiales de su oracion. Ella misma cuenta que oyendo una vez estas palabras, *yo he visto al Señor cara á cara*, que las estaban cantando en la Iglesia, vió como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillos y resplandores, cuyos ojos penetraban su corazon, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia inesplicable que no puede espresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardia, y consumia su alma, parecia el único principio de todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixion de su corazon para el mundo, y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta, y una constante negacion de su propia voluntad, fueron las armas con que domó su carne, y estirpó y subyugó cuanto podia haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte mas principal la profunda humildad, y la mansedumbre perfecta; las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores, y de los dones mas estraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demás la despreciasen tambien, y solia decir, que la parecia uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios, el que sufriese su divina Majestad que la sustentase la tierra. Aunque superior y madre de todas las demás, se portaba con ellas como la mas hu-

milde sierva, y aun como indigna de aproximarse á ellas; pues tan sinceros eran los humildes sentimientos de su corazon. Sin embargo de lo mucho que se daba á los ejercicios de la santa contemplacion, jamás abandonaba las obligaciones de Marta; y así era sumamente solícita en proveer á las necesidades ajenas, en disponer todas sus cosas, y en darlas con especialidad todos los socorros espirituales que en su mano estaban. En los progresos que su vida interior hacia en las virtudes hallaba los felices frutos de sus diligencias zelosas y pias instrucciones. Su tierna devocion á la Madre de Dios no pudo menos de nacer del amor que á su divino Hijo profesaba; y las almas benditas del purgatorio tuvieron tambien mucha parte en su compasion y caridad.

Un vivo retrato de su alma pura y santa tenemos en su corto libro de las *Divinas insinuaciones*, ó comunicaciones y sentimientos de amor, la mas útil produccion acaso que puede hallarse despues de los escritos de Sta. Teresa, con que haya enriquecido jamás á la Iglesia una mujer justa, para fomentar la piedad del estado contemplativo. Esta Santa propone en él ejercicios para renovar los votos bautismales, con que el alma renuncia enteramente del mundo y sus pompas, se consagra al amor puro de Dios, y se dedica á seguir en todo aquella santa voluntad. Iguales ejercicios prescribe para la conversion de una alma á Dios, y para la renovacion de sus santos esponsales espirituales, y la consagracion de sí misma á su Redentor por un vínculo de indisoluble amor, rogando le sea concedida la gracia de morir para sí misma, ser sepultada en el Señor, de modo que él solo, que es todo su amor, sea noticioso de su estado, ó de su sepulcro; y que no tenga ella otro empleo que el amar á quien tanto le ama. Estos sentimientos les repite con admirable variedad en toda su obra, y en la última parte de ella insiste mucho en los ardientes deseos de verse unida cuanto antes á su amor en la gloria eterna, pidiendo á su divino Redentor por sus tormentos y pasion, y por su misericordia infinita, la purifique de todos los afectos terrenos, para poder ser admitida á la presencia divina. Algunos de aquellos ayes y suspiros con que espresa su deseo y sed ardiente por aquella union, son tan celestiales, que mas parece proceder de la boca de uno que haya gustado ya de las felicidades de la bienaventuranza, que de un peregrino de esta vida mortal: tan fuertemente impresos se hallan en sus espresiones estos divinos sentimientos. Esto es notable particularmente en el ejercicio en que aconseja al alma devota, á que á veces dedique un dia á alabar y dar gracias sin interrupcion

para suplir los defectos que en esta ocupacion hayan podido ocurrirla en los ejercicios cotidianos de los demás dias, y procurar asociarse con la perfeccion posible á los espíritus celestiales en estos ejercicios. Igual medio propone para suplir todos los defectos que haya podido tener en el amor divino, dedicando un dia entero á los afectos del divino amor. Esta Santa como una casta tórtola jamás interrumpia sus ayes y suspiros, sin admitir consuelo humano, todo el tiempo que se la dilataba su eterna felicidad; no obstante de que se regocijaba con la esperanza y el amor, con la resignacion á la voluntad de Dios, con las visitas del espíritu divino consolador, sufriendo, padeciendo y trabajando por el amor de su amado Redentor. Sus deseos fueron al fin cumplidos, y habiendo sido abadesa cuarenta años fué llamada á los castos abrazos de su celestial Esposo en el de 1292, habiendo muerto un poco antes su hermana Mechtilde. La última enfermedad de Sta. Gertrudis mas pareció deliquio de amor que dolencia; pues con toda esta abundancia recibió las consolaciones del Espíritu Santo. Muchos milagros dieron testimonio de cuan preciosa habia sido su muerte á vista del Señor. Es honrada con un oficio particular en el Breviario romano en este dia. La lipsanografía ó catálogo de reliquias que se guardan en el palacio de Brunswik-Luneburgo, impreso en Hannover en el año de 1713, hace mencion entre otras de las reliquias de santa Gertrudis, que se conservan en una rica urna. (*Butler.*)

SAN GREGORIO, OBISPO DE TOURS, CONFESOR.

El segundo precioso ornamento de la Iglesia de Tours despues del gran S. Martin, fué Jorge Florencio Gregorio. Nació en Auvergne de una de las familias mas ilustres de aquel país, tanto por su opulencia como por su nobleza; y lo que era todavía mas apreciable, la piedad parecia hereditaria en ella. Leocadia, abuela del Santo, descendia de Vettio Epagato, ilustre mártir de Leon. Su padre era hermano de S. Galo, obispo de Clermont, en cuyo tiempo y el de su sucesor S. Avito, recibió su educacion de ellos S. Gregorio. Recibió del primero la tonsura clerical, y fué ordenado de diácono por el último. Habiendo contraido una peligrosa enfermedad, para recobrar su salud quiso hacer una visita de devocion al sepulcro de S. Martin de Tours, y apenas habia dejado aquella ciudad cuando por muerte de Eufronio, el clero y el pueblo que se habia prendado de su piedad, doctrina y humildad, le nombraron por obispo. Los diputados le alcanzaron en la corte de Sigeberto, rey de Austra-

sia, y compelido el Santo á condescender, aunque muy contra su voluntad, fué consagrado por Gil, obispo de Rems, en el dia 22 de agosto del año de 573, siendo de treinta y cuatro años de edad. La fe y la piedad recibió en la diócesis de Tours un nuevo incremento bajo su direccion. Reedificó su catedral que fué fundada por S. Martin, y otras varias iglesias: asistió al concilio de París en el año de 577, y en él defendió á S. Pretextado, obispo de Ruan, con tanto zelo y prudencia que ganó el aplauso del mismo rey Chilperico, perseguidor de aquel ofendido prelado. Los arrianos y sabelianos fueron confundidos muchas veces en Francia por nuestro Santo, y la mayor parte de ellos traidos á la unidad de fe con su blandura y erudicion. S. Odon ensalza su humildad profunda, su mansedumbre, el ardiente zelo por la religion, y la caridad con todos, especialmente con sus enemigos. La pureza admirable de su vida y costumbres no fué capaz de libertarle de las calumnias y persecuciones, y fué acusado de haber intentado rendir ó entregar la ciudad de Tours al rey Childeberto; pero se indemnizó en un concilio celebrado en Braine, palacio real tres leguas distante de Soissons en el año de 580. Chilperico condenó en Braine á un hombre llamado Dacco, acusado de traicion, á muerte ignominiosa. Dacco pidió un sacerdote sin que el rey lo supiese, y le admitió á penitencia, con lo que recibió, conformándose con su sentencia, su castigo. Este es un ejemplar de penitencia secreta, y de confesion en artículo de muerte, y de la impía máxima que prevalecia antiguamente en Francia de rehusar los sacramentos á los reos de muerte que eran sentenciados por delitos muy graves. La estupidez y vanidad del rey Chilperico se dejan ver muy bien en las altercadas disputas que tuvo con S. Gregorio sobre los artículos fundamentales de nuestra fe, en que el Santo se oponia y contradecia vigorosamente sus estravagancias. En el año de 594 fué nuestro Santo por devocion á Roma, y fué recibido con mucha distincion del papa Gregorio el Magno, quien le regaló una rica cadena de oro. Admiró aquel pontífice lo grande de las gracias y virtudes de su alma, y lo bajo de su estatura. A lo que dijo el obispo de Tours: «Somos como Dios nos ha hecho; pero este Señor es el mismo en el grande que en el pequeño:» como quien dijera, que Dios es autor de todo cuanto bueno hay en nosotros, y que á él solo es debida la alabanza. Varios milagros se atribuyen á S. Gregorio de Tours, que él aplicaba á S. Martin, y á otros Santos cuyas reliquias llevaba siempre consigo. Habiendo sido presos ciertos ladrones que habian robado la iglesia de san Martin, temió S. Gregorio que el rey Chilperico les hiciese quitar la vida, y le escribió en favor de aquellos delincuentes; y como no hubo quien pidiese contra ellos, les perdonó, y fueron puestos en libertad. Este Santo fué obispo veinte y tres años, y murió en 17 de noviembre de 596. Antes de morir dispuso que su cuerpo le enterrasen en sitio en que todos al pasar á la iglesia pudiesen hollar su sepulcro, y que no se erigiese memoria ni monumento alguno. Pero el clero despues le erigió uno á la mano izquierda de la tumba de S. Martin. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Gregorio, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en la venerable solemnidad de tu bienaventurado pontífice y confesor S. Gregorio aumentes en nosotros el espíritu de fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia IV, *pág. 76.* (*)

REFLEXIONES.

No se halló otro que observase como él la ley del Altísimo. ¿Hallaráse el dia de hoy gran número de fieles que observen esta santa ley? ¿Y se respeta siquiera como una ley que obliga igualmente á todos los fieles? No salgamos de nuestros templos: representémonos los divinos misterios que todos los dias se celebran en nuestros altares; este nuevo Calvario en que realmente se sacrifica muchas veces al dia el mismo Jesucristo á su eterno Padre, como víctima incruenta por la salvacion de los hombres; este santuario respetable á los mismos ángeles; este sacrificio del adorable cuerpo y sangre del Hombre-Dios, durante el cual las celestiales inteligencias están postradas, y como embargadas de asombro á vista de aquella maravilla, y discurramos cuanta es nuestra fe por el modo con que la tratamos. Aquellos cristianos imperfectos, á quienes una misa celebrada con alguna gravedad se les hace pesada, molesta y enfadosa; aquellos que por

(*) El autor del Eclesiástico, de donde se sacó esta Epístola, nos da á entender que vivia despues del pontificado del gran sacerdote Simon, pues le elogia como á un hombre ya difunto. Y en esta suposicion es menester colocar á Jesus, hijo de Sirach, entre el pontificado de Simon; es decir, entre el año de 3711 de la creacion del mundo en que murió este gran sacerdote, y el de 3783 en que murió Tolomeo Evergetes.

delicadeza ó por indevocion se dispensan de asistir al divino sacrificio; aquellas mujeres profanas que asisten á él con todo el orgullo y con todo el desahogo de la provocacion; ¿todos estos conocen bien aquello mismo que hacen profesion de creer? ¿Pero acaso creen bien aquello que miran con tanta indiferencia, y que tratan con tanto menosprecio? ¿Tendrian valor para ponerse delante de una persona de respeto con la indecencia con que asisten á la misa? ¿Estarian delante del rey como suelen estar en la iglesia? Llevan consigo el descaro, la infidelidad y la irreligion hasta los pies de Jesucristo. Entre los primeros cristianos era tanto y tan religioso el respeto que se profesaba á este adorable sacrificio, que se tenia por titubeante, por poco firme en la fe al que asistia á la misa con menos devocion. ¿Se persuadirian acaso ellos á que vivian entre verdaderos fieles si fueran testigos de nuestra irreligion, de nuestras escandalosas irreverencias mientras se celebran los sagrados misterios? ¿Qué se hubiera dicho si en el mismo punto que Jesucristo espiró sobre una cruz en el Calvario, uno de sus discípulos se hubiera dejado ver en aquel monte con el mismo aparato, con las mismas disposiciones, con el mismo poco respeto con que se dejan tantos ver en el sacrificio de la misa? ¡Cuantos se hubieran indignado contra él! La misma Iglesia le trataria hoy como á un infame apóstata: ¿y qué no diríamos nosotros mismos de aquel malvado discípulo? Es la misa una viva y real representacion de aquel primitivo sacrificio; es realmente la misma víctima, el mismo sacerdote y la misma oblacion; ¿pues será menos impía, menos sacrílega nuestra inmodestia? ¡Buen Dios, cuantos y cuantos asisten hoy á los oficios divinos, al santo sacrificio de la misa, con menos circunspeccion, con menos compostura que á los espectáculos profanos! Es bien seguro que muchas veces se está en el templo con menos seriedad, con menos decencia, y con menos modo que en una visita de cumplimiento y de atencion. Ya no se contentan muchos con irreverencias mudas y secretas: han de ser públicas, desahogadas y ruidosas, pudiéndose decir, que se hace ostentacion y gala de la indevocion. ¡Y nos admiraremos ahora de que Dios nos haga sentir tanto tiempo ha los pesados azotes de su justísima cólera!

El Evangelio es del cap. 11 de S. Marcos.

En aquel tiempo, respondiendo Jesus á sus discípulos les dijo: Tened fe en Dios. De verdad os digo, que cualquiera que diga á este monte, quítate de ahí, y échate en el mar, y no dudase en su corazon, sino que crea que cualquiera cosa que diga será hecha, lo será. Por tanto os digo, que todo cuanto pedís cuando orais, creed que lo recibireis, y que os será concedido.

MEDITACION.

De la falta de fe en la mayor parte de los fieles.

Punto primero.—Considera que no toda infidelidad es del entendimiento; tambien la voluntad tiene la suya. La razon porque no se cree es porque no se quiere creer. Es verdad que es necesario creer en Dios para amarle; pero no es menos verdad que es menester amarle mucho para creer bien en él. La caridad todo lo cree. No es la razon la que causa en los hombres la incredulidad, pues nunca hubo hombre de razon y de buen juicio que dudase de las verdades de la religion como no tuviese estragadas las costumbres. Por lo regular ningun hereje se convierte de buena fe si no quita los estorbos á la gracia por medio de una vida inocente y ajustada, ni se ha visto jamás algun apóstata católico que no fuese anteriormente de vida poco cristiana. Nunca abandonaron á la Iglesia sino aquellos hijos que la deshonraban, y que ella misma separaria de su cuerpo místico como miembros encancerados. Por el contrario, ningunos desertores se pasan por lo regular á nuestro campo del enemigo que no fuesen antes la honra de su partido, y que no viviesen en él como si fueran del nuestro en el órden puramente natural. La corrupcion del corazon va disponiendo á titubear en la fe; y desde que se empieza á vivir mal, comienza á disiparse respecto de la religion. La fe es virtud del entendimiento; pero la falta de fe es vicio de la voluntad. No hay pasion violenta que no sea enemiga de la fe. Esta á la verdad es una brillante hacha que alumbra; ¿pero de qué sirve esta hacha á quien tiene los ojos achacosos? ¿Qué nos importará estar rodeados de luz, caminar en la mitad de un dia claro, si llevamos con nosotros las tinieblas y la noche? ¿de qué nos servirá creer cosas tan grandes, si solamente las creemos como las creen los demonios; esto es, con una fe puramente especulativa? ¿de qué nos servirá creer todo lo que es necesario creer para ser cristianos, si no creemos como es necesario creer para salvarnos? Confesemos, pues, que hay en el mundo muy poca fe: nuestra misma vida es una demostracion tan manifiesta de esta verdad, que no podemos dejar de confesarlo. ¿Se vive con tibieza? pues con tibieza se cree. ¿Aliéntase el alma con el fervor? pues siente en

sí misma que se le va esforzando la fe con la inocencia; pudiéndose decir muy bien, que el fervor en el servicio de Dios es la medida de nuestra fe. Si queremos saber hasta donde llega esta, consultemos nuestra vida y nuestro porte: por las máximas que seguimos y por las obras que ejecutamos conoceremos la grandeza y la valentía de nuestra fe.

Punto segundo.—Considera que es ocioso alumbrar al entendimiento mientras esté preocupado el corazon. Buena aunque muy triste prueba de esta verdad fueron los judíos. Las profecías que vieron cumplidas en Jesucristo eran poderosos motivos para que creyesen en él; pero ni ellos se las quisieron aplicar, ni dar oidos á los que se las aplicaban. Siendo de suyo las parábolas unas esplicaciones palpables que esponen como de bulto los misterios mas elevados, eran para ellos unos velos impenetrables que les ocultaban la vista de aquellos mismos misterios. Estaban viendo sus milagros: confesaban francamente que los hacia: *hic homo multa signa facit.* ¿Pero qué infirieron de ahí? ¿que era preciso seguirle, creerle y adorarle? nada menos. Lo que infirieron fué, que era necesario quitarle cuanto antes la vida. Quieren informarse los judíos del ciego desde su nacimiento que recobró la vista: llaman á sus padres, examinanlos, quedan convencidos despues de haber hecho cuanto pudieron para corromperlos. ¿Y qué sacaron de este convencimiento? ¿creer en él? de ningun modo. Maldecirle, ultrajarle y escomulgarle. ¡Oh, y cuanta verdad es que una pasion en una alma, apoderada ya de la relajacion y de la tibieza, escita en ella grandes alteraciones! Es como el fuego que prende en madera húmeda, levantando un humo denso que oscurece la razon, y no la deja percibir los objetos sobrenaturales. Aun respecto de los mas materiales y sensibles nos ciega la pasion. ¿Pues qué mucho nos impida la vista de los espirituales y divinos? Lo mismo que retrae á los malos, atrae á los buenos: lo mismo que espanta á los disolutos, enamora á los virtuosos. Estos no acaban de admirar lo que aquéllos no aciertan á creer acerca del misterio de la Encarnacion, de la Eucaristía, etc. La muerte de un Dios, que se hace dura á la fe de los malos cristianos, enciende mas y mas el amor de los buenos y de los fervorosos. Confesemos ya que no hay estado mas miserable, mas digno de compasion que el de un cristiano que tiene poca fe. Fuérale mejor, digámoslo así, creer nada, que creer á medias, pues padece mucho mas en sus gustos, que un verdadero fiel en sus trabajos. Aquella escasa luz que le ha quedado es muy bastante para perderle, y no lo es, por culpa suya, para salvarle. Es

para él como una luz importuna medio apagada y maligna, que hasta para quitarle aquella quietud que se esperimenta en el silencio de las tinieblas sin comunicarle la alegría que causa la luz del sol. Si yo tuviera fe (se suele decir) presto dejaria estos embelesos, esta profanidad, estos pasatiempos, y presto me convertiria; pero yo digo, que presto tendrias fe si dejáras esos pasatiempos, esa profanidad y esos embelesos. Nuestra poca fe siempre es funesto efecto de nuestras corrompidas costumbres. Aquel sacerdote no siente devocion en el altar; ¿pero tiene mucha fuera de él? si por su desgracia trae una vida tibia y desarreglada en su casa, ¿quiere esperimentar en el altar una fe viva y fervorosa?

Séalo, Señor, mi vida, sea inocente, sea pura con vuestra divina gracia, y espero que mi fe crecerá cada dia mas y mas.

Jaculatorias. — Yo creo, Señor; fortificad mi fe. (*Marc.* 9.) Señor, aumentadnos la fe. (*Luc.* 17.)

PROPOSITOS.

1 Es poca la fe, porque es mala la vida. Nada debilita tanto la fe como las enfermedades del corazon. Las almas inocentes, las almas puras pueden ser tentadas en la fe; pero las tentaciones, por lo comun, solo sirven para avivarla mas, como no den en el estremo de la relajacion. Si padecieres estas importunas pruebas, renueva tu fidelidad y tu fervor en el servicio de Dios. Nunca has de tener mayor modestia, mas caridad con los pobres, nunca mas devoto, mas reverente en presencia del Santísimo Sacramento; nunca mas exacto, mas puntual en todas tus obligaciones y devociones; nunca mas mortificado ni mas fervoroso que en tiempo de estas pruebas. Presto verás disipadas esas nubes y sosegadas todas esas tempestades. Ninguna cosa contribuye tanto á la serenidad del alma como aumentar el fervor.

2 Siempre te has de proponer tus acciones y tu conducta como la mejor prueba de tu fe. Esta, en los verdaderos cristianos, nunca es puramente especulativa. Es costumbre saludable pensar en todos los ejercicios espirituales, en la misa, en el oficio divino, en la oracion y en todas las buenas obras, que en ellas vamos á dar á Dios y al público pruebas legítimas de nuestra fe. Si estás en la iglesia, considera que vas á dar testimonio de tu fe; si es preciso perdonar una injuria, hacer una limosna; si te sucede alguna afliccion, algun contratiempo, recurre á la fe, y

dite á tí mismo : Quiero parecer cristiano en esta ocasion ; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe : *Credo, Domine : adjuva incredulitatem meam.* Si, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe cada dia mas y mas. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

La dedicacion de las basílicas de san Pedro y san Pablo apóstoles, en Roma, de las cuales la primera reedificada y ampliada la consagró solemnemente el papa Urbano VIII tal dia como hoy. (*Véase su noticia hoy.*)

San Roman, mártir, en Antioquía; el cual en tiempo del emperador Galerio, intentando el presidente Asclepiades entrar por fuerza en una iglesia y arruinarla hasta los cimientos, exhortó á los demás cristianos á que se le resistiesen, por lo cual le prendieron, y despues de crueles tormentos, le cortaron la lengua (sin la cual empero publicaba las grandezas de Dios); y últimamente ahogado con un dogal en la cárcel, fué coronado con ilustre martirio. (Este Santo era diácono de un pueblo de la jurisdiccion de Cesarea en Palestina.)

San Barula (ó Barulas), niño mártir, presenció el martirio de san Roman, que precede, y habiéndole preguntado S. Roman si era mejor adorar un solo Dios, ó muchos dioses, respondió : que se debia adorar solo al Dios que adoraban los cristianos, por lo cual fué azotado, y despues degollado. (Su madre que se hallaba presente, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no cesó de animarle. Este martirio, y el de S. Roman, acaeció por los años de 303. Barulas, ó Barallaha, por abreviatura Barlaha, significa en caldeo, *niño, hijo ó siervo de Dios*, por lo que en el antiguo breviario de Toledo es titulado este mártir con el nombre de Theodulo, palabra griega que significa lo mismo.)

San Estquio, mártir, tambien en Antioquía : era soldado, y oyendo publicar un edicto por el cual se mandaba que los que no adorasen los ídolos perdiesen el honor militar, inmediatamente se desnudó de las insignias de soldado; por lo que atándole una gran piedra á la mano derecha fué precipitado en el rio Orontes, por los años de 303, casi al mismo tiempo que S. Roman.)

Los santos Oriculo y sus compañeros, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de los vándalos padecieron por la fe católica.

San Máximo, obispo, en Maguncia; el cual habiendo padecido muchas persecuciones por los arrianos en tiempo de Constancio, glorioso confesor murió en paz. (Fué constante en sostener la fe católica, y por los años de 346 presidió el concilio de Sardis.)

El tránsito de san Odon, abad de Cluni, en Tours. (Era hijo de una

dite á tí mismo : Quiero parecer cristiano en esta ocasion ; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe : *Credo, Domine : adjuva incredulitatem meam.* Si, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe cada dia mas y mas. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

La dedicacion de las basílicas de san Pedro y san Pablo apóstoles, en Roma, de las cuales la primera reedificada y ampliada la consagró solemnemente el papa Urbano VIII tal dia como hoy. (*Véase su noticia hoy.*)

San Roman, mártir, en Antioquía; el cual en tiempo del emperador Galerio, intentando el presidente Asclepiades entrar por fuerza en una iglesia y arruinarla hasta los cimientos, exhortó á los demás cristianos á que se le resistiesen, por lo cual le prendieron, y despues de crueles tormentos, le cortaron la lengua (sin la cual empero publicaba las grandezas de Dios); y últimamente ahogado con un dogal en la cárcel, fué coronado con ilustre martirio. (Este Santo era diácono de un pueblo de la jurisdiccion de Cesarea en Palestina.)

San Barula (ó Barulas), niño mártir, presenció el martirio de san Roman, que precede, y habiéndole preguntado S. Roman si era mejor adorar un solo Dios, ó muchos dioses, respondió : que se debia adorar solo al Dios que adoraban los cristianos, por lo cual fué azotado, y despues degollado. (Su madre que se hallaba presente, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no cesó de animarle. Este martirio, y el de S. Roman, acaeció por los años de 303. Barulas, ó Barallaha, por abreviatura Barlaha, significa en caldeo, *niño, hijo ó siervo de Dios*, por lo que en el antiguo breviario de Toledo es titulado este mártir con el nombre de Theodulo, palabra griega que significa lo mismo.)

San Estquio, mártir, tambien en Antioquía : era soldado, y oyendo publicar un edicto por el cual se mandaba que los que no adorasen los ídolos perdiesen el honor militar, inmediatamente se desnudó de las insignias de soldado; por lo que atándole una gran piedra á la mano derecha fué precipitado en el rio Orontes, por los años de 303, casi al mismo tiempo que S. Roman.)

Los santos Oriculo y sus compañeros, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de los vándalos padecieron por la fe católica.

San Máximo, obispo, en Maguncia; el cual habiendo padecido muchas persecuciones por los arrianos en tiempo de Constancio, glorioso confesor murió en paz. (Fué constante en sostener la fe católica, y por los años de 346 presidió el concilio de Sardis.)

El tránsito de san Odon, abad de Cluni, en Tours. (Era hijo de una



LA DEDICACION DE LA BASILICA DE S. PEDRO Y S. PABLO.

familia ilustre, y nació en el año de 879. A los diez y nueve de su edad recibió la tonsura y fué presentado á una canongía de S. Martin de Tours. Como leyese la regla de S. Benito, determinó abrazar el estado monástico: renunció pues su canongía y tomó el hábito en el monasterio de Beaume en la diócesis de Besanzon. Despues pasó al monasterio de Cluni, cuyo gobierno se le confió. Estableció en él la regla de san Benito en su mayor pureza y procuró llevar su observancia al punto de toda su perfeccion. Así se formó aquella célebre congregacion que tantos beneficios ha hecho á la religion y á las letras, y cuya influencia en la civilizacion de la Europa han reconocido hasta los filósofos del siglo XIX. Los papas y los príncipes encargaron al santo abad de Cluni comisiones de importancia, las que desempeñó con admirable piedad, destreza y prudencia. Por devocion á S. Martin deseaba morir en Tours, y asaltado de su última enfermedad pasó apresuradamente á aquella ciudad, donde acabó felizmente su carrera mortal tal dia como hoy del año 942.)

SANTO TOMÁS, monge, en Antioquía, á quien los antioquenos hacian una fiesta solemne todos los años, en memoria de haberlos librado de una peste con sus oraciones.

LA TRASLACION DE SAN FRIGIDIANO, obispo y confesor, en Luca en Toscana.

LA DEDICACION DE LA BASÍLICA DE LOS SANTOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.

DICE Dios en la Escritura que glorificará á todos los que le glorificaren; pero los que le menospreciaren á él serán ellos mismos menospreciados. La verdad de este oráculo se renueva visiblemente en la solemnidad de este dia. Al mismo tiempo que los césares, aquellos enemigos del nombre cristiano, aquellos orgullosos dueños de todo el universo, revestidos con toda la majestad de su imperio, á cuyo solo nombre doblaba la rodilla toda la tierra, yacen hoy sepultados en un eterno olvido sin que de toda su pomposa dignidad haya quedado mas que el menosprecio general de su memoria: al mismo tiempo que sus cenizas, confundidas con las del esclavo mas vil, son desprecio de los pies ó asqueroso horror de la vista: los templos del Dios vivo, á quien ellos persiguieron, se elevaron sobre las ruinas de sus mismos trofeos; los sepulcros de aquellos héroes cristianos, á quienes el mundo persiguió y parecian tan viles, tan despreciables á sus achacosos ojos, son hoy celebrados y famosos en todo el universo, haciendo Dios venerable su nombre y su memoria, tanto, que no contento de hacerlos reinar en su compañía en el cielo, quiso que fuesen objeto digno del culto y veneracion de los fieles, glorificando sus mismas cenizas. y haciendo glorioso en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la tierra su sepulcro. Pero entre todos los lugares del mundo cristiano, ilustrados con la sangre de los mártires, ninguno mas célebre, ninguno mas respetable, ninguno hubo jamás tan venerado como aquella parte del Vaticano que fué consagrada con la sangre del Príncipe de los apóstoles.

Luego que S. Pedro, aquella visible cabeza de la Iglesia de Jesucristo, consumó su glorioso martirio; luego que S. Pablo, aquel astro luminoso y de primera magnitud, aquel doctor insigne de la religion y de las gentes, terminó su carrera con victorioso triunfo, se vieron concurrir de todas partes los cristianos á venerar aquellas sagradas reliquias. Desde entonces se consideró la ciudad de Roma mucho mas rica, mucho mas ilustre por depositaria de aquellos sagrados despojos, que por todos los otros soberbios monumentos de la vanidad pagana. El sepulcro de S. Pedro sobre el monte Vaticano, que desde entonces se llamó la confesion de S. Pedro, y el de S. Pablo en el camino de Ostia, á las orillas del Tiber, fueron el objeto mas célebre de la veneracion de los fieles, y el término mas frecuente de sus devotas peregrinaciones. Venian á buscar (dicen los Padres) entre aquellas frias cenizas aquel mismo sagrado fuego que á ellos abrasó; y el mismo corazon sentia irse avivando la fe que habian predicado aquellos adalides de la religion. Acobardados los fieles con las persecuciones de los tres primeros siglos, contenian su veneracion en los ahogados términos de un culto cauteloso y reservado, sin libertad para esplicarla en demostraciones de su magnificencia. A la verdad, era cada dia mayor el que tributaban á aquellas preciosas reliquias, aunque no era lícito á su devocion ni á su zelo desahogarse en públicos monumentos. Mas luego que el emperador Constantino, con su milagrosa conversion, restituyó la paz á la Iglesia, fué el primer cuidado del religioso emperador sacar de la oscuridad á aquellos venerables tesoros tan estimados y tan adorados de todos los fieles.

Quiso acreditar aquel gran príncipe su religion y su veneracion á los sagrados Apóstoles con una accion tan señalada, que le hizo mayor y mas glorioso que cuantas ilustres y grandes victorias habia conseguido de sus enemigos. Luego que se trazó el plan de la célebre iglesia de S. Pedro en el Vaticano, se dice que el piadoso emperador, depuesta la diadema y púrpura imperial á los pies del santo Apóstol, tomó un azadon, dió principio á abrir los cimientos, y sacó doce espuertas de tierra que él mismo llevó en sus imperiales hombros, dejando al mundo cristiano este ejemplo de piedad que eternizará su memoria. ¿Y qué dificultad puede haber en creer esto de un príncipe tan religioso

como el grande Constantino, cuando no la hay en creérselo á Suetonio que afirma otro tanto de Vespasiano al tiempo que se reedificó el templo de Júpiter Capitolino? Acabóse presto aquella iglesia, como tambien la otra que el mismo emperador hizo fabricar en honor del apóstol S. Pablo, estramuros de la ciudad de Roma en el camino que va á Ostia. Concluidas las dos suntuosas basílicas, las consagró el papa S. Silvestre, haciendo la dedicacion con tanta solemnidad y con tanto concurso de gente, que se puede decir fué uno de los mayores triunfos de la Iglesia, y esta solemnísima dedicacion es lo que se celebra este dia. S. Optato, obispo de Mileva, que vivia en tiempo del pontífice S. Dámaso, dice que las iglesias de los dos santos Apóstoles eran dos memorias ó dos templos abiertos siempre á los católicos, y siempre cerrados para los herejes y para los cismáticos; de suerte, que entrar en aquellas dos sagradas basílicas y tener parte en las oraciones y en los sacrificios que se celebraban en ellas, era lo mismo que comunicar con la Iglesia católica. Por eso todos los que concurrian a Roma daban principio á sus devociones visitando la iglesia de S. Pedro, y los que no entraban en ella se reputaban por cismáticos, segun la observacion del cardenal Baronio.

Fué tan venerada en todo tiempo esta iglesia y la de S. Pablo, que al llegar á ellas todos se postraban á la entrada besando las puertas por devocion, y de ahí viene que hasta el dia de hoy se dice que van *ad limina apostolorum*, de los peregrinos que van á Roma, porque *limen*, entre los antiguos, significaba la puerta de una iglesia, y tambien la iglesia misma. ¿No ves (dice S Juan Crisóstomo) con qué devocion, con qué respeto besan los fieles la entrada de ese sagrado templo? *Non cernis, quoniam homines etiam hisce templi vestibulis oscula figunt, partim inclinato capite, partim manutenentes?* S. Paulino, y despues de él S. Gregorio Turonense, nos informan de lo célebres que eran en el mundo las basílicas del Príncipe de los apóstoles y de S. Pablo por la santidad de los lugares, y por la religion y concurso de los pueblos. La historia eclesiástica nos pone á la vista innumerables ejemplos de la veneracion con que los príncipes de la tierra, las gentes mas separadas de nosotros, y hasta los mismos bárbaros, tanto herejes como infieles, honraron en todos tiempos á aquellos sagrados lugares. Los godos, conducidos de Alarico, en tiempo del emperador Honorio, desolaron toda la Italia, se apoderaron de Roma el año de 409, saquearon y quemaron toda la ciudad; pero no osaron tocar á las dos célebres basílicas.

Aunque la iglesia de S. Pedro en el Vaticano fué verdadera-

mente augusta desde aquellos primeros tiempos, con todo eso no pareció despues ni tan capaz ni tan magnífica como correspondia á la santidad de aquel sitio, ni al inmenso concurso de peregrinos como la venian á visitar de todas las naciones del universo. Por eso muchos siglos despues pensaron diferentes papas en dar mayor estension al edificio, haciéndole una de las maravillas del mundo, ó uno de sus mas ostentosos y mas soberbios monumentos. Pero hasta el siglo XV no se tomó con eficacia la resolucion de renovarle en todas sus partes. Nicolao V mandó abrir los cimientos hácia el año de 1456: Sixto IV hizo trabajar en ellos; y Julio II, prefiriendo á otros muchos el diseño que le presentó Bramante Lázari, famoso arquitecto, dió principio á aquel soberbio edificio el año de 1506, haciendo la ceremonia de poner él mismo la primera piedra, con grande solemnidad, el dia 18 de abril del mismo año. A Bramante Lázari, que murió el año de 1514, sucedió el célebre Rafael de Urbano ú de Urbino, tan hábil arquitecto como pintor, el año de 1531. El papa Paulo III encargó la continuacion de aquella empresa al famoso Miguel Angel Bonarota. Usando este del pleno poder que el pontífice le habia concedido, trazó otro modelo de arquitectura mas soberbia, mas moderna y de mas preciosos materiales. A Miguel Angel sustituyó Jacobo Barozzi el año de 1564, y á éste sucedieron Jacobo la Porta, Maderna y el caballero Bermini, que acabó aquella grande obra en el pontificado de Paulo V. Pero quien la perfeccionó fué el papa Urbano VIII, y fué tambien quien hizo la mas solemne dedicacion que jamás se habia hecho el mismo dia en que se celebra la dedicacion de la iglesia antigua. De manera, que la célebre iglesia de S. Pedro en el Vaticano, que hoy se coloca en la clase de los mas soberbios edificios del universo, y se cuenta en el número de las maravillas del mundo, fué obra de ciento y veinte años, en vida de veinte pontífices; pero los que mas contribuyeron á ella fueron Julio II. Leon X, Paulo III, Sixto IV, Clemente VIII, Paulo V y Urbano VIII.

Esta magnífica iglesia, centro de la unidad y madre de todas las otras, toda es de mármol por adentro, y por afuera cubierta de plomo y de bronce dorado. Admíranse en ella escelentes pinturas, columnas de mármol, inmensas riquezas, y en aquella vastísima capacidad una proporcion que es el último esmero del arte. El pórtico de esta iglesia se eleva hasta veinte y cuatro toesas, y su arquitectura es del órden jónico. Forma un pórtico soberbio de bóveda dorada que se estiende á toda la longitud del portal; y sobre el pórtico se sostiene una magnífica galería, adonde todos los años sale su Santidad el jueves santo y el dia de Pascua á dar la bendicion al pueblo que está de rodillas en la plaza Vaticana. Léese una inscripcion latina en que se dice que el papa Paulo V mandó fabricar aquel portal el año de 1612. De las cinco puertas que tiene, la de en medio es de bronce, y la que está á mano derecha es la que se llama *la Puerta santa*, porque solo se abre el año santo; llamándose así el año del jubileo grande que se celebra de veinte y cinco en veinte y cinco años. El diseño y el plan de este augusto edificio representa la figura de una cruz, cuyo mástil ó cuya longitud es de cerca de cien toesas, y la latitud ó los brazos son de sesenta y seis. En el centro de estos brazos se eleva el domo á la altura de cincuenta y cinco toesas; pero el resto de la bóveda en toda la iglesia solo se levanta veinte y cuatro. Todo el pavimento es de mármol, y la bóveda dorada. En medio de los brazos se descubre el altar mayor bajo la misma cúpula del domo. No hay en el mundo cosa que iguale á la magnificencia y á la suntuosidad de este altar, ni al rico dosel de bronce con que le mandó cubrir el papa Urbano VIII. Despues de la eleccion del papa se le conduce á este altar, y en él es reconocido por sucesor de S. Pedro. Ninguno puede decir misa en él sino el sumo pontífice, ó á quien dé espresa licencia para celebrarla. Debajo del mismo altar esta *la confesion de S. Pedro*; porque así se llamó siempre el sepulcro donde descansa el cuerpo del santo Apóstol. La plaza que está delante de la misma iglesia es tambien la admiracion de los estranjeros. El diseño fué del caballero Bermini, y el papa Alejandro VII le mandó ejecutar. Rodéala una hermosa galería, y es toda ella de figura oval, con trescientos pasos de largo, y doscientos y veinte de ancho. Trescientas veinte y cuatro columnas sostienen la galería enriquecida con una balaustrada en que se dejan ver las estatuas de los doce apóstoles, con las de otros muchos santos, hasta el número de ochenta y ocho, y las armas de Alejandro VII. Elévase en medio de esta plaza, entre dos hermosas fuentes, la pirámide ó el obelisco mas magnífico de todo el universo. Todo él es de una pieza de mármol granito, y esta admirable pieza tiene trece toesas y dos pies de alto, sin comprender la elevacion de la basa ni de su pedestal. El remate de la pirámide era en otro tiempo la urna donde estaban las cenizas de Julio César; pero hoy la remata una cruz de bronce. La iglesia de S. Pablo, estramuros, es tambien de singular veneracion, y muy frecuentada de los fieles.

La dedicacion de estas dos célebres basílicas es la que solemniza hoy la Iglesia en todo el universo, y no hay quien ignore ni el objeto ni el fin de esta solemnidad. Ya se sabe que la dedi-

cacion de una iglesia es un acto esterior de religion que siempre debe hacer un obispo; en cuya virtud un edificio material, por particular bendicion se convierte en casa de Dios, en la cual deben los fieles rendirle aquel religioso culto que es tan debido á su adorable Majestad. Y estando los templos destinados, por especial institucion, al servicio de Dios para reverenciarle singularmente en ellos, su dedicacion es acto de religion que los convierte en casa especial, palacio sagrado, y como santuario adonde pueden entrar todos los fieles para tributar á Dios la veneracion, el homenaje y la adoracion que le corresponde como á soberano Señor de cielo y tierra.

Hablando Eusebio de las dedicaciones que se celebraron en las ciudades principales del mundo luego que el emperador Constantino dió permiso para que se erigiesen templos públicos al verdadero Dios, dice que nunca se habian visto fiestas mas solemnes, ni donde se hiciese mas visible el regocijo de los pueblos que en aquellas dedicaciones. Concurríase á ellas de las provincias mas remotas, teniéndose por dichosos los príncipes y los reyes que se hallaban presentes á tan religiosas solemnidades, y los obispos acudian en gran número: *Ad hoc episcoporum conventus: peregrinorum ab externis, et disitis regionibus concursus; populorum mutua inter se charitas ac benevolentia, cum membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* Estas palabras de Eusebio deben hacernos observar que la alegría y la solemnidad de las dedicaciones no se fundan en el edificio material de los templos, por suntuoso, por magnífico que sea, sino en la union, concordia y caridad que une á todos los hombres en un templo vivo, de que solo son figura los templos materiales, juntándose los emperadores con los obispos, los obispos y el clero con los pueblos, los pueblos, las provincias y los reinos diversos entre sí para ofrecerse todos juntos á Dios, ofreciéndole una víctima inmortal y divina, que es el mismo Jesucristo: *Una erat divini Spiritus virtus per universa commeans membra; una omnium anima, eadem alacritas fidei; unus omnium conventus divinitatem hymnis celebrantium.* Y esta primitiva solemnidad es la que se celebra el dia de hoy en la fiesta de las dedicaciones.

Cayo, presbítero de la iglesia romana, famoso teólogo, que florecia al fin del segundo siglo, asegura que ya entonces se veneraban los dos sepulcros de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo como dos gloriosos trofeos y antemurales de la religion cristiana: *Ego apostolorum trophæa perspicuè possum ostendere. Nam si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam, quæ Ostiensis dicitur, te conferre, trophæa illorum, qui illam ecclesiam suo sermone, et virtute stabilierunt, invenies.*

La misa es de la fiesta, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la consagracion de esta iglesia, dedicada á vos, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno los ruegos de este pueblo, y otórganos que todos los que entran en este templo para pedirte alguna gracia, tengan la dicha de alcanzar lo que desean. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 21 del Apocalipsi de S. Juan, y la misma que el dia IX, *pág. 161.*

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres, y habitará con ellos. Quien viere como están los cristianos en nuestras iglesias, ¿se persuadirá á que son las casas del Señor? ¿Puede llegar á mas la irreverencia, la falta de respeto, de compostura, y aun la impiedad con que se está en ellas? Ya no es una profanacion secreta; es una irreligion pública, escandalosa, atrevida, descarada: es la abominacion de la desolacion en el lugar santo. ¿Qué hombre hay tan vil que á lo menos en su casa no encuentre asilo seguro contra un insulto? Siendo nuestro Dios tan ofendido casi en todos los demás lugares, ¿no seria razon que estuviese á cubierto contra los ultrajes de sus propios hijos á lo menos en su santo templo? ¿es posible que la impiedad ha de llegar á insultar impunemente al Redentor hasta en su mismo trono? Sus altares, respetables á los mismos demonios, ¿no serán respetados de los cristianos, y nunca han de ser barrera segura contra su insolencia? ¿Será acaso porque no haya quedado ya en tanto número de libertinos ni una leve tintura de religion que los mueva á respetar el lugar santo, siquiera mientras dura el tremendo sacrificio? Pues le queda libre tanto espacio á su desenfrenada licencia; pues todos los demás sitios son para ellos lugares de disolucion, dejen siquiera á Jesucristo y á sus templos. ¡Ah, Señor, y á qué os ha reducido el esceso de amor que nos teneis! Si menos solícito de hacernos bien, si menos ansioso de manifestarnos vuestra ternura, ó mas zeloso de vuestra gloria os hubierais quedado en vuestros altares, como en el Tabor, revestido con el esplendor de vuestra majestad, ó suspendiendo menos vuestra indignacion contra los que profanan el sagrado de vuestra casa, hicieseis que se abriese la tierra debajo de sus pies,

ó fulminaseis fuego del cielo contra los que se atreven á perderos el respeto en vuestra presencia y á profanar vuestros templos; seguramente que os hubieran maltratado menos, porque os hubieran temido mas. Pero qué, ¿hemos de ser nosotros ingratos, impíos, sacrílegos, porque el Dios que adoramos sea tan sufrido? Mas quiere Jesucristo disimular en silencio los atrevimientos de los impíos, que atemorizar á las almas justas con ruidosos escarmientos. ¿Pero un ministro de Dios, un gobernador, un magistrado, una persona pública, constituida en dignidad, podrá lícitamente mirar con indiferencia y con frialdad los ultrajes que se hacen al Dios vivo? ¿Y á fuerza de ver las irreverencias que se cometen en el lugar santo, un padre, una madre, una persona de autoridad, autorizará con su silencio, y no pocas veces con su mal ejemplo, unas profanaciones tan escandalosas? ¡Despues de esto nos quejaremos de las calamidades de los tiempos y de los azotes con que nos castiga la divina indignacion!

El Evangelio es del cap. 19 de S. Lucas, y el mismo que el dia IX, *pág. 163.*

MEDITACION.

Del respeto en la iglesia.

Punto primero.—Considera que nuestras iglesias son el lugar mas respetable y mas santo de toda la tierra, así por la consagracion que hace de ellas el obispo, como por el divino sacrificio que en ellas se ofrece, y por la real presencia de Jesucristo en el sacramento del altar. Busca, imagina lugar mas digno en todo el universo, ni que merezca mas nuestro reverente culto. En castigo de nuestros pecados, y por un secreto tan adorable como profundo de su divina providencia, entregó Dios á los infieles la Tierra Santa, poniendo los santos lugares en su poder; ¡pero con cuántas ventajas nos recompensó esta pérdida, santificando tan visiblemente nuestras iglesias! ¿qué hay en el Calvario, ni en el santo Sepulcro que no encontremos en nuestros templos y en nuestros altares? El mismo que santificó aquellos santos lugares con una presencia, digámoslo así, transitoria ó pasajera, ¿no está santificando nuestras iglesias con una presencia permanente? Cristo solo estuvo algunas horas en la cruz y en el Calvario: su adorable cuerpo no estuvo encerrado en el sepulcro mas que tres dias. A la verdad no era menester tanto para constituir santos y sagrados aquellos dichosos lugares, haciéndolos dignos del respeto y de la veneracion de los fieles. No envidiemos la dicha de aquellas devotas personas que lograron el consuelo de besar aquellos peñascos santificados con las sagradas huellas y con la preciosa sangre del Salvador; de ver y de besar aquel glorioso sepulcro consagrado con tan adorable depósito. En nada ceden nuestros altares y nuestras iglesias á la santidad de aquellos lugares. ¿Merecen por ventura menos respeto, menos veneracion, menos reverencia que ellos? ¿atreveríase alguno á subir al monte Calvario como se llegan muchos al altar? ¿atreveríase á entrar en el santo Sepulcro como entran tantos el dia de hoy en nuestras iglesias? Viéronse mas de una vez á los mas augustos emperadores, á las mayores emperatrices y reinas ir arrastrando de rodillas por aquellos santos lugares: ¿vése hoy entrar en nuestros santuarios con la misma devocion, con la misma modestia, con la misma religion, así á los grandes del mundo, como al mas ínfimo pueblo? ¡Buen Dios, qué se hizo de nuestra religion! ¡qué de nuestra fe!

Punto segundo.—Considera que siendo nuestras iglesias el santuario de la Divinidad, y nuestros altares el trono del Dios vivo, no se puede entrar ni estar en ellas con poco respeto, sin cometer un crímen irreligioso, y una escandalosa impiedad. ¿Pero se consideran hoy como tales las inmodestias, la irreverencia y la profanacion con que se entra y con que se está en los sagrados templos? Estos pecados, sobre no ser de su naturaleza ligeros, son muy comunes, son casi universales; ¿mas cuántos hay que se arrepientan verdaderamente de ellos? ¿cuántos que lo confiesen? y porque no lo confiesen, porque sean tan comunes y tan universales, ¿dejarán de ser menos enormes de suyo? ¿serán menos severamente castigados? ¿ultrajarán menos la majestad y la santidad de todo un Dios? ¿irritarán menos su cólera? ¡Ah, que ese aire indevoto, orgulloso, distraido, disipado; esas posturas arrogantes, indecentes y escandalosas con que se está en las iglesias han de causar crueles sobresaltos, amargos arrepentimientos en la hora de la muerte! ¡con qué distinta cara se representarán á una alma alumbrada entonces con las vivas luces de la fe! Son nuestras iglesias como la sala de audiencia de nuestro Dios: allí es donde propiamente escucha nuestras súplicas, recibe nuestros votos, despacha nuestras peticiones. Llámanse oratorios nuestras iglesias, porque en ellas particularmente quiere el Señor que se le haga oracion. En este lugar santo prometió ser favorable á su pueblo, recibir y dar

espediente á nuestros memoriales. Pues ahora la indecencia con que nos dejamos ver en él, la indevocion con que nos presentamos á su vista, las irreverencias que allí se cometen, ¿nos servirán de grande recomendacion con el soberano Dueño á quien venimos á pedir, con el supremo Juez cuyas gracias venimos á solicitar? Suplicamos, pedimos, clamamos, y no somos oidos. ¿Pero como lo hemos de ser si en el mismo templo venimos á ofender á la majestad del Dueño, y á la santidad del Juez? ¡Con qué respeto se entra en casa de los grandes! ¡con qué decencia, con qué compostura, con qué modestia, con qué humildad se pone uno en presencia de un magistrado, delante de un ministro cuando va á pretender alguna gracia! ¿Se observa la misma humildad, la misma compostura, la misma circunspeccion en las iglesias cuando se va á pretender con Dios?

¡Ah Señor, y qué vergonzosa es á los cristianos esta desproporcion! Perdonadme, divino Salvador mio, mi falta de respeto, y mis escandalosas irreverencias. Desde hoy comienzo, mediante vuestra divina gracia, á parecer en las iglesias con muy diferente modo que he parecido hasta aquí.

Jaculatorias. —Entraré, Señor, en tu casa para adorarte en tu santo templo, de manera, que mi modestia y mi respeto den testimonio de mi fe. (*Psalm.* 5.)

Ya no me olvidaré, Señor, de que estoy en tu presencia cuando derramo mi corazon en tu santo templo. (*Psalm.* 141.)

PROPOSITOS.

1 Entre todos los artificios de que se vale el enemigo de nuestra salvacion para hacer inútiles los auxilios y medios que tenemos para salvarnos, quizá no le hay mas pernicioso, ni que le salga mejor que la priesa que se da para rebajar el alto concepto que debiéramos tener desde la cuna de la majestad, verdaderamente divina, y de la santidad de nuestras iglesias. Como en estos augustos templos reside corporalmente la Divinidad, y como en estos santuarios nos franquea Dios los tesoros de sus misericordias, no deja el demonio piedra por mover para borrar, ó á lo menos para disminuir esta religiosa idea de los lugares sagrados, sabiendo muy bien que nunca se da el Señor por mas ofendido, y por mas sensiblemente irritado, que por la falta de respeto y de veneracion á nuestras iglesias. Perder el respeto á estos sagrados lugares es como despreciar personalmente al mismo Dios, es como hacer burla de toda la religion, y es

dar al público un solemne testimonio de nuestra poca ó ninguna fe. De hoy en adelante has de ser de una suma delicadeza en este punto. Entra siempre en la iglesia con modestia ejemplar, los ojos bajos, y guardando un profundo silencio, no hablando en ella sino á solo Dios.

2 Preséntate siempre en el templo decentemente vestido. Es mucha falta de religion ir á la iglesia en traje casero, como lo hacen algunas mujeres profanas, que se guardarian bien de recibir una visita séria de aquel modo, ni de hacerla á personas de respeto. No es menor, menos irreverente, ni menos escandalosa indecencia estar de rodillas sobre una silla ó sobre un banco, como tambien el dormirse en las iglesias. Estas irreverencias, que chocan aun á los mismos infieles, no disuenan tanto á los cristianos porque están acostumbrados á verlas; ¿pero serán por eso menos escandalosas? Toda tu vida has de tener grande horror á todas estas especies de irreligion, considerándolas como otros tantos perniciosos escándalos que desacreditan indeciblemente nuestra santa religion en el concepto de los herejes y de los infieles. En todas las confesiones te has de acusar de tu falta de respeto y de devocion en la iglesia. Esta devocion y este respeto es una de las cosas que mas debes inculcar á tus hijos y á tus criados; pero ve tú delante con el ejemplo, porque ninguna cosa contribuye tanto á la reformacion de las costumbres y á inspirar la devocion como este religioso respeto.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de santa Isabel viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, de la tercera órden de S. Francisco, en Marburg de Alemania; la cual ejercitada continuamente en obras de piedad, y esclarecida en milagros, murió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

El triunfo de san Ponciano, papa y mártir, en el mismo dia; el cual por mandato del emperador Alejandro fué desterrado á Cerdeña, juntamente con el presbítero Hipólito; y allí azotado con manojos de varas hasta espirar, alcanzó la corona del martirio. El papa Fabian hizo trasladar su cuerpo á Roma, y lo depositó en el cementerio de Calixto. (Se ha dicho ya en otra ocasion que si bien es verdad que bajo el imperio de Alejandro fué favorecido por la corte el culto cristiano, y no perseguido, con todo, muchos magistrados siendo enemigos terribles del Cristianismo, hacian todo el daño que podian á los fieles sin saberlo el emperador, aunque obraban en su nombre. «El Calendario Liberiano dice que S. Ponciano ocupó la cátedra cinco años desde la muer-

espediente á nuestros memoriales. Pues ahora la indecencia con que nos dejamos ver en él, la indevocion con que nos presentamos á su vista, las irreverencias que allí se cometen, ¿nos servirán de grande recomendacion con el soberano Dueño á quien venimos á pedir, con el supremo Juez cuyas gracias venimos á solicitar? Suplicamos, pedimos, clamamos, y no somos oidos. ¿Pero como lo hemos de ser si en el mismo templo venimos á ofender á la majestad del Dueño, y á la santidad del Juez? ¡Con qué respeto se entra en casa de los grandes! ¡con qué decencia, con qué compostura, con qué modestia, con qué humildad se pone uno en presencia de un magistrado, delante de un ministro cuando va á pretender alguna gracia! ¿Se observa la misma humildad, la misma compostura, la misma circunspeccion en las iglesias cuando se va á pretender con Dios?

¡Ah Señor, y qué vergonzosa es á los cristianos esta desproporcion! Perdonadme, divino Salvador mio, mi falta de respeto, y mis escandalosas irreverencias. Desde hoy comienzo, mediante vuestra divina gracia, á parecer en las iglesias con muy diferente modo que he parecido hasta aquí.

Jaculatorias. —Entraré, Señor, en tu casa para adorarte en tu santo templo, de manera, que mi modestia y mi respeto den testimonio de mi fe. (*Psalm.* 5.)

Ya no me olvidaré, Señor, de que estoy en tu presencia cuando derramo mi corazon en tu santo templo. (*Psalm.* 141.)

PROPOSITOS.

1 Entre todos los artificios de que se vale el enemigo de nuestra salvacion para hacer inútiles los auxilios y medios que tenemos para salvarnos, quizá no le hay mas pernicioso, ni que le salga mejor que la priesa que se da para rebajar el alto concepto que debiéramos tener desde la cuna de la majestad, verdaderamente divina, y de la santidad de nuestras iglesias. Como en estos augustos templos reside corporalmente la Divinidad, y como en estos santuarios nos franquea Dios los tesoros de sus misericordias, no deja el demonio piedra por mover para borrar, ó á lo menos para disminuir esta religiosa idea de los lugares sagrados, sabiendo muy bien que nunca se da el Señor por mas ofendido, y por mas sensiblemente irritado, que por la falta de respeto y de veneracion á nuestras iglesias. Perder el respeto á estos sagrados lugares es como despreciar personalmente al mismo Dios, es como hacer burla de toda la religion, y es

dar al público un solemne testimonio de nuestra poca ó ninguna fe. De hoy en adelante has de ser de una suma delicadeza en este punto. Entra siempre en la iglesia con modestia ejemplar, los ojos bajos, y guardando un profundo silencio, no hablando en ella sino á solo Dios.

2 Preséntate siempre en el templo decentemente vestido. Es mucha falta de religion ir á la iglesia en traje casero, como lo hacen algunas mujeres profanas, que se guardarian bien de recibir una visita séria de aquel modo, ni de hacerla á personas de respeto. No es menor, menos irreverente, ni menos escandalosa indecencia estar de rodillas sobre una silla ó sobre un banco, como tambien el dormirse en las iglesias. Estas irreverencias, que chocan aun á los mismos infieles, no disuenan tanto á los cristianos porque están acostumbrados á verlas; ¿pero serán por eso menos escandalosas? Toda tu vida has de tener grande horror á todas estas especies de irreligion, considerándolas como otros tantos perniciosos escándalos que desacreditan indeciblemente nuestra santa religion en el concepto de los herejes y de los infieles. En todas las confesiones te has de acusar de tu falta de respeto y de devocion en la iglesia. Esta devocion y este respeto es una de las cosas que mas debes inculcar á tus hijos y á tus criados; pero ve tú delante con el ejemplo, porque ninguna cosa contribuye tanto á la reformacion de las costumbres y á inspirar la devocion como este religioso respeto.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de santa Isabel viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, de la tercera órden de S. Francisco, en Marburg de Alemania; la cual ejercitada continuamente en obras de piedad, y esclarecida en milagros, murió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

El triunfo de san Ponciano, papa y mártir, en el mismo dia; el cual por mandato del emperador Alejandro fué desterrado á Cerdeña, juntamente con el presbítero Hipólito; y allí azotado con manojos de varas hasta espirar, alcanzó la corona del martirio. El papa Fabian hizo trasladar su cuerpo á Roma, y lo depositó en el cementerio de Calixto. (Se ha dicho ya en otra ocasion que si bien es verdad que bajo el imperio de Alejandro fué favorecido por la corte el culto cristiano, y no perseguido, con todo, muchos magistrados siendo enemigos terribles del Cristianismo, hacian todo el daño que podian á los fieles sin saberlo el emperador, aunque obraban en su nombre. «El Calendario Liberiano dice que S. Ponciano ocupó la cátedra cinco años desde la muer-

te de S. Urbano I, en el año 230, gozando entonces la Iglesia de la paz que la concedió Alejandro Severo. Pero Maximiano, que se abrió la puerta al trono con el asesinato del emperador Alejandro, en mayo del año 235, principió su reinado levantando una cruel persecucion. Y este bárbaro fué, á lo que parece, y no Alejandro, el que desterró á S. Ponciano á la isla de Cerdeña, donde murió en el mismo año, sino al rigor del cuchillo, al furor á lo menos de las incomodidades y penas de su destierro.» *Butler.*)

San Abdias, profeta, en Samaria. (Abdias, que se interpreta *siervo de Dios*, no se sabe precisamente en que tiempo profetizó. Los hebreos en su cánon ponen en cuarto lugar su profecía, por lo que muchos son de sentir, que vivió en el reinado de Ozias. S. Jerónimo dice que éste es el mismo que alimentó á los cien profetas, que se habian ocultado en cavernas por librarse del furor de Jezabel; y si esto es así, floreció en el reinado de Acab, y mucho antes que Ozias. El mismo S. Jerónimo hace mencion del sepulcro de este profeta, diciendo, que en su tiempo era venerado en Sebaste, juntamente con el de Eliseo, y con el de S. Juan Bautista, y que Dios le honraba con frecuentes é insignes milagros. Su profecía contiene solo un capítulo, y usa de ella la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de la feria sexta de la dominica cuarta de noviembre. Es otro de los profetas menores, y tiene el cuarto lugar. *Scio.*)

El triunfo de san Máximo, presbítero y mártir, en Roma en la via Apia; el cual padeció y murió durante la persecucion de Valeriano, y fué sepultado en la iglesia de S. Sixto.

San Barlaan, mártir, en Cesarea de Capadocia; el cual aunque rústico é ignorante, fortificado con la sabiduría de Cristo venció al tirano, y con la constancia de la fe venció tambien al mismo fuego: san Basilio predicó un escelente panegírico en el dia de su festividad.

San Crispin (ó Crispino), obispo, en la ciudad de Ecija; el cual siendo degollado alcanzó la gloria del martirio. (Este santo obispo gobernó aquella santa Iglesia y apacentó á sus súbditos con la santa doctrina de Jesucristo. Fué preso por los gentiles; y como se negase enteramente á dar culto á los ídolos, probada su constancia con hambre, sed y fuego, alcanzó al fin la palma de mártir tal dia como hoy, imperando Diocleciano.)

Los santos mártires Severino, Exuperio y Feliciano, en Viena de Francia; cuyos cuerpos al cabo de muchos años fueron hallados por revelacion de los mismos Santos, y el obispo, clero y pueblo de aquella ciudad, los recogieron y depositaron con gran pompa en lugar mas digno.

San Fausto, diácono de Alejandría, en el mismo dia; el cual primero en la persecucion de Valeriano, fué desterrado junto con S. Dionisio, y despues en la persecucion de Diocleciano, siendo ya muy anciano fué degollado, y así alcanzó la corona del martirio.

El martirio de los santos Aza y sus ciento y cincuenta compañeros soldados, en Isauria, en tiempo del emperador Diocleciano, por el tribuno Aquilino. (Era Aza un solitario de Isauria. Siendo de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



STA. ISABEL
DE UNGRIA VIUDA.

latado al tribuno Aquilino, mandó éste prenderlo, y despues de haberle interrogado, mandó que atado por los cabellos le colgasen de un árbol, y le arasen el cuerpo con hierros dentados. Luego lo metieron en un horno encendido, del cual salió sin lesion. A vista del milagro se convirtieron á Jesucristo la mujer y una hija del tribuno, y tambien soldados que habian presenciado el tormento; y todos juntos, en número de ciento y cincuenta, acabaron con Aza la vida, siendo degollados, por los años de 304.)

SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, VIUDA.

Santa Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Gertrudis, hija del duque de Carintia, fué una princesa segun el corazon de Dios. Desde su mas tierna edad fué prometida para esposa al landgrave de Turingia, á cuya corte la llevaron cuando cumplió los cuatro años, y en ella se crió en compañía de la princesa Inés, hermana del príncipe, su futuro marido. Previnola el Señor con las bendiciones de su dulzura; y en medio de su niñez, conociendo la majestad de este gran Dios, se postraba penetrada de respeto en su divina presencia, como lo acredita el suceso siguiente. Criándose en compañía de la princesa Inés, se ponia siempre el mayor cuidado en que las dos princesas anduviesen uniformemente vestidas: iguales galas, iguales joyas, y en todo iguales insignias. Cuando iban á la iglesia las ponian en la cabeza unas coronas de oro, cuajadas de preciosa pedrería, y las acompañaba Sofía, madre del landgrave de Turingia. Pero luego que entraban en el templo, Isabel se quitaba la corona; y como la reprendiesen por eso, respondió la santa niña: *No permita Dios que tenga yo valor para ponerme con una rica corona sobre la cabeza en la presencia de un Dios, coronado de espinas y enclavado en una cruz por mi amor.* Una tierna princesa, en la flor de su edad, con todas las insignias de la soberanía, y en una corte tan brillante, empapada en máximas tan cristianas, muy desde luego arrebató hácia sí la admiracion universal. No se hablaba de otra cosa que de sus raras virtudes. Hechizaba á toda la corte su modestia, su cordura y su tierna devocion. Confió Dios este precioso tesoro al landgrave de Turingia. Casóse con ella luego que entró en los catorce años; mas no por eso se dividió el corazon de la princesa. Con el mismo amor con que amaba á Dios, amaba á su marido. Cada dia crecia su piedad, porque cada dia descubria mas y mas lo mucho que dependia de Dios. En cierto dia muy solemne salió de su palacio, acompañada de una corte tan numerosa como brillante, soberbiamente vestida, y la corona en la cabeza. Rodeada con todo el esplendor de tanta magni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficencia, entró en la iglesia, y el primer objeto que se la presentó á la vista fué la imágen de un devoto crucifijo, reducido por su amor á la desnudez de la cruz. Movido su tierno corazon á vista de tan doloroso objeto inclinó hácia él con profunda veneracion su coronada cabeza; y siendo sus ojos intérpretes fieles de sus interiores afectos, se desataron en lágrimas, y reprendiéndose á sí misma la devotísima princesa, se decia: *Viendo estoy aquí á mi Criador, á mi Redentor y á mi Dios: él espira en un infame madero, revestido únicamente de la afrentosa ignominia del Calvario; y yo, miserable de mí, ¿tengo aliento para presentarme en su templo revestida de púrpura, y cubierta de pedrería? una corona de penetrantes espinas ensangrienta cruel su divina, su delicada cabeza; ¿y la mia brilla con el resplandor del oro? Abandonándole sus discípulos, hartándole de oprobios los judíos; ¿y á mí todos se apresuran solícitos por honrarme, todos me respetan, y me veo rodeada de una numerosa corte? ¿es este el profundo respeto con que debo venerar á mi gran Dios? ¿es este el agradecimiento de que por tantos títulos le soy deudora? ¿es este el amor con que correspondo á su amor?*

Así se desahogaba Isabel, cuando el dolor se exaltó hasta sofocarla la voz: mudósela el color, púsose pálida, pasmóse, desfalleció. Desmayóse Estér á vista del aparato majestuoso del trono; y queda Isabel sin sentido á vista de la majestad de un Dios en cuya presencia se aniquila. Llevaba debajo de sus magníficos vestidos un áspero cilicio. ¡Pero quién podrá esplicar dignamente su caridad con los pobres! Toda miseria enternecia su corazon, y su corazon enternecido desterraba con pronto socorro toda miseria. Como Dios es la misericordia misma, y nunca se deja vencer en punto de liberalidad, manifestaba con prodigios lo agradable que le era la caridad de Isabel. Habian de comer en público los landgraves un dia de ceremonia: ya estaban esperando á Isabel para sentarse á la mesa, y la Santa iba con alguna priesa para que el landgrave no aguardase tanto por ella, cuando oyó á un pobre que la pedia limosna. No tenia que darle á la sazon, y le dijo que tuviese un poco de paciencia que muy presto se la enviaria; pero el pobre que no entendia de razones, volvió á instar que no pasase adelante sin socorrer á un miserable. No pudo resistirse á estas palabras su caritativo corazon: paróse, y movida de compasion mandó que diesen á aquel pobre su mismo manto, que no era de poco precio. Recibióle el pobre, y salióse al instante de palacio. Un cortesano que fué testigo de aquella accion caritativa, se adelantó para referírsela al landgrave: éste salió al encuentro á Isabel, y la dijo: *Pues, señora, ¿qué habeis*

hecho de vuestro manto?—Allí está colgado, respondió la Santa. Con efecto, acercóse el príncipe al sitio que señalaba la princesa; y vió el manto, tocóle, y halló ser el mismo que habia dado al pobre. Así autorizaba Dios con milagros la caridad de Isabel. Movida de esta misma estraordinaria caridad, se resistia á vestir galas por ahorrar con que socorrer mas abundantemente á los pobres. En cierta importante ocasion obró Dios tambien otro prodigio para que no quedase avergonzada de que la viesen en un humilde traje menos correspondiente á su grandeza. Enviaba el rey de Hungría una solemne embajada al landgrave, su marido; y como este no la viese con toda aquella magnificencia que correspondia á la celebridad de la embajada, la dijo, no sin algun desabrimiento: *Señora, estoy corrido de que no esteis vestida como era razon para recibir á los embajadores de tan gran rey.—Perded, señor, cuidado* (le respondió la Santa), *ya sabeis que nunca deseé agradar con mis vestidos á los ojos de los hombres temiendo desagradar á los de Dios.* Despues que los embajadores espusieron su comision al landgrave, desearon besar la mano á la princesa. Admitiólos á su audiencia, y luego que se dejó ver la Santa, aquel Señor, que está vestido de gloria, cercado de magnificencia, y todo cubierto de luz, derramó súbitamente sobre la princesa un esplendor tan estraordinario, que quedaron asombrados los embajadores. Embargadas las palabras con el pasmo, con la admiracion y con el respeto, solo pudieron decir, que no creian hubiese en todo el universo princesa mas virtuosa ni de mayor mérito.

Sabiendo muy bien que la ociosidad es la cosa mas opuesta á la verdadera virtud y devocion, empleaba en la labor todo el tiempo que la sobraba de sus ejercicios espirituales y obras de misericordia en que se ocupaba. Era verdadero retrato de Isabel el que hace el Espíritu Santo de la mujer fuerte en la sagrada Escritura; humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida como correspondia á su elevacion, pero sin profanidad; inspiraba en todos veneracion á la virtud, haciéndola amable su apacibilidad y su modestia. Admiraba y hechizaba á todos el agrado con que recibia y con que trataba á todo el mundo. Una de sus principales atenciones era el vivir bien con el esposo que el cielo la habia concedido, cuidando de fomentar la paz y la virtud en su familia. Ni era la menor de sus prendas la vigilancia sobre todas las personas de su corte, y la exactitud en pagar el sueldo á los que estaban en su servicio, dándoles socorros y ayudas de costa estraordinarias en sus urgencias y necesidades; de modo que en su palacio todos la miraban como madre.

No consistia la labor de sus manos en obras de oro y seda para emplearlas en la vanidad: trabajaba con sus damas en rastrillar y en hilar lana, de que hacia fabricar paño para vestir á los pobres y á los religiosos de S. Francisco; pero la labor mas ordinaria y la que era mas de su gusto era remendar los vestidos de los pobres, y lavar por sus manos la ropa de los altares. Sobre todo triunfaba en los hospitales su heróica caridad, avergonzando, por decirlo así, con ella y con su fervor á las personas mas fervorosas y mas caritativas. No parecia posible caridad mas heróica, mas verdaderamente real ni mas cristiana que la de nuestra Isabel.

El año de 1225 afligió á toda Alemania una cruel hambre; y aprovechando la ocasion de hallarse ausente el landgrave, mandó repartir entre los pobres de Turingia y de Hesse todo el trigo que se habia recogido en sus estados. Y porque los pobres no tuviesen el trabajo de subir al castillo de Marpurg, edificado sobre un peñon elevado y escarpado, mandó fabricar un hospital muy capaz á la falda del peñasco, y todos los dias bajaba á él la Santa á pié muchas veces para atender personalmente á todas sus necesidades. A unos hacia las camas, á otros los sazonaba por sus manos la comida, y á todos los servia con tanto zelo, con tanto amor y con tanta solicitud, que desde entonces la comenzaron á llamar la madre de los pobres. A su vista se mantenian todos los dias novecientos, sin los demás que de su órden se sustentaban en sus estados.

Luego que el landgrave se restituyó de su viaje á la Pulla, acudieron á él sus tesoreros, y le dieron grandes quejas de los escesos y de la profusion en limosnas de la princesa su mujer. El landgrave, á quien los ejemplos de esta habian hecho uno de los príncipes mas cristianos del mundo, los respondió: *¿Ello no se ha perdido ninguna de mis plazas? pues estoy muy contento, y no menos seguro de que nada me faltará mientras mi esposa la princesa tenga libertad para dar á los pobres lo que quisiere:* máximas muy dignas de tan gran príncipe, á quien con razon se le apellidaba Ludovico Pio. Movido de esta misma generosa y sólida virtud, tomó la cruz en la Cruzada que el papa mandó predicar contra los infieles para el recobro de la Tierra Santa. Solo el motivo de la religion pudo hacer soportable al príncipe y á la princesa una separacion tan dolorosa; pero este no fué mas que un preludio de los sacrificios que queria el Señor le hiciese nuestra Santa.

Apenas llegó el landgrave á Otranto en la Calabria, cuando cayó mortalmente enfermo, y murió en aquella ciudad el dia 11 de

setiembre del año de 1227. La noticia de esta muerte fué una de las mas terribles pruebas que la princesa tuvo que sufrir. Luego que tributó los últimos fúnebres obsequios á la tierna memoria de su difunto marido, se despojó de todos sus ornamentos, y se vistió de lana como una mujer humilde y particular. Desprendida ya de lo que mas amaba en la tierra, tardó muy poco en desembarazarse de todo lo que poseia en ella. A instancia de los grandes tomó el gobierno de los estados el jóven Enrique, hermano del landgrave difunto. Hízose causa á la princesa como disipadora en limosnas de las rentas del estado. Despojósela de todos sus bienes, arrojósela ignominiosamente de palacio, sin familia, sin criados y sin tren, reducida á pedir limosna. No hubo quien la quisiese recoger en su casa por miedo al nuevo gobierno. Pasaba todo el dia en la iglesia, y de noche se refugiaba en un establo medio derribado donde solian abrigarse los mendigos, sustentándose con unos mendrugos de pan que la daban por caridad ocultamente y á escondidas. En tan universal abandono y en tan lastimoso estado, la salia al semblante la interior alegría del corazon, á pesar de un tratamiento tan indigno. Desde la primera noche de su desgracia, y luego que amaneció el dia siguiente se fué á la iglesia de los religiosos franciscos, y mandó cantar en ella el *Te Deum* en accion de gracias. Inmediatamente despues hizo voto de perpetua castidad, juntamente con dos damas suyas de honor que nunca la quisieron abandonar, teniendo la Santa á la sazon solos veinte años. No es fácil esplicar lo mucho que tuvo que padecer de los parientes del landgrave, su marido, de los grandes del país y aun de sus mas ínfimos vasallos; permitiéndolo así Dios para que resplandeciese mas su eminente santidad, y para dejar al mundo el ejemplo mas ilustre de la paciencia cristiana. Movido de compasion un santo sacerdote viendo que de todas partes la arrojaban, aun de los hospitales que ella misma habia fundado, la quiso recoger en su casa; pero no bien habia entrado en ella, cuando la hicieron salir con tropelía y con violencia. De esta manera la hija de un gran rey, la mujer de uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, la madre del heredero de todos aquellos grandes estados, y la madre de todos los pobres se vió reducida á la última necesidad, á la mas abatida y mas lastimosa miseria.

Pero un estado de tanta humillacion y de tanto abatimiento no fué capaz de turbar su tranquilidad y su alegría, ni de alterar un punto aquella constante dulcísima mansedumbre. Habiéndola reconciliado con Enrique, su tio, el obispo de Bamberg, hizo que se la entregase su dote. No bien le recibió, cuando le re-

partió entre los pobres; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, tomó el hábito de la tercera órden de S. Francisco, siendo despues su mas ilustre ornamento.

No contenta con padecer todo lo que podia ser mas repugnante al amor propio, lo mas duro, lo mas fuerte, lo mas insoportable á su cuna, á su elevacion, á su estado y á sus floridos años, añadió á las antiguas penitencias otras nuevas que tocaban la raya de escesivas. Era todo su sustento unas yerbas ó legumbres cocidas en agua, sin otra sazon ni salsa, y unos mendrugos de pan duro. Su vestido de lana tosca sin teñir y de vil precio; cuando se rompia ó estaba muy usado le remendaba con los mas humildes trapos que la venian á la mano; y habiendo dado á los pobres todo cuanto tenia, hilaba lana para ganar de comer. Hizo fabricarse en Marpurg una choza de tierra cubierta de tablas tan mal unidas, que no eran capaces de defenderla contra el rigor de los temporales. En medio de estas voluntarias penitencias la servia de grande consuelo tener en su compañia á sus queridas Isentrudis y Guta, mas amantes y mas fieles á su señora en tiempo de su desgracia, que en el de su mayor esplendor. Tambien la pidió Dios este sacrificio: costóle mucho; pero se le consagró luego que su director, hombre interior y espiritual, la dió á entender que aquel apego era algun estorbo á la perfeccion.

No podia menos de ser muy poderosa con Dios una virtud tan eminente. Vió en sueños una noche el triste estado en que se hallaba la reina su difunta madre: levantóse de la cama, y púsose en oracion, pidiendo al Señor por el descanso de su alma. Volvióse á acostar, y en otro segundo sueño se la apareció la difunta reina, y la dió gracias por haberla librado de las penas que padecia, asegurándola que sus oraciones eran sumamente agradables á los ojos de Dios. Vino á visitarla un caballero jóven, llamado Bertoldo, de vida muy estragada, y quedó tan compungido á vista de la modestia y de la virtud de la princesa, que la rogó le encomendase á Dios pidiéndole su conversion. *Si hablas de veras y con sinceridad* (le replicó la Santa) *hagamos oracion los dos.* Luego que el jóven se puso en oracion con la princesa se sintió enteramente mudado, y su corazon tan penetrado de un vivísimo dolor por sus desórdenes pasados, que comenzó á esclamar: *Basta, señora, basta: oidas han sido del Señor vuestras oraciones;* y despidiéndose de Isabel, tomó el hábito de S. Francisco, pasando el resto de sus dias en pobreza, en oracion y penitencia.

Muerta Isabel enteramente al mundo, solo vivia en el amor de su Dios, á quien jamás perdia de vista. Era su vida una continuada oracion, y su oracion una contemplacion elevada. La ternura

y la confianza en la santísima Vírgen era la devocion de su cariño, no acertando á hablar de esta Señora sino arrebatada de gozo, y como estática de amor. Quiso, en fin, premiar el cielo cuanto antes una virtud tan estraordinaria; y habiéndosela aparecido Jesucristo, la convidó con la estancia feliz de los bienaventurados. Noticiosa del dia de su muerte, se preparó para ella con renovacion visible de su acostumbrado fervor; y aunque no era grave, al parecer, la enfermedad que sentia, quiso recibir los santos sacramentos, lo que hizo con tan tierna, con tan fervorosa devocion, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Las conversaciones que tuvo despues, todas eran de la mayor edificacion, todas vivas y eficaces, dirigidas á ponderar las ventajosas dulzuras que se esperimentan en el amor de Dios, y la despreciable vanidad de las grandezas humanas. Tres dias antes de su muerte pidió que á nadie se dejase entrar en su cuarto sino precisamente á los que podian ayudarla á bien morir. En fin el dia 19 de noviembre del año 1231 entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador á los veinte y cuatro años de su edad, siendo los cuatro últimos de su vida una cadena continuada de durísimas tribulaciones.

Cuatro dias estuvo espuesto el cadáver por el inmenso concurso de gentes que acudió de todas partes á venerarle con ansiosa devocion. Enterróse despues con grande solemnidad en la capilla inmediata al hospital de Marpurg que la misma Santa habia edificado, manifestando Dios despues de su muerte la santidad de su fidelísima sierva con multitud numerosa de milagros. Cuéntanse diez y seis muertos resucitados, sin una infinidad de enfermos desahuciados que cobraron la salud por su poderosa intercesion; tanto que el papa Gregorio IX muy informado ya de la heróica santidad de la princesa desde el primer año de su pontificado, cuatro años despues de su muerte la canonizó y puso en el catálogo de los santos con solemnidad verdaderamente estraordinaria.

El año siguiente, que fué el de 1236, fué elevado de la tierra el santo cuerpo por el arzobispo de Maguncia, y espuesto á la pública veneracion de los fieles, asistiendo á esta ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero por sus imperiales manos la losa de la sepultura, y puso al cadáver una corona de oro en la cabeza. Halláronse presentes á esta devotísima funcion el jóven landgrave Herman, hijo de la Santa, y las princesas Sofía y Gertrudis, hermanas del landgrave, y tambien hijas de la misma Isabel. El concurso de prelados y de príncipes del imperio y del otro gentío que acudió á esta solemne trasla-

cion del santo cuerpo fué tan grande, que se asegura pasaba de doscientas mil personas. Estendióse por toda la ciudad la suavísima fragancia que exhaló su sepultura, y fueron encerradas las preciosas reliquias en una rica urna que se colocó en el altar del hospital. Parte de ellas se trasladaron despues á la iglesia de los carmelitas de Bruselas, y parte á la magnífica capilla de Roche-Guyon sobre el rio Sena.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue:

Alumbra, ó Dios de misericordia, los corazones de tus fieles, y movido de los gloriosos ruegos de Sta. Isabel, haz que menospreciemos las prosperidades del mundo, y que esperimentemos continuamente la alegría de los consuelos celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 de los Proverbios.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las estremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. La pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró, y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfago: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y estendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo, y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentáre con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada: tambien su marido, y la elogió: Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadla del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que las riquezas que vienen de las últimas estremidades de la tierra. Este es el mas magnífico, el mas bello elogio que se puede hacer de una mujer escelentemente virtuosa. ¿Pero el dia de hoy se podrá aplicar á muchas este magnífico elogio? Ensálzase en él la modestia, la compostura, la circunspeccion de una señora cristiana que en un traje majestuosamente modesto y sencillo coloca todo su mérito en desempeñar perfectamente hasta las mas menudas obligaciones de su estado, y en hacerse distinguida por su humildad y por su ejemplar edificacion. Alábase su aplicacion y su desvelo en prevenir las menores necesidades de todos aquellos que están á su cuidado. Alábase su amor al retiro, su desvío de las concurrencias mundanas, y su aborrecimiento á todo lo que sea galas, fausto, ostentacion y profanidad. El santo temor de Dios, dice el Espíritu Santo, que es el principio de la sabiduría, es tambien en ella como la basa, como el cimiento de todas sus nobles prendas. Teme á Dios y le ama; siendo una de sus primeras atenciones el cuidado de vivir bien con el esposo que el cielo la destinó, y de mantener la paz y el órden en su arreglada familia. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida segun su condicion, segun su clase, pero nunca con profanidad, inspira en todos respeto y veneracion á su virtud. Hácese admirar por el grave, pero apacible agrado con que trata á todo el mundo, no menos que por sus palabras, las cuales respiran todas peso, juicio, discrecion, honestidad y prudencia. Ni es la menor de sus celebradas prendas la exactitud con que paga el salario á sus criados, y el amoroso desvelo con que los socorre en sus necesidades. Pero sobre todo, su caridad con los menesterosos la gana el corazon de los pobres. El tiempo que no la ocupan las obligaciones de su estado, las devociones y el ejercicio de otras obras de misericordia, le emplea todo en la labor, huyendo cuidadosamente de la ociosidad como el escollo mas peligroso de la inocencia y de la virtud. El retrato es muy vivo; es verdaderamente original; ¿pero se podrá llamar copia fiel de muchas señoras de nuestros tiempos? No pinta el Espíritu Santo á su cristiana heroína con los naipes en la mano: conténtase con ponerla en ella un huso y á la cintura una rueca. ¿Entrarian hoy

estos instrumentos en el retrato de una dama á la gran moda? ¡Cuántas hay que acabando de salir del polvo de su nacimiento y de la bajeza de su condicion pensarian acreditarse de mujeres plebeyas y ordinarias si las vieran con una rueca á la cintura! ¿En este retrato que hace el Espíritu Santo se hallan por ventura muchos rasgos que se parezcan á aquellas damas que pasan la vida en el juego, en el baile, en los pasatiempos y en profanas diversiones?

El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un Padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las aflicciones.

Punto primero.—Considera, que las aflicciones son un tesoro; pero un tesoro escondido y muy ignorado, aunque tan comunes á todo el mundo, porque son pocos los que conocen lo que valen. En las aflicciones se encuentra la proteccion de Dios, el vigor del alma, un compendio de las virtudes, y la perfeccion de la santidad. Semejantes á aquellos vientos impetuosos que á la verdad incomodan, pero purifican el aire, y nos restituyen la serenidad del cielo. Las aflicciones solo amargan á los sentidos y al amor propio; mas una alma cristiana esperimenta bien su dulzura, su consuelo y su incomparable suavidad. Son remedios

ingratos al paladar; pero provechosos para las enfermedades del alma: si esta no siente luego su eficacia, con el tiempo la conoce, pues van obrando poco á poco y la restituyen la salud. No solo debilitan las pasiones, sino que enteramente las abaten. Descaminase el hombre en esta vida, y la ceguedad sigue muy de cerca los estravíos del entendimiento y del corazon. Es menester un milagro para restituir la vista á estos ciegos voluntarios: es menester un milagro para que conozcan sus descaminos y los enmienden. Pues las aflicciones hacen este milagro cuando se sufren con un espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano. Habia mas de veinte años que los hijos del patriarca Jacob habian vendido á su hermano José. Vivian con la mayor tranquilidad, gozando el fruto de su delito, como amodorrados en un profundo letargo. Sucédeles una afliccion, un contratiempo: abren los ojos, tráeles á la memoria su pecado, conocen su enormidad, detéstanle con horror, y conciben un arrepentimiento saludable: *Merito hæc patimur*, esclaman cuando se ven arrestados, *quia peccavimus in fratrem nostrum*. Justamente padecemos estos trabajos porque pecamos contra nuestro hermano. (*Gen.* 42.) ¡Cuántos y cuántos embriagados con sus prosperidades, deslumbrados con la falsa brillantez de una fortuna risueña decian allá dentro de su corazon con el impío de quien habla la Escritura: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Pequé, ¿y qué mal me ha sucedido? Pero sobrevino la afliccion, dió en tierra aquella fortuna, oscurecióse aquella brillantez; una enfermedad, una desgracia, un golpe adverso y no prevenido nos volvió á nuestra primera oscuridad, y de camino nos hizo entrar dentro de nosotros mismos. Conocióse entonces la inconstancia, la vanidad de los bienes de la tierra: perdióse el gusto á ellos, y se comprendieron las verdades de la religion. Acabóse de conocer que solo Dios es el único bien del hombre, y convirtióse el alma á Dios. Despues de él, á la afliccion se debe esta dichosa mudanza. ¡Oh, y qué poco se conoce lo que valen las aflicciones cuando se murmura de ellas!

Punto segundo. —Considera que son pocos los santos que no hallasen en las aflicciones un precioso tesoro de riquezas para la otra vida; y así todos recibieron las aflicciones y los trabajos como beneficios de Dios, persuadidos á que el aprovecharse de ellos es señal poco dudosa de predestinacion. Lo mismo juzgan todos á la hora de la muerte. Por mas feliz y por mas favorecida del Señor se reputa á Sta. Isabel cuando oprimida de trabajos y de adversidades, que cuando elevada en el trono, cubierta de soberanía y de esplendor. Su caridad habia sido asombrosa, su devo-

estos instrumentos en el retrato de una dama á la gran moda? ¡Cuántas hay que acabando de salir del polvo de su nacimiento y de la bajeza de su condicion pensarian acreditarse de mujeres plebeyas y ordinarias si las vieran con una rueca á la cintura! ¿En este retrato que hace el Espíritu Santo se hallan por ventura muchos rasgos que se parezcan á aquellas damas que pasan la vida en el juego, en el baile, en los pasatiempos y en profanas diversiones?

El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un Padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las aflicciones.

Punto primero.—Considera, que las aflicciones son un tesoro; pero un tesoro escondido y muy ignorado, aunque tan comunes á todo el mundo, porque son pocos los que conocen lo que valen. En las aflicciones se encuentra la proteccion de Dios, el vigor del alma, un compendio de las virtudes, y la perfeccion de la santidad. Semejantes á aquellos vientos impetuosos que á la verdad incomodan, pero purifican el aire, y nos restituyen la serenidad del cielo. Las aflicciones solo amargan á los sentidos y al amor propio; mas una alma cristiana esperimenta bien su dulzura, su consuelo y su incomparable suavidad. Son remedios

ingratos al paladar; pero provechosos para las enfermedades del alma: si esta no siente luego su eficacia, con el tiempo la conoce, pues van obrando poco á poco y la restituyen la salud. No solo debilitan las pasiones, sino que enteramente las abaten. Descaminase el hombre en esta vida, y la ceguedad sigue muy de cerca los estravíos del entendimiento y del corazon. Es menester un milagro para restituir la vista á estos ciegos voluntarios: es menester un milagro para que conozcan sus descaminos y los enmienden. Pues las aflicciones hacen este milagro cuando se sufren con un espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano. Habia mas de veinte años que los hijos del patriarca Jacob habian vendido á su hermano José. Vivian con la mayor tranquilidad, gozando el fruto de su delito, como amodorrados en un profundo letargo. Sucédeles una afliccion, un contratiempo: abren los ojos, tráeles á la memoria su pecado, conocen su enormidad, detéstanle con horror, y conciben un arrepentimiento saludable: *Merito hæc patimur*, esclaman cuando se ven arrestados, *quia peccavimus in fratrem nostrum*. Justamente padecemos estos trabajos porque pecamos contra nuestro hermano. (*Gen.* 42.) ¡Cuántos y cuántos embriagados con sus prosperidades, deslumbrados con la falsa brillantez de una fortuna risueña decian allá dentro de su corazon con el impío de quien habla la Escritura: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Pequé, ¿y qué mal me ha sucedido? Pero sobrevino la afliccion, dió en tierra aquella fortuna, oscurecióse aquella brillantez; una enfermedad, una desgracia, un golpe adverso y no prevenido nos volvió á nuestra primera oscuridad, y de camino nos hizo entrar dentro de nosotros mismos. Conocióse entonces la inconstancia, la vanidad de los bienes de la tierra: perdióse el gusto á ellos, y se comprendieron las verdades de la religion. Acabóse de conocer que solo Dios es el único bien del hombre, y convirtióse el alma á Dios. Despues de él, á la afliccion se debe esta dichosa mudanza. ¡Oh, y qué poco se conoce lo que valen las aflicciones cuando se murmura de ellas!

Punto segundo. —Considera que son pocos los santos que no hallasen en las aflicciones un precioso tesoro de riquezas para la otra vida; y así todos recibieron las aflicciones y los trabajos como beneficios de Dios, persuadidos á que el aprovecharse de ellos es señal poco dudosa de predestinacion. Lo mismo juzgan todos á la hora de la muerte. Por mas feliz y por mas favorecida del Señor se reputa á Sta. Isabel cuando oprimida de trabajos y de adversidades, que cuando elevada en el trono, cubierta de soberanía y de esplendor. Su caridad habia sido asombrosa, su devo-

cion ejemplar, purísimas sus costumbres: era tenida por un perfecto modelo de virtud, es verdad; pero esta virtud habia sido aplaudida; era tranquila aquella devocion, y cuando hay calma se navega poco, poco se adelanta por la mar. Por eso como llamaba Dios á aquella grande alma á una eminente santidad, la proporcionó luego los medios. Vióse esta heróica princesa despojada de todos sus bienes, arrojada ignominiosamente de su palacio, menospreciada de todo el mundo. Entonces sí que se avanzó á largas jornadas en el camino de su perfeccion. Muy en breve la engolfó en alta mar aquella deshecha borrasca. Ya sus obras no eran obras ordinarias y comunes de caridad, ya sus ejercicios no eran ejercicios espirituales de religion medianos ó de un mérito regular; eran todos actos heróicos de virtud, y valia una carrera cada paso que daba en los caminos de Dios. ¡Cuántas gloriosas victorias de sí misma! ¡cuántos méritos atesoró en muy poco tiempo! Esto producen las aflicciones en una alma fiel y generosa. No todos tienen espíritu para sufrir combates tan crueles, pruebas tan penosas; ¿pero quién hay en el mundo exento de aflicciones y de trabajos? Nacen con nosotros, digámoslo así, y solo resta que nos aprovechemos de ellos. Dices que no puedes hacer cosas grandes por Dios, bien; ¿pero á lo menos no podrás llevar con paciencia por su amor los contratiempos que te suceden? Acéptalos todos como venidos de la mano de Dios; mira que hay tesoros escondidos en las adversidades, y las mismas adversidades se pueden llamar ricos tesoros.

¡Ah, mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí lo que valen las cruces y los trabajos de esta vida! Dignaos, Señor, descubrirme cada dia mas y mas su preciosidad; y dadme gracia para aprovecharme de ella hasta la muerte.

JACULATORIAS. — ¡Oh Señor, y qué provechoso ha sido para mí que me hayais humillado! (*Psalm.* 118.)

Si recibimos las prosperidades de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos de la misma mano las adversidades? (*Job* 2.)

PROPOSITOS.

1 No todos tienen proporcion para hacer cosas grandes en órden á ser santos; pero todo el mundo puede sufrir con paciencia; y para ser uno santo, no hay medio mas propio que esta paciencia y esta resignacion en las adversidades. En lugar de aquellos ímpetus de impaciencia y de mal humor, en vez de aquellas murmuraciones ofensivas que en nada disminuyen los trabajos, ¿quién

te quita, segun el consejo del Apóstol, derramar amorosamente tu corazon en la presencia del Señor, y sin interrumpir tus ocupaciones ordinarias, hacer una inmensa ganancia de los mismos contratiempos con tu paciencia, con tu mansedumbre y con tu resignacion? ¡Cuánto hay que sufrir en una familia! El humor estravagante, violento y duro de un marido desarreglado; el genio altivo, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; unos hijos mal inclinados; la malignidad de un envidioso; la mala voluntad de un concurrente; la supercheria y la mala fe de un falso amigo; la pérdida de un pleito; un desgraciado suceso en los negocios; una enfermedad, un revés de fortuna, y otros cien accidentes enfadosos que todas son cruces bien pesadas. ¿Pues por qué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene Dios aligada tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2 Ya te se ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Di un *Laudate Dominum, omnes gentes.* Di un *Gloria Patri, etc.* dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN FELIX DE VALOIS, confesor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMPELO (Ó AMPÉLIO) Y CAYO, en Mesina de Sicilia. (Padecieron en tiempo del emperador Decio, y puestos en el potro murieron destrozados. La ciudad de Mesina, su patria, ha recibido por su intercesion grandes favores del cielo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES OCTAVIO, SOLUTOR (Ó SOLUTON) Y ADVÉNTOR, soldados de la legion Tebea, en Turín; los cuales peleando valerosamente por la fe católica, alcanzaron la corona del martirio en tiempo del emperador Maximiano. (Se conserva un panegírico de san Ambrosio, arzobispo de Milan, en honorífica memoria de estos Santos.)

SAN AGAPIO, mártir, en Cesarea de Palestina; el cual en tiempo del

cion ejemplar, purísimas sus costumbres: era tenida por un perfecto modelo de virtud, es verdad; pero esta virtud habia sido aplaudida; era tranquila aquella devocion, y cuando hay calma se navega poco, poco se adelanta por la mar. Por eso como llamaba Dios á aquella grande alma á una eminente santidad, la proporcionó luego los medios. Vióse esta heróica princesa despojada de todos sus bienes, arrojada ignominiosamente de su palacio, menospreciada de todo el mundo. Entonces sí que se avanzó á largas jornadas en el camino de su perfeccion. Muy en breve la engolfó en alta mar aquella deshecha borrasca. Ya sus obras no eran obras ordinarias y comunes de caridad, ya sus ejercicios no eran ejercicios espirituales de religion medianos ó de un mérito regular; eran todos actos heróicos de virtud, y valia una carrera cada paso que daba en los caminos de Dios. ¡Cuántas gloriosas victorias de sí misma! ¡cuántos méritos atesoró en muy poco tiempo! Esto producen las aflicciones en una alma fiel y generosa. No todos tienen espíritu para sufrir combates tan crueles, pruebas tan penosas; ¿pero quién hay en el mundo exento de aflicciones y de trabajos? Nacen con nosotros, digámoslo así, y solo resta que nos aprovechemos de ellos. Dices que no puedes hacer cosas grandes por Dios, bien; ¿pero á lo menos no podrás llevar con paciencia por su amor los contratiempos que te suceden? Acéptalos todos como venidos de la mano de Dios; mira que hay tesoros escondidos en las adversidades, y las mismas adversidades se pueden llamar ricos tesoros.

¡Ah, mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí lo que valen las cruces y los trabajos de esta vida! Dignaos, Señor, descubrirme cada dia mas y mas su preciosidad; y dadme gracia para aprovecharme de ella hasta la muerte.

JACULATORIAS. — ¡Oh Señor, y qué provechoso ha sido para mí que me hayais humillado! (*Psalm.* 118.)

Si recibimos las prosperidades de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos de la misma mano las adversidades? (*Job* 2.)

PROPOSITOS.

1 No todos tienen proporcion para hacer cosas grandes en órden á ser santos; pero todo el mundo puede sufrir con paciencia; y para ser uno santo, no hay medio mas propio que esta paciencia y esta resignacion en las adversidades. En lugar de aquellos ímpetus de impaciencia y de mal humor, en vez de aquellas murmuraciones ofensivas que en nada disminuyen los trabajos, ¿quién

te quita, segun el consejo del Apóstol, derramar amorosamente tu corazon en la presencia del Señor, y sin interrumpir tus ocupaciones ordinarias, hacer una inmensa ganancia de los mismos contratiempos con tu paciencia, con tu mansedumbre y con tu resignacion? ¡Cuánto hay que sufrir en una familia! El humor estravagante, violento y duro de un marido desarreglado; el genio altivo, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; unos hijos mal inclinados; la malignidad de un envidioso; la mala voluntad de un concurrente; la supercheria y la mala fe de un falso amigo; la pérdida de un pleito; un desgraciado suceso en los negocios; una enfermedad, un revés de fortuna, y otros cien accidentes enfadosos que todas son cruces bien pesadas. ¿Pues por qué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene Dios aligada tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2 Ya te se ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Di un *Laudate Dominum, omnes gentes.* Di un *Gloria Patri, etc.* dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN FELIX DE VALOIS, confesor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMPELO (Ó AMPÉLIO) Y CAYO, en Mesina de Sicilia. (Padecieron en tiempo del emperador Decio, y puestos en el potro murieron destrozados. La ciudad de Mesina, su patria, ha recibido por su intercesion grandes favores del cielo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES OCTAVIO, SOLUTOR (Ó SOLUTON) Y ADVÉNTOR, soldados de la legion Tebea, en Turín; los cuales peleando valerosamente por la fe católica, alcanzaron la corona del martirio en tiempo del emperador Maximiano. (Se conserva un panegírico de san Ambrosio, arzobispo de Milan, en honorífica memoria de estos Santos.)

SAN AGAPIO, mártir, en Cesarea de Palestina; el cual en tiempo del

emperador Galerio Maximiano, fué condenado á las fieras, y no habiendo recibido de ellas lesion alguna, atándole piedras á los pies fué sumergido en el mar (donde espiró, por los años de 303 ó 306.)

El martirio de los santos Narsas (ó Nersa) obispo, y sus compañeros, en Persia (en la persecucion de Sapor II, por los años de 343.)

San Dasio, obispo, en Dorostoro de Misia; al cual condenó á muerte el presidente Baso, porque no quiso consentir en las deshonestas fiestas Saturnales.

Los santos mártires Eustaquio, Tespesio y Anatolio, en Nicea de Bitinia, en la persecucion de Maximiano. (Beda establece su muerte en el año 237.)

Los santos mártires Baso, Dionisio, Agapito y otros cuarenta, en Heraclea de Tracia.

San Edmundo, rey y mártir, en Inglaterra. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Gregorio de Decapolis ó Decapolita, en Constantinopla; el cual padeció muchas persecuciones por el culto de las santas imágenes.

San Benigno, obispo, en Milan; el cual en medio de las grandes persecuciones consiguientes á las irrupciones de los bárbaros, gobernó su Iglesia con suma constancia y religion. (Floreció en el siglo v.)

San Silvestre, obispo, en Chalons; quien á los cuarenta y dos años de su pontificado, lleno de dias y virtudes voló al Señor. (San Gregorio de Tours hace un panegírico de este Santo en el cap. 61 de su libro *De gloria Confessorum.*)

San Simplicio, obispo y confesor, en Verona. (Durante las calamidades que afligieron á Italia cuando la invasion de los bárbaros, se constituyó este santo obispo en padre de todos y mediador entre los vencedores y los vencidos, pues no habia corazon por duro que fuese que pudiese resistir á su fe, su bondad, su zelo y su caridad.)

SAN FELIX DE VALOIS.

San Felix, de la real casa de Valois, nació el dia 19 de abril del año de 1127. Desde niño se conoció lo que habia de ser despues, asomándose ya desde entonces muchas señales de su futura santidad, particularmente de su tierno amor á los pobres, con quienes, cuando ya mayorcito, repartia de los platos mas delicados que le servian á la mesa. Mas de una vez se despojó de su propio vestido para cubrir la desnudez de algun necesitado. Obtuvo el perdon de un reo condenado á muerte, pronosticando con luz del cielo, que aquel homicida seria en adelante un hombre muy ejemplar; y el suceso acreditó la profecía. Habiendo pasado sus floridos años en el ejercicio de la virtud, todos los pensamientos de Felix se convirtieron hácia la soledad deseoso de entregarse enteramente á Dios, y persuadido de que nunca se



S. FELIX DE VALOIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gusta mas del Señor que cuando el alma totalmente se desvia y se aleja del mundo. Los gritos de éste no penetran al desierto, y en no dejándose percibir de nosotros el bullicioso estrépito del mundo, entonces nos habla Dios al corazon, consistiendo en esta íntima comunicacion de Dios con el alma, y del alma con Dios, aquellas inefables dulzuras que las almas santas gustan ya desde esta vida. Retiróse, pues, Felix del mundo para entregarse mas libremente á la contemplacion de su Dios; pero antes quiso recibir el sacerdocio para cortar toda esperanza de subir al trono de Francia, de que no estaba muy distante, en virtud de la ley Sálica que escluye las hembras de la sucesion á la corona.

Ordenado nuestro Santo de sacerdote, se retiró al desierto, donde entabló una vida muy penitente, pero endulzada su austeridad con la abundancia de celestiales consuelos. Cuanto mas se empeñaba él en negar al cuerpo las conveniencias de esta vida, mas se empeñaba Dios en regalar á su alma con el alimento del cielo; debilitábase aquél con el ayuno, y ésta se fortalecia con los dones del Señor. Así vivia Felix en la soledad esperando acabar en ella sus dias de esta manera, y reduciéndose toda su ambicion á vivir y morir en el desierto, desconocido á los hombres, y entregado á Dios únicamente. Pero como eran muy diferentes los altos fines de la divina Providencia, dispuso se fuese al mismo desierto aquel que tenia destinado para compañero de Felix en la ejecucion de sus intentos. Era un caballero provenzal, jóven, teólogo y doctor de la universidad de Paris, llamado Juan de Mata; el cual movido de una vision que tuvo cuando celebró su primera misa, y noticioso de la virtud de nuestro solitario, fué espresamente á buscarle para entregarse á su direccion, y aprender en su escuela los caminos de la perfeccion á que se sentia llamado. Recibió Felix con amor al discípulo que le enviaba el cielo, y repartió con él los tesoros con que el Espíritu Santo le habia enriquecido. Caminaban juntos por el camino de la perfeccion: eran dos atletas que corrian á un mismo tiempo, por una misma carrera, á un mismo término, y aspiraban á igual premio. Animaba á entrambos un mismo ardor, un mismo fervor, y era uno mismo en entrambos el amor de Dios. Iguales uno y otro en la inclinacion á mortificarse, ningun medio omitian para contentarla: su alimento era la oracion, y Dios el único asunto de todas sus conversaciones. Así pasaron algunos años en una vida penitente y toda recogida en Dios, hasta que Juan declaró á Felix el pensamiento que el cielo le habia inspirado en su primera misa sobre dedicarse á solicitar la libertad de los cautivos cristianos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que gemian bajo la esclavitud de los moros, espuesta su religion á un continuado peligro. Refirióle la vision que tuvo entonces en el oratorio del obispo de Paris á la misma elevacion de la hostia, representándosele en el aire un ángel en figura de un bizarro jóven, vestido de blanco, y en el ropaje una cruz roja y azul con dos cautivos de diferentes regiones, cada uno á su lado, oprimidos ambos de cadenas, y levantadas las manos, como pidiendo con ansia que los librase de aquella opresion. Estaba Juan refiriendo á Felix esta vision, y la impresion que habia hecho en su alma, sintiéndose desde entonces abrasado en un encendido zelo por la redencion de los cautivos cristianos que gemian bajo la tiranía de los infieles, cuando los dos vieron venir hácia sí un corpulento ciervo, entre cuyas dos astas se dejaba ver una cruz, en todo semejante á la que se registraba en el ropaje del ángel que se habia aparecido á S. Juan de Mata. A vista de aquel prodigio no les quedó la menor duda de lo que el cielo queria de los dos en órden á los cristianos cautivos; y desde el mismo punto comenzaron á pensar sériamente en los medios de poner en ejecucion las disposiciones del cielo.

Mientras tanto, á la fama de los dos santos solitarios habia concurrido al desierto gran número de discípulos que, dirigidos por aquellos dos grandes maestros de la vida espiritual, hacian maravillosos progresos en el camino de la virtud, de manera, que en breve tiempo se formó una comunidad, cuyo fervor en nada cedia á las mas numerosas y mas antiguas. Confirmados nuestros Santos con aquellos fervorosos reclutas en la resolucion que habian tomado de dedicarse enteramente á la redencion de los cautivos cristianos, determinaron pasar á Roma para declarar al papa sus intentos, y saber del oráculo visible del Espíritu Santo lo que debian ejecutar. Aunque nuestro Santo pasaba ya de sesenta años, quiso tambien ser del viaje y tener parte en el ministerio. Despues de muchos dias de oraciones, ayunos y rigurosas penitencias para que el Señor se dignase echar su bendicion á la empresa, dejaron el cuidado de la ermita á cargo de los discípulos mas probados y de mayor confianza. Su viaje fué un ejercicio continuo de oracion y de penitencia. Luego que llegaron á Roma se presentaron al papa Inocencio III, que los recibió con amor de padre. Entregáronle las cartas de recomendacion del obispo de París en que daba testimonio de la santidad de su vida, y al mismo tiempo acreditaba la importancia del santo fin porque habian emprendido el viaje á la corte de Roma. Concedióles el papa varias audiencias, y habiendo consultado el negocio con una junta de obispos y cardenales, que formó para

este asunto, examinado y aprobado el pensamiento, quiso su Santidad aprobar tambien el instituto de aquella comunidad, y poco tiempo despues la erigió en una nueva religion con el título del órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos, cuyo primer ministro general fué nombrado S. Juan de Mata. Volvieron á Francia Juan y Felix donde admitieron la donacion que se les hizo de un corto espacio de terreno que se llamaba Ciervo-frígido, y en él fundaron el primer convento, que se consideró despues como el principal y máximo de toda la religion. Habiendo formado S. Juan de Mata la regla y constituciones de su recien nacida órden, volvió á Roma dejando encargado el gobierno de Ciervo-frígido y de toda la religion en Francia á nuestro S. Felix, su compañero en aquella santa obra. Multiplicáronse los conventos por la bendicion que echaba Dios á sus trabajos, y por la liberalidad de muchas buenas almas que contribuian con sus bienes al mayor adelantamiento de la obra del Señor. En este convento de Ciervo-frígido recibió Felix un favor muy singular de la santísima Vírgen. La víspera de su natividad, antes que se levantasen los frailes á maitines, velando el Santo, como acostumbraba, y entrando en el coro, vió en él á la Reina de los ángeles con el hábito y cruz de la órden, despidiendo brillantes resplandores, acompañándola multitud de espíritus celestiales en el mismo luminoso traje. Incorporóse Felix con aquel coro celestial, acompañando con el corazon y con la boca las alabanzas que todos cantaban al Señor. Un hombre tan favorecido del cielo, parece que no debia estar mas tiempo sobre la tierra; y así le previno un ángel que se acercaba su muerte: noticia gozosísima para quien el cielo, por decirlo así, acababa de acostumbrar á la armonía de su música divina. Estando para morir el padre convocó á sus queridos hijos; y habiéndolos exhortado á todos á la caridad con los pobres y con los cautivos, lleno de años y de merecimientos, pasó de esta vida transitoria á gozar de la eterna en el seno de su Dios. Murió el dia 4 de noviembre del año 1212, á los ochenta y cinco, y siete meses de su edad. El papa Inocencio XI, por un breve de 30 de julio de 1679, trasladó su fiesta á 20 del mismo mes, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia. *(La historia de S. Juan de Mata se lee en las del dia 8 de febrero.)*

SAN EDMUNDO, REY Y MÁRTIR.

Aunque desde el tiempo del rey Egberto, año de 802, los reyes de los west-sexos fueron monarcas universales de toda la

Inglaterra, reinaron no obstante algunos príncipes en algunas partes de ella despues de su tiempo, bien que subordinados á aquél en cierto modo. Un tal Offa era rey de los est-anglos, y deseoso de acabar sus dias en penitencia y devocion en Roma, renunció su corona en S. Edmundo, que á la sazon no tenia mas que quince años de edad, pero príncipe muy virtuoso, y descendiente de los antiguos reyes anglo-sajones de la isla. Fué, pues, colocado el Santo en el trono de sus mayores, y coronado por Humberto, obispo de Elman, en el dia de Navidad del año de 855, en Burum, ciudad real sobre el Stour, llamada ahora Bures, ó Buers, que Hearne cree sea Sudbury. Aunque muy mozo, era por su piedad, bondad y demás virtudes modelo de buenos príncipes. Era enemigo declarado de todo lisonjero, y queria siempre ver con sus propios ojos, y oir con sus propios oidos, y no con los de solos sus consejeros, para no poder ser fácilmente engañado de los designios depravados de otros. La paz y la felicidad de su pueblo era todo su anhelo, las que procuró darles con una administracion recta é imparcial de la justicia, y una religiosa direccion de sus dominios. Fué padre de sus vasallos, particularmente de los pobres, protector de viudas y huérfanos, y el apoyo del flaco y necesitado. La religion y la piedad fueron los distintivos principales de su carácter. Los monges y los devotos todos acostumbraban en aquel tiempo aprender de memoria el salterio para rezarle mientras estaban en sus labores ocupados. Para hacerlo así Edmundo vivió retirado un año entero en su real torre de Hunstanton, que él mismo habia erigido para retiro suyo campestre, cuyo lugar es al presente el pueblo de Norfolk. El libro de que el Santo usó para este intento se conservó en S. Edmundsbury hasta la estincion de las abadías.

Quince años habia reinado este príncipe cuando los danos ó dinamarqueses, capitaneados por los dos hermanos Hinguaro y Hubba, los mas bárbaros de cuantos piratas danos se conocieron en aquellos tiempos, desembarcaron en Inglaterra. Tomando tierra en el puerto del Twida, entraron á fuego y sangre en el Nortumberland, y despues á Mercia, dirigiendo su marcha por los condados de Lincolna, Nothampton y Cambridge. Llevados del furor de la rabia y la crueldad, y de una aversion la mas implacable al nombre cristiano, destruian por todas partes iglesias y monasterios; y arrebatados de un movimiento bárbaro de su inhumanidad, asesinaban cuantos sacerdotes y religiosos encontraban. En el monasterio de Coldingham, no temiendo sus monjas la muerte, sino los insultos que podian cometer contra su castidad, á instigacion de Sta. Ebba, santa abadesa de aquella

casa, se cortaron todas las narices y el labio superior, para presentarse á los bárbaros en una figura espantosa y terrible, cuyo horroroso espectáculo fuese salvaguardia de su virtud: en efecto, los infieles temblaron á su vista, perdonaron la violacion de su castidad, pero las pasaron despues todas á cuchillo. Sedientos siempre de sangre aquellos bárbaros, invadieron por fin los dominios de S. Edmundo, quemando á Thetford, que fué la primera ciudad que hallaron, y devastando y talando cuanto por delante hallaban. Los pueblos lisonjeándose de la fe de los tratados, se creian seguros, y estaban descuidados. No obstante el buen rey juntó las fuerzas que pudo, salió al encuentro á los infieles, ó á lo menos á una parte del ejército de ellos, cerca de Thetford, y los derrotó. Pero viendo que á poco se reforzaban con nuevas gentes, contra cuyo número no podia sostenerse el de sus tropas, y no queriendo sacrificar en vano las vidas de sus soldados, temiendo tambien la pérdida de tantas almas de infieles como perecerian en un combate sin fruto, despidió sus gentes, y se retiró hácia el castillo de Framlingham en Suffolk.

Los bárbaros le habian enviado proposiciones que ni se conformaban con la religion, ni con la justicia que el rey debia á sus pueblos. Desechólas el Santo resuelto antes á morir víctima de su fe, que hacer cosa alguna contra su conciencia y religion. En su fuga fué sorprendido y cercado en Hoxon sobre el Waveney por los infieles que le siguieron: escondióse y estuvo oculto algun tiempo; pero habiendo sido descubierto, le cargaron de pesadas cadenas, y le condujeron á la tienda del general. Volviéronle á ofrecer capitulaciones igualmente perjudiciales á la religion y á su pueblo, que rehusó aceptar el santo rey, declarando ser mas apreciable para él la religion que la vida, la cual nunca compraria á precio de ofender á Dios. Airado Hinguaro con esta respuesta, mandó enfurecido que le maltratasen con correas; despues que le atasen á un árbol, y le estuviesen azotando mucho tiempo. Con increible paciencia y mansedumbre sobrellevó el Santo todo esto, sin cesar de repetir el nombre de Jesus. Los infieles cada vez mas exasperados, conforme estaba atado al árbol le hicieron blanco de sus tiros, y le cubrieron el cuerpo de flechas hasta ponerle como un puerco espin: hasta que al fin Hinguaro para completar su sangrienta crueldad, le mandó cortar la cabeza. Así acabó el Santo su martirio, tal dia como hoy del año de 870, el quince de su reinado y el veinte y nueve de su edad; de cuyo caso supo S. Dunstano, que escribió su vida, todas las circunstancias de un rey de armas del Santo que fué testigo de vista. El

sitio se llamaba entonces Henglesdun, al presente Hoxon, ú Hoxne; donde fué erigido un priorato de monges con el título del santo mártir.

La cabeza del Santo fué llevada por los infieles á un bosque, y arrojada entre sus malezas; pero fué hallada milagrosamente por una columna de luz, y depositada con el cuerpo en Hoxon. Estas sagradas reliquias fueron poco despues conducidas á Kingston, llamada desde entonces Edmunsbury, por ser aquel lugar ciudad propia de S. Edmundo, y posesion de su patrimonio, y no por razon de su entierro. Sobre el sitio en que fué enterrado se erigió una iglesia de mimbres, construida así segun el estilo de aquella era. Clavaban en el suelo troncos de árboles, les sujetaban por arriba con mimbres, ó cosa semejante, y los intervalos de tronco á tronco les llenaban de barro, con que formaban las paredes, y sobre ellas erigian una cubierta correspondiente á la materia de que se componia todo el edificio

Las reliquias de S. Edmundo fueron honradas con muchos milagros; y en el año 920 fueron llevadas á Londres. Despues de haber estado allí tres años en la iglesia de S. Gregorio, fueron otra vez trasladadas con honor á S. Edmunsbury, en el año de 923. Los historiadores británicos refieren con admiracion la piedad sin igual, la humildad, mansedumbre y demás virtudes de este santo rey. Este príncipe incomparable, y santo mártir, fué reverenciado por los sucesivos reyes ingleses como patrono especial del reino, y como un perfecto modelo de cuantas virtudes debe tener un príncipe. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Felix, y la oracion la siguiente:

O Dios, que por una vocacion verdaderamente celestial, retiraste de la oscuridad del desierto para la redencion de los cautivos á tu confesor el bienaventurado Felix, suplicámoste nos concedas, que libres, mediante tu gracia y tu poderosa intercesion, del cautiverio del pecado, seamos conducidos á la patria celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pablo á los corintios, y la misma que el dia XIV, *pág. 261.*

REFLEXIONES.

El discípulo de Cristo no se conoce menos por las maldiciones y por los ultrajes con que le maltratan los impíos y los disolutos, que por los beneficios y por las bendiciones con que él los corresponde. Pagar bien por mal, es una victoria gloriosa que consigue el hombre de sí mismo y de su enemigo; es como un secreto hechizo que le desarma; y si no obstante él resiste, es la venganza mas ilustre que se puede tomar de él. Encuéntranse á la verdad corazones duros, almas viles y terrestres, mas parecidas á leopardos feroces (segun la espresion de S. Ignacio mártir) que á hombres racionales, las cuales se irritan mas con los beneficios, se hacen mas enemigas, mas furiosas, se dejan arrebatar mas del encono y de la malignidad con la mansedumbre, con el buen trato, con la urbanidad y con una generosa y cristiana correspondencia. Los obsequios y los favores con que se les procura ganar, son, dice el Espíritu Santo, carbones encendidos que las echas sobre la cabeza. Echar carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo, esponen S. Jerónimo y S. Agustin, es ablandar á fuerza de beneficios le dureza de su corazon, es causarle un vivo dolor de haber ofendido á quien le colma de bienes, y obligarle á que te quiera aunque le pese. Pero si todavía se resiste á un medio tan dulce como eficaz; si todavía persevera en aborrecerte, no obstante tus beneficios, se hace digno de mayor castigo, y enciende mas la cólera de Dios. Corazones hay de temple tan villano, almas tan empedernidas en su pasion y tan negadas á toda racionalidad, que por ningun medio es posible ganarlas. Grande heroicidad la de aquella virtud verdaderamente cristiana que solo sabe vengarse á fuerza de beneficios. Solo aquel que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera sus afectos y movimientos naturales, enseñándonos á tomar satisfaccion de las injurias con obsequios y con bendiciones. Esto fué, sin duda, lo que mas contribuyó á establecer y á dilatar la fe en el mundo. Era mas fácil resistir á los milagros de los primeros cristianos, que dejar de rendirse á su paciencia. No hay virtud que mas gane el corazon de Dios, ni que dé mayor honor al cristianismo. En las otras es fácil que se mezclen, ó motivos menos puros, ó algunos fines humanos; pero en esta, cuando es constante y universal, apenas es posible otro motivo, que puramente el amor de Dios.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XIII, *pág. 242.*

MEDITACION.

De los peligros de la salvacion.

Punto primero. — Considera que en esta vida son tan frecuentes los peligros de la salvacion, como lo son los malos pasos en un camino escarpado y escabroso cuando se viaja por él en una noche tenebrosa, lóbrega y oscura. ¡Cuantos lazos se arman á la virtud y á la inocencia! ¡qué de estorbos que vencer! ¡cuantos artificios que apenas se pueden prevenir, y con suma dificultad evitar! O hayas nacido rico ó hayas nacido pobre; ó seas un hombre oscuro ó seas un ilustre personaje; ó estés dotado de grandes talentos ó seas un hombre inútil; y ya te sobre todo, ó ya no tengas sobre que caerte muerto, en todo hay peligros, en todo es menester estar siempre sobre las armas como en país enemigo. Es la vida del hombre una continua guerra. Es el mundo un borrascoso mar continuamente agitado por las pasiones, lleno de escollos y de bajíos; esto nadie lo ignora. No siempre son mas peligrosos los mas visibles, ni los que son mas conocidos: tan temible es la calma en este golfo, como lo es la tempestad; ni todos los piratas que navegan por él enarbolan siempre pabellon enemigo. De todo es menester desconfiar: en el mar, como en la tierra, hacen estragos los incendios. Puede el navío perderse, ó por falta de fondo, ó porque se estrelló contra una peña, ó porque encalló en un terrible banco. ¡Cuantas veces ocasionó el naufragio la demasiada carga! A nada que se pierde de vista el cielo, ya se descaminó el rumbo. ¡Cuantos se fueron á pique á vista del mismo puerto! La buena fortuna embriaga, la adversa desalienta y abate el ánimo. La prosperidad engrie al hombre con el orgullo, afemínale con el regalo, y le inutiliza con la pereza. Es necesario un milagro para evitar un veneno tan universalmente estendido y tan delicadamente preparado. Todo es peligro, todo tentacion en una fortuna elevada. La clase, el empleo, el ministerio superior y distinguido, á ninguno le levantan á la cumbre sin esponerle á furiosos golpes de viento. Mucha virtud es menester para no dejarse abatir en la adversidad; pero mucho mayor se necesita para saberse contener en la abundancia: la vida deliciosa es toda precipicios; hasta de las mismas guias se debe vivir con rezelo; porque en ella todo adula, todo daña. Es menos espuesto el estado religioso, pero no es menos digna de temer la seguridad. Si las pasiones estuvieran desterradas de él habria menos peligro; pero llévanse aquellas hasta el mismo santuario, porque cada cual se lleva á sí mismo, y cada uno es el mayor enemigo que tiene de sí propio, el mayor contrario de su salvacion que debe temer. Todas estas son unas grandes verdades: ¿pues en qué se funda la fatal seguridad con que viven muchos, así en el estado religioso como en el secular? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

Punto segundo. — Considera que no se habla ahora de aquellos peligros claros, públicos y notorios que siempre se presentan á cara descubierta, ni mas ni menos como son, y nunca acometen por sorpresa; como bailes, espectáculos, tablajerías, conversaciones libres, diversiones emponzoñadas, comunicaciones sospechosas, parcialidades y maquinaciones. Basta una tintura de religion para conocer su veneno y su malignidad. Háblase de aquellos peligros mudos, disimulados y secretos que apenas alteran á nadie, y de los cuales casi ninguno desconfia; siendo, no obstante, escollos encubiertos en que hace la inocencia tristísimos naufragios. La gracia, el donaire, el chiste y todas aquellas prendas que hacen grata y amable á una persona, no son el asilo mas seguro de la virtud. Acomódase mucho con ellas la pasion mas peligrosa de todas para que no se nos hagan muy sospechosas; pero, sin embargo, ¿quién es el que desconfia mucho de aquellas prendas? y aquellas inclinaciones demasiadamente naturales entre la gente moza, ¿estarán siempre exentas de todo peligro? Esa habitual tibieza en el servicio de Dios, que degenera muy presto en frialdad y en indiferencia; esa indevocion, ese tedio á las cosas espirituales, esas frecuentes irreverencias, esa negligencia en la mayor parte de sus obligaciones, esa costumbre de murmurar y de censurar, ¿te parece que en nada de esto hay peligro que aventure la salvacion? Sin embargo, todo esto es bien ordinario en muchas personas; no hay cosa mas comun que estos defectos en todos los estados; ¿y quién teme las consecuencias que no pueden menos de ser funestas? ¡Pero cuantos peligros hay tambien en esos perniciosos libros! ¡cuanto veneno no se contiene en ellos, tanto mas peligroso, cuanto mas escondido y mas sazonadamente preparado! ¿Y qué será de esas indecentísimas pinturas que introducen la muerte por los ojos hasta el corazon, siendo sus golpes mas mortales, por lo mismo que apenas se perciben las heridas? En medio de eso, todo esto se tiene por cosa indiferente, aunque tarde ó temprano todo dé la muerte al alma; y no solo no se desconfia de estos peligros, pero ni aun apenas se advierten.

¡Buen Dios, cuantos y cuantos se condenan sin temor! ¡Ah, y

con cuanta razon nos exhorta nuestro Apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvacion! ¡Ah, y con cuanta razon se retiró S. Felix á un desierto, como lo hicieron tambien tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JACULATORIAS. —Líbrame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvacion. (*Psalm.* 90.)

Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren coger. (*Psalm.* 140.)

PROPOSITOS.

1 Asombro es que conviniendo todos en los peligros de nuestra salvacion, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¿Es acaso la salvacion cosa tan poca que no merezcan nuestro aprecio los riesgos de perderla? ¿O se duda, por ventura, si hay verdaderamente peligros de la salvacion, y se trata el temor de ellos de pánico terror? No es esto ciertamente, sino el errado concepto que forma cada uno de que los que son peligros para otros, no lo son para él. Figúrasele tambien que lo que aun para él es de suyo peligroso, deja de serlo por su firmeza, por su fidelidad y por su particular valor. Tiene cada cual tan buena opinion de sí mismo, que se imagina superior á todos los peligros. ¡Qué error, mi Dios! ¡qué desvarío! ¡qué presuncion! ¡qué locura! No dés en semejantes ilusiones. Por mas séria que sea tu voluntad y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfia de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon: mira que casi siempre se burla de los que se fian de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desvíate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2 *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas temibles, teme los mas ligeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro: No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.* No te espongas tú mismo á ella por ligereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

LA PRESENTACION DE LA BEATÍSIMA VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS, EN EL TEMPLO, en Jerusalen. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN RUFO, en el mismo dia, de quien hace memoria el apóstol S. Pablo escribiendo á los Romanos. (*Véase su noticia en las del dia 14 de este mes.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CELSO Y CLEMENTE, en Roma. (Estos dos Santos fueron muy célebres en Roma en los primeros siglos de la Iglesia.)

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMETRIO Y HONORIO, en Ostia, en la campaña de Roma.

SAN ALBERTO, obispo de Liega y mártir, en Reims; el cual padeció muerte por haber defendido la libertad de la Iglesia. (Llegó á hacerse tan temible á los herejes de su tiempo, por la fuerza de su dialéctica, la robustez de sus discursos y la claridad de su vastísima erudicion, que al fin se decidieron aquéllos á deshacerse de él, asesinándole alevosamente á fines del siglo XII. La Iglesia le veneró en seguida como mártir, y sus reliquias se veneran en Reims.)

LOS SANTOS MÁRTIRES HONORIO, EUTIQUIO Y ESTEBAN, en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ELIODORO, mártir, en Panfilia; quien padeció en la persecucion de Aureliano, por sentencia del presidente Aecio: los mismos verdugos que le atormentaron (admirados de su constancia y de sus milagros) abrazaron la fe, y fueron juntamente con Eliodoro sumergidos en el mar, (donde consumaron gloriosamente el martirio, por los años de 275.)

SAN GELASIO, papa, en Roma, esclarecido por su santidad y doctrina. (*Véanse las historias de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verona. (Fué grande en todas

con cuanta razon nos exhorta nuestro Apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvacion! ¡Ah, y con cuanta razon se retiró S. Felix á un desierto, como lo hicieron tambien tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JACULATORIAS. —Líbrame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvacion. (*Psalm.* 90.)

Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren coger. (*Psalm.* 140.)

PROPOSITOS.

1 Asombro es que conviniendo todos en los peligros de nuestra salvacion, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¿Es acaso la salvacion cosa tan poca que no merezcan nuestro aprecio los riesgos de perderla? ¿O se duda, por ventura, si hay verdaderamente peligros de la salvacion, y se trata el temor de ellos de pánico terror? No es esto ciertamente, sino el errado concepto que forma cada uno de que los que son peligros para otros, no lo son para él. Figúrasele tambien que lo que aun para él es de suyo peligroso, deja de serlo por su firmeza, por su fidelidad y por su particular valor. Tiene cada cual tan buena opinion de sí mismo, que se imagina superior á todos los peligros. ¡Qué error, mi Dios! ¡qué desvarío! ¡qué presuncion! ¡qué locura! No dés en semejantes ilusiones. Por mas séria que sea tu voluntad y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfia de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon: mira que casi siempre se burla de los que se fian de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desvíate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2 *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas temibles, teme los mas ligeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro: No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.* No te espongas tú mismo á ella por ligereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

LA PRESENTACION DE LA BEATÍSIMA VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS, EN EL TEMPLO, en Jerusalen. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN RUFO, en el mismo dia, de quien hace memoria el apóstol S. Pablo escribiendo á los Romanos. (*Véase su noticia en las del dia 14 de este mes.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CELSO Y CLEMENTE, en Roma. (Estos dos Santos fueron muy célebres en Roma en los primeros siglos de la Iglesia.)

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMETRIO Y HONORIO, en Ostia, en la campaña de Roma.

SAN ALBERTO, obispo de Liega y mártir, en Reims; el cual padeció muerte por haber defendido la libertad de la Iglesia. (Llegó á hacerse tan temible á los herejes de su tiempo, por la fuerza de su dialéctica, la robustez de sus discursos y la claridad de su vastísima erudicion, que al fin se decidieron aquéllos á deshacerse de él, asesinándole alevosamente á fines del siglo XII. La Iglesia le veneró en seguida como mártir, y sus reliquias se veneran en Reims.)

LOS SANTOS MÁRTIRES HONORIO, EUTIQUIO Y ESTEBAN, en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ELIODORO, mártir, en Panfilia; quien padeció en la persecucion de Aureliano, por sentencia del presidente Aecio: los mismos verdugos que le atormentaron (admirados de su constancia y de sus milagros) abrazaron la fe, y fueron juntamente con Eliodoro sumergidos en el mar, (donde consumaron gloriosamente el martirio, por los años de 275.)

SAN GELASIO, papa, en Roma, esclarecido por su santidad y doctrina. (*Véanse las historias de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verona. (Fué grande en todas

las virtudes, especialmente en la de la caridad, habiendo hecho prodigios de misericordia en favor de los pobres. Despues de algunos años de glorioso pontificado, renunció su dignidad, y se retiró á vivir solo en el desierto, donde el Señor le favoreció con el espíritu de profecía y el don de milagros, hasta su dichosa muerte á la cual asistieron los ángeles para acompañar su bendita ánima á la Jerusalen celestial.)

La dichosa muerte de san Columbano, abad, en el monasterio de Bobio, fundador de muchos monasterios y padre de muchísimos monges, el cual resplandeciendo por sus muchas virtudes, murió en santa vejez. (*Véase su historia en las de mañana.*)

LA PRESENTACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Celebra la santa Iglesia en este dia la fiesta de la presentacion de nuestra Señora en el templo; es decir, aquella pública y solemne ofrenda que hizo á Dios la santísima Vírgen de su corazon, de su cuerpo, de su espíritu y de todas las potencias de su alma, y todo en el modo mas perfecto y mas glorioso al mismo tiempo que nunca se vió. Este fué el mayor sacrificio de una pura criatura que se hizo al Señor desde el principio del mundo; pues ninguna hubo mas cumplida, mas perfecta, ni mas santa. Santificada en el primer instante de su vida, y ella sola mas santa el dia de su nacimiento (dicen los Padres) que todos los santos juntos en el último de su vida. A la edad de tres años, María por sí misma se ofrece, se dedica, se consagra á su Criador en el templo de Jerusalen. ¿Qué ofrenda hubo jamás de igual valor? ¿se vió nunca en el templo del Señor alguna víctima que le fuese mas agradable? ¡Cuantos espíritus celestiales asistirian á aquel acto de religion tan glorioso para Dios, á aquella augusta ceremonia que fué la admiracion de toda la Jerusalen celestial! Regocijóse todo el cielo en aquel festivo dia, y no podia dispensarse la Iglesia de festejar tambien su solemnidad. En atencion á esto muchos santos Padres, como S. Evodio de Antioquía, S. Epifanio de Salamina, S. Gregorio Niseno, S. Gregorio el teólogo, S. Andrés Cretense, S. German de Constantinopla, y tantos otros Padres latinos consideraron la presentacion de la Vírgen en el templo de Jerusalen como el primer acto de religion que fué mas grato al Señor, y la fiesta de este dia como el preludio de todas las demás.

Dos géneros de presentaciones se usaban entre los judíos. La primera establecida por la ley, donde se mandaba que la mujer que diese á luz algun hijo le presentase en el templo, si fuese varon á los cuarenta dias, y si fuese hembra á los ochenta, ofreciendo por el hijo un cordero con un pichon, ó con una tórtola; y si fuese pobre, dos tórtolas ó dos pichones. Esta ceremonia se



LA PRESENTACION
DE LA SANTISIMA VIRGEN.

llamaba con propiedad la presentacion del hijo y la purificacion de la madre. Otra presentacion era voluntaria, y solo obligaba á los que hacian voto de ella; porque desde el principio de la ley de Moisés fué religiosa costumbre entre los hebreos ofrecerse ellos mismos, y ofrecer sus hijos á Dios, ó ya irrevocablemente y para siempre, ó ya reservándose la facultad de rescatarlos con dones hechos al Señor, ó con diferentes sacrificios. Para este fin habia al rededor del templo varios edificios con sus cuartos y sus divisiones, destinados unos para hombres, y otros para mujeres; estos para niños, y aquellos para niñas, donde se mantenian todos hasta cumplir el voto que ellos ó sus padres habian hecho por ellos. Ocupábanse en servir á los ministros sagrados y en trabajar los ornamentos del templo, cada uno segun su edad, su estado y su capacidad. En esta conformidad sabemos que Ana, mujer de Elcana, ofreció á Dios el hijo que habia dado á luz, y fué el profeta Samuel. (1. *Reg.*) Y en el segundo libro de los Macabeos, cap. 3, se hace mencion de las doncellas que vivian y se criaban en el templo; así como S. Lucas, hablando de Ana profetisa, hija de Fanuel, nos dice, que desde que enviudó no salia del templo.

Hallándose Sta. Ana y S. Joaquin, segun la mas antigua y respetable tradicion, muy avanzados en edad, y sin esperanza natural de tener hijos, hicieron voto al Señor, que si se dignaba concederles algun fruto de bendicion, librándolos de la nota de esterilidad, que en su nacion era infame y vergonzosa, consagrarian á su servicio en el templo el fruto que se dignase concederlos. Y el Señor, que queria fuese todo milagroso en aquella á quien desde la eternidad habia destinado para madre de su unigénito Hijo, fué servido de oir benignamente su oracion, haciéndolos padres de aquella bienaventurada criatura, aurora tan suspirada, y madre futura del divino Sol de justicia que habia de desterrar las tinieblas del pecado en que yacia miserablemente sepultado todo el género humano. Luego que la destetaron, y llegó la niña á la edad de tres años, cumplieron religiosamente su voto S. Joaquin y Sta. Ana, llevando ellos mismos á su santa hija para presentarla y para dejarla en el templo.

Dice Isidoro de Tesalónica, que la ceremonia de presentar en el templo á la santísima Virgen se celebró con estraordinaria solemnidad, asistiendo á ella no solo su parentela, sino tambien todas las personas mas distinguidas y mas ilustres de Jerusalen, movidas de cierta oculta inspiracion, cuyo misterio ignoraban. *Primarios quoque Hierosolymitas viros et mulieres interfuisse huic dedicationi: suscipientibus universis angelis.* (*Orat. de Præ-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sent. B. V.) Y que los ángeles en invisibles coros acompañaban la fiesta con celestial armonía. No se sabe quien fué el sacerdote que recibió aquella incomparable Virgen, aunque S. German, patriarca de Constantinopla, y Jorge, arzobispo de Nicomedia, tienen por verisímil que fué S. Zacarías. Sin duda que á esta ofrenda acompañaria tambien algun sacrificio, como acompañó á la que hizo Ana de su hijo Samuel; pero el que hizo á Dios aquella bendita niña de todo cuanto era y de todo cuanto tenia, fué de otro mérito y de otro valor en la presencia de Dios. Las demás niñas, que eran presentadas en tan tierna edad, destituidas del uso de la razon, no sabian entonces lo que hacian de ellas hasta que con el tiempo lo comprendian; pero ésta en quien, por especial privilegio, se habia adelantado la razon desde su primera concepcion inmaculada, instruida perfectamente por el Espíritu Santo, comprendió toda la importancia de aquella santa ceremonia, haciendo lo que no es fácil esplicar para que fuese agradable á la divina Majestad. Mas fácil es concebir cuales serian los afectos de religion, de respeto, de reconocimiento, y cuales los estáticos arrebatados deliquios de amor de aquel gran corazon, de aquella alma privilegiada, en quien tenia Dios sus complacencias desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y que dentro de pocos años habia de ser madre del Salvador del mundo.

Aun no habia visto el mismo Dios otro sacrificio mas á la medida de su corazon, ni víctima que le fuese mas agradable. Pero lo que hizo mas preciosa aquella presentacion en el templo, y lo que fué propio, singular y privativo de María, fué el voto que hizo en el mismo dia de perpetua virginidad. No se duda que aquella que era el tesoro de la misma virginidad, como la llama S. Juan Damasceno: *Virginitatis thesaurus;* la gloria y el ornamento de las vírgenes, *gloria virginum;* la primera de todas ellas, la maestra, la que levantó el estandarte de la virginidad, como la apellida S. Ambrosio: *virginum vexillifera, et virginitatis magistra.* No se duda, vuelvo á decir, que hizo voto de virginidad desde que tuvo uso de razon; esto es, desde el primer instante de su vida. Pero este anticipado sacrificio de su integridad, dicen los Padres, fué totalmente interior, y se confundió con los demás actos espirituales de todas las virtudes en que se ejercitó desde el primer instante de su dichosa animacion. El dia de su gloriosa presentacion en el templo fué cuando aquella hija querida del Eterno Padre, aquella madre de su unigénito Hijo, aquella esposa del Espíritu Santo, toda hermosa, toda inmaculada, y reina en fin de las vírgenes, hizo á Dios como solemnemente su

voto de perpetua virginidad, la mas pura, la mas perfecta que jamás hubo ni pudo haber. Por eso dijo S. Anselmo, hablando con Jesucristo: Vos, Señor, descendisteis del trono de vuestra gloria á las castas entrañas de una tierna doncella, la mas humilde, la mas despreciable á sus propios ojos; pero la primera que fué consagrada y como sellada con el voto de virginidad: *Descendisti à regali solio sublimi gloriæ tuæ, in humilem et abjectam in oculis suis puellam, primo virginitatis voto sigillatam.* Por este sagrado sello se llama en la Escritura huerto cerrado y fuente sellada: *hortus conclusus, fons signatus.* Seguramente, dice S. Agustin, que si la Vírgen no hubiera hecho voto de virginidad, no hubiera dicho al ángel en la Anunciacion: ¿Como puede ser lo que me dices? *Profecto non diceret Virgo: Quomodo fiet istud? nisi Deo ante virginitatem vovisset.*

¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe! (*Cant.* 7.) ¡Qué ceremonia tan augusta! ¡qué sacrificio tan precioso! ¡qué bien recibida fué esta ofrenda! El aire, la modestia, la majestad, la compostura con que entró en el templo aquella tierna doncellita, fueron la admiracion de los ángeles y de los hombres; ¡pero qué gratos serian á los ojos de Dios los interiores afectos, las amorosas disposiciones de aquel purísimo corazon! No por cierto: el dia de la solemne dedicacion del templo, en que todo él, segun la espresion de la Escritura, se vió rodeado y como envestido de la gloria del Señor, no fué tan glorioso para Dios como el dia en que la Vírgen vino al mismo templo; ni las víctimas que Salomon mandó sacrificar para realzar la pompa de aquella solemnidad, fueron ofrenda tan agradable á los ojos del Señor como lo fué hoy la presentacion de esta purísima doncella que enteramente se consagra á su gloria y á su servicio.

No hay palabras para encarecer dignamente la generosa piedad de S. Joaquin y Sta. Ana, ambos de tan consumada virtud, que ni aun les pasó por el pensamiento cercenar, disminuir ó moderar en parte el sacrificio que hacian. Aquella tierna niña y aquella única hija era todo su consuelo: habíanla pedido al Señor por largo tiempo, y el Señor se la habia concedido. Podian cumplir con su voto, presentando á la hija en el templo, y rescatándola despues por tres siclos, precio que señalaba el Levítico para el rescate de las niñas ofrecidas al Señor desde un mes hasta los cinco años de su edad. Podian llevársela consigo para único consuelo de su vejez; pero en este punto, ni escucharon, ni dieron oidos á su natural inclinacion. Atendieron únicamente á la de su santa hija, la cual, mas iluminada á los tres años que toda la sabiduría humana en la perfeccion de la mas esperimentada an-

cianidad; instruida perfectamente ella sola de los designios de Dios, solicitó con sus amados padres el perfecto cumplimiento de un sacrificio, que á la verdad, les costaba mucho; pero al fin era indispensable hacerle por mas que lo resistiesen la naturaleza y el corazon. Ejecutóse. Concluida la ceremonia de la presentacion, dejaron en el templo aquel precioso tesoro para servir en él en las funciones que le correspondian, quedándose en el cuarto de las doncellas hasta la edad de quince años en que fué desposada con S. José para cumplimiento de los mayores misterios. Habíale prevenido tambien con semejante don de castidad el mismo Dios que le tenia destinado para ser su casto esposo: ni la Vírgen consintió en darle la mano hasta estar segura de que el mismo voto de castidad habia de unir inviolablemente á los dos purísimos esposos, siendo el principal ornamento de su matrimonio.

Las estraordinarias virtudes que resplandecian en aquella santa niña, y los dones sobrenaturales con que Dios la habia enriquecido tan estraordinariamente, se arrebataron la atencion universal, admirándola todos como un prodigio de la gracia, y concibiéndose ya idea tan superior de su eminente, de su milagrosa santidad, que aseguran Evodio, Jorge de Nicomedia, S. German de Constantinopla y otros muchos Padres (como lo afirma Nicéforo) que por un privilegio verdaderamente singular se la permitió á la Vírgen todo el tiempo que se mantuvo en el templo que entrase libremente en el santuario, y aun en el mismo *Sancta sanctorum*, donde, segun la ley, solo era lícito entrar al sumo sacerdote: gracia que solo se dispensaba con las personas de una santidad muy relevante, en cuya atencion se le concedió tambien al apóstol Santiago el Menor. En aquel santo lugar pasaba la mayor parte del dia la mas santa de todas las puras criaturas, derramando su corazon en la presencia de Dios, y ofreciéndole sacrificio de alabanzas mas agradable y mas precioso que cuantos sacrificios de animales se le habian ofrecido en el mismo templo. ¡Comprendamos, si es posible, cual seria el ardor del divino fuego en que se abrasaba el corazon de María en aquel santo lugar! ¡cuanto el fervor de sus votos y oraciones! Solamente las celestiales inteligencias, testigos ordinarios de sus amorosos incendios, pudieron formar idea justa de la santidad de sus meditaciones, de la escelencia de su contemplacion, del valor y mérito de aquella multitud infinita de actos continuados de las mas heróicas virtudes, ocupacion ordinaria de María los once años que se mantuvo en el templo.

Cuando decia el Profeta Rey que la habia de seguir numeroso

acompañamiento de vírgenes haciéndola corte, por esplicarme así: *Adducentur virgines post eam* (*Ps.* 44.), parece que tuvo presente la presentacion de la santísima Vírgen; la cual, en este misterio y en su mansion en el templo, habia de servir como de modelo á tanta multitud de tiernas doncellitas, que renunciando el mundo pasan toda su vida en el templo, cumpliendo ó llenando en presencia de su divino Esposo todas las obligaciones de la justicia y de la ley: *In sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris.* (*Luc.* 1.) ¡Cuántos millones de doncellas han imitado el ejemplo de esta Reina de las vírgenes, consagrándose al servicio de Dios en el retiro del claustro para dedicarse toda la vida á ejercicios de la mas alta perfeccion! Con razon se puede decir que la presentacion de la santísima Vírgen, y su mansion en el templo de Jerusalen, fué como el sagrado original, y por decirlo así, la primera época del instituto de todas las religiosas. Por eso la fiesta de este misterio debe ser de particular devocion y de especialísima veneracion para todas ellas.

Sí, Señor, antes que bajase al mundo vuestro unigénito Hijo; antes que se ofreciese víctima de nuestros pecados en el ara de la cruz, sola María era la única hostia digna de ser ofrecida á vos. La sangre de los toros y de los corderos, la efusion de los licores y el olor de los perfumes eran todos objetos muy materiales para que mereciesen todo el lleno de vuestra divina atencion. Los sacrificios de Abel, de Noé y de otros patriarcas; las magnificencias de David, las religiosas profusiones de Salomon ya eran acreedoras á que las miraseis con alguna benignidad; pero las faltaba mucho para satisfaceros plenamente. El sacrificio de Abraham, de Manué y de Ana, madre de Samuel, os fué sin duda agradable: no obstante, aunque estas víctimas fueron escelentes, siempre tenian algun defecto, siempre las faltaba aquella perfecta pureza, sin la cual no podian ser perfectamente dignas de vuestros divinos ojos. Sola María, en quien no encontrasteis mancha, pudo ser hostia tan santa y tan pura que llenase vuestro corazon, y escitase vuestra misericordia mientras se llegaba el dia del grande sacrificio de la cruz. Recibid, pues, hoy á esta inocente paloma, á la cual no tardará en seguir aquel Cordero inmaculado, que solo él puede quitar los pecados del mundo. Recibid los votos de la mas santa entre todas las puras criaturas: la ofrenda de una Vírgen que fué el esmero de vuestra misericordia, destinada por vos mismo para refugio de los pecadores.

La fiesta de la presentacion de la Vírgen es mucho mas antigua entre los griegos que entre los latinos. El emperador Emanuel Commeno, que reinaba el año de 1130, hace mencion de

ella en una de sus ordenanzas, y era ya muy célebre en el Oriente. No se comunicó al Occidente hasta el año de 1372, en que Felipe de Maizieres, canciller de Chipre, viniendo por embajador de aquel rey, habló de esta fiesta al papa Gregorio XI, á quien presentó el oficio que su Santidad examinó por sí mismo, y haciéndole despues examinar por los cardenales y por los teólogos, le aprobó y mandó que se celebrase en la Iglesia universal.

Nota del traductor.

«El emperador Emanuel Commeno no comenzó á imperar hasta el año de 1144, como es indubitable en la historia, y así puede ser yerro de imprenta el suponerle reinando ya el año de 1130. Y aunque es cierto que el papa Gregorio XI, á instancia del canciller de Chipre, fué el primero que mandó celebrar esta fiesta en toda la universal Iglesia, dando principio el mismo pontífice á celebrarla el dia 21 de noviembre del año de 1372 en la iglesia de los frailes franciscos de Aviñon, no lo es tanto (aunque digan algunos lo contrario) que aprobó y mandó se rezase en la Iglesia latina el oficio que le presentó el canciller, pues consta que el año de 1585 aun no se veia en el breviario romano. (*Thomasin. lib. 2 de Dive. Festor. celebrat. cap.* 20, §. 7.)»

SANTOS HONORIO, EUTIQUIO Y ESTÉBAN, MÁRTIRES.

Aunque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las actas específicas del martirio de S. Honorio, Eutiquio y Estéban, á quienes venera Jerez de la Frontera por sus ínclitos patronos, con todo no pudo borrar las noticias que por el conducto de una tradicion constante llegaron á nuestras edades, bastantes para acreditar la constancia de la fe, y los gloriosos triunfos de estos ilustres héroes españoles. Nacieron todos tres, sino al mundo, á lo menos para el cielo en Asta, numerosa ciudad de la provincia de la Bética ó Andalucía, colonia que fué de los romanos, de la que hasta hoy se ven varias ruinas de sus grandes edificios á cuatro millas de Jerez de la Frontera en el sitio que se llama la Mesa de Asta, por ser su figura rotunda en un lugar algo elevado sobre las tierras vecinas. Abrazaron Honorio, Eutiquio y Estéban la fe de Jesucristo, instruidos en ella segun parece por aquellos varones apostólicos que hicieron resonar la voz del Evangelio en la Bética en los primeros siglos, y no satisfechos en su juventud con profesarla en secreto, la predicaban públicamente por las calles y plazas de las ciudades, encendidos de aquel

divino fuego con que salieron los Apóstoles del cenáculo para la conquista del mundo.

Mandaban por entonces los edictos de los príncipes gentiles, que todos los vasallos del imperio romano tributasen culto á sus dioses; pero despreciando Honorio, Eutiquio y Estéban tan injustos decretos, á pesar de la crueldad de los jueces ejecutores, de la fiereza de los verdugos y de la furia de los tormentos, procuraban ahuyentar con la luz del Evangelio las densas tinieblas en que se hallaban sumergidos los idólatras, persuadiéndoles la falsedad de sus dioses, la abominacion de sus cruentos sacrificios, y la necedad de sus ridículas supersticiones: manifestándoles los crasos errores en que estaban imbuidos, no solo con razones evidentes, sino con los testimonios de los que apreciaban por maestros de su creencia; en cuyos escritos constaban los adulterios, las calificadas traiciones, y las execrables maldades de aquellos mismos que veneraban por dioses, indignos de vivir entre los hombres, y mucho mas del culto que les tributaban llenos de preocupacion; pero como la luz no puede dejar de ofender á los ojos débiles, ni la verdad puede adherirse á los corazones engañados y corrompidos, no podian sufrir los paganos la una, ni creer la otra: solicitaron vengar el desprecio hecho á sus dioses con igual enojo, que la condenacion de sus relajadas costumbres hecha por los ilustres predicadores de la doctrina cristiana, y para ello los delataron al juez de Asta, cuyo nombre no nos dicen los escritores. Mandó éste conducir presos á Honorio, Eutiquio y Estéban á su tribunal, y pareciéndole que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas eficacia las razones que la severidad, siguiendo esta idea, quiso obligarles á obedecer los preceptos de los príncipes del mundo, haciéndoles presente, que el culto que mandaban á los dioses romanos, estaba apoyado con la práctica de tantos siglos, con la autoridad de tantas personas sabias pasadas y presentes, y con la continuacion de tantos sacrificios, cuyo conjunto de pruebas acreditaban sin la menor duda la divinidad que ellos creian; por lo que les exhortaba á que les ofreciesen sacrificio, porque de no hacerlo así, le seria preciso hacer ostentacion del rigor de su justicia, echando mano de los tormentos.

Rebatieron los tres insignes héroes las infundadas razones del juez con la infalible verdad de la religion que enseñó Jesucristo, manifestando á los paganos á un mismo tiempo el orígen y la bajeza de los que tenian por dioses, acreedores por sus infamias y por sus execrables vicios del desprecio y de las abominaciones de todos los hombres: hiciéronle ver la injusticia de los edictos

imperiales dirigidos á obligar á los racionales á que prestasen adoracion á los leños y á las piedras, sin otra figura que la que sacaban de las manos de los artífices, incapaces de dar divinidad á sus hechuras; y en cuanto á las amenazas contestaron, que nunca serian mas dichosos que cuando las pusiese en ejecucion, quitándoles la vida corporal, para que fuesen á disfrutar la eterna que el Señor de los señores tenia prometida á los que confesasen su santo nombre ante los tribunales de sus enemigos. Conoció el juez por la generosidad de las respuestas de los tres ilustres confesores que se cansaba en vano en querer reducirlos á su partido, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, dió órden á los verdugos para que empleasen en ellos los tormentos mas crueles, en fuerza de los cuales lograron la apetecida corona del martirio en el dia 21 de noviembre en tiempo de la persecucion de Trajano segun unos, y segun otros en la de Diocleciano y Maximiano.

Tuviéronse en Asta los tres ilustres mártires en grande veneracion hasta la irrupcion de los moros en España, en la que destruida aquella ciudad por los bárbaros, segun parece, habiéndose trasferido sus moradores á Jerez de la Frontera, pasó con ellos la devocion á sus mártires; pero aunque se resfrió esta con motivo de las sangrientas guerras y de la dura esclavitud que sufrieron los cristianos bajo el dominio de los árabes, la resucitó despues con mayor fervor la misma ciudad de Jerez, cuyo cabildo suplicó al papa Clemente VIII en el año 1603, que se dignase conceder su permiso apostólico para celebrar anualmente la fiesta de S. Honorio, Eutiquio y Estéban, y para venerarlos como á sus patronos segun el uso de la Iglesia Romana. Dió su Santidad su breve, encargando la ejecucion con el exámen y averiguacion de las preces al eminentísimo Sr. D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla; pero habiendo muerto éste antes de hacer uso de la comision, evacuada por su sucesor D. Fernando Nuño de Guevara, presbítero cardenal de la santa Iglesia Romana, declaró por suficientemente justificada la narrativa, y en virtud de ella estableció la fiesta de los Santos en el mismo dia 21 de noviembre que padecieron martirio; mas como en éste y en los dos siguientes ocurre la festividad de la Presentacion de la Santísima Vírgen, de Sta. Cecilia y S. Clemente papa, se trasfirió la de los Santos al 24 de dicho mes, y para que los fieles concurriesen á celebrarla con mas devocion, concedió su eminencia cien dias de indulgencia en el 16 de octubre del año 1605.

SAN GELASIO I, PAPA Y CONFESOR.

El papa S. Gelasio, primero de este nombre, nació en Roma de padres africanos, y sucedió al papa S. Felix III á mediados de febrero del año 492. Fué un hombre muy versado é instruido en las costumbres de la Iglesia, y ensalzado por la pureza de su vida, su estraordinaria humildad, templanza, austeridad y liberalidad con el pobre, por cuyo amor lo fué él siempre, dice Dionisio el Exiguo. Facundo de Hermione, que escribió pocos años despues de su muerte, dice: «El fué famoso en todo el mundo por su sabiduría y santidad de vida.» A sus demás virtudes juntaba un amor grande al órden y la disciplina, con un espíritu y una prudencia nada comunes. Su principal cuidado fué desde su elevacion á la cátedra pontificia, restituir la paz á las Iglesias de Oriente, lo cual no pudo conseguir. Rehusó constantemente enviar cartas de comunion á Eufemio, patriarca de Constantinopla, porque se escusaba á borrar de los Dípticos (ó registro de los obispos ortodoxos difuntos de que se hacia conmemoracion en el altar) el nombre de Acacio, predecesor suyo, el cual si bien no habia rechazado el concilio Calcedonense, habia mostrado demasiada condescendencia á su amo el emperador en favor de los eutiquianos, y en vivir en comunion con Pedro, el notario, artificioso eutiquiano, usurpador de la silla de Alejandría. (*) Y esta interrupcion de cartas de comunion entre la silla de Roma y las principales de Oriente, continuó hasta que por órden del emperador católico Justino en el año 518, Juan patriarca de

(*) Eufemio que, despues de un corto episcopado en Fravitas, habia sucedido á Acacio, era un católico celoso, y fué mas adelante desterrado por su fe por el emperador Anastasio, y murió en Ancira en el año de 515. Su nombre lo pusieron los griegos en su calendario; y Natal Alejandro demuestra que ni él, ni su sucesor Macedonio fueron cismáticos; porque aunque los papas les negaron las muestras públicas y ceremoniales de comunion, no inferia este hecho positiva descomunion, y mucho menos pudo abrazar esta censura á sus súbditos, como han pretendido hacer creer Bower y otros calumniadores como él. Esto mismo prueban los Bolandistas por iguales ejemplos de S. Flavian de Antioquía, y S. Elías de Jerusalen, cuyos nombres están en el Martirologio romano. Esta suspension de las muestras, ó prendas de comunion, venia á ser no obstante señal de algun desabrimiento, al módo que en nuestros dias, casi, los papas enviaron en Francia varias comisiones á algunos prelados circunvecinos á la diócesis á que aquellas se dirigian, y no á los mismos diocesanos, ú obispos por ser sospechosos de jansenismo, ó por otros debates. (*Butler.*)

imperiales dirigidos á obligar á los racionales á que prestasen adoracion á los leños y á las piedras, sin otra figura que la que sacaban de las manos de los artífices, incapaces de dar divinidad á sus hechuras; y en cuanto á las amenazas contestaron, que nunca serian mas dichosos que cuando las pusiese en ejecucion, quitándoles la vida corporal, para que fuesen á disfrutar la eterna que el Señor de los señores tenia prometida á los que confesasen su santo nombre ante los tribunales de sus enemigos. Conoció el juez por la generosidad de las respuestas de los tres ilustres confesores que se cansaba en vano en querer reducirlos á su partido, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, dió órden á los verdugos para que empleasen en ellos los tormentos mas crueles, en fuerza de los cuales lograron la apetecida corona del martirio en el dia 21 de noviembre en tiempo de la persecucion de Trajano segun unos, y segun otros en la de Diocleciano y Maximiano.

Tuviéronse en Asta los tres ilustres mártires en grande veneracion hasta la irrupcion de los moros en España, en la que destruida aquella ciudad por los bárbaros, segun parece, habiéndose trasferido sus moradores á Jerez de la Frontera, pasó con ellos la devocion á sus mártires; pero aunque se resfrió esta con motivo de las sangrientas guerras y de la dura esclavitud que sufrieron los cristianos bajo el dominio de los árabes, la resucitó despues con mayor fervor la misma ciudad de Jerez, cuyo cabildo suplicó al papa Clemente VIII en el año 1603, que se dignase conceder su permiso apostólico para celebrar anualmente la fiesta de S. Honorio, Eutiquio y Estéban, y para venerarlos como á sus patronos segun el uso de la Iglesia Romana. Dió su Santidad su breve, encargando la ejecucion con el exámen y averiguacion de las preces al eminentísimo Sr. D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla; pero habiendo muerto éste antes de hacer uso de la comision, evacuada por su sucesor D. Fernando Nuño de Guevara, presbítero cardenal de la santa Iglesia Romana, declaró por suficientemente justificada la narrativa, y en virtud de ella estableció la fiesta de los Santos en el mismo dia 21 de noviembre que padecieron martirio; mas como en éste y en los dos siguientes ocurre la festividad de la Presentacion de la Santísima Vírgen, de Sta. Cecilia y S. Clemente papa, se trasfirió la de los Santos al 24 de dicho mes, y para que los fieles concurriesen á celebrarla con mas devocion, concedió su eminencia cien dias de indulgencia en el 16 de octubre del año 1605.

SAN GELASIO I, PAPA Y CONFESOR.

El papa S. Gelasio, primero de este nombre, nació en Roma de padres africanos, y sucedió al papa S. Felix III á mediados de febrero del año 492. Fué un hombre muy versado é instruido en las costumbres de la Iglesia, y ensalzado por la pureza de su vida, su estraordinaria humildad, templanza, austeridad y liberalidad con el pobre, por cuyo amor lo fué él siempre, dice Dionisio el Exiguo. Facundo de Hermione, que escribió pocos años despues de su muerte, dice: «El fué famoso en todo el mundo por su sabiduría y santidad de vida.» A sus demás virtudes juntaba un amor grande al órden y la disciplina, con un espíritu y una prudencia nada comunes. Su principal cuidado fué desde su elevacion á la cátedra pontificia, restituir la paz á las Iglesias de Oriente, lo cual no pudo conseguir. Rehusó constantemente enviar cartas de comunion á Eufemio, patriarca de Constantinopla, porque se escusaba á borrar de los Dípticos (ó registro de los obispos ortodoxos difuntos de que se hacia conmemoracion en el altar) el nombre de Acacio, predecesor suyo, el cual si bien no habia rechazado el concilio Calcedonense, habia mostrado demasiada condescendencia á su amo el emperador en favor de los eutiquianos, y en vivir en comunion con Pedro, el notario, artificioso eutiquiano, usurpador de la silla de Alejandría. (*) Y esta interrupcion de cartas de comunion entre la silla de Roma y las principales de Oriente, continuó hasta que por órden del emperador católico Justino en el año 518, Juan patriarca de

(*) Eufemio que, despues de un corto episcopado en Fravitas, habia sucedido á Acacio, era un católico celoso, y fué mas adelante desterrado por su fe por el emperador Anastasio, y murió en Ancira en el año de 515. Su nombre lo pusieron los griegos en su calendario; y Natal Alejandro demuestra que ni él, ni su sucesor Macedonio fueron cismáticos; porque aunque los papas les negaron las muestras públicas y ceremoniales de comunion, no inferia este hecho positiva descomunion, y mucho menos pudo abrazar esta censura á sus súbditos, como han pretendido hacer creer Bower y otros calumniadores como él. Esto mismo prueban los Bolandistas por iguales ejemplos de S. Flavian de Antioquía, y S. Elías de Jerusalen, cuyos nombres están en el Martirologio romano. Esta suspension de las muestras, ó prendas de comunion, venia á ser no obstante señal de algun desabrimiento, al módo que en nuestros dias, casi, los papas enviaron en Francia varias comisiones á algunos prelados circunvecinos á la diócesis á que aquellas se dirigian, y no á los mismos diocesanos, ú obispos por ser sospechosos de jansenismo, ó por otros debates. (*Butler.*)

Constantinopla, y los demás prelados dieron satisfaccion al papa S. Hormisdas, borrando el nombre de Acacio.

El papa S. Gelasio en varias Epístolas, y en su concilio Romano, afirma en términos muy fuertes la primacía de la Silla de Roma, fundada en las palabras de Cristo á S. Pedro, cuya Silla habia tenido siempre el gobierno y direccion de todas las Iglesias del mundo, y de la cual no hay apelacion á alguna otra. Andromacho, senador romano, y otros muchos intentaron el uso de los *Lupercales*, que eran unos juegos públicos en honor del dios Pan, que habia abolido Gelasio. Con este motivo esforzó su prohibicion en un tratado sobre el asunto titulado *Contra Andromacho*. Trabajó este santo papa con un celo grande por estirpar la herejía pelagiana, y varios abusos que prevalecian en la marca de Ancona, especialmente la simonía, y prohibió severamente á los eclesiásticos el tráfico ó comercio. Los maniqueos que vivian ocultos en Roma fueron descubiertos por él mandando que todos recibiesen la comunion bajo de una y otra especie, porque estos herejes se abstenian del vino, porque le creian impuro. Esta práctica errónea habia pasado mucho tiempo sin notarse, y recibian en efecto los sacramentos de mano de los católicos, como vemos por S. Leon (*Serm. 4. de Cuadr. t. 1, p. 217. dist. 2. c. 12.*) en el año de 443. Así continuaron estos herejes hasta que la prohibicion de Gelasio llamó sacrílega justamente aquella division que hacian, en el de 496. Su misma prohibicion, que cesó por el no uso luego que fué abolida aquella herejía, basta para demostrar, que el uso de ambas especies era entonces promiscuo, y á discrecion, como lo denotan claramente muchos ejemplos de aquel siglo y los precedentes. Genadio nos dice, que el papa Gelasio compuso *Himnos sagrados* á imitacion de S. Ambrosio, pero estos no se encuentran. Por las cartas de S. Inocencio, S. Celestino, y S. Leon se demuestra que la iglesia de Roma tenia por escrito una Orden ó Rito para la misa antes de Gelasio: y esta sin duda fué el fundamento de su *Sacramentario*, que se imprimió en Roma en el año de 1680, de una copia manuscrita de novecientos años de antigüedad por Thomasi, teatino, y despues cardenal. En él se encuentra la solemne veneracion de la cruz en el viernes santo, y la reservacion de la partícula eucarística ofrecida en el dia antecedente, para la comunion de aquel dia: la bendicion de los olios: la uncion y otras ceremonias usadas en el bautismo: la bendicion del agua: la bendicion para entrar en casas nuevas, etc. varias misas para fiestas de algunos Santos, con la espresa invocacion de ellos, y la veneracion á sus reliquias: misas votivas para los caminantes; para obtener caridad, y otras virtudes: para el matrimonio con la bendicion nupcial, ó velacion; para los dias de nacimiento; para los enfermos; para los muertos, etc. En el año de 494 tuvo el papa Gelasio un concilio en Roma, compuesto de setenta obispos, en que publicó su famoso decreto, que contenia una lista de los libros canónicos de la sagrada Escritura entonces universalmente recibida: otra de los Padres ortodoxos: y la tercera de los libros apócrifos, que son de dos clases; unos ficciones fabulosas, y otros genuinos y útiles en muchas cosas, pero que contienen alguna falsedad, ó error, y deben leer con precaucion, ó á lo menos escluirse del cánon de la Escritura. San Gelasio fué el primer papa que fijó la ordenacion en las cuatro témporas del año. El modo de escribir de este papa es elegante y noble. Murió en el año de 496, en tal dia como hoy. (*Butler.*)

La misa es en honor de la santísima Vírgen, y la oracion la que sigue:

O Dios, que quisiste que la bienaventurada María siempre vírgen, en la cual habitaba ya el Espíritu Santo, fuese hoy presentada en el templo; concédenos, que por su intercesion merezcamos nosotros ser presentados en el templo de tu gloria. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 24 del Eclesiástico, y la misma que la del Patrocinio de nuestra Señora, dia VIII, *pág. 145.*

REFLEXIONES.

Fuí asegurada en la mansion de Sion, y encontré mi reposo en aquella santa ciudad. Con mucha razon pone la Iglesia estas palabras en boca de la santísima Vírgen, y todas las personas religiosas debieran tener el consuelo de repetir muchas veces las mismas. Asegúrelas en Sion; esto es, en su religioso estado, una vocacion legítima y divina: foméntenla con la pureza de costumbres, con un continuo fervor, que ni afloje ni desmaye, y seguramente hallarán el reposo y la quietud en esta santa ciudad. Siendo tan santo el estado religioso, y siendo las casas religiosas el asilo de la inocencia, la soledad deliciosa de las vírgenes, fija habitacion de la virtud, defendida de tempestades y de escollos, la verdadera tierra de promision, y la mas viva copia de la ciudad celestial, ¿cómo es posible que entre en ellas el dis-

gusto, ni que se halle entre sus paredes la amargura, la tristeza, y tal vez la desesperacion y el arrepentimiento? Llueve en ellas el maná con abundancia; pero le hace fastidioso la memoria de las cebollas de Egipto. No habiendo logrado el demonio con un jóven, con una tierna doncella que dejasen de seguir los impulsos de la gracia, que, arrancándolos del mundo, los llamaba fuertemente á la religion, hace todos sus esfuerzos, emplea todos sus artificios para conseguir, por lo menos, que aquella su fidelidad sea pasajera, y sin fruto su generosa resolucion. Su primer cuidado es persuadirlas que las reglas pequeñas son unas menudencias de ninguna monta, en que fácilmente se pueden dispensar sin el menor remordimiento. A este poco aprecio de las reglas se sigue inmediatamente cierta opresion y cierto tedio que causan aquellas observancias cuotidianas y menudas. Toda opresion fatiga, ofende y disgusta. El disgusto representa el yugo de la religion amargo, pesado y duro; porque á la cobardía es natural y consiguiente la flaqueza. En tan triste disposicion ya no siente una persona religiosa los consuelos de su estado, y solo esperimenta los trabajos. Entibiado el fervor, se altera la devocion, y muy en breve se debilita, se estingue ó bastardea. Queda entonces el corazon en poder de sus inclinaciones, y entregada enteramente el alma á las pasiones mas violentas. Cuando se llega á tan funesto estado, sirven de muy poco los ventajosos auxilios que se logran en la religion. Apagado el fervor, todo es frialdad, todo hielo: oraciones, sacramentos, leccion espiritual, meditacion, penitencias; todo se hace sin fruto, todo sin jugo, todo sin devocion. Desfallece el alma, y se cansa, se disgusta de sí misma en este desfallecimiento. Acuérdase entonces de aquella engañosa libertad, de que tanto, pero tan falsamente, se lisonjean las gentes del mundo, y esta tentadora memoria produce en ella aquel desdichado arrepentimiento. *El que vuelve los ojos atrás*, dice el Salvador del mundo, *despues de haber puesto mano al arado, no es á propósito para el reino de los cielos*. Todos esos mortales tedios y todas esas enfadosas inquietudes tardan muy poco en hacer que el pobre religioso, la pobre religiosa titubeen en la vocacion, considerándose ya como forasteros ó como esclavos en la santa ciudad. No es mucho, pues, que ya no encuentren en ella aquel dulce reposo, aquella suavísima tranquilidad que esperimentan hasta la muerte las almas fervorosas. Afiáncense bien en la santa Sion, y seguramente encontrarán la verdadera quietud.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas, y el mismo que el del Patrocinio de nuestra Señora, dia VIII, *pág. 146.*

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

PUNTO PRIMERO. —Considera las dos principales virtudes que resplandecieron en la presentacion de la santísima Vírgen: el fervor con que se consagró á Dios, y la perfeccion con que lo hizo consagrándose sin reserva. Consagróse al Señor en cierta manera antes que tuviese fuerzas para poder hacerlo, pues lo ejecutó en la edad de solos tres años; pero nada la detiene, ni la ternura de su niñez, ni la debilidad de sus fuerzas, ni el cariño de sus padres. Nada la acobarda cuando se trata de entregarse á Dios enteramente. Todas las cosas que pueden diferir este sacrificio, dilatan su dicha y afligen su corazon. Hubiéralo ejecutado desde el mismo dia de su nacimiento á no haberla detenido su misma virtud, su amor á Dios, y su razon natural anticipada á la edad; dictándola que debía seguir el órden de la naturaleza y acomodarse á sus leyes. Habia tres años que estaba suspirando por aquel dichoso dia, y que le estaba esperando con amorosa impaciencia. Cada hora, cada momento se hacian siglos á su fervoroso deseo de verse solemnemente dedicada al servicio de su Criador. *Quando veniam* (decia sin cesar con el profeta), *quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* (*Psalm.* 41.) ¿Cuando llegará aquel afortunado dia en que yo misma me presente en el templo para hacer pública y solemne profesion de mi entero sacrificio al servicio de mi Dios? ¡O dia feliz! ¡ó momento dichoso, en que libre de los lazos de mi primera niñez me he de presentar al Señor en su santo tabernáculo, y qué distante estás de mis deseos! Esto repetia la tierna niña á cada paso. ¿Es semejante al suyo nuestro fervor? ¿tenemos las mismas ansias, es igual, es parecida á esta nuestra prontitud cuando se trata de entregarnos á Dios? Debíamos haberle comenzado á amar desde que le comenzamos á conocer. Erale debido el primer uso de nuestra razon, de nuestra voluntad y de nuestra libertad: ¿concedímosle siquiera el que se siguió despues? ¿hemos comenzado á amar de veras á Dios y á servirle? Fácilmente contamos los años y los dias que hemos vivido; ¿pero contamos muchos empleados en su servicio? ó hablando mas propiamente, ¿puede Dios contar muchos dias de nuestra vida santificados por una devocion sincera, sólida y constante? Las personas religiosas nunca se olvidan de los años que cuentan de religion; ¿pero han sido religiosos todos esos años? Gran desgracia será la de esas almas pri-

vilegiadas si sus dias son vacíos, si despues de haber figurado á los ojos de los hombres, como personas ricas en bienes espirituales, se hallan sin cosa alguna en las manos á la hora de la muerte. María toda de Dios, toda abrasada en el amor de Dios desde el primer instante de su vida, acude al templo á los tres años de su edad á hacer pública profesion de que es toda de Dios, y desde aquella edad se consagra solemnemente á él por toda su vida. Esta eleccion nos enseña, este grande ejemplo nos da: ¿nos hemos aprovechado bien de él? ¿desde cuándo comenzamos á contar la época de nuestra conversion? ¡Ah, Señor! *Sero te amavi*: ¡y qué tarde os amé! ¡cuántos años he vivido sin amaros! ¡cuántos y cuántos están ya tocando el término de su carrera, sin haberos comenzado á amar!

Punto segundo. — Considera que la santísima Vírgen, no como quiera, se consagra y se entrega á Dios cuanto mas antes, sino que totalmente se entrega y se consagra. Ofrécese al Señor, y se ofrece enteramente. No entiende de cortapisas, de escepciones ni de reservas. En tratándose de consagrarse á Dios, rompe todos los lazos que la estrechan con sus padres, por fuertes que sean, porque en Dios lo encuentra todo. Renuncia todos sus bienes, siendo en adelante su única herencia el Señor: renuncia su libertad para no tener otra voluntad que la de Dios, única regla de toda su conducta: renuncia todo placer por amor de aquel Señor que es todas sus delicias. ¿Imitamos nosotros esta liberalidad generosa de María? ¿nos entregamos á Dios enteramente como ella? ¿no reservamos algo para nosotros aun cuando parece que damos mas al Señor? Las personas religiosas logran la dicha de haberse consagrado á Dios, y las mas de haberlo hecho á buena hora. A imitacion de la santísima Vírgen rompieron las cadenas de la carne que las tenian aprisionadas con sus padres y parientes; ¿pero no se fabricaron despues otras á sí mismos? Todos renunciaron sus bienes cuando hicieron los votos religiosos; ¿pero no reservaron cosa alguna en este sacrificio? Renúnciase para siempre la propia libertad al profesar en la religion; bien: ¿y es posible que nunca se hace la propia voluntad en órden á la ocupacion, al ministerio, al destino? ¿está siempre el religioso en el lugar donde Dios le queria? ¿nunca escogemos nosotros las ocupaciones? ¿nunca influimos en el destino que nos señalan los superiores? ¿hacemos siempre en todo su voluntad? ¿y será posible que algunas veces no se vean ellos como violentados á hacer la nuestra? Renúnciase, es verdad, todo placer al entrar en la religion, abrázase la cruz, y se hace obligacion de vivir

una vida crucificada; ¿pero es el carácter de todas las personas una mortificacion real, constante, verdadera y efectiva? ¿nunca reclama en ellas sus antiguos derechos el amor propio? ¿nunca se le concede cosa alguna contra la obligacion y la conciencia? ¿es posible que la mortificacion, el regalo y la sensualidad son forasteras, son desconocidas á todos los religiosos? ¿es posible que no encuentran asilo en el claustro las pasiones? ¿de qué las servirá á estas almas infieles y cobardes, á esos religiosos imperfectos y tibios; de qué les servirá haber metido tanto ruido, haber dado un paso de tanto estruendo cuando se consagraron al Señor, si su vida desmiente su profesion, y si encuentra Dios tantos hurtos y tantas rapiñas en sus infieles sacrificios?

¡Será posible, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas, tan convincentes, y que tanto nos interesan, nada han de concluir á nuestro favor! ¡y que forzados á confesar que nos entregamos á vos, Dios mio, tarde, imperfectamente, y de una manera tan indigna, no por eso seamos mejores, mas observantes, mas exactos, mas devotos y mas fervorosos! Vírgen santísima, en quien despues de Dios coloco toda mi confianza, apartad de mí esta desgracia, y alcanzadme que vuestro ejemplo, acompañado de vuestra poderosa proteccion, me haga tal como debo ser.

Jaculatorias.—Esto es hecho, y así lo declaro, Señor: desde este mismo punto comienzo á ser todo vuestro, reconociendo que esta mudanza es efecto de vuestra gracia todopoderosa. (*Ps.* 76.)

Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos. (*La Iglesia.*)

PROPOSITOS.

1 En las acciones de la santísima Vírgen todo es misterio, todo instruccion, todo incentivo de devocion y confianza. Conságrase á Dios en este dia á la edad de tres años, y se consagra para siempre, dándose toda sin reserva en esta ofrenda y en esta consagracion. Gran ejemplo, admirable leccion para todo género de gentes, de todos sexos, estados y condiciones. ¿Hace acaso mucho tiempo que te dedicaste enteramente á Dios y á su servicio? Debiéraslo haber hecho desde que tuviste uso de razon; ¿pero cuántos hay que no lo han hecho ni aun á la vejez? ¿eres tú de ese número? ¿y te atreverás á dilatarlo si no lo has hecho hasta ahora? Si tienes la dicha de vivir en el estado religioso, fácilmente podrás contar los años de tu profesion; ¿pero podrás con-

tar los mismos de tu consagracion á Dios sin interrupcion y sin reserva? Si tu conciencia te asegura que hasta ahora has vivido una vida tibia, imperfecta, poco religiosa, comienza desde luego una vida nueva, fervorosa, observante y ejemplar; de manera, que jamás se desmienta esta vida pura, santa y mortificada, no negando á Dios cosa que te pida, y consagrándote á él totalmente y para siempre.

2 Para esta generosa, entera y absoluta donacion de ti mismo á Dios, con la circunstancia de sincera, constante é irremisible, es gran medio empeñar á la santísima Vírgen por nuestra devocion y por nuestra confianza para que ella misma nos presente al Señor, y para que selle, por decirlo así, nuestra conversion y nuestra donacion con particulares gracias, interponiendo la proteccion y la autoridad de madre. Para esto has de renovar la obligacion contraida de dedicarte á su servicio, y tu tierna devocion á esta soberana Reina. Preséntate á ella como á tu dulcísima madre para que ella te presente á su santísimo Hijo. Haz una nueva y solemne protestacion de que quieres ser singularmente devoto y siervo de la santísima Vírgen todos los dias de tu vida. Honra con singular devocion su santísima niñez, devocion que es muy de su especial agrado. María niña es un objeto dignísimo de nuestro culto y de nuestra veneracion; pues santificada en el mismo primer instante de su inmaculada concepcion, fué mas santa y mas agradable á los ojos de Dios el dia de su nacimiento, que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¡Pues cuánto aumento de méritos y de santidad acrecentaria en su infancia, particularmente el dia de su presentacion! Celebra todos los años esta fiesta con devocion especial. No dejes de comulgar en ella y de aconsejar que hagan lo mismo tus hijos, tus criados y dependientes. Es devocion casi universal en todos los siervos de la Vírgen ayunar el dia antes de sus festividades; cuéntate tú en el número de estos fervorosos siervos. Ten continuamente en el corazon y en la boca el nombre de María, dice S. Bernardo, invócala perpetuamente con entera confianza: *Nomen Mariæ non recedat ab ore, non recedat à corde.* (*Serm. 2. Supr. Missus est.*)

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

Santa Cecilia, virgen y mártir, en Roma; la cual convirtió á la fe de Jesucristo á su esposo Valeriano y á su hermano Tiburcio, y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar los mismos de tu consagracion á Dios sin interrupcion y sin reserva? Si tu conciencia te asegura que hasta ahora has vivido una vida tibia, imperfecta, poco religiosa, comienza desde luego una vida nueva, fervorosa, observante y ejemplar; de manera, que jamás se desmienta esta vida pura, santa y mortificada, no negando á Dios cosa que te pida, y consagrándote á él totalmente y para siempre.

2 Para esta generosa, entera y absoluta donacion de ti mismo á Dios, con la circunstancia de sincera, constante é irremisible, es gran medio empeñar á la santísima Vírgen por nuestra devocion y por nuestra confianza para que ella misma nos presente al Señor, y para que selle, por decirlo así, nuestra conversion y nuestra donacion con particulares gracias, interponiendo la proteccion y la autoridad de madre. Para esto has de renovar la obligacion contraida de dedicarte á su servicio, y tu tierna devocion á esta soberana Reina. Preséntate á ella como á tu dulcísima madre para que ella te presente á su santísimo Hijo. Haz una nueva y solemne protestacion de que quieres ser singularmente devoto y siervo de la santísima Vírgen todos los dias de tu vida. Honra con singular devocion su santísima niñez, devocion que es muy de su especial agrado. María niña es un objeto dignísimo de nuestro culto y de nuestra veneracion; pues santificada en el mismo primer instante de su inmaculada concepcion, fué mas santa y mas agradable á los ojos de Dios el dia de su nacimiento, que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¡Pues cuánto aumento de méritos y de santidad acrecentaria en su infancia, particularmente el dia de su presentacion! Celebra todos los años esta fiesta con devocion especial. No dejes de comulgar en ella y de aconsejar que hagan lo mismo tus hijos, tus criados y dependientes. Es devocion casi universal en todos los siervos de la Vírgen ayunar el dia antes de sus festividades; cuéntate tú en el número de estos fervorosos siervos. Ten continuamente en el corazon y en la boca el nombre de María, dice S. Bernardo, invócala perpetuamente con entera confianza: *Nomen Mariæ non recedat ab ore, non recedat à corde.* (*Serm. 2. Supr. Missus est.*)

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

Santa Cecilia, virgen y mártir, en Roma; la cual convirtió á la fe de Jesucristo á su esposo Valeriano y á su hermano Tiburcio, y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



STA. CECILIA V. Y M.

animó al martirio: despues que estos padecieron, Almaquio, prefecto de Roma, la hizo prender; y habiendo vencido el fuego, la mandó degollar en tiempo del emperador Marco Aurelio Severo Alejandro. (*Véase su vida en las de hoy.*)

Los santos Filemon y Afias, discípulos del apóstol S. Pablo, en Colossa en la Frigia; los cuales en tiempo del emperador Neron, como los gentiles levantasen un tumulto en la iglesia, el dia de la fiesta de Diana, huyendo los demás cristianos, fueron presos los dos Santos; y el presidente Artoclo los mandó azotar, y despues metidos en un hoyo hasta la cintura, fueron apedreados hasta que murieron. (S. Filemon, ciudadano de Colossa, hombre de calidad y muy rico, fué convertido á la fe por S. Pablo en Efeso, ó por su discípulo Epafras, que fué el primero que anunció el Evangelio á los de Colossa. Onésimo su esclavo, le robó algunos tesoros, y huyó á Roma, donde entonces se hallaba preso S. Pablo. El apóstol procuró hablar al esclavo, le dió á conocer su falta, le instruyó en la verdad eterna, y lo envió convertido á su señor Filemon, á quien escribió una carta de recomendacion en la cual le escribe con una terneza inimitable, y una persuasion irresistible, y que la Iglesia conserva entre sus libros canónicos. Appia, su piadosa consorte, es llamada por el Apóstol, en la misma carta, amada hermana suya, por razon de su fe y de su virtud.)

San Mauro, mártir, tambien en Roma; el cual viniendo de Africa á visitar los sepulcros de los Apóstoles, padeció en tiempo del emperador Numeriano, y de Celerino, prefecto de la ciudad (por los años de 284.)

El martirio de los santos Marco y Estéban, en Antioquia de Pisidia, en tiempo del emperador Diocleciano.

San Pragmacio, obispo y confesor, en Autun. (Floreció en el siglo v y padeció muchos trabajos por la fe.)

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Fué Cecilia una ilustre doncella romana, que desde luego escogió por herencia suya á Jesucristo consagrándole su virginidad. En medio de eso sus padres la desposaron con un caballero jóven, llamado Valeriano, y se comenzaron á dar disposiciones para la boda, siendo todo fiestas, diversiones, música y saraos mientras aquellas se concluian. Solo el corazon de Cecilia estaba cubierto de tristeza y de dolor. Al mismo tiempo que en la gala esterior brillaba el oro y la mas preciosa pedrería, traia á raiz de sus delicadas carnes un áspero cilicio, y pasaba las noches en fervorosa oracion para alcanzar del Señor que desvaneciese aquel tratado, ó en caso de efectuarse, la amparase con estraordinaria proteccion para conservar intacta su virginal integridad. Cuando oia los instrumentos músicos que resonaban en casa de sus padres, elevando su espíritu á su celestial Esposo le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decia: *Una gracia os pido, dulcísimo Jesus mio, y es que ni mi corazon ni mi cuerpo pierdan jamás ni una mínima parte de su entereza: no sea frustrada yo de este favor que espero de vuestro poder.* Llegó, en fin, el dia de la boda; pero aquel Dios, en quien habia puesto toda su confianza, fué guarda fiel de su virginal pureza. Luego que se vió á solas con su esposo Valeriano, le habló de esta manera: *Valeriano, un secreto tenia que confiarte; pero no lo haré mientras no me empeñes tu palabra de que no ha de salir de tu pecho.* Empeñósela Valeriano, y Cecilia prosiguió diciendo: *Pues has de saber, que la guarda de mi cuerpo está á cargo de uno de aquellos espíritus celestiales que sirven á mi dueño y á mi rey en la corte del empíreo; centinela invisible de mi virginidad que la defiende contra todos los que se atrevan á atacarla; y si pretendieras tú violar este sagrado, desde el mismo punto se declararia enemigo tuyo; pero al contrario, si le respetares y me dejares intacta, esperimentarás tú el mismo amor que me profesa á mí, y gozarás como yo de su hermosísima presencia.* Dió el Señor á estas palabras toda la eficacia y toda la mocion que Cecilia deseaba; tanto, que desde aquel mismo punto comenzó Valeriano á mirar á su esposa con veneracion y con respeto. Respondióla, pues, que solo deseaba ver aquel celestial espíritu, protestando estaba pronto á poner en ejecucion cuanto le prescribiese para hacerse digno de tanto favor. Replicóle Cecilia, que para lograr aquella dicha era indispensable creer en Jesucristo y bautizarse. Impaciente Valeriano con el encendido deseo de ver al ángel, corrió presuroso á recibir el santo bautismo, que, despues de bien instruido, le confirió el papa Urbano; y vuelto á su casa, encontró á Cecilia en oracion dentro de su cuarto, y á su lado un hermosísimo ángel, cuyo semblante resplandecia como el sol, con dos alas encendidas en un purísimo fuego, y en cada mano una corona tejidas ambas de rosas y de azucenas de una frescura incomparable, siendo su hermosura embeleso de los ojos y recreo del olfato su inesplicable fragancia. Puso á cada uno su corona en la cabeza, diciéndolos que el Esposo de las vírgenes los presentaba aquel regalo cuyas flores jamás se marchitaban ni perdian el suavísimo olor; pero que no podrian ser vistas sino de las almas puras y castas. Estático de gozo Valeriano, pidió á Dios con grande instancia la conversion de su hermano Tiburcio; y asegurándole el ángel que el Señor le habia otorgado esta gracia, desapareció. A este tiempo entró Tiburcio en la sala, y refiriéndole fielmente Valeriano todo lo que habia sucedido, le exhortó á que imitase su ejemplo. Instruyóle Cecilia: dió solucion á todas las

dificultades, quedando tan convencido, que al punto salió de casa, fué en busca del santo pontífice, y habiéndole éste catequizado le confirió el sacramento del bautismo. Valeriano y Tiburcio fueron dos mártires de Jesucristo, siendo su corona triunfo y fruto de las oraciones de Cecilia. Despues de muertos los dos ilustres hermanos por sentencia de Almaquio, prefecto de Roma, quiso el juez confiscar todos sus bienes; pero ya la caridad de Cecilia los habia derramado todos en el seno de los pobres. Mandóla prender, con resolucion de obligarla á sacrificar á los dioses ó de sacrificar á ella á una muerte ignominiosa. Cuando la llevaban á la cárcel, compadecidos los soldados de ver á una tierna doncella en la flor de su edad, de estraordinaria hermosura, despreciar de aquella manera la vida, los honores, los bienes y las esperanzas del mundo, la decian lastimados y aun enternecidos, que haria mejor en rendirse con docilidad á ofrecer sacrificio á los dioses del imperio para gozar de la fortuna que la prometian sus prendas, que obstinarse con terquedad en defender una religion proscripta y condenada por tantos edictos de los emperadores. Pero Cecilia, dotada del espíritu de Dios, que es espíritu de discernimiento, juzgaba sanamente de todo, dando á cada cosa su legítimo valor, y así los respondió con aquella discretísima dulzura que abre el camino á la persuasion: *Bien se conoce, hermanos mios, que no sabeis lo glorioso que es dar la vida por confesar á Jesucristo: mi mayor pasion es el amor, es la ansia por la corona del martirio A vosotros os compadece mi florida juventud y mi caduca belleza; pero tened entendido, que no las pierdo por el suplicio, solamente las trueco por otras que poseeré eternamente. El trueque es muy ventajoso para mí: cambio estiércol por oro, dejo una casa vil por habitar un magnífico palacio, y cedo una vida perecedera por entrar en posesion de otra que jamás se ha de acabar. Pongo á los pies unas piedras de ningun valor, por coronarme en el cielo con una diadema cuajada de piedras que no tienen precio. Decidme, hermanos, ¿cuál de estos dos partidos os parece que me tendrá mas cuenta?* Acabado este discurso, que oyeron todos con mucha atencion, subió sobre una piedra que estaba cerca por casualidad, y levantando la voz, los preguntó si creian lo que les acababa de decir. ¡O prodigio de la gracia! todos á una voz la respondieron: *Creemos que solo se debe adorar por Dios á Jesucristo, que tiene una sierva tan fiel y tan santa como tú.*— *Pues id*, replicó Cecilia, *y suplicad de mi parte al prefecto me haga el favor de concederme un poco mas de tiempo; mientras tanto haré venir á mi casa una persona que por medio de las*

aguas del bautismo os haga participantes de la vida eterna, de que os acabo de hablar. Fueron á dar el recado al prefecto; y la Santa por su parte envió otro al papa S. Urbano, el cual acudió en diligencia, y bautizó á mas de cuatrocientas personas de uno y otro sexo, y entre ellas fué uno Gordiano, célebre romano, que despues, con su mucha autoridad, conservó la casa de Cecilia, y secretamente la consagró en iglesia, donde estuvo por algun tiempo escondido el mismo S. Urbano, ofreciendo en ella el tremendo sacrificio de la misa. Persuadido Almaquio á que la Santa, por conservar la vida, se habia rendido en fin á su deseo, la mandó llamar, y la dijo: *Dime, hija mia, ¿como te llamas, y qué calidad es la tuya?—Llamome Cecilia,* respondió la Santa, *y soy de casa muy ilustre.—No pregunto eso,* replicó el prefecto, *sino qué religion profesas.—Pues te esplicaste mal* (repuso Cecilia), *porque tus preguntas no hablaban de religion.—Y tú te esplicas con demasiado atrevimiento,* la dijo resentido Almaquio.—*No lo estrañes*, respondió la Santa, *porque es propio de la buena conciencia y de la verdadera fe hablar con libertad y sin cobardía.—Por la cuenta no debes de saber* (replicó el prefecto) *que los jueces tenemos poder sobre la vida y sobre la muerte.—Mucho te engañas en eso,* respondió la valerosa doncella: *esa autoridad, de que tan vanamente te jactas, se reduce á ser un infeliz ministro de la muerte, abusando de tus facultades para quitar la vida á los inocentes; pero no las tienes para darla al mas despreciable insecto: ni tu autoridad ni tu jurisdiccion llegan á tanto; y así déjate de ponderar con ridícula jactancia ese tu quimérico poder.* Asombrado el prefecto de la discrecion y del despejo de Cecilia, la dijo, en fin, que obedeciese las órdenes del emperador, y sacrificase á los dioses del imperio. *Lastimosa ceguedad seria* (le respondió la Santa con generosa resolucion) *ofrecer incienso á un pedazo de madera, doblar la rodilla á una figura de piedra, y rendir á una estatua la suprema adoracion que á solo Dios vivo se debe. Y en conclusion, Almaquio, en vano te cansas intentando contrastarme; ninguna cosa del mundo será capaz de romper los amorosos lazos que me estrechan con mi Señor Jesucristo.* Irritado el prefecto de su constancia, mandó que la restituyesen á su casa, y que en ella misma la cerrasen dentro de un baño caliente donde perdiese la vida sofocada de los vapores y de las llamas. Veinte y cuatro horas se mantuvo en él sin recibir lesion alguna, ni esperimentar mas incomodidad que si se estuviese recreando en un baño de agua dulce, á pesar de las diligencias que se hacian para avivar la voracidad del incendio, convirtiendo Dios, como en el

horno de Babilonia, el ardor de las llamas en delicioso refrigerio. Informado el juez de aquel prodigio, despachó un verdugo para que en el mismo baño la cortase la cabeza. Descargó sobre ella tres golpes, y aun la dejó pendiente y viva, en cuyo estado se mantuvo tres dias, empleando todo este tiempo en exhortar á los fieles á la constancia en la fe. ¡Bello espectáculo para los que visitaban á la jóven delicadísima mártir, leer la misma firmeza que ella los predicaba en los sangrientos caracteres que habia estampado en su tierno cuerpo el cruel acero! Mucha gracia tiene predicar la fe cuando se está á punto de espirar por defenderla. Esto hizo Cecilia el dia 22 de noviembre del año de nuestra salud 232.

Adicion.

Sus sagrados huesos fueron depositados en parte del cementerio de Calisto, cuyo distrito fué llamado despues cementerio de Cecilia. De una antigua iglesia de esta Santa en Roma en el siglo v. se hace mencion, por haber tenido en ella el papa Symmacho un concilio en el año de 500. Habiendo venido á decadencia, principió á reedificarla el papa Pascual 1; pero le costaba mucho desasosiego como encontraria el cuerpo de la Santa, que se creia haber sido sacado por los lombardos, como lo habian hecho con otros muchos en los cementerios de Roma cuando cercaron aquella ciudad en tiempo del rey Astolfo año de 755. Un domingo en que este papa estaba asistiendo á los maitines en la iglesia de S. Pedro, se sintió cansado, y se quedó indeliberadamente dormido, en cuyo sueño fué advertido de Sta. Cecilia misma, que los lombardos no habian podido encontrar su cuerpo aunque lo habian buscado, y que le hallaria si le buscaba: y en efecto lo descubrió en el cementerio llamado de su nombre, vestido de una rica tela de tisú de oro, con unos lienzos á sus pies empapados en sangre. Con él se encontró el de Valeriano, su marido: y el papa mandó que se trasladasen á su iglesia dentro de la ciudad: como tambien los cuerpos de Tiburcio, y Máximo mártires, y los de los papas Urbano y Lucio, que yacian en el próximo cementerio de Pretextato en la misma via Appia. Esta traslacion se hizo en el año de 821. El papa Pascual fundó un monasterio en honor de estos Santos, cerca de la iglesia de Sta. Cecilia, para que los monges celebrasen el oficio divino dia y noche. Adornó aquella iglesia con gran magnificencia, y la dió inmensidad de alhajas de plata: y entre otras un ciborio ó tabernáculo de quinientas libras de peso; y un número escesivo de ricas estofas

para cortinas, y otras especies de ornamentos, en una de las cuales estaban Sta. Cecilia, Valeriano y Tiburcio recibiendo sus coronas de mano de los ángeles. Esta iglesia que da título á un presbítero cardenal fué suntuosamente reedificada en el año de 1599 por el cardenal Paulo Emilio Sfondrati, sobrino del papa Gregorio XIV, cuando Clemente VIII mandó que se sacasen los cuerpos de estos Santos de debajo del altar mayor, y se depositasen en una bóveda suntuosa de la misma iglesia, llamada la *Confesion de Sta. Cecilia:* fué de tal modo enriquecida por el citado cardenal Sfondrati que pasma á todo el que la visita. Esta iglesia es llamada *in Trastevere*, ó al otro lado del Tiber, para distinguirla de otras dos del mismo nombre en Roma.

Santa Cecilia por su continuidad en cantar las divinas alabanzas (en cuyo acto segun sus actas solia unir algun instrumento al acento de su voz) se venera como patrona de la *Música eclesiástica*. Los salmos y muchos sagrados cánticos en varias otras partes de las sagradas letras, y la práctica universal tanto de la antigua iglesia judaica, como de la cristiana, recomendaron la religiosa costumbre de emplear una música decente y grave al cantar las alabanzas divinas. En este homenaje de alabanza nos unimos con los espíritus celestiales en sus nunca interrumpidos cánticos de adoracion y amor. Y en esta música espresamos la espiritual alegría de nuestros corazones en las funciones celestiales, y nos escitamos á santo júbilo y adoracion. El amor y la alabanza son obras del corazon, sin cuyos afectos las voces y las señales esteriores son una hipocresía, y una mofa abominable. No obstante como estamos obligados á consagrar á Dios nuestras voces tambien, y todos nuestros órganos sensitivos; tambien debemos emplearlo todo en engrandecer aquella santidad infinita, aquella grandeza, y aquella gloria, acompañando nuestros interiores afectos de devocion con las señales esteriores mas espresivas. S. Crisóstomo pondera elegantemente los buenos efectos de la música sagrada, y manifiesta cuan fuertemente se inflama en el alma el fuego del amor divino con el devoto canto de los salmos. (*In Ps. 41. t. 6. p. 151.*) S. Agustin enseña: «que es muy útil para mover piadosamente al alma, y encender en ella el fuego del divino amor. (*Ep. 55.*)» Y añade que cuando estaba recien convertido á Dios, se movia á llanto al oir cantar los salmos en la iglesia. Pero tambien advierte el riesgo de dejarse llevar demasiado de los acentos solos de la melodía; y confiesa que á veces se deleitó mas en la música que movió su corazon con sus afectos, por lo que se confiesa y reprende á sí mismo severamente.

Santa Cecilia, Sta. Agueda, Sta. Lucía y Sta. Inés, son las cuatro mártires mas celebradas en la Iglesia latina, de las cuales se hace espresa memoria en el cánon de la misa y en las letanías antiguas y modernas. (*Butler.*)

SANTA TIGRIDIA, ABADESA DEL MONASTERIO DE OÑA.

Tigridia era hija de los condes de Castilla D. Sancho y D.ª Urraca, la cual como no quisiese vivir seglar sino consagrada á Dios, nombráronla sus padres primera abadesa del monasterio de *S. Salvador* de Oña, fundado y dotado ricamente por ellos en la Bureva, á cuatro leguas de Briviesca el año 1011. Aunque el principal intento de los condes en la fundacion del monasterio fué colocar á su hija donde sirviese á Dios fuera del siglo, y le destinaron principalmente para religiosas, añadiéronle sin embargo monges que las gobernasen y formasen por sí comunidad, como en los demás monasterios que llamaban *Duplices*. Mientras esta sierva de Dios se instruia en las leyes y costumbres de la vida religiosa, gobernó aquella casa una hermana del conde fundador llamada *Oñeca* ó Iñiga, monja en *Cillaperlata*: el abad de los monges se llamaba Juan. La infanta Tigridia desempeñó muy cumplidamente la obligacion de su nuevo estado, y vivió tan religiosamente, que es tenida por Santa en aquel insigne monasterio. Tamayo sobre el dia 22 de noviembre pone el siguiente elogio: *In Cœnobio Onniensi prope urbem Burgensem in Hispania Citeriori, depositio S. Tygridiæ Abbatissæ, quæ sanctitate et religione clara, et miraculis et virtutibus celebris, tandem ad Sponsi diu desiderati sancta dormitione pervenit amplexus.* Yepes y Marieta la nombran tambien santa. Gran peso añade á esta tradicion el habérsele dado sepultura dentro de la iglesia en un tiempo en que hasta los reyes eran enterrados en el atrio. Colocáronla despues en el altar de S. Iñigo, como refiere Argaiz, tom. 6, pág. 441. Esta es prueba auténtica de tenerla por Santa.

Con la falta de la santa abadesa, decayó lastimosamente en el monasterio la disciplina regular. D. Sancho el mayor, rey de Navarra y de Aragon (despues que su mujer D.ª Nuña, hermana de Tigridia heredó el condado de Castilla) habiendo obtenido antes facultad apostólica, y de todos los obispos de su reino, escluyó de este monasterio á las monjas, dejándole solo á los religiosos, cuyo primer abad en este nuevo estado fué un monge sobresaliente llamado García. (*Florez, t. 27, p. 253.*)

para cortinas, y otras especies de ornamentos, en una de las cuales estaban Sta. Cecilia, Valeriano y Tiburcio recibiendo sus coronas de mano de los ángeles. Esta iglesia que da título á un presbítero cardenal fué suntuosamente reedificada en el año de 1599 por el cardenal Paulo Emilio Sfondrati, sobrino del papa Gregorio XIV, cuando Clemente VIII mandó que se sacasen los cuerpos de estos Santos de debajo del altar mayor, y se depositasen en una bóveda suntuosa de la misma iglesia, llamada la *Confesion de Sta. Cecilia:* fué de tal modo enriquecida por el citado cardenal Sfondrati que pasma á todo el que la visita. Esta iglesia es llamada *in Trastevere*, ó al otro lado del Tiber, para distinguirla de otras dos del mismo nombre en Roma.

Santa Cecilia por su continuidad en cantar las divinas alabanzas (en cuyo acto segun sus actas solia unir algun instrumento al acento de su voz) se venera como patrona de la *Música eclesiástica*. Los salmos y muchos sagrados cánticos en varias otras partes de las sagradas letras, y la práctica universal tanto de la antigua iglesia judaica, como de la cristiana, recomendaron la religiosa costumbre de emplear una música decente y grave al cantar las alabanzas divinas. En este homenaje de alabanza nos unimos con los espíritus celestiales en sus nunca interrumpidos cánticos de adoracion y amor. Y en esta música espresamos la espiritual alegría de nuestros corazones en las funciones celestiales, y nos escitamos á santo júbilo y adoracion. El amor y la alabanza son obras del corazon, sin cuyos afectos las voces y las señales esteriores son una hipocresía, y una mofa abominable. No obstante como estamos obligados á consagrar á Dios nuestras voces tambien, y todos nuestros órganos sensitivos; tambien debemos emplearlo todo en engrandecer aquella santidad infinita, aquella grandeza, y aquella gloria, acompañando nuestros interiores afectos de devocion con las señales esteriores mas espresivas. S. Crisóstomo pondera elegantemente los buenos efectos de la música sagrada, y manifiesta cuan fuertemente se inflama en el alma el fuego del amor divino con el devoto canto de los salmos. (*In Ps. 41. t. 6. p. 151.*) S. Agustin enseña: «que es muy útil para mover piadosamente al alma, y encender en ella el fuego del divino amor. (*Ep. 55.*)» Y añade que cuando estaba recien convertido á Dios, se movia á llanto al oir cantar los salmos en la iglesia. Pero tambien advierte el riesgo de dejarse llevar demasiado de los acentos solos de la melodía; y confiesa que á veces se deleitó mas en la música que movió su corazon con sus afectos, por lo que se confiesa y reprende á sí mismo severamente.

Santa Cecilia, Sta. Agueda, Sta. Lucía y Sta. Inés, son las cuatro mártires mas celebradas en la Iglesia latina, de las cuales se hace espresa memoria en el cánon de la misa y en las letanías antiguas y modernas. (*Butler.*)

SANTA TIGRIDIA, ABADESA DEL MONASTERIO DE OÑA.

Tigridia era hija de los condes de Castilla D. Sancho y D.ª Urraca, la cual como no quisiese vivir seglar sino consagrada á Dios, nombráronla sus padres primera abadesa del monasterio de *S. Salvador* de Oña, fundado y dotado ricamente por ellos en la Bureva, á cuatro leguas de Briviesca el año 1011. Aunque el principal intento de los condes en la fundacion del monasterio fué colocar á su hija donde sirviese á Dios fuera del siglo, y le destinaron principalmente para religiosas, añadiéronle sin embargo monges que las gobernasen y formasen por sí comunidad, como en los demás monasterios que llamaban *Duplices*. Mientras esta sierva de Dios se instruia en las leyes y costumbres de la vida religiosa, gobernó aquella casa una hermana del conde fundador llamada *Oñeca* ó Iñiga, monja en *Cillaperlata*: el abad de los monges se llamaba Juan. La infanta Tigridia desempeñó muy cumplidamente la obligacion de su nuevo estado, y vivió tan religiosamente, que es tenida por Santa en aquel insigne monasterio. Tamayo sobre el dia 22 de noviembre pone el siguiente elogio: *In Cœnobio Onniensi prope urbem Burgensem in Hispania Citeriori, depositio S. Tygridiæ Abbatissæ, quæ sanctitate et religione clara, et miraculis et virtutibus celebris, tandem ad Sponsi diu desiderati sancta dormitione pervenit amplexus.* Yepes y Marieta la nombran tambien santa. Gran peso añade á esta tradicion el habérsele dado sepultura dentro de la iglesia en un tiempo en que hasta los reyes eran enterrados en el atrio. Colocáronla despues en el altar de S. Iñigo, como refiere Argaiz, tom. 6, pág. 441. Esta es prueba auténtica de tenerla por Santa.

Con la falta de la santa abadesa, decayó lastimosamente en el monasterio la disciplina regular. D. Sancho el mayor, rey de Navarra y de Aragon (despues que su mujer D.ª Nuña, hermana de Tigridia heredó el condado de Castilla) habiendo obtenido antes facultad apostólica, y de todos los obispos de su reino, escluyó de este monasterio á las monjas, dejándole solo á los religiosos, cuyo primer abad en este nuevo estado fué un monge sobresaliente llamado García. (*Florez, t. 27, p. 253.*)

SAN COLUMBANO, ABAD Y CONFESOR.

Fué S. Columbano natural de Leinster, una de las principales provincias de Irlanda, y nació á mediados del siglo VI. El instituto monástico recibia entonces en aquellos paises un lustre grande de la eminente santidad de los que le profesaban, los cuales hicieron á la Irlanda *Isla de Santos*, y depósito de sagrada literatura. Abundaba de monasterios que eran otras tantas escuelas de doctrina sagrada, siendo el mas numeroso y célebre de ellos el de Benchor, en el condado de Down, fundado por S. Comgal por los años de 550, y bajo de cuya direccion pasaron una vida angelical muchísimos fervorosos siervos de Dios. Cultivaban la tierra con sus propias manos, y hacian otras labores manuales sin interrumpir la oracion, y la contemplacion celestial. Aplicábanse tambien á los estudios sagrados, en los cuales S. Comgal fué un maestro escelente; y la regla de estos monges habia sido tomada de la de S. Basilio, y otros orientales.

San Columbano despues de haber aprendido los rudimentos de las ciencias bajo la enseñanza de S. Sinelo en Cluain-Inys, tomó el hábito religioso en Benchor, y vivió allí varios años entregado á las mas austeras prácticas de penitencia y mortificacion. Tales fueron los adelantos que hizo en las ciencias sagradas que le tenian en ellas por una especie de oráculo; y aun siendo muy jóven compuso un *Comentario sobre los Salmos*, para que le sirviese de ayudar su propia devocion, y la de otros al rezar las divinas alabanzas, obra que desgraciadamente se perdió. Para desprenderse mas del mundo, y de los vínculos de las cosas y respetos terrenos, deseó, como otro Abraham, pasar á algun país desconocido; y habiendo comunicado su designio á S. Comgal, obtuvo su licencia y bendicion, aunque no sin mucha dificultad. Porque este santo abad sentia en el alma perder un asistente como él; y solo consintió en ello por conocer que la resolucion de Columbano era conocidamente inspiracion de Dios para mayor gloria suya.

Salió pues S. Columbano de Benchor con otros doce monges, siendo como de unos treinta años de edad. Pasó á Bretaña, y de allí á la Galia, donde arribó en el año de 585. La disciplina eclesiástica estaba allí á la sazon muy descuidada, á causa de las incursiones de los bárbaros; pocos lugares habia donde se practicase la penitencia, ni se observase mortificacion alguna. Columbano predicaba por cuantos lugares pasaba, añadiendo

gran peso á sus instrucciones la santidad de su vida. Era tan humilde que disputaba siempre á sus doce compañeros el ínfimo lugar. La reputacion de Columbano llegó á la corte del rey de Borgoña, Gontrano, quien le suplicó permaneciese en su reino, ofreciéndole cuanto terreno quisiese para erigir en varias partes monasterios. Columbano señaló para esto el antiguo y ruinoso castillo de Anegrai, situado en el desierto de Voga, en la parte montuosa de lo que al presente llaman Lorena. Allí erigió su primer monasterio, que muy presto se consideró estrecho para el número de las gentes que solicitaban vivir bajo la direccion del Santo; por lo que erigió otro monasterio en Luxeu, ocho millas distante del primero. Esta vino á ser con el tiempo la casa matriz de su órden. Otro monasterio fundó tambien Columbano como unas tres millas de Luxeu, que por razon de los muchos manantiales que hay en aquel lugar es llamado Fontaines. Nombró por superiores de estos monasterios personas de probada virtud. Diez y seis discursos, ó instrucciones que hizo, y dió á sus monges, y otros muchos que de estos mismos se infiere haber escrito, fueron publicados en la Biblioteca de los Padres (*t. 12. p. 9. 21. 80. n. 11.*) Hablando del desprecio del mundo, esclama el Santo: «O vida transitoria, á cuantos has engañado, seducido y cegado? Si considero la rapidez de tu vuelo, eres nada: tu existencia es muy poco mas que una sombra. Los que depositan en tí sus corazones, no te conocen sin duda: solo te entienden los que desprecian tus encantos. Te muestras y desapareces en un momento como una mentida sombra ó fantasma. ¿Qué eres tú mas que una veloz carrera, una cosa que pasa como un pájaro volando, una nube vaga, y vapor frágil, y una sombra que se desvanece?»

Los cortos poemas de S. Columbano sobre asuntos piadosos y de moral manifiestan haber sido un buen poeta para aquel siglo. Pero de sus obras ninguna mas justamente admirada que su *Regla*, que insertó S. Benito de Anian en su *Coleccion de las reglas monásticas*, y que está llena de instruccion, y sabiduría espiritual.

Resplandecia el santo abad Columbano como un sol en el mundo, con su santa vida, con su doctrina, y con el gobierno de sus monasterios, cuando se levantó contra él una tormenta que le arrojó del reino de Borgoña. Teodorico, que sucedió á su padre Childeberto en el reino de Borgoña, en el año de 596, bajo la direccion de su abuela Brunequilda, tenia un respeto grande á S. Columbano, que vivia en sus dominios, y aun le visitaba muchas veces. El abad le reprendió porque tenia concubinas, en lu-

gar de buscar mujer legítima, y el rey le respondió que le prometia la reforma de sus costumbres segun sus consejos. Temerosa Brunequilda de que arruinase su crédito, principió á exasperarse contra el varon de Dios. Aumentóse mas su resentimiento cuando le rehusó su bendicion para los cuatro hijos naturales del rey, diciéndola el Santo: «No heredarán ellos el reino; son frutos de la abominacion.» Además la negó S. Columbano la entrada en su monasterio, cuando fué á visitarle, porque hacia otro tanto con todos los demás hombres y mujeres. La ira no la dejaba pues respirar. Viendo el abad que el rey no le cumplia la palabra que le habia dado de dejar sus concubinas, le escribió una carta algo rígida, amenazándole con la escomunion si no mudaba de vida. Brunequilda se valió de aquella oportunidad para incitar al rey contra él, quien le desterró primero á Besanzon, y mas adelante mandó á dos caballeros que le condujesen á Nantes, y allí mismo le viesen pasar á Irlanda en el año de 610, despues de haber santificado el desierto de Voga por espacio de veinte y cinco años.

Hízose á la vela, pero contrariado de los vientos, se acogió á Clotario II que reinaba en Neustria. A este príncipe predijo el Santo que toda la monarquía francesa pasaria á sus manos antes de cumplir tres años. Volvió pues por París y Meaux, y vino á la corte de Teodoberto, hermano mayor de Teodorico rey de Borgoña, de quien fué muy bien recibido. Con esta proteccion fué con algunos discípulos que se le juntaron á predicar el Evangelio á los infieles que habia cerca del lago de Zurich. Tomó pues su habitacion en una soledad cerca de Zug: y sus habitantes eran crueles, impíos é idólatras. Habiendo principiado á predicar al Dios verdadero, les encontró un dia disponiéndose para hacer un sacrificio y colocando en medio de la multitud del pueblo un caldero lleno de cerveza: les preguntó, qué intentaban hacer con aquello: ellos le respondieron, que ofrecerlo á su dios Wodan. San Columbano fué hácia él, y en el momento en que le sopló se hizo pedazos la vasija con un estrépito grande, y toda la cerveza se vertió por el suelo. Sorprendidos quedaron los bárbaros, y entonces exhortóles el Santo á que abandonasen sus supersticiones, y se retirasen á sus casas. Muchos se convirtieron y se bautizaron: otros que habian sido antes bautizados volvieron al yugo suave del Evangelio.

San Gall ó Galo, que acompañó al Santo desde Irlanda, arrebatado de celo puso fuego á los templos paganos, arrojó todas las personas que estaban en ellos, y echó todas sus ofrendas al lago: cuya accion solo la pudo hacer con la aprobacion presuntiva del pueblo. Pero varios que estaban obstinados en la idolatría se enfurecieron con ella, resolvieron matarle, y azotar á S. Columbano, desterrándole despues de todo aquel país. Noticioso el Santo de aquel designio se retiró á Arbona sobre el lago de Constanza, donde le recibió con su compañero un sacerdote de aquel pueblo llamado Villemar, y les enseñó un valle donde aun se descubrian las ruinas de una pequeña ciudad llamada Brigantium, ahora Breguentz. En este sitio hallaron S. Columbano y sus compañeros un oratorio dedicado en honor de santa Aurelia, cerca del que erigieron ellos unas estrechas celdas para su habitacion. El pueblo habia ya sido instruido en la fe, mas habia incurrido otra vez en la idolatría, y aun erigido en este mismo oratorio tres estatuas de bronce, que llamaban ellos dioses tutelares de aquel país. San Columbano mandó á S. Gall, que entendia el lenguaje del país, que les predicase el Evangelio: así lo hizo, y despues hizo pedazos los ídolos, y arrojó el metal al lago. San Columbano bendijo la iglesia, ungió el altar, depositó debajo de él las reliquias de Sta. Aurelia, y dijo misa. El pueblo manifestó una satisfaccion grande, y volvió al culto del Dios verdadero. San Columbano continuó en Breguentz cerca de tres años, y erigió allí un pequeño monasterio. Algunos de sus discípulos trabajaban en cultivar un huerto, otros cuidaban de los árboles, algunos de la pesca, y el Santo mismo hacia redes.

En este tiempo estaban en continuos debates Teodorico y Teodoberto, y derrotado este último, fué traidoramente entregado por los suyos, y enviado por su hermano á Brunequilda abuela de ellos, la cual teniendo de su parte á Teodorico le obligó á recibir los sagrados órdenes, y pocos dias despues le hizo quitar inhumanamente la vida. Viendo S. Columbano, que Teodorico su enemigo se habia hecho dueño del país en que habitaba, pasó con algunos de sus discípulos á Italia. Halló una acogida favorable en Agilulfo rey de los lombardos, y bajo su proteccion fundó el famoso monasterio de Bobio en un desierto de los montes Apeninos, cerca de las riberas del Trebia. Tambien erigió un oratorio en honor de María Santísima, cerca del cual vivió en una cueva entregado á las mayores austeridades. En algunas temporadas del año visitaba su monasterio.

El abad Jonas en la vida de S. Columbano nos dice que este Santo confutó á los arrianos entre los lombardos con mucho vigor y fruto, particularmente en Milan, y que compuso contra ellos un libro muy erudito, que se perdió despues. Vivió san Columbano en el gobierno del monasterio de Bobio menos de un año, y murió en el 21 de noviembre del año de 615. En su poe-

ma sobre Fedolio, que parece haber escrito poco antes de morir, dice que ¡habia llegado á la olimpíada diez y ocho; por consiguiente tenia entonces por lo menos setenta y dos años de edad. El breviario de los Benedictinos de Francia le llama uno de los principales patriarcas del instituto monástico, especialmente en aquella nacion, donde seguian su regla muchos monasterios, hasta que en tiempo de Carlomagno por razon de la uniformidad, recibieron todos la de S. Benito. Muchos y notables fueron los milagros que nuestro Señor obró por S. Colúmbano, en vida y en muerte, siendo honrado en muchas iglesias de Francia, Italia y otros paises. (*Butler.*)

La misa es en honor de Sta. Cecilia, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tu vírgen y mártir la bienaventurada Cecilia: concédenos que imitemos con el ejemplo á la que solemnizamos con la veneracion y con el culto. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias porque mi oracion fué oida; y me libraste de la perdicion; y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

REFLEXIONES.

Mi Dios y mi Señor: teneisme prevenida una habitacion que está muy elevada sobre la tierra. ¡Qué pensamiento de tanto consuelo! ¡y cuantos recursos encuentra en esta dulce verdad un corazon verdaderamente cristiano! La memoria de la majestad consolaba á David en todos sus trabajos; tanto en el campo, como en el ejército, ya luchando con los leones, ya combatiendo contra Goliat: el pensamiento de que algun dia habia de ser rey suavizaba todas sus fatigas. Mucho tengo que padecer (diria él) en estos ásperos desiertos: paso, á la verdad, dias penosos y

tristes; pero al fin algun dia he de ser rey. Tengo enemigos y envidiosos; soy perseguido por la justicia; véome precisado á andar errante y fugitivo; fáltanme las cosas mas necesarias para la vida; pero he de ser rey algun dia. ¡O cuántos disgustos nos ahorraríamos! ó á lo menos, ¡qué consuelo encontraríamos en las miserias y en los trabajos de esta vida si considerándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios vivo por el sacramento del bautismo, como herederos presuntivos de la gloria eterna, nos acordásemos de que solo estamos en este destierro, en este valle de lágrimas para reinar algun dia en el cielo en compañía de los bienaventurados! Mucho tiempo ha, podíamos decir, que padezco, gimo y lloro oprimido de la pobreza en una infeliz oscuridad: en ninguna cosa encuentro mas que espinas, abrojos y cruces que nacen debajo de mis mismos pies: mojo el triste pan que como en las amargas lágrimas que derramo; pero un poco de paciencia y no mas: dia vendrá, si soy santo, en que me he de ver en el cielo. ¡Cosa rara! Ofrécenos Dios una vida bienaventurada y eterna; pero como si desconfiáramos de sus promesas, ó como si nos olvidáramos de los deseos mas naturales, proseguimos viviendo como si no tuviéramos otra vida que esperar. Es demasiada verdad que hay muchas personas en el mundo á quienes se las dará muy poco de no ver á Dios, para quienes no tendria el cielo grandes atractivos como pudiesen vivir eternamente en la tierra. Esto causa admiracion; pero mas asombroso es lo que se sigue. No solo preferiríamos el vivir eternamente en la tierra á la ventaja de vivir eternamente en el cielo, sino que aun esta corta, penosa y caduca vida que tenemos no dejamos de preferirla á la vida y á la felicidad eterna. Dos dias de embeleso nos hacen olvidar aquel colmo de bienes infinitos: algunos pocos pasatiempos insípidos y aun estremamente amargos, nos quitan el gusto á unas delicias inefables. Se pospone, se sacrifica la posesion de un Dios con todos los bienes infinitos, de que es manantial y origen, al menor objeto criado. ¿Somos cristianos? ¿tenemos fe? y si la tenemos, ¿somos racionales? Es preciso que nos falte una de dos, ó la fe, ó la razon, si ya no nos faltan entrambas. Consultemos nuestras máximas, nuestros deseos, nuestra conducta: ¿pensamos, procedemos, obramos como hombres que solo suspiran por el cielo?

El Evangelio es del cap 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que to-

mando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomáron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De la suprema desdicha del hombre.

Punto primero. — Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios: *Nescio vos.* La posesion de Dios es su suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego perder á Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fué criado el hombre para solo Dios: este es nuestro fin, nuestra satisfaccion, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazon. Despues de seis mil años y mas que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno pudo encontrar reposo lleno y perfecto que fijase, que satisfaciese todos sus deseos: siempre queda en ellos un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados; y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida: ¡qué será en el cielo por toda una eternidad, comunicándose Dios afectuosamente á una alma, entregándose todo á ella sin reserva; entrándose esta, y por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad

del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe tambien por la misma razon la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignacion y de su cólera. *Nescio vos.*

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre mas poderoso, el mas feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quien eres, jamás te conoceré, serás siempre objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazon, siempre materia de mi encendida cólera. *Nescio vos;* ¿qué será de tí, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

Incurrir en la desgracia de un padre, de un poderoso protector, de quien dependia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es por cierto bien triste situacion. Perder un pleito, cuya pérdida atrae consigo la de toda la familia; verse uno desgraciado con el soberano, y por esta desgracia perder la honra, los empleos, los bienes, y salir desterrado de su patria, verdaderamente que parece se debia preferir la muerte á esta cruel cadena de desgracias; pero de buena fe, ¿qué viene á ser todo esto en comparacion de la reprobacion eterna? ¿qué decretos de príncipes, qué sentencias de tribunales, qué proscripciones ignominiosas pueden entrar en cotejo con aquel *Nescio vos* de un Dios sumamente irritado? ¿Donde hay rayo que mas abrase, que mas aniquile, que mas desespere que estas terribles palabras?

Haced, Señor, que comprenda yo bien todo su significado y todo su rigor; que penetre en esta vida toda su amargura, para no oirla, para no esperimentarla jamás en toda la eternidad. *Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui.* Clavad, Señor, mi carne con vuestro santo temor para estar mas distante de vuestros terribles juicios.

Punto segundo. — Considera que no hay en la tierra mal que no tenga remedio; no hay infortunio, no hay desgracia sin esperanza; no hay desdicha que no admita consuelo; pero busca uno para aquellas espantosas palabras: *Nescio vos.*

Si una negociacion se desgracia; si se malogra un negocio; si una empresa considerable se frustra; si se pierde una rica herencia; si en un pleito injusto nos despoja de todos nuestros bienes una sentencia inicua; cuando no hay recurso en la vida, consuela el pensamiento de la muerte, considerando que puede durar muy poco aquella miseria: pero cuando uno se ve desgraciado con

Dios; cuando ya no encuentra ni amigos ni intercesores con él; cuando se secó para nosotros la fuente de las misericordias; cuando se pasó ya el tiempo de las gracias; cuando ya no hay mas tiempo; cuando sucedió la eternidad á este puñado casi imperceptible de dias que se malograron miserablemente, y se oye la voz irritada de todo un Dios que en el furor de su cólera nos dice: No os conozco; no sé quién sois; y desde entonces ni se hace caso de nuestros trabajos pasados, ni se aprecian nuestros servicios, ni se trata de compasion, ni se habla de misericordia; no hay que gemir, no hay que llorar, no hay que lamentarse, no hay que dar aullidos de dolor: *Nescio vos*, *nescio vos*. Esa prevencion la debieras haber hecho con tiempo; debieras haber velado, debieras no haber estado ocioso; debieras haber trabajado en tu salvacion mientras duraba el dia: ya cerró la noche, ya nada se puede hacer en ella.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo te se concedió para que en ella te dispusieses á recibir al Esposo. La incertidumbre de la hora en que podia llegar te obligaba á una continua vigilancia. No bastaba ser vírgen, era menester aplicarte al cumplimiento de tu obligacion; no bastaba tener las lámparas encendidas, era preciso tambien haber hecho provision de aceite. Te dormiste, llegó el Esposo; reparaste que se apagaba la lámpara, faltaba aceite, quisiste ir á buscarle, pero ya era tarde. Un accidente, un desmayo obliga á llamar á toda priesa al confesor, á acudir á los sacramentos; pero entre estas priesas, entre este alboroto de la casa, entre esta confusion y entre este tropel de cosas llega el Juez; pídesele un poco mas de tiempo para prevenirse; ¿mas quién ignora que esto ya debiera estar hecho cuando el Juez llegase? Las puertas de la misericordia se cierran con la vida; llámase á ellas, y solo se nos responde: No os conozco, ya no es tiempo; comenzó para tí la desventurada eternidad, y ese mortal dolor, esa rabia, esa desesperacion que ya comenzó, jamás ha de tener fin, durará para siempre jamás.

Ah Señor, ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿Y qué cosa le podrá resarcir esta lamentable pérdida?

Causa admiracion ver á hombres de buen juicio ocuparse dias, meses y años enteros en los negocios del mundo; separarse para esto de todo lo que mas aman, y esto sin tener gusto, antes causándoles mayor tedio aquellos enfadosísimos negocios, y salir despues de esta vida sin haber pensado jamás con alguna seriedad ni en el fin para que entraron en ella, ni en el término que despues de ella han de tener. Mi Dios, ¡qué discretos y qué prudentes fueron los santos en no haber pensado en otra cosa toda su vida! No permitais, Señor, que las reflexiones que acabo de hacer sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS. — No me arrojes, Señor, de tu presencia (*Psalm.* 50.)

¿Adonde iré, Señor, si no me quieres reconocer por hijo tuyo? ¿adonde huiré si no me quieres sufrir delante de tí? (*Psalm.* 38.)

PROPOSITOS.

1 La mas terrible desdicha del hombre en esta vida es el pecado, y para la otra morir en pecado. Pérdida de bienes y de salud; accidentes funestos y fatales; adversidades, persecuciones y desgracias; ¿todos estos imaginarios infortunios qué quieren decir en el sentido mas natural? Solo quieren significar vivir con alguna menos conveniencia, bajar algunos grados á los ojos de aquellos con quienes estábamos á nivel; ocupar el último lugar en la aprehension de los hombres; y á lo sumo, vernos de repente despojados de todo lo que lisonjeaba nuestra ambicion, de todo lo que fomentaba nuestra concupiscencia, de todo lo que irritaba nuestras pasiones, y esperimentar este despojo pocos dias antes que la muerte nos arrancase todo ello. Pero estar en pecado es ser objeto de horror á toda la corte celestial; es estar en desgracia de Dios; es merecer todos los tormentos del infierno; y morir en pecado es ser este objeto de infamia y de abominacion, este insigne malvado, este triste pábulo de aquellos tormentos por toda la eternidad. A nada has de tener horror sino al pecado, y morir en pecado es lo que continuamente has de temer. De todas aquellas cosas que se llaman trabajos, aflicciones, desolaciones y miserias, hay recurso; pero morir en pecado no admite consuelo, no admite esperanza, no admite remedio. Has de procurar que este temor y este horror no solo se te hagan familiares, sino como naturales. Inspíralos á tus hijos, á tus criados, y repítelos incesantemente aquellas palabras del Sabio: *Quasi à facie colubri fuge peccatum*: Huid, hijos mios, del pecado como de una serpiente venenosa; porque si os arrimais á él, os agarrará y os devorará. *Dentes leonis, dentes ejus*: sus dientes son como los del leon, que hacen pedazos las almas de los hombres. *Plagæ illius non est sanitas*: la herida

que abre no tiene cura. No dejes pasar dia alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion á tus dependientes y sin repetírtela tambien á tí mismo.

2 Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos escesos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para tí. ¿Pues á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te aflijas, pues, sino del pecado; cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á tí muchas veces con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?* ¿Pues por qué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las máximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Clemente, el tercer papa despues de S. Pedro apóstol que gobernó la Iglesia, el cual en la persecucion de Trajano fué desterrado á Chersoneso, en donde echándole al mar con una áncora atada al cuello, alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo trasladado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué depositado en la iglesia que antes se habia dedicado á su nombre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

Santa Felicitas (ó Felicidad), madre de siete hijos mártires, en Roma; la cual despues de ellos fué degollada por órden del emperador Marco Antonino por confesar la fe católica. (*Véase su historia juntamente con la del martirio de sus siete hijos en las del dia 10 de julio.*)

Santa Lucrecia, virgen y mártir, en Mérida en España; la cual en la persecucion de Diocleciano fué martirizada por sentencia del presidente Daciano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que abre no tiene cura. No dejes pasar dia alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion á tus dependientes y sin repetírtela tambien á tí mismo.

2 Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos escesos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para tí. ¿Pues á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te aflijas, pues, sino del pecado; cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á tí muchas veces con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?* ¿Pues por qué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las máximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Clemente, el tercer papa despues de S. Pedro apóstol que gobernó la Iglesia, el cual en la persecucion de Trajano fué desterrado á Chersoneso, en donde echándole al mar con una áncora atada al cuello, alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo trasladado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué depositado en la iglesia que antes se habia dedicado á su nombre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

Santa Felicitas (ó Felicidad), madre de siete hijos mártires, en Roma; la cual despues de ellos fué degollada por órden del emperador Marco Antonino por confesar la fe católica. (*Véase su historia juntamente con la del martirio de sus siete hijos en las del dia 10 de julio.*)

Santa Lucrecia, virgen y mártir, en Mérida en España; la cual en la persecucion de Diocleciano fué martirizada por sentencia del presidente Daciano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. CLEMENTE PAPA Y M.

San Sisinio, mártir, en Cizico en el Helesponto; el cual en la misma persecucion despues de muchos tormentos fué degollado (en el año 311.)

San Anfiloquio, obispo, en Iconio en Licaonia, compañero de los santos Basilio y Gregorio Nacianceno en el desierto y en el obispado; el cual despues de muchas peleas que sostuvo en defensa de la fe católica, esclarecido en santidad y doctrina murió en paz. (Fué este Santo otro de los Padres mas ilustres de la Iglesia Griega. S. Gregorio Nacianceno le llama «Pontífice irreprensible, ángel del Señor, y héroe de la verdad;» y por testimonio de este mismo Padre sabemos que curaba con sus oraciones á los enfermos con la invocacion de la Santísima Trinidad y con la oblacion del Sacrificio. Parece que murió por los años de 394.)

La dichosa muerte de san Gregorio, obispo, en Agrigento, ó Gergenti, en Sicilia. (Su zelo en defender la verdad católica le ocasionó grandes persecuciones de parte de los herejes; y habiendo sido acusado en cierta ocasion al papa S. Gregorio, tuvo que ir á Roma para defenderse; pero el pontífice que conoció su inocencia, le animó á continuar su tarea. Murió en el año 592.)

San Trudo, presbítero y confesor, en un lugar de Haspengaw.

El dichoso tránsito de san Juan Bueno, en Mantua, del órden de los ermitaños de S. Agustin, cuya esclarecida vida escribió S. Antonino.

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

Fué S. Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los emperadores romanos. Todo era grande en este Santo; el orígen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Mattida. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y haciéndose mas hábil en el estudio de las letras humanas, llegó á poseer con perfeccion la lengua griega. Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma S. Pedro y S. Pablo, de quienes se hizo discípulo, y le instruyeron en las verdades de la religion aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que san Pablo le apellida su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito en el libro de la vida. No se sabe á punto fijo si sucedió en el pontificado inmediatamente á S. Pedro, aunque en sentir comun de la Iglesia parece ser que S. Lino y S. Cleto le precedieron en el gobierno de toda ella. Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal. Durante su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pontificado sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada division que hizo mucho ruido. Habia florecido grandemente aquella Iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificacion desde que el apóstol S. Pablo la habia fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulacion de algunos particulares, y se lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle, y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazon en lo mas vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta Iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió S. Clemente su atencion á los corintios, y los escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los Padres, siendo uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno estraño y forastero. Dice san Ireneo que con aquella Epístola restableció S. Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y los anunció la tradicion que ya habian recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvacion de su rebaño con el desvelo que correspondia á la dignidad y á la obligacion de pastor universal, se levantó una furiosa persecucion contra su sagrada persona como cabeza de todos los cristianos. Fué citado, y se vió precisado á comparecer delante del prefecto del pretorio. Rogóle Mamertino (así se llamaba el prefecto) que no quisiese echar un feo borron en la reputacion de su esclarecido nombre, que apaciguase al pueblo y ofreciese incienso á los dioses. Fué su respuesta muy correspondiente á su fe; ni se podia esperar otra cosa que una respuesta llena de fortaleza de un hombre que estaba sentado sobre la sólida piedra de la santa silla apostólica, y una respuesta llena de dignidad, del que ocupaba la mayor y la primera de toda la Iglesia. Dió parte Mamertino al emperador Trajano de la resolucion del pontífice, y Trajano le desterró. Quiso Mamertino hacer otra tentativa, y como el último esfuerzo para reducir al santo papa; pero el generoso confesor le respondió constante y resueltamente que ni el destierro ni la muerte le harian nunca adorar á los dioses del imperio; y aun el mismo S. Clemente hizo algunas tentativas para ganar al prefecto, y

si no lo consiguió, á lo menos le inspiró una tierna y compasiva inclinacion á los cristianos. Desterróle al Quersoneso no sin mucho dolor suyo; y cuando el Santo se despidió de él se enternecio Mamertino, y derramando algunas lágrimas, le dijo: «Espero que el Dios que adoras no te abandonará en tu desgracia, consolándote y dándote fuerzas para sufrir el destierro que padeces por su gloria.» Fué despues conducido á la isla del Quersoneso Táurico, donde le condenaron á trabajar en las minas. Un papa por su nacimiento augusto, por su dignidad recomendable, por sus méritos ilustre, venerable por sus canas, y mucho mas por la santidad de su vida, baja á aquellas profundas espantosas cavernas, y se ve precisado á cavar la tierra como un miserable delincuente, á regarla con el sudor de su rostro, y ocupar en aquel afrentoso ejercicio el tiempo destinado para gobernar el rebaño de Jesucristo y toda su Iglesia. ¿Pero qué haria el santo pontífice en tan dura estremidad? ¿quejariase de tan injusto proceder? Muy léjos estaba de quejarse el que sabia muy bien que en padecer mucho consistia la mayor gloria de su religion. Túvose por muy feliz en participar de los trabajos de los fieles, llamándolos su corona en el estilo del Evangelio: porque con efecto, los trabajos son aquellas piedras preciosas que componen las coronas inmortales con que brillan los bienaventurados en el cielo. ¡O Dios, y qué diferentes son los pensamientos de los Santos comparados con los nuestros! Cuando los enviais aflicciones besan la mano que los hiere, sin que en su boca ni en su corazon se oiga otra voz que esta: *Sea Dios bendito.* Pero cuando nos visitais á nosotros con tribulaciones, ni del corazon ni de la boca se nos caen jamás sentidas quejas y amarguísimas palabras: están tan achacosos los ojos de nuestra fe, que nunca miramos las desgracias temporales como favores de vuestra mano; y sin embargo, es muy cierto que el Dios que nos azota es el Dios que nos ama. Encontróse S. Clemente en su destierro con dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y tan seco, que entre aquellos peñascos, enriquecidos con tantas venas de plata y oro, no se encontraba ni una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido nuestro Santo del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y le suplicó se compadeciese de aquellos sus fieles siervos en tan estrema necesidad. Fué oida su oracion; y apareciéndosele Jesucristo en figura de un cordero, le señaló con el pié una fuente de agua viva, que brotando de repente de una peña, aumentó

el respeto y la veneracion que ya profesaban todos al nuevo Moisés; y acudiendo de todas partes á ser testigos del prodigio, se convirtieron los infieles á la fe. Informado de esto el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio para que hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habian hecho cristianos en vista de aquel portento; pero á todos los esperimentó incontrastables. Derramaban su sangre, pero mantenian su fe. Despues que el ministro del emperador sacrificó muchas de aquellas sagradas víctimas, viendo que cada uno se presentaba voluntariamente á la muerte, pródigo ó desperdiciador de su vida, le pareció mas acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza. Habló, pues, á S. Clemente; instóle para que sacrificase á los dioses; acarícióle, amenazóle para pervertirle; ¿pero qué pueden las amenazas ni las caricias contra un mártir que tiene impreso en su corazon el amor de Jesucristo? Así, pues, viendo que nada adelantaba, usando de su autoridad, dió sentencia de muerte contra el Santo; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen en el mar con una grande áncora al pescuezo, pareciéndole se olvidarian presto de un hombre de quien no restaba cosa que pudiese escitarles la memoria, como si el milagro de la fuente que brotó repentinamente del peñasco no fuese eterno monumento del poder del santo mártir. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y con el corazon seguian á su amado padre. ¿Pero qué puede el poder de los hombres contra el poder de Dios? Mientras los cristianos, consternados y afligidos lamentaban la gran pérdida que acababan de padecer, Cornelio y Probo, discípulos del santo pontífice, dijeron á los demás: *Hagamos oracion á Dios, hermanos mios, para que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir:* cuando he aquí que mientras estaban en oracion la mar se retiró hácia adentro, dejando el suelo enjuto y libre para que todos los que quisiesen pudiesen ir á visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártir en medio de las ondas y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallan con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro en que estaba el cuerpo de S. Clemente, y al lado de él la áncora con que fué arrojado al mar. Mas fácil es concebir que declarar el asombro que sobrecogió á todos los fieles á vista de aquel portento. Ya estaban resueltos á retirar de allí el cuerpo del santo mártir, cuando por medio de una vision los avisó el cielo que no tocasen á él, con la

seguridad de que todos los años se repetiria el prodigio, retirándose la mar por espacio de siete dias para que todos lograsen el consuelo de visitar el cuerpo del Santo á su satisfaccion. Cumplióse así puntualmente con tanta utilidad de los que fueron testigos de aquella maravilla, que no quedó en todo aquel país ni hereje, ni judío, ni pagano. Pero sucedió otro prodigio que todavía contribuyó mas á la propagacion de la fe. Un hombre devoto con su piadosa mujer y un hijo único que tenian fueron á tributar sus respetos al santo mártir en su milagroso templo, en el que se detuvieron muy despacio; pero como ya iba declinando el dia séptimo, y se acercaba la hora en que el mar habia de volver á su curso ordinario, se salieron del templo, dejándose en él la prenda que mas amaban, esto es, á su querido hijo, disponiendo el cielo con particular providencia un olvido que no parecia natural. Ya el mar habia ocupado su acostumbrado lecho cuando los padres del niño cayeron en cuenta de su descuido. No tuvieron otro remedio que retirarse á su casa con el corazon traspasado de dolor. Pasóse el año, y acercándose la fiesta del Santo, se dijeron uno al otro aquellos devotos padres del nuevo Moisés: *Vamos á visitar el sepulcro del glorioso S. Clemente, y recogeremos los huesos de nuestro querido hijo.* Diéronse priesa á caminar, y llegaron los primeros á la orilla, corriendo apresurados al sepulcro del Santo luego que el mar se retiró, seguidos de otros muchos que no caminaban con tanta celeridad. Apenas entraron en el templo cuando vieron á su hijo vivo, sano, robusto, y con la mas cabal salud. Tanto embarga la voz un escesivo gozo como un escesivo dolor, y así quedaron los dos por largo rato como mudos, atónitos y asombrados sin conocerse el uno al otro; pero al fin volviendo en sí de aquel estático pasmo, fué su primer desahogo prorumpir en gracias, bendiciones y alabanzas de la grandeza de Dios, de su mayor gloria, y del poder de nuestro Santo. Este prodigio le refiere S. Efren, obispo de la ciudad de Georgia; le repite S. Gregorio Turonense; y el cardenal Baronio en sus anales asegura ser tales y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad, que no hay el mas leve fundamento para ponerle en duda.

SANTA LUCRECIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Lucrecia, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas por la pureza de su fe y por el glorioso triunfo que consiguió de uno de los mas fieros perseguidores de la Iglesia, nació en Mérida, ciudad esclarecida en la gloria de algunos Santos con que en-

salzó su nombre no solamente en la tierra, sino en el cielo. Dejóse ver en el mundo dotada de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan sino que facilitan el camino de la virtud, y aplicándose sus padres á darla una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre cuna, solo sirvieron sus instrucciones para fomentar en ella aquellos sentimientos tan nobles como cristianos que el Espíritu Santo inspiraba de continuo en el tierno corazon de Lucrecia, que por la justificacion de su conducta era el ejemplo y aun la confusion de muchos fieles; siendo esta la causa porque la miraban los idólatras como enemiga de sus falsos dioses.

Hacia cada dia Lucrecia admirables progresos en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia la décima persecucion que padeció en tiempo de los príncipes paganos. Enviaron éstos á España por su lugarteniente ó gobernador á Daciano, uno de los hombres mas crueles que han conocido los siglos, y despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas inocentes en las provincias de Cataluña, de Aragon y de Toledo, pasó á la de Portugal, y presentándose en Mérida, hizo publicar los edictos acostumbrados, mandando por ellos, que todos los vasallos del imperio rindiesen adoracion á los dioses romanos. No tardó mucho en saber que se distinguia Lucrecia entre los cristianos por sus eminentes virtudes, y dando órden á sus ministros para que la trajesen á su presencia, quedó lleno de admiracion al ver su rara hermosura y su singular modestia. Supo que era una doncella no menos noble que poderosa, y queriendo por una parte obligarla al culto de los ídolos, y por otra apoderarse de sus bienes, comenzó á persuadirla á que desistiese de la vana religion de los cristianos, valiéndose para ello de cuantos medios pudo sugerirle su ciega obstinacion. Esperimentó á breve tiempo, que todos sus esfuerzos eran inútiles para reducir á la ilustre vírgen á que sacrificase á los dioses romanos, y pareciéndole que el horror y las molestias de la cárcel la obligarian á mudar de propósito, mandó ponerla en un oscuro calabozo, con órden espresa de que no la viesen ni hablase persona alguna.

Mantúvose Lucrecia algun tiempo en la dura prision, padeciendo innumerables trabajos; pero habiendo entendido Daciano, que era mas fácil deshacer las piedras mas duras, y derretir el hierro en blandura, que separar á la insigne vírgen de la religion que profesaba, dió órden á sus ministros para que la presentasen á su consistorio, donde sentado en clase de juez, la habló de esta suerte: *Me admiro, Lucrecia, que siendo de noble y libre condicion, muestres en las costumbres ser una persona vil, confesándote esclava de Cristo, aquel hombre que clavado en una cruz, no pudo á sí mismo librarse del patíbulo.—Si hubieras leido al Profeta*, le respondió la Santa, *supieras, que servir á Dios es reinar: en cuyo supuesto no perjudica á mi ingenuidad mi servidumbre á Jesucristo verdadero Dios, antes bien la ensalza, y por lo mismo recibo de ella mas bien esplendor que detrimento. —Dí*, siguió entonces Daciano, *antes que los tormentos y las penas puedan vindicar tus blasfemias, ¿por qué resistes sacrificar á nuestros dioses?—Porque está escrito*, contestó Lucrecia, *que solo se ha de servir y sacrificar á Dios; y los tuyos son demonios, á quienes es supersticion adorar.—¿Luego yo*, continuó el tirano, *nuestros emperadores, el senado y pueblo romano somos supersticiosos?—Sin duda lo sois*, dijo Lucrecia, *pues no conoceis ni adorais al verdadero Dios.*

No pudo Daciano sufrir por mas tiempo el desprecio que hacia la insigne vírgen de todas sus reconvenciones, y queriendo concluir de una vez el interrogatorio, la dijo: *Elige por último uno de estos dos estremos, ó padecer como necia diferentes penas entre los sentenciados á muerte, ó sacrificar á los dioses como sabia y noble persona.* A esto respondió Lucrecia: *Sacrifica tú á los demonios, que yo solo ofrezco sacrificio al verdadero Dios y á Jesucristo su único Hijo.* No es posible esplicar el furor que concibió el tirano al oir semejante resolucion, y deseando vengar las injurias hechas á sus dioses, mandó herir con fuertes bofetadas el rostro de la hermosísima doncella, y estenderla sobre la catasta ó potro, para que padeciese el fiero tormento de aquella horrible máquina; pero viendo que en lugar de sentimiento manifestaba Lucrecia una inalterable tranquilidad y una alegría estraordinaria en medio de aquel castigo, pronunció sentencia de que fuese degollada inmediatamente; persuadiéndose que si apelaba á otras pruebas para vencer su constancia, seria dar márgen á su mayor confusion. Sacaron los infieles á la ilustre heroina fuera de la ciudad cerca de la fábrica de una puente, y cumpliendo la injusta providencia del tirano, consumaron el sacrificio de la inocente víctima en el dia 23 de noviembre á principios del siglo IV. Recogieron los cristianos por la noche el venerable cadáver de la insigne mártir, y la dieron sepultura con la cautela que permitian aquellas edades lamentables; pero despues que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor de la Santa un magnífico templo en el mismo lugar donde padeció martirio, el cual duró hasta la irrupcion de los moros en España.

La misa es en honor de S. Clemente, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos colmas de alegría en la festividad de S. Clemente papa y mártir; concédenos benigno que imitemos la virtud de la paciencia en aquel cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 3 y 4 de la del apóstol S. Pablo á los filipenses.

Hermanos: Sed mis imitadores, y observad aquellos que caminan segun el ejemplar que teneis en nosotros, porque muchos de los que os he hablado muchas veces (y aun ahora os hablo con lágrimas) se portan como enemigos de la cruz de Cristo; de los cuales el fin es la perdicion, y su Dios el vientre, y su gloria está en su confusion, los cuales tienen apego á las cosas terrenas. Pero nuestra conversacion está en los cielos, por lo cual esperamos tambien al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual trasformará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea conforme al cuerpo de su gloria con aquel poder con el cual puede sujetar á si mismo todas las cosas. Y así, hermanos mios muy amados y carísimos, mi alegría y mi corona, permaneced de esta manera en el Señor, ó amantísimos. Ruego á Evodia y suplico á Sintiques que tengan los mismos sentimientos en el Señor. Tambien te ruego á tí, ó compañero fiel, que las ayudes, pues ellas han trabajado conmigo por el Evangelio, juntamente con Clemente y los demás coadjutores mios, cuyos nombres están en el libro de la vida.

REFLEXIONES.

Cuyo fin es una muerte infeliz, cuyo vientre es su Dios, y cuya gloria cede en mayor confusion de los que solo gustan de las cosas de la tierra. ¡Cuantos y cuantos se pueden ver á si mismos en este fiel retrato! Lleno está el mundo el dia de hoy de falsos cristianos, cuya religion es de perspectiva, no mas que por bien parecer, un fantasma ó estafermo de religion, ocupando en ellos el espíritu del mundo aquel lugar que debiera llenar el espíritu de Jesucristo. Miran estos las máximas del Evangelio con los mismos ojos con que los paganos miraban

nuestra doctrina, que era escándalo para los judíos, locura y necedad para los gentiles. Valga la verdad: ¿Qué fe, qué religion es la de aquellas personas mundanas que solo toman gusto á las cosas de la tierra? ¿cuyas costumbres, cuyas máximas, cuya conducta es tan contraria al espíritu de Jesucristo? Entregados á sus propios deseos, esclavos de sus brutales pasiones, guiados de sus alucinados sentidos, ¿qué reglas se propondrán para gobernarse con acierto? ¿qué es lo que hoy se estima, qué es lo que se aplaude en el mundo? ¿de qué se hace gloria y vanidad? ¿en qué se coloca la dicha, la felicidad y la fortuna? No hay mas que consultar á esos idólatras de las diversiones, de los banquetes y de los pasatiempos; á esas mujeres del gran mundo, cuyas costumbres son tan parecidas á las costumbres de las mujeres paganas, y cuya vida se desvia tan poco de la suya. No hay mas que atender á la materia mas comun de las conversaciones, de los corrillos, de las visitas y de los concursos en que brilla la profanidad mas escandalosa, la licencia mas desenmascarada, y el espíritu del mundo mas á cara descubierta. ¡Ah! que el desórden ha llegado á tal punto, que se hace gala del mismo deshonor. Se hace profesion de ser menos cristiano, y como que se avergüenzan algunos de obedecer á las mas sagradas leyes de la Iglesia. Los ejercicios espirituales, las devociones, los actos públicos de religion no son del gusto de las personas mundanas. La delicadeza, el orgullo, la ambicion, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura, estos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuantos se podrá decir que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambicion, que sus gustos, que sus diversiones, que su vientre? ¿Pero cual será su destino? Ya le anuncia S. Pablo sin ambigüedad, sin disimulo: una muerte infeliz y desgraciada: *Quorum finis interitus.*

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo

el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de la tibieza.

Punto primero. — Considera que por estado de tibieza se entiende la disposicion de una alma que se ciñe precisamente á evitar las culpas graves, y que hace poco ó ningun aprecio de las faltas ligeras, las que comete con frecuencia, sin reparo, sin temor y sin remordimiento. De una alma que hace los ejercicios espirituales con negligencia, que reza y ora sin atencion, que frecuenta las confesiones sin enmienda, las comuniones y misas sin fervor, y hace todas sus devociones sin fruto. En semejante estado mira el alma el ejercicio de las grandes, de las heróicas virtudes con una indiferencia que degenera presto en disgusto. Siente no sé qué desmayo en el servicio de Dios que la inclina á hacer todas las cosas con flojedad y con descuido. El desmayo pasa muy en breve á flaqueza, y esta llega á ser tanta, que la hace duro, pesado, insoportable el yugo del Señor. En semejante lastimosa constitucion se espone sin escrúpulo á ocasiones peligrosas, se derrama indiferentemente el espíritu á todo género de objetos, y el corazon se entrega casi sin remordimiento á mil perniciosos deseos. Entonces si se hace alguna cosa buena es solo por bien parecer, por costumbre, por inclinacion natural, por humor ó por capricho. Se asiste como de cumplimiento á ciertos actos piadosos á que precisa la obligacion; y como se guarden ciertas medidas, como se observen ciertas esterioridades de religion que bastan para evitar la nota y la reprension de los que deben zelar su observancia, se hace poco caso de agradar ó no agradar á Dios, ó por mejor decir, apenas se hace cosa que no le desagrade. Se deja fácilmente inducir el alma á cometer todo género de culpas veniales con pleno conocimiento y con toda deliberacion, haciendo con tedio y con disgusto aquellos ejercicios espirituales, de que no se puede dispensar. Se trata con desvío, y se mira con no sé qué secreta aversion á las personas virtuosas; porque su virtud es una importuna censura, su fervor una muda pero penetrante reprension de la tibieza. Solo se gusta de tratar con los imperfectos, y se siente cierta oculta propension hácia los menos observantes. Agrada mucho su conversacion, y

se celebran sus chanzonetas, sus zumbas, sus satíricas mordacidades contra los devotos y contra los que ellos llaman *beatos*. Gústase de los imperfectos, que por sus modales libres ó poco religiosos autorizan la relajacion. De aquí nacen aquellas amistades particulares siempre perniciosas á esos imaginarios amigos; de aquí aquellas insulsas bufonadas con que se burlan de la escrupulosa puntualidad de los buenos; bufonadas que acaban de sufocar enteramente la poca semilla de devocion y de piedad que habia quedado en aquella pobre alma. Para colmo de su desgracia se forma allá una conciencia, á cuyo abrigo una persona, que por otra parte frecuenta los sacramentos, alimenta dentro de su corazon aversiones secretas, emulaciones llenas de veneno, peligrosas, y aun acaso pecaminosas inclinaciones, cierto espíritu de amargura y de murmuracion contra los superiores, un fondo de orgullo y de amor propio que se derrama en casi todas las acciones de la vida. Imagina estado mas peligroso, mas pernicioso ni mas digno de lástima para la salvacion.

Punto segundo. — Considera en cuanto peligro está la salvacion de una alma que se halla en tan lastimoso estado. La pobre ni aun siquiera conoce el peligro; ¿pues por qué milagro se retirará de él? Juzga que se halla en buen estado; ¿por donde pensará en pasar á otro? Confiesa, sí, que no se siente con el mayor fervor, que su amor de Dios no es el mas fino y el mas ardiente; pero está muy léjos de pensar que se halla en desgracia de Dios, y ordinariamente se halla. Desengañémonos; rarísima vez está una alma por largo tiempo en la tibieza sin que esté en pecado mortal; no porque los pecados veniales que comete sin escrúpulo lleguen nunca á ser mortales, sino porque es moralmente imposible que el alma viva por largo tiempo en una tibieza, en una indevocion y en una infidelidad habitual sin que caiga en alguna culpa mortal. Es para ella sumamente fácil el consentir en un mal pensamiento. Una alma tibia, privada por culpa suya de aquellos especiales auxilios que son tan necesarios para resistir á las violentas tentaciones, los cuales, por lo regular, solamente los concede Dios á las almas fervorosas, ¿saldrá siempre victoriosa de los lazos, de los malignos artificios del enemigo de la salvacion, continuamente en centinela, perpetuamente alerta para sorprender la plaza? No nos engañemos: vivir habitualmente en estado de tibieza, y conservar por largo tiempo la inocencia, es una quimera en buena filosofía cristiana. Toda la diferencia está en que un pecador claro y descubierto, un libertino de profesion conoce que está en desgracia de Dios, y

una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor, que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevocion y de indiferencia. Se ven hombres malvados que vuelven sobre sí y se enmiendan de su disolucion; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de la tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obrareis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santísima Vírgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que vos quereis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

Jaculatorias. —Dignaos, Señor, de dilatar mi corazon, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida. (*Ps.* 118.)

PROPOSITOS.

1 No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de la tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que ni por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devocion y con nuevo fervor. Al principio te llevará tras de sí la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos

todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demás.

2 Desvíate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que fácilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplícate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devocion el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á hacer sin devocion aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de la tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

San Juan de la Cruz, confesor: de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 14 de diciembre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El tránsito de san Crisógono, mártir, en el mismo dia; el cual despues de haber sufrido constantemente por la confesion de Jesucristo una larga cárcel entre cadenas, por mandato de Diocleciano fué conducido á Aquileya, en donde degollado y arrojado al mar alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Crescenciano, mártir, en Roma; del cual se hace mencion en las actas del martirio de S. Marcelo papa (juntamente con el cual tuvo la gloria de padecer por los años de 309.)

una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor, que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevocion y de indiferencia. Se ven hombres malvados que vuelven sobre sí y se enmiendan de su disolucion; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de la tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obrareis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santísima Vírgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que vos quereis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

Jaculatorias. —Dignaos, Señor, de dilatar mi corazon, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida. (*Ps.* 118.)

PROPOSITOS.

1 No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de la tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que ni por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devocion y con nuevo fervor. Al principio te llevará tras de sí la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos

todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demás.

2 Desvíate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que fácilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplícate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devocion el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á hacer sin devocion aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de la tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

San Juan de la Cruz, confesor: de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 14 de diciembre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El tránsito de san Crisógono, mártir, en el mismo dia; el cual despues de haber sufrido constantemente por la confesion de Jesucristo una larga cárcel entre cadenas, por mandato de Diocleciano fué conducido á Aquileya, en donde degollado y arrojado al mar alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

San Crescenciano, mártir, en Roma; del cual se hace mencion en las actas del martirio de S. Marcelo papa (juntamente con el cual tuvo la gloria de padecer por los años de 309.)

Santa Firmina, vírgen y mártir, en Amelia en el ducado de Espoleto; la cual en la persecucion de Diocleciano, padeció varios tormentos, y últimamente colgada y abrasada con hachas ardiendo, entregó su espíritu al Criador. (Era hija de Calfurnio, prefecto de la ciudad de Roma, y abrazó la religion cristiana á vista de los milagros que obraban los santos confesores.)

San Alejandro, mártir, en Corinto; el cual en tiempo de Juliano apóstata y del presidente Salustio peleó en defensa de la fe católica hasta morir.

Las santas vírgenes y mártires Flora y María, en Córdoba; las cuales en la persecucion de los árabes, despues de una larga cárcel fueron degolladas. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Felicísimo, mártir, en Perusa. (Procopio le llama príncipe de los etruscos de la misma ciudad.)

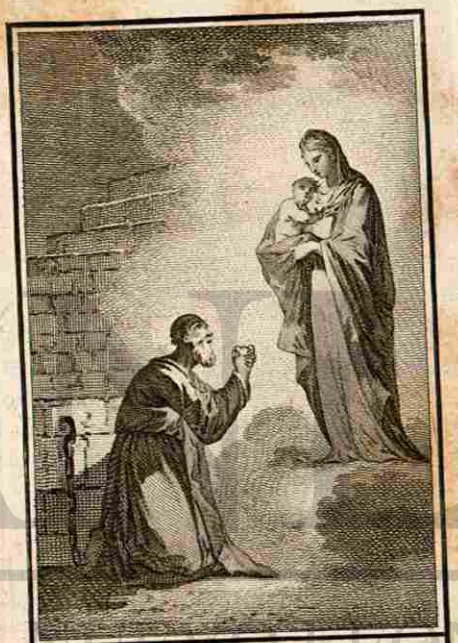
San Protasio, obispo, en Milan: defendió la causa de S. Atanasio en presencia del emperador Constante y en el concilio Sardicense; y habiendo padecido muchos trabajos por la Iglesia que tuvo á su cargo, y por la religion, murió en el Señor. (Su sabiduría y su virtud le hicieron estimar hasta de los mismos herejes, que por otra parte le temian como adversario formidable. En el concilio de Sardis, celebrado en 347 á instancias del emperador Constancio, además de defender la causa de S. Atanasio, propuso diferentes cánones, los cuales indignaron de tal modo á los herejes, que se separaron del concilio. Murió el año 348.)

San Roman (ó Romano), presbítero, en Blaye, cuya santidad de vida la declaran gloriosamente sus milagros. (S. Gregorio de Tours, en el lib. *Gloria Conf.*, cap. 46, refiere que vivió en la misma ciudad de Tours en tiempo de Teodorico el Grande, y que dió sepultura al cuerpo de S. Martin, su maestro.)

San Porciano, abad, en el país de Auvernia, esclarecido por sus milagros en tiempo del rey Teodorico. (Pasó los primeros años de su vida en la esclavitud, y cuando obtuvo su libertad, tomó el hábito religioso en uno de los monasterios de la Auvernia, del cual fué por último abad. Cuando Tierri rey de Austrasia invadió la Auvernia, el Santo obtuvo del rey la libertad de todos los prisioneros. Murió venerado el año 540.)

SAN JUAN DE LA CRUZ.

San Juan de la Cruz, conocido primero por el sobrenombre de Yepes, que era el de su familia, despues por el de S. Matías, que era el de su religion, y en fin, por el de la Cruz, que hace su verdadero carácter, y con el que se le distingue, fué uno de los mas sublimes maestros de la vida espiritual, y de los mas insignes ornamentos de la famosa reforma del órden del Cármen; nació el año 1542 en Fontiveros, villa muy antigua de Castilla la Vieja entre Ávila y Salamanca. Llamábanse sus pa-



S. JUAN DE LA CRUZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dres Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez. Aunque su padre era caballero, llegó á verse tan pobre, que se vió obligado á ejercer el oficio de tejedor para poder mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Todos tres eran muy niños cuando murió el padre; la madre quedó sola y sin mas amparo que el de Dios, por cuya cuenta corren los mas olvidados del mundo. La necesidad la obligó á avecindarse primero en Arévalo, y luego en Medina del Campo, villa muy crecida entonces y rica, en la cual con el sudor de su rostro crió la honesta viuda á sus tres pequeñuelos, inspirándoles temor de Dios y amor á la virtud. Desde luego mostró el niño Juan grande inclinacion á todo lo bueno y honesto. En las flores de su modestia y de su humildad se traslucia el fruto que habia de producir adelante. Deseaba la buena madre encaminarle por las letras, mas viéndose atajada por la pobreza, no halló otro medio sino acomodarle en un colegio de niños que habia en aquel pueblo, destinado para educar hijos de gente pobre. De esta casa salió Juan adoctrinado en las primeras letras, dejando bien recompensada con su buen ejemplo la limosna que allí se le hizo. No le quedaban ya mas valedores que su virtud; era pobrecito y desamparado; mas sus bellas prendas, su gravedad y su natural afable y dócil le conquistaban el amor de todos. Contaba entonces unos trece años. Aficionósele entre otros Alonso Alvarez de Toledo, caballero piadoso que administraba el hospital general de la villa. Parecióle que allí podria Juan servir á los pobres y pasar adelante en sus estudios, y despues con una capellanía que él pensaba darle, ordenarse de sacerdote. Con licencia de su madre pasó al hospital; y la ocasion de servir á los enfermos fué para él estímulo de misericordia: asistíalos puntualmente con gozo, en cada uno de ellos veia retratado á Cristo. Con todas sus entrañas se compadecia del doliente postrado en una cama, cuyo único alivio y consuelo todo pende del que cuida de él: abrazábalos, alentábalos, haciales compañía, en viendo alguno caido y triste le animaba inspirándole la santa alegría que sale de las entrañas de la paciencia. Con suma puntualidad, quitándoselo del dormir, asistia á las necesidades de todos, sin dar lugar á que su olvido ó descuido desazonase á nadie: no queria que los enfermos empleasen la conformidad sino en llevar con mérito los dolores y achaques de su dolencia. Dedicábase al mismo tiempo al estudio de las ciencias humanas, en que salió aprovechado; sentíase tambien llamado á la oracion y contemplacion, en cuya escuela aprendió del Señor la sabiduría que demuestra la fealdad del vicio y la hermo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sura de la virtud, é inspira ánimo celestial para despreciar lo que perece, y amar lo que permanece. De estos afectos nació en él y se fué criando la mortificacion de las pasiones. Desde este tiempo comenzó á castigar su carne con ayunos, cilicios y otras asperezas: juntaba la noche con el dia haciendo oracion, luchaba con la flaqueza de su cuerpo cansado, hasta rendirlo y dejarlo despierto y alentado para perseverar en las vigilias. Dormia muy poco tiempo, y esto sobre manojos de sarmientos, que mas era quebrantar los huesos que descansar: no tenia mas cama que ésta desde los siete años. Premiaba Dios en su siervo la penitencia con el don de la continencia. En todo el tercio de esta edad resbaladiza no se vió en él cosa que oliese á liviandad, ni en palabra, ni en ademan alguno. Guardábase de las compañías que envenenan las costumbres, no salia de casa sino por necesidad, huia de juegos y de espectáculos y de otras diversiones privadas y públicas, buscaba el recreo de su ánimo en la bondad de Dios y en el testimonio de su limpia conciencia. En medio de esta inocencia de vida oia la voz de Dios que por varios caminos le llamaba á dejar el mundo y abrazar el estado religioso. La particular devocion que tenia á la Santísima Vírgen le hizo creer que en el órden de los Carmelitas hallaria un asilo donde asegurar su inocencia; y tratando estos deseos con personas de doctrina y piedad, por su consejo y con su recomendacion fué á presentarse al convento de Sta. Ana de Medina del Campo, donde fué recibido como un don del cielo, y tomó el hábito de nuestra Señora del Cármen con el nombre de Fr. Juan de S. Matías á los veinte y un años de su edad.

Quizá no se vió jamás mayor fervor, humildad y exactitud en un novicio, ni tampoco amor mas abrasado á las cruces en los mas ancianos.

Al año siguiente hizo su profesion en manos de Fr. Angel de Salazar, provincial de Castilla. No se hartaba de dar gracias á Dios viéndose escogido del Señor para morar en su casa: este gozo iba acompañado de una ansia muy grande de adelantar cada dia mas, guardando con puntualidad no la regla mitigada por Eugenio IV sino la primitiva, á lo cual se determinó con licencia de su prelado, sin faltar en lo esterior al órden de la comunidad. Pidió por celda una covacha oscura y abandonada á la estremidad del dormitorio, destinada para guardar las escobas, en la que se vió precisado á hacer un pequeño agujero para darla luz y poder leer. Un madero escavado en forma de sepulcro le servia de cama; se hizo un cilicio de juncos marinos, cuyas agudas puntas le sacaban sangre al menor movimiento que hacia su

cuerpo; juntaba á todo esto disciplinas muy frecuentes de sangre; y como por otra parte eran muy repetidos sus ayunos, y muy corto su sueño, quitaba á su cuerpo los medios de reparar las fuerzas que sus maceraciones le hacian perder.

Su piedad correspondia á sus penitencias; la pasion que tenia al retiro y al silencio, le hacian cercenar de la sociedad y conversacion de los hombres todo lo que podia quitarles, para darle al comercio interior y apacible que mantenia con Dios en el ejercicio de la oracion, la que desde los primeros años de la religion no era otra cosa que una muy sublime contemplacion. Jamás tuvo los defectos inocentes de aquellos místicos y contemplativos, que hacen consistir la contemplacion en mostrarse adustos y estraños con todos. Su devocion nunca fué austera sino consigo mismo. Era afable y cortés en su trato y comunicacion: jamás se le vió abstraido, taciturno, ni agreste con sus hermanos. La humildad parecia natural en él; solo apreciaba las virtudes que admiraba en los otros; y aunque las poseia en un grado heróico, creia sinceramente que no era hombre de virtud; se le veia siempre el primero en todos los ejercicios de la comunidad. El don de contemplacion, de que se hallaba dotado, no le hizo jamás ocioso. Hubiera querido hacer él solo todos los oficios de la casa; entre éstos los mas penosos y mas bajos eran los mas de su gusto, y con tal que encontrase alguna humillacion ó alguna cruz, quedaba satisfecha su ambicion.

En el mismo año de su profesion le enviaron al colegio de Salamanca, para que en aquella escuela aprendiese la teología. En medio del estudio añadia nuevos rigores á su penitencia, buscaba mil modos estraordinarios de afligir su cuerpo, sutilizábale con tantas asperezas, que parece queria convertirlo en espíritu: la oracion era su vida y su sustento: cumplia con rigor de verdad aquella principal obligacion de la regla, de orar dia y noche, meditando en la ley del Señor cuanto es dado á la flaqueza humana. Preparábase en todo para maestro y caudillo de la nueva reforma que le estaba esperando.

Una virtud tan sobresaliente obligó á los superiores á hacerle recibir cuanto antes los sagrados órdenes; y sin dar oidos á los artificios de que se sirvió su humildad, lo mismo fué acabar la carrera de teología á los veinte y cinco años de su edad, que obligarle por obediencia á recibir el presbiterado. Vivia aun su madre. La gracia que recibió un alma tan pura fué abundante y sensible; y el nuevo sacerdote se preparó para la primera misa con continuos sacrificios de sí mismo, aumentando las mortificaciones y fervores.

Los favores que recibió en la primera misa, que dijo en el convento de Medina del Campo, y la alta idea que concibió del sacerdocio, le hicieron desear una vida todavía mas retirada y mas regular que la que se practicaba en la órden de los Carmelitas mitigados que se llaman de la Observancia

Despues de haber consultado mucho este negocio con Dios y con algunos religiosos de quien fiaba la direccion de su alma, se resolvió á pasar al de los Cartujos, donde se prometia hallar una soledad como la que buscaba, y un género de vida mas austero que el que tenia. Llegó á tener casi concertado que se le diese el hábito en la Cartuja del Paular de Segovia; mas desbarató nuestro Señor su proyecto mejorándolo en su primera vocacion, para que ayudase á reformar el instituto que habia profesado.

En este tiempo tenia ya comenzada esta obra Sta. Teresa de Jesus respecto de las monjas: fundado estaba ya en Avila su primer convento; pero deseaba que se reformasen tambien los frailes. Alcanzada licencia para ello del general de la órden, comenzó á buscar entre los religiosos de la provincia graves y de singular virtud uno á quien pudiese encomendar esta grande obra, poniéndole por piedra fundamental del nuevo edificio. Cuando fray Juan estaba tomando sus medidas para entrar en la Cartuja, llegó Sta. Teresa á Medina del Campo. En la visita que el maestro Fr. Pedro de Orozco hizo á la Santa, como ésta le preguntase por los frailes que aspiraban á mayor perfeccion en la órden, le dijo que habia un religioso de pocos años, pero de mucha virtud, fervoroso y de grande espíritu, muy dado á la oracion y contemplacion, y en la aspereza y rigor de la vida igual cuando menos á los antiguos monges. Tales cosas, en fin, le fué contando de Fr. Juan de la Cruz, que la sierva de Dios llena de gozo, deseosa de verle, le rogó que cuanto antes se le enviase. Desde luego se le fijó la idea que este era el religioso que convenia para comenzar la Reforma. Aquella noche rogó á nuestro Señor que se lo concediese para esto, y lo consiguió. Al otro dia fué el siervo de Dios á visitar á Sta. Teresa, y dióle cuenta de sus deseos de servir á Dios haciéndose cartujo. De esta confianza de nuestro Santo se aprovechó la discreta vírgen para persuadirle que sin salir de su vocacion, procurase mejorar y reformar su vida en el estado en que Dios le habia puesto. Y comunicóle el proyecto de la Reformacion, segun la cual los frailes del Cármen habian de guardar exactamente su primera regla. Al mismo tiempo le encareció el bien que por su medio podia hacer nuestro Señor, plantando la disciplina regular para que de otros fuese seguida, y tambien el gozo que en ello daria á la Madre de Dios, cuya es

esta órden. Enterneciόse el siervo de Dios, dióse por vencido á estas razones, sintióse interiormente trocado, y sin saber resistir a lo que la Santa le propuso, se ofreció á ello, rogándole no se difiriese la ejecucion.

Mientras el Santo se preparaba para tan alta empresa con la interior reforma de su espíritu, Sta. Teresa que temia no se estorbase la ejecucion de este gran proyecto, aceptó una miserable casa que para este fin le habia dado D. Rafael Mejía Velazquez en un lugarejo suyo llamado Duruelo. Dispuso la Santa que fundasen este convento nuestro Santo y Fr. Antonio de Jesus, religioso de gran perfeccion. Mientras se lograba para esto la licencia de los prelados y la del obispo de Avila, de cuya diócesis era aquel territorio, fueron los dos siervos de Dios á Valladolid, donde el P. Fr. Juan tomó el hábito de la Reforma. «Allí, dice santa Teresa, como estuvimos algunos dias con oficiales para recoger la casa, y sin clausura, habia lugar de informar al P. Fr. Juan de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas las cosas así de mortificacion, como del estilo de hermandad y recreacion que tenemos juntas, que todo es con tanta moderacion, que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla.» Donde se ve como nuestro Santo fué discípulo, ó digamos novicio de Sta. Teresa, recibiendo de ella la institucion de la vida, segun la cual habia de formar á todos los religiosos de que fué padre, ejemplar y maestro.

Obtenidas las licencias para la fundacion, despidiéndose nuestro Santo de Sta. Teresa y de sus hermanos con gran devocion, se fué á Duruelo con un albañil á fin de componer la casa de que ya se ha hablado, y que fué el primer convento de la estrecha Observancia. S. Juan mantúvose en él algun tiempo solo, esperando los sugetos que la Santa debia enviar para ocuparle; allí abandonándose al fervor, ejercitó con su cuerpo aquellas inocentes crueldades que hicieron decir á los seculares que el P. Juan no podia vivir sino por milagro. Luego que se le hubieron juntado otros padres Carmelitas, los cuales se llamaron desde entonces los *Carmelitas Descalzos*, S. Juan, que habia sido puesto por cabeza de ellos, pasó toda la noche siguiente en oracion con ellos; por la mañana del dia siguiente, que era á 28 de noviembre y primer domingo de adviento del año 1568, celebró solemnemente la misa, hizo su profesion pública, y recibió la de ellos, prometiendo todos á Dios, á la Santísima Vírgen su Madre y su protectora perpetua, y al general del Cármen, su superior ordinario, observar literalmente la antigua y estrecha regla de la ór-

den. Entonces fué cuando dejando el sobrenombre de S. Matías, tomó el de Juan de la Cruz, que, como se ha dicho, hacia su verdadero carácter. Y este fué el nacimiento de esta célebre congregacion religiosa, aprobada inmediatamente por el papa Pio V, y confirmada el año 1580 por Gregorio XIII, á la que se da el nombre de Carmelitas Descalzos, porque llevan los pies descalzos.

Viéndose S. Juan de la Cruz superior inmediato del convento, aumentó sus pasadas austeridades. Sus mortificaciones eran tan grandes, que Sta. Teresa se vió precisada á ordenarle las moderase; que no prosiguiese en andar sin sandalias; arregló sus abstinencias y sus ayunos, y puso límites á sus demás austeridades. Describiendo la Santa este primer convento de su reforma, dice así: «Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor habia puesto allí, y no era yo sola, que dos mercaderes que habian venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacian otra cosa sino llorar. ¡Tenia tantas cruces, tantas calaveras! nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenia para el agua bendita, que estaba en ella pegada una imágen de papel con un Cristo que parecia ponia mas devocion que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desvan, que por mitad estaba alto que podian decir las horas, mas habíanse de bajar mucho para entrar y para oir misa. Tenia á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas, adonde no podian estar sino sentados ó echados, llenas de heno, porque el lugar era muy frio, y el tejado casi les daba en la cabeza, con dos ventanillas al altar, y dos piedras por cabecera, y allí sus cruces y calaveras. Supe que despues que acababan maitines hasta prima, no se tornaban á ir, sino allí se estaban en oracion, que la tenian muy grande, y les acaecia ir con harta nieve los hábitos, y no lo haber sentido. Iban á predicar á muchos lugares que estaban por allí comarcanos sin ninguna doctrina.... En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenian, que á mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban, como dije, legua y media á predicar, y dos leguas, descalzos, y con harta nieve y frio: y despues que habian confesado y predicado, se tornaban á comer á su casa bien tarde; con el contento todo se les hacia poco.... Pues como yo ví aquella casita (que poco antes no se podia estar en ella) con un espíritu que á cada parte que miraba, hallaba con que me edificar; y entendí de la manera que vivian, y con la mortificacion y oracion y buen ejemplo que daban.... no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor por parecerme que via comenzado un principio para gran aprovechamiento de nuestra

órden, y servicio de nuestro Señor.... Los mercaderes que habian ido conmigo, me decian que por todo el mundo no quisieran dejar de haber ido allí. Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenian, y les hartó y consoló su alma.» Por este testimonio de Sta. Teresa se echa de ver la virtud del santo Fr Juan, fundador y padre de aquella casa. Este convento de Duruelo se trasladó al de Mancera el dia 2 de junio del año 1570.

El admirable amor á la cruz de nuestro Santo no podia ocultarse en ningun acto suyo, y meditando continuamente en la cruz fué como su alma adelantaba tanto en la perfeccion: porque el amor le hacia desear parecerse á su Redentor en lo crucificado con toda especie de humillaciones y penalidades: y Dios que queria purificar su alma de toda la escoria de los afectos terrenos, permitió que pasase por lo crucificable con tribulaciones y pruebas interiores de su espíritu y constancia, que es la ordinaria providencia con que Dios conduce á las almas que desea elevar á sí, con un grado de santidad eminente, y ricos dones de abundantes gracias.

San Juan despues de haber gustado las primeras delicias de la contemplacion, se halló privado de toda sensible devocion: cuya sequedad espiritual fué seguida de una turbacion interior de ánimo, de escrúpulos, de desabrimientos en el ejercicio espiritual, que por mas que hacia no podia vencer ni desechar. Admirablemente describe lo que un alma pasa en este estado en su libro titulado: *Noche oscura*. Por esta interior desolacion pasan por lo comun las almas contemplativas antes de prepararse á recibir la comunicacion de las gracias especiales de Dios. Por medio de ella obtuvo el Santo una perfecta pobreza y pureza de espíritu, se libertó de todas las refinadas pasiones de amor propio; y adquirió una conformidad escelente á la voluntad santa del Señor, que solo puede fundarse sobre las ruinas de la propia voluntad, sobre una paciencia heróica, y sobre una animosa perseverancia. Poco tiempo despues cierto rayo de luz celestial, cierto consuelo y suavidad desvaneció estas nieblas, y trasladó el alma del siervo de Dios al paraiso de una delicia interior, y de una dulzura celestial y divina. A esta tribulacion sucedió otra interior de mayor esterilidad espiritual, acompañada de sentimientos y tentaciones, en que parecia haberle Dios abandonado, y estar del todo sordo á sus lágrimas y suspiros. Era tan violenta su tristeza en este estado de privacion, que llegó á temerse morir de melancolía, á no haberle soportado la divina gracia. Pero en la calma gustosa que siguió á esta terrible tempestad fué abundantemente re-

compensado con consuelo divino de los favores celestiales. Rodeado de una nueva luz vió las incomparables ventajas del padecer, especialmente con tribulaciones interiores; vió cuan purificada quedaba el alma con aquellas tentaciones; principió á gozar de la continua presencia de Dios, y á sentir en su corazon el amor mas suave y dulce á aquel Señor, con un deseo vehemente de imitar á Cristo en sus tormentos, y de servir á su prójimo por su amor: hallaba ya en sí un valor invencible, gozaba de una paz soberana, y era muchas veces elevado á la divina union del amor divino, que es la mas sublime en la contemplacion celestial. Este amor en que ardia su corazon iba muchas veces acompañado de un esceso de alegría espiritual, en que sentia su alma penetrada de regocijo, y como anegada en un torrente de impetuosas delicias; pero al mismo tiempo con un dolor que él llamaba la herida del amor. Esplica él esto mismo diciendo, que el alma se parece á sí misma estar herida con repetidas flechas del amor, y un fuego que la consume y abrasa, inflamándose hasta el punto de salir fuera de sí, y parecerle ser ya una nueva criatura.

Esparcíase la fama de los Descalzos por aquella tierra, y de todas partes acudian muchos á pedir el hábito. Fundáronse luego las casas de Pastrana, de Salamanca y otras, con lo cual fué estendiéndose la santa Reforma. Y viendo Sta. Teresa los copiosos frutos que hacia el siervo de Dios en las casas de sus religiosos, quiso fuese tambien el director de sus hijas, lo que ejecutó con tanto fruto, que asegura Sta. Teresa que en menos de un mes las mas obstinadas en no querer reformarse, fueron las que mas solicitaron y procuraron la reforma.

Hubiera sido difícil hacer menos progresos en la vida espiritual bajo un tan santo y tan hábil director. Tenia un don particular para discernir los espíritus, y hacer evitar los lazos del demonio, para descubrir las ilusiones del corazon y del entendimiento; quizá no hubo jamás padre espiritual que supiese mejor el arte de vencer todas las tentaciones, y de curar todas las enfermedades del alma.

Así el demonio hizo cuanto pudo por vengarse de un enemigo que le quitaba todos los dias tantos despojos; y no pudiendo ganar nada con las mas violentas tentaciones, se sirvió de la insolencia de una doncella, y de una viuda jóven para amancillar su pureza; mas esta astucia solo sirvió para mas acrisolarle, y hacer gloriosa en sus victorias la gracia de nuestro Señor. A una de las mayores tribulaciones que padeció el siervo de Dios, dieron ocasion sus propios hermanos, y sus propios hijos; esto es, los antiguos religiosos que habia dejado, y los que habian formado segun el instituto de la estrecha observancia. Los primeros miraron su reforma como una rebelion contra los superiores regulares de la órden, y su retiro como una criminal desercion. Acrecentáronse mucho mas los disgustos y hasta las persecuciones, cuando los Descalzos congregados en Almodovar á 8 de agosto de 1576 pidieron al papa prelado de su misma profesion, descalzo, que los gobernase, conforme á lo mandado por el concilio de Trento. De resultas de este y otros sucesos condenaron á S. Juan por fugitivo y apóstata. Tomada esta resolucion enviaron ministros que, quebrantando las puertas, prendiesen á nuestro Santo, y le condujesen á la cárcel del convento. Súpose despues que al siervo de Dios le habian llevado al convento de Toledo, recelosos sus perseguidores de la veneracion que todo el pueblo de Avila profesaba á su persona. Allí fué gravemente probada su fidelidad á la vocacion del Señor; mas todo sirvió para acrisolar y hacer gloriosa en sus victorias la gracia de Dios, pues cuando estaba en mayor apretura, encontró paz abundantísima y regalos indecibles de nuestro Señor, que ahogaban en su ánimo todo desabrimiento y amargura, y le infundian nueva ansia de padecer.

Con el auxilio divino salió una noche de la cárcel del convento de Toledo sin ser sentido, y refugióse al convento de las Carmelitas descalzas. En la junta que luego tuvieron los Descalzos en Almodovar, le eligieron prelado del Calvario. Estaba este convento á dos leguas de Veas en una punta de Sierra Morena no léjos de la de Segura, casa muy solitaria y devota. Vivian aquellos religiosos con gran perfeccion; el siervo de Dios iba delante de todos en todo: allí renovó las penitencias suyas antiguas, la escasa y pobre comida, las vigilias, la túnica de esparto, las cadenas, las disciplinas y otros instrumentos y ejercicios de penitencia con que maceraba no ya sus carnes, sino los huesos vestidos solo de la piel. Aligerado de esta suerte su espíritu, volaba al cielo, andaba enajenado siempre y absorto en la contemplacion de las cosas divinas; saliale á la cara el fuego de la caridad que le tenia abrasado. En esta sabiduría deseaba él ver aprovechados y medrados á sus súbditos. Hacíales á este propósito frecuentes pláticas, examinaba sus conciencias, tomábales cuenta de su aprovechamiento, corregíalos con amor de padre, dábales saludables documentos y avisos para que con mayor ánimo corriesen por la senda estrecha.

En esta soledad fué consultado de muchas gentes que trataban de mejorar de vida, y de adelantar en la perfeccion evangélica. Aquí comenzó á escribir sus tratados místicos, justamente estimados de quien sabe apreciar el órden del amor. Del Calvario partió

á fundar el colegio de Baeza, de donde salieron varones de esclarecida piedad, frutos del zelo con que el siervo de Dios dejó en él establecida la Reforma. Despues del capítulo que se celebró en Alcalá á principios de marzo del año 1581, fué electo prior del convento de Granada. Mostróse siempre en su gobierno regular y suave, sin demasiado cuidado de lo temporal: lo espiritual se llevaba casi toda su atencion. Cansaba poco al pueblo con demandas, fiaba mucho en la proteccion de Dios, contentábase con que hubiese de lo necesario una medianía. Las fiestas solemnes celebraba sin ruido, aborrecia las músicas y demasías que inquietan y distraen, cuidaba que á Dios se diese culto con espíritu y devocion.

Cuando la provincia de la Reforma se dividió en cuatro distritos, que fué en el capítulo comenzado en Lisboa y acabado en Pastrana por los años 1585, fué electo nuestro Santo visitador del distrito de Andalucía. Mostró en este oficio gran zelo por la observancia regular acompañado de prudencia. En estas visitas caminaba sin provision, sin comodidad, su ansia era no desfallecer en el órden de la vida penitente que habia vivido hasta entonces. Hizo muchas fundaciones, con cuyos trabajos interpolaba la oracion y el ejercicio de escribir los tratados muy piadosos que luego se imprimieron. Despues tuvo otras prelacías y oficios de la órden, y á él se debió la fundacion del colegio de Segovia.

En el último tercio de su vida fué probado con nuevos trabajos. Permitió Dios para mayor gloria de su siervo que algunos superiores de la misma Reforma le persiguiesen y acriminasen de delitos que no cometió, ni siquiera le pasaron por la cabeza: le escluyeron de toda prelacía, le desterraron al desierto de Peñuela, en las montañas de la Sierra Morena, y aun resolvieron enviarle á Indias. El Santo encomendaba á Dios su inocencia, y no quiso hacer ni consintió se hiciese diligencia alguna en su defensa; al contrario, decia que merecian sus culpas muchos mayores castigos. Dios volvió por su causa: los prelados de su órden mandaron quemar la informacion que contra el Santo se habia hecho, y castigaron al promotor de este daño.

Probada así su fidelidad, le envió Dios una enfermedad larga y penosa. Conociendo el provincial que el aire del desierto de Peñuela le era contrario, ordenó fuese trasportado á otro convento; y habiéndole dejado á él la eleccion, como él deseaba padecer, prefirió el de Ubeda, porque tenia por prior al padre Fr. Francisco Crisóstomo, otro de los que hicieron sus informaciones contra él con mas acrimonia: aquí encontró la cruz que buscaba. Todo su cuerpo se cubrió de úlceras, teniendo cuatro

ó cinco apostemas formadas por dentro en forma de cruz. No se puede imaginar sin estremecerse, lo que este hombre de cruz sufrió en el discurso de su enfermedad: á la multitud y rigor de sus males, que hicieron de él un varon de dolores, escedia su admirable paciencia; nada fué capaz de alterar su tranquilidad, su gozo, y su constancia. Al dolor del cuerpo se añadia la dureza del prior. Sus visitas eran de juez, sus palabras de apasionado, y sus obras tan estremadas, que echando la llave á su rigor, y el Santo á su sufrimiento, porque supo que los religiosos censuraban su conducta, mandó que ninguno entrase en la celda del enfermo. No pudo tan ejemplar paciencia y santidad estar oculta mucho tiempo: publicáronla cirujanos y religiosos, con que se movieron muchas personas devotas á acudir al siervo de Dios. Avisado el padre provincial de cuanto pasaba, vino á toda priesa, é informado del estado de la enfermedad y sequedades del prior, despues de haber reprendido á éste ásperamente por su falta de caridad, dijo: «Abran, padres, esas puertas, para que no solo los religiosos, sino los seglares entren á ver este espectáculo de santidad, y queden admirados con su admirable paciencia.» Trueno y rayo fueron estas palabras del zelo y caridad del venerable provincial, que juntamente atemorizaron y alumbraron al prior, el cual comenzó á venerar al que antes perseguia; y postrado á sus pies, no solo le pidió muchas veces perdon, sino que le pidió sus instrucciones para el gobierno de su comunidad, y en adelante predicó sus alabanzas. Pero como el santo hombre no queria bajar de la cruz, cumpliéndole Dios sus deseos, mezcló este corto gozo de penas, las que no acabaron sino con su vida. Este hábil maestro de la vida espiritual las toleró con resignacion: la vista de Jesucristo crucificado era todo su consuelo. Finalmente, despues de haber recibido los últimos sacramentos con gran fervor, lleno de confianza en su Salvador, y en la proteccion de la santísima Vírgen, pronunciando los santos nombres de Jesus y María, dió tranquilamente su último aliento besando la cruz. Esta muerte preciosa sucedió en Ubeda á 14 de diciembre del año de 1591 á los cuarenta y nueve de su edad y veinte y ocho de religioso: los veinte y tres últimos empleó en la reforma de los Descalzos, de la cual fué padre y maestro.

Dios no difirió un momento el manifestar la gloria inmensa de su siervo. Apenas espiró, se vió un globo luminoso al rededor de su cabeza, que deslumbró á todos los asistentes. El suave olor que se derramó al instante, no solo en el cuarto, sino por todo el convento, no fué la menor de aquel gran número de

maravillas que manifestaron la infinita felicidad que gozaba en el cielo, y valimiento que tenia con Dios en la gloria. Su cuerpo fué enterrado con mucha pompa en Ubeda, y se encontró entero y sin alguna corrupcion al cabo de un año, cuando se abrió su sepulcro. Habiendo sido trasladado secretamente este tesoro á Segovia, el papa Clemente VIII en breve dado á 15 de diciembre de 1596, á instancia de la ciudad de Ubeda, le mandó restituir á su primer sepulcro. Por evitar el desabrimiento que por esta causa podia originarse entre Ubeda y Segovia, dispusieron los prelados de la órden, con acuerdo de entrambas ciudades, que además de la pierna que quedó en Ubeda cuando se hizo la traslacion, se les diese otra pierna y un brazo. El otro brazo se lo cortaron en Madrid cuando le traian de Ubeda, y está ahora (ó estaba antes de los últimos sucesos políticos) en el convento de las monjas de Medina del Campo. Tenemos de este sabio maestro de la vida espiritual algunas escelentes obras místicas, compuestas en español y traducidas en muchas lenguas, como la *Subida al monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*, la *Viva llama del amor*, y el *Cántico del divino amor*, en el cual este santo contemplativo hace su retrato y muestra su verdadero carácter. Hizo el siervo de Dios grandes milagros en vida y despues de muerto. El papa Clemente X le beatificó á los 6 de octubre del año de 1674 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos; la santidad de Benedicto XIII le canonizó á 27 de diciembre del año de 1726: y á 22 de marzo de 1732 el papa Clemente XI, concedió por toda su religion rezo y misa, todo propio del Santo con rito de primera clase, y con octava; trasladando ó anticipando el dia de su fiesta, y mandando que de allí en adelante se celebrase en el dia 24 de noviembre, así como antes se celebraba á los 14 de diciembre, dia en que murió: lo cual se hizo para que se pudiese rezar con octava; porque desde el dia 17 de diciembre hasta el dia de Navidad, segun las rúbricas del breviario romano, deben cesar todas las octavas.

SAN CRISÓGONO, MÁRTIR.

Las actas de este santo mártir nada nos dicen de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de lo que hizo en su primera juventud. Todo lo que por ellas podemos saber es, que tenia un gran zelo de la gloria del Señor, y que estimulado fervorosamente de él, inspiró en Sta. Anastasia un gran fondo de virtud. Fué preso en la sangrienta persecucion de Diocleciano, y estuvo dos años en la cárcel padeciendo incomodidades que no se pueden esplicar.

Son los trabajos como el elemento de los santos, donde se alimenta su virtud, se perfecciona y se aumenta. Adoran á un Dios crucificado, y nunca están mas contentos que en el fuego y en el crisol de las pruebas. No pueden dar al Señor pruebas mas sensibles ni mas fuertes de su amor que padecer mucho por él. Hallóse Crisógono en el caso de esta dolorosa prueba; pero su amor, fortalecido con la misma tribulacion, se sustentaba de las cruces y de los trabajos, velando siempre sobre el santo mártir la amorosa atencion de la divina Providencia. Estaba encerrado en un oscuro calabozo; pero siendo, respecto de Dios, las tinieblas como la luz, al mismo calabozo bajó el Señor con él, y se declaró su protector en medio de las cadenas, disponiendo que Anastasia le fuese á visitar algunas veces para consolarle y para socorrerle en sus necesidades, no solo con abundancia, sino con un corazon tan tierno y tan bizarro, que el cariño escedia á la liberalidad. Pero como su marido, llamado Público, hombre de genio feroz y ciegamente adherido al culto de los ídolos, la hubiese encerrado en su casa, sin dejarla libertad para salir, se vió precisada á interrumpir aquella caritativa comunicacion, sin otro arbitrio para consolarse con el santo mártir, que corresponderse por cartas. La primera que le escribió fué en estos términos:

«Al santo confesor de Cristo Crisógono: Anastasia. No ignoras, bienaventurado confesor, que aunque mi padre fué gentil, mi madre fué cristiana, y que juntando á la religion una castidad constante, desde la cuna me crió en la verdadera fe. Despues de muerta mi madre me casaron con un hombre impío, cuya compañía, gracias á Dios, he podido evitar con pretesto de indisposicion. Procuro seguir, cuanto me es posible, las pisadas de mi Señor Jesucristo. Este hombre cruel, que come mi hacienda con los idólatras, me trata como una hechicera, y me tiene encerrada con tanta crueldad, que no dudo me quite la vida. En este estado, muy gustoso para mí, pues no tengo mayor gozo que morir por Jesucristo, una sola cosa me aflige, y es ver gastar con hombres malvados los bienes que yo habia consagrado al servicio del Señor. Por eso te suplico, siervo de Dios, le pidas en tus oraciones, que si este hombre se ha de convertir, le conserve la vida; pero si ha de perseverar en su malicia y en su infidelidad, le saque de este mundo; pues á él mismo le tendrá mas cuenta morir desde ahora, que continuar en sus blasfemias contra el Hijo de Dios, y en la crueldad que ejercita con los que le sirven. Jesucristo me es testigo, que en viéndome libre de su tiranía, volveré á visitar á los mártires, y á proveerlos de todo lo que necesitaren.»

maravillas que manifestaron la infinita felicidad que gozaba en el cielo, y valimiento que tenia con Dios en la gloria. Su cuerpo fué enterrado con mucha pompa en Ubeda, y se encontró entero y sin alguna corrupcion al cabo de un año, cuando se abrió su sepulcro. Habiendo sido trasladado secretamente este tesoro á Segovia, el papa Clemente VIII en breve dado á 15 de diciembre de 1596, á instancia de la ciudad de Ubeda, le mandó restituir á su primer sepulcro. Por evitar el desabrimiento que por esta causa podia originarse entre Ubeda y Segovia, dispusieron los prelados de la órden, con acuerdo de entrambas ciudades, que además de la pierna que quedó en Ubeda cuando se hizo la traslacion, se les diese otra pierna y un brazo. El otro brazo se lo cortaron en Madrid cuando le traian de Ubeda, y está ahora (ó estaba antes de los últimos sucesos políticos) en el convento de las monjas de Medina del Campo. Tenemos de este sabio maestro de la vida espiritual algunas escelentes obras místicas, compuestas en español y traducidas en muchas lenguas, como la *Subida al monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*, la *Viva llama del amor*, y el *Cántico del divino amor*, en el cual este santo contemplativo hace su retrato y muestra su verdadero carácter. Hizo el siervo de Dios grandes milagros en vida y despues de muerto. El papa Clemente X le beatificó á los 6 de octubre del año de 1674 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos; la santidad de Benedicto XIII le canonizó á 27 de diciembre del año de 1726: y á 22 de marzo de 1732 el papa Clemente XI, concedió por toda su religion rezo y misa, todo propio del Santo con rito de primera clase, y con octava; trasladando ó anticipando el dia de su fiesta, y mandando que de allí en adelante se celebrase en el dia 24 de noviembre, así como antes se celebraba á los 14 de diciembre, dia en que murió: lo cual se hizo para que se pudiese rezar con octava; porque desde el dia 17 de diciembre hasta el dia de Navidad, segun las rúbricas del breviario romano, deben cesar todas las octavas.

SAN CRISÓGONO, MÁRTIR.

Las actas de este santo mártir nada nos dicen de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de lo que hizo en su primera juventud. Todo lo que por ellas podemos saber es, que tenia un gran zelo de la gloria del Señor, y que estimulado fervorosamente de él, inspiró en Sta. Anastasia un gran fondo de virtud. Fué preso en la sangrienta persecucion de Diocleciano, y estuvo dos años en la cárcel padeciendo incomodidades que no se pueden esplicar.

Son los trabajos como el elemento de los santos, donde se alimenta su virtud, se perfecciona y se aumenta. Adoran á un Dios crucificado, y nunca están mas contentos que en el fuego y en el crisol de las pruebas. No pueden dar al Señor pruebas mas sensibles ni mas fuertes de su amor que padecer mucho por él. Hallóse Crisógono en el caso de esta dolorosa prueba; pero su amor, fortalecido con la misma tribulacion, se sustentaba de las cruces y de los trabajos, velando siempre sobre el santo mártir la amorosa atencion de la divina Providencia. Estaba encerrado en un oscuro calabozo; pero siendo, respecto de Dios, las tinieblas como la luz, al mismo calabozo bajó el Señor con él, y se declaró su protector en medio de las cadenas, disponiendo que Anastasia le fuese á visitar algunas veces para consolarle y para socorrerle en sus necesidades, no solo con abundancia, sino con un corazon tan tierno y tan bizarro, que el cariño escedia á la liberalidad. Pero como su marido, llamado Público, hombre de genio feroz y ciegamente adherido al culto de los ídolos, la hubiese encerrado en su casa, sin dejarla libertad para salir, se vió precisada á interrumpir aquella caritativa comunicacion, sin otro arbitrio para consolarse con el santo mártir, que corresponderse por cartas. La primera que le escribió fué en estos términos:

«Al santo confesor de Cristo Crisógono: Anastasia. No ignoras, bienaventurado confesor, que aunque mi padre fué gentil, mi madre fué cristiana, y que juntando á la religion una castidad constante, desde la cuna me crió en la verdadera fe. Despues de muerta mi madre me casaron con un hombre impío, cuya compañía, gracias á Dios, he podido evitar con pretesto de indisposicion. Procuro seguir, cuanto me es posible, las pisadas de mi Señor Jesucristo. Este hombre cruel, que come mi hacienda con los idólatras, me trata como una hechicera, y me tiene encerrada con tanta crueldad, que no dudo me quite la vida. En este estado, muy gustoso para mí, pues no tengo mayor gozo que morir por Jesucristo, una sola cosa me aflige, y es ver gastar con hombres malvados los bienes que yo habia consagrado al servicio del Señor. Por eso te suplico, siervo de Dios, le pidas en tus oraciones, que si este hombre se ha de convertir, le conserve la vida; pero si ha de perseverar en su malicia y en su infidelidad, le saque de este mundo; pues á él mismo le tendrá mas cuenta morir desde ahora, que continuar en sus blasfemias contra el Hijo de Dios, y en la crueldad que ejercita con los que le sirven. Jesucristo me es testigo, que en viéndome libre de su tiranía, volveré á visitar á los mártires, y á proveerlos de todo lo que necesitaren.»

Recibió S. Crisógono esta carta estando en la cárcel con otros muchos santos confesores, y despues que todos hicieron oracion á Dios por la que la habia escrito, la respondió de esta manera:

«Crisógono, á Anastasia. No dudes que acudirá prontamente Jesucristo á socorrerte para calmar el movimiento de las olas que agitan tu vida: él caminará á pié enjuto por encima de las aguas, y con una sola palabra abatirá el furor de esos vientos que el demonio escita contra tí. Ten paciencia, y en medio de las tempestades espera constantemente el socorro del divino Libertador. Entra dentro de tu interior, y dite á tí misma con el Profeta: *Alma mia, ¿por qué estás triste, y por qué me conturbas? Espera en el Señor porque todavía le he de dar gracias como á mi Salvador, en quien tengo continuamente puestos los ojos, y como á mi Dios.* Sentirás duplicada su bondad: se te restituirán los bienes de la tierra, y además poseerás los bienes celestiales. Si Dios dilatáre socorrerte, será para que esta misma dilacion te haga conocer el infinito valor de los favores que te prepara. Pues amas la virtud y te has ejercitado en ella, no dés escándalo en tu afliccion: no te engañan, que te prueban; y no pongas tu confianza en los hombres, pues la Escritura dice: *Maldito aquel que confia en el hombre; y bendito aquel que pone su esperanza en Dios.* Procura huir toda suerte de pecados, y no esperes consuelo sino de aquel cuyos mandamientos observares. La calma sucederá á la tempestad, y volverá la claridad despues de las tinieblas. Por tanto, podrás entonces socorrer con tus bienes á los que son afligidos por Jesucristo, para merecer con una caridad temporal una recompensa que no ha de tener fin.»

Consolóse mucho Anastasia con esta carta. Despues la escribió otra el bienaventurado mártir, en la cual habiéndola mostrado los diversos caminos que tiene Dios para llevar sus escogidos á un mismo término por diferentes sendas, la pronostica que al fin habia de recibir la corona del martirio. Mientras tanto, aunque Crisógono estaba preso por Jesucristo, predicaba con toda libertad á Jesucristo en medio de las cadenas, siendo como el maestro y el caudillo que sostenia á todos los cristianos que padecian con él. Informado de todo Diocleciano, que se hallaba á la sazon en Aquileya, le hizo conducir á aquella ciudad, pareciéndole que si lograba reducirle á que sacrificase á los dioses, fácilmente derrotaria la constancia de los otros fieles. Hizo, pues, todo cuanto supo y pudo para ganar á Crisógono. Brindóle con riquezas, con honores, con empleos, hasta ofrecerle la prefectura de Roma. A estas magníficas promesas sucedieron terribles amenazas de un cruel suplicio y de una infame muerte. Pero inmoble á la magnificencia de las promesas, y despreciando con generosidad todo el aparato de las amenazas, igualmente triunfó su invicta fe de la mano armada, que de la mano lisonjera del tirano. Movido el santo mártir de la majestad de Dios, que manda á los emperadores, mas que de la majestad del imperio, protestó altamente no reconocia otro honor que el de servir al verdadero Dios; y que si amaba su vida, era solo por poderla sacrificar á su gloria; pues por lo demás, la que se llama religion del imperio, era un ridículo conjunto de groseras fábulas, indigno de que se mirase con el mas ligero aprecio. Despues de una declaracion tan esforzada como precisa, no se esplicó á trozos y como por partes el furor de Diocleciano. Mandó que al punto le cortasen la cabeza en un lugar desierto ó retirado, lo que se ejecutó el dia 24 de noviembre del año 303. El oficio de su fiesta principal que se celebra en casi todo el Occidente el dia 24 de noviembre, se halla en el Sacramentario de S. Gregorio con prefacio propio. Pero lo que hace mas considerable su culto, es la honra particular que la Iglesia tributa á su memoria, colocándole en el cánon de la misa entre los apóstoles y mártires del primer órden. ¡Oh mi Dios! á quien tiene la generosidad de despreciar pródigo la vida por vuestro amor, vos, que sois la misma magnificencia, se lo recompensais con premio centuplicado. Los héroes cristianos, que son los invictos mártires, reciben una vida de gloria inmortal en la tierra, y otra de eterna felicidad en el empíreo.

SANTAS FLORA Y MARÍA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

En el reinado de Abderramen II floreció en Córdoba una ilustre doncella llamada Flora, hija de un moro natural de Sevilla, su madre era cristiana noble y piadosa, natural de Ausinianos, pueblo á dos leguas al poniente de Córdoba, del cual quedan vestigios en el cortijo que hoy llaman Villa Rubia. Era Flora la menor de toda su familia, hermosa, de lindo ingenio y prudencia. Envenenóla su padre en los primeros años con la ponzoña de su maldita ley: la madre resarció luego este daño instruyéndola en la verdadera religion. Muerto el padre pudo hacer este oficio con mas descanso y mayor fruto. Criábala bien al revés de como ahora muchas, poniéndole acibar en las aficiones del suelo, y haciéndole el paladar á las cosas del cielo. Reinaba Dios en el alma de la casta vírgen, aborrecia los pasatiempos y las locuras del siglo, vestia y andaba y procedia en todo con sumo recato, no tenia vergüenza de acreditar con las obras la santidad de la fe que habia recibido. La comida que le daban,

tomábala con disimulo y la repartia en secreto á los pobres, ayunando ella con sumo rigor. Persuadíala su madre que no se privase del necesario alimento, mas nunca pudo acabar con ella que comiese mas que una vez al dia, y esa tarde. Guiábala en todo la mano del Señor por la senda de la perfeccion evangélica. Servíale empero de estorbo en este camino un hermano suyo, muy hijo de su padre en la secta. Queria él que tambien ella lo fuese, seguíale los pasos, andábale á los alcances siempre por saber de su vida: ni fuera podia visitar las iglesias como los otros cristianos, ni en su rincon tenia oportunidad para recogerse. Miró á Dios, y doliéndose de verse en público reputada por enemiga de la religion verdadera, sin dar cuenta á su madre determinó retirarse en casa de otros cristianos donde con mas libertad pudiese gozar del socorro de la palabra de Dios, y de los sacramentos de la Iglesia. Acompañóla en esta resolucion una hermana suya llamada Baldegoto, tambien cristiana. Tomó esto el hermano con gran despecho, desde luego comenzó á perseguir la Iglesia de Córdoba; hizo encarcelar algunos sacerdotes, molestaba tambien y causaba extorsiones á los monasterios donde recelaba que Flora se hubiese recogido. Dolíanse las hermanas de los graves daños que por su causa padecian aquellos fieles. Al cabo Flora resolvió aventurar su vida por el sosiego y libertad de todos.

Volvió á su casa, y presentándose al hermano con ánimo celestial, le dijo: Ves aquí á quien buscas, cristiana soy, amo la cruz y á los que siguen la religion católica. Mira si puedes vencer esta confesion; cuantos tormentos puedes imaginar, no harán mas que acrisolar mi constancia. Grandemente se irritó el hermano con estas palabras: disimuló por entonces; intentaba disuadirla de su confesion con promesas y halagos, luego la amenazó, al cabo se desengañó de que este era para él negocio desesperado. Llevóla al juez, y la acusó de haber renegado de su ley. Preguntóla el juez si era esto así. Dijo ella: Nunca he conocido á Mahoma, solo á Jesucristo conozco desde mi niñez, en su ley he sido adoctrinada, á él solo adoro por Dios, dádole tengo mi corazon como á esposo mio, consagrándome á él en perpetua virginidad. Enfurecido el juez con esta respuesta, mandó á dos sayones que á golpes le hiriesen la cabeza: ejecutóse esta sentencia con tal crueldad que llegó á descubrírsele el casco desnudo entre los cabellos. S. Eulogio dice que reconoció por sí mismo estas heridas que la santa vírgen se las mostró. En medio de esta fiereza perseveraba Flora confesando á Jesucristo. Medio muerta la entregó á su hermano para que la hiciese curar, y habiéndola instruido en su ley, la volviese á su presencia si no se determinaba á seguirla.

Restablecida Flora de sus heridas, tuvo medio para huir de su casa uno noche descolgándose por la pared del corral. Escondióse en la de un cristiano, y al cabo de algunos dias en compañía de su hermana se fué á un lugar llamado Ossaria junto á Tucci, que verosímilmente es la villa que hoy llaman Torrejimeno en el reino de Jaen, á una legua de Martos. Allí permaneció algunos años hasta el tiempo de su martirio.

En esta corona fué acompañada de otra doncella llamada María, hermana del santo mártir Walabonso, de quien hablamos en su propio lugar. Era María religiosa del monasterio de nuestra Señora de Cuteclara, donde era abadesa la esclarecida Artemia, madre de los dos santos mártires Adulfo y Juan. Walabonso despues que fué coronado con el martirio, se apareció á una religiosa de aquel monasterio, y le dijo que amonestase á su hermana no llorase mas su ausencia, que presto se verian juntos en la gloria de que él gozaba. Con esta buena nueva se trocó en gozo la tristeza de María, y la que poco antes lloraba la muerte de su hermano, ahora no podia sufrir las ansias de padecerla.

Salióse, pues, del monasterio con ánimo de presentarse al juez, al tiempo que Flora movida tambien por el Señor deseando poner fin á su gloriosa pelea, habia dado la vuelta de Ossaria á Córdoba. Encontráronse en la iglesia de S. Acisclo, y se saludaron; preguntábanse una á otra á qué habian ido á aquel lugar, bien presto descubrieron su vocacion; uniéronse de nuevo con mas estrecho lazo de caridad; é impelidas del fervor del espíritu se encaminaron á casa del juez. Díjole Flora: Yo soy aquella á quien mandaste castigar por haber profesado la fe de Cristo siendo hija de padre moro, para ver si renegaria. Hasta aquí como flaca he andado escondida y huyendo, ahora esforzada con la gracia de Dios no tengo miedo de presentarme á tí confesando como ántes la divinidad de Jesucristo. Y yo, prosiguió María, soy hermana de uno de aquellos varones á quien poco ha quitaste la vida por la misma causa: y con el mismo zelo y firmeza que él y sus compañeros confieso lo que ellos confesaron. El juez bramando de coraje las mandó llevar á la cárcel, amenazólas con la muerte, y con ofensa y ultraje de su honestidad. Cuando ellas entraron en la cárcel estaba preso y salió al mismo tiempo de los calabozos el bendito padre S. Eulogio. Dióles grande ánimo, las consoló, las instruyó en la obligacion que tenian de llevar adelante su buen propósito, deshizo las tramas que para

perderlas iba urdiendo el demonio por medio de la malicia de unos y de la falsa lástima de otros. A las palabras añadió un tratado que allí mismo escribió para fortalecerlas, con el título de *Aviso* ó documento *de los Mártires*. Ardian las santas vírgenes en el fuego del buen amor. Parecieron varias veces ante el juez, nunca las pudieron arrancar de su propósito. Solicitaba mas la perversion de Flora su desgraciado hermano; pidió al juez que á parte la volviese á examinar, y procurase acabar con importunaciones lo que no pudo con amenazas. Túvose esta audiencia secreta diez dias antes de su martirio. Luego que volvió á la cárcel, S. Eulogio que como padre miraba por la verdadera prosperidad de aquellos fieles, acudió á saber qué le habian dicho, y qué habia ella respondido. Respondió Flora: Padre, estando ya delante del juez, me preguntó si conocia á mi hermano, que estaba tambien allí. Respondí yo que sí, y que era hermano mio carnal. Replicó el juez: Pues ¿como siendo él moro, y zeloso de nuestra ley, eres tú cristiana? A esto dije yo, que cuando niña antes de llegar á los ocho años estuve tambien imbuida en ese error; mas despues alumbrada por nuestro Señor, escogí abrazar la fe de Cristo, determinada á perseverar en ella hasta la muerte. Díjome el juez: Y ahora ¿como piensas acerca de esto? Dije yo: Como hasta aquí llevo declarado; y aun si me estrecharés mas acerca de vuestro profeta, diré de él otras cosas mayores. Enfurecido entonces el juez, con semblante airado y palabras descompuestas mandó que me volviesen á la cárcel. Esto contó Flora á S. Eulogio. El santo presbítero la esforzó con la esperanza de la corona, y encomendándose á sus oraciones se retiró á su prision saludando con reverencia á la santa vírgen. Entre tanto el juez habia pronunciado sentencia de muerte contra ella y su dichosa compañera. Sacáronlas luego al campo santo, donde habian de ser degolladas. Armáronse las dos con la señal de la cruz, luego ofrecieron el cuello al alfanje: Flora padeció primero. Fué este glorioso triunfo á las tres de la tarde martes dia 24 de noviembre del año 851. Los sagrados cadáveres quedaron allí todo aquel dia, al siguiente fueron arrojados en el Guadalquivir. Los cristianos hallaron las dos cabezas, y el solo cuerpo de Sta. María. Las cabezas fueron depositadas en la iglesia de S. Acisclo, de donde las trasladaron con otras reliquias á la parroquia de S. Pedro. El cuerpo de Sta. María fué depositado en el monasterio de Cuteclara, de donde es creible la trasladarian á otra parte cuando los monges abandonaron aquella casa.

Luego que en la cárcel se supo el fin dichoso de las santas

vírgenes, todos los cristianos que se hallaban presos puestos en oracion dieron muchas gracias y alabanzas á nuestro Señor, y cantaron vísperas y maitines celebrando la memoria de las santas mártires, en cuya honra celebraron la misa al dia siguiente. Habian ellas ofrecido á otras siervas de Dios que allí estaban presas, que en viéndose en la presencia del Señor le habian de pedir sacase de la cárcel á S. Eulogio y á todos los que por la fe padecian. A los cinco dias se vió el cumplimiento de su promesa, saliendo libres de allí todos los cristianos.

San Eulogio escribió luego este alegre suceso á su buen amigo Pablo Alvaro, y á Baldegoto, hermana de Sta. Flora, envió el cíngulo que traia puesto en la cárcel, exhortándola á que correspondiese con sus obras á la fe, si queria tener parte en el galardon prometido á las vírgenes. Flora y María se aparecieron luego á Sta. Sabigoto, asegurándole que padeceria como ellas por el nombre de Cristo, de lo cual hablamos en su propio lugar. El martirio de estas santas vírgenes fué muy celebrado en España. De ellas hacen memoria los Martirologios de Adon, de Usuardo, de Maurolico, del obispo Equilino, y el Romano.

La misa es en honra de S. Juan de la Cruz, y la oracion la siguiente:

O Dios, que hiciste á san Juan tu confesor uno de los mayores amantes de la cruz, y de la perfecta abnegacion de sí mismo; concédenos que imitándole sin cesar, consigamos como él la gloria eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 del Eclesiástico, y la misma que el dia x, *pág. 182.*

REFLEXIONES.

Dichoso aquel que no corrió tras el oro. ¡Qué pocas gentes hay en el mundo que estén exentas de esta flaqueza! El resplandor de las riquezas da en los ojos de los hombres y los deslumbra. En cualquiera estado que se esté se quiere hacer fortuna. ¿Quién hay que se contente con la condicion en que ha nacido? No hay uno cuya condicion no sea inferior á sus deseos y á su ambicion. Si se ha subido un escalon, no se busca sino como dar el segundo paso; si se está mas arriba, la inquietud y la impaciencia se reducen á ver como se ha de perder de vista la

oscuridad del nacimiento; jamás se mira de donde se viene, sino adonde se desea llegar. Sea un hombre bastante feliz, ó digámoslo mejor, sea bastante hábil para adelantarse, ¿está jamás contento con su fortuna? la ambicion crece con los años. Cuanto mas elevada está una persona, descubre mas camino que andar; se dan hartos pasos en falso cuando se quiere ir tan aprisa. ¿Se ha subido mas arriba? ¿á cuántas gentes se les va la cabeza? La caida de los que están mas adelantados, y que subieron mas, no hace mas cuerdos á los que trepan todavía por subir. Siempre creemos que seremos mas felices que los que nos parece haber sido menos hábiles. Cada dia se hacen nuevos esfuerzos para adelantarse. Esta idea de fortuna es una especie de fantasma que engaña y embelesa. El deseo de hacer fortuna es una especie de encanto. Por mas que nos espanten y nos aturdan las revoluciones que vemos suceder, estas caidas no quitan ni deshacen el embeleso. Nos lisonjeamos siempre que nos aprovecharemos de las desgracias ajenas, que seremos mas cautos, mas próvidos, que tomaremos mejores medidas. Doblamos nuestros deseos, nuestros desvelos, nuestros artificios, á medida que sentimos crecer nuestros deseos de fortuna y de conveniencias. Corremos en busca de esta quimérica felicidad. La fortuna, semejante á aquellas exhalaciones que huyen de los que van en su seguimiento, no deja de verlos precipitar en algunos atolladeros. Así se burla la Providencia de esos idólatras de la fortuna, y de todos los que corren tras el oro. Un hombre cuerdo se contenta con una fortuna mediana. Es una gran debilidad no contentarnos jamás con la condicion en que Dios nos ha puesto; si tenemos ansia, sea por una fortuna mejor que todas las de acá bajo, sea por una fortuna que vale infinitamente mas de lo que cuesta. Tengamos una santa ambicion de ser cada dia mas virtuosos. La salvacion, la santidad, es el único objeto digno de un corazon cristiano. Solo Dios puede contentar á una alma, de la que es el soberano bien y el último fin. Amar á Dios, servir á Dios, agradar á Dios, esta es la fortuna que tenemos que hacer. No hay que temer ni envidiosos ni concurrentes en el servicio de Dios.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia X, *pág. 183.*

MEDITACION.

De los pesares que tendrá un condenado.

PUNTO PRIMERO.—Considera qué tales serán los pesares de una

alma que se ve en el infierno, que ha perdido á Dios, que le ha perdido por su culpa, que le ha perdido por nada, y que le ha perdido para siempre. ¡Qué pesares, qué rabia, qué arrepentimientos inútiles, qué desesperacion no debe causar á una alma condenada esta triste verdad! Yo he perdido á Dios, y con esto lo he perdido todo, pues he perdido la fuente de todo bien! He perdido á Dios; á este Dios, para el cual únicamente fuí criada; á este Dios, que es mi soberana felicidad, mi último fin; á este Dios, el mas amable de todos los padres, el mas magnífico de todos los reyes, el mas dulce y mas liberal de todos los señores; he perdido á este Dios, es decir, que este tierno Padre me aborrece con un odio infinito, y no me reconoce mas por su hijo. Este Rey benéfico ya no me mira sino como á un vasallo rebelde. Este Señor bueno y caritativo no quiere confesarme mas por su discípulo; ya no me trata como padre ni como señor, sino como soberano juez; ya no me mira sino como un objeto execrable á sus ojos, y condenado por toda la eternidad á los mas espantosos tormentos. Por mas que reunamos en nuestro entendimiento todos los términos, todas las espresiones, todo lo que la fe y la razon nos pueden sugerir, no comprenderemos jamás la infelicidad que es perder á Dios. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, para comprender la pérdida y la infelicidad que es perderle, y perderle para siempre. Este es un mal que es todos los males, y priva de todos los bienes; es un mal eterno, pues no hay remedio para él; ni ninguna cosa debe, ni puede jamás disminuirle, ni hacerle cesar. El sol se oscurecerá, los astros dejarán de lucir sobre la tierra, el cielo pasará, mil millones, cien millones de siglos habrán pasado, y el condenado será siempre el objeto de la execracion y del furor de Dios; y el condenado no habrá visto disminuirse, ni tendrá esperanza de ver disminuirse jamás sus penas. ¡Oh Dios mio, y se tiene por nada el perderos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que lo que hace todavía mas amargo el terrible pesar que causa la pérdida eterna de un Dios, es la vista de la nada de todo lo que nos le ha hecho perder. Cuando por ganar todo el universo, y cien mil mundos, se hubiera perdido á Dios para siempre, la pérdida no seria menos terrible, ni menos irreparable. Pero cuando se piensa (y se pensará necesariamente por toda la eternidad, aunque no se quiera) cuando se piensa que se ha perdido á Dios por bagatelas, por nada, por satisfacer una brutal pasion, que ha sido seguida de tantos despechos; por correr detrás de un humo, de una sombra, de un

fuego fatuo, de una quimera; porque no solo en el infierno se descubre este vacío, este fantasma, esta nada de las honras, de los deleites, y de todo lo que en el mundo se llama fortuna; el mismo juicio se hace de todo esto de esta vida en aquellos intervalos de razon y de religion, en que la pasion calla, y sobre todo á la hora de la muerte, donde se juzga tan sanamente de todas las cosas. Comprende, si puedes, la impresion que hace sobre una alma este pensamiento, este juicio, este pesar. ¡Qué indignacion contra tí mismo! ¡qué despecho, qué rabia haber sido tan insensato, tan enemigo de tu propio interés; haber sido tan fatuo, como haber perdido á Dios para siempre, por unas nadas que pasaron como sueños! *Pro nihilo*, dice el Profeta: ¡haber perdido á Dios, y con él una felicidad eterna, un paraiso, una gloria sin fin! ¡Oh, Dios, qué pesar es este! pero lo que pone el sello, y lo que es el colmo de la rabia y de la desesperacion, es ver que se ha perdido todo esto únicamente por su culpa. Si Dios me hubiera puesto en la fatal, en la cruel necesidad de condenarme, si me hubiera reprobado por su gusto, si no hubiera muerto por mí, si me hubiera negado su gracia, mi desventura seria infinita, y en este caso tendria yo un pesar menos; pero que Jesucristo haya dado toda su sangre por mí, que haya hecho tantos gastos por mi salvacion como por la de los predestinados, que no me haya negado ni las gracias, ni los medios para salvarme, y que yo no haya perdido á mi Dios sino porque se me ha antojado, sino por mi culpa; concibe, si es posible, lo agudo y lo amargo de este cruel pesar. Haced, Señor, que yo sienta todo el rigor de este pesar; y ahora que todavía estoy en estado de hacer que me sea útil, haced que pierda todo lo que tengo, riquezas, honras, placeres, salud, la misma vida, antes que os pierda para siempre.

JACULATORIAS. — ¿Quién me separará jamás del amor de Jesucristo? (*Rom.* 8.)

Estoy seguro, Dios mio, que ni la muerte, ni la vida, ni cuanto hay en el mundo, me podrá separar del amor de Jesucristo. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 Propon no ofender jamás á Dios, ni dejar de amarle por cosa alguna del mundo. Pídele que te confirme en este propósito, y que le haga eficaz. En todas las tentaciones y en todos los eventos de la vida dí sin cesar: confio en la misericordia de mi Dios, que con la ayuda de su gracia, ninguna cosa será jamás capaz de separarme de su amor; renueva muchas veces al dia esta resolucion, y dile á menudo, que estás pronto á sacrificarlo todo antes que incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quien se le debe la preferencia.

2 Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á tu memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta; todos tus temores deben reducirse á la triste aprehension de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, ténle a cuanto puede ser ocasion de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que yo no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás. Con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA CATALINA, vírgen y mártir; la cual en Alejandria en el imperio de Maximino por haber confesado la fe de Cristo fué puesta en la cárcel, azotada por largo tiempo con escorpiones; y últimamente degollada alcanzó la palma del martirio. Su cuerpo fué milagrosamente trasladado por los ángeles al monte Sinai, en donde es venerado con gran concurso y devocion. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MOISÉS, presbítero y mártir, en Roma; al cual estando con otros en la cárcel consoló muchas veces S. Cipriano con sus cartas. Hizo frente este Santo con ánimo invencible no solo á los gentiles, sino tambien á los cismáticos y herejes novacianos, y al cabo en la persecucion de Decio, como refiere S. Cornelio papa, fué glorificado con un admirable martirio.

SAN ERASMO, mártir, en Antioquía. (No debe confundirse este Santo con S. Erasmo obispo y mártir, llamado tambien ELMO ó ERMO, cuya conmemoracion hace el Martirologio en 2 de junio.)

EL MARTIRIO DE SAN MERCURIO soldado, en Cesarea de Capadocia; el cual con la proteccion del Angel que le guardaba, venció á los bárbaros, triunfó de la crueldad de Decio, y lleno de trofeos de los mu-

fuego fatuo, de una quimera; porque no solo en el infierno se descubre este vacío, este fantasma, esta nada de las honras, de los deleites, y de todo lo que en el mundo se llama fortuna; el mismo juicio se hace de todo esto de esta vida en aquellos intervalos de razon y de religion, en que la pasion calla, y sobre todo á la hora de la muerte, donde se juzga tan sanamente de todas las cosas. Comprende, si puedes, la impresion que hace sobre una alma este pensamiento, este juicio, este pesar. ¡Qué indignacion contra tí mismo! ¡qué despecho, qué rabia haber sido tan insensato, tan enemigo de tu propio interés; haber sido tan fatuo, como haber perdido á Dios para siempre, por unas nadas que pasaron como sueños! *Pro nihilo*, dice el Profeta: ¡haber perdido á Dios, y con él una felicidad eterna, un paraiso, una gloria sin fin! ¡Oh, Dios, qué pesar es este! pero lo que pone el sello, y lo que es el colmo de la rabia y de la desesperacion, es ver que se ha perdido todo esto únicamente por su culpa. Si Dios me hubiera puesto en la fatal, en la cruel necesidad de condenarme, si me hubiera reprobado por su gusto, si no hubiera muerto por mí, si me hubiera negado su gracia, mi desventura seria infinita, y en este caso tendria yo un pesar menos; pero que Jesucristo haya dado toda su sangre por mí, que haya hecho tantos gastos por mi salvacion como por la de los predestinados, que no me haya negado ni las gracias, ni los medios para salvarme, y que yo no haya perdido á mi Dios sino porque se me ha antojado, sino por mi culpa; concibe, si es posible, lo agudo y lo amargo de este cruel pesar. Haced, Señor, que yo sienta todo el rigor de este pesar; y ahora que todavía estoy en estado de hacer que me sea útil, haced que pierda todo lo que tengo, riquezas, honras, placeres, salud, la misma vida, antes que os pierda para siempre.

JACULATORIAS. — ¿Quién me separará jamás del amor de Jesucristo? (*Rom.* 8.)

Estoy seguro, Dios mio, que ni la muerte, ni la vida, ni cuanto hay en el mundo, me podrá separar del amor de Jesucristo. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 Propon no ofender jamás á Dios, ni dejar de amarle por cosa alguna del mundo. Pídele que te confirme en este propósito, y que le haga eficaz. En todas las tentaciones y en todos los eventos de la vida dí sin cesar: confio en la misericordia de mi Dios, que con la ayuda de su gracia, ninguna cosa será jamás capaz de separarme de su amor; renueva muchas veces al dia esta resolucion, y dile á menudo, que estás pronto á sacrificarlo todo antes que incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quien se le debe la preferencia.

2 Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á tu memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta; todos tus temores deben reducirse á la triste aprehension de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, ténle a cuanto puede ser ocasion de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que yo no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás. Con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA CATALINA, vírgen y mártir; la cual en Alejandria en el imperio de Maximino por haber confesado la fe de Cristo fué puesta en la cárcel, azotada por largo tiempo con escorpiones; y últimamente degollada alcanzó la palma del martirio. Su cuerpo fué milagrosamente trasladado por los ángeles al monte Sinai, en donde es venerado con gran concurso y devocion. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MOISÉS, presbítero y mártir, en Roma; al cual estando con otros en la cárcel consoló muchas veces S. Cipriano con sus cartas. Hizo frente este Santo con ánimo invencible no solo á los gentiles, sino tambien á los cismáticos y herejes novacianos, y al cabo en la persecucion de Decio, como refiere S. Cornelio papa, fué glorificado con un admirable martirio.

SAN ERASMO, mártir, en Antioquía. (No debe confundirse este Santo con S. Erasmo obispo y mártir, llamado tambien ELMO ó ERMO, cuya conmemoracion hace el Martirologio en 2 de junio.)

EL MARTIRIO DE SAN MERCURIO soldado, en Cesarea de Capadocia; el cual con la proteccion del Angel que le guardaba, venció á los bárbaros, triunfó de la crueldad de Decio, y lleno de trofeos de los mu-

chos tormentos que padeció, voló al cielo con la corona del martirio. (Su santo cuerpo fué posteriormente trasladado á Benevento, en Italia, de cuya ciudad es patron.)

Santa Jucunda, vírgen, en Emilia, provincia de Italia.

SANTA CATALINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Fué Sta. Catalina natural de la ciudad de Alejandría. Empleó los primeros años de su vida en el estudio de las letras sagradas y profanas; y como estaba dotada de escelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Sucedió que Maximino II, originario de Dacia, y sobrino de Maximiano Galerio, yerno de Diocleciano, entró á repartir el imperio con Constantino el Grande y con Licinio; y como el Egipto pertenecia á su jurisdiccion, era su mas ordinaria residencia la ciudad de Alejandría, capital de aquella provincia. Era Maximino príncipe cruel, no menos heredero de Diocleciano y de Galerio en el odio implacable contra los cristianos, que en la corona imperial. Publicó un edicto en estos términos: *A todos los que viven debajo de nuestro imperio, salud. Habiendo recibido de la clemencia de los dioses un señalado beneficio, hemos resuelto ofrecerles sacrificios en manifestacion de nuestro agradecimiento. Por tanto, os exhortamos á que todos concurrais cerca de nuestra persona para mostrar por vuestra parte el zelo que teneis por nuestros adorables dioses. En lo demás, si alguno menospreciare nuestro edicto, ó siguiere otra religion, además de que irritará contra sí la cólera de los dioses, será rigorosamente castigado.* Acudieron de todas partes por obedecer al emperador. Estaba el aire oscurecido con el humo de las víctimas; pero mientras se ofrecian sacrificios á los demonios, se aplicaba Catalina á sostener la fe de los cristianos, haciéndolos demostracion de que los oráculos del gentilismo eran puras ilusiones, y los que se llamaban dioses habian sido hombres mortales, que se hicieron famosos por sus disoluciones; y en fin, que no se podia obedecer el edicto del emperador sin hacerse reos de las penas eternas con que los castigaria Dios, criador del cielo y de la tierra, único Señor que merecia ser adorado. Despues de haber confirmado así á los cristianos, determinó presentarse al mismo emperador para hacerle visible su impiedad, escogiendo para eso aquel tiempo mismo en que estaba sacrificando á los dioses del imperio. Pidió, pues, que la permitiesen hablarle; y como estaba dotada de una presencia majestuosa, igualmente que de una rara hermosura, sin dificultad fué admitida á la audiencia. Dijo, pues, al emperador con una resolucion que



Sta. CATALINA V. Y M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solamente la fe podia inspirar y sostener, que por sí solo debiera ya haber reconocido que aquella multitud de dioses que adoraba era otra tanta multitud de errores que seguia, pues la misma razon natural estaba demostrando que no podia haber mas que un supremo soberano Ser, único y primer principio de todas las cosas. Pero ya que su misma razon no le habia descubierto una verdad tan patente, debia por lo menos rendirse al testimonio de sus mas sabios doctores, los cuales distinta y claramente enseñaban que no habia ni podia haber mas que un solo Dios, descubriendo el orígen de la multitud de sus dioses. Citóle para eso á Diodoro Sículo, á Plutarco y algunos otros, añadiendo la parecia muy estraño que un emperador que por su autoridad y por su carácter debiera desviar los pueblos del supersticioso culto de mentidas deidades, los provocase á ello con su ejemplo. Y por tanto, le suplicaba que se dignase poner fin á aquel desórden, rindiendo al verdadero Dios el supremo culto de adoracion que se le debe, si no queria esponerse, á que cansado de tolerar tanto sacrilegio, le hiciese al fin conocer que era el soberano dueño del universo, quitándole con el imperio la vida. No es fácil esplicar lo sorprendido que quedó el emperador á vista de aquel no esperado discurso; pero por no dar á entender que le habia hecho fuerza, solamente la respondió, que no interrumpiria el sacrificio por sus representaciones, y que en acabándole la oiria á su satisfaccion. Luego que el emperador volvió á palacio, mandó llamar á Catalina, y la preguntó quién era, y quién la habia dado licencia para hablarle con tanta libertad en un concurso tan público, tan majestuoso, y tan respetable. *Quien soy yo*, le respondió la Santa, *es bien sabido en toda la ciudad de Alejandría: llámome Catalina, y mi casa es de las mas ilustres del país. Me he dedicado toda la vida al conocimiento de la verdad: cuanto mas estudiaba, casi mas iba descubriendo la vanidad de los ídolos que adoras. Mi gloria y mis riquezas consisten en ser cristiana y esposa de Jesucristo. Todo mi deseo es, que tú y tu imperio le conozca, renunciando las supersticiones en que os habeis criado: esto me dió aliento para presentarme en el templo, sin otro fin que el de hacerte una representacion tan humilde, como importante y verdadera.* No considerándose el emperador con suficiente caudal para contestar á la doncella filósofa, mandó convocar cincuenta filósofos de los mas nombrados, con órden de que se hospedasen en palacio, donde se les trató con la mayor honra, como que eran los maestros del mundo. Aun no habian llegado los diputados del emperador adonde se hallaba la Santa para conducirla al teatro de la disputa, cuando se la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

apareció un ángel, y la dijo que no temiese; asegurándola que el Señor la comunicaria tanta abundancia de luz, que convertiria á los cincuenta filósofos, con otros muchos de los circunstantes, haciéndolos conocer á Jesucristo, y por fin de su glorioso triunfo recibiria la palma del martirio. Dicho esto, desapareció el ángel, y ella entró en el salon de palacio con majestuoso despejo; pero con tan grave modestia y compostura, que poniendo en ella los ojos una inmensa multitud de personas, ella no levantó los suyos para mirar á ninguno. Diéronla asiento en medio de los filósofos con bastante inmediacion al trono del emperador, que no queria perderla ni una sola palabra. Uno de los filósofos se empeñó desde luego en persuadirla á que debia tributar reverentes cultos al sol, bajo el título de Apolo, esforzándose á probar, que por sola su hermosura merecia ser adorado, aun cuando por otra parte no produjese tan ventajosas utilidades al mundo; porque él regla las estaciones del año; él fertiliza los campos con las mieses; él produce los metales en las entrañas de la tierra; él pinta las flores con variedad tan hermosa de matices; él las comunica aquella suavísima fragancia de olores esquisitos; y él, en fin, con su calor y con su influjo infunde espíritu vital en todo cuanto le tiene. De donde concluyó, que no se le podian disputar los honores de divino, puesto que por su virtud sustentaba toda la naturaleza. Parecióle á Maximino tan concluyente este argumento, que dió á Catalina por invenciblemente convencida. Pero quedó estrañamente sorprendido cuando oyó la prodigiosa facilidad con que se desembarazó de todo. En primer lugar citó el testimonio del mismo Apolo para probar la divinidad de Jesucristo: despues hizo demostracion de que si el sol es el mas hermoso de todos los astros, toda la luz con que brilla se la debe á la magnificencia de Dios, probando que está sujeto á su divino poder, pues cuando Jesucristo espiró en una cruz por la salvacion de los hombres, el sol, por decirlo así, se vió precisado á mostrar su sentimiento, mudando de color, y á la mitad del dia cubriendo de tinieblas toda la tierra. En fin, dijo cosas tan convincentes y tan claras, que el filósofo quedó enteramente persuadido. Hizo señal el emperador á los demás para que salieran á la disputa; pero todos se escusaron, diciendo que todos se daban por vencidos en la persona del que reconocian como por su jefe y maestro. Confesaron que no habia mas que un solo Dios verdadero, y que todos estaban prontos á rubricar con su sangre esta verdad, añadiendo el título de mártires á la profesion de cristianos. ¡Oh portentoso triunfo de la gracia, y cuanta verdad es que Dios escogió las cosas mas flacas para confundir á las mas

fuertes! Llamó Maximino á su cólera y á su furor por auxiliares para defender la causa de sus dioses, y la defendió, condenando á muerte á los que la habian abandonado: recurso feliz, que fué causa del mas glorioso triunfo. Pasando aquellos sabios de filósofos á cristianos, sufrieron el martirio con invencible constancia. Convirtió despues el emperador toda su rabia contra Catalina, y la hizo atormentar cruelmente; pero todo lo sufrió con invicta fortaleza la generosa amante de Jesucristo, conquistando para él muchas almas aun dentro de la misma cárcel. La emperatriz, Porfirio, coronel de la primera legion, y otros doscientos soldados confesaron á Jesucristo, y confirmaron con su sangre esta gloriosa confesion. Catalina fué condenada por Maximino, y la espada homicida abatió al suelo aquella virginal cabeza, que habia rehusado la corona del imperio romano, corriendo de la herida leche, en lugar de sangre, para mostrar la pureza y la inocencia de la víctima sacrificada. Los ángeles que bajaron del cielo para ser testigos de su combate y para honrar su muerte con su presencia, llevaron su cuerpo y le enterraron en la cima del monte Sinai, cantando cánticos de alabanzas á gloria de Dios, que es admirable en sus santos.

Adicion.

No hace mencion el P. Croisset del tormento de la rueda de navajas que padeció nuestra Santa; pero el omitirle no es negarle: ó le omitió por tan sabido, ó dejó de espresarle en gracia de la brevedad que observa en el compendio de todas las vidas, contentándose con declarar el último suplicio que coronó su martirio. Fué, pues, de esta manera. Viendo el tirano que ninguna cosa aprovechaba, mandó hacer una máquina de cuatro ruedas armadas de clavos y puntas agudas y cortantes como navajas, de tal suerte encajadas y trabadas entre sí que, puesta la vírgen en una de ellas, y moviendo la máquina, fuese despedazado su cuerpo con aquellos horribles instrumentos. Ataron á la valerosa vírgen á la máquina, y comenzaron los sayones á moverla; pero no desamparando el Señor á su sierva en este tormento, súbitamente un ángel del Señor la desató, rompiendo las ataduras con que estaba atada y desbarató aquella máquina cruel, destrabando unas ruedas de otras con tan grande ímpetu, que con su movimiento acelerado mataron á muchos de los gentiles que allí estaban y habian concurrido á este espectáculo; y otros que quedaban libres, daban voces y clamaban: Grande es el Dios de los cristianos. Esta grande maravilla, no obstante, léjos de ablan-

dar al fiero Maximino, acrecentó mas su rabia viéndose vencido de una delicada doncella; y fuera de sí, mandó degollarla, segun queda referido. (*Rib.*)

SAN GARCIA, ABAD.

Este glorioso varon, gozo y ornamento del arzobispado de Burgos, nació á principios del siglo XI, ó á fines del X, en Quintanilla, villa de la Bureva entre Belorado y Briviesca. Desde sus tiernos años volvió las espaldas al mundo, y se retiró al monasterio de S. Pedro de Arlanza, que era espejo de santidad en aquellos tiempos. Floreció tanto García en la observancia regular, que el rey D. Fernando I, que frecuentemente iba á Arlanza, viendo por sus mismos ojos la prudencia, la piedad, el zelo y fervor, y demás virtudes y buenas prendas de este monge, hizo que se le encomendase la abadía de aquella casa despues de Aureolo. Era ya abad García en el año 1039, como consta de una escritura de donacion hecha por Lain Gonzalez y su mujer Tigridia.

Mas de treinta años gobernó García aquel monasterio; hízose amable á Dios y á los hombres, los monges con su ejemplo medraron en santidad; grandes bienes hizo á Castilla el buen olor de todas las virtudes que salia de aquella casa. El rey D. Fernando le unió muchos monasterios, para que en ellos floreciese su observancia; algunos fueron concedidos á peticion del santo abad: hizo permuta de algunas heredades con el abad de Oña, al modo que solian los de Silos y Cardeña, los cuatro de un tiempo y todos Santos, franqueándose mutuamente con verdadera caridad lo que hallaban ser útil para sus monasterios.

No fué continuada la abadía de este santo varon hasta su muerte, como parece haber creido Yepes; sino interrumpida con el gobierno de D. Lope, que era abad de Arlanza por los años 1041, y Ariolfo en el siguiente. Desde el año 1050 no vemos en aquel monasterio mas prelado que S. García hasta el de 1073 en que falleció.

No constan por documentos los hechos particulares de este siervo de Dios; mas aunque su vida fué oculta en Jesucristo, la observancia regular que florecia entonces en aquel monasterio, da testimonio de la vigilancia y buen ejemplo de su abad. El monge Grimaldo, que vivia por los tiempos de García, y murió cerca del año 1090, le llama *varon de vida en todo venerable, y de gloriosa memoria por su feliz perseverancia*. El poeta Gonzalo Berceo, monge tambien, que floreció ya entrado el siglo XIII, le llama *abad santo, siervo del Criador, de bondad amador*. Añádense á esto algunos milagros que por su intercesion obró el cielo. De uno de ellos hace memoria su epitafio, y fué que estando un viernes santo comiendo pan y agua con sus monges, echó la bendicion, y se convirtió el agua en vino. Grimaldo y Berceo refieren otro favor que hizo Dios á este santo prelado, revelándole el sitio donde estaban en Avila los cuerpos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, para que los trasladase á su monasterio. Fué esto hácia los años 1061. Mas de diez años sobrevivió S. García á este suceso; pues le llamó Dios para sí en el de 1073, en que pasó tambien á mejor vida Sto. Domingo de Silos, que se habia hallado como él á la traslacion de aquellas reliquias.

Su sepulcro estuvo primero en la pared de la nave izquierda de la iglesia de Arlanza, á la parte de la capilla llamada de los mártires. El año 1620 sacaron de allí el cuerpo, y le colocaron en una urna en la capilla de los mártires. El año 1725 fué dado á la villa de Quintanilla, patria de nuestro Santo, el hueso grande de la cadera derecha.

Es muy recomendable este monasterio por las muchas y preciosas reliquias que en él se veneran, y por las alhajas que en él dejó el conde Fernan Gonzalez, cuyo sepulcro está en la capilla mayor. (*Florez t. 27, p. 130.*)

SAN GONZALO, OBISPO.

Grande oscuridad hay acerca del tiempo en que gobernó la Iglesia de Mondoñedo el santo obispo Gonzalo, cuya noticia se conserva en aquella diócesi mas por tradicion que por documentos antiguos. Sandoval coloca su memoria en el año 888, que era el veinte y dos del reinado de D. Alfonso III, y dice que este fué el obispo que trasladó la catedral de Bretoña á S. Martin de Mondoñedo. Contra esto observa Florez que no hubo tal traslacion de Bretoña á Mondoñedo, sino establecimiento de la Iglesia Dumiense por el obispo Sabarico, que habia muerto antes del año 877 en que presidia en S. Martin el obispo Rudesindo. Y como este prelado ocupó la silla lo que faltaba de todo aquel siglo y parte del siguiente, no pudo colocarse S. Gonzalo en el año 888. Mucho menos podrá en el de 850 en que le puso el fingido Luitprando, pues entonces no habia tal sede de S. Martin de Mondoñedo, y mucho menos la de Valibria (cuyo titulo le da tambien) para cuyo establecimiento faltaban mas de doscientos años.

No seria tan difícil fijar esta época, si constase cuya era la armada que dicen haber destrozado este santo obispo con el poder de su oracion. Sandoval juzga que esta armada era de moros, los cuales capitaneados de su general Abdelhamuyt, con el designio de hacer daño en las costas de Galicia, llegaron á vista de Ribadeo y Vivero. Pero fué tan grande, dice, la tempestad, que todos perecieron, y con mucho trabajo se salvó el general con otros pocos. Túvose esto, añade, por milagro que nuestro Señor obró por los méritos de D. Gonzalo, obispo santo de Mondoñedo. Otros creen que las naves eran de los normanos, cuya llegada á la parte de Gijon y la Coruña nombra el Cronicon de Sebastian en el reinado de D. Ramiro I, esto es, hácia la mitad del siglo IX.

En todo el territorio de S. Martin es célebre la memoria de este obispo, y le tienen por Santo, y le dan culto. Fundóse en lo antiguo una ermita en el sitio adonde dicen haber ido el Santo acompañado del clero y del pueblo, y por su oracion se vieron sumergir las naves, sin quedar mas que una que diese á los suyos esta nueva. Dista la ermita un cuarto de legua de S. Martin, desde ella se registran muchas leguas de mar.

El sepulcro del santo obispo está no en Lorenzana, sino en S. Martin de Mondoñedo. Es de piedra tosca, algo elevado del suelo. Ponen sobre él una mesa de altar para decir misa; algunos obispos han celebrado allí por especial devocion. La urna tiene tres llaves, que guardan el obispo, su cabildo y el prior de S. Martin. El año 1648 la abrió el señor obispo D. Francisco de Torres, y halló el cadáver descarnado; pero los huesos unidos, de los cuales salió una maravillosa fragrancia. Con el cadáver habia un báculo dorado, retazos de los ornamentos incorruptos, y un cíngulo de oro y seda. Lo mismo se halló en otro reconocimiento que se hizo el año 1704. (*Florez t. 18. p. 295; y Sandoval en los 5 obispos p. 247.*)

La misa es en honor de Sta. Catalina, y la oracion la siguiente:

O Dios, que diste la ley á Moisés en la cumbre del monte Sínai, y dispusiste fuese enterrado en el mismo lugar por ministerio de tus santos ángeles el cuerpo de tu bienaventurada vírgen y mártir Catalina: suplicámoste nos concedas que por sus merecimientos y por su intercesion podamos llegar al monte que es Jesucristo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Librásteme de la violencia de la llama que me circundaba. Esta llama que nos rodea se puede decir que es la pasion dominante, la cual siempre escita en el hombre un horrible incendio que casi nunca se apaga; y para estinguirle, casi siempre es menester como una especie de milagro. La pasion dominante siempre reina como tirana; no da paso que no sea un esceso. A todas nuestras pasiones conviene la razon general de ser estremadas y violentas en todas sus cosas; todos los movimientos de nuestro corazon tienen sus particulares y determinados objetos; la pasion no tiene otro que el esceso, siendo tan esencial en ella el esceder y romper todos los límites, como lo es á la razon el prescribirlos y contenerse dentro de ellos. Si una vez se deja libre el curso á las pasiones, no hay que esperar que nada las detenga, porque un deseo llama á otro. Encendido una vez el fuego, va creciendo, se va dilatando, y abrasa todo cuanto se le presenta; lo que no puede abrasar y consumir, á lo menos lo calienta, aunque sea el mismo bronce; ¿qué digo lo calienta? lo disuelve y lo derrite. Pero en esto escede mucho á todas las demás la pasion dominante. Es fogosa y siempre tiraniza donde manda. El que comienza á ser su esclavo, para en ser su víctima. Luego que comienza á dominar, se apodera de todas las facul-

tades del alma. Ella es la que piensa, la que juzga, la que sentencia, la que decide, la que todo lo arregla segun su capricho: ella desvia todo lo que puede apagar el incendio que escitó. Todo cede á la pasion dominante; el natural, la educacion, el honor, la reputacion, el interés y hasta la misma religion; ella es la que puebla el infierno, hablando en propiedad. ¿Será esto porque es imposible apagarla? No; pero es porque la pasion dominante en un instante se apodera del alma, cobrando sobre ella un tiránico predominio. No sabe obedecer á los que no la saben sujetar. Se comparan las pasiones en el corazon del hombre á los vientos del mar. Como los vientos agitan el mar y turban su calma, del mismo modo las pasiones forman tempestades en el corazon, y alteran su tranquilidad. Ya levanta la cólera borrascas, ya reina el viento del orgullo, ya sopla el de la vanagloria, y todos nos desvian á muchas leguas del puerto. Unas veces la impaciencia, otras la envidia ó algun desordenado deseo; mas al fin, estos vientos amainan alguna vez, calman y dan algunas treguas; pero la pasion dominante no entiende de eso, nunca cede. Es un fuego que siempre crece y nunca se apaga. En cierta manera se puede decir que la pasion dominante es como un género de pecado original, que siendo uno en especie, produce y fomenta todos los demás; porque luego que una pasion gobierna y reina con imperio en el corazon, nos induce á todos aquellos pecados que pueden servir para contentarla y para satisfacerla. Aunque se tenga natural horror á otros vicios, como estos conduzcan para dar gusto á la pasion, nos vamos á ellos por un peso que nos arrastra, por un encanto que nos fascina, por una ley que nos tiraniza. No solo es la pasion dominante funesta causa de todos nuestros pecados, sino el verdadero orígen de todas aquellas falsas máximas, de todos los errados principios sobre que fundamos nuestra errónea conciencia. Los demás vicios pueden sernos forasteros, ó por decirlo así, como advenedizos; pero la pasion dominante es nuestro propio y nuestro verdadero carácter. El fruto de una verdadera conversion es vencer la pasion que reina en nosotros: es concebir un vivo horror á esta pasion imperiosa, para combatirla despues sin treguas ni intermision. Con sola esta victoria quedaremos á cubierto contra todas las tentaciones del enemigo. A los demás vicios se declara la guerra sin dificultad; pero á éste ordinariamente se le perdona como al vicio favorecido. Considera cuanto importa vencer enteramente, destruir y aniquilar la pasion dominante.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia XXII, *pág. 391.*

MEDITACION

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.—Considera que tanto se peca por la poca confianza, como por la demasiada. La primera nace de una culpable pusilanimidad: la segunda de un fondo de orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la infinita bondad y en la omnipotencia de un Dios que quiere le consideremos como nuestro padre; y esta confianza es una prueba tan sensible de nuestra fe, que incesantemente nos la recomienda el Señor como condicion indispensable, sin la cual no serán oidas nuestras oraciones, y con la cual ofrece no negarnos cosa ¡que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud. Consiste esta en cierta opinion demasiadamente ventajosa que uno tiene de sí mismo: en una esperanza fundada en su imaginaria virtud, y en las singulares gracias que Dios se ha dignado concedernos. Es fácil conocer lo mucho que nos engaña esta falsa confianza. Cuéntase con las buenas máximas que se tienen, con el hábito de virtud de que uno se lisonjea, con una falsa seguridad que siempre es efecto de una ciega confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta estimacion propia, era muy bastante delante de Dios para que su Majestad nos humillase y nos confundiese. ¿Qué hombre puede racionalmente presumir de su fidelidad y de su perseverancia aun en las ocasiones mas comunes y ordinarias? Hánse visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, las cuales parece nos la podian sustentar: hánse visto eclipsar los astros mas luminosos, despues de haber alumbrado por largo tiempo á los fieles con el resplandor de su virtud. Vióse á un Salomon, dotado por Dios con estraordinaria sabiduría, precipitarse en los mayores escesos; vióse á un apóstol, escogido por el mismo Jesucristo, y aliciónado en su escuela, pasar á ser un apóstata traidor; viéronse caer en errores y en desvarios á muchos hombres grandes despues de haber hecho milagros. Y á vista de esto, ¡confiará aquel temerario en su presumido fervor, y en una virtud siempre caduca, siempre inconstante en esta miserable vida! ¡Ah Señor, esta sola falsa confianza basta para precipitarnos en ¡funestísimas caidas aun dentro del mismo camino de la perfeccion!

PUNTO SEGUNDO — Considera que no es menos insuficiente ni menos falsa la confianza en las gracias que hemos recibido del

tades del alma. Ella es la que piensa, la que juzga, la que sentencia, la que decide, la que todo lo arregla segun su capricho: ella desvia todo lo que puede apagar el incendio que escitó. Todo cede á la pasion dominante; el natural, la educacion, el honor, la reputacion, el interés y hasta la misma religion; ella es la que puebla el infierno, hablando en propiedad. ¿Será esto porque es imposible apagarla? No; pero es porque la pasion dominante en un instante se apodera del alma, cobrando sobre ella un tiránico predominio. No sabe obedecer á los que no la saben sujetar. Se comparan las pasiones en el corazon del hombre á los vientos del mar. Como los vientos agitan el mar y turban su calma, del mismo modo las pasiones forman tempestades en el corazon, y alteran su tranquilidad. Ya levanta la cólera borrascas, ya reina el viento del orgullo, ya sopla el de la vanagloria, y todos nos desvian á muchas leguas del puerto. Unas veces la impaciencia, otras la envidia ó algun desordenado deseo; mas al fin, estos vientos amainan alguna vez, calman y dan algunas treguas; pero la pasion dominante no entiende de eso, nunca cede. Es un fuego que siempre crece y nunca se apaga. En cierta manera se puede decir que la pasion dominante es como un género de pecado original, que siendo uno en especie, produce y fomenta todos los demás; porque luego que una pasion gobierna y reina con imperio en el corazon, nos induce á todos aquellos pecados que pueden servir para contentarla y para satisfacerla. Aunque se tenga natural horror á otros vicios, como estos conduzcan para dar gusto á la pasion, nos vamos á ellos por un peso que nos arrastra, por un encanto que nos fascina, por una ley que nos tiraniza. No solo es la pasion dominante funesta causa de todos nuestros pecados, sino el verdadero orígen de todas aquellas falsas máximas, de todos los errados principios sobre que fundamos nuestra errónea conciencia. Los demás vicios pueden sernos forasteros, ó por decirlo así, como advenedizos; pero la pasion dominante es nuestro propio y nuestro verdadero carácter. El fruto de una verdadera conversion es vencer la pasion que reina en nosotros: es concebir un vivo horror á esta pasion imperiosa, para combatirla despues sin treguas ni intermision. Con sola esta victoria quedaremos á cubierto contra todas las tentaciones del enemigo. A los demás vicios se declara la guerra sin dificultad; pero á éste ordinariamente se le perdona como al vicio favorecido. Considera cuanto importa vencer enteramente, destruir y aniquilar la pasion dominante.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia XXII, *pág. 391.*

MEDITACION

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.—Considera que tanto se peca por la poca confianza, como por la demasiada. La primera nace de una culpable pusilanimidad: la segunda de un fondo de orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la infinita bondad y en la omnipotencia de un Dios que quiere le consideremos como nuestro padre; y esta confianza es una prueba tan sensible de nuestra fe, que incesantemente nos la recomienda el Señor como condicion indispensable, sin la cual no serán oidas nuestras oraciones, y con la cual ofrece no negarnos cosa ¡que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud. Consiste esta en cierta opinion demasiadamente ventajosa que uno tiene de sí mismo: en una esperanza fundada en su imaginaria virtud, y en las singulares gracias que Dios se ha dignado concedernos. Es fácil conocer lo mucho que nos engaña esta falsa confianza. Cuéntase con las buenas máximas que se tienen, con el hábito de virtud de que uno se lisonjea, con una falsa seguridad que siempre es efecto de una ciega confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta estimacion propia, era muy bastante delante de Dios para que su Majestad nos humillase y nos confundiese. ¿Qué hombre puede racionalmente presumir de su fidelidad y de su perseverancia aun en las ocasiones mas comunes y ordinarias? Hánse visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, las cuales parece nos la podian sustentar: hánse visto eclipsar los astros mas luminosos, despues de haber alumbrado por largo tiempo á los fieles con el resplandor de su virtud. Vióse á un Salomon, dotado por Dios con estraordinaria sabiduría, precipitarse en los mayores escesos; vióse á un apóstol, escogido por el mismo Jesucristo, y aliciónado en su escuela, pasar á ser un apóstata traidor; viéronse caer en errores y en desvarios á muchos hombres grandes despues de haber hecho milagros. Y á vista de esto, ¡confiará aquel temerario en su presumido fervor, y en una virtud siempre caduca, siempre inconstante en esta miserable vida! ¡Ah Señor, esta sola falsa confianza basta para precipitarnos en ¡funestísimas caidas aun dentro del mismo camino de la perfeccion!

PUNTO SEGUNDO — Considera que no es menos insuficiente ni menos falsa la confianza en las gracias que hemos recibido del

Señor, si no está acompañada de una humilde desconfianza de nosotros mismos; y si esponiéndonos imprudentemente á las mas peligrosas tentaciones, confiamos demasiado en aquellos auxilios estraordinarios que niega Dios á los orgullosos, y franquea con mano liberal á los humildes.

Reflexiona bien la respuesta que dió el Salvador á sus discípulos cuando se mostraron tan huecos con el poder que el mismo Señor los habia concedido para lanzar los demonios: *Yo ví á Satanás que caia precipitado del cielo con la velocidad con que se desprende el rayo de la nube.* Como si les dijera: guardaos bien de engreiros por las gracias que os ha concedido mi bondad; mayores fueron las que dispensé á aquellos espíritus puros que crié para que compusiesen mi corte. Dotélos de mas escelentes dones; hícelos las mas nobles criaturas de todo el universo; coloquélos en el cielo donde ocupaban las primeras sillas; y con todo eso su presuncion los precipitó en los abismos. El que mas gracias ha recibido del Señor, mas estrecha cuenta tiene que dar á su justicia: los favores mas señalados imponen mayor obligacion de fidelidad y de agradecimiento. *Trabaja en el negocio de tu salvacion con temor y con temblor*, dice el Apóstol. No cuentes ni con esa exacta pureza de costumbres, ni con esa inocencia de muchos años; es una flor que un solo soplo la marchita; un golpe de viento hunde en el mar al navío mas ricamente cargado; poco aire es menester para apagar la antorcha mas encendida. ¡Buen Dios, cuántos perecen por una falsa seguridad!

A las pasiones jamás se las domestica, ni el enemigo de la salvacion se gana nunca por el camino de la complacencia. Es hombre perdido el que no está siempre en vela. No habla el Salvador con pecadores de profesion. Cuando recomendó tanto el consejo de velar y orar sin intermision, hablaba con los tres discípulos mas favorecidos, con los apóstoles mas fervorosos y mas santos. Espóneste aturdidamente á los mayores peligros de pecar, y no temes caer porque fuiste fiel hasta aquí. ¡Qué ilusion, qué confianza tan mal fundada! De muchos combates habia salido victorioso David: ¡cuántos progresos habia hecho en la virtud! Sin embargo, David, aquel hombre segun el corazon de Dios, cae miserablemente en los mas enormes pecados luego que no desconfió de su flaqueza. Pocas tentaciones se deben temer mas que la falsa confianza: basta un solo pecado para perder en un instante todo el mérito de la mas santa vida. *Despues que hicieseis todo lo que os hubiere mandado*, dice Jesucristo, *decid: Somos siervos inútiles. Bienaventurado aquel que siempre está temeroso*, y que siempre desconfia de sí mismo.

¡Mi Dios, y cuánto tengo de que acusarme en este particular! Mis recaidas efecto han sido de mi demasiada confianza, ó por mejor decir, de mi temeraria presuncion. Solo debo confiar, Señor, en vuestra gracia; y así en vos solo coloco toda mi confianza. Vos sois mi única esperanza y toda mi fortaleza; y yo soy la flaqueza misma, y por tanto jamás perderé de vista mi nada.

JACULATORIAS.—Bienaventurado el hombre que desconfia de sí mismo, y está siempre lleno de un santo temor. (*Proverb.* 28.)

Yo por mí, Señor, reconozco que no tengo cosa buena; todo soy pobreza y miseria: mi confianza y mi salud toda la tengo puesta en vos. (*Psalm.* 68.)

PROPOSITOS.

1 Es la presuncion una opinion ó un concepto demasiadamente ventajoso que cada uno hace de sí mismo. La mayor prueba de que uno se conoce poco, es estimarse en mucho; el que ignora su flaqueza, en eso mismo acredita su poco entendimiento; contar con la propia virtud, es manifestar que no se tiene. Por tanto, no debe causar admiracion que las almas presumidas caigan en tan funestos precipicios. Complácese Dios en confundir el orgullo. Escarmienta en cabeza ajena, y enséñente tan lastimosos ejemplos á desconfiar de tí mismo. Reconoce tu flaqueza y tu propension á lo malo. Acuérdate continuamente de que *debes obrar tu salvacion con temor y con temblor*, segun la frase del Apóstol: no hay virtud tan añeja, ni hábito de ella tan arraigado que nos dispense en este saludable temor. Teme perpetuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, y los lazos que arman á tu inocencia tantos y tan peligrosos objetos. Teme á tu mismo espíritu y á tu propio corazon: témete á tí mismo, porque en esta vida todo es riesgo. Jamás te olvides de este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre teme ofender á Dios.*

2 Pero no basta temer; es necesario aplicar todos los medios para librarse de aquello que se teme. Haz hoy un propósito eficaz de huir de todo cuanto pueda ser ocasion de pecado para tí; de no concurrir á tal parte, de no visitar á tal persona, de no hablar en tal asunto, de no jugar á tal juego, de escusarte de tal diversion, de no leer tal libro, de no reprender con cólera á tus hijos ni á tus criados: en una palabra, de evitar todo lo que pueda ser perjudicial á tu fidelidad y á tu inocencia. No te fies de tu resolucion ni de tu pasada fidelidad. Ninguna cosa obliga

mas al Señor para asistirnos con su gracia particular, que la humilde desconfianza de sí mismo; y por el contrario, ninguna otra le irrita tanto como la seguridad presuntuosa. Si quieres mantenerte en gracia, huye las ocasiones.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Pedro, obispo de Alejandria, en la misma ciudad; el cual adornado de todas las virtudes, por decreto de Galerio Maximiano fué degollado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Fausto presbítero, Didio y Ammonio, los cuales fueron tambien martirizados en la misma persecucion y ciudad de Alejandria (juntamente con su venerable pastor S. Pedro Alejandrino.)

Los santos Filéas, Esiquio, Pacomio y Teodoro, obispos de Egipto, con otros seiscientos y sesenta, igualmente en la misma ciudad de Alejandria; que por el cuchillo de la persecucion pasaron al cielo. (Segun Baronio, acaeció su muerte el año de 310.)

San Marcelo, presbítero, en Nicomedia; el cual en tiempo de Constancio siendo despeñado por los arrianos desde un elevado risco, murió mártir.

San Belino, obispo y mártir, en Padua. (Murió á manos de los herejes por los años de 1149. Y por sus muchos milagros justificados competentemente, el papa Eugenio IV lo colocó en el catálogo de los Santos.)

San Siricio, papa y confesor, en Roma, esclarecido en doctrina, piedad y zelo por la religion; el cual condenó á varios herejes, y con muy saludables constituciones restableció la disciplina eclesiástica. (Sucedió al papa S. Dámaso en 1.° de diciembre del año 385. Gobernó la Iglesia con suma prudencia, despues del cisma tercero, y brilló con todas las virtudes apostólicas. Escribió cartas instructivas á varios obispos sobre puntos de disciplina, y es célebre sobre todas la que dirigió al metropolitano de Tarragona, llamado Himerio, carta considerada por los críticos como la primera epístola decretal que debe reconocerse por verdadera. Ordenó los Intersticios del tiempo para las órdenes, y persiguió á los maniqueos.)

San Amador, obispo, en Autun. (Gobernó esta Iglesia en el siglo VI, de cuyo territorio acabó de desterrar los restos de la idolatría. Estuvo unido con los vínculos de la amistad con el papa S. Silverio, al cual consoló en el destierro con cartas y auxilios de todas clases. Fué favorecido con el don de milagros.)

San Conrado, obispo, en Constanza. (Nació de la ilustrísima casa de los Güelfos en Alemania, que tantos príncipes honraron con espediciones y hazañas militares, y dignidades soberanas. Conrado fué santo desde la cuna. Cuando recibió las sagradas órdenes le confirieron la dignidad de preboste de la catedral de Constanza, que era la primera silla despues de la episcopal: y muerto en 934 el obispo, fué unánimemente elegido para sucesor suyo, no obstante su resistencia. Siendo ya entonces muy frecuentes las peregrinaciones á Jerusalen, S. Conrado visitó tres veces los lugares santos, siendo sus viajes verdaderas peregrinaciones de penitencia y devocion. Infatigable fué en consolar y socorrer al pobre, en instruir y exhortar á su grey. Recibió el galardon de sus virtudes en el año de 976, habiendo sido obispo cuarenta y dos; y el Señor ha hecho glorioso su sepulcro con muchos milagros. Fué canonizado por Calixto II.)

San Silvestre, abad, fundador de la congregacion de los monges *Silvestrinos*, en Fabriano en la Marca de Ancona. (S. Silvestre Gozzolini, nació de noble familia en Osimo ú Osmo en Italia en el año de 1177. Estudió leyes y teología en Bolonia y Padua, y fué presentado canónigo en su patria. Su celo en reprender los vicios le adquirió enemigos, y hasta su obispo á quien creyó deber advertir algunas negligencias, se declaró perseguidor suyo. La vista del cadáver de un hombre que habia sido admirado en vida por su belleza, acabó de separarle enteramente del mundo. Partió pues secretamente de Osimo, y se retiró á un desierto situado treinta millas distante de la ciudad, á los cuarenta años de su edad. Por satisfacer las importunidades de otros erigió un monasterio en 1231 en el monte Fano, á dos millas de Fabriano, en la marca ó marquesado de Ancona. En esta casa estableció la regla de S. Benito sin mitigacion alguna; y en 1248 obtuvo de Inocencio IV la confirmacion de su instituto. Vivió hasta ver en Italia veinte y cinco monasterios de su órden, dejando á sus discípulos herederos de su espíritu de penitencia y oracion. Murió tal dia como hoy del año 1267. Dignóse el Señor honrar su tumba con varios milagros.)

El dichoso tránsito de san Basolo, confesor, en la diócesis de Reims. (Murió en el desierto, despues de haber pasado cuarenta años en una capilla que edificó en él, por los años de 620. Su nombre llegó á ser célebre por los muchos milagros obrados por su intercesion.)

San Styglano (ó Estilano), anacoreta, y esclarecido en milagros, en Adrianópoli en Paflagonia.

San Nicon, monge, en Armenia. (San Nicon, por sobrenombre Metanoita, fué natural de Ponto, y siendo aun jóven, se retiró á un monasterio llamado Piedra de Dios. Despues de doce años de estudio y penitencia, fué destinado por sus superiores al ministerio de la predicacion; y hablaba de la virtud con una uncion tal que nadie podia resistir el efecto de sus conferencias. Pasó á Creta á predicar la palabra de Dios, isla dominada entonces por los sarracenos, y todos sus sermones los principiaba con las palabras *Metanoite* ó *Haced penitencia*, por cuya causa se le dió este sobrenombre. Hizo admirables conversiones; y habiendo predicado en Creta cerca de veinte años, anunció despues la divina palabra en el Peloponeso, Acaya, Epiro y otras partes de la Grecia, confirmando su doctrina con milagros. Murió en el año de 998.)

mas al Señor para asistirnos con su gracia particular, que la humilde desconfianza de sí mismo; y por el contrario, ninguna otra le irrita tanto como la seguridad presuntuosa. Si quieres mantenerte en gracia, huye las ocasiones.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Pedro, obispo de Alejandria, en la misma ciudad; el cual adornado de todas las virtudes, por decreto de Galerio Maximiano fué degollado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

Los santos mártires Fausto presbítero, Didio y Ammonio, los cuales fueron tambien martirizados en la misma persecucion y ciudad de Alejandria (juntamente con su venerable pastor S. Pedro Alejandrino.)

Los santos Filéas, Esiquio, Pacomio y Teodoro, obispos de Egipto, con otros seiscientos y sesenta, igualmente en la misma ciudad de Alejandria; que por el cuchillo de la persecucion pasaron al cielo. (Segun Baronio, acaeció su muerte el año de 310.)

San Marcelo, presbítero, en Nicomedia; el cual en tiempo de Constancio siendo despeñado por los arrianos desde un elevado risco, murió mártir.

San Belino, obispo y mártir, en Padua. (Murió á manos de los herejes por los años de 1149. Y por sus muchos milagros justificados competentemente, el papa Eugenio IV lo colocó en el catálogo de los Santos.)

San Siricio, papa y confesor, en Roma, esclarecido en doctrina, piedad y zelo por la religion; el cual condenó á varios herejes, y con muy saludables constituciones restableció la disciplina eclesiástica. (Sucedió al papa S. Dámaso en 1.° de diciembre del año 385. Gobernó la Iglesia con suma prudencia, despues del cisma tercero, y brilló con todas las virtudes apostólicas. Escribió cartas instructivas á varios obispos sobre puntos de disciplina, y es célebre sobre todas la que dirigió al metropolitano de Tarragona, llamado Himerio, carta considerada por los críticos como la primera epístola decretal que debe reconocerse por verdadera. Ordenó los Intersticios del tiempo para las órdenes, y persiguió á los maniqueos.)

San Amador, obispo, en Autun. (Gobernó esta Iglesia en el siglo VI, de cuyo territorio acabó de desterrar los restos de la idolatría. Estuvo unido con los vínculos de la amistad con el papa S. Silverio, al cual consoló en el destierro con cartas y auxilios de todas clases. Fué favorecido con el don de milagros.)

San Conrado, obispo, en Constanza. (Nació de la ilustrísima casa de los Güelfos en Alemania, que tantos príncipes honraron con espediciones y hazañas militares, y dignidades soberanas. Conrado fué santo desde la cuna. Cuando recibió las sagradas órdenes le confirieron la dignidad de preboste de la catedral de Constanza, que era la primera silla despues de la episcopal: y muerto en 934 el obispo, fué unánimemente elegido para sucesor suyo, no obstante su resistencia. Siendo ya entonces muy frecuentes las peregrinaciones á Jerusalen, S. Conrado visitó tres veces los lugares santos, siendo sus viajes verdaderas peregrinaciones de penitencia y devocion. Infatigable fué en consolar y socorrer al pobre, en instruir y exhortar á su grey. Recibió el galardon de sus virtudes en el año de 976, habiendo sido obispo cuarenta y dos; y el Señor ha hecho glorioso su sepulcro con muchos milagros. Fué canonizado por Calixto II.)

San Silvestre, abad, fundador de la congregacion de los monges *Silvestrinos*, en Fabriano en la Marca de Ancona. (S. Silvestre Gozzolini, nació de noble familia en Osimo ú Osmo en Italia en el año de 1177. Estudió leyes y teología en Bolonia y Padua, y fué presentado canónigo en su patria. Su celo en reprender los vicios le adquirió enemigos, y hasta su obispo á quien creyó deber advertir algunas negligencias, se declaró perseguidor suyo. La vista del cadáver de un hombre que habia sido admirado en vida por su belleza, acabó de separarle enteramente del mundo. Partió pues secretamente de Osimo, y se retiró á un desierto situado treinta millas distante de la ciudad, á los cuarenta años de su edad. Por satisfacer las importunidades de otros erigió un monasterio en 1231 en el monte Fano, á dos millas de Fabriano, en la marca ó marquesado de Ancona. En esta casa estableció la regla de S. Benito sin mitigacion alguna; y en 1248 obtuvo de Inocencio IV la confirmacion de su instituto. Vivió hasta ver en Italia veinte y cinco monasterios de su órden, dejando á sus discípulos herederos de su espíritu de penitencia y oracion. Murió tal dia como hoy del año 1267. Dignóse el Señor honrar su tumba con varios milagros.)

El dichoso tránsito de san Basolo, confesor, en la diócesis de Reims. (Murió en el desierto, despues de haber pasado cuarenta años en una capilla que edificó en él, por los años de 620. Su nombre llegó á ser célebre por los muchos milagros obrados por su intercesion.)

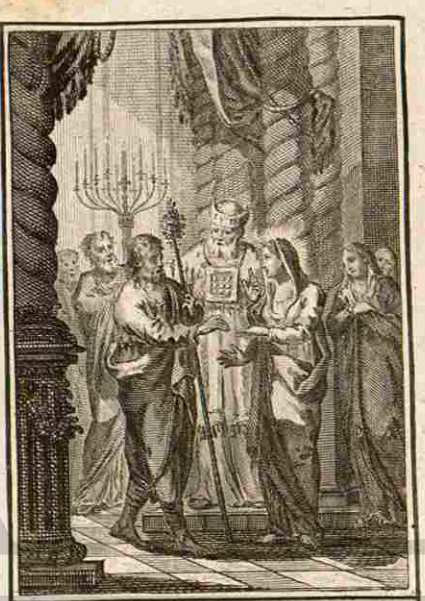
San Styglano (ó Estilano), anacoreta, y esclarecido en milagros, en Adrianópoli en Paflagonia.

San Nicon, monge, en Armenia. (San Nicon, por sobrenombre Metanoita, fué natural de Ponto, y siendo aun jóven, se retiró á un monasterio llamado Piedra de Dios. Despues de doce años de estudio y penitencia, fué destinado por sus superiores al ministerio de la predicacion; y hablaba de la virtud con una uncion tal que nadie podia resistir el efecto de sus conferencias. Pasó á Creta á predicar la palabra de Dios, isla dominada entonces por los sarracenos, y todos sus sermones los principiaba con las palabras *Metanoite* ó *Haced penitencia*, por cuya causa se le dió este sobrenombre. Hizo admirables conversiones; y habiendo predicado en Creta cerca de veinte años, anunció despues la divina palabra en el Peloponeso, Acaya, Epiro y otras partes de la Grecia, confirmando su doctrina con milagros. Murió en el año de 998.)

LOS DESPOSORIOS DE NUESTRA SEÑORA.

Toda la vida de nuestra dulcísima madre y reina María santísima está llena de preciosos ejemplos de virtud, en que tienen los cristianos una escuela completa para ordenar su vida, segun las reglas del Evangelio. Pero nuestra madre la Iglesia ha elegido de entre todas ellas las mas escelentes, y en que se manifiesta con mas esplendor aquella admirable plenitud de gracias de que adornó el Espíritu Santo á esta dichosa criatura para proponérselas á sus hijos como objetos de instruccion, de devocion y de ternura. Por esta causa ha destinado dias señalados á celebrar su concepcion purísima, su natividad, su presentacion en el templo, sus dolores, su asuncion gloriosa, y con las mismas miras celebra en este dia sus sagrados desposorios. En ellos hay una parte que pertenece á lo historial, y otra que toca á lo misterioso: por tanto, referiremos lo primero, y despues reflexionaremos sobre las altas disposiciones de la divina Sabiduría, deduciendo la instruccion correspondiente para arreglar nuestras costumbres. En uno y otro tendremos por norte la historia evangélica en lo poquísimo que habla de la santísima Madre de Dios, y los dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia.

Todos sabemos, que habiendo llegado aquel tiempo dichoso, prometido por Dios, anunciado por los profetas, y deseado de los patriarcas, en que una mujer fuerte habia de quebrantar la cabeza al dragon infernal, y en que concibiendo una vírgen, habia de parir un hijo llamado Manuel, Dios fuerte y príncipe de paz, que destruyese el imperio que por el primer pecado habia adquirido el demonio sobre el linaje de los hombres; fué concebida María santísima en el vientre estéril de Sta. Ana, y prevenida, segun se cree piadosamente, con las bendiciones de Dios; de manera, que no tuvo en su alma el mas ligero dominio la infeccion del primer pecado. Su natividad llenó de alegría los cielos y la tierra; aquéllos porque ya se les disponia la reparacion de los conciudadanos que habian perdido en los ángeles rebeldes, y á ésta porque ya se la acercaba el tiempo de bendicion en que se la habia de abrir comercio con el cielo. Alimentóse la santísima Vírgen en sus primeros años segun el método usado de la naturaleza, hasta que teniendo la edad competente fué llevada al templo y consagrada á Dios, segun la costumbre de los hebreos. S. Gregorio Niseno, sobre la fe de un incierto autor á quien cita en la oracion de la natividad de Jesucristo, afirma, que luego que María santísima dejó el pecho de su madre fué llevada



LOS DESPOSORIOS
DE NTRA. SRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al templo, consagrada á Dios, y educada por los sacerdotes en aquellas santas mansiones á semejanza de Samuel. Semejante á esto es lo que se lee en la tragedia intitulada: *Cristo paciente*, que se atribuye mal á S. Gregorio Nacianceno. Lo mismo da á entender Nicéforo, diciendo, que siendo de tres años fué presentada al templo, y que pasó once en el Sancta sanctorum. Esta especie nada tiene de estraño; pues en el capítulo 38 del Exodo hallamos que algunas mujeres dormian á la entrada del tabernáculo. En el libro 4 de los Reyes, capítulo 11; y en el libro 2 del Paralipómenon, capítulo 22, se lee que Josabet, hija del rey Joram, mujer del pontífice Joiadas, habitó seis años en la casa del Señor, juntamente con Joás y con el ama que la habia criado. De Ana profetisa insinua lo mismo el Evangelio de S. Lucas, capítulo 2; y S. Ambrosio, lib. 1 *de Virgin.*, capítulo 3, párrafo 12, afirma, que en el templo de Jerusalen habia vírgenes destinadas al servicio de las cosas santas. Como quiera que sea, la tradicion de la Iglesia nos enseña que María fué presentada al templo, y que viviendo allí, hizo voto de perpetua virginidad. En órden á esto último son muchos y muy brillantes los testimonios de los santos Padres, y entre ellos el de S. Agustin en el libro de la santa Virginidad, capítulo 4.

En este estado permaneció María santísima ejercitándose en todas las virtudes con tanta gracia, que tenia edificados y admirados á los sacerdotes. Como el Padre Eterno la tenia elegida por hija amada, el Verbo divino la tenia destinada por su madre, y el Espíritu Santo para su esposa, toda la santísima Trinidad, de comun acuerdo, habia llenado de dones sobrenaturales á esta santa niña. Echábase de ver en su modestia virginal, en su hermosura sobrehumana, en su castidad angélica, en la inocencia de sus costumbres, y en la consumada perfeccion de todas sus obras, que aquella niña distaba tanto de las demás, como dista de lo sobrenatural lo terreno, bajo y despreciable. Amábanla y venerábanla todos; y los sacerdotes, que con mas atentos ojos veian su virtud y estudiaban las profecías, encontraban en aquella santa niña un sugeto muy á propósito para que por ella tuviesen fin las prolongadas esperanzas de todo el pueblo de Dios. Era en él una especie de religion haberse de casar los jóvenes y las doncellas en llegando á determinado tiempo; porque como esperaban recibir el Mesías prometido por medio de la seminal propagacion, el culto de su religion interesaba en ello. Por tanto, cuando las doncellas que estaban en el templo llegaban á ser casaderas, y carecian de padres que dispusiesen sus bodas, los mismos sacerdotes las buscaban maridos, segun las circunstan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias de la ley, con quienes pudiesen contraer matrimonio. María santísima habia quedado sin padres, segun afirma Cedreno, teniendo solo tres años de edad: habia crecido en el templo hasta la edad de trece años, ó de catorce, como quieren otros, y era ya tiempo de que los sacerdotes determinasen su colocacion, desposándola con un varon justo de su misma estirpe, que mereciese tener en su compañía una doncella de tan rara hermosura y de tan estraordinarias virtudes. Los sagrados Evangelios solamente nos dicen que María se desposó con José; pero callan enteramente las particularidades y circunstancias que ocurrieron en sus desposorios. Nicéforo, en el libro 1, capítulo 7, refiere algunas cosas; S. Gregorio Niseno adopta tambien alguna otra noticia en la oracion de la Natividad: lo mismo hacen S. Juan Damasceno, y S. German, arzobispo de Constantinopla; pero en donde se halla una relacion individual y maravillosa de estos desposorios, es en el libro *de Ortu Virginis*, que ha solido atribuirse á S. Jerónimo. En esta obra se dice:

Que habiendo llegado las vírgenes que estaban en el templo desde su presentacion á edad proporcionada para casarse, mandó el sumo sacerdote que se fuesen á casa de sus padres para que las destinasen al matrimonio. Estaban á la sazon todas las doncellas casaderas en una pieza del santuario, y oida la voz del sacerdote, obedecieron con la mayor sumision, saliéndose de allí todas, menos María santísima que se quedó en el templo. Como sabian muy de antemano su humildad, su obediencia, y todo el prodigioso conjunto de virtudes que Dios habia depositado en su alma, y que no era capaz de oponer á sus órdenes la mas mínima resistencia, quedaron los sacerdotes confusos. Llegáronse á María para saber de su boca misma qué causa habia tenido para obrar de la manera que obraba; pero cuánta fué su sorpresa cuando oyeron de aquellos sagrados labios que habia hecho voto de virginidad, consagrando esta preciosa joya de su alma y de su cuerpo al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al Dios de sus padres. Una nueva tan estraordinaria como inesperada los dejó enteramente confusos; porque como en todos los fastos del templo no habia ejemplar de semejante accion, se hallaban embarazados sin saber qué hacerse. Obligarla á casarse, entregando un cuerpo consagrado á Dios á la potestad y uso de un hombre mortal, lo juzgaron un horrible sacrilegio; y á la verdad que no iban engañados en semejante juicio. Dejar habitar en lo interior del templo y entre los sacerdotes á una doncella sumamente hermosa y en la flor de su edad, ni habia ejemplar, ni parecia decente. El mismo hecho de haber consagrado á Dios su virginidad

una doncella en un pueblo en que se tenia por infamia la esterilidad, y en que las mujeres no se consideraban venturosas mientras que no se veian casadas, porque el espíritu de su ley y las promesas de Dios engendraban en ellas semejantes ideas, aumentaba la dificultad del caso; pues no parecia creible que hubiese obrado de aquella suerte tan santa doncella á no estar inspirada de Dios. Para resolver sobre una materia tan nueva y tan difícil se juntaron todos los sacerdotes y ancianos de Jerusalen, y persuadidos á que Dios no rehusaria contestar á una consulta que se le hiciese sobre materia que habia ordenado su voluntad divina, se resolvieron á esto. Hízose así, y salió una voz del tabernáculo, que mandaba: *Se juntasen todos los descendientes de David en el templo con varas en las manos, y aquel que, segun las profecías de Isaías, se hallase haber florecido su vara, y que sobre él bajaba el Espíritu Santo, se juzgase que era el elegido del cielo para esposo de María.* Juntáronse todos los descendientes de David; y entre ellos se advirtió que floreció la vara que S. José tenia en la mano, y que el espíritu divino bajaba sobre su cabeza. Regocijáronse los sacerdotes viendo cuán bien les habia salido su consejo, y en su consecuencia fué san José el hombre venturoso á quien se le entregó por esposa aquella preciosísima doncella.

Este modo maravilloso de verificarse los desposorios entre María santísima y S. José está deducido de unos libros apócrifos; conviene á saber, del Evangelio de la natividad de María en el capítulo séptimo, y del proto-evangelio de Santiago en el capítulo nono. De aquí bebieron Eustaquio Antioqueno, Epifanio y S. Gregorio Niseno cuando adoptan estas mismas noticias en sus obras; pero de todo ello no se puede tener otra cosa por cierta é indubitable, sino el que de esta relacion nació la costumbre de los pintores que representan á S. José con una vara en la mano cubierta de flores. Es cierto que la piedad no encuentra repugnancia en que Dios haya obrado estas y mayores maravillas en obsequio de su Madre santísima, y de su padre legal ó putativo; pero no es lo mismo no ser un hecho repugnante, que el ser verdadero y auténtico. La sólida piedad nos enseña que todas las criaturas juntas del mundo no son capaces de amar tanto las grandezas de María, como su esposo y su Dios, el Espíritu Santo. Es de fe que los sagrados Evangelios están dictados por él: en ninguno de ellos se hace mencion de estos prodigios para que María santísima contrajese matrimonio; y no es creible que si hubieran sido verdaderos, los hubiese despreciado en su historia el mismo Dios que la ordenaba para su Iglesia. Tenemos,

pues, que este hecho no es auténtico é incontestable, y que solamente tiene su orígen en una piedad poco reflexiva que quiso preferir una maravilla á la misma verdad. Los santos Padres solamente mencionan lo que refiere el Evangelio; conviene á saber, que María santísima se desposó con un varon justo, de la familia de David, llamado José. Sobre este hecho cierto forman sus sólidas consideraciones, y de ellas nace nuestra instruccion y el mayor respeto y veneracion á los decretos de la divina Providencia. En esta admiran los santos, cómo habiendo hecho María santísima voto de virginidad, y habiéndola de conservar perpetuamente, dispuso que María se desposase con José. Unos son de parecer que la santa Vírgen comunicó anticipadamente con el santo esposo el voto de virginidad que habia hecho, y que á su imitacion hizo lo mismo S. José: otros, y entre ellos S. Agustin, juzgan que María santísima se desposó del modo comun y ordinario entre los hebreos, poniéndose en manos de la divina Providencia, que no habia de permitir la relajacion de un voto que el mismo Dios la habia inspirado. Pero como quiera que fuese, todos los santos Padres producen varias causas por donde se manifiesta que fué convenientísimo el que estuviese casada la que habia de ser madre de Dios. El glorioso Sto. Tomás de Aquino las recogió y comprendió todas en la tercera parte, quæst. 29, artic. 1, distribuyéndolas por clases con el método y claridad que acostumbra. En el lugar citado dice así:

«Fué conveniente que Cristo naciese de una vírgen que estuviese desposada, ya por lo que respecta al mismo Jesucristo, ya por lo que mira á su Madre, y ya por lo que conduce á nosotros. Por lo que respecta á Jesucristo hay cuatro razones: la primera, para que no fuese despreciado de los infieles, como si no hubiese nacido de legítimo matrimonio; por lo cual dice san Ambrosio sobre el capítulo primero de S. Lucas: *¿Qué razon habria para culpar á los judíos ni á Herodes, si estos hubiesen perseguido á un hombre procedido de un adulterio?* La segunda, para que la genealogía de Jesucristo se tejiese por medio del varon, segun el órden acostumbrado; por lo cual dice S. Ambrosio sobre el capítulo tercero de S. Lucas: *El que vino al siglo, debió presentarse y descubrirse segun el método y costumbre del mismo siglo, el cual, ya sea en el senado, ya sea en las curias y sesiones de las ciudades, no reconoce dignidad de linaje sino en la persona del varon: á esto se llega tambien la costumbre de las sagradas Escrituras, que siempre procuran buscar el orígen por medio del varon en las genealogías.* La tercera razon de parte de Jesucristo para que naciese de vírgen desposada, fué para que el mismo Jesucristo, siendo niño, tuviese la tutela y proteccion de un varon justo; de modo, que el diablo hallase impedimentos para ejercitar en el niño Jesus toda la vehemencia de su malignidad: y por eso dice S. Ignacio que fué desposada María, á fin de que su parto se le ocultase al diablo. La cuarta razon es para que Jesus fuese criado y alimentado por José, por lo cual fué llamado padre suyo, como si se dijera: el que le cria. Fué tambien conveniente por lo que respecta á la Vírgen: lo primero, porque por esta providencia se libertó de la pena que daban los hebreos á las mujeres adúlteras, que era apedrearlas; y esta misma razon señala S. Jerónimo: lo segundo, para que por el hecho de estar casada se libertase de la infamia; por lo cual dice S. Ambrosio sobre S. Lucas: *Que fué desposada María para que no la calumniasen con la infamia de haber perdido la virginidad, como lo pudieran haber hecho viéndola soltera, y al mismo tiempo llevar en su vientre señales de casada.* Lo tercero, para que en los diversos trabajos que habia de esperimentar con su hijo Jesus, segun lo establecido por la divina Providencia, fuese servida, amparada y consolada por el santo José. Por lo que hace á nuestra parte, fué tambien conveniente que estuviese desposada María: lo primero, porque de esta manera se comprobó con el testimonio de José, que Cristo habia nacido de una Vírgen; por lo cual dice S. Ambrosio sobre S. Lucas: *Se alega y determina el testigo mas abonado de la virginidad de María que se podia presentar, el cual era su marido; porque éste podia quejarse de la injuria que se le hacia, y vengar su honor ultrajado, en caso que no reconociese el misterio.* Lo segundo, porque así se hacen mas creibles las palabras de la Vírgen madre cuando asegura su virginidad; y así dice S. Ambrosio sobre S. Lucas: *Que se da crédito á las palabras de María con mayor razon, y se quita toda causa de sospechar mentira, porque una mujer soltera que se encuentra preñada, parece que tiene causa de ocultar su culpa con mentiras ó engaños; pero esta necesidad no la tiene una desposada, pues es sabido por todos que el premio del casamiento y la gracia de las bodas es la fecundidad.* Uno y otro pertenece á la firmeza de nuestra fe. Lo tercero, para que las vírgenes que por su negligencia no evitan la infamia, no pudiesen alegar por escusa el ejemplo de María; y así dice S. Ambrosio: *No era razon dejar á las vírgenes que viven con alguna sospecha el asidero ó escusa de que tambien la Madre del Señor vivió apareciendo á los ojos de los hombres infamada.* Lo cuarto, porque en esto se significa la Iglesia universal, la cual siendo vírgen fué desposada con un solo varon, que fué Jesucristo, como dice san

Agustin en el libro *de Sancta virginitate*, capítulo 12, párrafo 11. Se puede añadir otra quinta razon, diciendo que la Madre de Dios fué desposada y vírgen; porque en su persona fueron honrados la virginidad y el matrimonio contra los herejes que habian de pretender menoscabar el precio de la una ó de lo otro.»

Hasta aquí son palabras de Sto. Tomás, en donde se manifiesta suficientemente cuánta razon tuvo la divina Sabiduría para ordenar que la Madre de Dios se desposase con S. José antes que bajase á su seno el Verbo divino á principiar la grande obra de la redencion del mundo. Este desposorio, esta union de voluntades entre José y entre María fué un verdadero matrimonio, no obstante que uno y otro sabian el voto de virginidad, y que era imposible privar al cielo de sus derechos. Y así dice el gran padre S. Agustin en el libro primero *de Nuptiis et concupiscentia*, *cap.* 11, *párrafo* 13: En los padres de Cristo se halló perfectamente todo cuanto bien encierra en sí el matrimonio; conviene á saber, el fruto, la fidelidad, y el sacramento. El fruto le reconocemos en el mismo Señor Jesucristo: la fidelidad, porque de ninguna parte hubo adulterio: y el sacramento, porque no hubo divorcio. Esto mismo prueba el santo Padre contra Juliano en el *lib.* 5, *cap.* 12, *párrafo* 46 *y* 47, y á la verdad que este matrimonio fué por todas sus circunstancias el mas perfecto que hubo jamás en el mundo, y por tanto le celebra nuestra madre la Iglesia, ya para proponerle á los casados por ejemplo para que en él aprendan castidad, fidelidad, solicitud, paciencia en los trabajos, y todas las grandes virtudes que se necesitan en un estado lleno por todas partes de peligros; y ya tambien para que en esta festividad demos gracias á Dios por la preparacion inmediata para nuestra redencion, y nos congratulemos con María y José, las dos felices criaturas que entre todas las del mundo merecieron presenciar tantas maravillas, recibir al Hijo de Dios, y alimentarle y criarle como á propio hijo. A este fin se dirigen las intenciones de la Iglesia de España en proponer á los fieles la festividad de los desposorios de María, y este mismo fin debe procurarse lograr ejercitándose con recta intencion y corazon puro en las reflexiones y meditaciones propias de este dia.

SAN PEDRO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA, Y MÁRTIR.

Por muerte del patriarca S. Teonas fué colocado en el trono patriarcal de Alejandría S. Pedro, varon recomendable por la santidad de su vida, por su profunda inteligencia de la sagrada Escritura y por su fervoroso zelo de la propagacion de la fe. Habiendo sobrevenido la gran persecucion de Diocleciano y Maximiano, se vió precisado á salir de Alejandría, y á correr de provincia en provincia para consolar y para fortalecer á los fieles. Exhortaba á los santos confesores que estaban en las cárceles á que no saliesen de ellas sino para recibir la corona del martirio: sostenia á los que estaban para caer, y levantaba amorosamente á los caidos. Entre estos le lastimó dolorosamente Melecio, obispo de Lycopolis en Egipto. Convocó en Alejandría un sínodo para deponerle, y con efecto le depuso; porque habiendo ofrecido incienso á los dioses falsos, era inevitable que esperimentase los rayos de la Iglesia. ¡Dichoso si se hubiera reconocido! Pero añadiendo culpas á culpas, formó un cisma de que se declaró cabeza. Lloró el santo pastor esta discordia intestina: trabajó cuanto pudo para pacificar los ánimos, reduciéndolos á la unidad de la santa fe católica, en cuya defensa se mantuvo firme; y aunque sufrió con invicta paciencia todas las injurias con que le maltrataron los cismáticos, nada bastó para que cediese un punto de su teson ni de su vigor episcopal: en nada faltó de lo que pedia su obligacion, ni cejó en la mas mínima cosa que interesase la dignidad de su sagrado ministerio. Dispuso unas reglas en órden á los apóstatas penitentes, tan discretas, tan sabias y tan santas, dirigidas por una parte á reparar la honra de Jesucristo ultrajado, y acomodadas por otra á la flaqueza de los que habian caido en aquel tiempo de prueba, que la Iglesia las recibió despues, y las practicó como canónicas. Pero el que supo hacer mártires con sus exhortaciones, él mismo fué preso para ser mártir tambien. Hízole arrestar Maximiano, que comandaba en Oriente. Luego que vió preso á su pastor, concurrió á él todo el rebaño Grandes y pequeños, sacerdotes, religiosos y vírgenes, todos bajaron al oscuro calabozo donde le habian encerrado. Esto embarazó tanto al tribuno, á quien se le habia dado la comision de hacerle morir, que no sabia como poner su cargo en ejecucion; pues aunque esperaba que llegando la noche se retirarian los cristianos, vió despues que hacian continua centinela á su santo patriarca, y el número era tan crecido, que temia un peligroso motin. Hallábanse las cosas en este estado, cuando el pérfido Arrio, á quien tantas veces habia amonestado y reprendido el santo patriarca, escomulgándole como á cismático, acudió á la iglesia; y ocultando su mala fe con el velo de una profunda disimulacion, se valió de algunas personas de respeto para que le reconciliasen con el patriarca que estaba para morir. Pretendia por este medio ser colocado en la silla patriarcal, pareciéndole que cuando llegase el caso de nombrar sucesor á S. Pedro, todos pondrian los

ojos en él para hacerle una honra á que aspiraba con todo el esfuerzo de su ambicioso corazon; pero aquel Señor, que penetra lo mas profundo de todos los corazones, aniquiló estos altaneros pensamientos. La misma noche se apareció Cristo á S. Pedro, y descubriéndole las orgullosas ideas de Arrio, le mandó que no le absolviese. Los que se habian encargado de solicitar el perdon del patriarca acudieron muy de mañana á la prision, y le suplicaron tuviese misericordia de un pobre pecador arrepentido. Pero el Santo que se hallaba con tan superiores luces, retirando á parte á Aquilas y Alejandro, dos sacerdotes venerables, los dijo: *Aunque soy, y me confieso un grande pecador, sé con todo eso que la piedad de mi Dios me llama á la corona del martirio. Despues de mi muerte, vosotros dos sereis dos columnas en la Iglesia de Jesucristo; por lo que os quiero hacer confianza de un secreto que habla con entrambos. Los dos me sucedereis, uno despues de otro, en la silla patriarcal de Alejandría: Aquilas será el primero, y Alejandro el segundo. Así me lo ha prometido el Señor; y para que no creais que es dureza mia el no reconciliar á Arrio con la Iglesia, quiero comunicaros una vision, con que me favoreció Dios esta noche. Estando en mi acostumbrada oracion, se me apareció Cristo en figura de un niño como de doce años estremadamente hermoso: estaba vestido de una túnica larga, rasgada de alto abajo, la que procuraba juntar con las dos manos por delante del pecho. Apoderado yo entonces de dolor y de temor, le pregunté: Señor, ¿quién fué el impío que despedazó vuestra túnica? y me respondió: Arrio fué el que la rasgó; mandándome al mismo tiempo que no le admitiese á mi comunion, y dándome órden para que os dijese de su parte que os portaseis con él con la misma severidad. Yo he cumplido ya con mi comision, y de esto solo tenia que dar cuenta á Dios. Si vosotros faltaseis a la vuestra, ya no será de cuenta mia, y vosotros solos sereis responsables de vuestra cobardía ó de vuestra desobediencia.* Luego que Aquilas y Alejandro recibieron su bendicion, se restituyeron adonde estaba todo el pueblo, teniendo como sitiada la cárcel para impedir la muerte del santo patriarca; pero á él mismo se le ofreció un espediente, que le salió bien. Dijo al tribuno que hiciese romper la pared de la cárcel por aquel paraje donde no se sintiese ruido, ni hubiese quien lo observase; y así se hizo. Sacáronle de la cárcel por la brecha que se habia abierto en la pared, y le condujeron al mismo paraje donde en otro tiempo habia S. Marcos dado la vida en defensa del Evangelio. Antes de padecer el martirio entró en una capilla, dedicada al santo Evangelista, donde oró largamente á Dios, suplicándole se dignase poner fin á la persecucion, y se dice que una santa doncella oyó una voz del cielo, que decia: *Pedro, el primero de los apóstoles; y Pedro, el último de los obispos mártires de Alejandría*, como lo verificó el suceso; porque despues de S. Pedro ningun obispo de Alejandría fué condenado á muerte en odio de la fe por los gentiles. Concluida su oracion, se puso en manos de los soldados; pero con tan majestuosa gravedad, que ninguno tuvo valor para descargar el golpe, y solo se halló uno que por el precio de cinco monedas de oro le cortó la cabeza. Así murió S. Pedro de Alejandría el dia 26 de noviembre del año 310. Tomaron los fieles su cuerpo, y antes de darle sepultura le condujeron á la basílica principal: vistiéronle sus hábitos pontificales, y le sentaron en la silla de S. Marcos, donde por su grande humildad y profunda veneracion al sagrado Evangelista jamás se habia querido sentar en vida, sino en las gradas por donde se subia á la misma silla. Solo nos han quedado algunos fragmentos de sus obras, en las cuales se reconoce, que además del tratado ó el discurso *sobre la Penitencia*, escribió otro *sobre la Pascua*, otro *de la venida de Jesucristo*, otro *sobre su divinidad*, y otro que prueba *que el alma no existe antes que el cuerpo*. Por lo que este gran Santo, no solo tiene lugar entre los mártires, sino tambien entre los doctores y padres de la Iglesia.

SAN BEATO, ABAD.

Así como en la dominacion de los suevos en la provincia de Galicia envió Dios á España á Sto. Toribio, obispo de Astorga, que hiciese frente á los maniqueos y priscilianistas, y á S. Vicente, abad de S. Claudio, y sus compañeros mártires que con su sangre regasen la verdad de la fe contra la perfidia arriana; de la misma suerte cuando los mahometanos se apoderaron de casi toda nuestra Península, opuso Dios á este torrente de la impiedad varones de pecho invencible y de sabiduría celestial que aventurándose á todos los peligros por no hacer ofensa á la virtud, y á la causa de Cristo, ayudaron con la gracia de Dios á que en medio de aquellas tinieblas campease con mas subido resplandor la antorcha del Evangelio. Tanto es lo que entonces floreció en España la virtud, y lo que creció en toda la grandeza y fuerza que se pudo esperar; tanto el vigor de que estaban llenos los fieles, deseando mostrar su fortaleza en los casos arduos. Mas entre estos dechados de fe y de toda virtud descuella el santo presbítero Beato, uno de los varones mas esce-

ojos en él para hacerle una honra á que aspiraba con todo el esfuerzo de su ambicioso corazon; pero aquel Señor, que penetra lo mas profundo de todos los corazones, aniquiló estos altaneros pensamientos. La misma noche se apareció Cristo á S. Pedro, y descubriéndole las orgullosas ideas de Arrio, le mandó que no le absolviese. Los que se habian encargado de solicitar el perdon del patriarca acudieron muy de mañana á la prision, y le suplicaron tuviese misericordia de un pobre pecador arrepentido. Pero el Santo que se hallaba con tan superiores luces, retirando á parte á Aquilas y Alejandro, dos sacerdotes venerables, los dijo: *Aunque soy, y me confieso un grande pecador, sé con todo eso que la piedad de mi Dios me llama á la corona del martirio. Despues de mi muerte, vosotros dos sereis dos columnas en la Iglesia de Jesucristo; por lo que os quiero hacer confianza de un secreto que habla con entrambos. Los dos me sucedereis, uno despues de otro, en la silla patriarcal de Alejandría: Aquilas será el primero, y Alejandro el segundo. Así me lo ha prometido el Señor; y para que no creais que es dureza mia el no reconciliar á Arrio con la Iglesia, quiero comunicaros una vision, con que me favoreció Dios esta noche. Estando en mi acostumbrada oracion, se me apareció Cristo en figura de un niño como de doce años estremadamente hermoso: estaba vestido de una túnica larga, rasgada de alto abajo, la que procuraba juntar con las dos manos por delante del pecho. Apoderado yo entonces de dolor y de temor, le pregunté: Señor, ¿quién fué el impío que despedazó vuestra túnica? y me respondió: Arrio fué el que la rasgó; mandándome al mismo tiempo que no le admitiese á mi comunion, y dándome órden para que os dijese de su parte que os portaseis con él con la misma severidad. Yo he cumplido ya con mi comision, y de esto solo tenia que dar cuenta á Dios. Si vosotros faltaseis a la vuestra, ya no será de cuenta mia, y vosotros solos sereis responsables de vuestra cobardía ó de vuestra desobediencia.* Luego que Aquilas y Alejandro recibieron su bendicion, se restituyeron adonde estaba todo el pueblo, teniendo como sitiada la cárcel para impedir la muerte del santo patriarca; pero á él mismo se le ofreció un espediente, que le salió bien. Dijo al tribuno que hiciese romper la pared de la cárcel por aquel paraje donde no se sintiese ruido, ni hubiese quien lo observase; y así se hizo. Sacáronle de la cárcel por la brecha que se habia abierto en la pared, y le condujeron al mismo paraje donde en otro tiempo habia S. Marcos dado la vida en defensa del Evangelio. Antes de padecer el martirio entró en una capilla, dedicada al santo Evangelista, donde oró largamente á Dios, suplicándole se dignase poner fin á la persecucion, y se dice que una santa doncella oyó una voz del cielo, que decia: *Pedro, el primero de los apóstoles; y Pedro, el último de los obispos mártires de Alejandría*, como lo verificó el suceso; porque despues de S. Pedro ningun obispo de Alejandría fué condenado á muerte en odio de la fe por los gentiles. Concluida su oracion, se puso en manos de los soldados; pero con tan majestuosa gravedad, que ninguno tuvo valor para descargar el golpe, y solo se halló uno que por el precio de cinco monedas de oro le cortó la cabeza. Así murió S. Pedro de Alejandría el dia 26 de noviembre del año 310. Tomaron los fieles su cuerpo, y antes de darle sepultura le condujeron á la basílica principal: vistiéronle sus hábitos pontificales, y le sentaron en la silla de S. Marcos, donde por su grande humildad y profunda veneracion al sagrado Evangelista jamás se habia querido sentar en vida, sino en las gradas por donde se subia á la misma silla. Solo nos han quedado algunos fragmentos de sus obras, en las cuales se reconoce, que además del tratado ó el discurso *sobre la Penitencia*, escribió otro *sobre la Pascua*, otro *de la venida de Jesucristo*, otro *sobre su divinidad*, y otro que prueba *que el alma no existe antes que el cuerpo*. Por lo que este gran Santo, no solo tiene lugar entre los mártires, sino tambien entre los doctores y padres de la Iglesia.

SAN BEATO, ABAD.

Así como en la dominacion de los suevos en la provincia de Galicia envió Dios á España á Sto. Toribio, obispo de Astorga, que hiciese frente á los maniqueos y priscilianistas, y á S. Vicente, abad de S. Claudio, y sus compañeros mártires que con su sangre regasen la verdad de la fe contra la perfidia arriana; de la misma suerte cuando los mahometanos se apoderaron de casi toda nuestra Península, opuso Dios á este torrente de la impiedad varones de pecho invencible y de sabiduría celestial que aventurándose á todos los peligros por no hacer ofensa á la virtud, y á la causa de Cristo, ayudaron con la gracia de Dios á que en medio de aquellas tinieblas campease con mas subido resplandor la antorcha del Evangelio. Tanto es lo que entonces floreció en España la virtud, y lo que creció en toda la grandeza y fuerza que se pudo esperar; tanto el vigor de que estaban llenos los fieles, deseando mostrar su fortaleza en los casos arduos. Mas entre estos dechados de fe y de toda virtud descuella el santo presbítero Beato, uno de los varones mas esce-

lentes que ha criado nuestra santa religion, que en el primer siglo de la dominacion sarracénica floreció en la provincia de Liébana, llamada *Lebana* ó *Libana* por los antiguos. No se sabe si fué esta su patria, pero sí que fué monge y abad. Acerca del monasterio donde tomó el hábito, hay variedad de pareceres. Mabillon creyó que este es el monasterio que se fundó en Valcavado junto á Saldaña, del cual trata Argaiz. Florez conjetura con harta razon que no fué este sino el antiquísimo de S. Martin de Liébana, que hoy llaman de Sto. Toribio, junto á Potes, cabeza de aquella provincia: por lo menos no hay noticia de otro monasterio situado en aquella parte de Asturias en el siglo VIII. Por otra parte consta de una escritura que trae Argaiz, que Beato era monge de S. Martin de Liébana en el reinado de D. Fruela I, que reinó desde el año 756 hasta el de 768.

La provincia de Liébana estuvo libre de la dominacion de los moros, los cuales no pudieron entrar en ella, sino precipitados desde el monte Amosa que por justos juicios de Dios cayó sobre ellos, como refiere el obispo Salmaticense. De este sosiego se aprovechaban los monges de S. Martin para adelantar en la observancia regular, y entregarse con nuevo espíritu á la oracion y al estudio de las santas Escrituras. Beato las declaraba por escrito, y las enseñaba á sus hermanos con gran fruto. Entre sus discípulos sobresalió Eterio, electo en su mocedad obispo de Osma, al cual dedicó su comentario sobre el Apocalipsi. Ambos trabajaron con gran zelo en arrancar de nuestra Península un nuevo error que en sus dias comenzó á esparcirse. Era esto por los años 784.

El caso pasó de esta manera. Sobre los daños que habia ocasionado en España la mezcla de los moros, así en órden á la celebracion de la Pascua, como en los ayunos, casamientos y otras materias de que habla Adriano I en sus cartas; hizo un nuevo estrago la herejía de Felix, obispo de Urgel, y de Elipando, arzobispo de Toledo, los cuales osaron enseñar que Jesucristo, segun la humana naturaleza, no es Hijo natural de Dios, sino solo adoptivo y en el nombre. No fueron ellos los inventores de este error, cuya raíz pone Alcuino en Córdoba; acaso lo sembraria algun nestoriano avecindado con los árabes en aquella ciudad. Estos obispos no se contentaron con abrazarle, le derramaron tambien hasta por los pueblos mas remotos de nuestra Península, y de otros reinos. Para esto enviaron discípulos de su secta, Elipando á las regiones de Galicia y Asturias, y Felix á los pueblos de la Septimania ó Gascuña, á cuya provincia pertenecia entonces Urgel, y á la Galia y Germania. Jonás el obispo de Orleans, asegura

que en Asturias vió por sus ojos algunos de los discípulos de Elipando, de los cuales dice que hasta en lo esterior mostraban ser verdaderos anticristos.

Beato sabiendo lo que pasaba, ayudado de su discípulo Eterio, con pecho cristiano se opuso á esta novedad, y armado de la doctrina antigua de la Iglesia preservó de aquella peste á los pueblos. Indignóse de esto Elipando. Valióse de la fuerza para perseguir á los enemigos de su error; ayudábale á esto el furor de los bárbaros. De estas crueldades dejó memoria Pablo Alvaro en su carta á Juan el de Sevilla. Escribió tambien Elipando al abad Fidel, quejándose de que Eterio y Beato desde el rincon de Liébana pretendiesen hacerse maestros de los de Toledo; y llamándoles ministros del Anticristo, y *herejía Beaciana* al dogma católico que enseñaba y defendia Beato. Era esto por los años 785. Fidel guardó la carta de Elipando sin dar cuenta de ella á Beato ni á Eterio; mas no pudo ocultarse la osadía con que en ella eran tratados de herejes y cismáticos los defensores de la verdad y de la doctrina antigua de la Iglesia.

Sucedió por entonces que la reina Adosinda, viuda del rey D. Silo, que acababa de pasar de este mundo, determinó consagrarse á Dios en un monasterio. En aquella sagrada funcion se hallaron Eterio y Beato que á este propósito habian ido desde Liébana á Asturias. Era esto á fines de noviembre del mismo año 785. Viéronse entonces con el abad Fidel, el cual les mostró la carta de Elipando. Por otros monges supieron tambien haberse esparcido escritos del mismo arzobispo en que eran tratados de herejes, y tildados con otros borrones.

No podian estos piadosos varones desentenderse de unas notas tan injustas que cedian en desdoro de la santa fe que profesaban. En el espacio de un mes escribió Beato una sólida y convincente apología en que volvia por la verdad de su creencia, y por su honra tan gravemente vulnerada. Dividióla en dos libros. En el primero con gravísimos fundamentos prueba que Jesucristo no solo segun la divinidad, sino segun la humanidad es hijo natural de Dios. A los que negaban esta verdad trata de lobos y gente que anda en tinieblas, y de inventores de cuestiones oscuras para seducir á los ignorantes. Y dice que aunque eran muchos los que en España seguian el error de Elipando, y entre ellos habia obispos; empero que él y Eterio no se desviarian de la verdad, aparejados á padecer destierros y aun la muerte por esta causa. En el libro segundo se vindica de las injurias de Elipando, mostrando que ni él ni Eterio se desviaban en un ápice de la doctrina de la Iglesia católica; y que pues Eli-

pando se oponia al símbolo que recibió ella de los apóstoles, él era quien debia ser tratado como hereje.

Obstinóse Elipando. No esperaba él que un pobre monge, criado en la serranía de Liébana, desde su rincon con la libertad del Evangelio jugase las armas de la fe con tanta destreza y fortaleza cristiana. Por otra parte temia que el pueblo abriese los ojos á la luz que Beato esparció en su libro. Para autorizar él su error, imploró el auxilio de los obispos de Francia y de Carlo Magno que entonces vivia. Escribióles rogándoles que examinasen esta controversia, diciéndole lo que en ella sentian. Este era el colorido de su pretension. Pero las mismas cartas están diciendo que su objeto era infamar á Beato, y hacer detestable su nombre, y lo que habia escrito contra él en este negocio. Estas son armas que suelen tener á mano los enemigos de la causa de Dios, poner nombres infames á los que aventurando su reputacion y su bienestar y aun su vida, sacan la cara por la verdad que ellos no pueden sufrir. De esto hay muchos ejemplos en la historia eclesiástica. El remate de este suceso mostró quién erraba y quién acertaba. La mala doctrina de Elipando fué condenada como herética y blasfema por los sumos pontífices Adriano I y Leon III, y por los concilios que se celebraron en Francfort y en Roma. Carlo Magno tambien, como católico que era y muy piadoso, escribió á Elipando y sus aliados, que si no dejaban sus errores serian tratados como herejes, y con aspereza reprendió en ellos la soberbia con que presumian atinar con la verdad, al mismo tiempo que se apartaban de la doctrina antigua de la Iglesia.

Además de los dos libros que escribió Beato contra el error de Elipando, compuso un insigne comentario sobre el Apocalipsis dedicado á Eterio, el cual publicó Florez el año 1770. En esta obra resplandece la vasta leccion de Beato en la sagrada Escritura y en los padres y doctores antiguos. Los elogios con que ha sido ensalzada su doctrina y su santidad, pueden verse en el prólogo que puso Florez á este tratado. De la estimacion que se hacia de los escritos de Beato en los tiempos cercanos á su muerte, es buen testigo el insigne cordobés Pablo Alvaro, el cual no repara en unir el testimonio de S. Beato con el del concilio Efesino, y el de los santos Fulgencio y Jerónimo. Del año en que murió este santo varon no puede decirse cosa cierta. Tamayo fija su tránsito en el año 798. Trujillo se contenta con decir que vivió á vuelta de los años 788 en los tiempos del rey Mauregato.

El cuerpo de nuestro Santo fué sepultado en la iglesia de

Valcavado; separadamente veneraban un brazo suyo, como dice Morales. Estas reliquias fueron trasladadas con gran solemnidad el año 1635 á la iglesia de Sta. María del Valle de la villa de Saldaña. Consta que á S. Beato se ha dado siempre culto con aprobacion del ordinario. Llámanle tambien *Santo* los escritores arriba dichos, y Lobera, Yepes, Mabillon, Henschennio y otros. *(M. Risco, t. 34, p. 378.)*

La misa es de la festividad, y la oracion la siguiente:

Conceded, ó Señor, á vuestros siervos el don de vuestra gracia celestial, para que aquellos á quienes el parto de la bienaventurada Vírgen fué principio venturoso de salud, la solemnidad votiva de sus desposorios les dé aumentos de paz. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 8 del libro de los Proverbios.

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio, antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole: antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas, para que no traspasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios, y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta: el que me hallare hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

REFLEXIONES.

Si se considera la prolija relacion de dotes maravillosos y de admirables gracias que en la Epístola de este dia se atribuyen á la Reina de los ángeles, podemos juzgar con razon, que nuestra madre la Iglesia quiso darnos á entender en ellas las oportunas cualidades de que estaba adornada María para los desposorios, y en ellas señalar las que deben tener todas las jóvenes que aspiren á semejante estado. Lo primero que dice es, que Dios la poseyó en el principio de sus caminos, y antes de hacer nada desde la eternidad. En esto se significa que el matrimonio, aunque sea como es en la realidad un estado santo y ordenado por Dios, no se ha de abrazar ciegamente, sino consultando primero las disposiciones del mismo Dios en órden á la persona de cada uno. Esto quiere decir que Dios, que es el que reparte las gracias y los dones, es tambien el que señala el estado y clase en que su divina Majestad gusta de que le sirvan. La Iglesia de Dios es comparada á una gran familia, en la cual cada uno tiene su oficio respectivo, segun el beneplácito y disposicion del padre de familias; y así como seria usurpar á este sus derechos el determinar los empleos y haciendas de cada uno de los familiares, ó trastornar lo que él hubiese dispuesto, de la misma manera es usurpar los derechos á Dios el introducirse contra su voluntad en el matrimonio, ó rehusar sujetar el cuello á este divino sacramento cuando para ello se sienten las disposiciones necesarias. Así que cada uno debe decirse á sí mismo en la parte que le toca las palabras de la divina Sabiduría en el principio de la Epístola antes de elegir estado. El Señor tiene dominio y posesion en mí desde el principio de sus designios: desde la eternidad tiene ordenado la clase y el oficio que debia tener en su gran familia: no me es lícito, pues, prevenir sus altas disposiciones, ni entremeterme en obligaciones y destinos á que el Señor no me llama.

En el resto de la Epístola se describen las sublimes y soberanas cualidades de la divina Sabiduría: se aplican á María santísima en la parte en que la pueden convenir, y con la proporcion que se debe entender siempre entre una pura criatura y el hijo del Eterno Padre, ó la Sabiduría increada. Entre otras cosas se dice así: Estaba con él; esto es, con Dios componiendo todas las cosas, y me deleitaba diariamente, jugando delante de él en todo tiempo, jugando en todo el mundo, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. En las primeras palabras se

denota una admirable solicitud; en las segundas alegría de condicion, mansedumbre de genio, y blandura en las costumbres; y en las últimas la afabilidad en el trato y comercio con las personas que componen la sociedad humana, sin que por esto se perjudiquen los derechos de la santa fidelidad del matrimonio. En todas estas preciosas cualidades, y en cada una de ellas en particular, fueron sin duda alguna sobresalientes los santísimos desposados que celebramos en esta festividad; y en las acciones de sus vidas respectivas se encontrarán repetidos ejemplos que merecen imitarse. Una de las condiciones mas necesarias para la completa felicidad del matrimonio es la mutua solicitud que deben tener los desposados, ya en los obsequios recíprocos que deben á sus personas, y ya en órden á los bienes de su casa y necesidades de su familia. En mil lugares de la Escritura se celebra y proclama como venturoso el varon que logra una mujer honesta y laboriosa. A la verdad, entre todas las delicias del mundo ninguna es comparable á la satisfaccion que prueba un esposo, cuando además de la honestidad y hermosura que le cautivan el corazon en obsequio de su esposa, ve que sus virtudes mantienen en órden y santa paz toda su familia, y que sus disposiciones económicas y solícitos cuidados alejan de sus umbrales la indigencia. Si á esto se añade aquella alegría de semblante que desarma la cólera, aquellos modales pacíficos y blandos que forman de la casa una mansion de paz, y aquel trato dulce y amistoso que atrae en beneficio de sus hijos y de su marido á cuantos pueden favorecerles, se sigue que en la referida Epístola se describen las condiciones que han de tener los desposados para ser felices, y que nuestra madre la Iglesia proporciona una instruccion tan interesante en los desposorios de José y María.

El Evangelio es del cap. 1 de S. Mateo.

Estando desposada la madre de Jesus María con José, se halló preñada del Espíritu Santo antes de haber estado juntos. José, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á María por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

Sobre la santidad del matrimonio.

Punto primero. — Considera que el sacramento del matrimonio, como dice S. Pablo escribiendo á los de Efeso (*cap.* 5.) es un sacramento grande, atendiendo á Cristo y á su Iglesia, cuya union se significa en él; y que de consiguiente su santidad es tan respetable, que para haber de conseguirla merece de nuestra parte las mas delicadas y escrupulosas consideraciones.

La primera entre todas debe llevar la vocacion, porque aunque no se puede dudar que el matrimonio está instituido por Dios desde el principio del mundo, y que tanto en el estado de la naturaleza, como en el de la ley escrita y de la gracia ha tenido profesores de gran santidad; con todo eso, tampoco se puede dudar, que no es apto para todos aquello que suele ser bueno y perfecto para algunos; y que podrá suceder fácilmente que pierda su salvacion en el matrimonio quien la conseguiria en el celibato. Por esta causa se debe esplorar con mucho cuidado cuál sea la voluntad de Dios, y no esponerse temerariamente al peligro. Averiguado por aquellas señales que inducen certidumbre moral, que Dios nos llama al estado del matrimonio, se hace preciso contar tambien con su divina misericordia para que nos manifieste aquella persona que le sea mas acepta, y para nosotros mas provechosa. No se ha de mirar á conseguir grandes ventajas en los enlaces de las familias, ni en las adquisiciones de la fortuna. La igualdad entre los contrayentes es por lo comun un principio esencial de la felicidad de los desposados. Los mismos gentiles conocieron esta verdad, y así acostumbraban los romanos decir á la esposa, al tiempo de darla la mano, estas palabras: *Donde yo esté, y donde yo quepa, allí has de estar, y has de caber tú.* Y entre los germanos, refiere Cornelio Tácito, que hubo tambien la costumbre de que al tiempo de llevar el esposo á su casa á la esposa, la ofrecian dos bueyes uncidos á un yugo, no solo para significarla el trabajo á que se sujetaba en el matrimonio, sino para darla á entender que ambos á dos habian de llevar por igual el trabajo. El mismo Dios para casar á Adan, le formó de su mano una mujer que le fuese en todo semejante, y las esperiencias de todos los dias nos están enseñando cuan peligrosas discordias nacen en los matrimonios de la desigualdad de condicion ó de fortuna. Por tanto, debes pedir á Dios que te señale por su misma mano aquella esposa, en cuya compañía le has de ofrecer tu vida por sacrificio; bien entendido, de que así como se dice en las sagradas Escrituras que la mujer prudente y adornada de virtudes es un don de Dios, es la corona de su marido, y es el gran premio con que premia Dios en esta vida los grandes servicios que se le hacen; de la misma manera se asegura, que la mujer mala, iracunda, deshonesta y rencillosa es el mayor mal de los males, y con la cual no puede menos un hombre de ser desventurado. Ultimamente, exige la santidad del matrimonio, que al tiempo de contraerle se le mire con aquel respeto que merece un sacramento instituido por Jesucristo.

Punto segundo. — Considera, que si has sido tan feliz que al tiempo de establecerte en este estado has considerado necesario seguir las reglas arriba dichas, y has tenido la ventura de ponerlas por obra, con todo eso no debes darte por satisfecho, sino considerar que el matrimonio no deja de ser menos santo y respetable despues de contraido, que antes de contraerse. De consiguiente, debes procurar santificarte en este estado, cumpliendo exactamente todas sus obligaciones, que pueden reducirse á tres clases.

La primera consiste en el amor conyugal, el cual no se ha de establecer en aquellos afectos y demostraciones carnales que son propias de las gentes que ignoran á Dios. Sobre esta materia es muy notable el ejemplo de Sara y del jóven Tobías, y en estos dos santos esposos quiso Dios dar á entender la pureza de corazon con que debe abrazarse el matrimonio. Varias veces habia sido casada Sara; pero sus esposos habian muerto en la noche de las bodas, no por otro motivo, dice la sagrada Escritura, sino porque siendo Sara hermosísima, no habian tenido otros fines en tomarla por esposa que el saciar una pasion grosera, muy semejante en esto á los brutos irracionales. El santo jóven Tobías fué libre de suerte tan infeliz, porque como él mismo dijo en la oracion que hizo á Dios, no tomó á Sara por esposa para satisfacer un apetito carnal, sino por amor de una santa posteridad, en la cual fuese bendecido su sacrosanto nombre por los siglos de los siglos. A la segunda clase se reduce la mutua fidelidad que deben guardarse los desposados, juntamente con una mutua confianza de su recíproca conducta, fundada en sus virtudes y en sus santos designios. Léjos de un matrimonio santo aquella desconfianza vil que solamente puede abrigarse en pechos bajos y en corazones corrompidos. Léjos del lecho nupcial las sospechas y desconfianzas que convierten en campo de discordia y de guerra lo que debia ser la mansion de paz y el albergue de las delicias.

Léjos de un corazon cristiano la funesta y vil pasion de los zelos, enemigos jurados de todos los bienes con que ha querido Dios honrar el santo sacramento del matrimonio: la verdadera virtud no puede estar sin caridad, y esta ni es sospechosa, ni desconfiada. A la tercera clase se reducen todos los oficios de amor, de obsequio y de trabajo que deben tener los desposados. Igualmente deben participar de las delicias y gustos de los acontecimientos felices, que de los pesares y lágrimas de los adversos. Deben mirarse continuamente uno á otro para darse auxilio, tanto en las necesidades pertenecientes al cuerpo, como en las que tocan al espíritu; porque en unas y otras deben manifestarse la caridad, que con el amor conyugal recibe nueva perfeccion y nuevos brillos. De esta manera la santidad del matrimonio manifestará todos sus efectos en los cristianos desposados, y será lo que dice san Pablo un sacramento grande, lleno de tanta perfeccion, como el que tiene Cristo con su Iglesia, y un fiel traslado de los santos desposorios de José y de María.

JACULATORIAS.—Vos, Señor, criasteis por vuestra mano á Adan, y le disteis para su ayuda y consuelo á Eva, instituyendo de esta manera el santo matrimonio. *(Tob. 18.)*

¡Oh Señor, Dios de nuestros padres! los cielos te bendigan, y las tierras, el mar, y las fuentes, y los rios, y todas las criaturas tuyas que existen en estos lugares. *(Ibid.)*

PROPOSITOS.

1 Los propósitos que resultan de las consideraciones de este dia interesan á todo género de personas, bien se hallen todavía en el estado de solteras, ó bien se hayan determinado en el estado del matrimonio á pasar su vida segun las reglas del Evangelio. Los primeros deben considerar la infinita multitud de perjuicios que trae consigo una eleccion precipitada y un establecimiento sin vocacion. Por causa suya se trastornan todas las providencias y órdenes acertadas que estableció la divina Sabiduría en el universo. El matrimonio es el manantial y origen de todos los bienes de la república, siendo él santa y prudentemente contraido. Pero si por el contrario le faltan estas cualidades, léjos de servir el matrimonio de beneficio y provecho á la sociedad, la causa terribles daños. Prescindiendo de los que se originan de las discordias, del mal ejemplo con que se contaminan muchas familias, y del mal verdadero que les resulta para siempre á los mismos desposados, ¿quién no ve un cúmulo de males

en los hijos de un mal matrimonio, cuya maldad se ha de propagar por todas las futuras generaciones? ¿quién no conoce que unos hijos criados sin el santo temor de Dios, cuyas costumbres corrompidas están tomadas de sus corrompidos padres, propagarán este mismo daño criando á sus hijos como ellos fueron criados, y llenando la sociedad de miembros inútiles, ó por mejor decir, nocivos, en quienes tendrán perpetuo empleo las leyes criminales, y los malvados un espectáculo de escarmiento? Así es preciso que suceda, atendidas todas las razones de la prudencia humana.

2 Los casados deben sacar de las consideraciones hechas un propósito firme de imitar en todas sus acciones á José y á María. La Madre de Dios puesta en el templo, resignada en la voluntad de los sacerdotes, y recibiendo de la mano de Dios por esposo á un varon justo, es el ejemplar que deben seguir los que se hallan todavía en el estado de solteros; y la misma Madre de Dios, cuidando con la mayor ternura de su hijo Jesus, asistiendo á su santo esposo con el mayor esmero y amor, sufriendo con paciencia las sospechas de su esposo, y los destierros que el cielo les ordenó por medio de un rey injusto, es el original mas cabal y completo de donde deben copiar sus virtudes las mujeres honestas y virtuosas que se hallan colocadas en el matrimonio. S. José, ganando con el sudor de su rostro en los penosos trabajos de un oficio honrado el sustento para su familia, y cooperando por su parte á las altísimas disposiciones de Dios en los trabajos que veia padecer á su Esposa santísima y á su Hijo, que era la santidad por esencia, es un ejemplar en donde deben fijar sus ojos todos los casados que apetezcan el dictado de justos; porque sin duda alguna siguiendo escrupulosamente el plan de tan santas acciones, se lograrán todos los fines del matrimonio, y las piadosas intenciones que tiene nuestra madre la Iglesia en proponer á los fieles el desposorio de José y de María.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES BASILEO obispo, AUXILIO Y SATURNINO, en Antioquía. (S. Basileo era obispo de una diócesis de Asia, cuyo nombre no se sabe; y hallándose en Antioquía durante la persecucion de Decio, fué preso juntamente con los santos Auxilio y Saturnino, y juntamente alcanzaron la palma del martirio.)

SANTIAGO EL INTERCISO (Ó EL CORTADO), ilustre mártir, en Persia;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Léjos de un corazon cristiano la funesta y vil pasion de los zelos, enemigos jurados de todos los bienes con que ha querido Dios honrar el santo sacramento del matrimonio: la verdadera virtud no puede estar sin caridad, y esta ni es sospechosa, ni desconfiada. A la tercera clase se reducen todos los oficios de amor, de obsequio y de trabajo que deben tener los desposados. Igualmente deben participar de las delicias y gustos de los acontecimientos felices, que de los pesares y lágrimas de los adversos. Deben mirarse continuamente uno á otro para darse auxilio, tanto en las necesidades pertenecientes al cuerpo, como en las que tocan al espíritu; porque en unas y otras deben manifestarse la caridad, que con el amor conyugal recibe nueva perfeccion y nuevos brillos. De esta manera la santidad del matrimonio manifestará todos sus efectos en los cristianos desposados, y será lo que dice san Pablo un sacramento grande, lleno de tanta perfeccion, como el que tiene Cristo con su Iglesia, y un fiel traslado de los santos desposorios de José y de María.

JACULATORIAS.—Vos, Señor, criasteis por vuestra mano á Adan, y le disteis para su ayuda y consuelo á Eva, instituyendo de esta manera el santo matrimonio. *(Tob. 18.)*

¡Oh Señor, Dios de nuestros padres! los cielos te bendigan, y las tierras, el mar, y las fuentes, y los rios, y todas las criaturas tuyas que existen en estos lugares. *(Ibid.)*

PROPOSITOS.

1 Los propósitos que resultan de las consideraciones de este dia interesan á todo género de personas, bien se hallen todavía en el estado de solteras, ó bien se hayan determinado en el estado del matrimonio á pasar su vida segun las reglas del Evangelio. Los primeros deben considerar la infinita multitud de perjuicios que trae consigo una eleccion precipitada y un establecimiento sin vocacion. Por causa suya se trastornan todas las providencias y órdenes acertadas que estableció la divina Sabiduría en el universo. El matrimonio es el manantial y origen de todos los bienes de la república, siendo él santa y prudentemente contraido. Pero si por el contrario le faltan estas cualidades, léjos de servir el matrimonio de beneficio y provecho á la sociedad, la causa terribles daños. Prescindiendo de los que se originan de las discordias, del mal ejemplo con que se contaminan muchas familias, y del mal verdadero que les resulta para siempre á los mismos desposados, ¿quién no ve un cúmulo de males

en los hijos de un mal matrimonio, cuya maldad se ha de propagar por todas las futuras generaciones? ¿quién no conoce que unos hijos criados sin el santo temor de Dios, cuyas costumbres corrompidas están tomadas de sus corrompidos padres, propagarán este mismo daño criando á sus hijos como ellos fueron criados, y llenando la sociedad de miembros inútiles, ó por mejor decir, nocivos, en quienes tendrán perpetuo empleo las leyes criminales, y los malvados un espectáculo de escarmiento? Así es preciso que suceda, atendidas todas las razones de la prudencia humana.

2 Los casados deben sacar de las consideraciones hechas un propósito firme de imitar en todas sus acciones á José y á María. La Madre de Dios puesta en el templo, resignada en la voluntad de los sacerdotes, y recibiendo de la mano de Dios por esposo á un varon justo, es el ejemplar que deben seguir los que se hallan todavía en el estado de solteros; y la misma Madre de Dios, cuidando con la mayor ternura de su hijo Jesus, asistiendo á su santo esposo con el mayor esmero y amor, sufriendo con paciencia las sospechas de su esposo, y los destierros que el cielo les ordenó por medio de un rey injusto, es el original mas cabal y completo de donde deben copiar sus virtudes las mujeres honestas y virtuosas que se hallan colocadas en el matrimonio. S. José, ganando con el sudor de su rostro en los penosos trabajos de un oficio honrado el sustento para su familia, y cooperando por su parte á las altísimas disposiciones de Dios en los trabajos que veia padecer á su Esposa santísima y á su Hijo, que era la santidad por esencia, es un ejemplar en donde deben fijar sus ojos todos los casados que apetezcan el dictado de justos; porque sin duda alguna siguiendo escrupulosamente el plan de tan santas acciones, se lograrán todos los fines del matrimonio, y las piadosas intenciones que tiene nuestra madre la Iglesia en proponer á los fieles el desposorio de José y de María.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES BASILEO obispo, AUXILIO Y SATURNINO, en Antioquía. (S. Basileo era obispo de una diócesis de Asia, cuyo nombre no se sabe; y hallándose en Antioquía durante la persecucion de Decio, fué preso juntamente con los santos Auxilio y Saturnino, y juntamente alcanzaron la palma del martirio.)

SANTIAGO EL INTERCISO (Ó EL CORTADO), ilustre mártir, en Persia;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el cual en tiempo de Teodosio el menor, por congraciarse con el rey Isdegerdes habia negado á Jesucristo, por cuya causa su mujer y su madre se apartaron de su trato y compañia; mas vuelto en sí, y arrepentido de su error se presentó al rey, confesando libremente á Jesucristo: enfurecido el rey mandó despedazarlo miembro á miembro, y despues lo degollasen. En este tiempo padecieron tambien allí mismo innumerables mártires. (Era natural de Beth-Lapeta, y privado íntimo del rey de Persia, quien tanto le rogó y le dijo para que abandonase la religion del Crucificado, que rendido Santiago, hizo lo que el rey deseaba. Supieron esta lastimosa caida de Santiago su madre y su mujer, señoras muy siervas de Dios, y le escribieron una carta concebida en estos términos: «Por obedecer al hombre mortal, has dejado á Dios inmortal y al que es verdadera vida; por agradar al que es un poco de polvo y podredumbre, has dejado el olor sempiterno y suavísimo. Pues siendo así, queremos que sepas, que de hoy en adelante nos puedes tener por estrañas, y que en ninguna manera haremos vida contigo.» Leida esta carta compungióse y angustióse Santiago de manera, que determinó volver á la batalla, pelear y vencer de quien habia sido vencido. Sabiendo esto el rey, oido el parecer de su consejo, para terror y espanto de los demás cristianos, mandó que le matasen cortándole uno á uno todos sus miembros. *Butler.*)

Los santos mártires Irenarco, Acacio presbítero, y siete mujeres, en Sebaste en Armenia. La heróica constancia de estas santas mujeres, en tiempo de Diocleciano, conmovieron de tal manera á Irenarco, que se convirtió á Jesucristo; y por decreto del presidente Máximo, fué degollado junto con Acacio.

Los santos mártires Facundo y Primitivo, en el reino de Leon, junto al rio Cea; los cuales padecieron por sentencia del presidente Atico. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Valeriano, obispo, en Aquileya. (Sucedió en esta silla á Fortunaciano, obispo arriano, imperando Valente. Purgó su diócesis de la herejía y reformó la disciplina, trasformando su rebaño en un coro de santos, en espresion de S. Jerónimo, cart. 42 y 43. Presidió el concilio de Aquileya congregado por Graciano contra los arrianos, y murió por los años de 372 á 381.)

San Máximo, obispo y confesor, en Riez en Francia; el cual desde su tierna edad fué dotado de todas las gracias y virtudes; y primero siendo Padre del monasterio Lirinense, y despues obispo de la iglesia de Riez, célebre en virtudes y milagros, murió en el Señor. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Virgilio, obispo y apóstol de Carintia, en Saltzburgo en Baviera: fué canonizado por el papa Gregorio IX. (Nació en Irlanda y se distinguió por su virtud y doctrina. Viajando á Francia en tiempo del rey Pipino, permaneció dos años en la corte de este príncipe, la cual edificó con sus ejemplos; y despues fué consagrado obispo de Juvava, llamada desde entonces de Saltzburgo, en 766. Reedificó la abadía de S. Pedro de esta ciudad, y trasladó á ella el cuerpo de S. Ruperto, fundador de aquella silla: esta iglesia fué con el tiempo catedral. Bau-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. MAXIMO, O.

tizó dos duques sucesivos de Carintia, Cetimaro y Vetuno, cuyo país le aclamó su apóstol. Entre los muchos santos que gobernaron la silla de Saltzburgo, no hay otro á quien sea tan deudor de favores aquella Iglesia, y principado temporal, como á S. Virgilio. Murió el año 784. *Butler.*)

Los santos Barlaan y Josafat, en la India confinante con la Persia, cuyos admirables hechos escribió S. Juan Damasceno. (*Véase su vida en las de hoy.*)

La dichosa muerte de san Severino, monge y solitario, en París.

SAN MÁXIMO, OBISPO DE RIEZ EN LA PROVENZA.

Nació S. Máximo hácia el principio del reinado del gran Teodosio, y fué cristianamente educado con tanta felicidad, que continuamente iba creciendo en todo género de virtudes, dominando sus pasiones en una edad en que es bien dificultoso no dejarse arrastrar de ellas. Conservó inviolablemente la inocencia de costumbres, haciéndose muy reparable en todo su porte la apacibilidad, la circunspeccion y la compostura: de corazon tan compasivo, que le enternecian visiblemente las necesidades del prójimo, para cuyo alivio derramaba abundantemente en el seno del pobre todo cuanto podia. Trataba con soberano desprecio los honores del mundo, los pasatiempos de la vida, y los bienes temporales de la tierra; y si usaba de estos, era para granjear los eternos y espirituales del cielo. Era muy inclinado al estudio, para el cual habia logrado un ingenio pronto y feliz; pero sus talentos y su aplicacion se dirigian siempre á la salvacion de su alma, la que, por decirlo así, se alimentaba y engordaba con el jugo de las verdades eternas que esprimia de la continua meditacion de la sagrada Escritura. Mantúvose en el mundo muchos años sin ser del mundo, viviendo en él como desterrado: tanto era su recogimiento y su retiro en medio de su mismo país. Mas al fin impelido del amor de Dios, todo lo dejó para irse á encerrar en el monasterio de Lerins, pequeña isla en las costas de la Provenza. No podia hacer eleccion mas acertada; pues se encontró con una república de santos y de personas escogidas que hicieron célebre el nuevo monasterio, estendiendo á larga distancia la fama del evangélico instituto con el resplandor de sus heróicas virtudes. Halló Máximo en aquel desierto todo cuanto podia apetecer para saciar su inclinacion á las virtudes penitentes, sólidas y de poco ruido, singularmente al recogimiento y á la oracion. Como se entregaba al espíritu de Dios, y como obedecia con fidelidad los impulsos de la gracia, muy en breve se dejó conocer y aun admirar su pro-

funda humildad, su amor á la pobreza evangélica, su desasimiento de todas las cosas criadas, su continua presencia de Dios, su amor á la oracion, y su mortificacion en todo cuanto se ofrecia. De todas las virtudes formó una como escalera para elevarse á tan eminente santidad, y á un grado de perfeccion tan sublime, que aunque él se consideraba el ínfimo y el mas imperfecto de todos los monges, todos le veneraban ya como á su espiritual maestro. Ofrecióse luego ocasion de que hiciesen público este general concepto, porque obligado S. Honorato á dejar el desierto de Lerins para ocupar la silla episcopal de la santa iglesia de Arlés, todos los votos conspiraron en la persona de Máximo para que le sucediese en la abadía. Constituido ya nuestro Santo cabeza de su comunidad, se propuso por modelo para su gobierno la conducta de Dios en el gobierno del mundo, mezclando la dulzura con la severidad. Con su prudencia y con su apacible suavidad templaba el rigor de la observancia, en que nunca se dispensaba; y no limitándose precisamente sus pláticas espirituales á la instruccion de sus monges, se comunicaba tambien á los de afuera el rocío de su doctrina, logrando con ella muchas conversiones. Resplandecia en su persona el don de los milagros, y concurrian al siervo de Dios tropas de gente, considerándole como á depositario de su divino poder. Sofocábale mucho este bullicioso concurso, pareciéndole que inquietaba demasiado el silencio y la quietud de su sagrado retiro. Por esto, y porque ya andaba buscando arbitrio ó pretesto para descargarse del peso del gobierno que habia puesto sobre sus hombros la unanimidad de los votos, de repente desapareció de entre todos, y se fué á esconder en el fondo de un espeso bosque que habia en la misma isla. Pasáronse tres dias y tres noches sin que se le pudiese descubrir; pero al fin le encontraron y le volvieron al monasterio. Estuvo en él poco tiempo, manifestando Dios tenerle destinado para otro ministerio, que presto se habia de aclarar. Perdió su obispo la iglesia de Riez en la Provenza; y teniendo necesidad de un buen pastor, puso los ojos en el abad de Lerins. Despachó sus comisarios, así al monasterio como á los obispos de la provincia, pidiéndole por obispo. Máximo, que miraba con un santo horror aquella dignidad, luego que entendió lo que se trataba, trató de ponerse en salvo; y metiéndose prontamente en una chalupa, desviándose de la costa de las Galias, donde era muy conocido, viró hácia las de Italia, donde esperaba vivir ignorado y oculto. Engañóle su esperanza; porque ó ya le descubriesen los que sabian el secreto de su fuga, ó ya la manifestase su misma reputacion, le siguieron, le alcanzaron, y á pesar de toda su resistencia le condujeron á Riez, donde fué recibido con aplauso universal, y fué consagrado por los obispos de la provincia despues que con su autoridad y con sus razones le redujeron á que prestase su consentimiento. El carácter episcopal solo sirvió para que brillasen mas las virtudes de nuestro Santo, haciéndolas mas visibles la elevacion de la dignidad. Las mismas se observaron en el obispo de Riez, que se habian admirado en el abad de Lerins; solo que en el obispo brillaban desde mas alto, y por lo mismo se dejaban ver mas, y eran mas útiles á muchos. Declaróse padre de su pueblo por el cuidado y por la paternal ternura con que le amaba. Hemos dicho ya que Dios le habia favorecido con el don de milagros, del cual se servia nuestro Santo para que fuese medicina de las almas la milagrosa sanidad que comunicaba á los cuerpos. Asegúrase tambien que restituyó la vida á mas de un difunto; pero como no era posible obrar estos prodigios sin recibir los aplausos, que son inseparables de las acciones estraordinarias, se retiró por algun tiempo para que el pueblo olvidase la costumbre de acudir en todas ocasiones por milagros á su poderosa intercesion. Duró poco la ausencia, volviéndole á llamar la obligacion del oficio y las necesidades del rebaño. Asistió á varios concilios que se celebraron en su provincia, ó en las comarcanas, para conservar ilesa la pureza de la fe, y promover el arreglo de la disciplina. Fué uno de los prelados de las Galias que aprobaron y recibieron la célebre epístola del papa S. Leon á Flaviano de Constantinopla contra las nuevas herejías, singularmente contra la de Eutiques, que se habia de condenar en el concilio de Calcedonia. Tambien tuvo parte en la epístola sinodal que le escribieron, congratulando á su Santidad por la felicidad con que habia comprendido en aquella epístola todo el fondo y todo el nervio de la doctrina católica que se debia seguir y defender. Murió Máximo santamente hácia el año de 460 el dia 27 de noviembre, y fué sepultado en la iglesia de S. Pedro, que él mismo habia edificado. Celebráronse sus funerales con un prodigioso concurso de personas que acudieron de todas partes á glorificar al Señor en su fiel siervo, y á pedirle mercedes por intercesion del obispo Taumaturgo, cuyo don de milagros, por decirlo así, aun despues de su muerte se conservó muy vivo.

SAN FACUNDO Y PRIMITIVO, MÁRTIRES (*).

Se controvierte entre los escritores de la nacion sobre si Facundo y Primitivo fueron ó no hijos de S. Marcelo Centurion, ilustre mártir de Jesucristo; pero prescindiendo por ahora de la resolucion de esta cuestion, poco importante para elogiar los triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe, diremos de su glorioso martirio lo que consta por las actas.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de la provincia de Galicia á un hombre cruel llamado Atico, muy á propósito para satisfacer los impíos designios de aquellos príncipes, dirigidos á abolir el nombre cristiano de sus dominios. Apenas llegó á su departamento este fiero ministro, como era uno de los mas ciegos apasionados del culto de las quiméricas deidades á quienes prestaban adoracion los romanos, hizo publicar un edicto, en el que mandaba á todos los del país que concurriesen á ofrecer sacrificio á un famoso ídolo que tenian en grande veneracion los gentiles, cerca del rio Cea, bien sea éste el que corre por la provincia de Galicia, ó bien el que pasa por el reino de Leon, en lo que se diferencian los escritores. Asistieron todos á la solemnidad de aquel acto en el dia señalado; pero no habiendo concurrido los dos hermanos Facundo y Primitivo, los delataron inmediatamente los paganos al nuevo gobernador, criminalizando su procedimiento por el mayor desprecio hecho á su dios.

No oyó con indiferencia Atico la acusacion; dió luego órden para que los trajesen á su presencia cargados de prisiones; y ejecutado así, les preguntó por su patria y religion. *Nosotros*, respondieron sin alguna turbacion ambos hermanos, *somos naturales de estas comarcas y profesamos la religion de Jesucristo.* —*¿No habeis oido,* siguió el gobernador, *que nuestros emperadores tienen mandado que todos sacrifiquen á los dioses romanos, cuyos preceptos estais obligados á obedecer como vasallos suyos?* —*Sabedores somos,* contestaron los Santos, *de una providencia tan injusta, la que no debemos obedecer: pues aunque somos súbditos suyos en lo material, no en el espíritu, parte mas noble de nuestra naturaleza, en el que somos siervos de Jesucristo, á quien como á Dios verdadero y redentor nuestro, prestamos todos los*

(*) Conforme á las Actas que se conservan en las Iglesias de Toledo y Leon, y en el monasterio de Cardeña, publicadas por el P. M. Risco, *tom. 34. pág. 390 y sig.*

dias sacrificio en todas las acciones y movimientos de nuestra vida.—*Sin duda*, continuó Atico, *sois lectores de vuestra secta, como lo demuestra vuestra locucion.*—*Nosotros no somos sabios vanos*, le dijeron los Santos; *pues si tenemos alguna inteligencia, toda proviene de Dios, por cuya ilustracion le conocemos: y si tú tuvieras el mismo conocimiento, no mandarias sacrificar á los demonios.*

Ofendido Atico de estas respuestas, viendo inútiles todas sus tentativas para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo á que prestasen adoracion á los dioses imperiales, resolvió echar mano de los tormentos mas esquisitos. En prosecucion de esta impía intencion, mandó primeramente que les quebrantasen los dedos y las piernas con un género de cepo en forma de prensa, previniendo á los verdugos que lo ejecutasen lentamente para que fuese mas sensible aquel tormento. Despues del cual dispuso que les llevasen á una dura prision, mientras discurria otros arbitrios capaces de rendir la fortaleza de los dos valerosos militares de Jesucristo.

Persuadido el tirano que con honores podria conseguir lo que no con castigos de unos hombres de aquel carácter, les envió á la cárcel una espresion de su misma mesa; pero los Santos rehusaron recibirla por no mancharse con la comida de los idólatras. Irritó tanto la cólera del gobernador aquel desprecio, que mandó fuesen arrojados Facundo y Primitivo á un horno de ardiente fuego. Hízose así inmediatamente; mas repitiendo el Señor el mismo maravilloso prodigio que en el horno de Babilonia, se conservaron tres dias entre las llamas cantando alabanzas á Dios, sin que les causasen el menor daño. Confuso Atico á vista de aquel portento, ansioso de vengarse, dispuso que les diesen una comida envenenada para que reventasen; y conociéndolo los Santos por revelacion, dijeron á los ministros: *Aunque nosotros no debiamos comer de esta ponzoña, con todo, para que el gobernador se desengañe y entienda el poder de nuestro Señor Jesucristo, la comeremos toda sin que nos cause el mas leve detrimento:* lo que se verificó habiendo hecho la señal de la cruz sobre la comida; por cuyo milagro se convirtió á la fe el compositor del inficionado alimento.

Parecia regular que tantos y tan asombrosos prodigios contuviesen las tercas porfías del gobernador, viendo que no producian algun efecto; pero no fué así, porque atribuyéndolos á arte mágica, segun la costumbre de los gentiles, que echaban siempre mano de este recurso para deslumbrar al pueblo idólatra y deslucir las maravillas que obraba Dios en favor de los cristia-

nos, dispuso que despedazasen sus carnes con garfios de fierro. Pero como los Santos no esperimentasen dolor alguno en aquel fiero castigo, fuera de sí el tirano, viéndose confundido, ordenó que les aplicasen un tropel de tormentos, como fueron mandar echar aceite hirviendo sobre sus llagas, poner hachas encendidas en los costados, é introducir cal viva, hiel y vinagre en sus bocas para que cesasen de alabar á Jesucristo. Pero como advirtiese que se mantenian llenos de alegría los ilustres confesores en medio de estas aflicciones, y aun le insultaban á que discurriese mayores tormentos, enfurecido como un bravo leon, prorumpió: *Sacadles los ojos, porque su vista me ofende.* Mas como los Santos le manifestasen, hecho el estrago, que con la privacion de la vista corporal habian mejorado la del alma, desesperado Atico, dió órden para que les colgasen por los pies en unos palos. Ejecutóse así, y viendo los verdugos la copiosa sangre que salia por las heridas y narices de ambos, los dejaron por muertos en aquel lastimoso espectáculo. Volvieron despues de tres dias á quitarlos del suplicio, y habiéndoles encontrado tan perfectamente sanos como si nunca hubiesen padecido el mas leve tormento; refiriendo con admiracion al tirano aquel nuevo prodigio, temeroso de mayores confusiones, mandó que los degollasen al instante.

Cuando les conducian al cadalso, clamó á grandes voces uno de los circunstantes que veia bajar del cielo dos ángeles con dos coronas, poniéndolas sobre las cabezas de los Santos; y disimulando Atico el temor que le causó aquella novedad, dijo en tono de burla á los verdugos: Cortad las cabezas para que vayan á buscar esas coronas. Ejecutóse la injusta providencia en el dia 27 de noviembre del año 303 segun unos, ó del 143 segun otros; é inmediatamente salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre, por cuya maravilla se convirtieron á la fe muchos gentiles, alabando el poder del verdadero Dios que adoraban los cristianos.

Adicion de los Editores.

Nuestras Iglesias han hecho siempre grande estimacion de los santos mártires Facundo y Primitivo, por haber sido tan ilustre su martirio, celebrando su fiesta en el mismo dia, y leyendo la historia de su pasion con mucha uniformidad en lo sustancial de sus pasajes, como se puede ver en los breviarios antiguos. Sus sagrados cuerpos los enterraron ocultamente los fieles en el mismo lugar del martirio junto al camino que las escrituras llaman *Strata* ó *Calciata* que iba sobre la ribera del rio *Cea*. Allí se mantuvieron las santas reliquias desde el imperio de Marco Antonino hasta el de Constantino el grande, en que los cristianos edificaron allí una pequeña iglesia con su invocacion. Es muy controvertido si fueron ó no trasladadas á otro lugar en la irrupcion de los árabes, como algunos pretenden y otros niegan. El concurso de las gentes que acudian á venerar el sepulcro y capilla de los mártires, dió ocasion á que se fundase allí un pueblo que primero se llamó *Domnos Sanctos*, y luego *S. Facundo*, y ahora *Sahagun*, cuya parroquia fué la capilla de los mártires hasta los tiempos de D. Alonso el Magno. En el reinado de este príncipe se refugiaron al territorio de Leon muchos monges de Andalucía que huian de la tiranía de Mahomad, entre los cuales llegó tambien uno abad llamado Alonso con otros compañeros suyos. El rey queriendo que estos monges hiciesen asiento en su estado, compró las heredades que pertenecian á esta iglesia, y con ellas se la dió fundándoles un monasterio con la invocacion de los santos mártires, cuyas reliquias se veneraban en aquel mismo sitio. Este es el principio del insigne monasterio de Sahagun, invadido muchas veces por los árabes, mas guardado hasta nuestros dias por la proteccion de nuestros santos mártires. No obstante algunos escritores pretenden atribuirle otro mas antiguo. Venéranse hoy las santas reliquias en medio del retablo mayor en una arca de plata. En Orense se veneran tambien reliquias de los santos Facundo y Primitivo. (*Florez t. 17. p. 226. Risco t. 34. p. 390.*)

SANTOS BARLAAN Y JOSAFAT, CONFESORES.

Despues que el glorioso apóstol Sto. Tomé ilustró las partes de la India oriental con la predicacion evangélica y convirtió á innumerables indios á la fe de Cristo nuestro Redentor, muchos cristianos comenzaron á abrazar la vida perfecta, y dando libelo de repudio á todas las cosas de la tierra retirarse á la soledad, hacer monasterios, vivir en ellos con estremada santidad, de manera, que la religion cristiana florecia en aquellas partes que antes solian ser tan incultas y estériles. Vino á tener el imperio de la India un rey llamado Abenner, varon, en la hermosura de su rostro, grandeza y fuerzas del cuerpo, señalado, y muy escelente por las guerras que habia hecho y por las victorias que habia alcanzado de sus enemigos; pero juntamente era muy dado el vano culto de sus dioses, y entre sus grandes felicidades sentia mucho el no tener hijos á quienes dejar sus copiosos tesoros. Viendo, pues, la vida que los monges hacian y la fe de Cristo que predicaban, y que mucha gente noble y principal

nos, dispuso que despedazasen sus carnes con garfios de fierro. Pero como los Santos no esperimentasen dolor alguno en aquel fiero castigo, fuera de sí el tirano, viéndose confundido, ordenó que les aplicasen un tropel de tormentos, como fueron mandar echar aceite hirviendo sobre sus llagas, poner hachas encendidas en los costados, é introducir cal viva, hiel y vinagre en sus bocas para que cesasen de alabar á Jesucristo. Pero como advirtiese que se mantenian llenos de alegría los ilustres confesores en medio de estas aflicciones, y aun le insultaban á que discurriese mayores tormentos, enfurecido como un bravo leon, prorumpió: *Sacadles los ojos, porque su vista me ofende.* Mas como los Santos le manifestasen, hecho el estrago, que con la privacion de la vista corporal habian mejorado la del alma, desesperado Atico, dió órden para que les colgasen por los pies en unos palos. Ejecutóse así, y viendo los verdugos la copiosa sangre que salia por las heridas y narices de ambos, los dejaron por muertos en aquel lastimoso espectáculo. Volvieron despues de tres dias á quitarlos del suplicio, y habiéndoles encontrado tan perfectamente sanos como si nunca hubiesen padecido el mas leve tormento; refiriendo con admiracion al tirano aquel nuevo prodigio, temeroso de mayores confusiones, mandó que los degollasen al instante.

Cuando les conducian al cadalso, clamó á grandes voces uno de los circunstantes que veia bajar del cielo dos ángeles con dos coronas, poniéndolas sobre las cabezas de los Santos; y disimulando Atico el temor que le causó aquella novedad, dijo en tono de burla á los verdugos: Cortad las cabezas para que vayan á buscar esas coronas. Ejecutóse la injusta providencia en el dia 27 de noviembre del año 303 segun unos, ó del 143 segun otros; é inmediatamente salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre, por cuya maravilla se convirtieron á la fe muchos gentiles, alabando el poder del verdadero Dios que adoraban los cristianos.

Adicion de los Editores.

Nuestras Iglesias han hecho siempre grande estimacion de los santos mártires Facundo y Primitivo, por haber sido tan ilustre su martirio, celebrando su fiesta en el mismo dia, y leyendo la historia de su pasion con mucha uniformidad en lo sustancial de sus pasajes, como se puede ver en los breviarios antiguos. Sus sagrados cuerpos los enterraron ocultamente los fieles en el mismo lugar del martirio junto al camino que las escrituras llaman *Strata* ó *Calciata* que iba sobre la ribera del rio *Cea*. Allí se mantuvieron las santas reliquias desde el imperio de Marco Antonino hasta el de Constantino el grande, en que los cristianos edificaron allí una pequeña iglesia con su invocacion. Es muy controvertido si fueron ó no trasladadas á otro lugar en la irrupcion de los árabes, como algunos pretenden y otros niegan. El concurso de las gentes que acudian á venerar el sepulcro y capilla de los mártires, dió ocasion á que se fundase allí un pueblo que primero se llamó *Domnos Sanctos*, y luego *S. Facundo*, y ahora *Sahagun*, cuya parroquia fué la capilla de los mártires hasta los tiempos de D. Alonso el Magno. En el reinado de este príncipe se refugiaron al territorio de Leon muchos monges de Andalucía que huian de la tiranía de Mahomad, entre los cuales llegó tambien uno abad llamado Alonso con otros compañeros suyos. El rey queriendo que estos monges hiciesen asiento en su estado, compró las heredades que pertenecian á esta iglesia, y con ellas se la dió fundándoles un monasterio con la invocacion de los santos mártires, cuyas reliquias se veneraban en aquel mismo sitio. Este es el principio del insigne monasterio de Sahagun, invadido muchas veces por los árabes, mas guardado hasta nuestros dias por la proteccion de nuestros santos mártires. No obstante algunos escritores pretenden atribuirle otro mas antiguo. Venéranse hoy las santas reliquias en medio del retablo mayor en una arca de plata. En Orense se veneran tambien reliquias de los santos Facundo y Primitivo. (*Florez t. 17. p. 226. Risco t. 34. p. 390.*)

SANTOS BARLAAN Y JOSAFAT, CONFESORES.

Despues que el glorioso apóstol Sto. Tomé ilustró las partes de la India oriental con la predicacion evangélica y convirtió á innumerables indios á la fe de Cristo nuestro Redentor, muchos cristianos comenzaron á abrazar la vida perfecta, y dando libelo de repudio á todas las cosas de la tierra retirarse á la soledad, hacer monasterios, vivir en ellos con estremada santidad, de manera, que la religion cristiana florecia en aquellas partes que antes solian ser tan incultas y estériles. Vino á tener el imperio de la India un rey llamado Abenner, varon, en la hermosura de su rostro, grandeza y fuerzas del cuerpo, señalado, y muy escelente por las guerras que habia hecho y por las victorias que habia alcanzado de sus enemigos; pero juntamente era muy dado el vano culto de sus dioses, y entre sus grandes felicidades sentia mucho el no tener hijos á quienes dejar sus copiosos tesoros. Viendo, pues, la vida que los monges hacian y la fe de Cristo que predicaban, y que mucha gente noble y principal

abrazaba su doctrina, ciego con el zelo de sus falsos dioses, determinó con rabia y furor perseguir á todos los cristianos, y especialmente á los monges, y ejecutar en ellos bravísimos tormentos hasta quitarles las vidas. Púsolo por obra, y muchos cristianos murieron en aquella persecucion y otros huyeron á los desiertos mas apartados. Nacióle en este tiempo un hijo, tan deseado, y púsole por nombre Josafat, y juntando muchos caldeos y varones sabios en la astrología, preguntóles acerca del nacimiento de su hijo lo que entendian que seria de él? Ellos le respondieron, por lisonjearle, que habia de ser un príncipe felicísimo y poderosísimo, y vencer en estado y riquezas á todos los reyes sus antepasados; pero uno de ellos, que tenia nombre de mas sabio, respondió que era verdad lo que los otros decian; pero no de la manera que ellos lo entendian, porque el poder y felicidad de su hijo habia de ser no acá en la tierra, sino en el cielo y en el reino de los cristianos, cuya religion habia de abrazar y seguir. Esto dijo el caldeo y astrólogo, no porque las estrellas le pudiesen enseñar esta verdad, sino porque Dios nuestro Señor se la hizo decir para mayor gloria de su religion y prueba de su divina gracia, como adelante se verá.

Mucho se afligió el rey cuando oyó esta nueva, y se le aguó el gozo del nacimiento de su hijo; pero para atajar el daño que de ser cristiano se le podia seguir, mandó edificar en un lugar apartado de su corte un suntuoso palacio, y criar allí á su hijo, dándole ayo y criados que le sirviesen y guardasen, mandando espresamente que ninguno le nombrase el nombre de Cristo ni de cristiano, ni le dijese cosa que le pudiese dar disgusto ni noticia de las miserias de esta vida. Creció con el tiempo Josafat, y diéronle maestros que le enseñasen las artes liberales y ciencias que los persas aprendian; y como era de tan vivo y agudo ingenio fácilmente las aprendió, y en breve tiempo aprovechó mucho en ellas con grande admiracion de sus mismos maestros. Con los años iba creciendo el seso y juicio de Josafat, y viendo que estaba tan encerrado y guardado, y que no le dejaban salir de su palacio, quiso saber la causa de ello, y preguntósela á uno de sus mas familiares y fieles criados. Supo que la causa era el temor que su padre tenia de que no se hiciese cristiano; y con esta ocasion vino á tener noticia de quienes eran los cristianos, qué ley tenian, qué fe profesaban y como vivian; y tocándole nuestro Señor el corazon, le dió vivos deseos de ser cristiano. Fué un dia el rey su padre á verle: hallóle triste y pensativo: quiso saber la causa; y él le respondió, que era por verse tan encerrado, y como preso, sin tener libertad de salir de su

palacio como sus criados salian. El rey, que tiernamente le amaba, le dió licencia para que saliese cuando quisiese; pero dióle personas de quienes se fiaba para que siempre le acompañasen y no le dejasen hablar con cristiano alguno, especialmente con monge solitario, y juntamente ordenó que apartasen de la vista de su hijo todos los pobres, enfermos, contrahechos y personas miserables para que no topase con ellos, ni viese cosa que le pudiese congojar, sino que le entretuviesen en fiestas y regocijos, y en todo lo que le pudiese dar contento y alegria. Salió, pues, el príncipe Josafat de su encerramiento; y como son tantas y tan comunes las miserias humanas, por mucho que se las quisieron desviar, luego que anduvo por el mundo encontró con ellas. Vió algunos hombres ciegos, mancos, cojos, y otros viejos acorvados y cercanos á la muerte; y como todo esto le era nuevo, y él era de lindo y curioso ingenio, luego preguntaba qué era aquello: y entendiendo que son manqueras y miserias de la naturaleza humana, y que no hay hombre ninguno, aunque sea rey, que por su condicion y estado sea exento de ellas, y que la muerte es fin y remate de todos los placeres y grandezas de esta vida, por una parte se enternecia considerando la flaqueza del hombre y por otra hacia gracias á Dios (á quien por buena filosofía conocia que era uno y criador de todo el universo) por haberle dado á él los miembros de su cuerpo cumplidos, ojos, manos y pies, y entera salud. Y oyendo decir que esta vida se acababa, y que lo que mas podia durar era comunmente hasta los ochenta ó cien años, comenzó á juzgar que se debia tener en poco, y amar y buscar otra que fuese eterna. Andaba rumiando y revolviendo estas cosas en su corazon, y deseoso de hallar quien se las desenvolviese y enseñase; y muchas veces se angustiaba y afligia, y en su rostro y semblante lo mostraba. Verdad es que cuando el rey su padre le venia á ver y le hablaba lo encubria para no darle pena; mas Dios nuestro Señor, que ve los corazones y por este camino queria alumbrar á Josafat, envióle un gran siervo suyo que le desatase sus dudas y le declarase lo que le convenia para la salud eterna. Habia en el desierto de Senaar un hombre anciano y de mucha santidad, adornado de sabiduría del cielo, llamado Barlaan: á este santo solitario descubrió Dios el deseo de Josafat, y le mandó que se fuese á ver con él; y él, obedeciendo al mandato divino, se embarcó en una nave en hábito de seglar y navegó á la India, y se fué á la ciudad donde el príncipe vivia. Despues de haber estado allí algunos dias, tuvo forma para hablar á Josafat como mercader que le traia muy ricas y preciosas joyas, y piedras de inestimable valor. Tuvo con

él pláticas, no uno, sino muchos dias; porque las guardias no se recataban de él, por verle en aquel traje, y porque el príncipe mostraba gustar de su comunicacion. Descubrióle quién era, quién le enviaba, á lo qué venia, y las piedras preciosas que le traia, que era el declararle quién era el verdadero Dios, como por amor del hombre se habia hecho hombre, la necesidad que para salvarse habia de creer en él, y recibir el bautismo, las leyes del Evangelio, y los sacramentos que nos ha dejado, el premio que se dará á los buenos, y el castigo y penas sin fin á los malos. Fueron tan eficaces las palabras de Barlaan, y dichas con tanto espíritu y luz del cielo, que Josafat las abrazó y se convirtió á la fe de Cristo y se bautizó, no temiendo perder el reino de su padre ni la vida si fuese menester. Dióle asimismo noticia el santo viejo de los monges que moraban en los desiertos de Senaar, de sus ejercicios y penitencias, y cuan dulces y sabrosas les eran, por tener por aquel camino mas cierta su salvacion: por lo cual el príncipe se movió y encendió tanto en el amor de Dios y deseo de la perfeccion, que propuso y prometió imitarlos, y seguir siempre que pudiese aquella aspereza de vida. El ver las largas pláticas que Josafat y Barlaan tantas veces tenian entre sí dió sospecha á uno de los ayos de Josafat de lo que podia ser; y temiendo que aquel viejo debia de ser cristiano y por ventura monge, y que sabiendo el rey que lo era, y que le habian dejado hablar con su hijo, seria gravemente castigado, se quiso enterar de la verdad del mismo Josafat, y él se la descubrió, teniéndole una vez escondido en su aposento para que oyese los santísimos documentos de Barlaan. Cuando los oyó, quedó asombrado; y para prevenir su daño, antes que otro le ganase por la mano, contó al rey llanamente lo que pasaba, y como el viejo Barlaan, monge, fingiéndose mercader los habia engañado y pervertido al príncipe y héchole de su bando.

No se puede fácilmente creer el sentimiento que tuvo el rey, viendo que no habia podido con toda su diligencia é industria evitar los daños que él temia, si su hijo tuviese noticia de Cristo y comunicacion con los cristianos. Mandó llamar á un privado suyo, llamado Araches, varon prudente, y dióle cuenta de lo que habia sabido, y pidióle consejo de lo que habia de hacer. El parecer de Araches fué, que ante todas cosas se procurase haber á las manos á Barlaan; y así el rey dió órden que le buscasen, y (porque viendo descubierta la celada, y que ya habia cumplido lo que Dios le habia mandado, él se habia ausentado y vuelto á su soledad) que le siguiesen; y el mismo rey (tanta era su saña) le siguió seis dias, y no hallándole, mandó á Araches que con soldados fuese tras él, y aunque estuviese debajo de tierra, le sacase y se le trajese, para hacerle morir con atroces tormentos. Hizo sus diligencias Araches, y anduvo por el desierto sin poder descubrir al que buscaba; pero halló diez y siete monges y santos solitarios, á los cuales, porque no le quisieron mostrar donde estaba Barlaan, ni hacer caso de sus amenazas, los mandó atormentar crudamente, y despues los trajo delante del rey, y él los mandó matar, y con gran paz y alegría de sus almas recibieron la corona del martirio.

Visto que no se habia podido descubrir Barlaan y que el príncipe Josafat estaba fuerte y constante en su opinion, Araches aconsejó al rey que se hiciese una disputa entre los cristianos y los sabios gentiles, para convencer á su hijo y mostrarle cuan engañado estaba en querer dejar la adoracion de sus verdaderos y antiguos dioses, por adorar por Dios á un hombre facineroso y crucificado; porque esperaba que siendo el príncipe de tan buen entendimiento y tan obediente y deseoso de dar contento á su padre, fácilmente se reduciria á su voluntad: y mas le dijo, que él conocia á Barlaan por haberle visto tantas veces entrar á hablar con el príncipe, y que le hacia saber que habia tenido un maestro que se llamaba Nachor, que se parecia á Barlaan como un huevo á otro, y era gran mago y adivino, y que estaba muy bien instruido en las cosas de los cristianos, aunque por tenerlas por falsas seguia la secta y creencia del rey y del reino: que él haria que Nachor viniese á la disputa y fingiese que era Barlaan (pues tanto se le parecia), que en la disputa se dejase vencer, y confesase que quedaba convencido; y que por este camino el príncipe, viendo que su maestro Barlaan se rendia y no sabia responder á los argumentos de los contrarios, entenderia que habia sido engañado, y dejaria la religion de los cristianos que habia abrazado.

Como lo dijo Araches, así se trazó; y Josafat, por dar gusto á su padre, vino bien en ello. Publicóse que el rey daba libertad á todos los cristianos que quisiesen venir á disputar de la verdad de su religion con los sabios y caldeos que él señalaria. Vinieron muchos de su parte, y los mas doctos é insignes varones de todo su reino; y de parte de los cristianos vino el verdadero Nachor y fingido Barlaan, que para mayor disimulacion falsamente habia divulgado que habia sido hallado y preso; y estando de esto afligido el príncipe Josafat, y temiendo el grave daño que podria venir á su maestro, Dios nuestro Señor le reveló el embuste y maraña del falso Barlaan, y le aseguró que de aquella disputa

resultaria mayor gloria suya. Tambien vino por parte de los cristianos un hombre muy principal, sabio y virtuoso, llamado Baraquías, para juntarse con el fingido Barlaan, y defender el partido de los cristianos.

Llegado, pues, el dia señalado, el rey en una sala grande se sentó en su trono y silla real, y á sus pies el príncipe Josafat su hijo, y de una parte se pusieron los sabios caldeos é indios y gentiles, y de la otra solos Baraquías y el verdadero Nachor con máscara de Barlaan: al cual se volvió Josafat (conociéndole bien quien era y su intento, por la revelacion que habia tenido de Dios) y díjole: Ahora, Barlaan, es tiempo que la doctrina que en mi palacio me enseñaste y me persuadiste que recibiese, la defiendas en público; porque si asi no lo haces, llevarás el pago y castigo que mereces, como persona embustera y que engañó al príncipe é hijo de su rey y señor; y yo te mandaré sacar la lengua y echarla con tu cuerpo á las bestias fieras, para que otros con tu ejemplo escarmienten y no pretendan engañar á los hijos de los reyes.

Quedó Nachor atónito con las palabras que le dijo el príncipe, y vió su peligro de cualquier manera que aquel negocio le sucediese; porque si hacia lo que el príncipe le decia, temia la ira del rey, y si hacia lo que el rey queria, no sabia como escaparse de las manos del príncipe que así le amenazaba. Vacilando, pues, y siendo combatido de varias ondas su corazon, inspirándole Dios, se determinó (como cosa mas segura, ó menos peligrosa) defender la verdad que Josafat pretendia. Vinieron, pues, á su disputa los caldeos y sabios gentiles con Nachor, y favorecido del Señor, los convirtió de manera que no supieron que responderle; porque les probó por razones naturales y fundadas en buena filosofía, que no puede haber mas de un solo Dios, que es artífice y señor soberano del cielo y de la tierra: que toda la otra chusma de dioses que adoran los gentiles, son vanos y falsos, y obras de nuestras manos, y que muchos de ellos fueron hombres viciosos, torpes, crueles é indignos del nombre de hombres: que lo que los hombres ciegos y desatinados oponen á la religion cristiana va fuera de camino, y que todo lo que ella profesa y enseña es muy conforme á toda buena razon y á la majestad soberana é infinita de Dios, y á la virtud y dignidad de los que la profesan. Deshacíase el rey oyendo las razones de Nachor, mas por no descubrir el artificio y maraña con que Nachor por su órden se habia vendido por Barlaan, callaba y disimulaba. Finalmente, acabada la conferencia y disputa, Nachor aquella noche (temiendo el enojo del rey)

se fué con el príncipe (que lo suplicó á su padre); y estando los dos solos, entendió de él que sabia quien era y á lo que habia venido, y que á Dios ninguno le puede resistir, y oyó tales cosas de la escelencia, pureza y majestad de la religion cristiana, que Nachor se compungió y determinó á hacerse cristiano, y á retirarse á algun desierto á hacer penitencia de sus grandes pecados. En cumplimiento de ello se entró en una cueva apartada en compañía de un santo monge, de quien fué instruido, enseñado y bautizado, comenzando á hacer vida, no de encantador y mago (como antes lo habia sido), sino de persona alumbrada de la luz del cielo, y que aspiraba á la bienaventuranza: de suerte, que así como leemos que habiendo el rey Balach llamado al profeta Balaan para que maldijese al pueblo de Dios, cuando él vino le bendijo, y por la maldicion le dió la bendicion; así Nachor, habiendo venido para opugnar la fe de Cristo, la defendió, y convirtió en medicina la ponzoña.

Cuando el rey supo lo que Nachor habia hecho, creció mas la saña y furor contra él; y no pudiendo haberle á las manos, se volvió contra sus mismos astrólogos y caldeos, teniéndolos por hombres ignorantes, y que siendo muchos y los mas sabios de su reino, no habian sabido responder á Nachor; y por vengarse de ellos, á unos mandó azotar, á otros desterrar, y á todos maltratar: y no contento con esto, tambien comenzó á tener en poco sus dioses, y quitarles la reverencia y los sacrificios que antes les hacia; pues no sabian defender su partido y dar muestras de su gran poder.

Esta mudanza y demostracion del rey turbó en gran manera á los sacerdotes y ministros de los ídolos; y temiendo que si el rey pasaba adelante en lo que habia comenzado, todo el pueblo seguiria su ejemplo, y el culto y veneracion de sus dioses caeria y juntamente ellos perderian sus honras, autoridad y aprovechamiento, procuraron que un grande hechicero y nigromántico llamado Teudas (á quien el rey tenia mucho respeto) viniese de la soledad en que estaba á la ciudad para consolar al rey y animarle, y reducirle á la devocion y culto de sus dioses. Vino el mago, y despues de otras razones que dijo al rey para consolarle, le aconsejó que si queria que el príncipe su hijo negase la fe de Cristo, procurase que se aficionase á mujeres y perdiese la castidad, y que para esto le quitase todos los criados que tenia en su servicio, y solamente le diese doncellas hermosas, galanas y desenvueltas, que estuviesen siempre con él, y con caricias y regalos le ablandasen; porque este era el único remedio que en caso tan dificultoso é importante podia hallar.

Añadió que él tenia un demonio, entre otros, muy poderoso, por medio del cual procuraria encender el ánimo del príncipe y echar aceite en el fuego que las doncellas hubiesen emprendido, y darle tanta batería y tan fuertes asaltos que el mozo no pudiese resistir: y para persuadir esto mas fácilmente al rey, le contó una historia ó fábula de esta manera. Un rey (dijo) poderoso estaba muy triste por no tener hijos: nacióle uno, y recibió estremada alegría; pero los médicos le dijeron, que á lo que entendian de la complexion y compostura de los ojos de su hijo, si hasta los doce años de su edad veia sol ó fuego, sin duda por la flaqueza y ternura de ellos perderia la vista y totalmente quedaria ciego. Temiendo esto el rey su padre, le mandó criar en un aposento oscuro, donde estuvo hasta que tuvo doce años, y despues le mandó sacar de él y ver mundo. Como el muchacho hasta entonces no habia visto cosa, y se hallaba tan nuevo en todas, íbanle mostrando muchas de las cosas que Dios ha criado, y declarándole lo que era cada una y sus nombres, como son, oro, plata, joyas, piedras preciosas, aves, peces, flores, frutas, hombres y animales: entre las otras cosas tambien le mostraron algunas mujeres; y preguntando él como se llamaban, un soldado de la guardia del rey su padre, burlándose le dijo que se llamaban demonios, y que eran los que enredaban á los hombres: y que despues que hubo visto tanta muchedumbre de cosas, y holgádose y aprendido los nombres de ellas, le habia preguntado su padre, cuál de todas las cosas que habia visto le habia dado mayor gusto y deleite; y que el muchacho habia respondido que la que mas le habia agradado eran aquellos demonios que engañan á los hombres, y los enredan, porque sola su vista le habia encendido en su amor. Por donde se ve (dijo el mago) cuan natural es al hombre el amor á las mujeres, y que no hay otra arma mas fuerte para ablandarlos y rendirlos, que sus dulzuras y deleites. Este fué el consejo de Teudas, inspirado de los demonios, á quien el mago servia, y semejante al que Balaan, tambien hechicero, dió al rey Balach, para arruinar al pueblo de Israel. Mandó, pues, el rey quitar todos los criados á su hijo, y darle doncellas muy hermosas, agraciadas y compuestas, dándoles la órden de lo que con él debian hacer.

¡Qué terrible y qué espantosa es la astucia de nuestro comun enemigo, y cuán estrañas son las artes que toma para perdernos; y cuánta es la bondad del Señor y la fuerza de su gracia para ampararnos y defendernos, y darnos, despues de las duras batallas, victorias, coronas y triunfos! Maravilloso se habia mostrado el Señor con Josafat en las cosas que hasta aquí habemos referido: en haberle enviado á Barlaan para que le enseñase y le hiciese particionero de su luz, y mucho mas en haber salido tan bien de la disputa con los filósofos y caldeos gentiles, y ganado para Dios al mismo Nachor, que en nombre de Barlaan le habia querido engañar; pero mas admirable fué la providencia con que en este conflicto tan peligroso Dios le libró. Vióse el santo mozo cercado por todas partes de serpientes infernales, y de crueles aunque blandos y suaves enemigos, que con sus gestos, meneos, palabras y obras, de noche y de dia, en todo lugar y tiempo, no pretendian sino robarle la preciosa joya de la castidad. Halló-se muy angustiado y afligido, y como sumido en un abismo de peligros y dificultades; porque ¿quién traerá fuego en el seno, y no se quemará? ¿quién andará entre víboras y basiliscos sin lesion? ¿quién en un barco tan frágil y quebradizo como nuestra corrupta naturaleza, podrá pasar sin hundirse por un mar tan tempestuoso y tan lleno de rocas, bajíos y corsarios? Volvióse á Dios Josafat, entendiendo que sin su gracia no podia resistir: ayunó, veló, oró, derramó muchas lágrimas, pidió favor al que le habia escogido para tanta gloria suya; y alentado con el viento favorable de su gracia, salió bien de todas aquellas batallas y peleas, y guardó su castidad.

Pero no por eso desmayó el demonio, ni por ser en esta lucha vencido de Josafat desconfió de poderle derribar y vencer; antes con mayor ímpetu y braveza le acometió de nuevo, y levantó otra tormenta mas brava que las pasadas, y tan horrible y espantosa, que de ella ninguna persona, sin especial y singular gracia de Dios, pudiera escapar. Entre las otras doncellas que el rey dió á su hijo para que le regalasen y entretuviesen, habia una de estremada belleza, muy discreta y graciosa, hija de un rey, la cual habiendo sido cautivada en cierta guerra, habia sido presentada al rey Abenner. Fuéla dicho de su parte que si ablandaba el pecho duro de su hijo, que la daria libertad, y aun que la casaria con él; y ella, así para alcanzar libertad como por ser mujer del hijo del rey, y heredera del reino, deseaba en gran manera tentar al mozo, y enredarle y atraerle á su voluntad; y el demonio, que tambien la atizaba y con nuevas llamas la encendia, pretendió engañar á Josafat con nombre y capa de piedad, para que lo que no habia podido alcanzar de la deshonestidad descubierta, lo alcanzase la cubierta y fingida, con zelo de caridad. Comenzó á compadecerse Josafat de aquella doncella tan hermosa, tan prudente, dotada de tantas gracias naturales, considerando que era hija de rey, y cautiva de su padre, y que co-

mo cautiva le servia. Pasó mas adelante, y tuvo mayor lástima del alma de ella, por ver que era idólatra y cautiva de Satanás. De este dolor y sentimiento nació en su pecho una ternura y amor y deseo de hablarla para sacarla de las tinieblas en que estaba, y convertirla á la fe y amor de Jesucristo. Todos estos afectos eran lazos escondidos de Satanás. Hablóla, pues, Josafat con dulces y cuerdas palabras, declarándola la lástima que tenia por la ceguedad en que estaba, exhortándola á dejarla, y volverse á Dios vivo y verdadero, y á su benditísimo Hijo Jesucristo, que por nuestra salud se habia hecho hombre y muerto por nuestros pecados en la cruz. No perdió tan buena ocasion la serpiente infernal; antes habló á Josafat por boca de aquella doncella (como habia hablado á Adan en el paraiso por boca de otra mujer), la cual le propuso que ella haria cuanto él la mandaba, si él queria hacer una cosa, y era, que la tomase por mujer y se casase con ella; pues aunque era cautiva, era hija de rey, y en sangre no le debia nada, y que en amarle ninguna otra mujer la haria ventaja, y que de su hermosura y otros dones naturales no queria hablar por ser tan manifiesto. Turbóse el príncipe con esta demanda, y manifestóla que él no se pensaba casar: y ella, incitada del que hablaba por ella, con meneos y gestos lascivos le quiso persuadir que á lo menos se gozasen aquella noche, y que ella le prometia luego á la mañana hacerse cristiana y bautizarse, y que él seria causa de su salvacion, y otras cosas le dijo á este tono que pudieran ablandar cualquiera pecho de hierro, acero y diamante: y aquel espíritu grande de fornicacion, á quien el mago Teudas habia encargado mas este negocio, acudió en esta coyuntura, y comenzó á abrasar el corazon de Josafat con unas llamas de amor torpe, tan encendidas, que fué milagro del Señor no quedar consumido con ellas; y para derribarle mas fácilmente, y enredarle con máscara de piedad, le proponia que no seria pecado ni ofensa de Dios consentir en lo que pedia aquella doncella, pues no lo hacia por deleite sensual, ni apetito libidinoso, sino para sacarla á ella de la ceguedad en que estaba, y del culto de los vanos dioses, y hacerla particionera de la sangre de Jesucristo y heredera del cielo. ¿Quién no cayera á tan duros golpes, si Dios no le tuviera, especialmente siendo mozo, y no tan instruido en nuestra santa ley? Ya Josafat vacilaba, y comenzaba con el pensamiento á blandear; pero volviendo en sí, cerró los oidos á los silbos de la serpiente infernal, que hablaba por aquella doncella, y con entrañable afecto y copiosas lágrimas, pidió socorro al Señor, dando muchos suspiros y gemidos, suplicándole que le librase de tan manifiesto peligro: y habiendo gastado algunas horas orando y llorando postrado en el suelo, se adormeció, y le pareció que le llevaban en espíritu por gente que no conocia á un lugar amenísimo y escelentísimo, de singular recreacion y deporte, y tal, que mas parecia un traslado y representacion del cielo, que no cosa de la tierra: de aquel lugar fué llevado á otro, que era figura y retrato del infierno, y cárcel de los condenados. Tornó luego en sí, y acordándose de lo que en aquel arrobamiento habia visto, y de los grandes bienes del un lugar, y de los males del otro, cobró tan estraño horror y aborrecimiento á aquella doncella y á las demás que le servian, que por mas ataviadas y compuestas que estuviesen, le parecian feas y abominables, y mas monstruos infernales que mujeres; y con esta pena que le causaba su vista, se echó en la cama enfermo.

Muy confusos quedaron los demonios por haber sido vencidos de un mozo á quien ellos tan terriblemente con todas sus máquinas y poder habian combatido, y vinieron al nigromántico Teudas, como avergonzados y corridos, á decirle el suceso de aquella lucha y pelea, y que ellos no tenian poder contra los que se armaban con la pasion y cruz de Cristo, como lo habia hecho Josafat; y que así no podrian volver á él, ni tentarle de nuevo, porque sabian que perderian tiempo, por estar el mozo muy fundado en Cristo. Mas el rey, cuando supo la enfermedad de su hijo, luego le vino á ver, para saber de él la causa de su dolencia. El príncipe se la declaró, y le refirió los asaltos que los demonios le habian dado por medio de aquellas doncellas, que él habia armado como lazos á sus pies, y como Dios le habia librado de ellos con la vision del paraiso y del infierno: que él estaba determinado á dejarlo todo é irse al desierto á vivir y morir en compañia de su santo maestro Barlaan; porque si el rey queria perseverar en su ceguedad, é irse al infierno, él queria mirar por su alma y agradar á Dios: y que si no se le dejaba hacer, él de pesar se moriria, y el rey perderia á su hijo y dejaria de ser su padre.

No se puede fácilmente decir el sentimiento que causaron las palabras del príncipe en el pecho del rey, y los varios y contrarios pensamientos que como olas embistieron y atormentaron su corazon, no sabiendo qué medio tomarse con su hijo para que le fuese obediente: si usaria con él de rigor ó de blandura: si le castigaria como á desobediente y pertinaz, ó le regalaria como á hijo tan querido, y le dejaria hacer su voluntad. Mandó llamar á Teudas, de quien mucho se fiaba: descubrióle la angustia y quebranto de su corazon, y pidióle consejo de lo que habia

de hacer. El mago, confiado en sus malas artes, sagacidad y esperiencia, dijo al rey que le dejase hablar con Josafat, que él se le ablandaria. Gustó de esto el rey, y los dos vinieron á verse con el príncipe, con el cual Teudas tuvo una larga plática para persuadirle que era loco en no obedecer al rey su padre en una cosa tan justa y tan puesta en razon, como era conservar la religion y culto de los dioses inmortales que tantos varones sabios les habian enseñado, y los príncipes sus antepasados abrazado, y el rey su padre y todo su reino con las armas defendido; y esto por creer que era Dios verdadero un hombre que por sus delitos habia sido crucificado, y habia tenido por predicadores de su ley y doctrina á doce pescadores pobres y desventurados, que no se podian en ninguna cosa comparar con tantos y tan esclarecidos varones que habian seguido la religion de sus padres. El fin de la plática fué, que Josafat, con el espíritu y favor del cielo, convenció á Teudas, probándole la vanidad y monstruosidad de sus dioses, y la escelencia y armonía de nuestra sagrada religion; y que una de las cosas en que mas resplandecia su grandeza y virtud, era en haber aquellos doce viles y despreciados pescadores rendido y sujetado á tantos y tan sabios filósofos, como él decia, y á los reyes poderosos que les hacian resistencia, sojuzgádolos y puéstolos debajo del yugo de Jesucristo. Quedó el mago tan trocado y tan convencido, que se resolvió á hacerse cristiano, y solo temió que por ser sus pecados tantos y tan graves, Dios no se los perdonaria, ni le admitiria á penitencia. Mas entendiendo de Josafat las amorosas entrañas que el Señor tiene para con los que conociendo sus culpas las lloran y se enmiendan de ellas, y que todos los pecados del mundo son como una paja, comparados con el incendio de la infinita caridad de Dios nuestro Señor; se animó, y despidiéndose del rey y del príncipe, se fué á su cueva, en la cual solia convocar á los demonios, y tomando los libros de sus malas artes, los quemó, y de allí se fué á la otra cueva donde estaba Nachor en compañía de otro santo monge, del cual fué muy bien recibido: despues de haber muchos dias ayunado y hecho penitencia de las culpas de la vida pasada, y sido enseñado en los misterios de la religion cristiana, fué bautizado é incorporado en el gremio de la santa Iglesia Católica Romana! el que antes tanto con sus diabólicas artes la perseguia. ¿Quién podrá contrastar con Dios? ¿O quién piensa poder resistir á su voluntad; pues sola la señal de su cruz confunde y desbarata los ejércitos infernales, y un rayo de su divina luz basta para sacar y trasladar á la verdadera vida á los que habitan en la sombra de la muerte? Ya que Nachor y Teudas, tan

insignes magos, é instrumentos de Satanás, quedan rendidos y postrados á los pies de Cristo, resta que se rinda el rey Abenner, como principal capitan de esta guerra y mas obstinado en su perfidia; el cual, habiendo visto que ninguno de los medios que habia tomado con su hijo habia aprovechado, ansioso, suspenso, congojado, y sobre manera afligido, mandó juntar su consejo de estado, para determinar lo que habia de hacer. Varias fueron al principio las sentencias de los del consejo del rey; pero Araches (que era tenido por mas sabio, y como cabeza de los demas y muy privado del rey) fué de parecer que se procediese con el príncipe con blandura, y que el padre partiese con su hijo el reino, y le dejase gobernar su parte, porque de esta manera conservaria al hijo y al reino con toda paz y quietud. Este parecer siguieron los demás, y el rey vino en ello, y habló con el príncipe, y declaró el acuerdo que habia tomado; y el príncipe le respondió, que aunque era su deseo dejarlo todo y retirarse para servir mas perfectamente á Dios, pero que le obedeceria y haria todo lo que le mandase, como no fuese contra Dios. El rey nombró á su hijo por rey, y como tal le mandó coronar; y habiendo dividido su reino en dos partes, le entregó la una, y le envió á ella, acompañado de guardas y soldados, y dió licencia á todos los señores y caballeros y capitanes de su reino, que le fuesen á acompañar Entró Josafat en una ciudad nobilísima y populosa para hacer su residencia, y la primera cosa que hizo fué mandar poner cruces en todas las torres de ella, y asolar todos los templos de los ídolos, y fabricar uno solemne y magnífico á Dios verdadero, exhortando á todo el pueblo con palabras cuerdas, graves y amorosas, que hiciese reverencia á la cruz, y reconociese y adorase al verdadero Dios: y para moverlos mas, él era el que iba delante con su ejemplo, y todo el pueblo le seguia, admirado de la virtud y modestia de su príncipe, y deseoso (como suele) de imitarle y darle en todo gusto y contento. Con esto comenzó á respirar y alzar la cabeza nuestra santa religion, y todos los cristianos y monges que por temor de la persecucion pasada se habian desterrado de su patria, y huido á los desiertos, y escondídose en las cuevas y entrañas mas secretas de la tierra, oyendo estas nuevas, volvieron á la ciudad y vivian en paz y tranquilidad: convertíanse muchos y de los mas principales señores á nuestra santa fe, y otra gente innumerable; y el Señor, que es copioso en su misericordia, no solamente sanaba las almas de los que se bautizaban y las limpiaba de las inmundicias de sus culpas, sino tambien á los que estaban agravados de enfermedades corporales les daba entera salud.

Hizo Josafat consagrar la iglesia que habia edificado, y nombró por obispo á un santo varon que habia padecido grandes trabajos por Cristo; y de ninguna cosa tenia mas cuidado, que de amplificar la gloria del Rey de los reyes, y traer á todos sus súbditos á su conocimiento y servicio. Era muy justo, muy templado, muy modesto, prudente y benigno, y mas padre de todos sus vasallos que rey; socorrialos en sus necesidades con tanta liberalidad, que pensaba recibir beneficio cuando le hacia. Con esta vida y ejemplo comenzó toda aquella tierra á resplandecer con una nueva luz, como cuando despues de una oscura y tenebrosa noche amanece el dia muy claro y sereno, y la gente de todas partes venia para ver al rey Josafat, y tomar su religion, y gozar de sus virtudes y grandezas; y hasta los criados del rey Abenner su padre, dejaban su servicio y se venian al de su hijo, admirados de la escelencia de su persona y gobierno. Este buen gobierno tomó Dios nuestro Señor por medio para reducir al camino de la verdad al descaminado padre: porque viendo que cada dia florecia mas la religion cristiana que él habia pretendido estinguir con todas sus fuerzas, y que la de sus dioses se iba menoscabando; alumbrado de un rayo divino, conoció que el hijo andaba por el camino derecho y llano, y él ciego y fuera de camino. Escribióle una carta, declarándole cuan arrepentido estaba de haber perseguido á los cristianos, y de no haberle antes creido, y lo que deseaba volver la hoja, y bautizarse, y ser cristiano, si Dios le quisiese recibir en su gracia y perdonarle tantos y tan atroces pecados que contra él y contra sus siervos con tanta impiedad y crueldad habia cometido; y juntamente le encargaba que le escribiese todo lo que le parecia que debia hacer para su salvacion y bien de su reino. No se puede creer ni esplicar con palabras el júbilo y regocijo que el alma de Josafat recibió con esta carta de su padre: entróse luego en su aposento; y postrado en el suelo delante de una imágen de Cristo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas de consuelo, comenzó á hacer gracias á nuestro Señor, porque le habia oido, y concedídole la salvacion de su padre, que con tantos y tan largos gemidos y ansias le habia suplicado; y pidiéndole nuevo favor y gracia, se partió luego acompañado de sus gentes y soldados para su padre, que cuando lo supo, le salió á recibir, y le abrazó y besó, y mandó que se hiciese fiesta pública y solemne por su venida. Despues que Josafat hubo reposado, estando á solas con su padre, le dió noticia de todo lo que deseaba saber, y le declaró los misterios de nuestra sagrada religion de tal suerte, que el rey Abenner quedó admirado de la sabiduría

de su hijo, y compungido de sus pecados, y trocado en otro varon, y delante de todos los que allí se hallaban, adoró la cruz, y confesó á Jesucristo por verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Con esta ocasion Josafat habló á los señores, caballeros y capitanes de su padre de la fe cristiana tan altamente, que todos á una voz clamaron: Grande es el Dios de los cristianos, y no hay otro Dios sino nuestro Señor Jesucristo, el cual con el Padre y con el Espíritu Santo para siempre debe ser glorificado. Y el rey Abenner, encendido de zelo, y deseoso de satisfacer en algo la impiedad pasada, deshizo con gran fervor todos los ídolos de oro y plata que habia en su palacio, y los repartió á los pobres; y acompañado de su hijo derribó los altares y los templos de sus falsos dioses sin dejar piedra sobre piedra, y en su lugar mandó edificar otros templos al verdadero Dios; y lo mismo mandó hacer en las otras partes de su reino. Era cosa mucho para alabar al Señor, el ver que los demonios, que antes habitaban en sus antiguos templos, salian de ellos gimiendo y dando lastimosas voces y alaridos, confesando la omipotencia del Crucificado. Despues, siendo el rey Abenner bien instruido en las cosas de nuestra santa religion, fué bautizado por el obispo de quien hicimos mencion arriba, y su mismo hijo Josafat fué su padrino, y padre espiritual del que le habia engendrado segun la carne. Quedó Abenner tan otro de lo que solia, que renunció todo su reino á su hijo, y se vistió de cilicio y ceniza para hacer penitencia de sus pecados, temiendo que por ser tantos y tan graves, no habia de alcanzar perdon de ellos del Señor; mas el santo Josafat le consoló y alentó, dándole á entender cuan grande injuria hace á Dios el que desconfia de su bondad y misericordia (que es la cosa de que mas él se precia), y que todos los pecados del mundo cotejados con ella, no son mas que una gota de agua respecto del mar. En esta vida y penitencia vivió el rey Abenner cuatro años, y al cabo de ellos le dió una mortal enfermedad; y estando cercano á la muerte, bendiciendo á su hijo, y besándole muchas veces, y haciéndole gracias por lo que habia trabajado por él, y alabando al Señor por haberle mirado con tan piadosos ojos, y sacádole del profundo abismo de la muerte en que estaba, y traídole á su conocimiento, y encomendando su espíritu al que le habia criado, acabó el curso de su peregrinacion. El rey Josafat mandó vestir el cuerpo de su padre, no con ropas reales y ricas, sino con hábito de penitencia, y de esta manera le enterraron con gran solemnidad, derramando el hijo muchas lágrimas delante del sepulcro del padre, del cual, sin comer, ni beber, ni dormir, no se apartó por espacio de siete dias, supli-

cando instantemente al Señor que perdonase á su padre y le admitiese en las moradas eternas. Y habiendo cumplido con este piadoso oficio, se volvió á su palacio, y mandó tomar todos los tesoros suyos y de su padre, y repartirlos á los pobres; lo cual se hizo tan largamente, que apenas quedó pobre en el reino.

Pasados cuarenta dias de la muerte de su padre, quiso Josafat cumplir con su deseo, y lo que á Dios habia prometido. Para esto mandó juntar á los grandes, señores, caballeros y muchos ciudadanos de su reino; y estando sentado en su trono real con aspecto grave y blando, les habló de esta manera: «Ya veis como mi padre el rey Abenner es muerto, como muere cualquier pobre hombre, sin haberle podido librar de la muerte las grandes riquezas que tenia, ni la gloria y nombre de rey, ni la muchedumbre de vasallos y criados, ni los ejércitos poderosos, ni yo, que soy su hijo, y tanto deseaba su vida. Ha ido á un tribunal donde le pedirán cuenta de lo que ha hecho en esta vida, sin llevar consigo criado, deudo, ni amigo que le pueda ayudar. Hágoos saber, que yo siempre he deseado eximirme de esta carga que tengo de rey, de echarla sobre otros hombros, y retirarme á alguna soledad, para cumplir lo que á Dios tengo ofrecido. He dejado hasta ahora de hacerlo, por obedecer al rey mi señor, y por parecerme que Dios se queria servir de mí para mostraros el camino del cielo, y sacaros de las horribles tinieblas de la idolatría en que estábades. Ya cumplí con la voluntad de mi padre, y vosotros con la gracia del Rey Soberano habeis abierto los ojos, y conocídole por vuestro Dios, Redentor, y Señor de todo lo criado: ved á quien quereis que deje el cetro y la corona.» Oyendo esto, alzaron á una todos una voz lastimera y alarido doloroso al cielo con increibles gemidos y lágrimas, diciendo, que en ninguna manera lo consentirian, y jurando que no le dejarian partir, porque él era su rey, su señor, su padre y su madre, y todo su bien; pues por él Dios los habia librado de aquel profundo abismo y ceguedad en que estaban, y abiértoles las puertas del cielo, y alumbrádoles con el rayo de su verdad. Vió Josafat los ánimos de todos tan alterados, que tuvo por bien demostrar que queria consentir con ellos; y con esto los sosegó y los envió mas consolados á sus casas. Despues, retirado á su aposento, llamó á Baraquías, hombre de grande estofa, muy zeloso de nuestra santa religion, y el que juntamente con Nachor (que fingia Barlaan) se puso á defenderla contra los filósofos y caldeos gentiles, como dijimos. Habló Josafat á Baraquías y declaróle su intento, y rogóle que tomase sobre sí el peso del reino, porque él le queria dejar. Baraquías

no vino en ello, antes lo repugnó y contradijo, reprendiéndole de poca caridad; porque si el ser rey (dijo) es bueno, ¿por qué tú no lo quieres ser? y si es malo, ¿por qué quieres que lo sea yo? No quiso porfiar Josafat con Baraquías; mas aquella noche escribió una carta llena de celestial sabiduría á los magistrados y nobleza de su reino, en que los exhortaba á perseverar en la religion cristiana, y en el amor y temor santo del Señor, y hacerle continuamente gracias por las mercedes que de él habian recibido; y juntamente les decia que no hiciesen rey á otro alguno sino á Baraquías, porque él era el que les convenia: y dejando esta carta en su aposento, se partió luego secretamente, y se puso en camino para el desierto. Pero luego que á la mañana se supo, le tomaron todos los pasos, y le buscaron, y le hallaron cabe un arroyo haciendo oracion, á la hora de medio dia. Volviéronle á la ciudad; y él se resolvió á no quedar en ella ni un solo dia, y persuadió á la gente que tomasen por rey á Baraquías, y él le declaró y nombró por tal, y le dió los documentos que le parecieron necesarios para el buen gobierno del reino. Entre otros le avisó, que así como en la navegacion cualquiera falta que haga el pasajero es de poca importancia, y grave y peligrosa la que hace el que lleva el gobernalle; así en el gobierno de la república, cuando peca un particular solamente hace daño á su persona, mas cuando el rey y gobernador peca, es perjudicial á toda la república. Despues puesto de rodillas y levantadas las manos al cielo, oró y encomendó al Señor todo su reino, y abrazando á los señores y personas principales de él, y sobre todos á Baraquías (á quien dejaba en su lugar), se despidió de todos con tan estraño sentimiento, sollozos, gemidos y lágrimas que no se puede encarecer: solo él estaba sereno y alegre, y como hombre que de un largo y penoso destierro vuelve á su dulce y deseada patria. Salió vestido con su vestido ordinario, y debajo de él un cilicio que le habia dado su buen maestro Barlaan, á quien él iba á buscar. La noche siguiente de aquel primer dia, entrando en casa de un pobre hombre, se desnudó de su ropa y se la dió, y quedó cubierto con solo aquel cilicio, pareciéndole que estaba mas rico y ataviado con él, que con el cetro y púrpura de rey. Comenzó á caminar por aquellos desiertos, y á comer de las yerbas que hallaba por los campos, que por ser estériles y sin agua eran silvestres; y como una vez hubiese andado hasta el medio dia, abrasado del sol y fatigado de la sed, deseó un poco de agua para refrescarse, y no la halló. Con esta ocasion Satanás le tentó terriblemente, poniéndole delante la grandeza del estado que habia dejado, y la multitud

de criados que le servian, los regalos y deleites que tenia, la aspereza de vida que emprendia, y las pocas fuerzas de su cuerpo para llevarla; y finalmente, que las almas de todos los vasallos de su reino estaban colgadas de él, y por su culpa perecerian. Y como estos golpes no hiciesen mella en el pecho fuerte de Josafat, pretendió espantarle con varias tentaciones visibles; porque ya se ponia delante en figura de hombre con una espada desnuda, amenazándole que le mataria si no volvia atrás, ya en forma de bestias fieras, de leones, tigres, dragones y basiliscos que le querian tragar; mas el Señor, que guiaba á Josafat, le esforzaba para que no hiciese caso de aquellos terrores de Satanás, y para que con la señal de la cruz ahuyentase á todos aquellos monstruos infernales. Trabajó muchos dias con esta desnudez y pobreza, hasta llegar al desierto de Senaar en busca de su querido maestro: dióle noticia de él otro solitario, y guióle á la cueva donde estaba, á la cual llegó Josafat muy gozoso, y llamó pidiéndole bendicion. Salió Barlaan; y aunque Josafat venia muy trocado de lo que estaba antes, por inspiracion de Dios le conoció, y los dos se abrazaron con amor ternísimo, é hicieron oracion, y dieron gracias á Dios porque se veian juntos en aquel desierto. Dió cuenta el uno al otro de lo que por sí habia pasado despues que no se habian visto; y Barlaan entendiendo las grandes batallas y contrastes que Josafat habia tenido, y las victorias que habia alcanzado de su carne, mundo y demonio, y el dichoso estado en que dejaba las cosas de la cristiandad, alabó á Josafat por el trueque tan cuerdo y acertado que habia hecho, y de haber comprado la preciosa margarita del reino eterno con el menosprecio del temporal de la tierra, glorificando al Señor, que le habia dado tan grande espíritu y tan próspero suceso á negocio tan arduo y dificultoso. Despues para regalar á Josafat, que venia fatigado del camino, le aparejó un convite espléndido de unas yerbas crudas silvestres y de algunos dátiles; y habiendo comido los dos, bebieron un poco de agua de la fuente que estaba allí cerca.

Estuvo Josafat con Barlaan algunos años, viviendo mas como ángel en la tierra, que como hombre en cuerpo mortal; de suerte, que el mismo Barlaan, que era viejo, y soldado veterano, y desde mozo ejercitado en aquella dura milicia, se maravillaba del fervor de Josafat. No comia mas de lo que precisamente era menester para sustentar la vida: velaba tanto las noches como si no fuera de carne: su oracion era perpetua, y no perdia un punto de tiempo, ni estaba ocioso, sino ocupado siempre, y atento en la contemplacion del sumo Bien. Llegóse el tiempo en

que el Señor queria llevar de esta vida trabajosa á Barlaan: avisó de ello á su querido hijo y discípulo Josafat, animándole á llevar adelante su gloriosa empresa, y aconsejándole que cada dia pensase que aquel era el postrero de su vida, y principio y fin de la observancia religiosa; porque aguardando la muerte no la temeria, ni le pareceria largo el tiempo, ni se cansaria con el trabajo de la aspereza y penitencia. Dióle mas otros documentos y espirituales consejos, y habiendo dicho misa y comulgado á Josafat, despidiéndose de él amorosamente, y echándole su bendicion (la cual él recibió derramando muchas lágrimas), hizo sobre sí la señal de la cruz, y estendió los pies, y con increible paz y alegría de su alma la dió á quien la habia criado para gloria suya, siendo de casi cien años, y habiendo vivido los setenta y cinco en aquella soledad, y lleno no menos de merecimientos que de años. Tomó Josafat el cuerpo de su bienaventurado padre con suma reverencia: abrazóle, y lavóle con lágrimas, y envuelto en aquel cilicio que de él habia recibido en su palacio, le enterró, cantando los salmos acostumbrados de la Iglesia todo aquel dia y la noche siguiente: despues hizo oracion á nuestro Señor, suplicándole que no le desamparase por las oraciones de su siervo Barlaan, sino que le asistiese, guiase y encaminase hasta llegar al puerto de salud y tranquilidad. Acabada su oracion quedó dormido Josafat, y en sueños tuvo una revelacion en que vió á Barlaan en el cielo, vestido de gloria y claridad admirable, y la corona que á él le estaba guardada, perseverando hasta el fin; y con esta vision quedó muy gozoso, y confirmado en su santo propósito. Veinte y cinco años tenia Josafat cuando vino á él con una vida del cielo, y tan perfecta como si no fuera de carne. A Cristo tenia siempre presente, á Cristo siempre buscaba y siempre parecia que le tenia delante de los ojos, y que teniéndole á él, tenia (como es verdad) todas las cosas; y no se contentaba con servirle con tan gran fervor como se ha dicho, sino que cada dia procuraba aventajarse mas y crecer de virtud en virtud. Y habiendo perseverado todo este tiempo en esta manera de vida, que aquí queda referida, crucificado el mundo á él y él al mundo, dejando el cuerpo en el suelo, voló su espíritu al Señor; y aquel monge que le habia guiado á la cueva de Barlaan, avisado del cielo, se halló á su muerte, y tomó su cuerpo, y con himnos y cánticos eclesiásticos, y gran devocion y ternura, le enterró en el sepulcro de su padre Barlaan, y se partió luego para la India, por otra revelacion que tuvo, y dió cuenta al rey Baraquías de todo lo que habia sucedido á Josafat, y de su vida y muerte en el desierto. El rey

Baraquías, en sabiéndolo, se puso en camino, acompañado de innumerable multitud de gente de su reino, y llego hasta la espelunca donde los dos santos Barlaan y Josafat estaban sepultados, y vió que los cuerpos de los dos estaban enteros, y los vestidos con que estaban cubiertos como si los acabáran de enterrar, y que despedian un olor suavísimo y una fragrancia mas del cielo que de la tierra. Mandó poner los sagrados cuerpos en cajas ricas y adornadas, y llevólos á la India, y colocólos magnífica y regiamente en aquella iglesia que habia edificado Josafat, obrando Dios muchos y grandes milagros por ellos, y dando salud por su intercesion á los enfermos, y haciendo otras maravillas y grandes mercedes á los que venian á su sepulcro, ó se encomendaban á ellos.

Esta es la suma de la vida de estos dos santos confesores Barlaan y Josafat, sacada de la que escribió en un libro grande S. Juan Damasceno, autor santísimo y doctísimo, y que ha mas de ochocientos y cincuenta años que floreció; y dice al fin de la vida, que la escribe como la habia sabido de varones insignes y dignos de toda fe. Por donde se ve, que esta no es fábula, ni invencion artificiosa, sino verdadera historia confirmada con la autoridad de tan señalado varon, como lo notó muy bien Jacobo Bilio en la prefacion que hace á esta vida, y se halla en las obras de S. Juan Damasceno, que el mismo Bilio elegantemente tradujo de griego en latin; y el cardenal Baronio siente lo mismo en las Anotaciones del Martirologio Romano, que hace mencion de los santos Barlaan y Josafat á los 27 de noviembre. (*Rib.*)

SAN ANSURIO, OBISPO.

San Ansurio no fué obispo titular de Auca como creyó Yepes, sino prelado de la Iglesia de Orense, del cual no se halla memoria hasta el año 915. Este fué uno de los obispos con quienes el rey D. Ordoño II en el dicho año trató la restauracion de las diócesis de Tuy y Lamego, y la dotacion que hizo á Santiago. Cuatro años despues se hace mencion del mismo obispo en el privilegio que Ordoño y su mujer D.ª Elvira dieron al monasterio de S. Pedro y S. Pablo fundado en Galicia en el territorio de *Triacastela* junto al monte Serio ó Seiro, y restaurado por Gaton, abuelo de estos reyes. Tres años despues, en el de 922, perseveraba la memoria de este obispo en un privilegio de Samos.

Floreció Ansurio cuando S. Rosendo comenzaba á descollar en el camino de la perfeccion evangélica. Fuese por amistad con san Rosendo, ó mas bien por veneracion de su virtud, y por ayudar á su buen propósito, le dió Ansurio la iglesia de Sta. María de Bonata en Armena, que Argaiz dice estar en la Limia, lo cual cuenta el mismo S. Rosendo en la escritura primera que publicó Yepes en el tomo 5.º En su tiempo tambien, esto es, en el año séptimo del rey D. Ordoño II se fundó el ejemplarísimo monasterio de S. Estéban de Ribas de Sil, al cual se retiró nuestro Santo á vivir vida monacal despues de haber dejado su silla. El tiempo que vivió en este retiro no se sabe, sino que fué cuando mucho desde el año 922 en que aun gobernaba su Iglesia, hasta 26 de enero del año 925 en que le llamó Dios para sí.

Este santo obispo con otros ocho fué enterrado en el claustro de aquel monasterio, obrando Dios por su intercesion milagros sin número, como decia el rey D. Alfonso IX de Leon, padre del rey D. Fernando el Santo, por los años 1220 en el privilegio en que concedió á este monasterio todo lo que en sus cotos le pertenecia. De estos nueve obispos solo Ansurio tenia epitafio, en donde se señalaba el dia y año de su muerte, de los demás nada consta sino sus nombres. Llamábanse así: Bimarasio, obispo de Orense; Gonzalo Osorio, y Froalengo, ambos obispos de Coimbra; Servando, Viliulfo, y Pelagio, todos tres obispos de Iria; Alfonso, obispo de Astorga y de Orense; Pedro, obispo sin título. El epitafio de Ansurio dice Morales que cien años antes se habia copiado fielmente. Estaba con el mal latin de aquellos tiempos. En sustancia venia á decir esto: «Esta cueva de piedra que aquí ves, cubre la trabazon sagrada de los huesos del obispo Ansurio, varon en todas sus cosas muy esclarecido. Fué puro en la doctrina, vivió dando muy buen ejemplo. Ninguna duda tuvo de la vida del cielo; porque así lo publicó y lo mostró hermosamente en lo que cristianamente confesaba. Renunciando su prelacía, se retiró á vivir con los monges bajo su regla, y sujetándose allí en todo al servicio del Señor, llamado por su voz le siguió y descansó en paz: porque en un punto fué despojado del sagrado cuerpo á 26 de enero del año 925.» El año 1463, el administrador de la abadía de S. Estéban, don Alfonso Pernas, con zelo de que no llegase á perderse la memoria de estos santos obispos, colocó sus reliquias sobre el retablo mayor. El año 1594 el abad Fr. Victor de Najara los colocó cada uno en su arca, cinco á un lado del altar mayor, y cuatro al otro. Molina se queja de un reformador que deshizo estos sepulcros, y juntando todas las reliquias de los nueve obispos en una arca,

Baraquías, en sabiéndolo, se puso en camino, acompañado de innumerable multitud de gente de su reino, y llego hasta la espelunca donde los dos santos Barlaan y Josafat estaban sepultados, y vió que los cuerpos de los dos estaban enteros, y los vestidos con que estaban cubiertos como si los acabáran de enterrar, y que despedian un olor suavísimo y una fragrancia mas del cielo que de la tierra. Mandó poner los sagrados cuerpos en cajas ricas y adornadas, y llevólos á la India, y colocólos magnífica y regiamente en aquella iglesia que habia edificado Josafat, obrando Dios muchos y grandes milagros por ellos, y dando salud por su intercesion á los enfermos, y haciendo otras maravillas y grandes mercedes á los que venian á su sepulcro, ó se encomendaban á ellos.

Esta es la suma de la vida de estos dos santos confesores Barlaan y Josafat, sacada de la que escribió en un libro grande S. Juan Damasceno, autor santísimo y doctísimo, y que ha mas de ochocientos y cincuenta años que floreció; y dice al fin de la vida, que la escribe como la habia sabido de varones insignes y dignos de toda fe. Por donde se ve, que esta no es fábula, ni invencion artificiosa, sino verdadera historia confirmada con la autoridad de tan señalado varon, como lo notó muy bien Jacobo Bilio en la prefacion que hace á esta vida, y se halla en las obras de S. Juan Damasceno, que el mismo Bilio elegantemente tradujo de griego en latin; y el cardenal Baronio siente lo mismo en las Anotaciones del Martirologio Romano, que hace mencion de los santos Barlaan y Josafat á los 27 de noviembre. (*Rib.*)

SAN ANSURIO, OBISPO.

San Ansurio no fué obispo titular de Auca como creyó Yepes, sino prelado de la Iglesia de Orense, del cual no se halla memoria hasta el año 915. Este fué uno de los obispos con quienes el rey D. Ordoño II en el dicho año trató la restauracion de las diócesis de Tuy y Lamego, y la dotacion que hizo á Santiago. Cuatro años despues se hace mencion del mismo obispo en el privilegio que Ordoño y su mujer D.ª Elvira dieron al monasterio de S. Pedro y S. Pablo fundado en Galicia en el territorio de *Triacastela* junto al monte Serio ó Seiro, y restaurado por Gaton, abuelo de estos reyes. Tres años despues, en el de 922, perseveraba la memoria de este obispo en un privilegio de Samos.

Floreció Ansurio cuando S. Rosendo comenzaba á descollar en el camino de la perfeccion evangélica. Fuese por amistad con san Rosendo, ó mas bien por veneracion de su virtud, y por ayudar á su buen propósito, le dió Ansurio la iglesia de Sta. María de Bonata en Armena, que Argaiz dice estar en la Limia, lo cual cuenta el mismo S. Rosendo en la escritura primera que publicó Yepes en el tomo 5.º En su tiempo tambien, esto es, en el año séptimo del rey D. Ordoño II se fundó el ejemplarísimo monasterio de S. Estéban de Ribas de Sil, al cual se retiró nuestro Santo á vivir vida monacal despues de haber dejado su silla. El tiempo que vivió en este retiro no se sabe, sino que fué cuando mucho desde el año 922 en que aun gobernaba su Iglesia, hasta 26 de enero del año 925 en que le llamó Dios para sí.

Este santo obispo con otros ocho fué enterrado en el claustro de aquel monasterio, obrando Dios por su intercesion milagros sin número, como decia el rey D. Alfonso IX de Leon, padre del rey D. Fernando el Santo, por los años 1220 en el privilegio en que concedió á este monasterio todo lo que en sus cotos le pertenecia. De estos nueve obispos solo Ansurio tenia epitafio, en donde se señalaba el dia y año de su muerte, de los demás nada consta sino sus nombres. Llamábanse así: Bimarasio, obispo de Orense; Gonzalo Osorio, y Froalengo, ambos obispos de Coimbra; Servando, Viliulfo, y Pelagio, todos tres obispos de Iria; Alfonso, obispo de Astorga y de Orense; Pedro, obispo sin título. El epitafio de Ansurio dice Morales que cien años antes se habia copiado fielmente. Estaba con el mal latin de aquellos tiempos. En sustancia venia á decir esto: «Esta cueva de piedra que aquí ves, cubre la trabazon sagrada de los huesos del obispo Ansurio, varon en todas sus cosas muy esclarecido. Fué puro en la doctrina, vivió dando muy buen ejemplo. Ninguna duda tuvo de la vida del cielo; porque así lo publicó y lo mostró hermosamente en lo que cristianamente confesaba. Renunciando su prelacía, se retiró á vivir con los monges bajo su regla, y sujetándose allí en todo al servicio del Señor, llamado por su voz le siguió y descansó en paz: porque en un punto fué despojado del sagrado cuerpo á 26 de enero del año 925.» El año 1463, el administrador de la abadía de S. Estéban, don Alfonso Pernas, con zelo de que no llegase á perderse la memoria de estos santos obispos, colocó sus reliquias sobre el retablo mayor. El año 1594 el abad Fr. Victor de Najara los colocó cada uno en su arca, cinco á un lado del altar mayor, y cuatro al otro. Molina se queja de un reformador que deshizo estos sepulcros, y juntando todas las reliquias de los nueve obispos en una arca,

los puso detrás del altar mayor, donde dice estaban cuando él escribia. En la santidad de S. Ansurio convienen todos nuestros historiadores. Su culto consta estar ya establecido á principios del siglo XIII. (*M. Florez, t. 17, p. 65.*)

SAN BIMARASIO, OBISPO.

Este santo obispo es uno de los que fueron depositados en el monasterio de S. Estéban de Ribas de Sil, como queda dicho en la vida de S. Ansurio, cuyo sucesor le hacen Gil Gonzalez y Argaiz. Otros fijan su pontificado en los tiempos de don Alonso el Católico, diciendo que á semejanza de S. Ansurio se retiró al monasterio de S. Estéban, y murió en él. Esto último no pudo ser, pues ni en el siglo VIII en que debiera haber sucedido esto, ni aun en el IX habia tal monasterio. Supuesta la autenticidad de la memoria que allí queda de este santo obispo, conjetura Florez que pudo ser prelado de Orense en lo que va del año 925 en que falleció S. Ansurio, hasta el 942 en que era ya obispo de aquella Iglesia Diego I. En la escritura treinta del Tumbo de Lugo del año 1042 hay memoria de Bimarano, que entonces era obispo de Orense. Siendo cierto esto, de que duda Florez con harta razon, pudo muy bien haberse confundido este nombre con el de Bimarasio. En la existencia del santo obispo, que como he dicho, es uno de los nueve que se veneran en Ribas de Sil, no cabe duda. (*M. Florez, t. 17, p. 72.*)

La misa es en honor de S. Máximo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Máximo aumentes en nosotros el espíritu de fervor, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 8 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos: Nosotros sabemos que todas las cosas cooperan al bien para aquellos que aman á Dios; y aquellos que segun su propósito han sido llamados santos. Porque aquellos que previó, los destinó tambien á hacerse conformes á la imágen de su hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Aquellos que predestinó, los llamó tambien: y á los que llamó, tambien los justificó: y aquellos que justificó, tambien los glorificó.

REFLEXIONES.

A los que aman á Dios, todo se les convierte en bien. No dice S. Pablo que nunca suceden contratiempos á los que aman á Dios: sabia muy bien á cuantos están sujetos mientras viven en este miserable mundo; solo dice que por el amor que tienen á Dios, sabrán convertir todas las cosas en mayor provecho suyo. La adversidad los humilla; pero no los abate: desvíalos de las criaturas para acercarlos á Dios. Las honras y los aplausos les acuerdan, no lo que son, sino lo que debian ser: los desprecios y las humillaciones lo que son efectivamente. Hasta sus mismas faltas los sirven para escitar el fervor, y para dispertar la vigilancia. Es la concupiscencia como aquellos ponzoñosos insectos que convierten en veneno el delicioso jugo de las mas hermosas flores: al contrario, el amor de Dios, es como la oficiosa abeja que convierte en dulce miel el jugo mas amargo. Todos son llamados á ser santos, y todos lo somos desde que comenzamos á amar á Dios sin escepcion y sin reserva. El amor de Dios es á un mismo tiempo principio y complemento de la santidad. Todos somos llamados á ser santos, ni mas ni menos como todos fueron convidados á la mesa de aquel padre de familias, pero todos se escusaron con diferentes pretestos. Aquellos que previó Dios llegarian á la santidad á que los llamaba porque se aprovecharian de sus gracias, los predestinó para ser semejantes á su Hijo, participando de sus dolores en la tierra, y de su gloria en el cielo. ¿Se podrán estos quejar de que trate á sus hijos adoptivos como trató á su hijo natural? Si para ser conformes á Jesucristo, si para llevar la librea de escogidos suyos fueran necesarios los honores y las riquezas, entonces sí que podrian parecer justas nuestras quejas. Pero no siendo menester mas que padecer y sufrir con la debida resignacion, ¿qué hombre hay, desde el príncipe hasta el mas humilde pastorcillo, que no lo pueda hacer con el auxilio de la divina gracia? No hay cosa mas comun ni mas ordinaria al hombre que los trabajos. Es la vida un agregado de adversidades, sin que haya estado ni condicion que se exima de ellas. Solo resta conocer lo mucho que valen, y resolverse á no malograrlas. Llama Dios á los hombres por su gracia, y justifica por su misericordia á los que corresponden á su vocacion. Glorifica, en fin, á los que justificó, y perseveran en la justicia. Esto es todo lo que nos importa saber en el misterio de la predestinacion Todos somos llamados para salvarnos: no podemos perecer sino por culpa nuestra, y porque no quere-

mos corresponder á la gracia que nos llama. No hay predestinado que no deba su dicha á la gracia de Jesucristo, á su misericordia y á sus méritos infinitos. No hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad, que él mismo fué el artífice de su desventura y de su reprobacion.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág. 78.*

MEDITACION.

Como se piensa á la hora de la muerte de los medios que se tuvieron en vida para salvarse.

Punto primero. — Considera que seria menos desconsuelo no haberse salvado uno, si no hubiera podido salvarse. Pero cuando piense, y especialmente cuando lo piense en la hora de la muerte; es decir, en aquel tiempo en que amortiguados los sentidos no disipan ya al alma con cien objetos que la distraen; en aquel profundo silencio de todas las cosas, en que las pasiones, tan moribundas como nosotros, ya no están para tumultuar ni para amotinarse: en aquel tiempo en que desaparecieron ya todos los bienes criados, y con su ausencia ahogaron para siempre todas nuestras esperanzas; en que desvanecidos los gustos, los pasatiempos y los deleites solo dejaron en el alma crueles remordimientos; cuando desembarazada la imaginacion de todas las falsas preocupaciones, volvió á entrar en sus derechos; cuando la religion y la fe, restituidas á su vigor porque cesó el motin del espíritu y del corazon, se descubran al alma con toda su claridad; cuando se piense entonces en los abundantes medios que durante el tiempo de la vida tuvo cada uno para salvarse, para ser santo, y que no nos dió la gana de aprovecharnos de ellos; cuando se piense que ya está para espirar el tiempo, y que se va á entrar en aquella espantosa eternidad, ¡qué espanto, buen Dios, qué dolor, qué desesperacion por no haber empleado todo el tiempo que se vivio en el único negocio que nos importaba en este mundo! En la muerte se piensa muy despacio; se discurre sin sofismas; se reflexiona con solidez. ¡Pero desconsolados pensamientos, pero discursos crueles, pero desesperadas reflexiones! La memoria de aquellos auxilios saludables que se despreciaron; la vista de aquellos medios eficaces de que no nos quisimos aprovechar; la gracia de haber nacido de padres cristianos, de habernos educado en el gremio de la santa Iglesia; la facilidad de

recurrir al sacramento de la Penitencia, y al adorable de la Eucaristía, fuentes de gracia y de todas las bendiciones, todos estos bienes comunes se miran muy superficialmente en la vida; el beneficio de la creacion, el misterio de la redencion, la facilidad de la santificacion, todo esto mueve poco, porque se piensa en ello muy ligeramente; pero en la hora de la muerte se conoce su mérito y su valor. ¿Y cómo se mirará entonces la negligencia y el desprecio con que se trataron estos medios? ¡Ah, Señor, y despues de estas reflexiones esperaré yo á aquella hora para conocer lo que merecen y lo que valen todas estas gracias!

Punto segundo.—Considera que no solo punzarán la conciencia en la hora de la muerte los medios generales y comunes que se tuvieron y no se aprovecharon: tambien la penetrarán con mucha mayor impresion los medios particulares; todos aquellos auxilios, todas aquellas gracias personales que Dios nos concedió por un amoroso efecto de su misericordia para que fuésemos santos; la educacion ventajosa, un natural bien inclinado, los buenos ejemplos, los consejos saludables, máximas cristianas, vocacion al estado, en que todo contribuia á nuestra salvacion; fuertes inspiraciones, leccion de libros espirituales, enérgicos y eficaces. Hasta los varios accidentes de la vida, reveses de fortuna, infidelidad en los amigos, adversidades, enfermedades; todo lo ordenaba la divina Providencia para hacernos santos; de todos estos secretos artificios se valia la gracia para nuestra salvacion. ¡Qué malignidad, qué imprudencia, qué irracionalidad el haber hecho inútiles todos estos medios por su propia malicia! Pensóse alguna vez en esto; lográronse algunos buenos momentos; hiciéronse admirables propósitos; hubo tales cuales intervalos de devocion; se formaron escelentes resoluciones; ¿pero de todo esto qué fruto se sacó? ¡Considera qué dolor, qué despecho contra ti mismo por haber sido tan cobarde, tan inconstante, tan infiel! ¡Buen Dios, qué efecto tan terrible hacen estas reflexiones en un pobre moribundo que no se aprovechó de alguno de tantos auxilios! Pensaráse en aquella hora en todas las lecciones espirituales que se tuvieron, y muy particularmente en esta misma. En la vida del santo que leia todos los dias encontraba una instruccion muy importante y un ejemplo muy oportuno para moverme y para convertirme. No habia santo ni santa, cuyas vidas leia, que no me reprendiesen mutuamente mi cobardía, mi tibieza, mis pecados y mi insensibilidad: ninguno que no me sirviese de un poderoso estímulo para convertirme y para imitarle. En las reflexiones, ninguna

que no hablase conmigo; y en las meditaciones, ninguna que no fuese muy propia para hacerme mudar de vida. De los propósitos, ¿qué fruto no pude sacar? Ni uno solo había que no pudiese poner en ejecucion. Pero no estuve de eso humor, no me dió la gana de aprovecharme de tantos medios. Yo me muero, y me muero con una espantosa incertidumbre de mi salvacion, con un funesto presentimiento de mi condenacion eterna.

¡Ah mi Dios y mi Salvador, tened misericordia de mi alma! ¿No acabo de ver en esto mismo mi retrato? ¿no seré yo algun dia este desdichado moribundo? Esta meditacion que estoy haciendo, ¿no será por ventura ó por desgracia mia una de las piezas que entren en mi proceso? ¿no pondrá el sello á mi reprobacion? ¡Ah, que sí lo será! Todo esto producirá si no me convierto desde este mismo punto. Resuelto estoy á hacerlo; y vos, Señor, haced este milagro. Así os lo pido por la intercesion de vuestra divina Madre: no permitais, mi Dios, que yo me condene.

JACULATORIAS. — Dios mio, interésase vuestra misma gloria en que yo no malogre tantos medios para salvarme: por lo mismo que son tantos y tan enormes mis pecados, son mas propios para que resplandezca mas vuestra bondad y vuestra misericordia. (*Psalm.* 24.)

¿Hasta cuando, Señor, gritaré, y vos no me oireis? ¿hasta cuando levantaré mi voz á vos en los justos temores que me sobresaltan, y vos no me salvareis? (*Habac.* 1.)

PROPOSITOS.

1 El que no contribuyó á las desgracias que le suceden, encuentra razones para consolarse, por lo menos en la religion, recurriendo á la paciencia; pero cuando nos suceden los infortunios por nuestra pura irracionalidad; cuando no nos quisimos valer de los medios fáciles y seguros que tuvimos para evitarlos; cuando despreciamos los saludables consejos que se nos daban para precaverlos; cuando uno se espone voluntariamente á los peligros, ¿será digno de compasion si se pierde? Nunca harás reflexiones mas importantes, ni que mas te interesen que estas: ponlas en ejecucion. Ninguno se condenó que no fuese por su culpa: nunca te olvides de esta verdad. ¿Te aprovechas de los medios y de los auxilios que tienes para ser santo? ¿cumples con las obligaciones de cristiano, de religioso y de siervo fiel? ¿qué fruto sacas de la oracion, de la frecuencia de sacramentos, de los ejercicios espirituales, del santo sacrificio de la misa? ¿qué fruto de la leccion espiritual, de los avisos que te dan, de las secretas inspiraciones y de tantos buenos ejemplos?

2 *Este Año cristiano*, estos *ejercicios devotos para todos los dias*, son un medio muy particular que Dios te proporcionó para que hicieses una vida verdaderamente cristiana. ¡Qué dolor, qué despecho en la hora de la muerte, si la vida del Santo que leiste cada dia, si las reflexiones sobre la epístola, si la meditacion, si las jaculatorias, y en fin, si los propósitos tan oportunos para moverte á una inocente y santa vida fueron todos sin provecho para tí! Si te contentaste con leerlo sin practicarlo, ¡qué desesperacion en aquella hora de haber tenido en la mano un medio tan eficaz para ser santo, sin haberte aprovechado de él! Si en este libro se enseñára el arte de hacerse uno rico, ¿habria siquiera uno que despreciase sus preceptos? Enseña el arte de hacernos santos, ¡y no se hace caso de ellos! Ninguno leerá esto que no se acuerde de ello en la hora de la muerte. Pues evita desde luego el mortal dolor que entonces tendrás si no te aprovechas de ello con tiempo.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN RUFO, en Roma, al cual con toda su familia hizo martirizar Diocleciano (el año 303.)

EL TRÁNSITO DE SAN SÓSTENES, discípulo de S. Pablo, en Corinto, de quien el mismo apóstol hace memoria escribiendo á los Corintios (*llamándole hermano. Ep.* 1. *c.* 1. *v.* 1.) Siendo Sóstenes príncipe de (*una de las sinagogas de los judios de Corinto*), se convirtió á Jesucristo, por cuya causa fué cruelmente azotado (*por los mismos judíos*) en presencia del procónsul Galion (*sin que éste hiciese caso de ello*), consagrando con un principio tan señalado las primicias de su fe. (*Hechos Apost.* 18, 17.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PAPINIANO Y MANSUETO, obispos, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, por mandato de Genserico, rey arriano, fueron abrasados con planchas de hierro encendidas en defensa de la fe católica, alcanzando por este medio la corona de su glorioso martirio. En este mismo tiempo otros santos obispos, conviene á saber:

VALERIANO, URBANO, CRESCENTE, EUSTAQUIO, CRESCONIO, CRESCENCIANO, FELIX, ORTOLANO Y FLORENCIANO, habiendo sido desterrados y perseguidos por los mismos motivos, acabaron gloriosamente el curso de su vida.

que no hablase conmigo; y en las meditaciones, ninguna que no fuese muy propia para hacerme mudar de vida. De los propósitos, ¿qué fruto no pude sacar? Ni uno solo había que no pudiese poner en ejecucion. Pero no estuve de eso humor, no me dió la gana de aprovecharme de tantos medios. Yo me muero, y me muero con una espantosa incertidumbre de mi salvacion, con un funesto presentimiento de mi condenacion eterna.

¡Ah mi Dios y mi Salvador, tened misericordia de mi alma! ¿No acabo de ver en esto mismo mi retrato? ¿no seré yo algun dia este desdichado moribundo? Esta meditacion que estoy haciendo, ¿no será por ventura ó por desgracia mia una de las piezas que entren en mi proceso? ¿no pondrá el sello á mi reprobacion? ¡Ah, que sí lo será! Todo esto producirá si no me convierto desde este mismo punto. Resuelto estoy á hacerlo; y vos, Señor, haced este milagro. Así os lo pido por la intercesion de vuestra divina Madre: no permitais, mi Dios, que yo me condene.

JACULATORIAS. — Dios mio, interésase vuestra misma gloria en que yo no malogre tantos medios para salvarme: por lo mismo que son tantos y tan enormes mis pecados, son mas propios para que resplandezca mas vuestra bondad y vuestra misericordia. (*Psalm.* 24.)

¿Hasta cuando, Señor, gritaré, y vos no me oireis? ¿hasta cuando levantaré mi voz á vos en los justos temores que me sobresaltan, y vos no me salvareis? (*Habac.* 1.)

PROPOSITOS.

1 El que no contribuyó á las desgracias que le suceden, encuentra razones para consolarse, por lo menos en la religion, recurriendo á la paciencia; pero cuando nos suceden los infortunios por nuestra pura irracionalidad; cuando no nos quisimos valer de los medios fáciles y seguros que tuvimos para evitarlos; cuando despreciamos los saludables consejos que se nos daban para precaverlos; cuando uno se espone voluntariamente á los peligros, ¿será digno de compasion si se pierde? Nunca harás reflexiones mas importantes, ni que mas te interesen que estas: ponlas en ejecucion. Ninguno se condenó que no fuese por su culpa: nunca te olvides de esta verdad. ¿Te aprovechas de los medios y de los auxilios que tienes para ser santo? ¿cumples con las obligaciones de cristiano, de religioso y de siervo fiel? ¿qué fruto sacas de la oracion, de la frecuencia de sacramentos, de los ejercicios espirituales, del santo sacrificio de la misa? ¿qué fruto de la leccion espiritual, de los avisos que te dan, de las secretas inspiraciones y de tantos buenos ejemplos?

2 *Este Año cristiano*, estos *ejercicios devotos para todos los dias*, son un medio muy particular que Dios te proporcionó para que hicieses una vida verdaderamente cristiana. ¡Qué dolor, qué despecho en la hora de la muerte, si la vida del Santo que leiste cada dia, si las reflexiones sobre la epístola, si la meditacion, si las jaculatorias, y en fin, si los propósitos tan oportunos para moverte á una inocente y santa vida fueron todos sin provecho para tí! Si te contentaste con leerlo sin practicarlo, ¡qué desesperacion en aquella hora de haber tenido en la mano un medio tan eficaz para ser santo, sin haberte aprovechado de él! Si en este libro se enseñára el arte de hacerse uno rico, ¿habria siquiera uno que despreciase sus preceptos? Enseña el arte de hacernos santos, ¡y no se hace caso de ellos! Ninguno leerá esto que no se acuerde de ello en la hora de la muerte. Pues evita desde luego el mortal dolor que entonces tendrás si no te aprovechas de ello con tiempo.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN RUFO, en Roma, al cual con toda su familia hizo martirizar Diocleciano (el año 303.)

EL TRÁNSITO DE SAN SÓSTENES, discípulo de S. Pablo, en Corinto, de quien el mismo apóstol hace memoria escribiendo á los Corintios (*llamándole hermano. Ep.* 1. *c.* 1. *v.* 1.) Siendo Sóstenes príncipe de (*una de las sinagogas de los judios de Corinto*), se convirtió á Jesucristo, por cuya causa fué cruelmente azotado (*por los mismos judíos*) en presencia del procónsul Galion (*sin que éste hiciese caso de ello*), consagrando con un principio tan señalado las primicias de su fe. (*Hechos Apost.* 18, 17.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PAPINIANO Y MANSUETO, obispos, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, por mandato de Genserico, rey arriano, fueron abrasados con planchas de hierro encendidas en defensa de la fe católica, alcanzando por este medio la corona de su glorioso martirio. En este mismo tiempo otros santos obispos, conviene á saber:

VALERIANO, URBANO, CRESCENTE, EUSTAQUIO, CRESCONIO, CRESCENCIANO, FELIX, ORTOLANO Y FLORENCIANO, habiendo sido desterrados y perseguidos por los mismos motivos, acabaron gloriosamente el curso de su vida.

Los santos mártires Estéban el mozo, Basilio, Pedro, Andrés y otros trescientos treinta y nueve compañeros monges, en Constantinopla; los cuales en tiempo de Constantino Copronimo en defensa del culto de las santas imágenes, fueron atormentados con varios suplicios, confirmando con su sangre la verdad católica. (*Véase su historia en las de hoy.*)

San Gregorio III, papa, en Roma; el cual esclarecido por sus méritos y santa vida, voló al cielo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

La dichosa muerte de san Jacobo (ó Santiago) Piceno, confesor, del órden de Menores, en Nápoles; esclarecido por la austeridad de su vida, por su predicacion apostólica, y por las muchas legacías á que fué enviado por causa de la religion: fué canonizado por el papa Benedicto XIV. (En el espacio de cuarenta años seguidos no dejó un solo dia de predicar la palabra de Dios ó al pueblo ó á sus hermanos religiosos; y eran tan vehementes y eficaces sus exhortaciones, que con un sermon que predicó en Milan convirtió á una vida austera y penitente á treinta y seis rameras públicas. Rehusó el obispado de Milan, pero admitió las funciones de misionero en aquella ciudad. Obró varios milagros en Venecia y en otros lugares, y curó enfermedades peligrosas al duque de Calabria, y al rey de Nápoles. Pasó al Señor en el año de 1476 á los noventa de su edad, habiendo invertido setenta en el estado monástico: sus reliquias están depositadas en una rica capilla de su nombre en la iglesia titulada de nuestra Señora la Nueva, en Nápoles.)

SAN GREGORIO III, PAPA.

San Gregorio, tercero de este nombre, uno de los mas dignos sucesores de S. Pedro, y uno de los papas mas valerosos en oponerse con fortaleza apostólica á todas las novedades que han perturbado la paz de la Iglesia, fué siro de nacion, segun la opinion mas recibida, criado por Juan, su padre, en el sólido principio del santo temor de Dios, y educado en Roma en toda clase de literatura. Como el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones, y se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, acompañados estos principios de un amor particularísimo á las letras, hizo maravillosos progresos tanto en la virtud como en las ciencias; é igualmente hábil en las lenguas orientales que en la latina, y perfectamente versado que inteligente en las santas Escrituras, se dejó ver el jóven mas cabal de su siglo. Promovido Gregorio á los órdenes sagrados, era el ornamento de todo el clero de Roma, en el que se distinguia notablemente por la santidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por su eminente piedad, y por su grande sabiduría, correspondiendo la justificacion de su conducta en todas las

épocas á los nobles principios de su educacion, y á la consagracion de su estado.

Vacó la silla apostólica por muerte de Gregorio II, que sucedió en el mes de enero del año 731. Tenia necesidad por entonces la Iglesia de un pastor magnánimo y brioso, de un papa santo y sabio, y de una cabeza visible, capaz de oponerse á las execrables violencias que perturbaban la paz del rebaño de Jesucristo; y como en Gregorio concurrian todos estos requisitos, por aclamacion comun de todo el clero y pueblo de Roma se hizo la eleccion en él, hallándose muy distante por su profunda humildad de apetecer honoríficos empleos. Consagrado en el jueves 22 de febrero del año espresado, dia de la Cátedra de S. Pedro, desde el momento que se sentó en la silla apostólica acreditó con pruebas prácticas el acierto de su eleccion, y satisfizo con ellas el alto concepto que de su eminente virtud y de su gran sabiduría tenia formado la Iglesia de Roma. Las primeras atenciones de los desvelos del santo pontífice se dirigieron á conservar la pureza de la fe católica, á socorrer todas las necesidades de la Iglesia, á la reforma del clero, á desterrar los abusos, y á hacer que floreciese la justificacion de las costumbres de su pueblo. El se empeñó con infatigable zelo en la instruccion de los fieles, repartiéndoles el pan de la palabra divina, y en trabajar de continuo para mantener la doctrina ortodoxa contra el torrente de los vicios, y los esfuerzos de la herejía. El demostró siempre grande desinterés y mucho amor á la pobreza, distribuyendo entre los necesitados todas sus facultades sin alguna reserva. La misma conducta usaba con los cautivos y prisioneros, satisfaciendo el rescate de aquéllos y las deudas de éstos con una caridad inmensa, mirando siempre con una compasion tierna á las viudas, á los pupilos, y á los huérfanos, mereciéndose el renombre de padre de todos los necesitados por sus piadosos hechos.

Aunque bastaba la justificacion de su conducta, y la exactitud de su vigilancia pastoral en cumplir todos los deberes de su alto ministerio para relevar su mérito, con todo, lo que le hizo mas célebre en todo el orbe cristiano, fué el valeroso teson con que empeñó toda su autoridad y toda su reputacion para tranquilizar las inquietudes que perturbaban la paz de la Iglesia; no siendo fácil esplicar el ardor y el zelo verdaderamente apostólico con que se aplicó á sofocar todas las perniciosas novedades que se suscitaron en el Oriente.

Leon el Isáurico, que desde una miserable estraccion habia llegado á ser general del imperio, y á ocupar el trono del Oriente por los años 717, sostenia, á costa de inmensas crueldades, el

error de los herejes iconoclastas que negaban el culto á las santas imágenes. Para dar una prueba nada equívoca del empeño que tenia en proteger tan perverso pensamiento, no contento con la sangre que hacia derramar en sus vasallos ortodoxos, no pudiendo atraer á su partido á las personas doctas encargadas de su real biblioteca, las hizo encerrar en aquella pieza magnífica, y mandando pegar á ella fuego, redujo á cenizas á los hombres mas sabios de aquella época, el insigne Monetario recogido á toda costa, innumerables pinturas, y mas de treinta mil volúmenes de la mas preciosa antigüedad.

Gregorio, que supo esta execrable barbaridad, y que le constaban las turbulencias que cada dia causaba el furor de Isáurico en el Oriente, trató de remediar el daño, que creyó continuaria en lo sucesivo con mayores escesos, á cuyo fin le escribió con valor y fortaleza apostólica en los términos siguientes: *¿Quién os obliga, serenísimo emperador, á volver atrás despues de haber marchado con tan justos pasos en los primeros años de vuestro reinado? Decis ahora que es una idolatría honrar á las imágenes: habeis mandado arruinar su culto sin temor del juicio de Dios, que castigará algun dia á los autores de tal escándalo. ¿Por qué no habeis consultado con hombres instruidos, piadosos y sabios? Debemos miraros como á un hombre sin literatura, grosero é ignorante; y por esta razon nos creemos en la precision de hablaros con fuerza, pero con verdad. Dejad vuestra obstinada presuncion, y escuchadnos con humildad. Las decisiones de la Iglesia no pertenecen á los emperadores, sino á los obispos; los que así como establecidos para ello no se mezclan en los negocios temporales, tampoco los emperadores deberán mezclarse en los eclesiásticos, sino contentarse en disponer de aquellos que les están confiados. Nos habeis escrito sobre juntar un concilio ecuménico; pero no lo juzgamos á propósito. Vos mismo, que sois el autor de la alteracion y de la inquietud, conteneos, y todo el mundo estará en paz. Tranquilizadas estaban las iglesias cuando encendiste el fuego de la division.*

Para llevar esta carta á Leon diputó el santo pontífice á un presbítero llamado Gregorio, quien sabiendo que estaba concebida con un vigor estraordinario, no se atrevió á presentarla; cuya timidez fué causa de que á su regreso á Roma tratase el papa de degradarle; bien que templado su justo enojo por los prelados del concilio que congregó en Roma para deliberar en el asunto, se le impusieron las correspondientes penitencias, volviéndole á enviar á Constantinopla en el año siguiente, que

era el de 732 con la misma carta, y otra no menos fuerte, y con la determinacion del concilio contra los herejes iconoclastas. Viendo el emperador por la lectura de aquellos documentos lo que el papa y el sínodo de Roma habian hecho para mantener el honor y culto de las santas imágenes, creyendo que en esto se le hacia la mayor injuria, mandó arrestar al legado, al que hizo sufrir muchas injurias y malos tratamientos en una dura prision, renovando desde entonces con mayor violencia que antes la persecucion contra los ortodoxos; con lo que no satisfecho resolvió enviar á Sicilia un ejército para apoderarse de los bienes que tenia allí la Iglesia de Roma, y causar otras violencias; bien que la armada que equipó para esta espedicion naufragó en el mar Adriático.

No se acobardó el valor del santo pontífice á vista de semejantes violencias, ni de las que amenazaba hacer el emperador en lo sucesivo; antes bien en contraposicion de su locura ocupaba en Roma á los mas diestros pintores y escultores en fomentar las pinturas y estatuas, con las que adornaba las iglesias y capillas á fin de mantener de todos modos el honor debido á las santas imágenes. Tambien juntó un nuevo concilio, en el que asistieron noventa y tres prelados del primero y segundo órden, todo el clero, cónsules y nobleza romana; y á presencia de todo el pueblo, que fué testigo de cuanto se determinó en aquella célebre asamblea, se fulminó escomunion contra todos los que destruian, impugnaban ó manifestaban irreverente menosprecio á las santas imágenes. Sobre lo cual se formó una constitucion aparte, la que envió Gregorio al emperador por medio de Constantino, defensor ó director de las rentas de Roma, á fin de atraerle á verdadero conocimiento. Pero estuvo tan ajeno de reconocer su error el impío príncipe, que dió órden de reducir al legado á una estrecha prision en Sicilia, en la que permaneció cerca de un año. No se intimidó el espíritu del santo papa con este desgraciado suceso; pues revestido con aquella fortaleza que constituye el carácter de los verdaderos sucesores de S. Pedro, resolvió oponer hasta el fin todo el poder apostólico al de un emperador que abusaba del suyo indignamente; para lo cual en el año siguiente envió un nuevo legado, que fué Pedro, tambien defensor de las rentas de Roma, el que no fué tratado mas favorablemente que sus predecesores. Y queriendo además el valeroso papa testificar el respeto que tenia á las santas imágenes, juntó cuantas pudo haber, é hizo construir una famosa capilla en la iglesia de S. Pedro, donde las colocó primorosamente, estableciendo allí una fiesta general en honor del Sal-

vador, de la santísima Vírgen, de los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes.

No fueron solos los enemigos del Oriente los que ejercitaron la virtud y el sufrimiento del santo pontífice. Fatigado en reparar aquellas execrables violencias, se vió reducido con el pueblo romano á fatales estremidades, cuando Luitprando, rey de los longobardos, persiguiendo á Transamundo, duque de Espoleto, que se habia refugiado á Roma, sitió la ciudad, y saqueó la gran iglesia de S. Pedro con otros templos. Aunque en iguales casos acostumbraron los papas valerse del auxilio de los emperadores del Oriente, por no comunicar Gregorio con un escomulgado, ni verse en la precision de condescender con el impío empeño de Leon, recurrió á Cárlos Martel, entonces regente del reino de Francia, á quien diputó una honrosa legacía, y escribió muy respetuosas cartas, dándole el título de Cristianísimo, del que se han servido despues los reyes de Francia, enviándole las llaves del sepulcro de S. Pedro; por cuya insignia, que conceden los papas á los soberanos católicos, les crean camareros del Príncipe de los apóstoles y defensores de la Iglesia: estrechándole por todos estos medios á que le asistiese en la urgente necesidad con toda prontitud. Tuvo Cárlos Martel alguna dificultad en romper con los longobardos que eran aliados de la corona de Francia, los cuales le habian servido útilmente en sus espediciones contra los sarracenos; pero sin embargo, movido de las sabias, zelosas y nerviosas instancias de Gregorio, se resolvió á satisfacer sus súplicas, y librar á Roma de la opresion.

Acabó por aquel tiempo infelizmente sus dias el emperador Leon, y le sucedió en el trono su hijo Constantino, llamado Copronimo porque cuando se bautizó inficionó con la inmundicia de su cuerpo la pila bautismal; dicho tambien Caballino, porque acostumbraba frecuentemente á cubrir su cuerpo con el estiércol de los caballos. Hizo éste mucho esceso á su padre en las impiedades, y sobre todo en el odio contra las santas imágenes, y tuvo que batallar nuevamente contra él Gregorio, viéndose en la precision por último de separarle del gremio de la Iglesia á vista de su incorregibilidad y crueles atentados.

En medio de la universalidad de estos cuidados halló el santo pontífice tiempo para atender á los mas útiles establecimientos; y no le faltaron fondos para construir, reedificar y enriquecer muchos templos, prueba grande de un corazon dilatado, y de una piedad eminente. Consultado por S. Bonifacio, apóstol de Alemania, sobre varios puntos, le dió en sus respuestas los mas sabios y prudentes reglamentos para mantener la fe, y para

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. ESTEBAN EL MOZO, SOLITARIO.

conservar la disciplina eclesiástica en las provincias de mas allá del Rin. Tambien hizo nuevos establecimientos de obispados é iglesias en Alemania, y autorizó cuanto habia ejecutado S. Bonifacio. Asimismo renovó algunas santas ceremonias instituidas por S. Gregorio el Magno, que estaban abolidas: prohibió que se celebrase el santo sacrificio del altar por las almas de los herejes; y ordenó que del patriarcazgo se proveyesen luces y demás necesario para las misas que se dijesen en los cementerios de los mártires en los dias de sus festividades.

Finalmente, debilitada su salud á fuerza de sus continuos trabajos, quiso Dios premiar sus grandes merecimientos, llevándole para sí en el dia 28 de noviembre del año 741, despues de haber gobernado la nave de la Iglesia diez años, y cerca de nueve meses. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, y sobre su sepulcro se labró en lo sucesivo una bóveda pintada á la mosaica. Consérvanse siete cartas de este insigne papa; pero la coleccion de veinte y tres cánones en forma de pontifical, sacados de los Padres antiguos y concilios sobre varios pecados, y sus remedios, que se han publicado bajo su nombre, la estiman algunos críticos por obra de mano mas reciente.

SAN ESTÉBAN EL MOZO, SOLITARIO Y MÁRTIR.

Nació Estéban en Constantinopla, imperando Anastasio II, llamado Artemio; y aunque sus padres fueron bastantemente ricos, los faltaba mucho para que llegase su caudal adonde querian que llegasen sus limosnas, siendo mayor su corazon que sus facultades. Luego que el niño Estéban llegó á edad proporcionada, se dedicó al estudio con estraordinaria aplicacion; pero con tanta especialidad al de la sagrada Escritura, que la decoró perfectamente, escusando otro libro que el de su felicísima y fidelísima memoria. Entre las obras de los santos Padres, las que mas le llevaban la inclinacion eran las de S. Juan Crisóstomo; y aunque sus progresos en las letras eran grandes, iban muy delante de ellos los que hacia en la virtud. Oia la palabra de Dios con aquel gusto espiritual que abre el camino á la inteligencia de las verdades eternas; despreciaba con generosidad cristiana las grandezas de este mundo, tan vanas como caducas; pensando solo en merecer las eternas, fruto precioso que solo le produce la inocencia de la vida. Así se iba formando el jóven Estéban en la virtud y en las letras, mientras el emperador Leon, por sobrenombre Isáurico, iba madurando el sacrílego intento de declarar la guerra á las imágenes de Dios y de los santos. Dió prin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipio á ella por la violenta deposicion del patriarca S. German, con cuyo motivo muchos católicos abandonaron la ciudad, y se retiraron á diferentes provincias para abrigarse contra la borrasca que ya comenzaba á encresparse: tormenta que no por eso intimidó á los piadosos padres de Estéban para que le consagrasen á Dios en el monasterio de Monte-Aujencio, llamado así por haber sido S. Aujencio el primero que le habitó. Era quinto abad, despues del santo fundador, el bienaventurado Juan, que viendo, observando y oyendo hablar á nuestro Estéban, descubrió los altos designios de la divina Providencia acerca de aquel mancebo, y recibiéndole en el número de sus discípulos, le cortó el cabello, y le dió el hábito de monge, aunque no habia cumplido diez y seis años. Abrazó el nuevo género de vida con increible fervor, distinguiéndose tanto en el ejercicio de todas las virtudes, que muerto el abad, todos los monges obligaron á Estéban (aunque de solos treinta años de edad) á encargarse de su gobierno. El monasterio que se encomendaba á su direccion se reducia á cierto número de celdillas ó de chozas esparcidas aquí y allí por varias partes del monte, en cuya eminencia se dejaba ver una estrecha gruta que dominaba á las demás, y esta escogió Estéban para su habitacion. Desde ella velaba sobre todos los demás solitarios, y desde la misma, como mas inmediata al cielo, tomaba vuelo su alma para elevarse mas fácilmente hasta Dios por medio de la contemplacion. Juntaba el trabajo de manos con la oracion, unas veces fabricando redes, y otras copiando libros, porque tenia escelente pluma. Pero su inclinacion á mayor soledad, y el deseo de hacer vida mas penitente y mas austera, le obligaron á renunciar en Martin la superioridad y la abadía. Retiróse, pues, y fuése á encerrar en una celdilla mucho mas estrecha que su gruta: tenia solos dos codos de largo, y medio de ancho; pero tan baja, que solo podia estar en ella encorvado, y la mitad enteramente á la inclemencia; de manera que en el rigor del estío estaba espuesto á los ardores del sol, y en el invierno á todos los rigores del hielo y de la nieve. Su vestido eran unas pobres pieles de carnero ceñidas al cuerpo con una cadena de hierro: asombrosas penitencias, que se podian llamar como ensayo del martirio á que el cielo le tenia destinado. Muy ajenos sus discípulos de la secreta fuga que habia hecho, quedaron estrañamente sorprendidos cuando no le hallaron en su acostumbrada gruta. Buscáronle solícitos por todas partes, y en fin, habiendo dado con él en la nueva habitacion, le dijeron con lágrimas en los ojos: *¿Pues qué, padre, te quieres quitar la vida con una austeridad tan fuera del órden comun? ¿quieres dejarnos huérfanos por anticiparte la muerte?—¿No sabeis, hijos* (los respondió el siervo de Dios), *que el camino del cielo es estrecho?* A esto no se atrevieron á replicarle; pero le suplicaron que á lo menos cubriese aquella nueva celdilla, de modo que tuviese alguna tal cual defensa contra el rigor de los temporales. *No es menester*, repuso el Santo; *el cielo me sirve de techo, y escuso otro reparo.* Ibase encendiendo mientras tanto el fuego de la persecucion contra todos los que defendian el culto de las sagradas imágenes. El emperador Constantino Copronimo, tan aborrecido del mundo por su disolucion, como por su crueldad, dirigió principalmente su furor contra los monges, pareciéndole, y no se engañaba, que eran los que hacian mas generosa resistencia á sus impíos y sacrílegos decretos; pero entre los monges, dos con especialidad eran el objeto de su cólera, resuelto á pervertirlos ó á esterminarlos del mundo cuando no los pudiese reducir. Estos fueron S. Andrés Calibita, y nuestro glorioso Estéban. Fué su primera diligencia despacharle un senador llamado Calixto, para que le redujese á su partido; pero perdió el tiempo y las palabras el señor senador. Irritado Constantino, volvió á despachar al mismo con una partida de soldados, y con órden de arrancarle de su celdilla, y ponerle preso en el monasterio que estaba al pié de la montaña. Ejecutóse la órden con inhumanidad; pero se mantuvo invencible la constancia de Estéban. Echóse despues mano de la calumnia, imponiéndole delitos que no habia cometido. Nada se adelantó con este medio, porque triunfó de todo su tolerancia y su inocencia. Envió el emperador algunos obispos para que disputasen con el Santo; pero él los convenció y los confundió con la solidez de sus razones: despues, levantando los ojos y las manos al cielo con un profundo suspiro que arrancó del corazon, esclamó de esta manera: *Cualquiera que no honre la imágen de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sea anatematizado, y entre en el número de los que gritaron en otro tiempo, quita la vida á este hombre, crucifícale, crucifícale.* Quedaron atónitos los prelados á vista de la libertad del siervo de Dios: restituyéronse á la corte avergonzados y confusos; y preguntándoles el emperador el éxito de la disputa, Calixto, que la habia presenciado, respondió: *Todos fuimos vencidos, señor, todos fuimos vencidos. La doctrina de este hombre es verdaderamente profunda: no hay resistencia á su argumento: su virtud es incomparable; pero su intrepidez escede á toda ponderacion: se burla de las amenazas, y hace desprecio de la misma muerte.* Desterróle el emperador al Proconeso, una de las islas del Helesponto, donde ilustró Dios su destierro con muchos milagros

Llamósele del destierro, y fué encerrado en una oscura prision. Al cabo de algunos dias hizo Constantino que se le trajesen á un sitio llamado Faro, donde se hallaba á la sazon, y allí le trató con la mayor indignidad; pero el Santo, sin perder un punto de su ordinaria mansedumbre, le probó el culto de las sagradas imágenes con tan sólidas razones, que no tuvieron que replicarle. Al fin, para confundir al emperador con un argumento palpable, sacó una moneda de oro, que para este intento llevaba prevenida, en que estaba grabada la imágen del mismo príncipe, y mostrándosela, como Cristo en otra ocasion á los judíos, le preguntó: *¿De quién es esta imágen?—¿De quién ha de ser sino del emperador?* respondió Copronimo con desabrimiento, ofendido de la libertad y de la pregunta.—*Bien*, replicó el Santo. *Y si alguno la arrojára al suelo con desprecio; si la pusiera debajo de sus pies y la pisára, ¿se le daria algun castigo?—Sin duda*, respondieron todos los presentes. Suspiró entonces el siervo de Dios, y con el corazon penetrado de dolor, esclamó de esta manera: *¡Oh deplorable ceguedad! vosotros decís que merece castigo cualquiera que trata con desprecio, arroja al suelo, y pisa la imágen del emperador, siendo así que no es mas que un hombre mortal; ¿pues qué castigo merecerán los que pisan, atropellan y arrojan al fuego las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre?* Mandó el emperador que le volviesen á la cárcel. Luego que Estéban entró en la prision, entendió por cierta interior luz del Espíritu Santo que allí acabaria sus dias. Encontró en ella trescientos cuarenta y dos solitarios, todos de virtud eminente, que habian sido conducidos de diferentes partes; y toda esta venerable tropa acudió exhalada á Estéban, como á un maestro consumado en el ejercicio de la vida regular, para oir de su boca saludables instrucciones. A todos los instruia, convirtiéndose el pretorio en monasterio por medio de aquellas conferencias espirituales. Despues de muchos meses, dijeron un dia al emperador lo que pasaba en la cárcel, y la honra y veneracion que con la direccion del Santo se hacia en ella á las sagradas imágenes: irritado el emperador, mandó matar á Estéban. Acudieron los ejecutores á la cárcel, y habiendo el Santo salido al ruido, se echaron sobre él, le arrojaron sobre la tierra, quitáronle las prisiones, y atándole fuertemente unas correas á uno de los pies, le arrastraron con el modo mas inhumano, mas cruel y mas indigno por las calles de Constantinopla. Al llegar delante de la iglesia de S. Teodoro mártir, quiso Estéban apoyarse sobre las dos manos para hacer al Santo una profunda reverencia por último testimonio de su tierna veneracion. Notólo uno de los verdugos, llamado Filomato, y gritó lleno de furia: *¿No veis como ese malvado quisiera morir mártir?* Y diciendo y haciendo arrancó un grueso palo de una bomba, que servia para apagar los incendios, y le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que con efecto hizo un mártir mas en nuestro Santo. Créese que su muerte sucedió el dia 28 de noviembre del año 766, á los cincuenta y tres de su edad.

SAN QUARDO, CONOCIDO CON EL NOMBRE DE FAMIANO.

Este glorioso confesor nació el año 1090 en Colonia, ciudad de Alemania, de padres nobles llamados Godescalco y Giumera. En el bautismo se llamó *Quardo:* despues de su muerte es conocido con el de *Famiano;* no se sabe si este nombre se le puso él mismo, para que no se supiese quién era ni de dónde. Da motivo para sospechar esto la variedad de sucesos de su vida. Criáronle sus padres santamente, salió aprovechado en virtud y letras. A los diez y ocho años de su edad, abriéndole Dios los ojos para que conociese la burlería del mundo, y llamándole á vida mas perfecta, dejó su casa y su patria, y se fué en romería á visitar los sepulcros de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y otros santuarios de Italia. Al cabo de seis años vino á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y en Galicia se detuvo tres años viviendo vida muy áspera bajo la direccion de un anciano muy ejemplar que florecia en aquella tierra. Con acuerdo de este santo varon pasó al Oriente á visitar los sagrados lugares de Palestina, de allí al cabo de otros tres años volvió á Galicia, donde emprendió vida solitaria, escondido en los bosques, manteniéndose de yerbas, negado á todo regalo y descanso y consuelo humano.

No se sabe cuanto tiempo vivió en el desierto, sino que de aquí pasó á un monasterio que por las señas era la casa de ermitaños que habia en el obispado de Tuy, entre el rio Miño y la villa de Bayona, dedicada á los santos Cosme y Damian. Allí floreció este siervo de Dios en toda virtud por espacio de veinte y cinco años hasta el de 1142 en que pasó á ser monge del monasterio de *Osera,* sujeto ya al Cister, fundado en el año 1137 y dotado por el emperador D. Alonso á peticion del conde de Galicia D. Fernando. Vivia aun García, primer abad de esta casa, el cual con gozo recibió en ella á este soldado tan bien disciplinado en la milicia de la perfeccion evangélica. Y aunque segun la regla debia preceder á la vida solitaria la cenobítica, la acreditada virtud de Quardo mereció que se le diese licencia para vivir en soledad

Llamósele del destierro, y fué encerrado en una oscura prision. Al cabo de algunos dias hizo Constantino que se le trajesen á un sitio llamado Faro, donde se hallaba á la sazon, y allí le trató con la mayor indignidad; pero el Santo, sin perder un punto de su ordinaria mansedumbre, le probó el culto de las sagradas imágenes con tan sólidas razones, que no tuvieron que replicarle. Al fin, para confundir al emperador con un argumento palpable, sacó una moneda de oro, que para este intento llevaba prevenida, en que estaba grabada la imágen del mismo príncipe, y mostrándosela, como Cristo en otra ocasion á los judíos, le preguntó: *¿De quién es esta imágen?—¿De quién ha de ser sino del emperador?* respondió Copronimo con desabrimiento, ofendido de la libertad y de la pregunta.—*Bien*, replicó el Santo. *Y si alguno la arrojára al suelo con desprecio; si la pusiera debajo de sus pies y la pisára, ¿se le daria algun castigo?—Sin duda*, respondieron todos los presentes. Suspiró entonces el siervo de Dios, y con el corazon penetrado de dolor, esclamó de esta manera: *¡Oh deplorable ceguedad! vosotros decís que merece castigo cualquiera que trata con desprecio, arroja al suelo, y pisa la imágen del emperador, siendo así que no es mas que un hombre mortal; ¿pues qué castigo merecerán los que pisan, atropellan y arrojan al fuego las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre?* Mandó el emperador que le volviesen á la cárcel. Luego que Estéban entró en la prision, entendió por cierta interior luz del Espíritu Santo que allí acabaria sus dias. Encontró en ella trescientos cuarenta y dos solitarios, todos de virtud eminente, que habian sido conducidos de diferentes partes; y toda esta venerable tropa acudió exhalada á Estéban, como á un maestro consumado en el ejercicio de la vida regular, para oir de su boca saludables instrucciones. A todos los instruia, convirtiéndose el pretorio en monasterio por medio de aquellas conferencias espirituales. Despues de muchos meses, dijeron un dia al emperador lo que pasaba en la cárcel, y la honra y veneracion que con la direccion del Santo se hacia en ella á las sagradas imágenes: irritado el emperador, mandó matar á Estéban. Acudieron los ejecutores á la cárcel, y habiendo el Santo salido al ruido, se echaron sobre él, le arrojaron sobre la tierra, quitáronle las prisiones, y atándole fuertemente unas correas á uno de los pies, le arrastraron con el modo mas inhumano, mas cruel y mas indigno por las calles de Constantinopla. Al llegar delante de la iglesia de S. Teodoro mártir, quiso Estéban apoyarse sobre las dos manos para hacer al Santo una profunda reverencia por último testimonio de su tierna veneracion. Notólo uno de los verdugos, llamado Filomato, y gritó lleno de furia: *¿No veis como ese malvado quisiera morir mártir?* Y diciendo y haciendo arrancó un grueso palo de una bomba, que servia para apagar los incendios, y le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que con efecto hizo un mártir mas en nuestro Santo. Créese que su muerte sucedió el dia 28 de noviembre del año 766, á los cincuenta y tres de su edad.

SAN QUARDO, CONOCIDO CON EL NOMBRE DE FAMIANO.

Este glorioso confesor nació el año 1090 en Colonia, ciudad de Alemania, de padres nobles llamados Godescalco y Giumera. En el bautismo se llamó *Quardo:* despues de su muerte es conocido con el de *Famiano;* no se sabe si este nombre se le puso él mismo, para que no se supiese quién era ni de dónde. Da motivo para sospechar esto la variedad de sucesos de su vida. Criáronle sus padres santamente, salió aprovechado en virtud y letras. A los diez y ocho años de su edad, abriéndole Dios los ojos para que conociese la burlería del mundo, y llamándole á vida mas perfecta, dejó su casa y su patria, y se fué en romería á visitar los sepulcros de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y otros santuarios de Italia. Al cabo de seis años vino á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y en Galicia se detuvo tres años viviendo vida muy áspera bajo la direccion de un anciano muy ejemplar que florecia en aquella tierra. Con acuerdo de este santo varon pasó al Oriente á visitar los sagrados lugares de Palestina, de allí al cabo de otros tres años volvió á Galicia, donde emprendió vida solitaria, escondido en los bosques, manteniéndose de yerbas, negado á todo regalo y descanso y consuelo humano.

No se sabe cuanto tiempo vivió en el desierto, sino que de aquí pasó á un monasterio que por las señas era la casa de ermitaños que habia en el obispado de Tuy, entre el rio Miño y la villa de Bayona, dedicada á los santos Cosme y Damian. Allí floreció este siervo de Dios en toda virtud por espacio de veinte y cinco años hasta el de 1142 en que pasó á ser monge del monasterio de *Osera,* sujeto ya al Cister, fundado en el año 1137 y dotado por el emperador D. Alonso á peticion del conde de Galicia D. Fernando. Vivia aun García, primer abad de esta casa, el cual con gozo recibió en ella á este soldado tan bien disciplinado en la milicia de la perfeccion evangélica. Y aunque segun la regla debia preceder á la vida solitaria la cenobítica, la acreditada virtud de Quardo mereció que se le diese licencia para vivir en soledad

en una capilla de S. Lorenzo que habia á la ribera del Miño.

Despues de profeso fué compelido á que se ordenase de presbítero: otros dicen que ya lo era cuando se hizo monge. Entonces se sintió movido á volver á Italia. Apareciéronsele los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y le mandaron pasar á *Galese*, ciudad antes de los Faliscos, y ahora del patrimonio de S. Pedro, junto al rio Tiber, donde era voluntad de Dios que acabase su vida. Fatigado de la sed en el camino hirió una peña con el báculo, y de ella brotó una fuente milagrosa que hasta hoy perseverа. Despues que visitó la iglesia de aquella ciudad, se hospedó en casa de un hombre ilustre llamado *Ascaro*, donde enfermó á pocos dias, y ocho antes de morir anunció su tránsito, y fué cumplida su profecía en el dia 8 de agosto del año 1150 á los sesenta de edad y cuarenta y dos de peregrinacion. Habia encargado que le enterrasen fuera de la ciudad junto á la fuente. Obró Dios grandes maravillas por intercesion de su siervo, de las cuales asegurado el papa Adriano IV le canonizó á los cuatro años despues de su muerte. El oficio de S. Famiano aprobado en Roma para su fiesta, lo imprimió Juan Bautista Solerio.

La misa es en honor de S. Gregorio, y la oracion la que se sigue:

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que la solemnidad del bienaventurado Gregorio, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros la devocion y la salud. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 13 del apóstol S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: todo pontífice elegido de entre los hombres, se constituye por ellos en las cosas pertenecientes al culto de Dios, para que le ofrezca dones y sacrificios por los pecados: el cual debe ser tal, que pueda condolerse de los que ignoran y yerran, puesto que él mismo está sujeto á las mismas flaquezas; y por tanto debe ofrecer sacrificios, no solo por los pecados del pueblo, sino es por los propios. Bien que ninguno debe introducirse en este honor, si no es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

La honra que dan á Dios sus fieles siervos, no está propiamente aligada ni á la prosperidad, ni á la adversidad, ni al abatimiento, ni á la elevacion de los que le sirven, sino á usar bien de todo lo que su divina voluntad se dignáre disponer respecto de ellos. No hay estado, no hay constitucion, que no sea teatro de virtud para los santos; sino en todos hacen el mismo bien, en todos encuentran siempre medios, y medios muy seguros para glorificarle. No hay condicion que no los proporcione para ser santos, y por eso se hallan muchos en todos estados y condiciones. El pobre oficial, el caballero, el labrador, el soldado, el ciudadano y el príncipe, todos hallan en sus respectivos estados materia para ejercitar la paciencia, para combatir y para vencer las pasiones, para practicar las virtudes mas heróicas, para sufrir y para merecer; porque no hay estado en que no se pueda y no se deba vivir con arreglo á las máximas del Evangelio. No nacen de la condicion las dificultades que se encuentran para salvarse: tanto estorba la abundancia como la miseria, la prosperidad como la desgracia: todo el punto consiste en saberse aprovechar bien de todo.

Como si fuéramos seductores. Solo en el tribunal de la ignorancia, de la envidia, de la preocupacion, ó de la conspiracion podian ser tratados como impostores los sagrados apóstoles. Pero su defensa corrió á cuenta de Dios. Los malos tratamientos que sufren los que le sirven, se convierten en mayor honor y gloria suya. No debe esperar el discípulo ser mejor tratado que el maestro.

Como dispuestos á morir, y no dejando de vivir. Tal es la vida de los Santos: una muerte continuada, en que se consumen á sí mismos con el trabajo y con la penitencia. Prontos siempre á ofrecer á Dios el sacrificio de su vida; pero muchas veces dilata el Señor aceptarle, ó para aumentar su mérito, ó para que sirvan mas largo tiempo á su gloria. No conciben los mundanos como es posible entregarse al rigor y á la austeridad de la virtud; pero el mismo valor con que la abrazan los Santos los sostiene, y los mismos trabajos que les salen al encuentro parece que los añaden nuevas fuerzas. Este es el secreto y la virtud de la gracia del Redentor. Como somos tan cobardes, nos parece que es una mortal violencia de la carne el que es un rigor necesario para contenerla en su deber, y para que esté sujeta al espíritu como es razon.

El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo encargaba á sus discípulos que es-

tuviesen siempre vigilantes, les dijo: Considerad, velad y orad, pues ignorais cuando será el tiempo de mi venida. Así como el hombre que parte léjos de su casa, da á sus siervos facultad para lo que han de hacer, y manda al portero que vele, á este modo velad, pues ignorais cuando vendrá el Señor de la casa, si por la tarde, á la media noche, al canto del gallo, ó por la mañana; no sea caso que viniendo de repente, os encuentre dormidos. Lo que digo á vosotros digo á todos: velad.

MEDITACION.

Del camino que nos lleva á Jesucristo.

Punto primero. — Considera, que ninguno va al Padre sino por Jesucristo, y ninguno puede ir á Jesucristo, si no se renuncia á sí mismo, si no aborrece su propia persona, si no lleva su cruz, pero sin arrastrarla. Este camino que lleva á Jesucristo, parece estrecho, espanta á muchos; ¿pero qué le hemos de hacer? ello no hay otro. Esplicóse el Salvador del mundo en este particular con tanta claridad, que no admite interpretacion. El es el camino; cualquiera otro sendero desvia del término; mas para entrar en este camino es preciso descargarse de todo lo que embaraza: como es tan estrecho, no admite cargas ni bagajes. Decláranos Jesucristo, que para ir en pos de él es indispensable romper muchos lazos: amor de los padres demasiadamente tierno y absoluto; pasion desmedida á todo lo que queremos; renuncia total de nuestros propios intereses; abnegacion de nosotros mismos: ninguna cosa se anuncia en la sagrada Escritura con mas espresion, ninguna se repite con mayor frecuencia. Apela el amor propio de una sentencia tan decisiva; ¿pero qué caso se ha hecho de su apelacion? Diez y ocho siglos ha que el espíritu, que el corazon humano, de acuerdo con las pasiones, están apelando de este decreto; ¿pero hay por ventura tribunal superior, ni aun igual al que pronunció esta ley? Todas las herejías conspiraron contra la doctrina de Jesucristo. Aun aquellas mismas que en la apariencia gritaron mas, y continuamente están gritando contra la relajacion, en el fondo, en la sustancia solo intentan favorecer la concupiscencia, y dejar á sus anchuras al amor propio. ¡Qué de quejas, á cual mas frívolas, no ha dado siempre el mundo contra esta imaginaria severidad de Jesucristo! ¡qué argumentos, á cual mas falsos, á cual mas inútiles, para eludir la universalidad de la ley, para imaginar, para persuadir á ciertas gentes que están dispensadas en ella! pero el oráculo es general. *El que no toma su cruz todos los dias, no puede ser mi discípulo.* Los grandes del mundo, los nobles, las personas ricas, las mujeres profanas, todas son comprendidas en el decreto. Y si no, que nos muestren otra moral que se hubiese hecho para ellas: que nos digan si hay alguno que las dispense de esta ley, que autorice su vida regalona, disipada y divertida; que las defienda y las justifique, viviendo de un modo tan contrario al que Jesucristo nos prescribió. Si se salváran esas personas que traen una vida inmortificada, deliciosa y enteramente mundana, sin enmendarse de ella, ó sin detestarla de todo su corazon antes de morir, se podria decir que se salvaban contra la espresa palabra del mismo Jesucristo.

Punto segundo.—Considera que aquellas palabras del Salvador: *es menester aborrecer al padre, á la madre, á la mujer, á los hermanos y á las hermanas*, no se entienden de aquel odio maligno que produce la enemistad. El que nos manda amar aun á nuestros mayores enemigos, está muy léjos de aconsejarnos que aborrezcamos á nuestros parientes mas cercanos. Entiéndense, pues, de aquel amor de preferencia que debemos profesar á Dios; de suerte, que atentos únicamente á servirle y agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, parientes, amigos, y nuestra misma vida antes que ofender á Dios. Santiago y S. Juan dejaron á su padre en el barco por seguir á Cristo. El mismo divino Salvador no permitió que fuese á enterrar á su padre un jóven á quien llamó. Conformándose con esta doctrina de Jesucristo, todo lo abandonaron los Santos, de todo se despojaron por seguirle, y el dia de hoy están haciendo el mismo sacrificio tantas personas religiosas. Es mucha desgracia, despues de haber puesto mano al arado, volver á mirar atrás. ¿Obedecerán este precepto aquellas personas que hasta en el claustro están fomentando el desordenado amor á sus parientes? ¿aquellos religiosos que están como embebidos en el espíritu de la carne y sangre, seguirán esta doctrina? pues sin este despojo, sin este desasimiento, no hay discípulos de Jesucristo. No es menos indispensablemente necesaria la renuncia de sí mismo; ¿pero ésta se usa mucho el dia de hoy? ¡Ah! que todo el mundo busca su interés; el gran móvil de las acciones humanas es el amor propio; ni los que se aparentan mas devotos son siempre los mayores enemigos de si mismos. Cada uno se busca á sí propio en casi todo. Pues no nos admiremos ya de que hoy se vea en el mundo, y aun en el estado religioso, tan poquito de virtud só-

lida, castiza, perfecta y verdadera; de que se encuentren tan pocos discípulos legítimos de Jesucristo. Es menester seguir á este Señor en todo y por todo; pero mientras tanto solo se escucha la voz de la carne y de la sangre. Es indispensable aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. ¿Parécete de buena fe que sigues esta doctrina?

¡Mi Dios! ¿qué conducta es la nuestra? Oimos, recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; con todo eso no son ellas la regla de nuestras costumbres: ¡estas son muy opuestas á su doctrina, y sin embargo vivimos como amodorrados en una profunda seguridad!

Reconozco, Señor, siento y palpo por vuestra infinita misericordia, mis ilusiones y mi error. Haced que me aproveche de este conocimiento, y que estando convencido, como lo estoy, de la verdad de vuestra doctrina, y de la santidad de vuestra moral, sea ésta en adelante la única regla de todas mis operaciones.

JACULATORIAS.—Dignaos, Señor, de hacer que camine siempre por la regla de vuestros preceptos. (*Psalm.* 118.)

¡Ah Señor! ¿á quién irémos? vuestras palabras son de vida eterna. (*Joan.* 6.)

PROPOSITOS.

1 Cuando solo hay un camino para arribar al término adonde se quiere ir, es necedad detenerse en consultar qué camino se ha de escoger. No hay mas que una fe y una doctrina en nuestra religion; no hay, ni puede haber mas que una moral, que es la del Evangelio: este es el único camino para el cielo, no hay otro. Será grande estravagancia, será insigne locura buscarle. Sincero desapego de todos los bienes criados, desprendimiento de la carne y sangre, victoria de las pasiones, odio santo de sí mismo: este es el único camino que guia á la salvacion. ¿Sigues le tú? pues está cierto que cualquiera otro sendero te desvia de ella. *Hay un camino que al hombre le parece derecho*, dice el Sabio, *y su paradero es la muerte.* ¿Buscas acaso confesores anchos y contemplativos? ¿Buscas por ventura moral y opiniones laxas? Si no buscas esto, ¿qué motivo tienes para preferir ese confesor á otro? ¿No será acaso porque no te acomoda el prudente rigor de este; y se halla mejor tu amor propio, tu inmortificacion y tu cobardía con la indulgencia de aquel? ¡Qué compasion, ó por mejor decir, qué insigne locura buscar de propósito una guia para descaminarse! Examina los verdaderos motivos que

tienes para proceder de esta manera; mira que el negocio es de suma importancia, y se arriesga mucho en esponerle á contingencias.

2 Dices que buscas á Dios, pero reflexiona bien si buscas á Dios verdaderamente en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones; si buscas puramente á Dios en las funciones de tu oficio, en los ejercicios de tu zelo, en los de tu sagrado ministerio. ¿No buscarás acaso tus propios intereses? ¿no te buscarás á tí mismo? Estás consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó en el religioso; pero dime, ¿no sirves todavía al mundo? ¿No estás todavía muy apegado á tus parientes? Acuérdate de lo que dijo Jesucristo, que en vano te lisonjeas de ser discípulo suyo si todavía tienes apego á la carne y sangre. No se te pase el dia sin solicitar una pronta y sincera reforma en todos estos puntos.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN ANDRES, apóstol.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO EL VIEJO, Y SISINIO (ó SISMNIO) diácono, en Roma, en la vía Salaria; los cuales, imperando Maximiano, despues de haber sido mortificados en una larga cárcel, por mandato del prefecto de la ciudad fueron estendidos en el potro, heridos con palos y escorpiones, tostados con hachas encendidas, y últimamente bajándolos del potro fueron degollados. (Aconteció el glorioso martirio de estos Santos el año 304.)

SAN SATURNINO, obispo, en Tolosa de Francia; el cual en tiempo de Decio fué cogido por los gentiles en el capitolio de aquella ciudad, de donde arrojándole desde lo mas alto de las escaleras, se le estrelló la cabeza y le saltó el celebro, y hecho su cuerpo pedazos, entregó su alma al Criador. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN PARAMON Y DE TRESCIENTOS Y SETENTA Y CINCO COMPAÑEROS, en tiempo del emperador Decio y del presidente Aquilino, igualmente (por los años de 254 imperando Decio.)

SAN FILOMENO, mártir, en Ancira; el cual en la persecucion del emperador Aureliano, por mandato del presidente Felix, fué atormentado con el fuego (del cual salió ileso); despues hincándole clavos en las manos y en los pies y últimamente en la cabeza, alcanzó la corona del martirio (glorificando á Dios, el año 275.)

LOS SANTOS MÁRTIRES BLAS Y DEMETRIO, en Veroli (en los primeros siglos de la Iglesia.)

SANTA ILUMINADA, vírgen, en Todi. (Al parecer floreció en el siglo II, no habiendo podido conseguir la palma del martirio no obstante

lida, castiza, perfecta y verdadera; de que se encuentren tan pocos discípulos legítimos de Jesucristo. Es menester seguir á este Señor en todo y por todo; pero mientras tanto solo se escucha la voz de la carne y de la sangre. Es indispensable aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. ¿Parécete de buena fe que sigues esta doctrina?

¡Mi Dios! ¿qué conducta es la nuestra? Oimos, recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; con todo eso no son ellas la regla de nuestras costumbres: ¡estas son muy opuestas á su doctrina, y sin embargo vivimos como amodorrados en una profunda seguridad!

Reconozco, Señor, siento y palpo por vuestra infinita misericordia, mis ilusiones y mi error. Haced que me aproveche de este conocimiento, y que estando convencido, como lo estoy, de la verdad de vuestra doctrina, y de la santidad de vuestra moral, sea ésta en adelante la única regla de todas mis operaciones.

JACULATORIAS.—Dignaos, Señor, de hacer que camine siempre por la regla de vuestros preceptos. (*Psalm.* 118.)

¡Ah Señor! ¿á quién irémos? vuestras palabras son de vida eterna. (*Joan.* 6.)

PROPOSITOS.

1 Cuando solo hay un camino para arribar al término adonde se quiere ir, es necedad detenerse en consultar qué camino se ha de escoger. No hay mas que una fe y una doctrina en nuestra religion; no hay, ni puede haber mas que una moral, que es la del Evangelio: este es el único camino para el cielo, no hay otro. Será grande estravagancia, será insigne locura buscarle. Sincero desapego de todos los bienes criados, desprendimiento de la carne y sangre, victoria de las pasiones, odio santo de sí mismo: este es el único camino que guia á la salvacion. ¿Sigues le tú? pues está cierto que cualquiera otro sendero te desvia de ella. *Hay un camino que al hombre le parece derecho*, dice el Sabio, *y su paradero es la muerte.* ¿Buscas acaso confesores anchos y contemplativos? ¿Buscas por ventura moral y opiniones laxas? Si no buscas esto, ¿qué motivo tienes para preferir ese confesor á otro? ¿No será acaso porque no te acomoda el prudente rigor de este; y se halla mejor tu amor propio, tu inmortificacion y tu cobardía con la indulgencia de aquel? ¡Qué compasion, ó por mejor decir, qué insigne locura buscar de propósito una guia para descaminarse! Examina los verdaderos motivos que

tienes para proceder de esta manera; mira que el negocio es de suma importancia, y se arriesga mucho en esponerle á contingencias.

2 Dices que buscas á Dios, pero reflexiona bien si buscas á Dios verdaderamente en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones; si buscas puramente á Dios en las funciones de tu oficio, en los ejercicios de tu zelo, en los de tu sagrado ministerio. ¿No buscarás acaso tus propios intereses? ¿no te buscarás á tí mismo? Estás consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó en el religioso; pero dime, ¿no sirves todavía al mundo? ¿No estás todavía muy apegado á tus parientes? Acuérdate de lo que dijo Jesucristo, que en vano te lisonjeas de ser discípulo suyo si todavía tienes apego á la carne y sangre. No se te pase el dia sin solicitar una pronta y sincera reforma en todos estos puntos.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN ANDRES, apóstol.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO EL VIEJO, Y SISINIO (ó SISMNIO) diácono, en Roma, en la vía Salaria; los cuales, imperando Maximiano, despues de haber sido mortificados en una larga cárcel, por mandato del prefecto de la ciudad fueron estendidos en el potro, heridos con palos y escorpiones, tostados con hachas encendidas, y últimamente bajándolos del potro fueron degollados. (Aconteció el glorioso martirio de estos Santos el año 304.)

SAN SATURNINO, obispo, en Tolosa de Francia; el cual en tiempo de Decio fué cogido por los gentiles en el capitolio de aquella ciudad, de donde arrojándole desde lo mas alto de las escaleras, se le estrelló la cabeza y le saltó el celebro, y hecho su cuerpo pedazos, entregó su alma al Criador. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN PARAMON Y DE TRESCIENTOS Y SETENTA Y CINCO COMPAÑEROS, en tiempo del emperador Decio y del presidente Aquilino, igualmente (por los años de 254 imperando Decio.)

SAN FILOMENO, mártir, en Ancira; el cual en la persecucion del emperador Aureliano, por mandato del presidente Felix, fué atormentado con el fuego (del cual salió ileso); despues hincándole clavos en las manos y en los pies y últimamente en la cabeza, alcanzó la corona del martirio (glorificando á Dios, el año 275.)

LOS SANTOS MÁRTIRES BLAS Y DEMETRIO, en Veroli (en los primeros siglos de la Iglesia.)

SANTA ILUMINADA, vírgen, en Todi. (Al parecer floreció en el siglo II, no habiendo podido conseguir la palma del martirio no obstante

sus deseos. Consagró su integridad virginal á Jesucristo, y murió santamente en Todi, en Italia.)

SAN SATURNINO, OBISPO Y MÁRTIR.

Siempre fué venerado S. Saturnino como uno de los mas ilustres mártires de la Iglesia Galicana. Fué asociado á S. Dionisio Areopagita para la conquista espiritual de aquel vasto país, que algun dia habia de ser el escudo de la fe, el asilo de la virtud, y el protector de la autoridad de la Iglesia. Acompañóle hasta Arlés: desde allí pasó á Tolosa, donde habiendo hallado los ánimos mas dispuestos para recibir el Evangelio, que los habia encontrado en Carcasona, donde al principio habia hecho alguna mansion, tardó poco en juntar un pequeño rebaño, que reconoció por su pastor á Jesucristo. Por esta razon erigió una iglesia al lado del Capitolio, en la cual predicaba la divina palabra, administraba los sacramentos, y ofrecia al Señor el incruento sacrificio del altar. Luego que le pareció que aquella tierna iglesia se hallaba ya en estado de mantenerse y de acrecentarse por sí misma, sin tener necesidad de su presencia, determinó llevar mas adelante sus conquistas. Dejó en Tolosa á san Papoul para que prosiguiese en el ministerio apostólico, y él se encaminó á Pamplona, donde con la eficacia de su predicacion, con la multitud de sus milagros y con la santidad de su vida convirtió á cuarenta mil personas. La santa iglesia de Toledo tiene por cierto que tambien se estendió hasta aquella ciudad su ardiente zelo por la salvacion de las almas. Dos años se detuvo en Pamplona Saturnino, donde obró tantas maravillas, hizo acciones tan heróicas, que millares de idólatras abrieron los ojos á la luz del Evangelio; pero habiéndose suscitado en este tiempo un sedicioso tumulto en Tolosa, en que padeció glorioso martirio san Papoul, informado Saturnino de esta novedad, juzgó necesaria su presencia en aquel pueblo, para que el rebaño fiel que habia quedado sin pastor, no fuese presa de los lobos carniceros. Partió, pues, en diligencia, llevando consigo la serenidad y la alegría, porque con la persecucion de los gentiles y con la muerte de S. Papoul, todo el país estaba cubierto, á guisa de una espesa nube, de turbacion, de terror y de tristeza. Luego que vieron á Saturnino, cobraron todos nuevo aliento; y teniendo á la frente un caudillo tan esperimentado, no temian ya los insultos de sus enemigos los paganos. No se podia ir á la iglesia de los cristianos sin pasar por delante del Capitolio, donde estaba el templo de los ídolos; y como era preciso que Saturnino fre-



S. SATURNINO O. Y M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuentase aquel camino, sola su presencia bastó para que enmudeciesen los demonios que residian en el templo, para que callasen los oráculos, y para que desapareciesen del todo los prestigios y las ilusiones que se veian en él, sin que al parecer se mezclase en nada nuestro Santo. Quedaron atónitos los sacerdotes de los ídolos á vista de aquel silencio: examinaron la causa, y despues de muchos discursos solo la pudieron atribuir á alguna maniobra de los cristianos. Habiendo observado los frecuentes viajes que hacia Saturnino por delante del Capitolio, depositario de sus mentidas deidades, se persuadieron á que esta era la verdadera causa del silencio de sus dioses, sin considerar que era mucha necedad temer á unos dioses tan cobardes, que ellos mismos temian á vista de los cristianos, y no respetar á aquel que se hacia tan temible á sus mismas imaginarias deidades. Esto mismo los ponia á la vista el desengaño para conocer la vanidad y la ridiculez de sus ídolos, pues no habia cosa mas natural que este discurso. El Dios de los cristianos hace enmudecer á nuestros dioses solo con la presencia de sus siervos; luego es mas poderoso que todos ellos. Sin duda que aquel Señor debe ser muy terrible, y que las potencias infernales, que nos tienen engañados, saben muy bien que son obras de sus manos; pues cuando no conozcamos que son víctimas de su justicia, estamos tocando con las manos que no pueden resistir á su poder. Para acreditar la superioridad de éste, no se contenta con dominarlas por sí mismo, pues las sujeta, las avasalla, y las encadena con sola la presencia de los que le adoran y le sirven. Así parece que habian de discurrir naturalmente aquellos infieles, pero no discurrieron así; antes bien para reparar el honor de sus dioses, que á su modo de entender consideraban ultrajado, determinaron sacrificarlos por víctima al mismo Saturnino. Pasaba el Santo, segun su costumbre, por el Capitolio, para ir á la iglesia de los cristianos, y aprovechando la ocasion, se echaron sobre él, y le condujeron al mismo Capitolio. Al punto lo rodeó una multitud de idólatras para vengar la afrenta de sus ídolos: quisieron obligarle á que los ofreciese sacrificio; pero el Santo los respondió con serenidad, y no sin gracia: *Yo me guardaré bien de adorar ni de temer á los que me temen y me respetan á mí;* añadiendo despues: *no reconozco mas que á un solo Dios verdadero, al cual ofrezco cada dia sacrificio de alabanzas. Vuestros ídolos (sélo muy bien) son unos infelices demonios, á los cuales ofreceis vanamente la sangre de animales, ó por mejor decir, la muerte de vuestras almas.* Menos era menester para enconar aquellos ánimos irritados ya con el silencio de sus dioses. Escitóse en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

templo un gran tumulto, y en un instante se vió cubierto de heridas Saturnino. Un sacerdote de los gentiles le atravesó la espada por el cuerpo: despues le ataron por los pies á la cola de un toro feroz, que por casualidad se habia traido al templo para ser sacrificado; y para irritar mas al enfurecido bruto, le agarrochaban con todo género de instrumentos. Tomó carrera con ciego furor la ensangrentada fiera, y despeñándose por las elevadas gradas del Capitolio, desde la primera dió tan terrible golpe la cabeza de Saturnino, que abierto el cráneo, y saltando á fuera los sesos, espiró en el mismo instante; pasando de esta manera al reino de Dios en el cielo, el que tanto habia dilatado el de Jesucristo en la tierra. Prosiguió el indómito animal arrastrando el cuerpo de nuestro Santo; de manera, que por todas partes iba siguiendo el precioso riego de su sangre, y por todas quedaban esparcidas sus entrañas con varios trozos de sus despedazados miembros. Llegó el toro al llano que está fuera de los arrabales; en él rompió la cuerda á que estaba amarrado el santo cuerpo, y allí se quedó el glorioso cadáver. Consternados los cristianos de Tolosa, no tuvieron valor para levantarle y darle sepultura, hasta que una animosa mujer tuvo espíritu para tributarle este piadoso deber, despreciando el peligro que la amenazaba. Acompañada únicamente de una criada suya, fueron al campo donde yacian las reliquias del santo cuerpo, abandonadas al arbitrio de los brutos y de las fieras; recogieron los miembros esparcidos, encerrándolos en una caja de madera, y ocultamente los sepultaron en un hoyo muy profundo para ocultarlos á la noticia de los gentiles, quitándoles la gana y la ocasion de descubrirlos y de profanarlos. Con el tiempo fueron descubiertas las preciosísimas reliquias, y hoy se conservan en una rica urna de oro y plata que costeó la piedad y la magnificencia de la ciudad de Tolosa.

SAN CONANCIO, OBISPO.

De este glorioso prelado dice S. Ildefonso que gobernó la iglesia de Palencia despues de Murila. Fué varon respetable por su gravedad y modestia esterior, y mucho mas por el peso y madurez de su juicio, y sobre todo esto por las grandes virtudes en que resplandeció con edificacion de sus ovejas y de todo el reino. Floreció en tiempo de S. Isidoro, ambos concurrieron al concilio IV de Toledo. Aun Conancio sobrevivió á Isidoro, pues asistió al concilio VI de Toledo, y consta que dos años antes habia muerto Isidoro. Fué obispo desde el año 609 ó el siguiente en que

murió Witerico, hasta el de 639 ó el siguiente en que falleció Chintila; y así alcanzó los reinados intermedios de Gundemaro, Sisebuto, Suintila y Sisenando. Fué Conancio muy sobresaliente en la elocuencia sagrada. Compuso para los oficios eclesiásticos algunos himnos y otros varios metros y prosas, y tambien la música con que se habian de cantar, acomodada á la letra y al decoro del templo. Escribió tambien un tratado de oraciones ó sean sermones adaptadas á los salmos segun se cantan en el oficio.

No debe confundirse este santo obispo con Tonancio ó Constancio, dignísimo español, y muy versado en la santa Escritura, de quien conjetura el Sr. Bayer que fué presbítero ó cuando menos monge. El cual junto con Vital, que tambien era español, con motivo de los progresos que iba haciendo en España la herejía de Nestorio, consultaron por escrito á Capreolo, obispo de Cartago, sobre la fe de la Natividad de Cristo verdadero Dios y hombre. Era esto por los tiempos del concilio Efesino, hácia el año 431. Capreolo les escribió una carta doctísima y muy elocuente, asegurándolos y arraigándolos en la fe de la divinidad de Jesucristo que ambos confesaban. (*Nic. Ant. Bibl. Vet. lib. 5. c. 1. y M. Florez t. 3. p. 251.*)

La misa es en honor de S. Saturnino, y la oracion la siguiente:

O Dios, que nos concedes celebrar con alegria el dia en que tu bienaventurado mártir y pontífice Saturnino nació nueva vida en el cielo; concédenos tambien los auxilios que te pedimos por sus merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 12 de la del apóstol S. Pablo á los romanos.

Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, á todos los que estan entre vosotros: que no sepan mas de lo que conviene saber, sino que sepan con moderacion, y segun la medida de la fe que repartió Dios á cada uno. Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen el mismo oficio, de la misma manera entre muchos hacemos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro.

REFLEXIONES.

A todos, sin escepcion, os advierto, que no os estimeis á vosotros mismos mas de lo que es razon, ni os tengais en mas de lo

que sois. Para reformar el corazon da principio el Apóstol recomendando la humildad. Esta es á un mismo tiempo el fundamento y como la corona de todas las demás virtudes: á ella la deben su solidez y su esplendor. A todos, sin escepcion, la encomienda. El mas elevado tiene necesidad de ella para preservarse del veneno de la vanidad. Siempre hay peligro de que se vaya la cabeza al que anda por sitios muy altos. Es necesaria al hombre mas desconocido para ayudarle á llevar el peso de la humillacion. No siempre los mas humillados suelen ser los mas humildes: sufriendo con humildad los menosprecios, te haces digno de alabanza, al mismo tiempo que la vanidad en la elevacion te haria menospreciable. El orígen mas comun de los disgustos que se padecen, y de los que se causan á los demás en el comercio humano, es la demasiada merced que cada uno se hace á sí mismo. De aquí nacen aquellos orgullosos deseos de ser respetados de todos, y aquella delicadeza, aquel resentimiento en la menor atencion á que se nos falte: aquellas eternas quejas de lo poco que se atiende al imaginario mérito; aquel desprecio con que se trata á los otros, y de que estos seguramente saben vengarse á su tiempo. Muchas veces seria uno mas feliz, solo con que se estimára menos á sí mismo; y para estimarse menos á sí mismo, bastaba un poco de conocimiento propio. Cuando no hubiera mas que los peligros á que nos espone el orgullo, esto solo debiera bastar para humillarnos. Así como un hombre que trepa por una montaña, cuanto mas se va acercando á la cumbre mas se desvia de la falda, mas no por eso está menos espuesto al precipicio, antes bien todo lo que va ganando de elevacion, va añadiendo de fuerza á la caida; así, ni mas ni menos, es mas funesto el despeño de los que están, ó se presumen mas erguidos. Por eso los mayores santos, léjos de considerarse mas seguros que los hombres de una mediana virtud, vivieron siempre con mas miedo de caer, por ser mayor el peligro en quien está mas elevado. Para cortar los movimientos del orgullo ú de la envidia, considerémonos todos como miembros de un mismo cuerpo, obligados á trabajar los unos por los otros. En mirando con los ojos de la fe los puestos mas elevados, los empleos mas abatidos, es cierto que entre éstos y aquéllos se halla bien poca diferencia. En los empleos lustrosos sirven de lastre los peligros que los acompañan; y en los humildes ó en los inferiores se compensa la oscuridad con la quietud y con el consuelo de que está menos arriesgada la salvacion. ¿Aspiras á un puesto elevado? pues en él se hará mas visible tu insuficiencia, y se dará menos cuartel á tus defectos. Los grandes empleos muchas veces, si no son las mas, solo sirven para que se conozcan los talentos que faltan, y no los que se tienen.

El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No penseis que yo he venido á poner paz sobre la tierra; no he venido á poner paz, sino guerra. Porque vine á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra; y los enemigos del hombre son sus domésticos. El que ama á su padre, ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí: y el que ama al hijo, ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que cuida de su vida, la perderá; y el que perdiere la vida por mí, la volverá á encontrar. El que os recibe á vosotros, me recibe á mí: y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el premio de profeta: y el que recibe á un justo á título de justo, recibirá el galardon de justo. Y cualquiera que diere un solo vaso de agua fresca á uno de estos mas pequeñuelos á título de discípulo, os digo de verdad que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

De los motivos particulares para una conversion pronta y efectiva.

Punto primero. — Considera que el deseo de convertirse, por lo comun, solo es nuevo motivo de condenacion cuando no está acompañado de una conversion efectiva y actual. Mientras no se pasa del deseo de convertirse, no se convierte. Conozco que tengo absoluta necesidad de convertirme: mis máximas, mi vida, mi conciencia, todo me está gritando que me es necesaria la conversion, que me es indispensable la reforma. Los desórdenes de mi juventud, los escesos de la edad mas avanzada, los hábitos viciosos, las inveteradas costumbres, las malas confesiones, las frecuentes recaidas, todo esto me hace visible que es urgentísima la necesidad de convertirme. No me quisiera morir sin haberlo hecho. Muchas veces lo he pensado hacer: ¿pues por qué no lo hago? ¿temo acaso que sea demasiadamente presto si lo hago desde luego? ¿puedo hacer cosa mejor? Y por presto que lo haga, ¿no será ya demasiadamente tarde? ¿arrepentiréme jamás de haberlo hecho? ¿podré hacerlo nunca con mas facilidad que ahora? Cuanto mas lo dilate, mas me costará; mayores

dificultades tendré que vencer. Se multiplicarán los lazos, y ha de ser mas dificultoso romperlos. Si lo hago hoy, ¡qué gozo tendré mañana, pasado mañana! ¡qué consuelo toda mi vida! ¡con qué gusto me acordaré de este afortunado dia! ¡ah, que acaso será este dia el único que tendré ya para convertirme: acaso será el dia de mi salvacion! En mi mano está que lo sea. ¿Pues en qué me detengo? ¿en qué dudo? Si este dia no es el de mi salvacion, ¿quién me puede asegurar que lo será otro? ¿quién me puede asegurar que no sea el de mi reprobacion, el de mi condenacion eterna? ¡Oh! si aquellas almas condenadas á las eternas llamas; si aquel pariente, si aquel amigo, si aquella persona conocida mia que se condenó, y se condenó por haber dilatado, como yo, su conversion; si aquellas almas que gimen, que arden, que rabian, que se desesperan despues de su muerte en los infiernos, lográran la fortuna que yo logro; si volvieran á este mundo; si tuvieran los dias de vida que yo tengo; si todavía se pudieran convertir en este dia, ¿dilatarian su conversion para mañana? ¡y será posible que yo mismo la dilate despues de estas reflexiones!

Punto segundo. —Considera que para convertirnos, tenemos al presente unos medios que quizá jamás los volveremos á tener. Para la conversion es preciso tener tiempo, gracia y voluntad de hacerla. Ahora tengo este tiempo, tengo salud, tengo esta gracia, pues Dios me la está ofreciendo. Estas inspiraciones que me da; estas mismas reflexiones que estoy leyendo; estas mismas verdades que estoy meditando; todo esto en alguna manera me promete aquella gracia. Solo, pues, me falta la gana, la sincera voluntad. Y bien; ¿pues por qué no la tendré? ¿se necesita de un confesor, de un director sabio, prudente y zeloso para convertirse? No hay cosa mas fácil que tenerle ahora. ¡Mira cuantos medios juntos se te proporcionan al presente, que acaso nunca volverás á lograr! ¡cuantas circunstancias favorables, que no concurrirán quizá en algun otro dia! Todo conspira ahora para que me convierta; solo yo me resisto á mi conversion. La prosperidad y la desgracia, la salud y la falta de ella, las honras y los desprecios, todos conducen igualmente para que me convierta: todos son poderosos motivos para que me determine á hacerlo. El Señor me colma de bienes, ¡y yo he de proseguir en ofenderle! El Señor me castiga, ¡y yo he de continuar en irritarle! Tengo salud; pues no hay tiempo mas oportuno para trabajar en el negocio importante de mi eterna salvacion. Estoy achacoso: pues qué, ¿he de aguardar á la muerte para hacer penitencia? Véome

colmado de honras; ¡y querré perseverar en el pecado para granjearme algun dia una eterna confusion! Soy despreciado de todo el mundo; bien está, sea yo santo, y está hecha mi fortuna. ¡Buen Dios! ¿de qué nos sirve ser cristianos, tener entendimiento, ser hombres de razon, si no discurrimos así? Pero si discurrimos así, ¿cómo dilatamos un solo momento una conversion que ya debiera estar hecha?

¡Ah, Señor! no permitais que de nada me sirvan estas reflexiones. Conozco, veo, palpo la indispensable necesidad que tengo de convertirme, de reformar enteramente mi vida; vos me inspirais este deseo; vos me solicitais; vos me convidais; vos me apretais hoy para que lo haga. ¡Y me resistiré todavía á vuestra gracia! ¡y no me dará la gana de hacerlo! ¡y no estaré de ese parecer! No, mi Dios, resuelto estoy, y así lo declaro. Quiero eficazmente convertirme desde este mismo punto: dignaos otorgarme esta gracia.

Jaculatorias. — Desde este momento comienzo, Señor, á emprender una nueva vida: reconozco la mano del Altísimo en la mudanza que esperimento. (*Psalm.* 76.)

Convertidme vos, mi Dios, y yo me convertiré. (*Jerem.* 31.)

PROPOSITOS.

1 Todos convienen en que tienen necesidad de convertirse: ninguno se quisiera morir sin haberse convertido; y con todo eso pocos son los que se convierten. Comprende, si puedes, esta paradoja; pero considera tambien si cabe mayor locura, si es posible mas insigne necedad. Pues no quieras dar con tu proceder una nueva prueba de esta insensatez. Cien veces has dicho que te querias convertir, y hasta ahora no ha llegado el caso de tu conversion: no la dilates mas. Por virtuoso que uno sea, siempre tiene necesidad de conversion y de reforma. Si eres pecador, comienza desde luego á convertirte: vete á la iglesia, ó á lo menos enciérrate en tu oratorio, y allí á los pies del altar ó de tu crucifijo detesta tu vida pasada, y da principio, si puedes, á tu confesion desde este mismo dia. Por lo menos vé luego á buscar un santo, sabio y prudente confesor: declarale tu resolucion de hacer una dolorosa confesion general, para que este paso sea al mismo tiempo prueba y como empeño de tu conversion. No lo dilates para otro dia. En negocio de tanta importancia, toda dilacion es peligrosa. Empeña despues á la santísima Vírgen, poderosa abogada de los pecadores; al ángel de tu guarda, y á los santos de

tu devocion, rezándolos alguna cosa, para que por su intercesion te ayuden y promuevan esta grande obra.

2 Por ajustada que sea tu vida, todavía no dejará de tener necesidad de alguna reforma: da principio á ella desde luego. Examina seriamente delante de Dios todo lo defectuoso y reprensible que se halla en tí, la tibieza y aun la negligencia en el cumplimiento de tus obligaciones, en los ejercicios espirituales, en tus devociones y buenas obras. Apenas hallarás una en que no tengas algo que reformar, que corregir, y que perfeccionar. Apunta aquellas cosas que lo necesitan, y pon desde hoy manos á la obra. ¡Oh, y qué dichoso será este dia para tí, si fuere el dia de tu perfecta conversion!

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Andres, apóstol, en Patras en la Acaya; el cual predicó el Evangelio en Tracia y en Escitia. El procónsul Egeas le prendió y le puso en la cárcel, y despues de haberle azotado cruelmente le mandó crucificar, permaneciendo vivo en la cruz por espacio de dos dias enteros, desde donde enseñaba al pueblo: y rogando al Señor que no permitiese que le quitasen vivo de la cruz, fué rodeado de un gran resplandor que bajó del cielo, y desvaneciéndose poco despues esta luz, entregó su espíritu al Criador. (*Véase su historia hoy.*)

El martirio de los santos Cástulo y Euprepes, en Roma. (Eran muy estimados del papa S. Marcelino, quien los educó en la religion cristiana. Segun Beda murieron imperando Diocleciano, el año 301.)

Santa Maura, virgen y mártir, en Constantinopla. (Era natural de esta ciudad, entonces Bizancio, y padeció en una isla del mar Jonio durante la persecucion de Diocleciano, segun la opinion mas comun.)

Santa Justina, virgen y mártir, igualmente.

San Troyano, obispo, varon de eminente santidad, en Saintes; el cual sepultado en la tierra, atestigua con muchos milagros que vive en el cielo. (San Gregorio de Tours dice que fué esclarecido por sus virtudes y milagros. Su sabiduría contribuyó tambien á su celebridad, la cual empleó siempre en promover los intereses de la religion. Murió el año 532.)

San Constancio, confesor, en Roma; el cual oponiéndose valerosamente á los pelagianos, padeció de parte de ellos graves persecuciones, por lo cual mereció ser contado entre los santos confesores (Baronio presume que murió el año 418 ó 420.)

San Zosimo, confesor, en Palestina; esclarecido por sus milagros y santa vida en tiempo del emperador Justino. (Murió en paz el año 525.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tu devocion, rezándolos alguna cosa, para que por su intercesion te ayuden y promuevan esta grande obra.

2 Por ajustada que sea tu vida, todavía no dejará de tener necesidad de alguna reforma: da principio á ella desde luego. Examina seriamente delante de Dios todo lo defectuoso y reprensible que se halla en tí, la tibieza y aun la negligencia en el cumplimiento de tus obligaciones, en los ejercicios espirituales, en tus devociones y buenas obras. Apenas hallarás una en que no tengas algo que reformar, que corregir, y que perfeccionar. Apunta aquellas cosas que lo necesitan, y pon desde hoy manos á la obra. ¡Oh, y qué dichoso será este dia para tí, si fuere el dia de tu perfecta conversion!

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Andres, apóstol, en Patras en la Acaya; el cual predicó el Evangelio en Tracia y en Escitia. El procónsul Egeas le prendió y le puso en la cárcel, y despues de haberle azotado cruelmente le mandó crucificar, permaneciendo vivo en la cruz por espacio de dos dias enteros, desde donde enseñaba al pueblo: y rogando al Señor que no permitiese que le quitasen vivo de la cruz, fué rodeado de un gran resplandor que bajó del cielo, y desvaneciéndose poco despues esta luz, entregó su espíritu al Criador. (*Véase su historia hoy.*)

El martirio de los santos Cástulo y Euprepes, en Roma. (Eran muy estimados del papa S. Marcelino, quien los educó en la religion cristiana. Segun Beda murieron imperando Diocleciano, el año 301.)

Santa Maura, virgen y mártir, en Constantinopla. (Era natural de esta ciudad, entonces Bizancio, y padeció en una isla del mar Jonio durante la persecucion de Diocleciano, segun la opinion mas comun.)

Santa Justina, virgen y mártir, igualmente.

San Troyano, obispo, varon de eminente santidad, en Saintes; el cual sepultado en la tierra, atestigua con muchos milagros que vive en el cielo. (San Gregorio de Tours dice que fué esclarecido por sus virtudes y milagros. Su sabiduría contribuyó tambien á su celebridad, la cual empleó siempre en promover los intereses de la religion. Murió el año 532.)

San Constancio, confesor, en Roma; el cual oponiéndose valerosamente á los pelagianos, padeció de parte de ellos graves persecuciones, por lo cual mereció ser contado entre los santos confesores (Baronio presume que murió el año 418 ó 420.)

San Zosimo, confesor, en Palestina; esclarecido por sus milagros y santa vida en tiempo del emperador Justino. (Murió en paz el año 525.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. ANDRES APOSTOL.

SAN ANDRES, APÓSTOL.

Fué S. Andres originario de Betsaida, ciudad poco populosa de Galilea; pero tan conocida despues por la predicacion y por los milagros del Hombre Dios, no menos que por aquella maldicion que fulminó contra ella, por no haber obedecido su divina palabra: *¡Ay de tí Corozain! ¡ay de tí Betsaida!* Habiendo oido un dia á S. Juan Bautista aquella esclamacion: *Ves allí al Cordero de Dios*, señalando á Cristo con el dedo, Andres le comenzó á seguir juntamente con otro, cuyo nombre no espresa el Evangelio. Volvióse hácia ellos el Salvador, y los preguntó: *¿A quién buscais?* No ignoraba, ni podia ignorar que le buscaban á él aquel Señor á quien están patentes los mas escondidos senos de todos los corazones, y que solo le buscaban á impulsos de su misma divina gracia; pero quiso darlos ocasion para que ellos mismos descubriesen todo el interior de su alma. Respondiéronle: *Maestro, ¿dónde habitais vos?—Venid y vereis*, les replicó el Salvador: siguiéronle los dos, y se quedaron con él todo aquel dia. La historia sagrada no nos declara los maravillosos efectos de la conversacion que tuvieron con él, que era la sabiduría del Padre; dejando á nuestra consideracion, mas que á nuestra noticia, el tesoro de gracias que bebieron en la fuente misma del que era la salud de todo el mundo. Pero como la caridad es infinitamente comunicativa, luego dió noticia Andres á su hermano Pedro de aquel precioso tesoro, conduciéndole él mismo á presencia de Jesucristo; de suerte, que en alguna manera somos deudores á Andres de tener al glorioso apóstol S. Pedro, á quien Jesucristo hizo vicario suyo en la tierra, constituyéndole pastor universal de su Iglesia. Estando un dia Pedro y Andres echando las redes al agua para pescar en el mar de Galilea, los dijo el Salvador: *Venid en pos de mí, que yo os haré pescadores de hombres;* y en el mismo instante dejaron las redes, el barco y el oficio para dar principio á la vida apostólica, siendo los primeros que fueron llamados al apostolado. Habiendo predicado S. Andres por algun tiempo en la provincia de Judea, corrió todas las de la Tracia y del Epiro, venciendo los trabajos inseparables del ministerio apostólico con aquella generosidad que correspondia á un apóstol que habia recibido las primicias de la vocacion celestial. Visitó la Escitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia, hasta los confines del mar Negro. Penetró hasta la misma Albania, dilatando en todas partes el imperio de Jesucristo, y destruyendo en todas el del príncipe de las tinieblas. Habiendo ilustrado las referidas pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vincias con las luces de la fe, entró en Patras, ciudad de la de Acaya, donde continuó predicando el Evangelio. Era procónsul de la provincia Egeas; y noticioso de lo que pasaba, partió en diligencia á Patras para atajar los progresos de la fe, y mantener el culto de sus falsos dioses. Inflamado Andres en apostólico zelo, pasó inmediatamente á verse con el procónsul, y le habló en estos términos: *Razon seria, ó Egeas, que pues tienes poder para juzgar á otros hombres, reconocieses al Juez que te ha de juzgar á ti y á todos: que reconociéndole, tributases á su soberana grandeza el respeto que se la debe; y que rindiéndole el culto de suprema adoracion, en lugar del sacrílego incienso que ofreces á esas mentidas deidades, las tratases con soberano desprecio.* Atónito el procónsul al oir semejante discurso, le preguntó: *¿Con que tu eres aquel Andres que hace profesion de destruir los templos de nuestros dioses, y de predicar una nueva religion proscrita por las leyes del imperio? — Esas leyes*, replicó Andres, *las promulgaron unos príncipes que no conocieron el gran misterio de nuestra redencion, y como el Hijo de Dios desarmó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud para restituirnos á una gloriosa libertad. — Con todo eso*, repuso el procónsul, *ese que tu llamas Hijo de Dios no pudo impedir que los judíos le prendiesen, y le hiciesen espirar ignominiosamente en una cruz. — Es cierto*, replicó el Apóstol, *que en una cruz espiró. ¿Pero donde hay cosa mas gloriosa que la cruz? En ella murió por nuestro amor, y por redimir de la culpa á todo el género humano. — Poco importa*, dijo Egeas, *que hubiese sido crucificado por su voluntad ó contra ella; basta que lo hubiese sido para que no merezca ser adorado. ¡Buena traza de reconocer por Dios á un hombre que murió en un madero!* Entonces esplicó el santo Apóstol al procónsul los principales misterios de nuestra religion; la necesidad de ser redimido que tenia el linaje humano despues del pecado original; el prodigio de la encarnacion del Verbo, que se hizo hombre sin dejar de ser Dios, y la pasion de este Dios hombre para satisfacer por nuestras culpas. Como Egeas no acertaba á comprender cosa alguna de aquellas sagradas verdades, dijo al Apóstol de Jesucristo, que dejándose de palabras vanas, tratase de adorar á los ídolos. Revestido entonces el sagrado Apóstol de la fortaleza que le inspiraba el sacerdocio del Señor, hizo aquella gran confesion de fe que llenó de tanto honor al cristianismo, y es tan decisiva para convencer la verdad del sacramento del Altar. *Yo*, dijo, *todos los dias ofrezco á Dios todopoderoso, no ya la carne de toros, ni la sangre de castrones; sino el Cordero sin mancilla que fué sacrificado en la cruz: todo el pueblo se sustenta con su carne y con su sangre, y despues de sustentado todo el pueblo, se queda tan entero como antes: tan vivo permanece el Cordero despues de sacrificado, como lo estaba antes del sacrificio.* Irritado el procónsul con aquel discurso, mandó que le llevasen á la cárcel. El dia siguiente le hizo comparecer en su tribunal, y habiéndole amenazado con el suplicio de la cruz si no sacrificaba á los dioses, lleno el Santo de una generosa y cristiana indignacion, le respondió: *Hijo de la muerte, ¿hasta cuando has de persistir en tu ceguedad y en tu obstinacion? ¿piensas que temo yo los tormentos con que me amenazas? antes bien los deseo con ardor, y has de saber que ninguna cosa me aflige, sino verte á ti tan distante de los caminos del cielo. Ten entendido que cuanto mas padeciere, mas preciosa será la corona que el Señor me tiene preparada; y cuanto mas me acerque á la imitacion de sus tormentos, mas digno me haré de sus divinas complacencias.* Mandó Egeas que le azotasen inhumanamente; y despues de este suplicio, compareció otra vez Andres en su presencia, llevando impresas en su cuerpo las gloriosas señales de su heróica constancia. Habló con mas elocuencia que nunca sobre la gran dicha de morir en una cruz por amor de Jesucristo, y añadió: *No se debe temer ese tormento que tú me preparas, y que á lo sumo puede durar uno ú dos dias, siguiéndose á él la recompensa de una gloria tan inmortal: lo que es digno de temerse, es el tormento sumamente terrible, las penas del infierno en que tú te vas á precipitar, que jamás han de tener fin, y siempre serán las mismas.* Viendo, en fin, Egeas que nada adelantaba con un hombre de aquel carácter, le sentenció á que muriese en una cruz. Gritaba el pueblo: ¿Qué delitos ha cometido este justo, este amigo de Dios, para ser condenado á muerte? No se debe sufrir que se lleve á ejecucion tan inicua sentencia. Pero el santo Apóstol, que no cabia en sí de gozo, viéndose tan cerca de morir por Jesucristo, levantando la voz, conjuró al pueblo cristiano que no le hiciese la mala obra de impedir ni de retardar su martirio. Luego que vió desde léjos la cruz en que habia de ser ajusticiado, fuera de sí de alegría, prorumpió en estas estáticas voces: *Salve, venerable y santa cruz, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo, que descansó en ti. Antes que muriese en tus brazos este amable Salvador eras ignominiosa y terrible; pero despues que espiró en tu seno el mismo Dios, estás llena de delicias, y los que te conocen suspiran por rendir el último aliento en tus brazos. Saben bien todos los que tienen fe los dulces consuelos que se encierran en ti, y no ignoran la gloria que está preparada á*

los que mueren abrazados contigo. Lleno, pues, de gozo y de confianza vengo hoy á tí: ruégote que gustosamente me recibas como discípulo de aquel divino Maestro mio, que pendiente de tí redimió al mundo. ¡O amable cruz, á quien añadió incomparable hermosura la dicha de haber servido de doloroso lecho á mi Señor, que es el Dios de la gloria! ¡ó cruz, por quien tanto tiempo suspiré! ¡ó cruz, que con tanto ardor apetecí! ¡ó cruz, que busqué continuamente, y que ya, en fin, logran preparada mis amorosas ansias! Recíbeme en tu seno con benignidad: restitúyeme á mi divino Maestro, y tenga yo la dicha de pasar desde tus brazos á los de aquel que en ellos me redimió. Luego que llegó á la cruz, le amarraron á ella con cordeles, como lo habia mandado el procónsul. Dos dias perseveró en aquel estado, exhortando á los fieles que le cercaban á perseverar en la fe, y á menospreciar los tormentos pasajeros para merecer la gloria inmortal. Movido el pueblo de la paciencia y del valor del santo mártir, se irritó contra la crueldad de Egeas, el cual, temiendo una sedicion, prometió que le haria quitar de la cruz. Efectivamente pasó al lugar del suplicio para ponerlo en ejecucion; pero luego que los verdugos se acercaban á la cruz, se sentian sin fuerzas, y quedaban inmobles los brazos. Entonces levantando el santo Apóstol la voz, hizo la oracion siguiente: «No permitais, Señor, que baje de la cruz vuestro humilde siervo, ya que le hicisteis la gracia de que fuese puesto en ella por la confesion de vuestro santo nombre: dignaos de recibirme en vuestras manos, penetrado del conocimiento de vuestras grandezas, que he debido á la luz que me comunicó este suplicio. En vos soy todo lo que soy: tiempo es ya de que me vuelva á unir á vos como centro de todos mis deseos, como objeto de todas las amorosas ansias de mi amante corazon.» Al acabar de pronunciar estas palabras, le rodeó una celestial brillante luz, cuyo resplandor no se podia sufrir, y al paso que se iba disipando este esplendor, se iba desprendiendo del cuerpo su bendita alma; de manera que al desaparecerse aquella claridad, abrió el santo Apóstol los ojos á la eterna luz. Sucedió su martirio el dia 30 de noviembre en el año de gracia de 63, y en el imperio de Neron.

HIMNO DE SAN AMBROSIO,

COMUN DE APÓSTOLES.

Exultet orbis gaudiis;	Regocíjese el orbe de contento,
Cœlum resultet laudibus:	El Cielo corresponda en alabanzas:
Apostolorum gloriam	Cuando de los Apóstoles la gloria
Tellus et astra concinunt.	Los Astros y la Tierra á un tiempo cantan.
Vos sæculorum Judices,	Vos que habeis de juzgar al Universo,
Et vera mundi lumina	Del Mundo antorchas verdaderas, claras,
Votis precamur cordium,	De corazon pedimos vuestro amparo,
Audite voces supplicum.	Oid las voces de los que á vos claman.
Qui templa cœli clauditis,	Vos que cerrais la puerta del Empíreo,
Serasque verbo solvitis,	Y las abrís con sola una palabra,
Nos a reatu noxios	Que mandeis desatar, os suplicamos,
Solvi jubete quæsumus.	Las almas, que con culpa están ligadas.
Præcepta quorum protinus	Ya que á vuestros preceptos están prontas
Languor salusque sentiunt;	La salud y las fuerzas mas postradas,
Sanate mentes languidas:	Aumentad en nosotros las virtudes,
Augete nos virtutibus.	Y dad salud á las enfermas almas:
Ut cum redibit Arbiter	Para que Cristo, cuando al fin del Mundo
In fine Christus sæculi,	Vuelva como Juez árbitro á juzgarlas,
Nos sempiterni gaudii	El que participemos, nos conceda,
Concedat esse compotes.	De los gozos eternos de la Patria.
Patri, simulque Filio,	Al Padre eterno, juntamente al Hijo,
Tibique Sancte Spiritus,	Y al Espíritu Santo sea dada
Sicut fuit, sit jugiter	La gloria; y tal, cual fué abeterno,
Sæclum per omne gloria.	Así sea perpetua, y sin mudanza.
Amen.	Amen.

La misa es en honor de S. Andres apóstol, y la oracion la que sigue:

Suplicamos, Señor, á vuestra divina Majestad, que así como vuestra Iglesia logró por su predicador y por su director al apóstol S. Andres, así merezcamos nosotros tenerle por nuestro perpetuo intercesor cerca de vos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 10 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos: Con el corazon se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesion para la salud. Pues la Escritura dice: todo el que cree en él, no será confundido. Porque no hay distincion del judío y el griego, puesto que es el mismo el Señor de todos, rico para cuantos le invocan. Porque todo aquel que invocáre el nombre del Señor será salvo. ¿Pero como invocarán aquel en quien no creyeron? ¿ó como creerán en aquel de quien no tienen noticia? ¿y como la tendrán si no hay quien la predique? ¿y como predicarán si no son envia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos? Como está escrito, ¡qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan felicidades! Pero no todos obedecen al Evangelio; porque Isaías dice: Señor, ¿quién creyó á lo que oyó de nosotros? Luego la fe (proviene) del oido, el oido por la palabra de Cristo; pero yo digo: ¿Por ventura no han oido? A la verdad por toda la tierra se esparció el sonido de ellos, y sus palabras hasta las estremidades de la tierra.

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocáre el nombre de Dios, se salvará. Atribúyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que ordinariamente la consigue. La oracion es el primer fruto de la fe, el instrumento mas comun de la esperanza, y como el mas frecuente principio de la caridad: por eso es tambien el ejercicio casi continuo de la religion. Así como la oracion honra al Señor rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, así tambien humilla al hombre haciéndole conocer y confesar sus miserias, y muy en breve le alcanza los auxilios de que tiene necesidad. ¿Qué mérito mas visiblemente señalado por el mismo Jesucristo que el de la oracion? En creyendo uno firmemente que será oido, lo será. Luego si la oracion no es oida, es porque se hace mal; porque se reza, pero no se ora.

¿Como habrá predicadores si no son enviados? Estas palabras han dado en todos los siglos á la Iglesia católica zelosos misioneros que se arrancaron del seno de su patria para llevar á diferentes naciones la luz del Evangelio. Bien acreditó su valor, y el feliz suceso de su empresa, que erais vos, mi Dios, el que los enviaba, y el que disponia la tierra donde les mandabais sembrar el sagrado grano, regada con la sangre de tantos mártires. ¡Oh, y qué prodigioso número de fieles produjo aquel dichoso terreno! ¡oh, y qué admirables virtudes se vieron resplandecer en aquellos fieles! Las sectas que formó el error solo se mostraron ansiosas por engañar á los hijos de la Iglesia, por destruir la fe, por aniquilar el Evangelio. Divididas entre sí, tanto en el dogma como en la doctrina, solo convinieron todas en el odio contra la Silla apostólica. No ha habido hereje, desde que el error hace guerra á la Iglesia, que no se haya desenfrenado contra el papa: no de otra manera que siempre comenzaban por el vicario del imperio los que se amotinaban contra el emperador: la indiferencia con que todas esas sectas han estado viendo al bárbaro y al idólatra sepultados en las sombras de la muerte, es

buena prueba de que ninguna de ellas era la Iglesia universal, única esposa de Jesucristo. Viéronse sí morir en infames cadalsos algunos de esos rebeldes apóstatas, á quienes fascinó tanto el espíritu de error y de partido, que llegaron á menospreciar la muerte: tanto imperio ejerce el demonio sobre los que Dios abandonó una vez á su orgullosa presuncion. ¿Pero se han visto muchos de esos partidarios del error que dejasen á sus parientes, á su patria, y que abandonasen sus conveniencias por irse á vivir entre los bárbaros, entre los gentiles, entre los cafres, y entre los iroqueses, por irse á pasar sus dias en los paises mas horrorosos, mas destituidos de todas las comodidades de la vida, sin otro fin ni otro interés que enseñarles el camino de la salvacion que ellos mismos habian abandonado, y acabar la vida en los mas horribles suplicios por amor de Jesucristo, y por zelo de la salvacion de las almas? Solo en la Iglesia de Jesucristo puede haber apóstoles verdaderos. Apóstoles falsos ya los habia aun en tiempo de S. Pablo; pero todo su cuidado, todo su estudio y todo su zelo se reducia á desacreditar al santo Apóstol, y todo su empeño era engañar á los que él habia convertido á Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 4 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Andando Jesus junto al mar de Galilea, vió dos hermanos, Simon, que se llama Pedro, y Andres, hermano suyo, que echaban la red al mar (porque eran pescadores), y los dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando inmediatamente las redes, le siguieron. Y caminando mas adelante, vió otros dos hermanos, Santiago del Zebedeo y Juan su hermano, en una nave con el Zebedeo, padre de ambos, que remendaban sus redes, y los llamó. Y ellos habiendo dejado inmediatamente las redes y el padre, le siguieron.

MEDITACION.

De la vocacion á cierto estado de vida.

Punto primero.—Considera que en ninguna cosa, por decirlo así, debe Dios tener mas parte que en nuestra vocacion: en aquel estado de vida que pretendemos abrazar, porque de él pende regularmente nuestra salvacion ó nuestra condenacion. Con todo eso, por lo comun, en ninguna tiene menos. ¿Consúltase,

por ventura, el parecer y la voluntad de Dios cuando se trata de abrazar un estado de vida, singularmente en el mundo, sin embargo de que todos convengan en que es el mas peligroso? Para esta eleccion no se atiende, por lo comun, á otros principios que á ciertas máximas del mundo, establecidas en él con su presuncion de leyes. Ni siquiera nos pasa por el pensamiento poner en ello alguna duda: calificaríamos de imprudente, y aun de insensato nuestro modo de pensar, si nuestras resoluciones no se fundáran en aquellas insustanciales máximas. El hijo mayor es menester que lleve adelante la casa. Bien; pero dime, ¿se ha impuesto Dios á sí mismo alguna ley de no escoger nunca para sí los primogénitos? El segundo ha de ir por la Iglesia: el tercero por las armas, sirviendo al rey, poniéndose un hábito, y solicitando una encomienda. ¿Hay una hija poco favorecida de la naturaleza en aquellas prendas que hacen recomendables á las de su sexo? pues sea encerrada en un claustro por todos los dias de su vida. ¿Hay otra que salió mejor librada en este género de partijas ó prendas? pues resérvese para que lo luzca en el mundo, trátese de acomodarla en él, aunque sea por ciertos medios, que ellos mismos debieran hacer dudar á sus padres si seria mas acertado que se trocasen las suertes. ¿Compróse para la casa una plaza togada en este ó en aquel tribunal? es preciso que un hijo de ella, aunque sea un ignorante, un inicuo, siga ese rumbo porque la casa no la pierda. ¿Está ya uno dedicado á la Iglesia, y muere un hermano suyo? pues deja la Iglesia y abraza la profesion de las armas. Bien puede suceder que la Providencia se acomode á todos estos varios acontecimientos; ¿pero se consulta á Dios en ellos? ¿qué parte tiene el Señor en todos estos destinos, de que nosotros somos los únicos autores, sin oir otro parecer que el de la carne y sangre, el del interés, el del mundo y el de la pasion? ¡y despues nos admiraremos de que el mundo esté lleno de hombres desgraciados! ¡de que en todos los estados haya tantos descontentos! ¡de que cada dia veamos desvanecerse todos aquellos magníficos proyectos de grandeza, dar en tierra tantos soberbios edificios fabricados en el aire! ¡sepultarse para siempre la memoria de tantas ilustres y muy antiguas familias!

Punto segundo. — Considera cual es el orígen de que se vean el dia de hoy tan pocos cristianos en el verdadero camino de la salvacion, ó de los que están en él adelanten tan poco, y no hagan progresos considerables en este camino. La causa es, porque muchos no están en el estado adonde los llamaba Dios, ó porque

son pocos los que se dedican á cumplir, como debieran, con las obligaciones de aquel á que Dios los llamó. Cada cual quiere vivir á su modo, y segun su natural inclinacion. Los que profesan vida retirada, ó hacen que el mundo los busque, ó ellos van á buscar al mundo; pero siempre con especiosos pretestos. Los que la profesan activa, presumen de contemplativos, y pretenden que la pereza y la haraganería parezca devocion. Cada uno quisiera ser lo que no es, y pocos se dedican á ser, como debieran, lo que son. Y como no se hacen aquellas obras que nos pedia Dios, y para las cuales nos puso en tal estado, de aquí nace el que no se llegue á aquel grado de perfeccion á que nos llama Dios. Consúmese el alma en deseos vanos: piérdese la perfeccion del estado propio por aspirar ilusoriamente á otra perfeccion imaginaria. Tengamos presentes las diversas condiciones de esta vida: hablando en rigor no son estados; esto es, establecimientos fijos y permanentes; son no mas que caminos que pueden conducir todos los hombres al cielo; son, digámoslo así, como unas calles, que á todos los pueden guiar seguramente á la eterna mansion que el Señor tiene prevenida para sus hijos; pero no todas llevan á todos los hombres á aquel dichoso término. A todos nos quiere salvar Dios, porque es Dios de todos; mas no á todos por un mismo camino. A cada uno determinó su providencia el que debe tomar, y nunca deja de darle á conocer cual es, como se solicite saberlo con recta intencion y con cristiana sinceridad. Interésanos, pues, mucho en no ignorar su voluntad, y mucho mas en seguirla, una vez que la conozcamos. Pero no basta estar en el camino que nos quiere Dios: si estamos parados, ¿de qué nos sirve? Es menester ir adelante. Tampoco basta hallarse uno en el camino derecho, sea llano, escabroso, áspero ó suave: es preciso no salir de él, ni buscar senderos con pretestos de que son atajos. Es fácil perderse en dejando el camino real, y el que se para no puede llegar al término. ¿Qué vocacion mas divina que la de Judas? ¿qué estado mas santo que el apostolado? ¿qué llamamiento mas claro que el de Saul? Sin embargo, ambos se perdieron en el estado á que Dios los llamó. A vista de esto, ¿quién no temerá?

Señor, toda mi seguridad se funda en la sincera voluntad que tengo de santificarme dentro de mi estado, y en la confianza que coloco en vuestra infinita misericordia y en vuestra divina gracia.

Jaculatorias. — Concededme, Señor, aquella sabiduría que siempre está presente á tu soberano trono, y no quieras descontarme del número de tus hijos. (*Sap.* 9.)

Guardaré, Señor, tus santos mandamientos, como no me abandones enteramente, y como me fortalezcas contra mi propia flaqueza. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Toda la felicidad del hombre en esta vida y en la otra consiste en ser fiel al estado á que Dios le llamó, y en vivir en él como Dios quiere que viva. Faltar á cualquiera de estas dos obligaciones, es perturbar el órden y la economía de la divina Providencia. Cuando Dios nos crió, nos crió para su gloria; pero á cada uno determinó el estado en que queria la solicitase; y con este fin le proporcionó los talentos y las gracias correspondientes á tal estado, á sus dificultades y á sus peligros, con respecto á la flaqueza de la persona, á sus alcances, á sus pasiones y á su inclinacion; considera de qué importancia es seguir los soberanos designios de la divina Providencia. Por nada has de suspirar tanto como por no apartarte nunca de ellos. Haz oracion y consulta para conocer la voluntad de Dios; sobre todo, cuando se trata de la eleccion de estado, y de cumplir fielmente con sus obligaciones.

2 ¿Conociste ya la voluntad de Dios? ¿llamóte el Señor? ¿oiste su voz? pues síguela, obedécela con prontitud. Sigue el ejemplo de S. Pedro, de S. Andres y de los demás apóstoles; ¡con qué generosidad dejaron todo lo que tenian! nada los acobarda, nada los detiene. Este modelo se debe imitar en la vocacion. Respetos humanos, ternura natural, voz de la carne y sangre, todo debe ceder á la voz de Dios, todo debe callar cuando Dios habla, todo se debe rendir en el mismo punto. Las almas perezosas, los corazones cobardes, las voluntades vacilantes todo lo pierden por su flojedad y cobardía.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE NOVIEMBRE.

PAG.

Indulgencias concedidas al novísimo Año Cristiano por los Illmos. y Rmos. SS. Obispos de Gerona y de Puerto-Rico, y por el Escmo. é Illmo. Sr. Obispo de Barcelona. . . . 5

DIA I.—La fiesta de todos los Santos. 11
Himno: *Placare, Christe*, etc. 18
San Pedro del Barco, confesor. 19
El Evangelio y Meditacion: De la fiesta de todos los Santos. 24

DIA II.—La Conmemoracion de los fieles difuntos. 29
Secuencia: *Dies iræ*, etc. 38
El Evangelio y Meditacion: De la caridad con las almas del purgatorio. 40

DIA III.—Los innumerables mártires de Zaragoza. 45
San Malaquías, obispo y confesor. 52
San Ermengol, obispo de Urgel. 62
El Evangelio y Meditacion: De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Jesucristo. 67

DIA IV.—San Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo de Milan. 71
El Evangelio y Meditacion: No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos. 78

DIA V.—San Malo ó Macuto ó Maclou, obispo y confesor. . . 83
San Galacion y Sta. Epistema, mártires. 87
Santa Bertilla, abadesa de Chelles. 91
El Evangelio y Meditacion: De los medios para conseguir la salvacion comunes á todos los cristianos. 95

DIA VI.—San Severo, obispo de Barcelona y mártir. 99
San Olimpio 104
San Leonardo, solitario y confesor. 105
El Evangelio y Meditacion: De las oraciones, ó rezo de obligacion. 110

DIA VII.—San Florencio, obispo y confesor. 115
El Evangelio y Meditacion: Del tiempo perdido. . . . 120

DIA VIII.—San Godefrido, obispo de Amiens. 124
San Alvito, obispo de Leon. 128
Los cuatro santos mártires coronados, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino. 129
El Evangelio y Meditacion: Del ejemplo de los Santos. . 132

IDEM.—EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA, que la Iglesia celebra en la Dominica III de noviembre. 135
El Evangelio y Meditacion: Sobre el título de Madre que damos á María santísima. 147

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Guardaré, Señor, tus santos mandamientos, como no me abandones enteramente, y como me fortalezcas contra mi propia flaqueza. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Toda la felicidad del hombre en esta vida y en la otra consiste en ser fiel al estado á que Dios le llamó, y en vivir en él como Dios quiere que viva. Faltar á cualquiera de estas dos obligaciones, es perturbar el órden y la economía de la divina Providencia. Cuando Dios nos crió, nos crió para su gloria; pero á cada uno determinó el estado en que queria la solicitase; y con este fin le proporcionó los talentos y las gracias correspondientes á tal estado, á sus dificultades y á sus peligros, con respecto á la flaqueza de la persona, á sus alcances, á sus pasiones y á su inclinacion; considera de qué importancia es seguir los soberanos designios de la divina Providencia. Por nada has de suspirar tanto como por no apartarte nunca de ellos. Haz oracion y consulta para conocer la voluntad de Dios; sobre todo, cuando se trata de la eleccion de estado, y de cumplir fielmente con sus obligaciones.

2 ¿Conociste ya la voluntad de Dios? ¿llamóte el Señor? ¿oiste su voz? pues síguela, obedécela con prontitud. Sigue el ejemplo de S. Pedro, de S. Andres y de los demás apóstoles; ¡con qué generosidad dejaron todo lo que tenian! nada los acobarda, nada los detiene. Este modelo se debe imitar en la vocacion. Respetos humanos, ternura natural, voz de la carne y sangre, todo debe ceder á la voz de Dios, todo debe callar cuando Dios habla, todo se debe rendir en el mismo punto. Las almas perezosas, los corazones cobardes, las voluntades vacilantes todo lo pierden por su flojedad y cobardía.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE NOVIEMBRE.

PAG.

Indulgencias concedidas al novísimo Año Cristiano por los Illmos. y Rmos. SS. Obispos de Gerona y de Puerto-Rico, y por el Escmo. é Illmo. Sr. Obispo de Barcelona. . . . 5

DIA I.—La fiesta de todos los Santos. 11
Himno: *Placare, Christe*, etc. 18
San Pedro del Barco, confesor. 19
El Evangelio y Meditacion: De la fiesta de todos los Santos. 24

DIA II.—La Conmemoracion de los fieles difuntos. 29
Secuencia: *Dies iræ*, etc. 38
El Evangelio y Meditacion: De la caridad con las almas del purgatorio. 40

DIA III.—Los innumerables mártires de Zaragoza. 45
San Malaquías, obispo y confesor. 52
San Ermengol, obispo de Urgel. 62
El Evangelio y Meditacion: De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Jesucristo. 67

DIA IV.—San Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo de Milan. 71
El Evangelio y Meditacion: No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos. 78

DIA V.—San Malo ó Macuto ó Maclou, obispo y confesor. . . 83
San Galacion y Sta. Epistema, mártires. 87
Santa Bertilla, abadesa de Chelles. 91
El Evangelio y Meditacion: De los medios para conseguir la salvacion comunes á todos los cristianos. 95

DIA VI.—San Severo, obispo de Barcelona y mártir. 99
San Olimpio 104
San Leonardo, solitario y confesor. 105
El Evangelio y Meditacion: De las oraciones, ó rezo de obligacion. 110

DIA VII.—San Florencio, obispo y confesor. 115
El Evangelio y Meditacion: Del tiempo perdido. . . . 120

DIA VIII.—San Godefrido, obispo de Amiens. 124
San Alvito, obispo de Leon. 128
Los cuatro santos mártires coronados, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino. 129
El Evangelio y Meditacion: Del ejemplo de los Santos. . 132

IDEM.—EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA, que la Iglesia celebra en la Dominica III de noviembre. 135
El Evangelio y Meditacion: Sobre el título de Madre que damos á María santísima. 147

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dia IX.—La dedicacion de la iglesia del Salvador, llamada comunmente S. Juan de Letran. 152
El Santo Crucifijo de Balaguer. 160
El Evangelio y Meditacion: Del respeto con que se debe estar en las iglesias. 163
Dia X.—San Andrés Avelino. 168
Santa Teotiste, virgen y solitaria. 178
El Evangelio y Meditacion: El espíritu del mundo es señal de reprobacion. 183
Dia XI.—San Martin, obispo de Tours y confesor. 186
San Menna, soldado y mártir. 192
Santo Toribio de Liébana, confesor. 194
El Evangelio y Meditacion: De la falsa conciencia. . . 198
Dia XII.—San Martin, papa y mártir. 203
San Millan ó Emiliano de la Cogulla, confesor. 207
San Nilo, anacoreta, padre de la Iglesia y confesor. . . 213
El Evangelio y Meditacion: De la murmuracion. . . . 217
Dia XIII.—San Estanislao de Kostka, novicio de la Compañía de Jesus. 222
San Eugenio III, arzobispo de Toledo. 227
San Arcadio y compañeros mártires. 231
San Homobono, mercader y confesor. 234
San Nicolás I, papa y confesor. 239
El Evangelio y Meditacion: Sobre tres devotas máximas muy familiares á nuestro santo novicio. 243
Dia XIV.—San Diego de Alcalá, confesor, religioso de la órden de S. Francisco. 248
Santa Trahamunda, virgen. 253
San Rufo, confesor, primer obispo de Tortosa. . . . . ibid.
San Serapio, del órden de nuestra Señora de la Merced, mártir. 255
El Evangelio y Meditacion: No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos. 263
Dia XV.—San Eugenio I, arzobispo de Toledo. 267
San Leopoldo, marqués de Austria, confesor. 275
El Evangelio y Meditacion: De la santidad de la vida. . 280
Dia XVI.—San Edmundo, arzobispo de Cantorbery. . . . 283
San Rufino y compañeros mártires. 289
San Euquerio, obispo de Leon, confesor. 290
El Evangelio y Meditacion: El peligro á que se esponen los que pasan una vida inútil. 293
Dia XVII.—San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea. 299
San Acisclo y Victoria, mártires. 305
Santa Gertrudis, virgen y abadesa. 314
San Gregorio, obispo de Tours, confesor. 317
El Evangelio y Meditacion: De la falta de fe en la mayor parte de los fieles. 321

Dia XVIII.—La dedicacion de la basílica de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo. 325
El Evangelio y Meditacion: Del respeto en la iglesia. . . 332
Dia XIX.—Santa Isabel, reina de Hungría, viuda. 337
El Evangelio y Meditacion: De las aflicciones. 346
Dia XX.—San Felix de Valois. 350
San Edmundo, rey y mártir. 353
El Evangelio y Meditacion: De los peligros de la salvacion. 358
Dia XXI.—La Presentacion de la santísima Virgen. . . . 362
Santos Honorio, Eutiquio y Estéban, mártires. 368
San Gelasio I, papa y confesor. 371
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. . . 375
Dia XXII.—Santa Cecilia, virgen y mártir. 379
Santa Tigridia, abadesa del monasterio de Oña. . . . 385
San Columbano, abad y confesor. 386
El Evangelio y Meditacion: De la suprema desdicha del hombre. 392
Dia XXIII.—San Clemente, papa y mártir. 397
Santa Lucrecia, virgen y mártir. 401
El Evangelio y Meditacion: No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de la tibieza. 406
Dia XXIV.—San Juan de la Cruz. 410
San Crisógono, mártir. 422
Santas Flora y María, vírgenes y mártires 425
El Evangelio y Meditacion: De los pesares que tendrá un condenado. 430
Dia XXV.—Santa Catalina, virgen y mártir. 434
San Garcia, abad. 438
San Gonzalo, obispo. 439
El Evangelio y Meditacion: De la falsa confianza. . . . 443
Dia XXVI.—Los desposorios de nuestra Señora. 448
San Pedro, patriarca de Alejandría, y mártir. 454
San Beato, abad. 457
El Evangelio y Meditacion: Sobre la santidad del matrimonio. 464
Dia XXVII.—San Máximo, obispo de Riez en la Provenza. . 469
San Facundo y Primitivo, mártires. 472
Santos Barlaan y Josafat, confesores. 475
San Ansurio, obispo. 494
San Bimarasio, obispo. 496
El Evangelio y Meditacion: Como se piensa á la hora de la muerte de los medios que se tuvieron en vida para salvarse. 498
Dia XXVIII.—San Gregorio III, papa. 502
San Estéban el mozo, solitario y mártir. 507
San Quardo, conocido con el nombre de Famiano. . . . 511
El Evangelio y Meditacion: Del camino que nos lleva á Jesucristo. 514

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dia XXIX.—San Saturnino, obispo y mártir. 518
San Conancio, obispo. 520
El Evangelio y Meditacion: De los motivos particulares para una conversion pronta y efectiva. 523
Dia XXX.—San Andres, apóstol. 527
Himno de S. Ambrosio, comun de Apóstoles. 530
El Evangelio y Meditacion: De la vocacion á cierto estado de vida. 533

FIN DEL ÍNDICE DEL MES DE NOVIEMBRE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS